This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

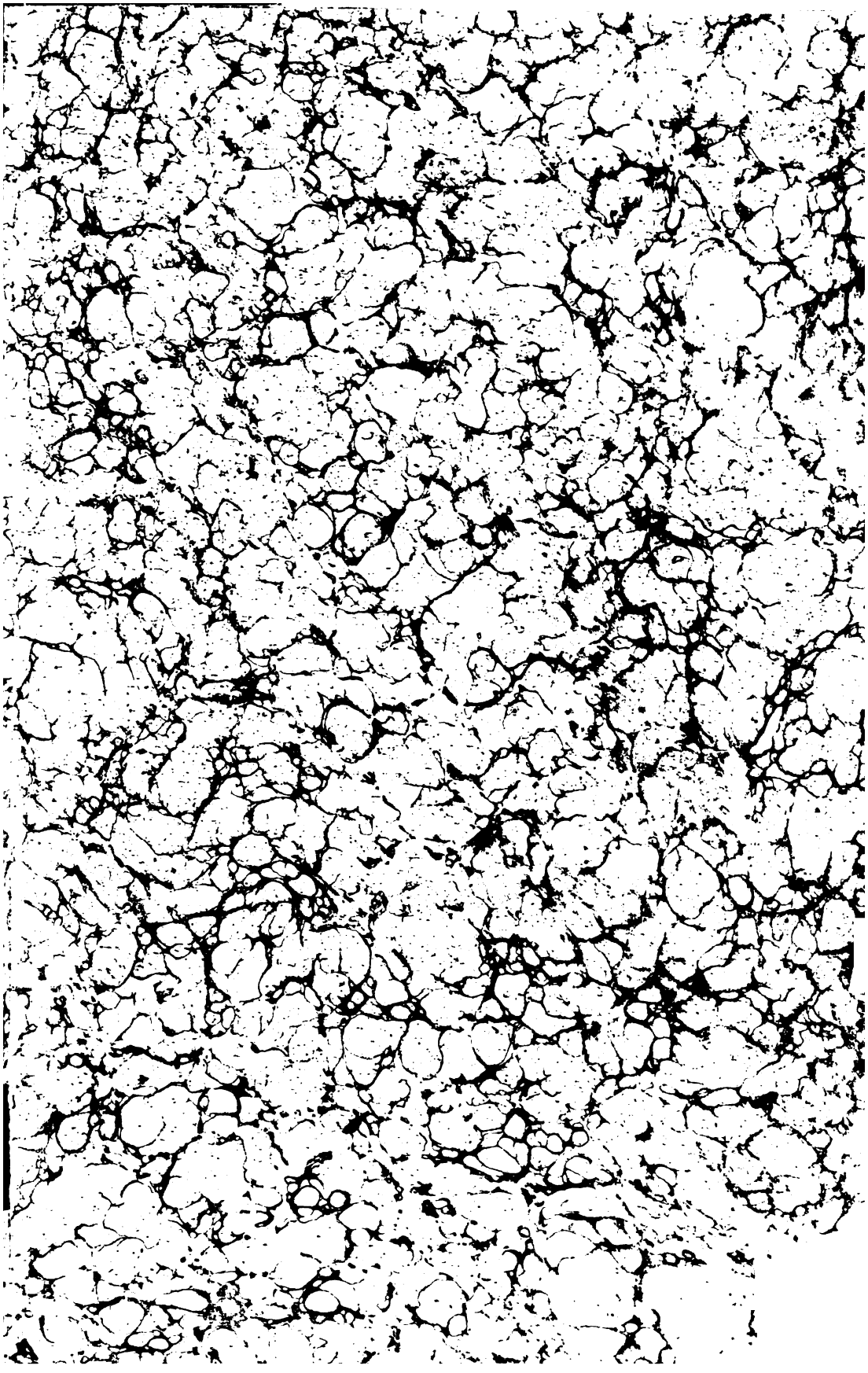
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`



REVISTA DE ESPAÑA

REVISTA

DE ESPAÑA

DÉCIMONOVENO AÑO

TOMO CXII.—SETIEMBRE Y OCTUBRE

MADRID

REDACCION Y ADMINISTRACION,
calle de Justiniano, número 6,
principal izquierda.

ESTAB. TIP. DE «EL CORREO,»
á cargo de Francisco Fernández,
8 San Gregorio, 8

1886

Harvard College Library
Dec. 14, 1914
Transferred from
Harvard Law Library.

P Span 331.10

APUNTES

SOBRE EL NUEVO ARTE DE ESCRIBIR NOVELAS [1]

III

No me cansaré de repetir que mi intento, al escribir estos artículos, no es el de ir contra la reputación literaria de los escritores que constituyen en Francia la escuela naturalista. Yo no quiero negar el talento de estos escritores. Quedan, pues, á salvo de mis ataques las novelas de Balzac, Stendhal, Flaubert, los dos Goncourt, Daudet y Emilio Zola, y los que le siguen, á quienes han dado en llamar la *cola de Zola.*

Yo sólo voy contra la doctrina crítica, contra lo que llaman los naturalistas su *fórmula*, á fin de que en España sepamos á qué atenernos, y si son, en efecto, tales y tales autores naturalistas como en Francia, ó se llaman naturalistas para seguir la que creen última moda de París, poniéndose candorosamente á la cola de *la cola de Zola.*

Es evidente que para impugnar la teoría es menester examinar á veces su aplicación á la práctica. Por esto citaré y he citado ya con frecuencia novelas naturalistas francesas; pero

(1) Véanse las REVISTAS de 10 y 25 de Agosto.

conste que, en mi sentir, en estas mismas novelas, aun en las más desatinadas, resplandecen las prendas de quien las ha escrito, y á pesar de la mala doctrina y de la perversa *fórmula*, hay aciertos dichosos. Si no fuese así, no gustarían dichas novelas.

En Francia hay ahora, entre naturalistas é idealistas, guerra civil literaria. No debiéramos intervenir en ella, ya poniéndonos de un lado, ya de otro, como legión auxiliar extranjera. Y, sin embargo, hasta cierto punto es fuerza que aparezcamos como militando bajo una ú otra bandera, ya que así lo quieren la señora doña Emilia Pardo Bazán, otros autores y, lo que es más, la misma naturaleza de las cosas, que nos induce á no vivir aislados y á seguir el movimiento, bueno ó malo, que las naciones más activas y pensadoras imprimen á las ideas.

El naturalismo, además, no es mero capricho. Tiene su razón de ser; nace de un modo dialéctico, inevitable, de la negación de toda alta ciencia fundamental especulativa, del materialismo, del positivismo, y de cierta contemplación pesimista del universo y de cuanto en él se contiene, una vez negados, más ó menos á las claras, Dios, su providencia, el libre albedrío y la espiritualidad del alma humana.

La acción de toda novela naturalista, tomando por base tan desconsoladores principios, viene á ser, casi siempre, una acusación contra la naturaleza, complaciéndose en pintar lo feo, lo grotesco y lo horrible.

Los idealistas franceses, ó los que se burlan de todo, sin ser idealistas ni nada, han ido en sus sátiras hasta suponer que los naturalistas se preparaban á escribir novelas tituladas *El bidet* y *El orinal*. Robida, en su *Gran mascarada parisiense* finge naturalistas que, para sostener y propagar sus teorías, van á publicar un periódico que se titulará *La vida asquerosa*. La primera novela que este periódico publique tendrá por héroes á un aprendiz de boticario y á una dama enferma, de quien el aprendiz se enamora. Informado por la inspección y estudio de las recetas del momento patológico más propicio, el aprendiz se declara á la dama y, natural y fatalmente, triunfa.

Las burlas y los chistes no han corregido, ni moderado siquiera, á los naturalistas. Al contrario, tal vez de la contradicción ha dimanado el que exageren y aumenten las extravagancias. La novela *Virus de amor*, de que ya he hablado, es triste prueba del delirio hasta donde dichas extravagancias han podido llegar.

Lo novela es acción contada. La acción brota de los caracteres, y el carácter es el hombre: Pero ¿qué es el hombre de los naturalistas? Véase la definición que da Pablo Alexis en su libro *Emilio Zola*: «El hombre es, fatalmente, el producto de un temperamento particular, hereditario, que se desarrolla en cierto medio físico, intelectual y moral, el cual se modifica por diversas circunstancias históricas.» En suma, el hombre es una máquina que hace por fuerza lo que su propia constitución y el impulso exterior le prescriben.

Confesemos que, según lo dicho, los caracteres no pueden ser muy interesantes; no son, no pueden ser caracteres, sino humores y temperamentos. De aquí el desdén de Zola por la Psicología. Sus novelas son, ó pretenden ser, fisiológicas.

Para que la novela fuese experimental, ó dígase observadora, como Zola pretende, la manifestación de los caracteres no debería realizarse sino por los actos y por las palabras. La *novela* y la *historia* se confundirían. Todo estudio del hombre íntimo, toda introinspección de la profundidad del alma humana que á la acción se decide es imaginada, y no experimentada ni observada. Para estudiar cómo los pensamientos y las voliciones se forman en la masa encefálica, ó en otra entraña, no se ha descubierto aún *speculum* á propósito, como para ver las llagas, tubérculos y tumores del útero ó de los otros aparatos respiratorios ó digestivos. El autor de una novela tiene, pues, que desistir de semejantes pinturas, ó bien dejar de ser observador y experimental, sumirse en el abismo de su propia conciencia, poner allí las pasiones, condiciones y naturaleza de su héroe ó de su heroina, é inferir de todo, por estilo imaginario, lo que el héroe ó la heroina sentiría ó pensaría. De lo contrario, ni lo escribirá, ni lo sabremos. Así es la historia cuando novelesca-

mente no se escribe, como por ejemplo, la de los *Girondinos*, de Lamartine, donde el autor, como poeta, inventa y supone lo que cada personaje pensaba y sentía. Si los naturalistas no se riesen, en la práctica, de este precepto de su teoría, sus novelas serían *historias*, y no *novelas*. Requiere esto mayor explanación, que daremos más tarde, ya que en esto estriba la diferencia más esencial que media entre lo que es poesía y lo que no es poesía.

Vamos ahora á las otras manifestaciones más someras de los caracteres. Cuando el carácter se manifiesta por la acción, el novelista y el historiador ó el *reporter* se confunden, salvo en los floreos y adornos que pueda añadir el novelista de su cosecha: descripciones prolijas, por ejemplo, de trajes, narices, bocas, manos, etc., en que no entra el *reporter*, porque le falta tiempo, ó en que no se detienen tampoco el relator, el escribano y los demás que componen lo escrito en un proceso.

De todos modos, y por muy minuciosos que sean el estudio y el relato de una acción, casi nunca llegaremos á formar idea exacta del carácter de quien la ejecuta, si no tratamos de penetrar sus intenciones. Pongamos por caso un dechado de concienzuda y circunstanciada narración histórica: la *Vida de Lucrecia Borgia*, de Gregorovius. Leyéndola se diría que se sabe cuanto de Lucrecia Borgia se puede saber, desde su nacimiento hasta su muerte; pero como al historiador no le es lícito imaginar el *alma* de Lucrecia Borgia, nos quedamos en la duda de si era un mónstruo de maldad ó una mujer mediana, ni muy mala, ni muy buena, aunque corrompida por los vicios de su tiempo y de las personas que la rodeaban.

Verdad es que el novelista, sin fantasear nada como psicólogo, tiene otro medio de manifestar y pintar caracteres, medio que no es lícito que el historiador emplee, hoy al menos, cuando ya la historia no se considera tanto como obra de arte, y no está en uso que el historiador invente discursos y los ponga en los labios de los personajes históricos reales.

El lenguaje, en diálogos inventados, es, pues, el medio mejor que tiene el novelista para representar y manifestar carac-

teres. En estos diálogos inventados, en los cuales, salvo la mayor amplitud y libertad del novelista, éste coincide con el dramaturgo, debe (nadie lo negará) imitarse la naturaleza, hacer que cada uno hable en el estilo que le es propio, según su clase, su educación, su capacidad intelectual, su edad y su temperamento.

Este no es precepto naturalista, es de todos los tiempos y de todas las escuelas, está en todas las retóricas y poéticas, desde Aristóteles y Horacio hasta el día. No hay que tratar aquí del que, sin negar el precepto, deja de cumplirle por torpeza, como supone doña Emilia que me sucede á mí, ya que, según ella, todos mis personajes hablan como hablo yo, sin diferencia alguna; pero sí hay que tratar de esa imitación atinada del lenguaje, á fin de que sea natural, verosimil y adecuado y propio de cada persona. En ello caben muchos errores, así en la teoría como en la práctica.

Bueno es que conste, antes que todo, que muchas novelas naturalistas no brillan por el diálogo. En ellas se habla poco. ¿Y para qué se ha de hablar? En el *Virus de amor*, pongo por caso, donde toda la acción y el interés residen en el estrago que va haciendo la sífilis en el cuerpo de Alfonsina, poca conversación es indispensable. Hay otra novela de Edmundo de Goncourt, *La fille Elisa*, donde aún se habla menos. La heroina, hija de una partera, de éstas que apellidan *hacedoras de ángeles*, porque propinan abortivos, se hace mujer pública, y recorre multitud de burdeles, de las provincias y de la capital, retratados todos con escrupulosa exactitud. Elisa, al cabo de cierto tiempo de andar en tan arrastrado oficio, se enamora de un soldado. En este amor, exclusivo y tierno, hay algo de fatal, de no razonado, de físico, como en el vicio. Elisa, enamorada ya, asesina un día de unas cuantas puñaladas á su amante. Los jueces no pueden caer en la cuenta de que el asesinato ha sido por puro amor, porque Elisa se incomoda de que el soldado le falte al respeto en un bosque, y atente contra su pudor y honestidad por el amor renacidos. Los jueces entienden, pues, que el asesinato ha sido por robar al soldado 17 pesetas.

La pobrecita Elisa es condenada á muerte, si bien se permuta la pena en trabajos forzados por toda la vida. Hasta aquí, en la novela, apenas ha habido conversación. En adelante, se habla menos. En la cárcel-modelo, galera ó lo que sea, donde Elisa está encerrada hasta que muere, no es permitido hablar. Cuando el prefecto, que va allí de visita, levanta á Elisa el entredicho y le permite que hable, ya llega tarde la venia. Elisa muere idiota, de cólico cerrado de palabras. El progreso del idiotismo en Elisa, de resultas del forzoso silencio, es lo más notable é interesante de la novela.

Si en las citadas no hay diálogo, le hay ó puede haberle en otras. Estudiemos, pues, un poco cómo ha de ser el lenguaje que en estos diálogos se emplee, á fin de no incurrir en la censura de los naturalistas.

Malo es que un autor esté siempre detrás de los personajes, sin vida ni personalidad distinta, hablando por ellos; pero aun así, puede poner en las criaturas de su imaginación voz, sentimientos y pensamientos humanos, aunque sin *individuación* suficiente. Mucho peor es cuando el lenguaje de los personajes, sobre no ser peculiar y característico de cada uno, no es humano siquiera, lo cual, entre naturalistas, ocurre á menudo. Un autor cuyos personajes hablan como él hablaría en igual caso, crea, en efecto, gran discordancia entre los discursos que atribuye á cada ser y las pasiones y acciones que de él refiere; pero al cabo no peca tanto como el autor cuyos personajes hablan como no pudo hablar nadie jamás, á lo cual se expone quien, sin estudiar bien el alma humana, de donde la palabra brota, la remeda empíricamente, creyendo poseer el talento de observación y la retentiva que se requieren para percibir bien y guardar en la memoria el lenguaje diverso de cada individuo.

Y todavía, aunque demos de barato que un novelista retiene y reproduce los distintos modos de hablar, esto no hará gracia, ni conmoverá, ni interesará si es reproducido con fidelidad nimia, servil y desmañada, y sin la conveniente depuración y primor artísticos para buscar y hallar la verdad estética, que no es lo mismo que la verdad real y grosera.

De la fábula *Del charlatán y del rústico* puede inferirse algo que ilustra lo que aseguro, y moraleja opuesta á la que vulgarmente se infiere. Imitó el Charlatán el gruñido del cerdo, y obtuvo ruidosos aplausos. Vino luégo el Rústico, dijo que lo haría mejor, y su gruñido, no obstante, fué silbado. El Rústico entonces se desembozó y dejó ver que no era él quien gruñia, sino un marranillo que llevaba oculto debajo de la capa y al que tiraba de las orejas. Se cuenta esto para demostrar los apasionados juicios de la plebe, que rechaza la verdad y se va tras la ficción y la mentira; pero yo me inclino á creer que la plebe pudo tener, y tuvo, razón en preferir el gruñido artístico del Charlatán al gruñido natural del Rústico, ó mejor dicho, del propio marrano. Este último era el gruñido de un marrano cualquiera, que bien podría ser de los menos habilidosos, amenos é interesantes en el gruñir; mientras que el Charlatán, en virtud de su arte, y tomando de aquí y de allí, de acá y de acullá, por observación, comparación, examen, buen gusto y exquisito criterio, lo más característico y perfecto en su orden de todos los gruñidos de los cerdos existentes, y aun preconcibiendo con su fantasía otros gruñidos ideales de cerdos posibles y verosímiles, creó, tal vez, de todo ello, el más exacto, agradable, regocijado y conmovedor de los gruñidos.

Desengáñese doña Emilia: el lenguaje realmente natural sería inaguantable. No está el toque del arte, como quería el Rústico, en hacer aplaudir el gruñido natural como artificioso y fingido, sino en que lo fingido, ideal y artificioso parezca natural sin serlo, y tal vez sin que pueda serlo, aunque lo posible no tiene límite conocido. Nada hay más gracioso, nada tiene más apariencia de verdad, nada posee más verdad estética que todo lo que dice Sancho Panza, y, sin embargo, nos atrevemos á afirmar que, ni entonces, ni ahora, ni nunca hubo, ni hay, ni habrá rústico en toda la Mancha, ni en mil leguas á la redonda, que hable ni durante medio minuto como Sancho Panza habla; y esto es claro, porque es Miguel de Cervantes quien habla por boca de Sancho, é interlocutores como Cervantes entran pocos en libra. El lenguaje de Sancho, lo mismo

que el alma de Sancho, no están tomados de la esteril observación sólo, sino creados idealmente por el glorioso poeta, el cual hace peregrina amalgama de candor y malicia, bondad y egoismo, necedad y chiste, y forja un carácter y un personaje, de quien si fuera real nadie se acordaría; pero por ser ideal y fingido, y de los que no se usan de diario, ni se encuentran al revolver de cada esquina, vive vida inmortal en nuestros espíritus, y más clara que la de los personajes famosos de la historia.

De aqui que sea bueno y malo á la vez, según se entienda, el precepto de los naturalistas de que en una novela, en toda narración poética, debe sólo reflejarse lo *vivido*. Sin duda la creación del poeta, como la del artista, debe tener por base y como por raíz exacta la verdad; pero en los personajes más bellos é inmortales que han nacido de la fantasía, esa raíz está siempre elevada á no sé qué potencia. Ni el Cid del *Romancero*, ni el Aquiles de la *Iliada*, ni Sancho, ni Don Quijote, ni Don Juan Tenorio, ni muchos personajes de Shakspeare y de Tirso, que son los que tienen más vida, vivieron jamás, y no aseguramos que no pudieron vivir, porque sería poner límites á la potencia creadora del Altísimo ó de la Naturaleza. Precisamente por lo raros que son, porque no se encuentran por ahí de manos á boca, es por lo que han herido más hondamente la imaginación del pueblo, donde quedan grabados con indeleble persistencia.

Las artes en genral, hasta las mecánicas, y no sólo las liberales, añaden algo á lo natural, perfeccionan, completan y continúan la creación divina. Sería curioso que lo que concedemos al carpintero, que hace de madera sillas y mesas, y al zapatero que hace de cuero zapatos, y al albañil que de ripios hace casas, no se lo concediésemos al novelista, exigiendo que todos sus personajes fuesen reproducción exacta, sin quitar ni poner de los personajes con quienes tropezamos por ahí de diario. Consecuencia legítima de la tal doctrina naturalista sería, entonces, que el busto que resultase de haber metido el Tío Conejo la cara en barro fuese mejor que el Apolo de Belvedere.

Y hasta cuando los buenos autores no tiran á idealizar y á magnificar á sus personajes, proceden con arte y no copian ni imitan la naturaleza de cualquier modo, sino eligiendo y depurando, como la abeja saca miel de muchas flores. Sin duda que todas las frases que pone D. Ramón de la Cruz en boca de sus manolos y de sus majas han sido dichas por ellos; pero dijeron, además, millones y millones de otras frases, de seguro insufribles, y de todos esos millones sacó don Ramón unas pocas frases, y las combinó y aplicó con tan discreto tino, que bastan para pintarnos á unos seres más vivos, más graciosos, más reales y más ideales, á la vez, que los héroes prolijamente descritos en las novelas naturalistas.

Pongamos un ejemplo. Tomemos de *Las castañeras picadas* los dos personajes de Gorito y la Temeraria, y comparémoslos con Gervasia y Lantier del *Assommoir*. Cuatro rasguños bastan al sainetero español para dar á su chulo chupón y á la maja prendada de él más realce y poderosa existencia que da Zola á sus dos análogas criaturas en muchas y muchas páginas.

Tal vez consista esta inhabilidad para realzar las figuras en que los naturalistas, según el propio Zola confiesa repetidas veces, conservan resabios y dejos del romanticismo que siguieron en la mocedad. En el habla de sus héroes ponen con frecuencia una *sensiblería*, falsa é insana, que jamás tuvieron en realidad los hombres y las mujeres del pueblo que ellos retratan. «Nosotros todos—dice Zola—aun los más apasionados á la verdad exacta, tenemos la gangrena del romanticismo hasta en los tuétanos.» «Es epidemia cerebral, virus que nos inficiona todavía;»—añade en otra parte: «Sólo Duranty se ha escapado de este contagio.» El puro naturalista, según Zola, es, pues, Duranty. Y, sin embargo, las novelas de este naturalista, único puro, no han sido leídas. ¿Y por qué? Zola lo confiesa: porque «nuestra época está enferma, porque adolece de un gusto perverso, y porque no ama la verdad en nosotros, sino las especias y la extraña salsa lírica con que la condimentamos.»

A confesión de partes, relevación de pruebas. El porta-

estandarte ó abanderado, ya que no quiere pasar por jefe del naturalismo, declara que ni él ni sus cofrades gustan por naturalistas, sino por líricos y románticos falsos; porque el romanticismo, vendabal lírico de mal género, les hizo perder el equilibrio, que no han recobrado aún, y «barrió toda lógica, todo fundamento de filosofía sana, todo método científico y todo conocimiento analítico de los hombres y de las cosas.»

De tan triste *Señor pequé*, ¿qué hemos de decir, sino que Zola se calumnia y calumnia al público, en sus instantes de duda, de mal humor y de abatimiento? Volvamos por Zola. Lo probable será que las novelas de Duranty, que yo tampoco he leído, sean malas y fastidiosas, y que por eso no se lean. ¿Con qué verdades tan importantes iba el Sr. Duranty á pagar nuestro fastidio, si le leyésemos? ¿Qué nos enseñará que ya no sepamos? Quédese, por consiguiente, sin leer el Sr. Duranty, y leamos á Zola, y á otros, no por la verdad que nos descubran y enseñen, sino por el arte, por el estilo, por el primor con que la verdad sale ataviada.

Lo que sí es menester es que, siguiendo la comparación culinaria de Zola, la sal y pimienta y demás aliños con que los naturalistas nos guisan la verdad, no sean veneno que la corrompa; no sean, al menos, la *sensiblería* empalagosa, que la pervierte y malea.

Entre nosotros, dicha *sensiblería* ha venido de país extranjero, si bien ya va arraigándose y naturalizándose más de lo justo.

Morir tenemos: ya lo sabemos. Este mundo es un valle de lágrimas: en él hay más bocas que pan y más frío que capas, y muchísimo menos dinero del que se necesita. En él hay enfermedades, inundaciones y terremotos, discordias, injusticias y guerras: y luégo la muerte, como remate de todo. Burlarse de lo serio, melancólico y fúnebre, no está bien. Malos hígados tiene quien se ríe de un entierro; pero también es vicio verlo todo negro y complacerse en pintarlo así, y no resignarse ni conformarse con nada.

Ahora la filosofía experimental, esto es, la negación de la

religión y de la metafísica, ha quitado á muchos las esperanzas ultramundanas. La única filosofía especulativa que ha quedado es pesimista, es uno á modo de budhismo, y desde principios de este siglo la poesía, que se ha hecho más popular, es desesperada y pesimista también. Por fortuna, la maravillosa y nítida perfección de la forma no ha consentido que Leopardi ejerza su detestable influjo; pero Byron y Heine han hecho muchísimo daño, por ser más fáciles de imitar.

Nadie como mi amigo Alarcón, aunque es en parodia y para chiste, ha reunido mejor, en pocos versos, la suma de los sentimientos y pensamientos tétricos, que se infiltran hoy, como nunca, en las obras de imaginación. Alarcón exclama:

«¡Yo soy muy desgraciado!
¡Yo me quiero matar! ¡Yo estoy muy triste!
¡Yo estoy desesperado!
Aborrezco la vida y cuanto existe
Y, vamos, el vivir se me resiste.
Ven á mi frente, rayo!
Ven á mi oreja, trueno!
¡Maldito sea Mayo!
¡Bendito sea el veneno!
¡Bendito sea el demonio, que no es bueno!»

Donde importa advertir que no se bendice al demonio porque es bueno, sino porque no es bueno, lo cual es el grado supremo de la blasfemia.

Los optimistas, impíos y ateos, bendicen al diablo por su bondad. No es el diablo diablo de veras, sino el espíritu del hombre, que inventa multitud de primores y produce el progreso. Este es el sentido de *La bruja*, de Michelet, y de la oda de Josué Carducci en elogio de Satanás. El Dios de que abominan los antiteistas no es Dios tampoco, sino ciertas creencias que se suponen contrarias á la libertad, á los adelantos y á toda la cultura del día. Por esto trabaja tanto, perora tanto, y echa tantos discursos, en teatros y en otras reuniones, el cé-

lebre Coronel Ingersoll en los Estados Unidos, porque cree que vamos á ser dichosísimos y que vamos á progresar mil veces más en cuanto nadie crea en Dios ni chispa. Pero otros sabios, más adelantados aún, ó más descontentadizos, hallan que todas las máquinas, artefactos, ferrocarriles, telégrafos, teléfonos, fotografías y electro-biologías, no han venido sino á empeorar nuestros males, á ponernos más nerviosos y cacoquimios y á hacernos más odiosa la vida. De aquí que sea la muerte á lo que aspiren, como Feuerbach en su thanatologia; de aquí que bendigan al diablo, no como las brujas de Michelet, porque era bueno, ó tal le creían, sino porque no es bueno, y de aquí que sus grandes esperanzas sean el suicidio universal, el *totalicidio*: un *nirvana cósmico*.

En resolución, ya sea porque es bueno, ya porque no es bueno, hay muchísima gente en nuestros días que se da al diablo, y no con su cuenta y razón y discretamente, como el doctor Fausto, sino de la manera más tonta y triste. El signo evidente de esta brujería es una tristeza disparatada, que se pone en el estilo y que todo lo echa á perder.

Entre nosotros ha venido, según queda dicho, de país extranjero, y ya quiere pasar hasta á lo más ínfimo del vulgo; ya no le basta con mostrarse en las *meditaciones* y *fantasías* y *fragmentos* de los poetas románticos cultos, sino que aparece hasta en peteneras y coplas de fandango, que se suponen compuestas por el pueblo, por más que jamás el pueblo las compusiese. Imagínese, pues, la verdad que tendrá el lenguaje del pueblo á quien hace hablar un novelista ó un poeta más ó menos tocado de tan depravado sentimentalismo.

En las mismas novelas de Fernán Caballero, con ser la autora tan católica, ¿quién no nota, en el habla de la gente menuda de Andalucía que ella presenta, no poco de ese sentimentalismo importado y tomado por la autora de las novelas francesas é inglesas que leía? Pero, ¿qué mucho, cuando hasta las coplas populares han sido falsificadas? Allá va una para muestra:

Dos besos tengo en el alma
Y no se apartan de allí:
El último de mi madre
Y el primero que te dí:

donde repugna la fea é incestuosa combinación del amor sexual y voluptuoso, santificado, si se quiere, con todos los sacramentos, pero cosa de gusto y deleite de los sentidos, con lo más sublime, puro y sin mezcla de sentir material, como el beso de la madre que nos llevó en sus entrañas, y que se separa de nosotros en su lecho de muerte, á las puertas de la eternidad. Lejos de ver aquí el sello de lo vulgar y espontáneo, yo no veo sino afectación y *cursilonería*. En este lazo es en el que los españoles, hasta los grandes autores, propenden más á caer. Lo afectado viene á pasar por natural y popular, como se ponga en moda. Debemos no cesar de decir lo de maese Pedro: «Muchacho, no te encumbres, que toda afectación es mala.» Yo tengo por cierto que á nadie se le ocurrió en tiempo de Calderón sospechar que no fuese naturalísimo que una señorita trashumante, que rueda por un despeñadero con su caballo, se dirija á su caballo, le llame hipógrifo violento, rayo sin llama, pez sin escama, pájaro sin matiz y Faetonte de los brutos, y suponga que el monte, por donde ha rodado, arruga al sol el ceño de la frente, y hable, por último, con Polonia, que es la tierra á donde ha llegado, y se entretenga en hacerle *calambours*, diciéndole que *apenas* llega á ella cuando llega *á penas*. Todo ello hubo de parecer entonces muy bien traído á cuento y ajustado á las circunstancias.

Se me dirá que divago, que mi impugnación contra lo afectado no está aquí en su lugar, que precisamente es la naturalidad ó la llaneza lo que recomiendan los naturalistas y mi compatriota doña Emilia; pero yo respondo que lo entienden mal, y que á veces confunden la carencia de decoro y de dignidad en el estilo con la naturalidad y la llaneza.

Tomemos el ejemplo mismo de que se vale doña Emilia Pardo Bazán. Alfredo de Vigny traduce el *Otelo* de Shakspeare,

y en vez de *handkerchief*, que es *pañuelo* en inglés, pone en francés *mouchoir*. El público silba cuando oye en boca de Otelo la palabra *mouchoir;* pero Alfredo de Vigny inicia una gran revolución literaria muy saludable: la de llamar las cosas por su nombre, sin valerse de perífrasis. Yo, en cambio, no veo que el público fuese descaminado en silbar, ni que Alfredo de Vigny hiciese ó empezase á hacer ninguna revolución benéfica. *Mouchoir* no es lo mismo que *handkerchief* ó que *pañuelo: mouchoir* implica, evoca y contiene en sí la idea de *mocos*, con perdón sea dicho. Es como si en español dijésemos *moquero*. Ahora bien: yo doy por seguro que un gran General, por barbarote que sea, no habla del *moquero* en la más solemne y trágica ocasión de su vida: busca un rodeo, instintiva y repentinamente, para expresar su idea, si no tiene vocablo más limpio y menos ridículo con que expresarla. Toda la revolución benéfica de Alfredo de Vigny quedará reducida, á lo más, á que los franceses se hayan ido acostumbrando á apartar la imaginación del sentido etimológico de *mouchoir*, y á que al mentarle se olviden ó prescindan de los mocos; pero convengamos en que mejor que *mouchoir*, sentaría, en estilo elevedo (estilo que emplea naturalmente quien lo es por su carácter y circunstancias), lienzo, pañuelo, paño, ú otra voz cualquiera.

Por otra parte, el empleo de ciertas palabras muy bajas, sobre todo de las impuras y soeces, no veo yo que sea tan conducente á la manifestación de los caracteres. Vuelvo con placer á citar á D. Ramón de la Cruz. Son los chisperos, los chulos, las manolas, sus héroes. Nadie niega que hablan con la mayor naturalidad y, con todo, jamás emplean palabras malsonantes. ¿Qué raro primor añade el empleo de tales palabras á las novelas naturalistas?

Será hipocresía, convención social, lo que se quiera; pero ¿qué gran ventaja trae romperla? Víctor Hugo cifra en una sola palabra, muy sucia, el dicho célebre: *la guardia muere y no se rinde*. Gasta luégo muchas páginas de prosa ditirámbica en hacer la apología de dicha palabra; pero, ¿logra, acaso, que se adopte su empleo? Al contrario, lo que hace es inventar una

nueva perífrasis para decirlo: ahora se dice *le mot de Cambron*. Y aun así, *le mot de Cambron* sólo se usa en estilo chusco. Nadie la dirá con gravedad, como nunca dirá nadie gravemente: «vayase Vd. á donde se fué el Padre Padilla;» y ¿quién sabe, no obstante, si en la libertad que suele reinar en los campamentos no sería eso lo primero que se le ocurrió decir á Alfonso VIII, y tal vez dijo, á los mensajeros del Miramamolin almohade, antes de la batalla de las Navas?

Lo cierto es que los naturalistas abusan de las palabras sucias, creyendo que así dan más verdad y energía al habla de sus personajes y á las propias descripciones. No consideran que, según dice Montaigne, y eso que en su tiempo había otra licencia y no se gastaban, como ahora, tantos velos y pleguerías, *celuy qui dict tout, il nous soule et nous desgouste*.

Los que usan palabras sucias para parecer enérgicos y naturales, caen en la afectación y en el amaneramiento del peor género. El uso de las palabras está sujeto á reglas que la sociedad impone, y es necio quebrantarlas, por más arbitrarias que sean. Palabras emplean, no diré ya *El cancionero de burlas* ó *La Celestina*, sino Cervantes ó Quevedo, que en el día sería de gusto malo y atrevido emplear. La época y la nacionalidad influyen en esto. Nada más propio que el que diga Valentín, revolcándose en su sangre, deshonrado y moribundo, *hüre* á su hermana Margarita. Y con todo, ¿sufriría hoy el público español, en pleno teatro, la palabra correspondiente en nuestra lengua?

Al hablar de todo esto no tocamos aún en la moralidad, de que más tarde hablaremos. Ahora hablamos del lenguaje y de la pretensión que tienen los naturalistas de que ellos le usan natural y apropiado. A la verdad, no se entiende bien lo que quieren. Yo recelo que ellos mismos no se entienden y que se contradicen. La clave de todo, á mi ver, está en que el naturalismo es una derivación ó degradación del romanticismo. Concedamos á doña Emilia Pardo Bazán que el naturalismo español, no como es, pues yo no voy aquí á juzgarle, sino como ella quiere que sea, nace de modo legítimo y castizo del *Quijote* y

de las novelas ejemplares y picarescas de los siglos XVI y XVII. Contra tan buen naturalismo, ¿cómo he de murmurar yo? Ojalá me fuera dable ser naturalista por el estilo: ser en el siglo XIX el continuador de Cervantes. Pero entre ese naturalismo y el de Zola hay enorme distancia, y esta distancia sería mayor en los imitadores españoles de Zola, si los hubiese, porque los imitadores suelen exagerar siempre los vicios del modelo imitado.

Repito, pues, dejando aparte el naturalismo soñado por doña Emilia, que en el naturalismo real subsiste el peor fermento romántico, avillanado. Las pasiones volcánicas, estrafalarias y fatales, los crímenes y delirios de trovadores, paladines, señores feudales, bandidos griegos y turcos, y otros sujetos exóticos ó remotos de la vida común, se ponen ahora en el primer artesano que se ve en la calle, ó en cualquiera moza de partido ó rufián con quien se topa en una taberna. De aquí resulta una desagradable disonancia; lo grotesco se quiere trasformar en trágico, lo horrible y asqueroso en patético, y lo que debe ser objeto, mirado someramente, de risa, y mirado por lo serio de piedad profunda, pero no estética, se pone como asunto de la alta compasión de la poesía.

Sin duda que la casa del Sr. Monipodio es, *mutatis mutandis*, un *Assommoir* de Sevilla. La diferencia está en el tono, y es enorme diferencia. Los infortunios, percances y malas andanzas de Lantier, Gervasia, Virginia, Coupeau y comparsa repugnan, fatigan, desagradan como enojosa pesadilla, sin que neguemos por esto que el autor se apodera de nosotros y nos hace leer su obra hasta el último renglón, mientras que la Cariharta, la Gananciosa, la Pipota, Repolido, Maniferro y Chiquiznaque, son personajes más de verdad, sin coturno, y nos hacen gracia y nos divierten, aunque no nos interesen. Tampoco ni Gervasia ni Coupeau interesan á nadie, si bien toda persona caritativa desea que, si es posible, haya los menos personajes de una clase y de otra en la realidad de la vida, procurando, para que no los haya, que se de educación moral y religiosa; que el hombre sano y honrado tenga trabajo bien

retribuído, y que para el enfermo y vicioso se funden hospicios, cárceles-modelos, hospitales y manicomios.

Para hacer, pues, lo feo moral, el vicio, las enfermedades y toda clase de miserias objeto de vivo interés y de honda emoción, los naturalistas franceses apelan á lo contrario de lo que parece recomendar doña Emilia: al más cuidadoso y esmerado artificio en la factura. Zola lo confiesa, quiere corregirse de su pecado y no puede. «Yo guardaré—dice—todos los refinamientos de escritor nervioso, los epítetos gráficos, las frases sonoras.» Llama á su estilo, y al de los otros naturalistas, «caprichosamente trabajado, sobrecargado de adornos de toda laya.» Y ¿cómo proceder de otra manera—añade—para obligar al público á aplaudir una melodía conocida y vulgar, si no cantamos sobre ella variaciones llenas de gorgoritos y de *fioriture*, fantásticos, inesperados y extraños?

«Los románticos—dice Zola también (porque Zola, como todo escritor de gran talento, tiene buena fe, candor y sinceridad)—han traído á la lengua multitud de neologismos y de arcaismos. De aquí que ahora procuremos reglamentar las frases conquistadas y sacar partido de los aumentos del Diccionario. Hemos dado, pues, en lo rebuscado y exquisito. No sospechan los que nos leen la ciencia y la paciencia con que ciertos autores estudian y ponen hasta las comas, discuten cada vocablo horas enteras, examinando si agradará á la vista y al oído, se preocupan de la frase, no sólo como gramáticos, sino anhelando sacar de ella música, color y hasta olor. No descuidan ninguna asonancia dichosa ó desdichada. Buscan la perfección absoluta de la forma, evitan la repetición de una voz á cien renglones de distancia, y declaran la guerra hasta á las letras, para que no se repitan mucho las mismas en cada página. La prosa ha llegado así á ser más difícil de hacer que el verso. Como el verso, la prosa se lima hoy y se cincela.»

¡Qué tal la naturalidad y espontaneidad del estilo naturalista, por confesión del porta-estandarte!

Y lo peor no es tanto trabajar, y tanto afanar y tanto sobar, sino que todo ello se emplea, no en imitar, si es posible que se

imite, la prosa sencilla é inmortal de Voltaire ó de Montaigne, acomodada á nuestro siglo, sino en crear cierta jerigonza de moda que, cuando pase la moda, no habrá ser humano que la aguante.

Esto da mucho en que pensar: y cito á Zola de nuevo: «Hay una jerga peculiar de cada período literario, que la moda adopta, y que, después de hacer la fortuna de los libros, seduciendo á los lectores, deja de estar en moda, y condena con justicia al olvido los libros escritos así. Nosotros hemos de tener también nuestra jerga. Lo malo está en que, si vemos á las claras las de épocas anteriores, la nuestra no nos choca; al revés: es nuestro vicio, nuestro deleite, la perversión del gusto que mejor nos sabe. A veces, cavilando sobre el particular, me he extremecido y he recelado que, frases que me agrada tanto escribir ahora, harán reir, de fijo, dentro de cien años.»

Baste lo dicho, por lo tocante al estilo natural y al lenguaje natural de los naturalistas franceses.

Añadiré sólo que, si los naturalistas españoles imitasen á los franceses, el resultado vendría á ser fenomenalmente deforme y contra naturaleza: sería la imitación de una afectación, ya imitada y rebuscada, y falsa de suyo, y aún más falseada y viciada por las traducciones de pacotilla en que tal vez el naturalista español leería y estudiaría al naturalista francés, su modelo.

Juan Valera.

(Concluirá.)

POBLACIÓN DE CUBA

No es Cuba solamente *la isla más hermosa que ojos hayan visto* (1); préstanle, además, excepcional importancia su privilegiada situación entre ambas Américas y á la entrada del golfo de Méjico; su proximidad á lo que no tardará en ser canal de Panamá; su extensa superficie; la dirección de sus dilatadas costas; los accidentes de sus sistemas orográfico é hidrográfico, y hasta su misma configuración, extremadamente prolongada, para estar más en posesión de los mares que la bañan y más en contacto también con los continentes é islas que la circundan. En efecto, el golfo de Méjico no tiene más que dos entradas: el canal de Yucatán, entre la península de este nombre y el cabo de San Antonio, al O. de Cuba, y el canal de la Florida, entre esta otra península y el N. de la isla; de los cabos que más influyen en la configuración de Cuba, el de San Antonio sólo dista 210 kilómetros de Méjico (del cabo Catoche); entre el cabo Hicacos y los Estados Unidos (La Florida) no hay más que 178 kilómetros, 78 entre el cabo Maisi y la isla Haiti ó Santo Domingo, y 139 entre el cabo Cruz y la isla de Jamáica; extensión de Cuba es tal, que no hay en aquellos mares isla

1) Colón en su *Diario*.

alguna que en esta parte le iguale, pues mide 122,606 kilómetros cuadrados (1), y la isla de Haiti, que es lo que más se le aproxima, no tiene más que 77,254; sus costas, que miden por el N. 1.514 kilómetros, por el S. 1.675 y en junto 3.189; contienen bahías tan notables como las de Nipe, Guantánamo, Matanzas, Cochinos y Sabinal; ensenadas tan importantes como las de Cárdenas, Cortés, Santa Cruz, Baracoa, Manzanillo, La Boa, Cajón y Guadiana, y puertos tan excelentes como los de la Habana, Santiago de Cuba, Yagua, Cienfuegos, Bahía Honda, Nuevitas, Manatí, Vita, Naranjo, Banes, Malagueta, Puerto del Padre, Sibisa y Carbonico; la distancia entre el cabo Maisi y el de San Antonio es de 1.180 kilómetros, y, sin embargo, la mayor anchura de la isla no es más que de 191 (2), y en algunas partes sólo de 38 (3), lo que facilita en extremo las comunicaciones entre las costas N. y S.; sus ríos son numerosísimos y la naturaleza los ha repartido en términos tan favorables por el territorio de la isla, que á cada una de sus tres grandes comarcas corresponde uno de los tres ríos más principales: el Cuyaguateja al Occidente; el Sagua en el Centro, y al Oriente el Cauto; aunque sus montañas alcanzan al E. alturas tan considerables como el pico Turquino, la Gran Piedra y Ojo de Toro, que respectivamente se alzan 2.434, 1.611 y 1.017 metros sobre el nivel del mar, ya no son tan elevadas en el centro y pierden toda su importancia al Occidente de la isla, en donde se extienden numerosos valles, algunos tan dilatados y feraces como los de Güines y Yumuri, y sirviendo de poderosa defensa á la isla, sin impedir las comunicaciones, álzanse á su alrededor multitud de islas, islotes y cayos, que en junto miden 3.117 kilómetros cuadrados (4) sin contar la isla de Pinos, cuya superficie es de de 2.098.

(1) En estos términos: isla de Cuba, propiamente dicha, 117,391 kilómetros cuadrados; isla de Pinos, 2.098; islas é islotes adyacentes, 3.117.

(2) Entre el cabo Lucrecia y el de Santa Cruz.

(3) Entre el puerto Mariel y la ensenada de Majana.

(4) Entre ellos merecen especial mención Cayo Romano, de 485 kilómetros cuadrados; Cayo Largo, de 91; Cayo Coco, de 83; Turiguano, de 77, y Guanaja, de 43.

Hemos dicho que la superficie de Cuba excede en mucho á la de todas las demás Antillas, y así puede verse á continuación:

ISLAS	Estado á que pertenecen.	Superficie en kilómetros cuadrados.
Cuba	España	117,391
Haiti	Haiti y Santo Domingo	77,254 (1)
Jamáica	Inglaterra	10,859
Puerto Rico	España	9,314
Trinidad	Inglaterra	4,544
Pinos	España	2,098
Guadalupe	Francia	1,603
Martinica	Ídem	987
Dominica	Inglaterra	754
Santa Lucía	Ídem	614
Caimanes	Ídem	584
Curasao	Holanda	550
Caicos	Inglaterra	550
Cayo Romano	España	485
Antigua y Barbuda	Inglaterra	440
Granada	Ídem	430
Barbada	Ídem	430
San Vicente	Ídem	381
Bonaire	Holanda	335
Tabago	Inglaterra	295
Santa Cruz	Dinamarca	218
San Cristóbal	Inglaterra	176
Aruba	Holanda	165
Vírgenes	Inglaterra	165
María Galante	Francia	149
Nevis y Redonda	Inglaterra	118
San Martín	Francia y Holanda	99 (2)
Cayo Largo	España	91
Anguila	Inglaterra	91
Santo Tomás	Dinamarca	86
Cayo Coco	España	83
Monserrat	Inglaterra	83
Turiguano	España	77
San Juan	Dinamarca	54
Guanaja	España	43
Deseada	Francia	27
Las Turcas	Inglaterra	25
San Eustaquio	Holanda	21
San Bartolomé	Francia	18
Los Santos	Ídem	14
Saba	Holanda	13

(1) De esta superficie corresponden 23.911 kilómetros cuadrados á la República de Haiti y 53.343 á la Dominicana.

(2) La parte francesa, que es la situada al N., mide 52 kilómetros, y la holandesa 47.

Y á pesar de tan favorables, de tan privilegiadas circunstancias, la isla de Cuba está muy despoblada. Al efectuarse el último censo publicado, el de 1879, se registraron 1.424.651 habitantes, que representan una población específica de 11,6 por kilómetro cuadrado (1); y aunque la isla de Santo Domingo todavía presenta cifra algo más reducida, la de 11 habitantes por kilómetro cuadrado, en cambio en Jamáica corresponden á esta última unidad superficial 54 habitantes, 87 en Puerto Rico, y no citaremos las demás Antillas, aunque muchas de ellas presentan una densidad de población muy superior á la de Cuba, porque su reducidísimo territorio las coloca fuera de racionales comparaciones, no relacionándolas con otras islas de análoga superficie.

Vamos, sin embargo, á consignar la población absoluta y específica de todas las Antillas, ya que hemos dado á conocer su superficie:

	HABITANTES	
	Cifra absoluta.	Por kilómetro cuadrado.
Haiti ó San Domingo (2)	850.000	11
Puerto Rico	810.394	87
POSESIONES INGLESAS		
Jamáica	580.804	54
Trinidad	155.532	34
Dominica	28.211	37
Santa Lucía	40.532	66
Islas Caimanes	2.400	4
Islas Cáicas y Turcas	4.778	8
Antigua y Barbuda	34.321	80

(1) Si se calcula la población específica de Cuba tomando por base los 1.521.684 habitantes con que figura esta isla en el censo de población del año 1877, publicado por el Instituto Geográfico y Estadístico, y que es la mayor cifra de población con que aparece aquella Antilla en los varios documentos estadísticos que tenemos á la vista, resultan 12,4 habitantes por kilómetro cuadrado.

(2) La población de la república de Haití se calcula en 550.000 habitantes (23 por kilómetro cuadrado) y la de la república dominicana en 300.000 (poco más de 5 por kilómetro cuadrado).

	HABITANTES	
	Cifra absoluta.	Por kilómetro cuadrado.
Granada y Granadillas	44.729	104
Barbada	171.860	400
Tobago	18.879	64
San Cristobal	29.137	166
Vírgenes	5.287	32
Nevis y Redonda	11.864	101
Anguila	3.219	34
Monserrat	10.589	127
POSESIONES FRANCESAS		
Martinica	166.988	170
Guadalupe	172.998	108
María Galante	15.727	106
Los Santos	2.000 (1)	143
Deseada	2.000 (1)	74
San Bartolemé	2.400	133
San Martín (parte Norte) (2)	3.371	65
POSESIONES HOLANDESAS		
Curasao	25.176	46
Bonaire	5.246	16
Aruba	5 654	34
San Martín (parte Sur) (2)	3.395	72
San Eustaquio	2.382	113
Saba	2.300	177
POSESIONES DANESAS		
Santa Cruz	18.430	84
Santo Tomás	14.389	167
San Juan	944	17

Y todavía resultan cifras más desfavorables si, en vez de

(1) Cifra calculada.

(2) La totalidad de la isla de San Martín se halla poblada por 6.766 habitantes (68 por kilómetro cuadrado).

considerar en su conjunto la totalidad de los habitantes de Cuba, se desciende á fijar la población específica de cada una de las seis provincias en que la isla se halla dividida; pues si bien aparecen las provincias Santa Clara y Pinar del Río con una densidad de población análoga á la de la totalidad de la isla, y las de la Habana y Matanzas la presentan mayor, en cambio en la de Santiago de Cuba no llega á 7 habitantes por kilómetro cuadrado, y no es más que de 2 en la de Puerto Príncipe, según puede verse á continuación:

PROVINCIAS.	Kilómetros cuadrados.	Habitantes (1).	Habitantes por kilómetro cuadrado.
Habana.....	8.610	435,896	50,6
Matanzas.....	8.486	283,121	33,4
Santa Clara.....	23.083	321,397	13,9
Pinar del Río.....	14.967	182,204	12,2
Santiago de Cuba.....	35.119	229,821	6,5
Puerto-Príncipe.....	32.341	69,245	2,1

Bien puede, sin embargo, afirmarse que, si el orden público no se turba en Cuba y se saben utilizar, mediante radicales reformas económicas, sus excelentes condiciones naturales, muy pronto aumentará la población de la isla todo lo que aumentar necesita, siquiera para cumpetir en este punto con las vecinas islas de Jamáica y Puerto Rico; porque el país ha respondido tan cumplidamente á todas las reformas obtenidas, cuando de paz ha disfrutado, que en menos de cuarenta años, desde 1830 al 67, se elevó al doble el número de sus habitantes, y sólo desde que se inició la guerra permanece la población estacionaria, como ponen de manifiesto las siguientes cifras expresivas de los resultados obtenidos en los diferentes censos fechados en la isla de Cuba desde el año 1768.

(1) Según el último censo de población publicado por el Instituto Geográfico y Estadístico.

Población de la Isla de Cuba (1).

AÑOS	Población blanca.	POBLACIÓN DE COLOR		TOTAL de habitantes.
		Libre.	Esclava.	
1774....	96.440	30.847	44.333	171.620
1787....	96.610	29.217	50.340	176.167
1792....	133.553	55.930	84.456	273.939
1817....	276.689	119.221	239.694	635.604
1819....	239.830	97.000	216.203	553.033
1827....	311.051	106.494	286.942	704.487
1830....	332.352	113.125	310.218	755.695
1841....	418.291	152.838	436.495	1.007.624
1846....	427.769	149.226	323.759	898.754
1849....	457.133	164.410	323.897	945.440
1850....	479.490	171.733	322.519	973.742
1852....	492.879	169.316	321.847	984.042
1855....	498.752	185.444	359.989	1.044.185
1857....	560.161	177.824	372.110	1.010.142
1859....	589.777	175.274	364.253	1.129.304
1860....	632.797	189.848	376.784	1.199.429
1861. ..	793.484	232.493	370.553	1.396.530
1862....	793.484	232.433	370.553	1.396.470
1867....	833.157	248.703	344.615	1.426.475
1869....	797.596	238.927	363.288	1.399.811
1874....	856.177	263.420	326.775	1.446.372
1877....	963.175	272.478	199.094	1.434.747
1879....	925.737	287.827	171.087	1.424.651

(1) Debemos advertir que los datos contenidos en este cuadro han sido publicados en 1881 por la Dirección general de Hacienda de la Isla de Cuba, á excepción de los correspondientes al año 1861, que se encuentran en el censo de población dado á luz por la Junta general de Estadística, y que presentan algunas diferencias con los publicados en otros trabajos estadísticos; así es que el Sr. D. Ramón de la Sagra, que asigna á los censos de 1774, 1827, 1841, 1846 y 1849 las mismas cifras que las que figuran en el texto, atribuye á Cuba 272.301 habitantes en el año 1792, 453.033 en 1817, y 1.179.713 en 1860; en las *Noticias estadísticas de la Isla de Cuba*, publicadas por orden del Intendente de Hacienda, Conde Armildez de Toledo, aparece aquella Antilla con 1.396.470 habitantes en 1861, y con 1.359.238 en el año siguiente; por fin, en el censo de la población de España y sus provincias de Ultramar, publicado por el Instituto Geográfico y Estadístico, aparece Cuba con 1.521.684 habitantes, que es la mayor cifra que se asigna á esta isla en los diferentes documentos que hemos consultado, y que no hemos incluído entre las

Del precedente cuadro resulta que, desde el año 1774 al 1817, es decir, en sólo 43 años, casi cuadruplicó el número de habitantes; en los 13 años siguientes, desde el 1817 al 1830, la población no creció tanto, pues sólo recibió el aumento de un 19 por 100; pero según ya hemos dicho, desde el año 30 al 67 se elevó al doble; y considerando en conjunto el período de 105 años trascurridos desde el primero al último censo, resulta que en poco más de un siglo la población de Cuba ha aumentado en un 730 por 100, ó lo que es lo mismo, se ha hecho 8 veces mayor.

Asimismo se desprende del cuadro precedente que no han crecido en la misma proporción la población blanca y la de color; la primera, comprendiendo en ella la mongólica ó china, ha recibido en los expresados 105 años el aumento de un 881 por 100, y la de color el de 510 por 100. En cuanto á la población de color esclava, resulta que alcanzó su mayor cifra en el año 1841; desde esta fecha ha ido descendiendo, pero no de un modo constante, sino con alternativas ó fluctuaciones más ó menos pronunciadas, y sólo después del censo de 1874 aparece en manifiesta baja, aunque todavía alcanza una cifra harto elevada. He aquí la proporción en que se encontraban la población esclava y la total en los años indicados y en algunos otros que conviene tener en cuenta para formar idea del des-

que figuran en el texto por no contener la clasificación de los habitantes de color en libres y esclavos.

Asimismo debemos advertir que en la mencionada publicación de la Dirección general de Hacienda se fija en 432.000 habitantes la población de Cuba en 1804, en 600.000 la del año 1810, y en 715.000 la de 1825, cifras que no hemos incluído en el cuadro respectivo, porque claramente dan á entender que fueron resultado más bien de un cálculo que de un recuento, y por análogo motivo hemos omitido también la población que se asigna en el mismo documento á Cuba en 1768, y que es la siguiente: blancos, 109.415; de color, libres, 22.740; esclavos, 72.000, y total, 204.155. La cifra expresiva de los esclavos evidentemente fué calculada, y aún adquiere mayor fuerza este convencimiento al observar que se halla subdividida en 45.000 varones y 27.000 hembras. Son demasiado redondas estas cifras para poder considerarlas producto de un recuento.

arrollo que la esclavitud ha alcanzado en Cuba según las épocas:

AÑOS	ESCLAVOS	
	Cifra absoluta.	Por 100 habitantes.
1774	44.333	25,8
1787	50.340	28,6
1792	84.456	30,8
1817	239.694	37,7
1841	436.495	43,3
1874	326.775	22,6
1877	199.094	13,9
1879	171.087	12,1

Ya hemos indicado que los precedentes datos, relativos á los censos de población efectuados en Cuba, se hallan comprendidos bajo el epígrafe de «población blanca,» tanto los nacionales como los extranjeros, y así los habitantes de raza caucásica como los de la mongólica. Pero respecto á algunos años hemos conseguido mayores detalles, y á continuación se encuentran los relativos á 1861 y 1877, que bastan para formar idea de la importancia relativa de los diferentes grupos de población:

		1861	1877
Blancos	Nacionales	748.318	906.482
	Extranjeros	10.332	9.577
Asiáticos		34.834	47.116
De color	Libres	232.493	276.009
	Esclavos	370.555	195.563
TOTAL		1.396.530	1.434.747

Las precedentes cifras demuestran que la población extranjera ha aumentado en la parte que representa la fuerza muscular, en la clase jornalera, puesto que los chinos, que en 1860 no eran más que 17.101, y 34.834 al año siguiente, se elevaron á 47.116 en 1877; pero los inmigrantes europeos y americanos, que suelen poseer un gran espíritu de empresa y á veces tam-

bién capitales y una instrucción superior, han disminuído. Bien es verdad que en 1877 aún no se había restablecido la paz, y no son las épocas de guerra las más á propósito para atraer elementos extraños en favor de la producción del país; de suerte que es preciso que se efectúen nuevos censos para ver hasta qué punto es apetecida la isla de Cuba por la inmigración europea y americana. Respecto á los españoles nacidos en la Península y residentes en Cuba, no hemos podido recabar la menor noticia, por no constar este detalle en ninguno de los censos publicados.

Los habitantes de color (libres y esclavos) constituían en 1877 el 33 por 100 de la población total. Esta relación era de 43 por 100 en 1861.

En el censo de 1877 el sexo masculino representa el 57 por 100 del total de habitantes, y los demás grupos de población aparecen clasificados en la forma siguiente:

		Varones.	Hembras.	Varones por 100 habitantes.
Blancos	Nacionales...	522.719	383.763	57,7
	Extranjeros..	6.523	3.054	68,1
Asiáticos		47.030	86	99,8
De color	Libres.....	130.372	145.637	47,2
	clavos....	110.673	84.890	57,6
		187.317	617.430	57,0

El notable predominio con que aparece el sexo masculino en el total de habitantes, y que es exactamente el mismo que presenta en el censo de 1860, es uno de los resultados más excepcionales que ofrece la población cubana cuando se la compara con los censos europeos. En Europa, á excepción de Italia, Servia, Rumanía y Grecia, el predominio de las mujeres en la población total es un hecho constante que, á pesar de nacer más varones que hembras, explican cumplidamente la mayor mortalidad del sexo masculino y la emigración, que se compone casi exclusivamente de varones. Por otra parte, aun en

esos países donde se observa el hecho contrario, la proporción en que se halla el sexo masculino respecto á la población total no llega al 52 por 100, y en Cuba alcanza al 57,0. Una sola excepción presenta el fenómeno indicado y es la que presenta los habitantes de color libres, puesto que, á diferencia de lo observado en los demás grupos de población, y de acuerdo con lo que sucede en la generalidad de los Estados europeos, predomina en ella el sexo femenino; pero todo se explica perfectamente, lo mismo la excepción observada que el fenómeno contrario. Entre los habitantes blancos nacionales se encuentran los militares, los funcionarios públicos y muchísimos comerciantes ó industriales peninsulares que van á Cuba sin sus familias, por proponerse pasar en la isla sólo un reducido número de años; es mayor el predominio del sexo masculino entre los extranjeros, porque estos todavía fijan su residencia en Cuba con más dificultad que los nacidos en España; los asiáticos son varones casi en su totalidad, porque sólo los de este sexo figuran en las contratas mediante las que son trasportados desde China, y predominan también los varones entre los esclavos, porque traficantes y compradores los preferían en sus especulaciones, por ser los más útiles. Por fin, si entre los habitantes de color libres sobresale el sexo femenino, es porque, hayan ó no nacido en Cuba, tienen su residencia fija en la isla, constituyen, por lo mismo, una población sujeta á condiciones normales y obedece, por consiguiente, en su existencia y desarrollo á las mismas causas que dominan en toda población regularizada. Estas observaciones nos parecen tanto más exactas, cuanto que los censos de 1861 y 1862 ofrecen resultados muy análogos.

Y aquí terminan los datos que podemos ofrecer á nuestros lectores respecto á la población de Cuba. En los mencionados censos de 1861 y 1862 constaba la clasificación de los habitantes de la isla según su edad, estado civil y profesión; pero nada de esto hemos encontrado en los posteriores; de suerte que, para poder añadir alguna noticia á las consignadas, tenemos que dar á conocer la clasificación de los habitantes de cada una de las seis provincias de la isla de Cuba según su raza, nacionali-

dad y condición, y la población de sus municipios más importantes. El primero de estos dos datos, que se refiere al año 1877 y procede de la estadística publicada por la Dirección general de Hacienda de Cuba, es el siguiente:

PROVINCIAS	BLANCOS		Chinos ó Asiáticos.	DE COLOR		TOTAL de habitantes.
	Nacionales	Extranjeros		Libres.	Esclavos.	
Habana	298.388	3.951	10.108	66.082	39.014	423.543
Pinar del Río	126.312	275	3.137	30.470	29.026	189.220
Matanzas	119.371	2.553	20.054	38.360	70.390	250.728
Santa Clara	200.916	1.216	13.301	55.083	41.876	312.392
Puerto Príncipe	46.664	229	94	6.252	2.220	55.459
Santiago de Cuba	114.831	1.353	422	73.762	13.037	203.405
	906.482	9.577	47.116	276.009	195.563	1.434.747

Relacionados con el número total de habitantes los diversos grupos de población que contiene el precedente cuadro, resultan las proporciones siguientes:

	POR 100 HABITANTES.		
	Blancos.	Chinos.	De color.
Habana	72,8	2,4	24,8
Pinar del Río	66,8	1,7	31,5
Matanzas	48,6	8,0	43,4
Santa Clara	64,7	4,3	31,0
Puerto Príncipe	84,5	0,2	15,3
Santiago de Cuba	57,2	0,2	42,6
TOTAL	63,8	3,3	32,9

De suerte que las provincias en que más abunda la población de color, son las de Matanzas y Santiago de Cuba; síguenles las de Pinar del Río, Santa Clara y Habana, y donde menor cifra presentan es en la provincia de Puerto Príncipe. Los chinos únicamente ofrecen cifras de consideración en las provincias de Matanzas y Santa Clara, y donde menos abundan es en las de Puerto Príncipe y Santiago de Cuba.

Relacionado con la población total cada uno de los dos grupos que comprende la de color (libres y esclavos), resultan las proporciones siguientes:

	POR 100 HABITANTES DE TODAS RAZAS		
	De color libres.	De color esclavos.	Total de color.
Habana	15,6	9,2	24,8
Pinar del Río	16,2	15,3	31,5
Matanzas	15,3	28,1	43,4
Santa Clara	17,6	13,4	31,0
Puerto Príncipe	11,3	4,0	15,3
Santiago de Cuba	36,2	6,4	42,6
TOTAL	19,0	13,9	32,9

De modo que la provincia de mayor número proporcional de esclavos es la de Matanzas, que en este punto supera en mucho á todas las demás; las de Pinar del Río y Santa Clara presentan entre sí cifras muy parecidas, y las de menor número de esclavos son las de la Habana, Santiago de Cuba y Puerto Príncipe. Los habitantes de color libres aparecen en Santiago de Cuba con una cifra muy superior á la que presentan todas las demás provincias; las de Santa Clara, Pinar del Río, Habana y Matanzas, figuran con cifras muy semejantes entre sí, y donde más escasea esta clase de habitantes es en Puerto Príncipe.

La población de los municipios más importantes de la isla de Cuba, según los datos publicados por el Instituto Geográfico y Estadístico, es la consignada á continuación:

MUNICIPIOS.		MUNICIPIOS.	
Habana	198.721	Taguayabón	14.195
Matanzas	87.760	Guana	13.952
Santiago de Cuba	71.307	Remedios	13.930
Cienfuegos	65.067	Sagua la Grande	13.614
Puerto-Príncipe	46.641	Guamutas	13.602
Holguín	34.761	Bayamo	13.407
Sancti-Spíritus	32.608	Santo Domingo	13.051
Guanabacoa	29.789	San Juan y Martínez	12.585
Trinidad	27.644	Baracoa	12.476
Manzanillo	23.208	San Antonio de Baños	12.010
Santa Clara	22.781	Regla	11.284
Pinar del Río	21.870	Santiago de las Vegas	11.219
Colón	20.398	La Esperanza	10.946
Jibara	18.854	Jaruco	10.766
Cárdenas	17.553	Caney	10.477
Guantánamo	17.199	Ceja de San Pablo	10.461
Macurijes	16.243	Quemados de Güiness	10.419
Consolación del Sur	16.141	Viñales	10.205
Güines	14.719		

No aparecen con estas mismas cifras los precedentes municipios en la estadística publicada por la Dirección general de Hacienda de la isla de Cuba, sino que, por el contrario, resul-

tan diferencias muy notables; pero comparaciones que hemos hecho con el censo de población de 1860, publicado por la Junta general de Estadística, é informes de personas conocedoras del país, con quienes hemos consultado, nos han decidido á dar la preferencia á los datos recogidos por el Instituto Geográfico y Estadístico. Convendrá, sin embargo, que se comparen unos y otros, á fin de depurarlos hasta donde sea posible, y, sobre todo, importa mucho preparar la formación de un nuevo censo. Ninguno de los publicados después del correspondiente al año 1860 contiene la variedad de noticias que deben reunir los documentos estadísticos de esta clase, si han de servir para los varios fines con que acuden á sus cifras tanto la Administración como la Demografía, y tiene la isla de Cuba demasiada importancia para que no sea de todos perfectamente conocida bajo el más interesante de todos sus aspectos, cual es el de la población.

J. Jimeno Agius.

EL RENACIMIENTO EN EL ARTE

SUS MANIFESTACIONES MAS IMPORTANTES EN VALLADOLID

Y CAUSAS DE SU DECADENCIA [1]

Corría en su último tercio el siglo xv. Una sola corona rige ya los destinos de Aragón y Castilla, á la vez que los de Nápoles y las dos Sicilias. Los Reyes Católicos, ayudados por varones de tanto valer como Cisneros, Mendoza, Alonso de Quintanilla, Santangel, Hernando de Talavera y Marchena, emprenden una fuerte y vigorosa reorganización interior del Reino, abatiendo el poder de la altiva y turbulenta nobleza, que no podrá en lo sucesivo repetir las vergonzosas escenas del tiempo de los Enriques; la Santa Hermandad, que proporcionaba la seguridad individual en los caminos, favorecia el desarrollo de la industria y del comercio; la creación del ejército permanente imponía respeto en el exterior y, si con creces fué vengada en Toro la desgraciada jornada de Aljubarrota, no menos asombraban en Italia las brillantes victorias del gran Gonzalo de Córdova; España realizaba sus ilusiones tras ocho siglos de tremenda lucha, enviando al desdichado Boabdil á

(1) Véase el número correspondiente al 25 de Agosto.

regar con sus lágrimas las arenas del desierto y viendo coronar la cruz las altas torres de Granada y, siendo ya pequeña la tierra para contemplar tanta gloria, Colón, rechazado por los sabios, es al fin comprendido por la magnánima Isabel, á quien recompensa su acogida generosa, poniendo á sus pies un Nuevo Mundo, para que adore á su Dios y sea á la vez testigo de las hazañosas empresas del pueblo español.

Por lo que á las letras se refiere, los escotistas y tomistas, que desde el siglo XIII se habían repartido en España el campo de la actividad intelectual, seguían con sus luchas de escuela, favorecidas por los franciscanos la una, y la otra por los dominicanos, saliendo de Universidades y monasterios inteligencias tan elevadas como el Abulense, Soria, Villalpando, Sepúlveda, llamado *el Tito Livio español*, y otras lumbreras. La poesía, que en los siglos XIII y XIV había producido los romanceros y algunos poemas dignos de atención, como *el del Cid*, *Apollonius*, *el de Alejandro* y *las obras del Arcipreste Hita*, experimenta en el siglo XV la influencia del Renacimiento italiano, si bien jamás imitó la docta impiedad, ni la obscenidad clásica que ingenios de primer orden hacían rebosar en Ferrara, Florencia y Roma, sino que tomó la parte más noble y digna, traduciendo López de Ayala á Boccacio y Tito Livio, vertiendo al castellano *la Eneida* y *la Divina Comedia* D. Enrique de Villena; imitando el Marqués de Santillana en sus poesías á Dante, Petrarca y Boccacio, y siguiendo Juan de Mena iguales inspiraciones en *la Coronación* y en su famoso *Laberinto*, viéndose á muchos poetas del tiempo de D. Juán II refinar las elegancias italianas y escribir indiferentemente en este ó en el propio idioma. Pero, ya en la época que alcanzamos, no tenía la juventud estudiosa que acudir á las Universidades de Bolonia y Pádua en busca de ilustración, que los calamitosos tiempos anteriores aquí la negaban (siquiera esto redundase en gloria suya, por ber sido honrados como catedráticos muchos que allí comen- on á instruirse); extranjeros y literatos ilustrados como Pe- o Mártir de Angleria, Marineo Sículo, Oliver y Blaniardo, an á la Corte de los Reyes Católicos y son en ella acogidos

con la mayor distinción; la famosa Universidad de Salamanca amplia sus estudios, enseñando, además de otras ramas del saber, Lebrija y Arias Barbosa el latín y el griego, Torres y Salaya la Astronomía, Ramos y Fermosel la música, y poco más tarde (14 de Marzo de 1477) Cisneros, acompañado del noble caudillo moro Gonzalo Zegri, coloca la primera piedra de la célebre *Universidad Complutense de Alcalá*, de la que, al visitarla, Francisco I dijo *había adelantado más en pocos años que la de París en algunos siglos*. Los nobles, á su vez, que antes en sus fiestas y torneos tan sólo cultivaban la *gaya ciencia*, cobran afición á los estudios serios, y los hombres más ilustres de la Corte escuchan las lecciones del milanés Mártir de Angleria, no desdeñándose tampoco de explicar en Salamanca la Historia Natural de Plinio el heredero del Condestable de Castilla, que acaso un siglo antes habría hecho alarde de no saber escribir.— Tales ejemplos de arriba, el mejor conocimiento de la lengua latina que perfeccionó la castellana, y la imprenta, que facilitaba la difusión de estas enseñanzas, fueron el origen del brillo é ilustración que, llenando el siglo XVI, alcanzaron en parte al XVII.

Ante semejante estado social y literario, las artes no podían permanecer inactivas, y fué la arquitectura la primera en mostrar su nueva vida. Los Colegios, Universidades, Hospicios y otros edificios que ya la civilización de entonces reclamaba, tenían exigencias que el viejo estilo gótico no podía satisfacer; los nobles, á quienes Enrique IV en Nieva y los Reyes Católicos en Sevilla habían mandado demoler sus castillos y casas fuertes construídos sin real licencia, ni ya necesitaban vivir tras de murallas, por la seguridad que fuera de ellas disfrutaban, ni tampoco su cultura les hacía apetecer aquellas tristes é incómodas viviendas, prefiriendo en cambio palacios con grandes galerías y espléndidos salones que se prestasen mejor á sus brillantes fiestas. Era preciso, pues, un nuevo estilo, y apareció el llamado *plateresco*, manifestándose por vez primera en el *Colegio de Santa Cruz*, que en 1480 comenzó á construir en Valladolid, por encargo del Cardenal Mendoza, el maestro

Enrique Egas, hijo del flamenco Anequín, á quien la fachada de los Leones en la catedral de Toledo había hecho famoso. Esta obra, que á pesar de su grandiosidad no satisfizo aún los deseos del espléndido Cardenal, y hubiese sido destruída á no ser por la intervención directa de los Reyes Católicos, nos presentaba uno de esos curiosos ejemplos que casi siempre se observan cuando la arquitectura quiere cambiar de formas: la mezcla del arte nuevo con el que va á desaparecer. Asi, en efecto, antes de la desventurada reforma que en él hizo la intransigente mano de D. Ventura Rodriguez, se veían las esbeltas y elegantes ventanas góticas al lado de su portada de medio punto, flanqueada de columnas y pilastras cubiertas con menudas labores plateresca; aún se conservan los góticos contrafuertes, adornados también de góticos dibujos y hasta distribuídos con la falta de simetría, que tanto rechaza el Renacimiento y, á la vez, corona el edificio airosa balaustrada con las características flammas; grandes son los entrepaños que limitan los contrafuertes, pero están cubiertos de pequeños almohadillados enriquecidos con prolijos tallados; circulares son las arcadas del patio; mas sus antepechos son del gótico más puro. Por todas partes los elementos nuevos, pero cual si quisieran confudirse con los antiguos en un eterno abrazo.

Síguese desarrollando el nuevo estilo ya con mayor desenvoltura y libertad y menores recuerdos góticos en el *Hospital de Expósitos de Toledo*, hecho por el mismo Egas de orden de Isabel la Católica, como albacea del Cardenal Mendoza y, al propio tiempo, levanta Salamanca la delicadísima fachada de su célebre *Universidad*, modelo de finura y ejecución, construyéndose en la misma Ciudad el patio del *Colegio mayor del Arzobispo* Fonseca (1521), en el cual combina Ibarra, no sólo el gótico y el plateresco, sino también el greco-romano; el *palacio de Monterey;* la casa de *las Salinas;* la *puerta de Zamora;* una porción de fachadas, como la del convento llamado de *las Dueñas*; la de *San Isidro;* la del *Colegio de Huérfanos*; la de *San Basilio* y la del *Colegio mayor de Cuenca*, obra de lo mejor en su género y

que, según Ponz (1), costó á D. Diego Ramirez de Villaescusa la entonces respetable suma de 150.000 ducados. No menor actividad demuestran otras ciudades, y Diego Riaño construye en la catedral de Sevilla la bellísima *Sacristía mayor*, Juan de Badajoz el cláustro de *San Zoil de Carrión*, Juan de Talavera y Estéban Beray *la Colegiata de Calatayud*, Doncel la famosa fachada de *San Marcos de León* y Rodrigo Gil Hontañón, hijo del célebre Juan Gil (1540), reconstruye con lujosa ostentación la *Universidad de Alcalá* (2); y por último, las portadas de *las catedrales de Granada* y *Plasencia*, así como la de la *Presentación en la de Toledo*; el *crucero de la de Búrgos* y la casa de los *Cardonas en Barcelona*, y la *carcel de Baeza* y las *casas de Ayuntamiento de Barcelona*, *Sevilla* y *Jeréz*, y los magníficos *palacios* de los *Condes de Benavente en Baeza*, y del *Marqués de Santa Cruz en el Viso*, y de *Medinaceli en Cogolludo*, nos dan bien patente muestra del brillo de la arquitectura en esta época, así como de la rara habilidad de los Borgoñas, los Berruguetes y otros escultores, que no tuvo poca parte, por cierto, en el carácter que se dió á la misma.

Pero, en medio de tan febril entusiasmo plateresco, ni se olvidaba por completo la gótica arquitectura, sobre todo en los edificios religiosos, ni dejaba de preludiarse la greco-romana, que había de sustituir á aquélla. En 1513 se pone la primera piedra de la *catedral nueva de Salamanca*, y á fe que con deseo del mejor acierto; pues al decir de Ponz (3), el plano de Juan Gil Hontañón se sometió al examen de Alonso de Covarrubias, arquitecto de la catedral de Toledo; Filipo, de la de Sevilla; Juan de Badajoz de la de León, y Vallejo, de la de Búrgos, y el mismo Juan Gil, que era peritísimo en su arte, comenzó en 1525 la *catedral de Segovia*. Por otra parte, Diego Siloe, casi al mis-

(1) *Viaje por España*, tomo XII.

(2) Puede verse la monografía de este interesante edificio, escrita por el Sr. D. Pedro de Madrazo, en la *Colección de monumentos arquitectónicos de España*, 7.º cuaderno.

(3) *Viaje por España*, tomo XII.

mo tiempo (1528), da principio á *la de Málaga*, atribuída con error por algunos á Juan Bautista de Toledo; Machuca construye (1526) el *palacio de Carlos V en Granada*, con su grandioso atrio circular y sus galerias dóricas y jónicas, con los correspondientes arquitraves al estilo griego; Diego Riaño (1530) la magnífica *sala capitular de la catedral de Sevilla*, acreditando en el mismo edificio ser tan competente en el estilo greco-romano como en los gótico y plateresco; y, por último, Alonso de Covarrubias se manifiesta ya muy parco de ornamentación en el *Alcazar de Toledo* (1537), y Francisco de Villalpando, al trazar la magnífica y suntuosa escalera de tan soberbio edificio, nos demuestra que no en vano midió y copió por sí mismo las mejores obras de los romanos, y al traducir los escritos de Serlio, si prestaba con ello un servicio á los que en nuestro país trataban de imitarlas, se hacía el más firme propagandista de la nueva arquitectura, que asentó ya sobre firmes bases el trazador del Escorial (1563) Juan Bautista de Toledo, arquitecto en Nápoles de los Virreyes españoles, que la había practicado en Italia, así como el célebre Juan de Herrera, quien, al proyectar y dirigir la iglesia del citado monumento, supo trasformar aquélla, haciéndola severa é imponente, cual correspondía á la austera y poderosa Corte de Felipe II.

Veamos ahora los caracteres que distinguen á nuestro estilo plateresco. Tiene, por de pronto, originalidad, á diferencia de la arquitectura del Renacimiento en los demás países, que se limitó á reproducir servilmente los edificios de la antigüedad romana que el estudio de sus ruinas les iba haciendo conocer; pues si bien algunos, entre ellos el erudito D. Antonio Ponz, creen que la ornamentación característica en este estilo fué sugerida por las pinturas de las termas de Tito, no anda en esto muy exacto, por haberse dichas termas descubierto en 1514, es decir, más de treinta años después que Egas había edificado ' Colegio de Santa Cruz. Tal vez, al volver á España Berruuete (1520), pudo ejercer influencia el recuerdo de las termas ı que Rafaél se inspiró para sus conocidas *loggie*, y se ve, en :ecto, que en los edificios por aquél y sus imitadores cons-

truídos se mezclan genios alados, sirenas, querubines, esclavos, salvajes, grupos de niños á los caprichosos follajes, frutas y otros adornos exclusivamente del reino vegetal, que constituían el adorno en los primeros edificios de este estilo. De suerte, que pudo el plateresco tomar algunas líneas generales del Renacimiento italiano, aguzar á la manera gótica sus frontones, conservar la ogiva cuando le parecía, cubrir los frisos y pilastras con arabescos de marcado sabor oriental; en una palabra, escoger lo que mejor creía de cada una de las civilizaciones que le rodeaban; pero conservando siempre su libertad é independencia, sin sufrir imposiciones ni mandatos, como tampoco las aguantaba el pueblo español, que no obedecía, sino que mandaba; que no recibía leyes, antes bien las dictaba al mundo entero, y que, según la feliz expresión del poeta (1), sabía hecer *frenos para sus caballos con los cetros extranjeros.* Es lujoso y espléndido, como la sociedad en que vivía, confiando más, para hacer su efecto, en la gracia y perfección de sus menudas y delicadas labores, en el primor y mérito de sus tallas y esculturas, que en la disposición de las masas y en el mecanismo de la construcción; así que, como dice oportunamente Caveda (2), «en la ornamentación es un «brillante juguete; en el arte de construir, un conjunto fantás«tico de diversas escuelas.» Fiero y orgulloso de su origen, se resiste á salir de su primitiva patria, y apenas se conocen fuera de España, de estilo parecido al suyo, más que la *Cartuja de Pavía* y la *portada del palacio Stanga* en Cremona, hoy trasportada al Louvre por el sabio Director de este Museo, Mr. Reiset. Y por último, de corta, pero exuberante vida, como todas las esperanzas muertas en flor, si nos dió la pena de su prematura desaparición, no nos dejó en cambio el amargo recuerdo de la decadencia y locos extravíos con que terminaron la mayor parte de los géneros de arquitectura.

(1) Bernardo García. Oda al Dos de Mayo.

(2) Don José Caveda. *Ensayo histórico sobre la Arquitectura española*, pág. 452, Madrid, 1848.

De lo que acabamos de decir dedúcese, desde luégo, que la escultura, por los últimos años del siglo XV y primeros del XVI, hallábase muy adelantada en nuestra patria, cosa, en verdad, nada extraña, pues los primores del estilo gótico, asi en el interior como en el exterior de los templos, exigían no poca habilidad en sus autores, según demuestran las obras de Pablo Ortíz, Juan Guas y Anequín Egas en Toledo, Macías Carpintero y Felipe Vigarni en Valladolid, Juan de Colonia y Gil de Siloe en Burgos, Miguel Florentín en Sevilla, Juan Morlanes en Zaragoza, Damián Forment en Huesca, y mil otros que pudiéramos citar; pero vino á hacerla seguir un nuevo rumbo el célebre Alonso de Berrugete, discípulo aventajado de Miguel Ángel y, como él, pintor, escultor y arquitecto. Á su vuelta de Italia, la corrección del dibujo, su varonil y nerviosa elegancia, la perfecta anatomía, de que hace poderoso alarde, y su práctica en los procedimientos de la pintura al óleo, entonces en España imperfectamente conocida, le hicieron adquirir un crédito y autoridad considerables y una reputación á que no había llegado ninguno de los maestros anteriores; así como su elevado estilo, robusto á la vez que de una ejecución delicada, le hace considerar como el primer artista del Renacimiento español y atribuirle, aunque no sean suyas, las mejores obras plateresca de que se enorgullece nuestro suelo. Llamado por Carlos V y nombrado su pintor y escultor, así como *su ayuda de cámara y escribano del crimen* de la Chacillería de Valladolid, pronto se le confiaron importantes trabajos en el *Alcazar de Madrid*, igualmente que en el *palacio* que se construía *en Granada*, inmediato á la Alhambra, reclamando también su presencia, además de Valladolid, de que después hablaremos, don Alonso de Fonseca para el *Colegio del Arzobispo*, que levantaba en *Salamanca*; *Zaragoza*, para la *tumba del Vice-Canciller de Aragón*, en la iglesia de *Santa Engracia*; *Palencia* y *Cuenca* para su *catedral; Medina del Campo* para su *Colegiata; Paredes de Nava*, su villa natal, para el *retablo de la iglesia de Santa Eulalia*; *Ventosa*, de la cual compró el Señorío, le pedía el *altar de San Miguel: Alcalá de Henares* le hacia decorar el *palacio arzobispal*,

y, por último, *Toledo,* además de otras muchas obras, le encarga, en unión de Felipe de Borgoña, de adornar con mármoles y esculturas la *sillería del coro de la catedral,* trabajo, al decir de Ponz (1), «que es admiración de los inteligentes;» correspondiendo á nuestro Alonso las treinta y cinco sillas del lado de la epístola, así como el magnífico grupo en mármol, que representa la *Transfiguración del Señor*, colocado sobre la silla arzobispal y que, según el escritor citado, «coronó de gloria á su autor.»

Siguió en importancia al ilustre castellano el célebre Gaspar Becerra, educado, como él, en Italia, probablemente tambien con Miguel Ángel y profesando, á la vez que la pintura, la escultura, no ignorando tampoco la arquitectura, que conocia lo bastante para proyectar la que necesitaba en sus retablos. Pintó elegantes figuras y preciosos arabescos en las galerías del antiguo *Alcazar de Madrid*, pero que todas perecieron en un incendio, desgracia que parece le persiguió, pues otra de sus mejores obras, el famoso *retablo de las Descalzas Reales*, hecho por encargo de la infanta Doña María, hermana de Felipe II, sufrió hace pocos años la misma triste suerte. Su obra capital fué *la Soledad*, hoy en la Colegiata de San Isidro de Madrid y que, por mandato de la Reina Isabel de Valois, hizo para el convento de Mínimos llamado de la Victoria. Cuenta Fr. Antonio de los Ríos que, resistiéndose á su cincel, por tres veces empezó Becerra esta imagen, y otras tantas la dejó desalentado, hasta que en sueños se le apareció la Virgen, ordenándole tallase un tronco que estaba en la chimenea, y, obedeciendo el mandato, sacó de allí un verdadero prodijio del arte, lleno del más ardiente y fervoroso misticismo. El último trabajo de importancia que ejecutó, fué *el retablo de la Catedral de Astorga* (1569), adornado de bajos relieves y estatuas, hechas todas de su mano, en las que demostró profundos conocimientos de anatomía y cumplió tan á satisfacción su cometido, que el Cabildo le regaló 3.000 ducados más de los 30.000 en que fué

(1) *Viaje por España*, tomo I, año 1793.

ajustado, haciéndole asimismo donación de una plaza de *escribano*, que Becerra vendió en 8.000 ducados (1).

Formaron uno y otro artista excelentes discípulos, citándose entre los mejores de Berruguete á Estéban Jordán y Gaspar de Tordesillas, y conociéndose como de Becerra á Miguel Martínez, Baltasar Torneo y Miguel Rivas, que á su muerte dejó recomendados á Felipe II. Igualmente tuvieron excelentes imitadores y las esculturas del palentino Francisco Giralte en Madrid y Valladolid; de Gregorio Hernández en Castilla, Galicia y Extremadura; de Cristobal Salamanca en Cataluña; de Monegro en el Escorial; de Luis Fernández de la Vega en Astúrias; de Muñoz en Valencia; de Montañés en Andalucía; de Pedro Mena en Málaga y de Alonso Cano en Granada, Madrid y Toledo, son indicio cierto de que el genio y la inspiración de nuestros artistas en nada cedían al de los extranjeros, y eso que eran muchos y muy buenos los que por aquella época acudían á España, atraídos por el cebo del oro de las Indias y solicitados por la esplendidez y gusto de nuestros Reyes y magnates. Recuerda Ceán Bermúdez, y por otra parte sus obras no nos permiten olvidar, á Messer Domenico Fiorentino, que vino de Italia para labrar los *sepulcros del Príncipe Don Juan en Avila* y *de Cisneros en Alcalá*; los dos Vigarni ó Borgoña, Felipe y Gregorio, que se distinguieron en Toledo (2); Pedro Torrigiano, émulo de Buonarroti, que trabajó en Granada; Juan de Juni y Cornielis de Holanda, en Castilla; el holandés Diego Copín, en Toledo; y el célebre León Leoni, con su hijo Pompeyo y su nieto Miguel, Jacomé Trezzo y su sobrino, Bautista Bonanome y su hijo Nicolás, Blas de Urbino y Antonio Sormano, todos los que, en páginas de mármol y de bronce, dejaron escrita su fama de artistas en el suntuoso edificio del Escorial.

Y á la par que se construían templos, perfeccionábase el decoro de los mismos hasta el último detalle, pintando sus preciosas vidrieras, haciendo las cruces, porta-paces y custo-

Museo Español de Antigüedades, tomo V, pág. 536. Madrid, 1875.

Felipe de Borgoña nació en Burgos, pero su padre fué Borgoñón.

dias que perpetuaron el nombre de los Arfe; fabricando las caprichosas verjas de coros, capillas y sepulcros; cubriendo los libros de canto de preciosas miniaturas y bordando, en fin, los magníficos ternos, que hoy son buscados con avidez, para reproducir en telas y tapices sus menudas y delicadas labores. Mas hora es ya de empezar con la pintura, que largo, aunque agradable, es el camino que con ella habremos de recorrer.

Si, por no convenir á nuestro empeño estudiar la pintura gótica. prescindimos de los *mestre* Marzal en Valencia y del mallorquín Guillermo Arnaldo, así como en Castilla de los Starnina, Dello de Florencia y Roger de Flandes, que ya figuran en las Cortes de Juan I y Juan II, no siendo, aun entonces, este arte cosa nueva, pues en las cuentas del Rey Don Sancho IV se ve á Rodrigo Estéban recibir *cien maravedises*, lo cual nos prueba que en el siglo XIII había un *pintor del Rey*, si bien no muy espléndidamente recompensado, el primer artista de mérito en quien se presentía el Renacimiento fué Antonio del Rincón, á quien los Reyes Católicos hicieron caballero de Santiago, y que ejecutó en la catedral de Toledo trabajos de importancia en unión con Pedro Berruguete, padre de Alonso Berruguete, á quien tan gran papel hemos visto representar en la historia del arte. Pero, para proceder con algún orden, fuerza es metodizar el estudio y recordar al menos los maestros que dieron vida á cada uno de los cuatro grandes centros en que para la pintura podemos considerar dividida nuestra patria: Valencia, Sevilla, Granada y Castilla.

Tuvo la escuela valenciana por fundador á Juan de Juanes (1523 á 1579), quien aprendió su arte en Italia trabajando con Julio Romano, Perino del Vaga y otros discípulos de Rafaél, apropiándose tan bien su estilo que, según Viardot, sus lienzos se confunden con los de Sanzio Urbino. De vida religiosa y ejemplar, que le valió el afecto y protección del Confesor de Carlos V, Santo Tomás de Villanueva, sabía trasmitir á sus cuadros el dulce misticismo que inundada su alma, y la *Concepción* que pintó á instancias de Fr. Martín Alberro, lo mismo que la *Cena*, colocada por algunos al nivel de la de Leo-

nardo, nos dan una muestra de la tierna expresión de sus cabezas y de la nobleza de sus actitudes, que teniendo cierto sabor italiano, han sabido, sin embargo, adaptarse al temperamento de nuestro país. Le siguió Ribalta, muy respetuoso para la memoria de Sebastián del Piombo y otros maestros, que conoció en Italia, cabiéndole el honor de haber dado las primeras lecciones á Rivera, enseñando además á otros discípulos, si bien menos notables, en cambio más dóciles, como Castañeda, Bausá y un hijo de Ribalta, que le ayudó mucho á su padre en sus obras. Rivera, que vino despues (1588 á 1656), poco conforme con el estilo fino y delicado de Ribalta, marchó á Roma, y estudiando allí *con poco proffitto*, al decir de Pablo de Matteis, las producciones de Rafaél, llegó al fin á Nápoles, donde encontró á Caravaggio, cuya *strepitosa maniera* convenía mejor á su temperamento. Sucesivamente mendigo y opulento, asceta y libertino, abandonado unas veces y personaje importante otras en la Corte de los Virreyes, sus pinturas subyugan y se imponen, de igual modo que él se impuso á sus enemigos con la espada y, buscando todo su efecto en los contrastes, nos recuerda los muy fuertes que sufrió en su aventurera y tormentosa vida. Estéban March le siguió en su estilo y, si bien no desprovisto de talento, sus rarezas y la misma exageración, que demostró en sus obras, hicieron que algunos le tuviesen por loco. Y, por fin, el último de los pintores ilustres de la escuela valenciana, Jacinto Jerónimo Espinosa, es menos conocido de lo que su mérito reclamaba, por no haber salido sus lienzos de las iglesias y conventos de Valencia.

Fundó la escuela sevillana Luis de Vargas (1502 á 1568), poniendo término al período gótico y ejerciendo en ella su influencia hasta los últimos años del siglo en que vivió. Piadoso hasta ser casi un santo, repartía su tiempo entre el trabajo y las prácticas religiosas más austeras, encontrando en su casa cilicios é instrumentos de penitencia y una mortaja en que, según es fama, solía envolverse para meditar sobre la muerte. Inútil es decir, después de esto, que sus obras son tan sólo conocidas en iglesias y conventos, y que todas respiran la

tierna fe y ardiente devoción que llenaba su alma. Floreció por entonces Maese Pedro Campaña, nacido en Bruselas, quien influyó como colorista en la escuela sevillana, tratando de amalgamar el estilo italiano con el gótico alemán de Alberto Durero y haciéndose famoso con el *Descendimiento* que pintó para la iglesia de Santa Cruz de Sevilla, á cuyo pie pidió ser enterrado el gran Murillo. Fué imitador de Campaña Francisco Frutet, y viene después Pablo Céspedes (1538 á 1608), racionero de la Catedral de Córdoba, literato, poeta, lingüista, pintor y escultor, de quien dice Ponz que, «si en lugar de amigo íntimo »de Zucheri, hubiera podido serlo de Rafaél, se habría hecho »uno de los mejores pintores del mundo, como fué de los más »sabios.»

El Licenciado Juan de las Roelas (1558 á 1625) procuró cambiar las tradiciones de la escuela romana, introduciendo el vigoroso colorido veneciano, siendo además maestro de una de las glorias de Sevilla, de Zurbarán (1598 á 1662), *pintor del Rey y rey de los pintores*, como delicadamente le llamó Felipe IV, si bien, á imitación de Rivera, con quien tiene no poca analogía, fué, más dócil que á las enseñanzas de Roelas, á los consejos de Caravaggio, á quien superó en elevación de estilo y dignidad de sentimiento. Mas años antes había ya comenzado la época brillante de la pintura sevillana: los Castillos (Agustín Juan y Antonio), pero sobre todo Juan (1584 á 1640), impresionado con las obras de Roelas, rompió las costumbres escolásticas, agrupando las figuras con sencillez, copiando del modelo vivo, no pidiendo sus tipos sino á la naturaleza y hasta colocando, con escándalo de Pacheco, accesorios de la vida doméstica en sus cuadros religiosos, cabiéndole también la indiscutible gloria de ser el inspirador de los mayores artistas de su patria, pues dió lecciones á Murillo, Pedro Medina, Alonso Cano y Pedro Moya. Y al mismo tiempo aparace Herrera *el Viejo, figura sombría, apasionada, trágica y casi terrible en su grandiosa rudeza*, como dice Lefort. No sufriendo consejos de maestros y despreciando la tradición de los sectarios de Vargas, sólo desea el modo de traducir sus impetuosas impresiones; no trata de

agradar, sino de conmover. Si alguno pudo influir en su carácter independiente fué Roelas, á quien imitó por su vigoroso colorido, teniendo además un dibujo tan acentuado y una ejecución tan firme que, según el distinguido crítico T. Thoré (1), ni Caravaggio ni Rivera excedieron jamás. A la vez Pacheco (1571 á 1651), más conocido por sus escritos que por sus cuadros, publica el *Arte de la pintura*, obra mirada como clásica por los artistas y, distinto en un todo del insociable Herrera, hace de su casa, llamada *la prisión dorada del arte*, un centro donde se reunen los sabios, los poetas, los oradores y cuantos literatos ó ilustres artistas cruzaban entonces por Sevilla. Y, por último, el gran Murillo (1618 á 1682), gloria de España y envidia del mundo entero, uniendo al sentimiento de la realidad la poesía del alma de un creyente, todo lo abarca, todo lo comprende, desde los sublimes trasportes del éxtasis hasta el ardor del sensualismo, mostrándonos en *la Muerte de Santa Clara y Santiago con los pobres, y la Huida á Egipto y la escena de bandidos,* que sabe maravillosamente combinar los estilos de Rubens, Tiziano, Van-Dyck, Rivera y Velázquez, y creándose al fin uno suyo propio, que ha de ser apreciado cual ninguno (2). Feliz época ésta para el arte cuando, sólo en Sevilla, sesenta conventos y numerosas iglesias se disputaban las obras de Murillo y de su competidor Valdés Leal (1630 á 1691), más dotado de talento que de bondad de corazón, y en que los concursos públicos y certámenes anuales tenían que juzgar las obras del orgulloso Herrera *el Mozo*, y del paisajista Iriarte, y de Francisco Meneses Osorio (1630 á 1705?), que pintaba con Murillo y tuvo el peligroso honor de terminar su célebre *Casamiento místico de Santa Catalina*, desquitándose gallardamente de su empeño, y del caballero Pedro Núñez de Villavicencio, que recibió en sus brazos el último suspiro del gran genio, y de Alonso Tobar, su mejor imitador, y de tantos otros que

(1) *Etudes sur la peinture espagnole*. París, 1835.

(2) La *Concepción* que, cuando la guerra de la Independencia, *nos llevó* el Mariscal Soult, se vendió al Museo del Louvre en 615.300 francos.

elevaron la escuela sevillana á una gloriosa altura, de la que bien pronto debía descender. Mas no adelantemos las ideas, y vayamos á otro punto que reclama ya nuestra atención.

Tuvo Granada sus pintores que, si pocos en número, fueron, en cambio, muy buenos, influyendo sus talentos aun en la misma escuela sevillana. Figuran como sus maestros Alonso Cano (1601 á 1667) y Pedro Moya (1610 á 1666). De carácter violento y fiero, pero de alma generosa, pasó Alonso una vida agitada, que terminó haciéndose racionero de la Catedral de su ciudad natal. Mas su estilo está en completa oposición con su persona: sabio y templado, aunque apasionado de Miguél Ángel, jamás participó de las exageraciones de su escuela, y así sus cuadros, como sus esculturas, tienen un dibujo muy puro, que hace siempre recordar el arte griego, pareciéndose á los venecianos al moldear el desnudo, si bien con menos fuerza de color. Fué Pedro Moya soldado de los famosos tercios de Flandes y, manejando ora el pincel, ora el mosquete, tan pronto se le veía en las iglesias y museos copiando los cuadros de los mejores autores flamencos, como luchando bravamente en los campos de batalla. Atraído por las obras de Van-Dyck, marchó á Inglaterra al lado de este maestro, que cobró afición *al joven español*, encantado de su energía y entusiasmo, á la par que de su ejecución precisa y fácil, haciendo en poco tiempo muy rápidos progresos. Vuelto á Sevilla, al morir su protector, todos los artistas le rodearon asombrados, y en especial Murillo, pobre aún é ignorante, se sorprendió al ver el brillante colorido de las copias de Van-Dyck y resolvió trasladarse á Italia y Flandes, si bien no necesitó de tan largo viaje para admirar los lienzos de este artista, pues Velázquez en Madrid le abrió las puertas de museos y palacios, pudiendo así conocer las obras de los maestros italianos y flamencos. Retirado Moya á Granada, llegó con él lo único que á su escuela le faltaba: *el color;* de suerte que, ya después, veremos á Atanasio Bocanegra (1635 á 1688) y Juán Niño de Guevara, discípulos de Cano, y á Juan de Sevilla (1627 á 1695), que estudió con Moya, reunir el dibujo clásico y perfecto de Alonso Cano al brillante co-

lorido flamenco, consiguiendo hacer que la escuela granadina, al mediar el siglo XVII, se contase entre las más florecientes de Europa.

Fué muy notable la escuela castellana, en la cual podemos considerar tres centros: Madrid, Toledo y el Escorial, diferenciándose de las otras por el gran número de extranjeros que en ella figuraron, desde Tibaldi, que lució sus talentos en *las bóvedas de la Biblioteca del Escorial*, hasta el infatigable Giordano, atraídos á la Corte por la piedad y entusiasmo artístico de nuestros Reyes. Sin embargo, la mayor parte en nada influyeron sobre la marcha de la pintura, amoldándose ellos, por el contrario, al carácter y tendencias de la escuela española. Empezó la que estudiamos, al igual de sus hermanas de Valencia y Sevilla, usando una expresión sencilla y tímida, con el divino Morales (1509 á 1586), el más espiritualista y austero de los maestros españoles, siguiendo después Alonso Sánchez Coello (1515 á 1590), discípulo de Antonio Moro y, como él, protegido de Felipe II, que en sus cartas le llamaba *su muy amado hijo*. Amigo de los Cardenales y los Papas, y buscada su influencia por los personajes nacionales y extranjeros, se distingue principalmente por sus retratos, en los que muestra un estilo fino y delicado, pero recordando aún las tradiciones de las escuelas del Norte. Vino á animar nuestra pintura con su vigoroso colorido Juan Fernández Navarrete *(el Mudo)* (1526 á 1579), llamado el *Tiziano español*, que estudió con él en Venecia y se apropió mucho de su dibujo poderoso y atrevido. De su maestro Coello heredó Pantoja (1551 á 1610) su aptitud para los retratos, así como sus cargos, y la protección de Felipe II, y por el mismo tiempo *el Greco* (1548? á 1625), de conocimientos muy extensos, laborioso como pocos y desarreglado en su vida como el que más, inicia en Toledo la escuela realista y ascética, llevada por Orrente y Mayno á Valencia y Madrid, y propagada por su discípulo más querido Luis Trisán (1586 á 1640), que impresionó y dió lecciones á Velázquez, teniendo mucha influencia sobre los grandes maestros del siglo XVII, entre los que había de contar á los Rivera, los Zur-

barán y los Valdés. Poco después (1585), Felipe II, en su constante deseo de embellecer el Escorial, trajo de Italia á Federico Zucheri, que vino acompañado del florentino Bartolomé Carduccio (1560 á 1608) y del boloñés Antonio Rizi (¿..... á 1610). Disgustado aquél de la gravedad de nuestra Corte, se volvió pronto á Roma, quedándose los otros dos, que fueron muy apreciados y dejaron estimables muestras de su talento. Tuvo el Rizi dos hijos que profesaron la pintura: Fr. Juan (1595 á 1675), que llegó á Obispo, si bien la muerte no le permitió disfrutar su alta dignidad, y Francisco (1608 á 1685), muy conocido por su pasmosa facilidad y por las fantásticas decoraciones que improvisaba para el teatro del Buen Retiro. Con Bartolomé vino á España su hermano Vicencio (1578 á 1638) que, educado entre la numerosa falange de artistas que entonces poblaba el Escorial, adquirió pronto independencia y se distinguió por su maravillosa ejecución, de que dió buena prueba en sus *bocetos sobre la Vida de San Bruno*, escribiendo además los *Diálogos sobre la pintura*, el mejor y más sabio tratado en español de este asunto, en opinión de Ceán Bermúdez. Contó Vicencio entre sus mejores discípulos, además del Francisco Rizi ya citado, á Francisco Collantes (1599 á 1656), casi el único paisajista de la escuela castellana, é hizo partícipe de su estilo á su colaborador Eugenio Caxés.

Ya llegamos al célebre D. Diego Velázquez (1599 á 1660), y fuerza será detenernos en él, si no con el reposo que su ilustre personalidad artística merecía, al menos con la brevedad que esta ligera reseña nos consienta, pues forma nuestro héroe lugar aparte en el arte español, y no podrá ser comprendido en las palabras que á juzgar los caracteres de éste dediquemos. Nacido en Sevilla, y discípulo de Herrera *el Viejo*, no pudiendo resistir el intratable humor de su maestro, dejó su escuela por la del tímido preceptista Pacheco, quien le tomó gran cariño, casándole con una hija suya. Vió allí los cuadros que llegaban de Italia y los Países Bajos; pero no ejercieron sobre él tanta impresión como los de su compatriota Luis Tristán, bellos por el color y la viveza de su expresión; sin embargo, su maes-

tro favorito fué siempre *la Naturaleza*, imitándola con escrupulosidad, tanto en el tono cuanto en la forma de los objetos, dando igual importancia al principal que al más insignificante de los detalles, lo que perjudica algo las obras de esta su primer época, á la cual pertenecen *Los Borrachos*. Una vez en Madrid, su tio el canónigo Fonseca le proporciona relaciones con el Conde Duque, quien le presenta en la Corte, que se llena de admiración al ver un *retrato ecuestre* que hace *del Rey* en medio de una campiña. Su amigo Rubens le inspira la idea de recorrer la Italia para estudiar sus grandes pintores, teniendo que apresurar su vuelta por la impaciencia de Felipe IV, que le hace fijar su estudio en las mismas galerías de Palacio, para poder visitarle con más frecuencia. Vuelve á Italia segunda vez comisionado por el Rey, que quería establecer en Madrid una Academia de Bellas Artes, y allí, recibido con gran atención por todos, excita, con un *Retrato del Papa Inocencio X*, el entusiasmo del Bernin, Cortone y Salvador Rosa. De regreso con su artístico equipaje, en que figuraban doce cuadros que había hecho pintar á los mejores maestros de Italia, es colmado de bienes y honores, honrándole con su amistad y cariño el Monarca hasta el fin de su vida. Su ejecución es valiente y atrevida, confundiéndose todo cuando se mira de cerca, pero causando completa ilusión á medida que uno se aleja, lo que hace decir á un distinguido crítico (1) que Velázquez «inventó »una verídica é inusitada manera de pintar, que debe su pres»tigio, más que á lo que define y concluye, á lo que con inge»nio y sobriedad sólo insinúa.» Conoce, como nadie, la luz en sus diversas intensidades, y todas las reproduce sin trabajo. Nada le asombra ni le detiene al tratar de idealizar su modelo ó de hacer palpitar la vida, y á la joven obrera vuelta de espaldas, en su famoso lienzo *Las hilanderas*, se la siente vivir y respirar. No hacía cuadros religiosos, dedicándose en cambio á

(1) Ilmo. Sr. D. Pedro Madrazo: *Viaje artístico de tres siglos*, pág. 123.—Barcelona, 1884.

los paisajes, en los que, según expresión de Moratín, lograba *pintar el aire*. Tuvo algunos discípulos, contándose entre los mejores su esclavo Juan Pareja (1606 á 1670), y su yerno y ayudante Juan Bautista del Mazo (1615? á 1687), y también imitadores, como Jusepe Leonardo (1616 á 1656), que sostuvieron con gloria el buen nombre del maestro.

Aún puede recordarse con gusto á Carreño (1614 á 1685), contemporáneo de Jusepe, cuyo talento es un compuesto de Velázquez y Murillo, de Rubens y de Van-Dyck, que procuró amalgamar el estilo español con ciertas cualidades del flamenco, y á su discípulo Mateo Cerezo (1635 á 1675), de pintura dulce y simpática, alcanzando ya con éstos á Claudio Coello (1630? á 1694), el último gran pintor de la escuela española, como lo fueron los Carracci del renacimiento italiano. Resumiendo muchas de las cualidades de sus antecesores, se distinguió por los grandes frescos, de que dejó buenas muestras en las iglesias de Toledo, Madrid y Zaragoza, asociándose á Donoso y colaborando también con Acisclo Palomino (1653 á 1726), más conocido como escritor que como artista, en una de las galerías del antiguo Alcazar. Su mejor obra es el cuadro de *La Sagrada Forma en el Escorial*, que le valió aplausos y honores; mas cuando estaba disfrutando de ellos viene Lucas Giordano, el italiano *Fa presto*, que profesaba la teoría, muy conforme con las positivistas tendencias de nuestro siglo, de «*desear el dinero para en la tierra y la gloria para el cielo*,» y en diez años hace 200 cuadros para los monumentos públicos, y más de 100 para los particulares. Ante tal éxito, Coello dejó los pinceles y murió de pena y celos.

Tratemos ahora, ya que hemos hecho conocimiento con sus hombres, de analizar cuáles son los caracteres que distinguen á la pintura y la escultura españolas. Una cosa sorprende, desde luégo, al estudiar tan brillante período. A semejanza de lo que ya observamos en la arquitectura, no se ve en ellas el más pequeño rasgo de la imitación del antiguo, que tanta parte tuvo el Renacimiento italiano. Y no ciertamente porque, como pretende un conocido crítico (1), las colonias griegas y fenicias

no hicieran con nosotros otro papel que el de mercaderes ávidos de enriquecerse, ó el de colonos activos é industriosos; y los griegos, que en Sicilia implantaron una civilización tan culta, no quisieran traer una sola estatua á *este pueblo bárbaro*, así como porque las falanges de Anibal y las cohortes de Emilio Escipión sólo importasen con ellas el hierro y el fuego, sin que España pudiese conocer de la antigüedad más que sus mercancías y sus soldados; si el escritor citado puede tener razón en cuanto dice respecto á civilizaciones anteriores á la romana, no así por lo que á ésta se refiere, ni aun era lógico suponerlo, pues un país que había dado á Roma Emperadores, no había de ser tratado por ésta con tan soberano desdén. El P. Flórez, Icart, Finestres, Ponz, Caveda y otros, mencionan detalladamente las antigüedades romanas y, además de las grandes vías, puentes, acueductos y otras obras de defensa ó utilidad, vemos las descripciones que hacen de las termas, anfiteatros, palacios, templos y arcos de triunfo que se veían en Mérida, Tarragona, Sagunto, Itálica, Ética y otras cien ciudades, que claramente demuestran haber llegado las artes en nuestro suelo, desde los tiempos de Augusto, á un esplendor y grandeza tan sólo comparables á los de la misma Roma. Pero la célebre ley de Constantino mandando destruir en todo el Imperio idolos, templos, estatuas y cuanto pudiera recordar el antiguo culto, mandato reproducido por Teodosio y Honorio, y obedecido hasta el punto que éste se creyó en el caso de añadir: *si qua etiam in templis fanisque consistunt, si algo queda todavía*, la dominación ruda é inculta de los godos y demás pueblos del Norte y, por último, la incesante lucha de ocho siglos sostenida con los árabes, á quienes el Korán prohibía la reproducción en sus monumentos de la forma humana y aun cualquier otro indicio de la vida animal, explican suficientemente que en el siglo XVI no quedase ni memoria de estatua romana ó griega, aunque las hubiese habido muy buenas, como se deduce de algunas que posteriormente se han encontrado entre

(1) Charles Blanc.

las ruinas de las ciudades citadas. Y esto que de la escultura hablamos, se aplica con razón mayor á la pintura, género de suyo más perecedero, y que los giegos y romanos cultivaron menos, y aun esto sólo como ornamentación. Es, pues, un hecho que la pintura y la escultura no tenían nada de lo antiguo que imitar en nuestra patria, siquiera esta digresión nos diga que no ha sido el motivo el que supone el competente autor citado.

No teniendo, por lo tanto, ejemplos que seguir, y con fuerzas é independencia bastantes para crear, se inspiró nuestro arte en la atmósfera que entonces se respiraba y resultó, cual era de esperar, reflejo fiel de la época y de las tendencias que á ésta animaban. Fortalecido su espíritu religioso en la larga lucha sostenida con los moros, y siendo para España una necesidad política de primer orden *la unidad*, á tanto precio conquistada, no podía encontrarla en este tiempo, como acertadamente observa Charles Blanc (1), más que en dos fuerzas: *el Catolicismo* y *la Monarquía*. De aquí el sueño, casi realizado, de Monarquía universal por Carlos V; por esto las encarnizadas luchas que sostuvimos con los sectarios de Lutero y la preponderancia y prestigio inmenso que en nuestro país rodeó al clero y á los hijos de San Ignacio de Loyola. Fué, pues, mística nuestra pintura y escultura y, siguiendo las tradiciones de la Edad Media, se pusieron éstas exclusivamente al servicio de la religión. Más católicos nosotros que Roma misma, si allí, no ya los Príncipes, sino los Cardenales y aun los Papas, pedían ó toleraban á los artistas italianos cuadros de mitología ó desnudeces paganas, aquí aborrecíamos la carne, símbolo del pecado; la Inquisición comisionaba á Pacheco «para velar por el mantenimiento de la ortodoxia y de la decencia de las pinturas sagradas,» y nuestros Reyes encargaban cuadros religiosos para adornar sus palacios, pintando Roelas, para el de Aranjuez, *Moisés hiriendo la peña*; Pareja, para el mismo punto, *San Juan Evangelista* y *Nuestra Señora de Guadalupe;* Bartolomé Carduc-

(1) *Histoire des peintres de toutes les Ecoles.*—París.

cio, su *Cena* y el famoso *Descendimiento* para el palacio del del Retiro, y otros muchos que podríamos citar (1).

En Italia imperaba la belleza de la forma y, contando con ésta, eran recibidas con aplauso y entusiasmo en los Museos de Florencia y Roma las más impúdicas esculturas y los lienzos más escandalosos; en España, por el contrario, no se reconocia otra fealdad que la del pecado, ni más deformidad que la del alma, y Murillo, en su *Santa Isabel de Hungría*, poetiza la lepra y la miseria, cuidando también de ocultar siempre entre nubes el pié de sus inmortales Vírgenes, para que nunca el más leve pensamiento profano pueda manchar la pureza de sus celestiales *Concepciones*; y Zurbarán, en su *Monje en oración*, teniendo una calavera en sus descarnadas manos, permite comprender cómo una dulce esperanza da fuerza para soportar las más rigorosas penitencias; y Rivera hace á la multitud de Nápoles gritar de admiración y espanto cuando ve entre los dientes del verdugo el cuchillo que éste emplea en su sangrienta tarea, mientras que *San Bartolomé*, tranquilo y sonriente, desea la dicha que le aguarda en premio de su horrendo martirio; ó ya nos presenta aterrado en el desierto á *San Jerónimo*, oyendo siempre la fatal trompeta del tremendo juicio, que tan sosegadamente esperar podía después de su austera y penitente vida; y Vicencio Carduccio, en sus 56 cuadros de la *Cartuja del Paular*, nos hace gustar la dulzura apacible del cláustro; y Mateo Cerezo nos presenta las lágrimas y el dolor de sus arre-

(1) Esta tendencia de la pintura española se manifestó tiempo antes, conservándose aún algo después del período que estudiamos. Los 460 cuadros que componían la colección de Isabel la Católica y los 36 pertenecientes á su infortunada hija Doña Juana la Loca, eran todos de asuntos devotos, á excepción de algunos retratos, como puede verse en los inventarios de dichas colecciones, existentes en el Archivo de Simancas, de los cuales da un extracto también D. Pedro Madrazo en la curiosa obra citada, *Viaje artístico de tres siglos*, páginas 11 á 18. Y posteriormente, reinando ya Felipe IV (1735 á 1738), el abate Juvara decora el salon principal del palacio de San Ildefonso con cuatro cuadros pintados por Pablo Pannini, de Parma, y dos por el Lucatelli, unos y otros representando sucesos de la vida de Jesucristo.—Obra mencionada, pág. 197.

pentidas *Magdalenas*; y, por último, Valdés Leal, en su célebre cuadro *Los dos cadáveres roídos por los gusanos de la tumba*, que mereció de Murillo el singular elogio de «que no podía mirarse sin taparse la nariz,» nos muestra lo deleznable y frágil de las grandezas humanas; y estos, y otros cien y cien ejemplos que pudiéramos recordar, prueban que la pintura española, si bien realista en la forma, por cuanto describe con la más exacta y espantosa fidelidad los suplicios de los mártires y las miserias de la humanidad, es á la vez la más idealista, porque tiende á elevar nnestro espíritu hacia Dios y acercarle á la fuente del supremo bien, confirmando realizarse en nuestra patria lo que prescribe Pacheco en su obra (1): *que el arte del pintor debe entregarse al servicio de la Iglesia, y tal vez ha hecho y hace mayores efectos en la conversión de algunas almas que la misma predicación.*

Y lo mismo habremos de repetir de la escultura. Si nuestros Grandes, como Alba, Altamira, Medina Sidonia, Monterrey, tenían pinturas profanas, también Medinaceli, en su *Casa* llamada *de Pilatos*, reunió buenas estatuas; pero unas y otras, pocas en número, habían sido traídas de Flandes ó de Italia, donde aquéllos habían mandado como Generales ó servido á España como Virreyes. Mas el cincel del estatuario español, según ya hemos indicado, jamás se contaminó de la influencia pagana, ocupándose tan sólo en poblar las iglesias y conventos de inspiradísimas imágenes, en las que, materializando las virtudes de los santos, ó las crueles torturas de los mártires, ó las terribles escenas de la Pasión y los inagotables sufrimientos de María, mostraban al pueblo ejemplos dignos de imitar y le enseñaban los grandiosos y sublimes misterios de nuestra religión sacrosanta. Otra cosa observaremos además, por lo que hace á la escultura: es, no sólo exclusiva, como acabamos de ver, respecto á su objeto, sino también en cuanto al procedimiento. En Francia é Italia son muy contadas las esculturas en madera, no conociéndose, en este último país, de Miguel Ángel más que un pequeño *Crucifijo*, que talló para el Prior del

(1) *El Arte de la Pintura, su antigüedad y grandeza.*—Sevilla, 1649.

convento de Santo Spírito; en España, por el contrario, son muy raras las que se hicieron de bronce ó marmol, á pesar de no carecer de buenas canteras de este material. Tal vez la dificultad de su arrastre por malos caminos, y acaso la conveniencia de facilitar su ejecución, pues que se trabajaron en tanto número, habrán influído en esto; pero es más posible se deba tan extraña circunstancia á la mayor necesidad que tiene la madera de ser cubierta con pintura, lo cual contribuye á que nuestras imágenes tengan más apariencia de verdad y vida, siendo así mejor comprendidas por nuestro pueblo, de instinto menos fino y delicado que el italiano ó el griego, los cuales no necesitaron, para sentir é impresionarse, del auxilio del color. Y que éste nos fué á nosotros indispensable, lo comprueba también nuestra pintura. Los mejores artistas españoles, que en su inmensa mayoría pasaron largos años en Italia, apreciaron en su justo valer el dibujo clásico y correcto de Florencia y Roma; pero fueron más poderosamente arrastrados por el brillante colorido de las escuelas veneciana y boloñesa, que vino á dar á las de nuestra patria el calor y animación de que antes carecían y que hoy constituye uno de sus caracteres más valiosos y de los rasgos que más las distinguen.

Llegamos á una época triste, y poco hemos de detenernos; pues además de llevar ya larga jornada, no es tarea grata el relatar las desventuras de la patria, ni podría ocuparse en ella el ánimo que acaba de recrearse en pintar sus glorias y en recordar sus más brillantes esplendores. Desgraciadamente, en los tiempos de Coello, según indica Viardot, la decadencia estaba en todas partes: el mal gusto en las letras y en las artes, corrían pareja con el envilecimiento de la Monarquía y de la Nación. Dominan las enseñanzas de Góngora y Gracián en las primeras, con sus conceptos alambicados y su estilo misterioso y sutil; imitan los Ximénez Donoso, Barnuevo, Tomé y los Churrigueras las fantasías que en Italia ya hicieron Borromino y el Padre Guarini. Y á su vez la pintura y la escultura no podían permanecer ajenas á tan funestos ejemplos. Se exageran las actitudes y se violentan los escorzos; se descuida lo princi-

pal y se tratan con cuidadóso cariño los más pequeños detalles; lo que fueron valientes atrevimientos en el genio, son depravaciones de mal gusto en sus imitadores. Ya lo hemos dicho: *la decadencia todo lo envolvía;* tras las desdichas nacionales vino el apocamiento de los caracteres, y, como consecuencia, la falta de las grandes ideas; la copia de los malos modelos y el deseo de la novedad hicieron lo demás. ¡Dios se apiade del arte! Se hallaba ya precipitado en tenebrosa cuanto insondable sima.

Entremos ya en la tercera y última parte de nuestro trabajo. Mas antes cumple á nuestro propósito decir que, habiendo ya estudiado con alguna detención el carácter especial que distingue á las artes españolas en el glorioso período del Renacimiento, para evitar repeticiones enfadosas, al ocuparnos de Valladolid, sobre todo cuando hablemos de sus pinturas y esculturas, apenas haremos otra cosa que citar las existentes, toda vez que las comprende lo ya dicho anteriormente para las de nuestra patria. Tampoco mencionaremos siquiera las muchas joyas artísticas pertenecientes á las Reales colecciones ó á las personas que á los Reyes rodeaban, y que, habiendo un día sido el más preciado ornato de nuestro suelo, huyeron de él (1) en el momento que otra ciudad más venturosa, ó quizá más hábil, consiguió arrebatarnos los elementos que la daban tan floreciente vida. Esto sentado, entremos en materia.

Hemos visto el grado de prosperidad y cultura que en la época que nos ocupa alcanzaba España y, por lo que á Valladolid especialmente se refiere, diremos tan sólo que en esta Villa se verificaron las bodas de los Reyes Católicos, base sólida y necesaria para la paz interior del Reino; en ella se con-

(1) La colección que Felipe III tenía en la *Casa Real de la Ribera* (hoy huerta del Rey), según los inventarios de Palacio de 1615 á 1621, pasaba de 480 cuadros de los mejores autores, entre ellos de Rubens, Tiziano, Pablo de Veronés, Andrés del Sarto, los Bassano (Jacobo y Leandro), Sánchez Coello, Antonio Moro, Jerónimo del Bosch, Vicente Carduccio, Antonio Rizzi, Pantoja de la Cruz, Blas de Prado y Juana Peralta.—*Viaje de tres siglos*, pág. 93 y siguientes

certó el enlace de Don Felipe con la desdichada cuanto poética Reina Doña Juana, cuyo hecho, uniendo los destinos de España á los de la Casa de Austria, fué origen del futuro engrandecimiento de la Nación; en Valladolid reunió sus primeras Cortes el entonces Príncipe Don Carlos y después Emperador; aquí vió la luz el genio austero y aún no bien comprendido de Felipe II, y hasta durante el reinado del tercero de los Felipes, quien, con su traslación á Madrid de la Corte, inició su decadencia, presenció nuestra ciudad días de animación y brillantez, como se vió con las fiestas (1) que el Condestable de Castilla y el espléndido Duque de Lerma hicieron á la llegada del Embajador del Rey Jacobo I, cuando vino á ratificar las paces ajustadas el año anterior con Inglaterra. Y si tales acontecimientos en ella se verificaban, indicio es bien cierto de su importancia, así como la presencia de la Corte y de los personajes que siempre le acompañan hace inútil digamos que en todo este tiempo las artes no permanecieron ociosas.

Ni fué la arquitectura la que estuvo menos activa, pues de esa época son sus mejores monumentos, si bien no podamos citar, entre los que entendemos como del Renacimiento español, ó sea el *plateresco*, más que el muy notable *Colegio de Santa Cruz*, de que ya hemos hablado y, aunque en pequeño, la caprichosa *ventana de la casa* que fué de los *Condes de Rivadavia*, perteneciente hoy á la Diputación provincial. La preciosa *fachada de San Pablo*, de que Valladolid se enorgullece, es del mejor estilo gótico en la parte que hizo el Cardenal Torquemada (2), así como pesada, monótona y decadente en su terminación, debida á la munificencia del poderoso Duque de Lerma; y en cuanto al *Colegio de San Gregorio*, otro también de

(1) Véase la curiosísima relación de estas fiestas, sacada de un manuscrito anónimo existente en el Museo Británico de Londres y publicada por D. Pascual Gayangos con el título *Cervantes en Valladolid*.—REVISTA DE ESPAÑA. Año XVII.

(2) Según algunos, la hizo Fray Alonso de Burgos, Obispo de Palencia.—*España, sus monumentos y artes, su naturaleza é historia*.—D. José María Cuadrado, Barcelona, 1885, pág. 90.

nuestros más bellos ornamentos, que se construyó por entonces (1488), á pesar de que algunos escritores, entre ellos el muy competente D. José Caveda, le coloca entre los edificios plateresco s (1), creemos más bien debe figurar con los góticos, por serlo su fachada, así como el patio principal y unas portadas interiores, notándose tan sólo, en una ventana del primer patio y en algunos otros detalles de los artesonados, recuerdos de la arquitectura mudejar; pero no los bastantes para desnaturalizar el edificio, que conserva siempre, aun después de las reformas ya sufridas, marcadísimo carácter gótico.

Muy floreciente se encontraba también la escultura, pues además de la que fué necesaria en las obras ya citadas, en la última de las cuales trabajó el célebre Felipe de Borgoña, los mejores retablos é imágenes que en las iglesias había se hicieron en el siglo XVI y primera mitad del XVII. Tres fueron los escultores que mayor influencia en ella ejercieron por la muestras de su talento que aquí dejaron, como por los discípulos á quienes enseñaron el arte, que para gloria suya cultivaban: Alonso Berruguete, Juan de Juni y Gregorio Hernández.

Dióse á conocer nuestro Berruguete en el *Sepulcro del Obispo Fray Alonso de Burgos,* situado en la capilla del Colegio de San Gregorio, que aquél había fundado. Esta obra suntuosísima, de estilo plateresco y superior, en concepto de algunos, á los que Gil de Siloe y Diego de la Cruz hicieron en la Cartuja de Miraflores, desapareció durante la guerra de la Independencia, destruída según unos, y trasladada á Francia según otros. Hizo, además, el magnífico *retablo de San Benito el Real,* también hoy deshecho, para desgracia del arte, si bien más afortunado que el anterior, por conservarse algunos de sus restos en el Museo provincial, entre ellos treinta estatuitas de tamaño mitad del natural, de belleza extremada y de atrevida ejecución, las cuales, según contrato, fueron de mano del mismo Alonso, al menos en sus cabezas y extremidades. Grandes

(1) *Ensayo histórico sobre la arquitectura de España*, pág. 447.

disgustos debió costar á nuestro artista su preciada obra, cuando no pudo encontrar ningún maestro español que le representase, á pesar de haber pensado en Diego Siloe y de proponérselo á Andrés Nájera, teniendo al fin que nombrar tasador de parte suya al italiano Julio Aquiles; y lo muy prevenidos que aquéllos estaban en contra del nuevo estilo, se conoce por las correcciones que juzgaron precisas el Nájera, nombrado por el Abad, y Borgoña, á quien designó para tercero en discordia el Corregidor, por «constarle la competencia en semejantes obras de *maestre* Felipe, emaginario, y estar asimismo informado que es buena persona, sabia é de conciencia;» si bien tuvieron la delicadeza de proponer que hicieran por cuenta de Berruguete, por comprender que á éste no le agradaría modificar su trabajo, y reconocieron á la vez la importancia del mismo, tasándole en 4.400 ducados, suma muy considerable en aquellos tiempos.

Hizo Juni también su buen retablo, que fué el del *altar mayor de Santa María la Antigua* y, como el de San Benito, proporcionó á su autor pleitos y disgustos, por haberse interpuesto Francisco Giralte, famoso escultor que en la capilla del Obispo en Madrid acreditó su gusto plateresco, ofreciendo hacer el altar por los mismos planos de Juni y en precio más arreglado. Mas, condenado éste á llevarle á cabo en la cantidad que pidió Giralte, lo consiguió, tan á gusto de la parroquia, que decidió ésta abonarle, además de los 2.400 ducados en que primero fué ajustado, los gastos del pleito y 100 ducados más de gratificación. También conservamos de este autor un precioso *San Francisco de Asís* en el *convento de Santa Isabel*; las *imágenes de un altar* de estilo plateresco *en la iglesia de Santiago*, que se atribuye á Gaspar de Tordesillas; el magnífico grupo del *Santo Sepulcro*, que perteneció al *convento de San Francisco* y hoy se conserva en el *Museo*, y *Nuestra Señora de los Dolores* en la *iglesia de las Angustias*, sublime joya del arte cristiano y objeto de entusiasta veneración para todo el vecindario.

Pero el que dejó en nuestra ciudad numerosas pruebas de su talento fué Gregorio Hernández, originario de Galicia y va-

rón piadoso, que gozaba fama de gran virtud. La escultura, que con Berruguete y Juan de Juni se resentía algo de la fogosidad de estilo de Miguel Ángel, á quien indudablemente aquellos maestros recordaban, toma con Hernández mayor dulzura y tranquila expresión, aprovechándose de todo lo bueno de sus antecesores é inspirándose á la vez del fervor religioso que llenaba su alma, para dar vida á sus valiosísimas producciones. Llenas están de éstas las iglesias de Valladolid, y en el Museo hay recogidas muchas de los Conventos suprimidos, citándose entre las primeras la *Dolorosa* del altar mayor *de la Cruz*, de la cual dice Bosarte que «si los ángeles del Cielo no bajan á hacerla más bella, de mano de hombre no hay más que esperar;» un *Ecce-homo*, un *Señor atado á la columna* en la *misma Iglesia; el Señor orando en el huerto* y *Jesús atado á la columna* en la de la *Pasión*; la *Sacra familia* y la *Virgen de la Candelaria* en *San Lorenzo; San Ignacio de Loyola*, *San Francisco Xavier* y *San Francisco de Borja* en *la de San Miguel;* y entre las segundas, el famosísimo *Cristo* llamado *de la Luz*, que pasa por ser su mejor obra; muchas de las imágenes que estuvieron en el *Carmen Calzado*; la preciosa *Concepción* que perteneció al *convento de San Francisco*, y otras, como el manífico grupo de la *Virgen de las Angustias* en medio de los dos ladrones, cuyo origen es algo dudoso, pues, á la vez que unos, por su estilo, la creen de Gregorio Hernández, otros la atribuyen á Pompeyo ó á León Leoni.

Estos maestros tuvieron, como es natural, buenos discípulos, siendo Estéban Jordán autor del retablo del *altar mayor de la Magdalena* y del *Sepulcro del Virrey del Perú*, Obispo don Pedro de La Gasca, y Gaspar de Tordesillas, que lo fué del *altar de San Antonio* en la iglesia *de San Benito*, de los más notables de Berruguete, según ya hemos indicado; Vázquez de la Barreda uno de los mejores de Juni, é Hibarne, el predilecto de Gregorio Hernández, y otros muchos, que ni siquiera conocemos, porque, á semejanza de esos héroes oscuros, que al perecer en los campos de batalla sepultan sus gloriosos hechos en el polvo de combate y no se vuelve á pronunciar su nombre cuando cesa

el estruendo de los cañones, de igual modo tiene el arte sus pobres soldados olvidados, que en la soledad de su taller, ó en la oscuridad de su estudio, luchando las más veces con las dificultades de la vida, consumen la suya en perseguir el ideal y producir obras que han de aumentar la ilustración y cultura de su patria, pero sin dejar siquiera el recuerdo de la inteligencia que las produjo. Testigo de esta verdad es el *Jesús Nazareno* que admiramos en nuestras procesiones de Semana Santa y tantas otras obras existentes en el *Museo provincial*, como *Santa Librada*, *San Dimas*, *la Asunción* procedente *del convento de Fuensaldaña*, y la *preciosa sillería*, que perteneció al de *San Benito el Real*, que no por ser de autores desconocidos dejan de tener acaso tanto mérito como las que ejecutaron artistas de cuyo nombre se envanece la historia.

Por lo que dice relación con la pintura, no puede Valladolid mostrarse tan orgullosa. Sus iglesias carecen de los grandes frescos de que las de otros puntos se glorian, y para el adorno de los altares se prefería casi siempre la escultura, sin duda por tener á la mano los grandes maestros que brillantemente la cultivaron, como acabamos de ver. Sin embargo, es la patria del célebre Antonio de Pereda (1599 á 1669), quien nos dejó aquí su notable cuadro los *Desposorios de la Virgen* en el *convento de Capuchinos*, ya que prefirió ir al palacio del Retiro y las iglesias de Madrid á ejecutar sus mejores obras, entre las que se cuenta el precioso *Desengaño de la Vida*, que hizo para su protector el Almirante de Castilla; es patria tambien de Diego Valentin Diaz, que lució su habilidad en los cuadros de la *Vida de San Francisco*, en compañía del conocido Felipe Gil de Mena (1600 á 1674), que asimismo vió la luz entre nosotros, igualmente que Bartolomé González y Jerónimo Rodríguez de Espinosa, padre de Jacinto Jerónimo de Espinosa, á quien mos citado como el último pintor ilustre de la escuela valenana. Además, para las Descalzas Reales trabajaron Matías asco y el florentino Fr. Arsenio Mascagni; trayendo también Duque de Lerma á Bartolomé Cárdenas, quien pintó muy ıenos lienzos en el *altar mayor y Cláustro de San Pablo*, y se

aprovechó la venida en 1601 de la Corte, á la que acompañaban los hermanos Carducci, para que éstos hiciesen algunas obras, entre ellas los *frescos* de la capilla de la *iglesia de San Andrés* y un cuadro en *las Descalzas*. Originales del Greco, Giordano, Orrente, Piti, Martínez y Francisco Solís, así como buenas copias de Rafaél Rivera, Tiziano y Correggio decoran *la Catedral*, y, por último, *el Museo*, formado en gran parte con los cuadros de los conventos suprimidos, hay trabajos de bastante importancia, recordando en este momento: un magnífico *San Bruno de Zurbarán*; *San Antonio de Padua y la Impresión de las llagas de San Francisco*, procedentes de *Fuensaldaña*, obras ambas de Rubens; la *Asunción*, ya citada, de la misma procedencia, por largo tiempo atribuída á este autor; un *bodegón* que se dice ser de Velázquez; unos preciosos *cobres* de Rubens; *dos tablas* de Alonso Berruguete; algunos lienzos de Mateo Cerezo, Cárdenas, Gil de Mena, Fernando Gallegos, Vincencio Carduccio, Giordano y excelentes copias de Rafaél, Rivera y Wan-Dyck, todo lo cual acredita que, no por la gran afición que en esta antigua Corte se tuvo siempre á la escultura, dejó de mirarse con atención y cariño á su hermana la pintura.

Hemos terminado nuestra tarea, si no con lucidez y acierto, al menos con interés y buen deseo, y vamos, para concluir, á condensar en pocas palabras las ideas que de nuestro estudio deducimos.

Están las artes bellas, como es cosa ya sabida, estrechamente ligadas á la prosperidad de los pueblos, y de las vicisitudes de éstos se infiere el mayor ó menor brillo de aquéllas.

La gloriosa iniciativa del Renacimiento, acaso el mayor movimiento intelectual y artístico que registran loss iglos, pertenece á Italia; y si en él tuvo mucha parte el sentimiento estético y delicado gusto de este pueblo, no la debió menos á los prodigiosos recuerdos del antiguo que su suelo ocultaba. Puede además envanecerse de haber, cual poderoso foco, irradiado su luz y sus conocimientos por todos los ámbitos de Europa.

España, cual las otras naciones, aprendió algo de Italia; pero, á diferencia de éstas, la es más deudora del procedimiento

que de la idea; pues influída en gran manera por el profundo sentimiento religioso que á nosotros nos dominaba, creó un nuevo arte, enteramente libre, independiente, y sobre todo de fines y tendencias más elevadas que el italiano, que á semejanza del griego, todo lo subordinaba á la belleza material de la forma, mientras que el nuestro, teniendo siempre presente el fin para que el hombre ha sido criado, se afana en primer término por remontarnos á esferas superiores, más conformes también con la dignidad de la humana inteligencia.

Valladolid ocupó en este periodo un lugar distinguido en el arte patrio, por su iniciativa con respecto á la arquitectura y por el número y exquisita calidad de sus obras en cuanto á la escultura se refiere, dando también algunas pruebas de su afición á la pintura.

Teodosio Alonso Pesquera.

LA INSTRUCCIÓN SUPERIOR DE LA MUJER[1]

Conjuntamente con el movimiento que en casi todos los países cultos se ha producido en pro de la llamada segunda enseñanza femenina, hase manifestado más ó menos vigoroso el afán por difundir entre las mujeres los estudios denominados superiores. El hecho es natural. Dado el engrane que existe entre todos los grados de la instrucción pública, el impulso que se dé á uno de los inferiores ha necesariamente de tener alguna resonancia en los superiores, ó al menos en el inmediato. En virtud de esta ley, el movimiento favorable á la segunda enseñanza para la mujer se ha propagado á la superior.

Para explicarse bien este resultado, deben tenerse en cuenta, además, varias y diversas causas que han contribuído á su producción más ó menos directa y decisivamente.

(1) Véanse los artículos titulados *El problema de la educación de la mujer* y *Caracteres, sentido y dirección de la educación fundamental de la mujer*, publicados en los números de esta REVISTA correspondientes al 25 de Junio y 10 de Setiembre del año anterior.

Al derecho incuestionable que asiste á la mujer para cultivar su espíritu hasta el grado que crea conveniente y en la dirección que mejor le parezca, se une la creencia, que muchos abrigan, de una perfecta similitud entre sus facultades y las del hombre, similitud que ya hemos visto hasta qué punto es exacta. Por otra parte, con el legítimo y nobilísimo anhelo de saber, de explorar las vastas y maravillosas regiones de la ciencia, que anida y fermenta en el corazón de la mujer como en el del hombre, se mezcla el afán que inflama á muchas mujeres, y que no se halla tan justificado, de aparecer dotadas de iguales, cuando no de superiores aptitudes que sus compañeros para toda clase de trabajos intelectuales, y de aprovechar cuantas ocasiones se les presentan propicias para hacer ostentoso alarde de sus talentos.

No hay para qué decir que en todo esto ejerce decisiva influencia la doctrina de la emancipación del sexo femenino que, tal como la entiende el fanatismo de sus apóstoles, condenamos á su tiempo, por considerarla, como Proudhon, nociva para la mujer misma y como una verdadera calamidad social. Propónense los sustentadores *à outrance* de esa doctrina la revindicación para la mujer de todos los derechos, absolutamente de todos, que el hombre ejercita, entre los que figura naturalmente el de recibir la instrucción superior que se da al sexo masculino.

Y en consecuencia de semejante premisa, se han fundado Universidades para señoritas, las destinadas á los hombres empiezan á franquear sus aulas á las mujeres, y no pocas de éstas ostentan títulos académicos que en algunas partes (en los Estados Unidos, por ejemplo) les permiten ejercer, por igual que al hombre, hasta el ministerio de la abogacía. De la admisión de las mujeres en estrados á que tomen asiento en los Cuerpos Colegisladores, es decir, á intervenir en las ıaciones más elevadas de la política, como hace poco acor-ra la federación republicana de Francia, no hay más que un so, que Mad. Severine ha tenido el buen gusto de no querer r, sin duda porque en un rato de lucidez tuvo presente el

anatema, á que antes hemos aludido, de su progenitor político el autor de *La Justicia en la Revolución y la Iglesia* (1).

Dejando á salvo lo que de noble y legítimo hay en el deseo de que la inteligencia de la mujer se alimente de manjares más exquisitos que los que pueden ofrecérsele mediante la segunda enseñanza, ha de sernos lícito afirmar, desde luégo, que por semejantes derroteros no han de faltar tropezones, y más que los sanos serán los frutos dañados que se cosechen.

El lector nos ha de permitir, en gracia de la claridad que punto tan interesante requiere, que antes de justificar nuestros temores, hagamos algunas indicaciones respecto de la segunda enseñanza de las jóvenes.

Creemos que mediante ella, y cualquiera que sea el molde en que se vacíe, pueden suministrarse los conocimientos suficientes para formar, no por cierto la mujer *sabia*, que no es ni puede ser más que una excepción, sino la mujer *instruida*, que debiera ser una generalidad. En el mismo sistema propuesto por nosotros, en el que se atiende con particular insistencia al destino privativo de la mujer, queda satisfecha de un modo cumplido aquella exigencia, de la que no es lícito desentenderse, por lo mismo que lo que se llama segunda enseñanza no es en el fondo otra cosa, sobre todo cuando del sexo femenino se trata, que *ampliación*, *complemento*, *perfeccionamiento*, como quiera llamársele, de la educación primaria, con la que viene á constituir la *educación fundamental* de la mujer. De aquí el hecho, que más adelante mostraremos y que conviene tener muy en cuenta, de que en los países en que mayor boga alcanza la cultura del sexo femenino, así el Estado como las corporacio-

(2) Cuando esto escribía, figuraba Mad. Severine como *candidata* designada por dicha federación para las elecciones de Diputados en Francia, y, según vimos en los periódicos, rehusó tamaño honor, no obstante ser una de las principales patrocinadas por sus colegas políticos, que al fin contaron con nueve *candidatas* para la diputación á Cortes.

nes provinciales y municipales atiendan más que á la superior á la enseñanza secundaria de las jóvenes.

No debe olvidarse, por otra parte, que esta enseñanza, especialmente cuando en ella impera el sentido educativo que hemos propuesto, cuando es verdadera, genuina educación, ha de dar á las jóvenes el gusto y la facilidad para el estudio, lo que será siempre para ellas de más valor que el mucho saber, como ya indicaba Mad. Necker de Saussure. Ahora bien; posesionada la mujer de tan eficaces y preciosos instrumentos para hacer adquisiciones intelectuales, ¿no le será fácil, sin necesidad de hacer la vida de estudiante ni desatender el cultivo de sus peculiares aptitudes y el cumplimiento de su especial destino, insistir en la cultura de su espíritu y hasta ampliar aquellos estudios á que especialmente se sienta inclinada? ¿No podrá aprovechar convenientemente, en tal caso, el auxilio que le ofrecerán el periódico, la revista, el libro, las conferencias públicas y otros medios de cultura de los que con tanta esplendidez pone á disposición de la generalidad la civilización moderna?

Pero no es esto lo que se quiere. Se pretende que la ciencia, ora se mire en su sentido más abstracto, ya se tome bajo el punto de vista de sus más encumbradas aplicaciones, constituya un fin para la mujer, fin que en la mayoría de los casos no tiene otro objeto que *la ciencia por la ciencia misma*. En este concepto, los mismos estudios, los mismos programas que constituyen la enseñanza superior de los hombres, se repiten, y no hay más remedio que repetir, en la de las mujeres, con la circunstancia agravante de que para éstas se han establecido internados que no siempre existen para aquéllos.

Y cuenta que, al hacer las afirmaciones que proceden, no hablamos de memoria, pues tenemos á la vista más datos de los que quisiéramos en que apoyarlas.

Si nos fijamos en Rusia, que con justicia se considera como el país en que de más antiguo y con mayor amplitud se atiende á la instrucción de la mujer, nos encontramos, amén de una *Escuela de Medicina*, á la que se deben resultados excelen-

tes (1), con unos *Cursos superiores*, fundados por una sociedad de señoras el año de 1867, que constituyen una verdadera Universidad, con toda la organización y todo el rigorismo académicos que puedan apetecer los más exigentes en punto á ordenamientos escolares.

Divídense dichos *Cursos* en dos secciones, á saber: de estudios filosófico-históricos una, y de estudios físico-matemáticos la otra. Harto se comprende que con estas enseñanzas, en las que justo es decir que los ejercicios prácticos no se echan de menos, no han de faltar motivos á las señoritas rusas, antes han de sobrarles en abundancia, para engolfarse en aquellos estudios abstractos que el buen sentido de Legouvé rechazaba para las mujeres como contrarios á la naturaleza y las funciones de las mismas. Los estudios duran en cada sección cuatro años, al cabo de los cuales sufren las alumnas el respectivo examen de término, mediante el que *ipso facto* quedan hechas doctoras en uno de aquellos dos órdenes de saberes.

Si de Rusia pasamos á Inglaterra, donde también ha tomado gran incremento la instrucción de la mujer, nos encontraremos con resultados análogos. Aparte de la Escuela de Medicina, establecida en Londres, la enseñanza superior del sexo femenino cuenta en la Gran Bretaña con varios colegios agregados á las respectivas Universidades, á la manera que lo están los de hombres, que en realidad los constituyen. En esas Universidades que, como es sabido, han abierto en su mayoría

(1) Es digno de notarse el interés que despertó en todas las clases rusas, sin duda por los excelentes servicios que las *médicas* formadas en sus aulas han prestado y prestan, especialmente en los hospitales, en la asistencia doméstica de distritos rurales y en la dirección de ambulancias. Refiriéndose á los cursos de medicina para mujeres, dice monsieur Hippeau que la demanda de tituladas es todavía superior á la oferta, y luégo añade: «Entre las que los han seguido, hubo algunas que en un principio afectaron las maneras y emitieron las opiniones más libres y avanzadas, según la expresión á la moda. Ellas se llamaban con complacencia mujeres *nihilistas* y *revolucionarias*.» Acaso porque esta tendencia haya tomado mayor incremento, ó por otra causa, se ordenó en 1882 la suspensión de la matrícula en dicha Escuela.

las puertas á las mujeres, verifican éstas los mismos ejercicios académicos que los hombres, ante los mismos profesores, y obtienen iguales grados y títulos que ellos. Aparte de los indicados, existen en el Reino Unido otros centros para la enseñanza superior de la mujer, calcados, por lo que respecta á su organización administrativa y pedagógica, en sus afines de los destinados al sexo masculino (1).

Si de Inglaterra nos trasladamos á los Estados Unidos de América, país que suele tomarse como el prototipo en punto á la instrucción del sexo femenino, contemplaremos más imperante todavía, si cabe, el sentido que acusan las anteriores noticias, lo cual es debido en gran parte al sistema de la coeducación de ambos sexos, más en auge que en ningún otro pueblo en el norte-americano. Ya en lo que podríamos llamar segunda enseñanza (grado que no existe allí realmente, al menos como en el Continente europeo se entiende), ó sea en las escuelas primarias superiores, se echa de ver el prurito de identificar los programas para la enseñanza de ambos sexos, y de suministrar á la mujer las materias más abstrusas y las que menos conforman con su naturaleza y destino. Estas escuelas se dividen en dos clases, cada una de las cuales representa una tendencia distinta: las *latinas* ó *clásicas*, que corresponden á los Gimnasios alemanes, y en las que predomina el elemento literario y el estudio de las lenguas muertas, y las *inglesas* ó *realistas* (cuyas similares son los *Realschulen* ó escuelas medias de Alemania, ó las secundarias especiales ó profesionales de

(1) Merece citarse el hecho de que una Asociación de señoras ha organizado cursos para las mujeres en Glasgow, cuyas enseñanzas están á cargo de los profesores de aquella Universidad, los cuales dirigen los estudios *por correspondencia* á discípulas exparcidas hasta en la India. En este sentido, debe citarse el colegio de señoritas conocido en imburgo (Escocia) con la denominación de *Casa de San Jorge*, por ser el primero que introducido en este pueblo dicho modo de enseñanza, el cual parece que da excelen- resultados: en el curso de 1882-83 reunía este Colegio 850 alumnas, de las que 707 Lían las lecciones de semejante manera.

Francia), en las que domina el elemento científico (1). Generalmente estas dos clases de escuelas reciben alumnos de ambos sexos, por lo que dicho se está que en ellos son iguales los estudios para hombres y mujeres. Y en las escuelas en que sólo éstas concurren sucede otro tanto, por lo que oportunamente se repite que «la cuestión de la enseñanza secundaria de la mujer en los Estados Unidos no puede ser tratada en capítulo aparte de la secundaria para los hombres.» ¿Qué decir, entonces, de la verdaderamente superior? Sin citar algunos colegios que en realidad pertenecen á la categoría de las escuelas á que antes hemos aludido (2), basta recordar que los Estados

(1) El programa de las escuelas superiores á que nos referimos (que en los Estados Unidos figuran como formando parte de la educación primaria y para nosotros corresponden á la segunda enseñanza), comprende, tomado en general y sin distinción de sexos: Álgebra, Geometría y Trigonometría, Física y Química, Geografía física y Astronomía descriptiva, Psicología y Fisiología, Botánica y Zoología, Gramática y Composición, Retórica, Latín, Francés y Alemán, Literatura y Teoría del arte, Historia universal, Moral, Urbanidad y buenas formas, Gobierno civil y Economía política, Caligrafía, Dibujo y Música vocal, con más algunas de aplicación, como, por ejemplo, la Agrimensura, la Teneduría de libros y la Geografía industrial y comercial. Después de recibir esta enseñanza, que dura generalmente cuatro años, y cuyas materias no todas son obligatorias, bien pueden obtener las alumnas el título de *Bachilleras en artes*, máxime si se tiene en cuenta que en algunas escuelas se da Geometría analítica, Trigonometría esférica y Cálculo infinitesimal, así como Lógica y, en general, Filosofía.

(2) Se citan, siempre que de este particular se trata, como de los principales de los colegios á que aludimos, sin duda por la importancia de su organización pedagógica, la suntuosidad de los edificios que ocupan y la magnificencia de sus instalaciones, el *Packer collegiate institute*, el *Rutger's female college* y el *Vassar college*, los cuales no son realmente establecimientos de enseñanza superior, sino de segunda enseñanza, correspondientes á las escuelas superiores de que más arriba hablamos, como se comprenderá comparando sus programas con el de esas escuelas.

En el primero domina la enseñanza literaria, lo cual no obsta para que se cultiven con bastante extensión las Ciencias, y particularmente el Álgebra y la Geometría. «En cuanto al segundo, el estudio de las Matemáticas—dice M. Hippeau—se lleva muy lejos, estudiando las jóvenes en el cuarto año la Trigonometría, la Geometría analítica y el Cálculo diferencial; el Griego y el Latín se les enseña de manera á hacerlas capaces de traducir algunos autores fáciles, empleándose más tiempo en las lenguas moder-

Unidos es el país en que más en boga se halla el sistema de la coeducación de los dos sexos, y que sus Universidades son las que más ámpliamente han abierto sus puertas á la mujer, capacitando á las alumnas hasta para el ejercicio de la abogacía, y por de contado para el de la Medicina, cuya enseñanza cuenta con siete escuelas especiales destinadas al sexo femenino.

Fuera tarea larga, y por de contado enojosa para el lector, la de exponer lo que acerca del particular que nos ocupa sucede en cada uno de los países que fomentan, en mayor ó menor escala, la cultura del sexo femenino. Lo que sí conviene hacer notar es que, aun en aquéllos que menos se ocupan de la instrucción superior de la mujer, por consagrar mayor esfuerzo á otros grados de necesidad más reconocida y de resultados prácticos más inmediatos, como sucede, por ejemplo, en Suiza, Bélgica y Suecia, se refleja con bastante persistencia el afán de equiparar los estudios superiores de las mujeres á los de los hombres, no sólo en el hecho de hacer que las primeras estudien en establecimientos que, como las Universidades, están dispuestos en vista de las condiciones y necesidades de los segundos, sino también en el prurito de introducir en los centros docentes destinados á la mujer—y que por las exigencias de la

nas, el Alemán y el Francés.» Se enseñan también Pintura y Música instrumental y vocal. Con el nombre de *Filosofía doméstica* se ha organizado un curso, cuyo programa comprende Anatomía, Fisiología, Higiene, Ciencia culinaria, Estética, Arboricultura y Horticultura, y que tiende á formar mujeres de su casa. La duración de los estudios en este Colegio es de seis años (los dos primeros son preparatorios), al cabo de los cuales reciben las alumnas el grado de Bachilleras en artes. En cuanto al *Colegio Vassar*, no se admite en él á las jóvenes hasta los catorce años; los cursos son cuatro, y para seguir el primero es menester que sepan explicar á César, Cicerón y Virgilio, y que hayan estudiado el Álgebra hasta las ecuaciones de segundo grado, Retórica y elementos de Historia general. Comprende su programa estas materias: Lenguas latina, griega, francesa, alemana é italiana; Matemáticas, Física, Química, Geología, Botánica, Zoología, Anatomía, Fisiología, Retórica, Literatura inglesa y extranjera, Lógica y Economía política.

cultura de ésta y las circunstancias que la rodean en los respectivos países no debieran tener otro carácter que el de una educación complementaria de la primaria ó fundamental—asignaturas que, como el Latín y el Griego, las Matemáticas superiores y la Filosofía, por ejemplo, huelgan por completo en semejantes centros.

Y no sólo huelgan, sino que introducen en ellos cierta perjudicial confusión respecto del fin á que realmente están llamados á realizar. Con la introducción de esas y otras asignaturas por el estilo, sucede con los centros docentes á que nos referimos lo que acontece con las personas que se salen de su esfera: que ni son lo que pueden y deben ser, ni alcanzan á satisfacer debidamente las exigencias de la posición á que sus aspiraciones les llevan. Por consecuencia del hecho que censuramos, resulta para las que no debieran ser para las jóvenes más que instituciones de educación fundamental (en el concepto y con el sentido que ya hemos dicho), una cultura híbrida, mezcla de la secundaria, la especial y la superior, á la cual se debe la ventaja de que, si dichos institutos no realizan cumplidamente su fin, en cambio tampoco cumplen á satisfacción el que en el fondo se persigue con el encumbramiento que esas materias presuponen: no son genuinas escuelas secundarias, ni en realidad estudios superiores. Las de los Estados Unidos que antes hemos citado, así como los institutos rusos y otras que pueden señalarse en varios países, en Italia, por ejemplo, ponen bien de relieve el vicio de organización que en muchas partes aqueja á ese grado de la enseñanza que consideramos como la educación fundamental de la mujer.

Dejando á un lado esta cuestión de la segunda enseñanza femenina—que nos parece tanto más interesante cuanto más la consideramos—y fijando el punto de mira en los estudios superiores en que se desea empeñar á las jóvenes, lo que primero debe observarse es que, tal como éstas se ven precisadas á hacerlos, por la índole misma de ellos y por causa también de los procedimientos que al efecto se emplean, semejantes estudios tienen, fatalmente, que contribuir á desviar á las muje-

res de su genuino centro, á contrariar y desnaturalizar sus peculiares aptitudes y á alejarlas de la misión á que, ante todo, están llamadas en la vida.

La continuidad, siempre bastante prolongada, que requieren esos estudios; la persistencia de atención que reclaman, y que hace que esta función del pensar no se dirija cuanto fuera menester á asuntos de que las mujeres, para serlo realmente, nunca debieran permanecer apartadas; el exclusivismo que implican respecto del trabajo intelectual, con lamentable abandono del corpóreo y del que más se relaciona con la naturaleza y el destino peculiares de la mujer; la ingerencia, harto pertinaz y ostensible, de materias abstractas, cuando no de dudosa utilidad, con olvido de las más apropiadas ó menoscabo de las de más aplicación; y, en fin, el afán de elevar la enseñanza al pináculo de la ciencia, son reparos que los hechos más arriba apuntados autorizan para hacer á la dirección y el sentido que representan dichos estudios, á los cuales sobra motivo, como bien á las claras lo muestran esos mismos hechos, para atribuirles la influencia negativa que acabamos de denunciar.

Adquiere mayor relieve esta influencia cuando se recuerda la cooperación que á los hechos expuestos prestan, por una parte, los internados, que tan frecuentes son en la instrucción superior que reciben las mujeres; y, por otra, la asistencia de éstas á las mismas aulas á que concurren los hombres, lo que también se halla muy generalizado, como hemos visto. Sin duda que uno y otro hecho pueden contribuir á hacer de las alumnas excelentes *estudiantes;* pero, ¿no será lícito pensar que coadyuvarán también á que las jóvenes pierdan en sus cualidades de *mujeres* lo que por ese otro concepto ganen?

Trae á las mientes esto último las frases, ya recordadas, en que Rousseau hace notar que, cultivándose en el sexo femenino las cualidades del masculino, desatendiéndose las suyas propias, se quedan las mujeres inferiores á sí mismas y pierden la mitad de su valor, sin ponerse á la altura de los hombres. Por generoso que sea el propósito que anime á los que se esfuerzan

por generalizar entre las mujeres los altos estudios, no puede desconocerse que por este camino, á donde se va, en último término, es á formar *mujeres sabias*, ó con aspiraciones á serlo. Y nada de extraño tiene, antes es natural y lógico, que engolfadas las aludidas mujeres en sus estudios, y engreídas con su sabiduría, «desdeñen, desde la sublime elevación de su gran talento—como también hizo notar el autor del *Emilio*—todos sus deberes de mujer;» á lo cual son tanto más ocasionados los estudios á que nos referimos, cuanto que en ellos se hace abstracción completa de la naturaleza y el destino del sexo femenino, y no mirándose á otra cosa que al fin de la ciencia, se relegan al más lamentable abandono las enseñanzas y las ocupaciones que más importan á la mujer para afirmar su individualidad y responder cumplidamente á las funciones que le están asignadas por virtud de esa naturaleza y de ese destino.

No olvidemos, para apreciar el valor de las observaciones que preceden, la fuerza irresistible que tiene el hábito. Un hecho análogo al que apuntamos respecto de las mujeres, se observa en los hombres, y de él se lamenta y protesta diariamente nuestra prensa periódica.

Se cuentan á millares los jóvenes que, siguiendo ciertos estudios sólo con el propósito de cultivarlos, y que arrastrados por ellos y extraños á la vida doméstica, sus necesidades é intereses, concluyen, merced á hábitos que contraen, por desdeñar las tareas agrícolas, industriales, comerciales, etc., á que les llaman su posición, sus intereses, y en muchas ocasiones sus mismas aptitudes; de lo cual resulta que, si no llegan á ser verdaderos hombres de ciencia—como sucede en la inmensa mayoría de los casos—tampoco son agricultores, industriales, comerciantes, etc., ni hombres capaces de fomentar su hacienda. Y como las mismas causas producen siempre iguales resultados, sucede—y es lógico que suceda—que á las mujeres que siguen en la dirección y con el sentido que quedan dichos los estudios á que nos referimos, se imponen fatalmente hábitos, por virtud de los cuales pierden ó amortiguan los propios del sexo, y por ende llegan á abandonar el cultivo de sus genui-

nas cualidades, y hasta, como insinuaba Rousseau, á desdeñar sus peculiares deberes (1).

Por esto, sin duda, que también se manifestara contrario á las mujeres sabias el ilustre Dupanloup (uno de los escritores más exigentes en punto á la instrucción de la mujer), si bien su protesta no fuera ni con mucho tan viva como la del citado Rousseau, sino tan templada y suave como corresponde al carácter del autor de las *Lettres sur l'education des filles* (2). Y claro es que, no siendo muy del agrado del docto y discreto prelado de Orleans las mujeres sabias, tampoco habían de serlo los estudios que tienden á formarlas, máxime cuando no podía ocultarse á su perspícua penetración que, con los hábitos que semejantes estudios crean necesariamente en las que los siguen, según ya se ha indicado, contribuye á la producción del resultado que en el párrafo precedente señalamos, el espíritu de emulación que los mismos estudios despiertan en las mujeres

(1) En esto, como en lo que más arriba hemos dicho y en adelante digamos, hablamos siempre en tesis general, y sin desconocer que puede haber y hay excepciones, á las cuales resultara injusto aplicarles ciertas apreciaciones: hablamos, en general, de tendencias, direcciones y resultados generales.

(2) En las exageraciones á que con frecuencia le llevaban su carácter y sus doctrinas, llega Rousseau hasta decir que «quisiera cien veces más una hija sencilla y groseramente educada, que una sabia que viniera á establecer en su casa un tribunal de literatura, de que se haría la presidenta.» «Esta clase de mujeres—añade—son el azote de sus maridos, de sus hijos, de sus amigos, de sus criados, de todo el mundo.» Las considera ridículas y justamente criticadas, y concluye diciendo que no se imponen más que á os tontos. El lenguaje de Dupanloup es más mesurado, y en él se presenta una solución aceptable; he aquí sus palabras: «Que se entienda bien: lo que yo deseo, ante todo, no son mujeres sabias, sino—lo que es necesario á sus esposos, á sus hijos y á su casa—mujeres inteligentes, juiciosas, atentas, instruídas en todo cuanto les sea útil saber como madres, dueñas de su casa y mujeres del mundo; que no desdeñando nunca el trabajo manual, sepan, sin embargo, ocupar, no sólo sus dedos, sino también su inteligencia, y cultivar su alma toda.» El ilustre prelado censura á Molière por la crítica que hace en sus comedias *Las preciosas ridículas* y *Las mujeres sabias*, sobre todo en esta última, reprochándole haber contribuído á desviar á las mujeres francesas de ciertos estudios, por no haber hecho la debida distinción entre las mujeres *sabias* y las mujeres *estudiosas* al hacer la caricatura de la mujer *instruída*.

comparándose con los hombres; espíritu que con mucha frecuencia se halla aguijoneado por el amor propio, ya de por sí harto vivo é inquieto en la naturaleza femenina, y más cuando la mujer, sintiéndose lastimada por la nota de inferioridad que se le asigna—en lo que realmente se exagera y abusa bastante—se propone desmentirla á todo trance.

Conviene tener en cuenta, para comprender mejor la situación en que respecto al particular que nos ocupa se colocara monseñor Dupanloup, que éste insistía mucho en distinguir las mujeres *sabias* de las mujeres *estudiosas*, refiriendo estas últimas á la mujer *instruída*, de que ya hemos hecho mérito (1), y á que alude M. Thery cuando, examinando las dos tendencias más antitéticas en materias de educación del sexo femenino, dice: «Los partidarios de la segunda opinión (la de los que equiparan enteramente la mujer al hombre y quieren para la primera los mismos estudios que para el segundo), se fundan en una ilusión generosa. Toman por la regla lo que nunca será más que la excepción..... La joven debe ser *instruída*, pero no *sabia* (2).» Y menos todavía debe *parecerlo*, para evitar la tacha de ridiculez que en ello veía Mad. de Miremont (3), ó la fina é intencionada crítica que hace La Bruyère en el siguiente pasaje de su famosa obra *Les Caractères*:

«Se mira una mujer sabia—dice—como un arma bonita, artísticamente cincelada, admirablemente bruñida y de un tra-

(1) Véase lo que decimos al final de la nota precedente, y la obra de Dupanloup antes citada, *Lettres sur l'education des filles et sur les etudes qui conviennent aux femmes dans le monde* (París, 1879), sobre todo la carta cuarta, que intitula: «Molière.—*Les femmes savantes et les femmes studieuses.*» Al mismo autor se debe también un opúsculo titulado *Femmes savantes et femmes estudieuses*, París, 1867.

(2) *Lettres sur la profesison d'institutrice*, París, 1869.

(3) «Una mujer—dice—no debe parecer ni sabia ni política, lo cual sería ridículo: sin embargo, debe saber lo bastante para entenderlo todo, no aburrirse de nada, hacer una observación á propósito y distraerse con el saber de los demás, sin ser una admiradora cándida.» *Traité de l'education des femmes et cours complet d'instruction.* París, 7 vol., 1779.

bajo muy esmerado: es una pieza de gabinete que se enseña á los curiosos, que no se usa y que no sirve para la guerra ni para la caza, no de otro modo que un caballo amaestrado, aunque sea el mejor instruído del mundo.»

Llevan todas estas consideraciones á la conclusión de que en lo que debe insistirse, por lo que respecta á la cultura de la mujer, es en lo que bajo la denominación inadecuada de «segunda enseñanza» hemos visto que constituye, ó debe constituir, la educación *complementaria* y *fundamental* de las mujeres.

Con ser este el sentido más racional y circunspecto, constituye también la tendencia más generalizada, sin duda por ser la que tiene más razón para imponerse. De aquí que, como antes de ahora hemos indicado, sea en todas partes la más favorecida por la Administración pública en sus diferentes esferas.

Así, por ejemplo, en la misma Rusia, donde hemos visto que se halla en gran auge la instrucción de la mujer, la acción del Gobierno se encamina especialmente á sostener y fomentar los «institutos femeninos» de segunda enseñanza, que con la denominación de gimnasios y progimnasios existen en aquel país en número de 232, y á cuyo sostenimiento coadyuvan también los Estados provinciales y los Municipios; debiendo tenerse en cuenta que, si algo hacen estas corporaciones populares en favor de los estudios superiores, se limita á los de Medicina, esto es, á los que tienen un carácter señaladamente *profesional*, y por las razones que antes de ahora se han apuntado. Los centros de estudios verdaderamente superiores (entre los que no deben considerarse, por motivos que ya se han dicho, algunos de los gimnasios mencionados), son debidos y corren á cargo de la iniciativa privada, individual y colectivamente considerada, la cual sostiene también bastantes establecimientos (210), que en puridad no deben considerarse sino como de segunda enseñanza.

Es también elocuente el ejemplo que á este respecto nos ofrece Alemania, que, como es sabido, pretende la primacía

sobre los demás pueblos de nuestro Continente en materias de instrucción pública. Aparte de que las Universidades se han mostrado allí sumamente rehacias en abrir sus puertas á las mujeres, (1) los centros docentes que á la cultura de éstas se consagran en el Imperio no pasan de ser meros institutos de segunda enseñanza, y en su mayoría no son realmente más que escuelas primarias superiores: tanto el Estado como las corporaciones de carácter popular, limitan hoy su acción á favorecer esa clase de centros, siendo de notar que la iniciativa privada, si atiende á la cultura superior de la mujer, mira con mucha más preferencia las enseñanzas profesionales que mejor se adaptan al carácter y condiciones de la misma. Nada da mejor idea del estado que la cuestión que nos ocupa ofrece en Alemania y del carácter de los centros que pasan para algunos como de instrucción superior de la mujer, que el siguiente pasaje que hallamos en un libro muy conocido y muy reputado:

«Existen en Prusia y en Alemania—dice—un gran número de establecimientos de instrucción primaria para las jóvenes, que desde algunos años participan también de las lecciones dadas en las escuelas burguesas y en las reales que les han sido abiertas. Pero, más allá de estos dos órdenes de establecimientos, no existe, salvo en algunas grandes ciudades, nada que se parezca á esa enseñanza superior, á esos altos estudios literarios y científicos que constituyen en varias naciones de Europa, como en los Estados Unidos, el objeto de las aspiraciones de las mujeres pertenecientes á las clases elevadas de la sociedad. Á pesar de algunas tentativas aisladas producidas en estos últimos tiempos, puede decirse que la educación de las mujeres alemanas no se ha elevado todavía sobre el nivel que hace tiempo ha marcado en Francia, en Inglaterra y en otras partes el límite que la enseñanza dada á las jóvones y á las mujeres no debe franquear. Nada podemos señalar en ese país que se aproxime á la educación superior que reciben los jóve-

(1) Según acabamos de leer, se las han cerrado últimamente por orden del Gobierno.

nes en los gimnasios, y menos todavía en las Universidades..... Se ve, pues, lo que debe entenderse por la calificación de *escuelas superiores* de mujeres; no se trata, en efecto, más que de ese grado de instrucción, cuya naturaleza hemos dado á conocer en los capítulos consagrados á las escuelas burguesas y las reales» (escuelas medias de hombres) (1).

Respecto de la poca intervención que para favorecer la enseñanza secundaria y superior de la mujer tiene el Gobierno alemán, encontramos, en un libro mucho más reciente que el de G. Hippeau, lo siguiente:

«La enseñanza pública de las jóvenes se halla en Prusia poco desenvuelta, en comparación con la de los jóvenes. Existen, sin duda, pensionados particulares, que el Estado vigila, como hace, por otra parte, con todo establecimiento de educación, cualquiera que sea, pues ninguno puede, por la ley, sustraerse á su vigilancia. Pero, fuera de la escuela primaria, que los niños de ambos sexos son obligados á frecuentar, los poderes públicos no han tomado en sus manos, de una manera general, la educación de las jóvenes» (2).

El autor de cuya obra tomamos este pasaje, da idea de lo que la iniciativa privada ha hecho en la Alemania para llenar el vacío que deja el Estado al respecto que nos ocupa, y de sus indicaciones lo que resulta es que, salvo los centros de enseñanza profesional (de que no trata) y los seminarios para la formación de institutrices ó maestras, los de otro carácter, debidos á dicha iniciativa, no pasan de ser otra cosa que las *escuelas medias* á que se refiere M. Hippeau.

Cosa análoga á la que hemos visto que sucede en Alemania acontece en Suiza, donde los esfuerzos de los poderes públicos se dirigen exclusivamente á sostener y fomentar las enseñanzas profesional y secundaria de la mujer, para las que existen

(1) HIPPEAU, *L'instruction publique en Allemagne*, París, 1873, pág. 339.

(2) GEORGES DUMESNIL, *La Pédagogie dans l'Allemagne du Nord*, París, 1885, pág. 101.

multitud de establecimientos, no obstante de que, por lo que respecta á la segunda, en muchos cantones se aprovechan los mismos que sirven para los jóvenes, y aun á las mismas horas y clases que éstos, pues en Suiza se halla muy generalizado el sistema de la coeducación de los sexos; en algunas partes, como en Ginebra, se aprovechan los locales para alumnos y alumnas, pero dando á los unos la enseñanza por la mañana y á las otras por la tarde. Este procedimiento, que desde luégo implica gran economía, ofrece, además de esta ventaja, la de poder adaptar mejor las lecciones á la naturaleza y necesidades peculiares de cada sexo. Por lo demás, el buen sentido del pueblo suizo, si da motivo para que, con relación á la mujer, se hable de sus escuelas medias ó secundarias, secundarias rurales, de perfeccionamiento, profesionales é industriales, no ofrece pretexto para que puedan estudiarse los centros consagrados á la instrucción superior, á los altos estudios de la mujer: la Medicina, que ésta suele profesar, la estudia en las Universidades destinadas á la juventud masculina.

Otro tanto puede decirse de Suecia, donde la cultura femenina cuenta con numerosos y utilísimos centros, de los que, entre los debidos á la iniciativa particular, ni siquiera puede considerarse como de enseñanza superior el *Curso* instituído con este carácter por Rossandes que, con no pasar de ser una escuela secundaria, hasta tiene agregada una sección de costura y confección de vestidos para señoras. A las escuelas profesionales é industriales y de segunda enseñanza son á las que las corporaciones populares y la Administración de Suecia consagran sus atenciones, siendo algunas de las últimas verdaderos institutos, en los que se preparan las jóvenes para emprender los estudios de Medicina, que, de los universitarios, son los únicos que siguen (en la Universidad para hombres, de Upsal) las mujeres suecas. Un sentido análogo al de Suecia domina, en lo tocante á la educación de la mujer, en Noruega, donde abundan las escuelas secundarias femeninas, y puede decirse que no se conocen los estudios superiores para señoritas.

Fijándonos en Francia, donde cada día es mayor el incre-

mento que toma la cultura general, llegaremos á idénticos resultados: de lo que principalmente se preocupan el Gobierno, los Departamentos y los Municipios de ese pueblo, por lo que á la cultura de la mujer respecta, es de la enseñanza profesional y secundaria; para regular y difundir esta última se ha dado recientemente (21 de Diciembre de 1880) una ley especial, que lleva el nombre de Camilo See (autor del proyecto), y que preparada en la opinión, sobre todo desde 1867, merced á los esfuerzos del Ministro Dutuy y de la *Asociación para la enseñanza secundaria de las jóvenes*, constituída en la Sorbona bajo los auspicios del mismo y con la participación de Julio Simón, Hippeau y otros entusiastas adalides de la educación de la mujer, cada día recibe mayor y más entusiasta sanción práctica, pues no hay departamento que no cuente ya con varios liceos y colegios, ó sea Institutos femeninos. Los mismos pensionados laicos que de antiguo existían en este país, debidos á la iniciativa de madama de Campan, que los creara en oposición á los religiosos ó monásticos, nunca tuvieron otro carácter que el de escuelas secundarias, que es el mismo que corresponde, por más que suela atribuírseles el de escuelas de instrucción superior, á las de Saint-Cyr, fundada por Luis XIV en 1686, y á las de Ecouen, Saint-Denis y Loges, establecidas por Napoleón I en 1809, y cuyos programas ofrecen la particularidad de contener materias de aplicación doméstica (arte de gobernar una casa, corte de vestidos, lavado, cosido y planchado), á semejanza de lo que nosotros hemos propuesto para la llamada segunda enseñanza femenina; otro tanto puede decirse de los pensionados particulares que actualmente existen. Por último, la misma escuela de Sevres no merece realmente el calificativo de superior, pues su objeto de formar el profesorado femenino para los establecimientos aludidos, le da el carácter de profesional ó normal, que entre nosotros cabía atribuir al cuarto curso que el Sr. Albareda tuvo el buen acuerdo de establecer (por su reforma de 1884) en la Central de Maestras, y que el Sr. Pidal suprimió á los dos años (3 de Setiembre de 1884), precisamente en el momento en que entregaba exclusivamente á la mujer la ense-

ñanza de la mencionada Escuela Normal de Maestras, esto es, cuando más necesarios parecían ser los estudios y el grado profesional que el referido curso representaba.

En todas partes se nos ofrecen los mismos resultados: en Italia, en Bélgica y en Holanda, como en los países mencionados, la Administración pública, preocupándose mucho, por lo que á la mujer respecta, de la enseñanza profesional, industrial, y, sobre todo, secundaria, y muy poco ó nada de la superior, cuya organización y sostenimiento corren generalmente a cargo de la acción particular, que en realidad es á la que se debe que las Universidades para hombres hayan abierto sus puertas en varios pueblos á las mujeres. Aparte de los Estados Unidos, cuyo ejemplo no parece conveniente seguir, Inglaterra es una de las naciones que más impulso han dado á los estudios verdaderamente superiores de la mujer, y sabido es la poca participación que en materias de enseñanza tienen los poderes públicos en la gran Bretaña. Aun recordando también el ejemplo de Rusia, nuestra afirmación queda con igual fuerza. Y pudiéramos reforzarla añadiendo que la misma iniciativa privada muestra bien ostensiblemente en todas partes su predilección por la cultura que tiene uno de estos dos objetivos ó ambos á la vez: consolidar, ampliar y mejorar en lo posible, mediante la llamada segunda enseñanza, la educación primaria de la mujer, y poner á ésta en condiciones de procurarse la subsistencia mediante el ejercicio de determinadas industrias y profesiones, á lo cual se aspira también con algunos de los estudios denominados superiores (los de Medicina, por ejemplo), que en la mayoría de los casos no son sino una segunda enseñanza desnaturalizada y, por ende, impropia para la consecución del fin que con ella se aspira á realizar, á saber: la educación fundamental de la mujer en armonía con la naturaleza y el destino peculiares asignados á la misma por las diferencias individuales que implica la sexualidad.

No ha de inferirse de lo que hasta aquí hemos dicho que se deba impedir á las mujeres hacer estudios superiores; semejante prohibición sería negar un derecho legítimo, y es muy

posible, además, que, á la altura en que estamos, resultase contraproducente; cuando se nos niega alguna cosa, se aviva el deseo de poseerla. En las prohibiciones que se han hecho al respecto de la instrucción de la mujer, se han originado en gran parte, sin duda alguna, las aspiraciones que han impreso á ciertos estudios de las mismas la dirección y el sentido erróneos que reiteradas veces hemos señalado en el decurso de este trabajo, muy particularmente por lo que respecta á la segunda enseñanza, cuyo carácter se ha desnaturalizado en muchas partes á fuerza de querer elevar el nivel que su fin le determina, y convertir los centros á ella consagrados en establecimientos de enseñanza superior, con lo que se ha conseguido que no sean en puridad ni lo uno ni lo otro, se desatiendan en ellos elementos indispensables de la cultura fundamental que á la mujer conviene, y se imprima á esta cultura una direccion que parece tener por principal objetivo, no afirmar, como en todo caso se debiera, sino debilitar, en fuerza de olvidarlas, las cualidades propias de la mujer.

Pero si los poderes públicos no deben estorbar á ésta el derecho de consagrarse á los altos estudios, tampoco deben alentar las aspiraciones que pudieran llevarla á ellos. Sus deberes á este respecto se limitan á dejar libre y expedita la iniciativa privada y á organizar para las mujeres una sólida y apropiada cultura fundamental que, partiendo de la base de la escuela primaria, encuentre su necesario complemento en esos centros en que, con los nombres de escuelas medias, colegios, liceos, etc., hemos visto que empieza á desenvolverse en muchos países la segunda enseñanza femenina; bien entendido, por otra parte, que este grado de cultura ha de organizarse de modo que responda á las peculiares exigencias de la naturaleza y el destino propios de la mujer, y revestir un carácter genuinamente educador en su sentido más amplio. Deben, también, los poderes públicos promover, facilitar y aun sostener centros de enseñanza, en los que se prepare á la mujer para el ejercicio de las artes, industrias y profesiones que puedan ser desempeñadas por ella, y en las que encuentre modo apropiado y

decoroso de ganarse la subsistencia, con lo cual se atendería, además de á satisfacer aspiraciones y necesidades legítimas, á facilitar la solución de uno de los problemas sociales que más preocupan hoy á los Gobiernos y á los pensadores de todos los países.

En cuanto á los estudios realmente superiores, deben dejarse, como ya se ha insinuado, á la iniciativa particular, que, en nuestro concepto, hará muy bien en no fomentarlos mucho, en no alentar á las jóvenes para que los sigan de la manera que se ha visto que los siguen en algunos centros de Inglaterra y en muchos de los Estados Unidos, por ejemplo. Su principal punto de mira debiera ser en todas partes el que sirve de objetivo en Alemania, Austria, Suecia, Bélgica y Holanda á varias Asociaciones privadas, en lo general formadas por señoras: *proteger el trabajo industrial y profesional de la mujer*, capacitando á la vez á ésta para ejercer funciones educadoras y de caridad en los centros en que moran la inocencia, la debilidad y la desgracia (1).

Después de las conclusiones que acaban de apuntarse, repetimos que, mediante la cultura fundamental que hemos propuesto, cabe satisfacer cuantas exigencias puedan tener las mujeres bajo el punto de vista de la instrucción. Sin duda que con semejante cultura no se formaran *sabias* ni *literatas* (y á no formarlas debe tender especialmente); pero con ella se les

(1) No menos que al fomento de la cultura, considerada en un sentido general, se consagra en los países extranjeros la iniciativa privada al de la que tiene por objeto poner á la mujer en condiciones de ganarse el sustento y de ejercitar las bellas aptitudes de que por punto general se halla dotada para ejercer el santo y nobilísimo ministerio de la caridad y la educación. Como á este asunto pensamos consagrar un trabajo aparte, nos limitamos ahora á señalar el hecho de que, lo que relativamente á la cultura de la mujer ha fundado en España la iniciativa particular, responde á los fines indicados, pues las escuelas que sostiene la *Asociación para la enseñanza de la mujer*, á parte de las *primarias* para niñas, y la *preparatoria*, ó preparan á las jóvenes para el ejercicio de la educación, como las de *Institutrices* y de *Profesoras de párvulos*, ó las inician en carreras que pueden ser lucrativas, como las de *Comercio* y de *Correos y Telégrafos*, por ejemplo.

pone en camino, sin necesidad de que hagan la vida de estudiantes ni desatiendan inconsideradamente sus peculiares condiciones, de aumentar el caudal de sus conocimientos y aun, si á ello se sienten inclinadas, de consagrarse al cultivo de aquel ramo del saber á que su vocación y particulares aptitudes las lleven. Después de todo, no es en centros docentes de la índole de los que nos ocupan, donde adquirieron su saber las mujeres que han descollado y descuellan por la superioridad de sus conocimientos y el mérito de sus producciones, como á cualquiera se le ocurre recordando los nombres de doña Concepción Arenal, Fernán Caballero, Pardo Bazán y de algunas otras que pudieran citarse (1). Pero ya hemos dicho antes que estas son excepciones, y que la cultura que hoy requiere la mujer no debe tender á favorecerlas, y mucho menos á convertirlas en regla, sino ante todo y sobre todo á formar *mujeres* en toda la extensión de la palabra; mujeres de su casa y de su tiempo, lo cual quiere decir *bien educadas* y *suficientemente instruídas*, al intento de llenar cumplidamente todos sus deberes domésticos y sociales y de atender á las necesidades de su espíritu, en la medida que lo pueden apetecer las personas que aspiran á una cultura en consonancia con las exigencias de la vida presente.

Para nada de esto son necesarios á la mujer los estudios superiores de que tratamos, máxime cuando la cultura que mediante ellos recibe, por ser meramente didáctica y, en lo tanto, asaz intelectualista, se resiente de la falta de ese sentido educativo que hemos reconocido que debe constituir como el nervio de toda la enseñanza que reciban las mujeres. Y si se nos objeta que de semejante defecto adolecen los demás grados de esa cultura, contestaremos que, mientras en ellos es más fácil

(1) No hay para qué citar más nombres, ni menos para qué advertir al lector que existen muchas mujeres á las que no han hecho falta los centros de enseñanza superior á que nos referimos, para formarse una cultura que envidian muchos de los hombres que se tienen y pasan por muy instruídos.

el remedio y el mal no resulta tan abultado, en los estudios superiores parece como que éste se impone, por la índole misma del género de cultura que representan y por la intención y la finalidad con que es lo común seguirlos. En la llamada segunda enseñanza, nada de cuanto se haga en la dirección de cultivar las aptitudes peculiares del sexo femenino, aun cuando se trate de los quehaceres domésticos más humildes, puede parecer chocante. No sucede lo propio con respecto á los altos estudios, en los que las abstracciones especulativas hacen olvidar las necesidades reales y prácticas de la vida, y los resplandores de la ciencia que anhelosamente se busca en ellos, y con los que las alumnas se familiarizan y se engríen, oscurecen y dejan en tinieblas, y cuando más en penumbras, los verdaderos destinos de las mujeres, y hasta se llega á desconocer que si éstas, como ya dijo de Maistre, «no han inventado ni el Álgebra, ni el telescopio (con lo cual se declara que por lo que respecta á la ciencia no han hecho ni harán lo que el hombre, pues no las llama Dios por ese camino), hacen, no obstante, algo más grande que todo esto, toda vez que sobre sus rodillas se forma lo que hay de más excelente en el mundo: un hombre de bien y una mujer honrada.»

P. de Alcántara García.

EL PROBLEMA DE LA CLASIFICACIÓN CIENTÍFICA

I

Principales sistemas hasta Herbert Spencer (1).

Pitágoras.—Estableció diez categorías de ideas (lo finito y lo infinito, lo impar y lo par, lo uno y lo múltiple, lo derecho y lo izquierdo, lo masculino y lo femenino, el reposo y el movimiento, lo recto y lo curvo, la luz y las tinieblas, el bien y el mal, lo cuadrado y lo oblongo). Pero por este sistema de antítesis, las categorías hubieran podido ser multiplicadas hasta el infinito.

Aristóteles.—Admitió catorce categorías (la sustancia, la cantidad, la cualidad, la relación, el lugar, el tiempo, la situación, el estado, la acción, la pasión), y cuatro atributos (la definición, lo propio, el género y el accidente). Distinguió, pues, abstracciones puras y suministró así el medio de disertar congruentemente sobre toda especie de asuntos, sin obligarse á esclarecer ninguno.

Los estóicos.—Redujeron estas categorías á cuatro (la susancia, la cualidad, lo absoluto y lo relativo).

(1) No se citan por eso los de Hegel, Oken y otros, de éxito análogo.

Los indios.—Kanadá estableció seis categorías (sustancia, cualidad, acción, común, propio, relación); y sus discípulos hicieron una sétima con la negación de todas las demás.

Los escolásticos.—Admitieron cinco ideas *universales* (el género, la especie, la diferencia, lo propio y el accidente).

Leibnitz.—Redujo las categorías á cinco (sustancia, cantidad, cualidad, relación y acción y pasión).

Locke.—Propuso una nueva clasificación, fundada sobre la memoria, la razón y la imaginación. En estos cuadros arbitrarios, las ciencias más desemejantes se encontraron reunidas, y en vez de una simple confusión, se obtuvo un desorden pedantesco.

Bacon.—Su distinción de los conocimientos particulares (Historia) y de los conocimientos generales (Filosofía), no conviene á una división fundamental de la ciencia. Es casi imposible distinguir en un mismo asunto los conocimientos particulares de los generales.

D'Alambert.—Conservó esta clasificación, introduciendo en las subdivisiones perfeccionamientos considerables; pero en D'Alambert, como en Bacon, se observa confusión completa entre la teoría y la práctica.

Enciclopedia metropolitana.—Clasificó las ciencias en *puras* (formales y reales), *compuestas* (las llamadas hoy naturales) y *aplicadas* (Física, Historia Natural, Artes.....) Se observa, desde luégo, poca exactitud entre el sentido de las expresiones y las cosas á que se aplican.

Hume.—Admitió sólo cuatro categorías (la existencia, el orden en el tiempo, el orden en el espacio y la causación).

Stuart Mill.—Agregó á éstas la semejanza.

Kant.—Estableció cuatro grupos: 1.°, la cantidad (unidad, pluralidad, totalidad); 2.°, la cualidad (afirmación, negación, limitación); 3.°, la relación (sustancialidad, causalidad, reciprocidad); 4.°, la modalidad (posibilidad, realidad, necesidad).

Arnott.—Llamó ciencias concretas, aquellas que estudian las *cosas*, en oposición á las abstractas (Física, Química, Biología, Psicología), que estudian los *fenómenos;* y distribuyó

los artes en cuatro grupos: mecánicos químicos, fisiológicos y morales.

Ampère.—Mezcló ciencias generales con ciencias particulares y hasta aplicaciones tecnológicas.

Comte.—Consideró las ciencias como conjuntos heterogéneos, desenvolviéndose lentamente uno de otro: la Astronomía, de la Matemática; la Física, de la Astronomía; la Química, de la Física; la Biología, de la Química; la Sociología, de la Biología. Y explicó este orden serial por *la complicación creciente* ó generalidad *decreciente* de los fenómenos. Pero en lógica, el término *generalidad* (manifestación en casos numerosos) se aplica al número de casos tomados *á un orden cualquiera de propiedades*, mientras que en la teoría de la evolución, la generalidad es un atributo que se refiere al número de casos, considerado relativamente *á la totalidad* de los fenómenos y *á la diversidad* de las de la materia.

Por otra parte, dentro de cada ciencia hay complicación en el sentido vulgar, esto es, aumento en el número de cosas que es preciso considerar á la vez, sean ó no de una misma especie. Para explicar, pues, este hecho: que las propiedades físicas y químicas, por ejemplo, aparecen solas en las sustancias inorgánicas, y que en los seres organizados, á estas propiedades se asocian las vitales convendría definir el término *complicación creciente* de los fenómenos como propone Roberty: «aparición de una nueva propiedad de la materia que no puede reducirse á ninguna de las propiedades ya conocidas.»

Así, el debate sobre el carácter abstracto de la Sociología, ó de cualquiera otra ciencia, se reduciría á investigar si su objeto era una propiedad nueva de la materia, ó sólo un aspecto diverso ó trasformación especial de otra propiedad. Y en cuanto al lugar de cada ciencia en la serie, es claro que la *más complicada* será siempre la última y dependerá de la que inmediatamente la preceda.

Littré.—Desenvolvió y perfeccionó el plan de Comte.

H. Spencer.—Impugnó el punto de vista de la serie (evolución sucesiva de las ciencias) y fundó, sobre una distinción

entre lo abstracto y lo general, estos tres grupos: abstractas (Lógica, Matemática); abstracto-concretas (Mecánica, Física, Química); y concretas (Astronomía, Geología, Biología, Psicología, Sociología). Pero decir que lo abstracto es algo desligado de los casos particulares, y lo general algo manifestado en casos numerosos, no es expresar una oposición ó incompatibilidad lógica entre lo general y lo abstracto. No hay en los hechos que estas nociones designan más que una diferencia de grado, porque una propiedad general no puede ser realizada ó percibida en ningún caso particular, é inversamente, toda noción abstracta equivale á algo que se nos manifiesta siempre en más de un caso particular á la vez.

No puede, en fin, haber abstracción sin generalización; así, las propiedades matemáticas son las más generales, porque se manifiestan siempre y en todas partes; pero son á la vez las más abstractas, porque en ningún caso se presentan solas.

II

A. Bain (1).

El conocimiento.—Se compone de afirmaciones relativas al orden del mundo (dos y dos son cuatro; los cuerpos entregados á sí mismo caen; el calor hace hervir el agua; los animales se nutren de aire y alimentos; la armonía es agradable al espíritu, etc...). Estas afirmaciones son los objetos de la creencia, cuyo criterio supremo es la acción.

—Una afirmación es exacta cuando se comprueba en los hechos. Tal es la prueba directa de la verdad de la afirmación. Pero es posible establecer indirectamente la verdad de una afirmación comparándola á otra. Cuando hay contradicción, la afirmación es falsa.

(1) Reducción de su *Nature and classification of Knowledge. (Lógic.*, pág. 22.)

—El conocimiento es unas veces particular, otras general. Afirmaciones que no conciernen más que á una cosa individual, como: «esta casa es sólida,» «este enfermo no curará,» son particulares, porque no versan más que sobre un solo objeto.

Afirmaciones que abrazan toda una clase de seres, como: «una construcción es sólida cuando la línea del centro de gravedad pasa por los cimientos; las tierras son óxidos,» son generales, porque se aplican á muchísimos casos.

—Podemos obtener un gran número de conocimientos generales por la frecuente reproducción de los mismos fenómenos y las mismas operaciones.

Si cada objeto individual fuera único en la naturaleza y no se asemejase á ningún otro, habría tantas leyes como individuos. Si en vez de los cuerpos simples conocidos hasta la fecha, nuestro globo se compusiera de seis mil elementos, tendríamos que aumentar proporcionalmente el número de nuestras afirmaciones. Si, por el contrario, no conociéramos más que seis, nos sería posible reducir todos nuestros conocimientos físicos á un número de afirmaciones relativamente muy corto.

—Es ventajoso conducir el conocimiento al más alto grado posible de generalidad, porque una afirmación general no es otra cosa que un gran número de afirmaciones particulares reunidas en una sola. Constituye, por consiguiente, una economía considerable para el espíritu humano.

La ley de la pesantez, la ley de la conservación de la fuerza, la ley de las proporciones definidas en Química, la ley de la relatividad en el espíritu, comprenden cada una millares de afirmaciones particulares.

Los caracteres de la ciencia.—1.° Emplea procedimientos especiales para asegurarse de la verdad.

El hombre ignorante afirma ordinariamente, sin cuidarse de comprobar sus afirmaciones. El hombre de ciencia, al contrario, no sólo aprovecha los conocimientos vulgares de investi-

gación, sino que emplea un sistema especial de métodos para comprobar sus conocimientos. Este sistema es hasta un cierto punto común á todas las ciencias, y hasta un cierto punto también propio y especial de cada una. Los procedimientos comunes á todas, son estudiados en la Lógica.

2.° El conocimiento científico debe ser tan «general» como sea posible.

La ciencia no rechaza los hechos particulares, siempre que sean verdaderos; al contrario, recoge cuantos puede; pero lleva la generalización hasta sus más extremos límites. Porque unos cuantos hechos aislados, aun estando perfectamente comprobada su exactitud, tendrán valor en sí mismos, pero no pueden constituir una ciencia.

3.° Cada ciencia estudia una parte *distinta* del mundo, reuniendo los hechos y leyes generales que son de la misma especie.

Las fuerzas que producen los movimientos de los astros no pueden ser confundidas con la combustión, el magnetismo, las fuerzas animales ó vegetales. Las funciones del espíritu no se parecen á nada. Por consiguiente, las afirmaciones, las verdades relativas al orden del mundo, se dividen en varias categorías, y es evidente la conveniencia de observar esta división. Asociar en un mismo estudio los hechos relativos á los planetas y l s del espíritu humano, equivaldría á dificultar extraordinariamente el conocimiento de unos y otros.

4.° Toda ciencia debe someter las materias de su estudio á un cierto «orden,» para asegurar cuanto sea posible el descubrimiento, la prueba y la comunicación de la verdad.

No basta reunir todos los hechos y todas las generalidades que se refieren á una misma categoría de fenómenos. Es preciso, además, ceñirse á estas reglas:

a. Elevarse de lo más fácil á lo más difícil. Si un hecho, si una verdad general supone otros hechos, otras verdades, debe comenzarse por éstas.

b. Antes de probar una proposición hay, que adquirir todo lo necesario á esta prueba.

En las ciencias de demostración, cuyas partes todas están ligadas, en la Geometría, por ejemplo, cada afirmación depende de una afirmación anterior; la sucesión de las ideas es entonces metódica y sistemática.

c. Debe establecerse el sentido de las palabras antes de hacer uso de ellas.

Es natural comenzar por la definición de los términos esenciales de la ciencia.

Necesidad de clasificar las ciencias.—La clasificación de las ciencias deriva de la división en categorías de los fenómenos de la naturaleza, y de la dependencia mútua de estas categorías: del orden de simplicidad relativa que se les puede atribuir.

Si cada parte de la naturaleza estuviese enteramente separada y fuera distinta de todas las demás, no habría lugar á establecer entre las ciencias un orden de progresión y desenvolvimiento. Pero los diversos poderes de la naturaleza, pesantez, calor, fuerzas animales, espíritu, etc., se mezclan y confunden en sus operaciones hasta muy alto grado. Además, todos los fenómenos, cualesquiera que sean, están sometidos á las leyes de la cantidad. Estas leyes pueden ser estudiadas por separado de todas las categorías especiales de objetos, y su estudio es como una preparación necesaria al de todas las partes de la naturaleza.

No es, en fin, de esta sola manera como una ciencia prepara las vías á otra. Y hay por esto un orden de dependencia que une las ciencias y determina hasta cierto punto su desenvolvimiento sucesivo. En este orden deben ser estudiadas.

Las ciencias teóricas.—Son abstractas ó concretas. La Matemática, que trata de la cantidad (abstracción hecha de toda cantidad particular, longitud, peso, calor...), es una de las más abstractas, porque las propiedades que estudia son las más generales de todas. Las discusiones que empeñan sobre ciertos objetos, son también lo más independientes posible de las demás cualidades que en la realidad se unen á estos objetos.

De otro lado, la Zoología es una ciencia concreta.

La sola ciencia que, bajo el punto de vista de la abstracción, rivaliza con la Matemática, es la Lógica. Sus principios: *consistencia*, *uniformidad*, *deducción*, dominan todas las ciencias. Son más generales, más comprensivos que la cantidad misma.

Inmediatamente después de la cantidad, la cualidad más general de los seres es el movimiento. Todos los cuerpos pueden ser movidos; pero es preciso distinguir aquí el movimiento en las masas (movimiento mecánico) y el movimiento en las moléculas (movimiento molecular).

Los cuerpos están sometidos al uno ó al otro, ó á los dos á la vez. Es evidente que las leyes del movimiento pueden ser determinadas, abstracción hecha de todo objeto particular. Hay, por tanto, una mecánica abstracta. Cuando, al contrario, las leyes del movimiento son aplicadas á cuerpos reales y particulares, como los sólidos, los líquidos ó los gases, se entra en el dominio de la mecánica concreta.

Lo *abstracto* es al mismo tiempo *simple;* lo concreto es generalmente *complejo*. En general, lo que es verdad en el dominio abstracto, debe serlo también en el concreto, porque lo abstracto no es más que una palabra empleada para designar las relaciones de las cosas concretas. Pero en la realidad concreta puede haber fuerzas que se opongan y neutralicen la ley abstracta. Y puede haber, por consiguiente, alguna diferencia entre los efectos de un poder que actuara *solo*, y los efectos de este mismo poder actuando *en concurrencia* con otras fuerzas.

La ley abstracta del movimiento, á saber: la tendencia de los cuerpos á permanecer en el mismo estado, es contrabalanceada por el rozamiento y otras causas.

Es, pues, posible calcular el resultado complejo de esta composición de fuerzas. El interés personal, ejercitándose solo, debe tener ciertas consecuencias; pero si se mezcla á otros motivos de acción, ya no se le deberá atribuir el efecto complejo que se produzca. Las ciencias abstractas, (Lógica, Matemática, Mecánica, Física, Química, Biología, Psicología), deben, en fin,

deben siempre preceder á las ciencias concretas correspondientes.

Cada una de estas ciencias comprende una clase distinta de fenómenos, y todos los fenómenos conocidos están dentro de ellas. El orden en que son enumeradas es una progresión de las más simples á las más compuestas, de las más independientes á las más dependientes.

La *Lógica* comprende los principios más generales: consistencia, uniformidad, deducción. Ningún otro es superior á éstos, y sobre ellos descansan todas las demás ciencias.

La *Matemática* determina las leyes de la cantidad en todo objeto, cualquiera que sea.

La *Mecánica* estudia el movimiento ds los cuerpos, considerados en su masa.

Hay una mecánica abstracta (cinemática) que investiga las leyes del equilibrio en toda materia. Las aplicaciones concretas de estas leyes abrazan la Astronomía, ó estudio de los movimientos celestes, y el de la caída de los cuerpos sobre la tierra: (estática, hidrostática, dinámica, hidrodinámica, la acústica.)

La *Física* comprende la cohesión y adhesión moleculares, consideradas como los principios de combinación de sólidos, líquidos y gases, el calor, la luz, la electricidad.

La *Química* estudia las combinaciones seguidas de grandes cambios en las cualidades de los cuerpos. Se podría considerar á esta ciencia como una parte de la física molecular, con la que parece confundirse por una transición casi insensible. Porque la acción química está inseparablemente ligada al calor y á la electricidad.

La *Biología* estudia fenómenos que implican una extructura organizada, unida á un poder permanente de desenvolvimiento y reproducción. Sigue á la Química, porque los cuerpos vivos están sometidos á las leyes de la física mecánica ó molecular, antes que á las específicas y particulares que caracterizan la vida. La botánica, la zoologia y la anatomía y la fisiología del hombre son las divisiones *concretas* de la Biología. Y como

las leyes de la vida no pueden ser determinadas más que de una manera general y uniforme para los vegetales y los animales, el esfuerzo más grande para aproximarse á una distinción entre la biología abstracta y la biología concreta, consistiría en distinguir, de una parte, la fisiología de los animales, y de otra, la descripción y clasificación de éstos y las plantas.

La *Psicología* es la última en el orden del desenvolvimiento de las ciencias, porque el espíritu humano es un asunto muy complejo, y sus dificultades se complican por la influencia de un gran número de preocupaciones. La conciencia subjetiva, en fin, es un objeto único en su género y se nos ofrece constantemente unido á un *organismo corporal*. Es preciso, pues, conocer este organismo, y su estudio corresponde precisamente á la última parte de la Biología, la fisiología del hombre.

Las siete ciencias indicadas contienen las leyes de todos los fenómenos conocidos, y las presentan en el orden más conveniente para su estudio y comprensión.

Sería aún posible reducir todas las leyes de los fenómenos á estos cuatro grupos: Mecánica, Física, Biología y Psicología. La Lógica y la Matemática son sólo instrumentos que nos ayudan á comprender mejor la naturaleza de las cosas reales.

Las ciencias concretas dan lugar á otras secundarias, como la Meteorología, la Mineralogía, la Geología, la Geografía. Se ha puesto así aparte un cierto grupo de fenómenos *localmente* asociados, para hacer de ellos el objeto de un estudio especial. Pero ninguna aborda asuntos que no estén ya comprendidos de una manera general en las ciencias fundamentales.

La Meteorología, por ejemplo, trata de la atmósfera, cuyos fenómenos están sometidos á las leyes de la física mecánica ó molecular. Otro tanto puede decirse de la *Mineralogía*. Su fin especial consiste en procurarnos un sistema de descripción y clasificación de los minerales bastante completo, para que se les pueda fácilmente reconocer.

La *Geología* implica la Biología, así como la Física; y su do-

minio especial es la corteza terrestre, en los límites en que es accesible á la observación. La *Geografía* es descriptiva como las dos anteriores, pero no comprende ninguna nueva ley de fenómenos.

Entre las ciencias concretas que se refieren especialmente al espíritu humano, pueden ser incluídas la Sociología (cuyo fin es aplicar las leyes del espíritu á los hombres reunidos en sociedad), y la Filología (que comprende la clasificación de las lenguas antiguas y modernas).

Las ciencias prácticas.—El fin último del conocimiento es la práctica, esto es, las reglas de conducta.

Hay en la práctica diferentes categorías, que corresponden á las diversas necesidades de los seres humanos. Cada categoría descansa sobre un conjunto de conocimientos más ó menos profundizados.

La práctica es también lo que se llama el arte.

Según el carácter de los conocimientos que sirven de fundamento á la práctica, el arte es empírico ó científico.

El empírico proviene únicamente de los conocimientos adquiridos en el ejercicio del arte mismo. En sus orígenes la agricultura, la navegación, la metalurgia, eran artes empíricos.

La navegacion es un notable ejemplo de arte científico, pues tiene por auxiliares la Matemática, la Mecánica, la Astronomía, la Óptica y la Meteorología. El arte de construir, la artillería, la fabricación de máquinas, la tintorería y otros, están fundados también sobre la ciencia.

Otro grupo, relativo al espíritu, comprende la Ética, la Lógica (bajo su forma práctica), la Estética, la Retórica, la Gramática, la Educación, la Política, la Jurisprudencia, el Derecho, la Economía política.

Algunas de las materias de estudio que acabamos de indicar ueden ser, en último término, consideradas unas veces como iencias teóricas concretas, y otras como ciencias prácticas. to depende de su diferente construcción, según que se ajusn á un tipo ó al otro.

Así, la política puede ser concebida como un cuerpo de teorías sistemáticamente deducidas de algunos datos ó verdades primeras, y entonces se parecerá á la Mecánica, á la Química, á la Psicología. Puede ser también construída con arreglo á un fin práctico (influir directa, inmediatamente sobre los negocios públicos), y en este caso tomará la forma preceptiva (máximas relativas al arte de gobernar, que pueden estar más ó menos fundadas sobre las teorías científicas). Análogas observaciones son aplicables á la Economía, á la Jurisprudencia, á la Ética.

En la elección de asunto, las ciencias teóricas difieren notablemente de las ciencias prácticas. Los conocimientos expuestos en las primeras, se refieren exclusivamente á una categoría de fenómenos naturales: el movimiento, la vida, el espíritu. Los de las segundas son tomados á una ó varias ciencias teóricas y desenvueltos en el orden que más conviene al fin propuesto. En una ciencia teórica encontramos, bajo su forma más sucinta é inteligible, el conjunto de los conocimientos adquiridos sobre una clase de objetos cuya especie es la misma. Estos conocimientos podrán ser aplicados luégo á un gran número de artes, pero por el pronto no se aplican especialmente á ninguno. En una ciencia práctica, al contrario, los conocimientos son puestos al servicio del fin que se desea.

En suma, la definición de una ciencia práctica no es otra que la determinación de su fin. Así, en la Ética, las principales divergencias de opinión versan precisamente sobre este punto. La Lógica, considerada como una ciencia teórica, es definida por la categoría de objetos que estudia; considerada como un arte (empírico ó científico), debe ser definida por su fin.

III

E. Roberty.

Distinción de las ciencias por sus métodos.—La observación ó experiencia en su sentido más general, es la base de todo estudio que aspira á un carácter científico. Un fenómeno ó una parte de un fenómeno, debe ser observado antes de suministrar materia al análisis científico, del mismo modo que un objeto exterior, actuando sobre nuestros sentidos, debe ser percibido primero y después concebido antes de poder ser observado, en el sentido científico de esta palabra.

Una observación científica, aun cuando verse sobre el hecho más individual y más concreto, es siempre algo más que este hecho mismo; es ya una generalización bastante extensa, fundada sobre un gran número de percepciones y concepciones distintas, y no es considerada como un hecho más que con relación á generalidades más altas. Todo el mundo sabe, finalmente, que hay observaciones *más generales*, y otras denominadas *más particulares*.

Pues sobre esta base común á todas las ciencias (la observación) es sobre la que se alzan naturalmente los diferentes métodos lógicos: la inducción, la deducción y la concordancia, la diferencias, las variaciones concomitantes, los resíduos, etc., que son medios empleados por el espíritu para alcanzar generalizaciones más vastas que las que nos suministra la simple observación.

Después de esto, nada tan fácil como suponer que los procedimientos y las reglas de la observación son las mismas en todas las ciencias, y que no difieren entre sí más que por los métodos generales.

Pues nada hay tan falso en opinión de Roberty. Las ciencias difieren por su base común, por sus raíces, á primera

vista tan homogéneas, y no por sus puntos culminantes, por sus posteriores desenvolvimientos, en los que, al con trario, se aproximan, á una doble comunidad de métodos primero, y de fines prácticos en seguida.

Hay, en fin, un hecho común, indispensable á toda ciencia: la observación. Pero cada ciencia posee un método de observación particular. Y para conocer y comprender el método especial de cada ciencia, no hay nada mejor que considerar bien la naturaleza íntima de los fenómenos que estudia; porque la observación debe calcarse fielmente sobre el fenómeno observado, y reproducirlo con todas sus asperezas, protuberancias, hendiduras..... En una palabra, no es posible aprender bien el método de una ciencia cualquiera, sino á fuerza de trabajar efectivamente en esta ciencia.

Ciencias abstractas.—Distinguiéndolas por sus métodos especiales de observación, Roberty las distribuye en cuatro grupos:

Primero. Ciencias que observan, por decirlo así, *intuitivamente*, la Matemática.

Segundo. Ciencias que *observan*, en el sentido riguroso y ordinario de esta palabra, la Mecánica.

Tercero. Ciencias que observan, por medio de la *experimentación*, propiamente dicha, la Física y la Química.

Cuarto. Ciencias que observan *clasificando, agrupando, definiendo, comparando*, es decir, por medio de un conjunto de procedimientos metodológicos que constituyen la descripción científica: la Biología y la Sociología.

Tenemos, pues, cuatro clases de ciencias: *intuitivas, de observación pura, experimentales* y *descriptivas.*

No hay una relación tan general, según Roberty, entre los múltiples y diferentes fenómenos que nos rodean, como la relación de cantidad, esta propiedad de la materia *de ocupar el espacio* y *el tiempo*, ó como dice Herbert Spencer, *de coexistir* y *seguir*. Inmediatamente después de la *cantidad*, la propiedad más general de la materia es el *movimiento*. Sigue á esta pro-

piedad la del hecho *químico*, á ésta la de la *vitalidad* y á ésta la de la *sociedad*. Todas estas son propiedades que deben considerarse hoy como irreductibles, y cada una de ellas es el objeto de una ciencia abstracta ó fundamental. El fin último de esta ciencia es comprobar relaciones uniformes (leyes naturales) entre las propiedades irreductibles.

La Matemática, la Física, la Química, la Biología y la Sociología estudian respectivamente cada una de las propiedades enumeradas.

Ciencias concretas.—Para Roberty, el objeto final de una ciencia concreta es llegar al conocimiento, no de las relaciones uniformes entre ciertas propiedades fundamentales de la materia, sino de las condiciones que presiden á la formación, conservación y modificación de ciertos agregados especiales, cuyo estudio no puede hacerse al mismo tiempo que el de una propiedad fundamental de la materia.

Considerada así la ciencia concreta, se ve que en su esencia es, como la abstracta, teórica, porque su interés predilecto consiste en explicar un génesis natural cualquiera.

Una ciencia concreta debe someterse, sobre todo, á dos condiciones: primera, no tener por objeto ni la síntesis inicial, ni la síntesis final de ninguna abstracta; segundo, estudiar su objeto, combinando los resultados adquiridos por las diferentes ciencias abstractas.

Las ciencias concretas, concluye Roberty, operan siempre sobre agregados de agregados, esto es, sobre combinaciones naturales que tienen una existencia objetiva independiente; combinaciones, en fin, estudiadas ya y analizadas por las ciencias abstractas. Pero un agregado de agregados, no puede evidentemente contener elementos ó factores que no estén ya contenidos en los agregados particulares de que está el mismo compuesto. De donde se sigue que la ciencia concreta no es, en realidad, más que un haz de ciencias fundamentales reunidas para un fin científico especial.

IV

Luis Bourdeau (1).

Condiciones para la constitución de una ciencia.—La primera es su definición. Antes de emprender un estudio, es preciso darse cuenta de las cosas que uno va á estudiar, separarlas de los otros objetos de conocimiento, y evitar así las falsas atribuciones, las excursiones ociosas, las probabilidades de confusión. «Cuando sabemos bien lo que buscamos, lo hallamos siempre,» ha dicho C. Bernard. Hay, por tanto, que determinar bien la extensión que habrán de recorrer las investigaciones, las fronteras que no deberán traspasar. En suma, la definición debe comprender toda la materia de una ciencia y no convenir más que á ella.

En seguida debe procederse á una división del objeto definido. El progreso del conocimiento exige que los problemas sean abordados por el orden en que puedan ser mejor resueltos. Es preciso, pues, trazar un programa que permita comenzar por los más simples y elevarse por grados hasta los más complejos. Sin clasificación de este género, se expondría uno á perder tiempo en investigaciones prematuras, mientras que problemas elementales, de una solución relativamente fácil, habrían sido descuidados. Seguir un orden lógico, es ir por el camino más recto al descubrimiento de verdades que se enca-

(1) Antes de publicar la traducción de su *Determination des sciences generales*, la sometí á su juicio. Bourdeau me contestó:

—«Estoy plenamente satisfecho. Muy difícil es traspasar ideas abstractas de un idioma á otro, porque el genio de las lenguas y el distinto carácter nacional producen muchas desemejanzas bajo este aspecto. Pues bien: por grandes que sean estas dificultades, me parece que Vd. en esta traducción las ha enteramente dominado.»

Lo que presento aquí ahora, es una reducción de ese mismo trabajo.

denan; proceder al acaso, es constituir un conocimiento lleno de lagunas y confusión.

En fin, después de haber determinado lo que se quiere estudiar y el orden en que se podrá estudiar mejor, resta organizar los procedimientos de examen, los medios de investigación. Cada ciencia debe emplear artificios adaptados á la naturaleza de las verdades que persigue, y obstáculos que encuentra, porque el que emprendiera sin método el estudio de una ciencia, se parecería á un viajero recorriendo un país desconocido sin guía, sin mapa, sin brújula y sin recursos.

Cuando, realizando estas tres condiciones, una ciencia ha sido claramente definida, dividida con orden y provista del método que la conviene, se encuentra erigida al estado positivo.

Definición de las ciencias.—La primera cuestión que surge en este punto, concierne al número de las ciencias. ¿Cuántas clases de hechos ó ideas deberemos admitir? En otros términos: ¿de cuántas maneras podemos concebir el conjunto de las cosas, y bajo cuántos aspectos será preciso estudiarle para conocerle?

A. Ordax.

(Concluirá.)

ESTUDIOS FILOLÓGICOS DE LA LENGUA ESPAÑOLA[1]

Un dialecto español, que cuenta con formas reguladas ya, se presenta con orígenes bien remotos en Galicia, que resiste á los celtas y tribus sucesivas, á los árabes, que parece vivir con ese espíritu local que llaman *soidade*, especie de nostalgia, y que generalmente decimos en su propio lenguaje *morriña*, revístese de un eco vigoroso, lleno también de estro á sostener vivientes lazos de unión con su hermano el portugués; si los intereses domésticos de Don Alfonso VI no le hubiera llevado, en pro del matrimonio de sus dos hijas, á desmembrar aquella unión consolidada por las instituciones políticas, por las costumbres, usos, lengua y tradiciones locales. En relación, pues, á la nacionalidad, esa lengua formó lo que se llamaba Estado Galecio-Portugués, y desmembrado, más tarde unida Galicia á la suerte Asturo-Leonesa, vivió sin desarrollar, como Portugal, grandes artes, industrias que la hicieran como á su hermana poderosa nación, y la conquistaron una independencia gloriosa, que elevó su categoría á uno de los primeros pueblos colonizadores é iniciador, como dice Braga, de la actividad pacífica de Europa. Mas sino este resultado, en filología recorrió en un principio el mismo ámbito, y no inspirándose

(1) Véanse las REVISTAS de 25 de Noviembre, 10 y 25 de Diciembre, 10 y 25 de Enero, 25 de Marzo y 10 de Junio.

en los mismos esparcimientos anímicos, no contando con el fébrido vuelo de la imaginación portuguesa, sin poseer tantas obras de imaginación, tanta civilización y cultura propias, llegó á contar un mismo dialecto, habla genérica de un Estado, y el mismo lenguaje con que pasados muchos siglos pudo Jorge de Montemayor componer aquel soneto, que publicó en su *Cancionero*:

Amor con desamor se está pagando,
Dura paga pagada extrañamente,
Duro más de sentir, estando ausente
De mí, que vivo en pena lamentando;
¡Oh, mal!, ¿por qué te vas manifestando?
Bastábate matarme ocultamente,
Que en fe de tal amor, como prudente,
Podíais esta alma atormentando.
Considerar podía amor de mí,
Estando en tanto mal que desespero,
Que en firme fundamento esté fundado,
Ora se espante amor en verme así,
Ora diga que paso, ora que espero
Suspiros, desamor, pena cuidado.

En el cual obsérvase una semejanza con el castellano, que no puede contar mayor parecido; á tal grado puede llegar la elevación de la lengua Galecio-Portuguesa, hasta el punto de señalarlas Núñez de León, lo mismo que Adrete, un origen igualmente antiguo á una y otra. No obstante, hay diferencias entre ambas, porque tiene el portugués en su completa literatura, mayor número de palabras francesas en su vocabulario, pero en cambio menos vocablos árabes; distínguense por sus sonidos nasales, desconocidos en castellano, por la trasformación de muchas de nuestras guturales en silbantes, por su mayor propensión al empleo de vocales, por el cambio de la *e* y *o* en y *ou*, por su tendencia á suavizar las entonaciones iniciales y finales, y por la flexión verbal del infinitivo, por cuyo conjunto de circunstancias llamóla Sismondi *castellano deshuesado*. No obstante, en medio de tantas variantes ha podido observarse, en confirmación de

sus semejanzas, otro dato que no deja de tener cierta curiosidad en el himno escrito en alabanza de Santa Úrsula y de las Vírgenes Mártires, sus gloriosas compañeras, que escritos en portugués y latín, bien parecen castellanos, por cuyo artificio es curioso conocer esos versos heróicos, aunque de ignorado autor:

Canto tuas palmas, famosos canto triunphos,
. . . . . .
Úrsula, Divinos, Martyr, concede favores.
Subjectas, sacra Nynpha, feros animosa tyrannos.
Tu phœnix vivendo ardes, ardendo tryunphas.
Illustres generosa choros das, Úrsula, bellas
Das, Rosa bella, rosas, fortes das, Sancta, columnas.
Æternos vivas annos, o regia planta,
Devotos cantando hymnos: vos invoco sanctas,
Jam puras Nynphas amo, adoro, canto, celebro.
Per vos felices annos, o candida turba,
Per vos innumeros de Christo spero favores (1).

Valladares, en su novela *Majina*, usa el castellano y gallego, según el estado noble ó humilde de las personas; y por este orden podríanse citar otros ejemplos de la literatura gallega, llena de un sabor local, que nos dice en Santiago:

Châma cheme moreñina
Blanquiña, vaite labar,
Disme que non teño amores.
Yada que os podo emprestar.

En Lugo las llamadas Muñeiras:

Has-de cantar a'veira d'o rio
o'son d'as oliñas de campo florido.

(1) Cap. XXIX del *Origen de la Lengua portuguesa.*

Has-de cantar a'veira d'o mar
o'son d'oliñas que soben e van.

Bien concurriendo á los *Despiques* portugueses, cual de hermano acento, que en la misma Galicia llamaban *Enchorjadas*, cual se oye en la *Linda Pastora*:

—¿Mariquiña, hermosa,
Ti que fas ahí?
—Estou gardando o ganado;
Ben me ves aquí.

Con una plenitud de expresión tan vívida en el lugar como en el armonioso lenguaje de todo el reino.

Esa histórica tierra, foco de la civilización peninsular en la reconstitución neogótica, á donde acudían los Reyes á completar su educación, y donde la lengua gallega ostentaba un predominio exuberante, llegó en el exterior á ser preferida para las composiciones poéticas de las otras cortes, en que se imitaba á los trovadores, como ellos, tan delicada en su casuística sentimental. Incorporada luégo al reino de León, perdió su autonomía; la suprema férula que ejerció en otros dialectos languidecía, y Galicia llegó á ver casi extinguido su dialecto, hablado apenas en el seno de familia, pues por las guerras y la emigración de los hombres á las Indias, sólo las mujeres llegaron á conservarle en las tradiciones vulgares de sus leyendas y preocupaciones. Así, obsérvase el acento general de ese dialecto, que parece formado por la mujer y para la tierna doncella, lleno de dulzura en la lengua vulgar, en su vocabulario más sencillo, y *Ruada*, *Serranila*, *Aturuxo*, *Alalá Requeifa*, *Cantadeiras*, nos recuerdan también el terceto, hermoso metro, *por excelencia gallego* (1), tan conocido en el resto de España, recuerda la triada céltica y aparece común á Galicia y Portugal en los bailes, en los estribillos y en el genio popular en las fiestas que, si en Galicia eran *Fias*, *Sachas*, *Mallas* y *Magostos*, eran las mismas que en Portugal llamaban

(1) Véase *Poesía popular española*, D. Joaquín Costa.

Alalhadas, Esfolhadas, Descaminadas, Lischadas, Beçadas, y al Minho puede aplicarse la cántiga gallega:

Deixame de castañetas
de ferreñas e de gaitas,
qu'a melhor fuliada é
ter a barriguiña farta.

No menos rico ese dialecto en su lengua vulgar, exhibe variadas formas de otros cantos, donde aparece el tradicional *Guai*, por donde Gil Vicente llamólos en el siglo XVI cantares gayados, ostentando así una formación lírica, genuina, de grande expansión, sobre todo en las citadas Muñeiras, aproximación clarísima de las canciones joglarezcas, que, como el cantar de *Pandeiros*, *Alalde*, *Mayos*, etc., podemos apreciar en el *Cancionero portugués* de la Biblioteca del Vaticano, en el que se hallan tantas composiciones de los trovadores aristocráticos de la corte de Don Alfonso III, y en el que se hallan *cantares de Amigo*, *Deçires*, *Serranas*, de juzglares gallegos que visitaban en el siglo XIII las cortes peninsulares.

Presentado así un dialecto, que tiene su gramática (1), en el que un estudio de los diptongos en gallego, bable y portugués daría un resultado notable para el desarrollo filológico de los mismos, aparte de otras particularidades; que tiene igualmente vocabularios numerosos y una literatura, cual puede verse en el *Cancionero* de D. Pedro Pérez Ballesteros, en la *Colección de canciones* de Fermín Casares, en la *Historia de Galicia*, por D. Manuel Murguía, se comprenderá el alto destino que ejerció y tuvo en labios también de Príncipes y sabios Reyes, esplendor que nunca perderá.

El dialecto *mirandés*, que se habla en los alrededores de la ciudad de Miranda de Duero, en Tras-os-Montes, en cuya localidad vive como idioma oficial el portugués, se usa á veces aun entre personas bien adiestradas en el uso de las lenguas modernas: por la observación natural, no sólo del indicado dialecto, sino también sobre otros de igual índole, se nota, no la corrupción ignorante del lenguaje

(1) Véase la del Sr. Saco.

culto, sino la lid abierta en que se presentan siempre los antiguos elementos en su pugna por la existencia con los modernos lenguajes; de otro modo, sería desconocer la glotología más elemental; basta para ello leer los glosarios de los dialectos, y conversando con los aldeanos y obreros que los usan, según dice F. Leite de Vasconcellos, que *el lenguaje antiguo está menos muerto de lo que se cree*; y con acierto sale justificado el trabajo del referido Vasconcellos, que revistiéndole del detalle, en cuanto se refiere á la fonética, morfología y sintáxis, reune luégo textos mirandeses con su traducción portuguesa, cuentos, narraciones, adivinanzas, canciones y dichos populares, y también glosarios, formando un vocabulario mirandés, dispuestos por orden alfabético de voces, con su correspondencia portuguesa.

Cual ejemplo claro de *mirandés* puro, puede leerse la descripción del siguiente texto presentado por Vasconcellos, en el cual, á la vez que la fisonomía, pueden estudiarse igualmente sus analogías con las lenguas neo-ibéricas, en la narración popular del *Miedo:*

«You salí de la villa de Mogadouro e lhevaba la cochina préza o'ña corda, e, al chegar á la bo'ida d'ña capielha, saliu-me un Miêdo que s'appar'ciè a un home múi alto, bestido de branco, e púze-se-me delantre de la cochina e seguiu-me un cácho de camino siempre al miu lhado, e quedaba-se als-ratos e iou olhaba p'ra trás, e viè-lo mui *longe* e lhougo un'instante staba al pie de mí; mas cuando chiguemos á la borda d'ña cruz, el Miêdo púzese á las boltas de la cruz e alhi quedou o despparciu.» (Versión recogida en Duas-Egrejas, publicada en las *Tradiçoes populares de Portugal*, del Sr. Vasconcellos.)

Cuya lectura sola indica analogías extremas con el portugués y castellano, como que fué parte del territorio leonés el Portugal en el siglo XII, y el ser Miranda como parte limítrofe, íntimo lazo entre ambos dialectos y los de todo el grupo, en las transiciones vulgares de aquellos pueblos.

Un subdialecto se nos presenta, generalmente desconocido, no ›stante de contar algunas indicaciones, aunque poco desarrolladas, n duda por el aspecto poco estético que ofrece en todas sus manistaciones, por más de que se puede decir ha tenido toda su formaión vulgar y literatura popular. El *sayagües*, según el autor del

Tesoro de la Lengua, vivió en el territorio de Zamora hablado por gentes llamadas sayagüeses, derivado este nombre, sin duda, del término denominado Sayago y usar por sus pobladores un saco ó sayo de tela burda, en forma desaliñada, que tan zafios como son en vestir, lo son en su lenguaje.

Hállase dicho territorio de Sayago entre Zamora y Ciudad Rodrigo, cerca de Ledesma, compuesto de más de sesenta pueblos, cuyos habitantes llamábanse, en el siglo pasado, *fayagüeses*, del nombre patronímico *Fayago*; corrompido el de Sayago, según afirma D. Manuel de Herrera Gallinato, su lenguaje era un subdialecto mixto, de cortísimo número de palabras, pobre, formado de importaciones latinas, corrompidas de su natural y legítimo uso, de algunas castellanas, arcáicas y modernas, sin distinción, y de otras desconocidas, tal vez inventadas por los mismos naturales, desfigurando considerable parte de ellas con su anómala y rara pronunciación; así vemos decían *huron* por *fueron*, *hura* por *fuera*, *ñueso* y *ñuesa* por *nuestro* y *nuestra*, cambiando la *n* en *ñ* y usando la *y* cuando era usada generalmente la *i* latina ó *j*; y así, decían *regociyo*, *vieyo*, *fiyo*. El advervio *aún* le pronunciaban *ou*; de *ipso facto*, latino, decían *sofato*, y de las palabras desconocidas eran, *empontar* por *caminar*, *esgüetar* por *huir*, *socato* por *imaginación*, *oreta* por *pensamiento*; según refiere el mismo Gallinato en el certamen que se celebró en Salamanca el año 1630 con motivo de las fiestas que hizo su Universidad al nacimiento del Príncipe Baltasar Carlos, y en un romance, que él mismo compuso en lengua natural sayagüesa, se leen las redondillas siguientes:

Señor Ri, Diu vos mantienga
Y á ñuesa Ryna ademas,
Pues que tal fiyo ños das
Que sigros de vida tienga.
Ño ha quedado, ño par Dius
En Fayago fayagues,
Que ño vos faga entremes
Porque vos llu guarde Dius.
La ñobre ñiversidad
Della vuesa Salamanca

Ño vos anda endebre y manca,
Que por Dius vallente está.
Es el vivo Barrabas
La ñiversidad, vos fabro,
Fecho ha fechos del diabro,
ou mas que Fayago, mas.

Por cuyas líneas fácil es comprender en ese romance el carácter del subdialecto, que Gallinato, al terminar su romance, dice: *Esta y no otra es la natural lengua, porque la demás es labradora.* Dice el ilustrado Clemencín, de quien tomamos también algunos datos, que dicha lengua labrabora sería sin duda la usada por D. Pedro Ortíz Sahagún en un romance que compuso en estilo sayagüés, incluído en un libro de las Honras que se hicieron en Salamanca con motivo de la muerte de la Reina Doña Margarita (año 1611), y en cuyo romance, premiado, una labradora cuenta al Alcalde de su lugar, las fiestas que hizo la Universidad; y como faltaban las que hizo la ciudad, concluye el romance:

Para la de las ciudad
Dios me endilgue otro porreta,
Aunque dizque hay más daquestos,
Quen muesos prados hay setas.

Determinado ya el orden de aproximación de algunos dialectos, sentando, como en base general, una indicación de las clasificaciones posibles en nuestras lenguas, que para el presente estudio ha sido posible, para ante el conjunto que nos ofrecen, ver su rango, no cabe duda que, puestos en paralelo, ofrecen un puesto de verdadera importancia en la consideración germinal de la lengua reinante, en la flexibilidad y recíproca prestación que han ofrecido al concurso de los pueblos españoles, pero meramente en sencilla relación al lenguaje perfecto, hoy modelo, por su preponderancia nacional.

De importancia todas las lenguas y dialectos que se hablan en España, tienen su fisonomía especial, y ninguno otro elemento puede disputarles el lauro respectivo; pero nos hallamos con varias re-

giones que hablan un solo lenguaje, y en ese mismo idioma, elevado por sus propias fuerzas á lengua y principal entre las mejores, ¿qué región, qué principado, qué provincia habla mejor la lengua castellana? Esta fué cuestión antigua y antiguamente también resuelta, apenas formuló su concepto: discutíase hace siglos, cuando Clemencín alude, aunque de un modo muy indirecto, ó mejor dicho, en una nota que puso al *Quijote*, no hace más que indicar una opinión; ciertamente se debatía según iba la corte, dando los autores la preferencia al lenguaje usado por los cortesanos; y á la verdad no hay más que reparar en el juego de la literatura cortesana, y se observará esto mismo; desde que los trovadores, los Reyes y magnates, los legistas, tenían todos que pensar en ordenar, y esto en la mejor expresión posible, las costumbres, los hábitos y el buen gusto de la sociedad en que vivían, tuvieron que escogitar las mejores formas del lenguaje castellano, que fuera éste por León, por Oviedo, por Valladolid, por Toledo, por Madrid, siempre donde iba la corte era el lenguaje más puro, más correcto, más elegante, como lo definió á su modo el docto y razonado médico Francisco López de Villalobos (1), escogiendo sobre todos este último, por ser el más pulido y claro de la lengua castellana.

Y así, presentados los antecedentes que tantas conexiones tuvieron con nuestro idioma, ocupa lugar principalísimo el estudio del castellano, como lengua, entre las existentes, de primer orden por todos conceptos léxico-gráfico-gramaticales.

Desde luégo no hemos de hacer un estudio comparado del idioma perfecto castellano con los demás europeos, porque no ha sido este nuestro propósito exclusivo; sentadas ya las relaciones esenciales de ese paralelismo, no hemos de insistir al momento presente; tampoco habíase de insistir mayor tiempo en el conocimiento analógico y sintáxico de la lengua, si no fuera por estar bien estudiado por todas las inteligencias que en algún modo puedan leer estas páginas; sólo, pues, habremos de reflexionar acerca de él en puntos novísimos del mismo, y que entraña en el estudio de la filología moderna, la esfera

(1) *Problemas*, fol. XXIX.

más alta y la consideración suprema que en Europa ha merecido el desarrollo lingüístico; como Grim, Broopp, Darmestete y otros sabios filólogos, de quienes tanto hemos aprendido y debemos en los presentes estudios, seguimos la estela esplendorosa de la palabra, y en todas sus manifestaciones genuinas, los diversos períodos de la formación de la lengua.

Surge el idioma de Castilla, como otros muchos dialectos, con su eco regional; pero en medio de todos ellos, cual sembrado en el centro de la Península, si viene suscitado por un acento más ó menos oriental, esparce su admirable hálito por diversas partes; y bien sea por ese lazo, que representa la unión asturo-leonesa, bien por las ramificaciones galecio-portuguesas, extendiéndose como á su vez arraigábanse los otros dialectos por las demás provincias sin el rasgo local, ni el clima, ni el carácter de los habitantes de los varios territorios opusieron al lenguaje valladar infranqueable, y sobre Navarra y Aragón y sobre Valencia extendiéronse las suaves armonías de esa lengua, que tanto endulza la eufonía andaluza, que tan clara hace la dicción de Castilla la Vieja, y tan hermosa, espléndida y clara la elegante dicción de la corte, ya bien esparcida en todas partes.

Ahora bien: esa formación, ¿fué espontánea? No; antes al contrario, y luce sus edades, como los troncos sus círculos, como las palmeras sus coronas, representando épocas diversas.

Nada más conocido que la grande conformidad de los romanos y españoles en costumbres: unen su lengua durante los cuatro primeros siglos, hasta el punto de que éstos se llamaran también romanos aun en tiempo de los godos, según puede comprobarse por el mismo *Forum Judicum* y muchos escritos de aquella época; mas siguiendo la suerte de los pueblos, en cierto modo, no supo negarse España á la nueva influencia que le imponían los godos, y durante los tres siglos inmediatos á la España romana, observamos un fenómeno histórico en otros países también, y en Francia, Italia y España el idioma del Lacio languidece, con las nuevas corrientes enturbian ese cristalino manantial, y empezó á viciarse prodigiosamente la lengua; pareciendo á los godos prolija la variación de los nombres y verbos, omitieron las declinaciones y usaron los de los nombres latinos sin casos, quitaron la voz pasiva de los verbos, y en su lugar usaron de los parti-

cipios con el verbo sustantivo *ser* ó *haber*, y aun en algunos tiempos en la voz activa hicieron lo mismo; cambiaron el uso de las preposiciones, sustituyendo con ellas los casos de la declinación; mudaron á muchas voces la significación; formaron nuevos adjetivos y verbos; así observóse también que se perdió casi todo el género neutro de los nombres, ejercitando á capricho el uso del masculino y femenino; desapareció el género neutro igualmente en los adjetivos, multiplicándose en los aumentativos y diminutivos; presentáronse los patronímicos en forma de apellidos; surgió el artículo definido é indefinido; alteraron las pronunciaciones y aun la prosodia, confundiendo la cantidad con el acento; dióse lugar á palabras esdrújulas y agudas, y desarrolló la rima, que sustituía la antigua metrificación; la sintáxis llamada natural ó lógica reemplazó á la figurada; y en ortografía hubo una revolución completa, jugando todos los idiomas sin concierto, según puede observarse en las inscripciones de la decadencia.

Esos rasgos bastan á detallar la gran decadencia del lenguaje español, y gracias que en el siglo VI, renaciendo en alguna parte el estudio de los idiomas clásicos, según hemos visto, contuviera algo ese desgraciado impulso: véanse los libros latinos de entonces y hasta la entrada de los moros, las obras de San Isidoro, San Ildefonso, las actas de la mayor parte de los Concilios Nacionales que se celebraron en aquel tiempo, el *Breviario* de Aniano, los libros litúrgicos, y se notará la rima de la lengua española; ante ese ejemplo, ¿qué sería de la lengua vulgar? No obstante, algo alienta por el idioma patrio, y en el afamado estudio de San Isidoro acerca de las *Etimologías*, se ven muchos vocablos del romance, desconocidos de los latinos, como *gato*, *camisa*, *cama*, *madera*, *hurón*, y otros á cada página, que podrían alentar quizás el antiguo habla español.

Dividida en porciones separadas la sociedad española al tiempo de la invasión de los árabes formando pequeños Estados, los territorios que pudieron quedar libres con su población, tenían su modo de ser peculiar y también su lenguaje, más ó menos perfecto, con una relación también más ó menos ajustada al del Lacio, y de aquí sus nombres de lenguas-romances, formadas también en propios é independientes elementos durante los cuatro siglos que trascurrieran hasta la conquista de Toledo por Don Alfonso VI, á principios del si-

glo x; por un procedimiento eclético, si cabe decirlo así, respecto de aquel tiempo, escogiendo las letras y dicciones completas, ó fraccionándolas, según correspondió á la cacofonía, ya dándolas mayor majestad y gracia, según la eufonía, caminaba á su desarrollo.

Designando entonces el latín mismo generalmente su propia decadencia, indicaba con su expresión que no era el mismo lenguaje del Lacio, que discurría con torrentes viciados que de diversos manantiales afluían á su seno, de donde iba, aunque en bosquejo, dibujándose un nuevo lenguaje que ofrecíase con extraños principios y reglas, aunque moldeara su eco bajo la forma latina: así venía el romance con reglas propias, como el uso de los demostrativos *aquel*, *este*, sin necesidad; las preposiciones *á*, *de* y otras, usadas sin casos; los infinitivos, con el pretérito *ibam* en lugar del pretérito de subjuntivo como *amaret illum*, *amaret illum ibat*, ó *ivisset*, y de aquí nació *amaría* y *amasse*: el uso de dos negaciones para negar más, á semejanza de los griegos, como *no he visto á nadie*; la repetición de infinitivos unidos á los verbos, que también usaban los griegos, como *habrás de hacer*, *tornó á ser*; la frecuencia de gerundios, *diciendo*, *escribiendo*: aumentóse el número de estas formas de hablar con las que de decir trajeron los moros, doctos por entonces (1.000) en todas letras, ciencias y cultura de su lenguaje; y de allí vino la multiplicación innecesaria de *h*, *x*, *z*, de que abunda mucho el árabe; de allí la pronunciación fuerte de la *c*, *g*, *j*, *z*, en las que se violenta mucho la garganta; de allí la pronunciación grave en la última sílaba, desconocida al latín en tantas palabras como *desdén*, *amor*, *piedad*, *recrear*, *entender*, *diré*, *ocasión*, *atrás*, de que está llena nuestra lengua; de allí aquellas expresiones de bendición, como *que Dios guarde*, *que esté en el cielo*, *que de Dios goce*, de las que abundaba la cortesía de los mismos; de allí el poner al hijo el apellido del padre, añadiendo alguna de las terminaciones *az*, *ez*, *iz*, *oz*, *uz*, como *Díaz*, *Pérez*, *Sanchíz*, *Muñoz*, *Ferruz*, y por este orden una infinidad de variantes, bien notables en el origen y formación de nuestro romance castellano.

Apenas se veía en forma usual, fué creciendo ordenadamente, y empezó á manifestarse no sin gracia y tomando algún vigor al paso que los territorios volvían del dominio de los moros á los cristianos; gozaba de nueva luz según crecían las conquistas y extendíanse los

dominios en los reinos de Asturianos, Montañeses, Leoneses y de Aragón por Don Sancho y Don Pedro, en cuyo tiempo adquiría la lengua un levantado tono: difundiéndose con tal espíritu, superior por cierto á su época de infancia, y particularmente Castilla, por cuya Corona se hizo esta conquista, corrió el mismo paso la lengua, cual convenía á la que no muy tarde se había de manifestar con toda la magnificencia, decoro y majestad de reina entre las demás lenguas, sus hermanas.

Ya en el reinado de Fernando III entra la lengua española en lo que algunos autores han llamado mocedad, y á las ventajas del Estado, Iglesia é ilustración, reunidos los reinos de León, Galicia y Castilla, reanímase el estudio de todas las cortes y ciencias, y se declaró tanto el Santo Rey á favor de la lengua vulgar, que desterró de los despachos reales y públicos el uso del latín, abandonándolo los particulares; mandó traducir el *Forum Judicum* y lo dió por Fuero propio á la ciudad de Córdoba y á sus nuevas conquistas, extendidas también por Sevilla, Murcia y Alicante; ideó un sistema legal por el que se gobernasen uniformemente todos sus vasallos, y Don Alfonso X dió á luz su *Fuero Real*, acabó su obra inmortal de las *Siete Partidas* en un lenguaje castellano ejemplar; hizo la *Crónica general de España*, y trabajó é hizo escribir en romance otras muchas obras en prosa y verso: entonces el habla vulgar, con tales modelos, adelantaba con igual calor en boca de todos los naturales con singular brío, compostura y donaire. En Aragón se cultivó con igual desvelo por el favor de sus Reyes los dos Jáimes, Don Pedro y Don Alfonso III, que protegieron altamente las letras y la lengua patria: en los siguientes reinados y todo el siglo XIV, fué menor la aplicación al buen gusto de las letras; pero aun así, cada día se iba limando y acentuando el idioma patrio, especialmente á fines del siglo, y en los reinandos de Don Enrique III y de Don Juan II; en ellos se cultivaron la Filosofía moral y la Poesía castellana con mayor esfuerzo, pero sin resultado mejor; al principio, los trovadores usaron más de ordinario de la lengua gallega, en la que están todas las coplas que se hallan de Don Alfonso X; á estas sucedieron los *Cantares Serranos*, y después prevaleció la poesía castallena, para no dejarse oir ya en adelante. De entonces oimos en las *Crónicas* de Pedro López de Ayala;

en la *Vida política de todos los estados de las mujeres*, de Juan de la Cerda; en las *Poesías* del Arcipreste Juan Ruiz de Hita; en la *Historia del Monte Celia*, de Pedro González de Mendoza; en las *Trescientas*, del famosísimo Juande Mena, llamado entonces el príncipe de los poetas.

No fué menos espléndido el eco que dieron á la lengua otros esfuerzos de los contemporáneos maestros Juan de Villarón, en sus *Crónicas*; en el *Conde de Lucanor*, D. Juan Manuel; con mayores gracias, el Marqués de Santillana en la preciosa colección de sus poesías; don Enrique de Aragón, Marqués de Villena, en su *Arte cisoria, de trovar*, y en *Los doce trabajos de Hércules;* el Abulense, Torquemada, los Santa Marías, Juan de Lucena, que tanto florecieron con suma erudición por el siglo xv, con grande amor á su patria y á su lengua.

A partir de la segunda mitad de este siglo vióse nuestra lengua en un desarrollo tan espléndido y hermoso, que su mérito subió ya á muy alto valor; es verdad que las circunstancias político-morales del país favorecían su adelanto, que la difusión por Occidente de los griegos, después que los turcos tomaron por entonces á Constantinopla, la invención de la imprenta y la consolidación que en nuestros pueblos realizaron los Reyes Católicos, creció tanto el imperio del nombre y lengua española, que aparte de la numerosa y distinguida generación de sabios maestros, había de dar abundantes frutos en todas artes, y sobre todo en la perfección y estado varonil de nuestra lengua, cual se admiró en breves años.

No es cuestión de llegar aquí al grandísimo detalle que nos ofrecerían la antigua Universidad de Salamanca, la Complutense, ni tampoco discurrir por esa pléyade numerosísima de humanistas los más afamados; basta saber que ya la lengua tenía sus instituciones, moldes y cualidades geniales, que ostentaban desde luégo una elegancia y virilidad laudable en toda ciencia filológica, según nos la presentan obras escritas en el estilo de las *Cartas, Claros, Varones* y *Glosas* de Hernando del Pulgar; de la *Crónica de Hispania* de Mosén Diego de Valera; la *Embajada del Turmolán* de Ruíz González de Clavijo; las *Generaciones y semblanzas* de Fernán Pérez de Guzmán; las *Coplas* de don Jorge Manrique; el *Viaje á Jerusalen*, las *Eglógas* y el *Cancionero* de Juan de la Encina; aparte de los muchos gramáticos y retóricos que

en medio de una ilustración vastísima, como Pedro Martyr de Angleria, exponían en 1500 sus *Prelecciones de Juvenal*, ante 7.000 discípulos, que lo llevaban en volandas á la cátedra, y así otros muchos de no menor mérito.

Con el desarrollo del espíritu nacional, al través de la preponderancia de España, conforme eran las conquistas de la civilización española, eran los pasos agigantados de la lengua, que grandes ingenios levantaron con estro nacional hasta, lo sumo, el honor de las artes de la paz y el lustre y perfección de la lengua patria; en vano sería discurrir aquí acerca de las victorias que grandes capitanes, hombres de Estado y colonizadores perfectos extendían á nombre de España en las cuatro partes del mundo, para conocer el vuelo de la lengua catalana, donde además de un cultivo patrio, con las enseñanzas clásicas, objetivo de aquella edad, el trato con extraños pueblos como Flandes é Italia, llenos de recuerdos y donde las letras adoptaron su refugio, extendió con su trato la lengua vulgar, la enriqueció de voces, la agració con frases y maneras de hablar que no es fácil concretar á número. Esa aspiración á lo bello, desarrollada por España, la llenó también de elegancia; la soberanía que ejerció sosteniendo y difundiendo la civilización, la inspiró la magnificencia, y el genio propio, el hábito y valor, el carácter majestuoso de los naturales, la concilió la gravedad; cualidades bien marcadas en nuestro idioma, imposibles de desconocer aun en la literatura extranjera, y por las cuales se hizo muy apreciable á los extraños; y como el imperio español se hizo universal, no de otro modo nos explicamos su influencia también universal, pues la codiciaban los alemanes, italianos y franceses con tanta imitación, que érales vergonzoso ignorarla. ¿Qué extraño es hubiera por los estudios literarios una afición tan grande, si era la expresión dulcísima de las más tiernas emociones del alma, si el corazón se valía de ella para decir con fuego la energía de aquellos exploradores invencibles, si era el eco más grandioso entonces de la civilización y cultura cristianas?

Por la misma razón se veía á los Príncipes, á los potentados y á todos los hombres de genio llenos de un afán laudable por el estudio de las letras y ciencias, por el mayor conocimiento posible de las lenguas clásicas y contemporáneas, y es como por ese conocimiento

comparado de las lenguas, conociendo las perfecciones respectivas de cada una, limándola y puliendo sus tonos, la dieron, como por grados, la maravillosa pureza, elegancia y extensión que admiramos en sus escritos. ¿Qué expresión cabe decir, si no, ante las obras de Lebrija, Garcilaso de la Vega, Gonzalo Pérez, D. Diego de Mendoza, Fray Luis de Granada, el Maestro León, Jerónimo de Zurita, Francisco Sánchez de Brozas, Benito Arias Montano, Ambrosio de Morales y otros muchos en diversas materias y conceptos?

Ya, en estudio precedente, indicamos algo respecto á este punto y siguiendo la fase histórica y ordenada de nuestra lengua en el actual período. Garcilaso, con la fuerza de su ingenio y trato con los extranjeros, manejó la lengua con tal dulzura, gravedad, pureza y elegancia, que, compitiendo con Virgilio, se hizo el modelo perfecto en alguna poesía; Diego de Mendoza, uniendo en su elevado entendimiento la pureza y elocuencia de Tito Livio con la fuerza y gravedad de Salustio, dió el estilo de la lengua en sus *Guerras de Granada* á los grandes historiadores que después le siguieron, y adelantó un gran trecho los límites de la lengua castellana; el aragonés Gonzalo Pérez, en sus traducciones españolas de las obras de Homero, mostró bien la riqueza de nuestra lengua, sin deficiencia de término alguno, y de que era capaz de tener á Homero hecho español, pero tan grande y tan elegante como griego, á lo que hasta entonces no se había atrevido ninguna otra lengua vulgar. No obstante de ese gran desenvolvimiento, érale preciso extirpar de sí algunos defectos, y para darle mayor dulzura y fuerza, aún se acudió á quitarla resabios antiguos, como cierta repetición de letras dobles, *excellente*, *honrras*, etc.; concurrencia de consonantes ásperas, *cibdad*, *cabdillo*, *conoscer*, *padescer*, etc.; pronunciaciones difíciles, *sceptio*, *pornia*, *ternia*, etc.; apóstrofes inútiles, *l'aurora*; palabras toscas, *ovo*, *escrebir*, *tovieron*, *seguirseía*, etc., todo lo cual no se juzgaba digno de ella por los estilistas de la época dorada, y mucho más por la suma diligencia que en sus palabras ponía Fray Luis de Granada, quien, entre todos, fué el primero para decir las más castas y puras concepciones en la natural dulzura de su lenguaje, y por lo mismo llamado por algunos el Cicerón de nuestra lengua; Benito Arias Montano, no menos dulce, rico y puro en la expresión de los atributos divinos, en el conocimiento de las

lenguas que se adquirió con tantos desvelos; y cual ninguno, y por no usado camino de escribir en nuestra lengua, Fray Luis de León, poniendo en ella *número*, midió las palabras, oyó su sonido, ordenándolas con el debido concierto para henchirla, no sólo de claridad, sino también de armonía y dulzura, llegando, no ya á igualarse á las mejores, sino á reunir otras cualidades no comunes á todas ellas.

Con tales precedentes saboreamos con delicia los ecos armoniosos y los más graves conceptos, dichos entonces por el gran político Antonio Pérez, el Bachiller Pedro Rua, Don Antonio Agustín, Pedro Mexía, Gonzalo de Illescas, el P. Juan Mariana, Miguel de Cervantes, Fr. Hernando del Castillo, D. Alonso de Ercilla, Juan Rufo, los Herreras, Argensolas, todos los que, con otros muchos escritores, no se contentaron con enriquecer la lengua patria con lo más florido y ameno de la Toscana, sino también con lo más precioso y elegante de la latina, y con lo mejor, más grave y hermoso de la griega, tal y como la observamos en las obras modelo de nuestra habla, constituyendo, en su conjunto, una literatura clásica, tipo de lenguaje en cuantos extranjeros aprenden con buena enseñanza nuestro idioma.

Formando escala, discurren los adelantos de la lengua con un progreso más rápido que las artes; su perfección encontró modelos admirables, su eco acentos de envidiable clasicismo; pero ni adelantos, perfección ni clasicismo lograron sostenerla mucho tiempo sin una decadencia perdurable; como fué rápido su crecimiento y florescencia, ha sido lento su decaimiento, en el que, merced á extremada agudeza, convirtióse en oscuridad; la excesiva graciosidad dió ocasión á D. Luis de Góngora para jugar con la lengua castellana con tantos equívocos y donaires, que parece la ultrajó en su gravedad y decoro, que con tanto esplendor venían sosteniéndola el P. Rivadeneira, puro y elegante en el decir; Luis Muñoz, suave, casto y eficaz; Antonio de Herrera, grande y elevado; el Maestro Juan Márquez, muy esclarecido en la dulzura castellana; Mateo Alemán, de valiente y noble estilo; el Obispo Fr. Pedro de Oña y D. Diego de Saavedra, acabados en el arte de bien hablar y adornados de todos los primores de la lengua; y aunque algunos poetas, como Lope de Vega, llamado por algunos, en atención á su infinito conocimiento de letras y ciencias, el Ovidio español, y Estéban Manuel de Villegas, dicho el Anacreon-

te castellano por su dulzura y suavidad; D. Francisco de Borja, don Juan de Jáuregui y Francisco López de Zárate, con multitud de obras, y que otros muchos, á su vez, sostenían también el espíritu más ajustado de todas las leyes y el rigor del arte castellano, no impidió para que otros de menos ingenio, sin las facultades que pudo Góngora reunir, en cuya agudeza encontraban algunos el Marcial español, ni á pesar del *Cuento de cuentos* y *Culta-latini-parla*, del eruditísimo en lenguas y en todo estudio, Quevedo, evitó que otros de menos vena, afectando conceptos fútiles y equívocos de palabra, inventando nuevas voces para llenar los vacíos de sus cláusulas, desfiguraron las antiguas y castizas, latinizaron el romance y romancearon el latín; el que decía, sólo se aplicaba á distraer el oído con la armonía de voces; el que oía, aunque no formaba idea alguna, quedaba divertido con aquella extraña música; á tan lastimosa situación redujeron la lengua esplendorosa de Castilla, llena de ejemplos admirables que, consagrados por el gusto universal de las gentes, habíanla rodeado en siglos anteriores de una aureola cuyo raudal parecía no enturbiarse ya en lo sucesivo.

Pero además de esos abusos introducidos contra los elementos y fuerzas naturales de la lengua, el abandono de las letras clásicas, cierto olvido de las lenguas perfectas, hubo de producir ese retroceso á fines del siglo XVII, que ciertamente servía de coro y resonancia á la tristísima suerte-político social de España, y cuyas consecuencias figurarán en nuestros anales para nuestra eterna lección.

No obstante, tan grande como fué la postración del idioma, así debían ser los esfuerzos á restablecerle, y gracias á Felipe V, empezaron los remedios en el mismo instante en que esa misma caída clamaba con mayor acento la ruina lingüística de España; nuevas tendencias sociales, apreciaciones distintas de las ciencias y de las artes, esfuerzos varios puestos en acción, producen sus laudables resultados, y á la par que renace el cultivo de las letras, surgen, con la reproducción de las obras modelos de nuestra lengua, la época de las cademias, la época de las disquisiciones filológicas, la época de los iccionarios, la forma mejor de todas para dar alguna fijeza á la ıgua.

Llegamos á un grado filológico en el que pueden reinar con todo

esplendor las teorías expuestas ya acerca del neologismo, que podemos estudiar bajo dos aspectos diferentes, en sus causas y en los procedimientos de formación; estudios curiosísimos llevan tras de sí grande desenvolvimiento, y en el cúmulo de ideas que concitan, el primero interesa al historiador y al psicólogo; éste, en la avidez natural por conocer cómo la palabra antigua ha cesado de marcar exactamente la idea antigua, se pregunta ¿qué movimiento se ha cumplido en el pensamiento popular, y qué razones había para ese cambio? El historiador, que busca igualmente los cambios materiales, á los cuales corresponden los neologismos de hechos, estudia también cómo cada una de estas palabras nuevas no son más que el signo y el producto de un hecho nuevo, es la perenne recordación de la historia en el lenguaje; con tal libertad, no obstante, que llega á formar un estudio á la vez infinito y sin unidad propia, á lo menos en el estado actual de esta parte de la ciencia filológica. Los procedimientos, por su parte, ofrecen un estudio más sencillo, con mayor unidad, y es como podía observarse la amplia vastísima formación castellana, llena de riquísimos elementos en todos extremos.

Más importante á este punto el segundo aspecto, pues hallamos en él ese gran conjunto de neologismos con natural y genuina forma, ¿qué procedimientos pone en el juego la lengua moderna para enriquecer ó renovar su preciado tesoro? ¿Cuál es el origen, el círculo de acción, la fuerza relativa que desarrolla, y á que obedecen todas sus creaciones? ¿Cuáles son los cambios generales que su acción ha producido ó podrá crear en el carácter de lengua española? Estos y otros muchos problemas podrían suscitarse á detenido examen, que darían gran novedad á los presentes estudios; además, ofrecen algunos de ellos no poca dificultad, porque podemos considerar al lenguaje, no ya en su primitiva y prehistórica formación, porque esto nos es hoy imposible; el único rasgo saliente de aquella época está en el Ibero, Celta y Vasco que, si hay razones para juzgar á éste muy extendido y predominante en grandes territorios españoles, es lo cierto que se notan grandes divergencias con el habla general que hallamos en España. Bien apartados de ese idioma con algunas afinidades, en corto número nada más, no podemos decir siquiera otro tanto de los diversos lenguajes primitivos de estos terri-

torios, porque los estudios é investigaciones no nos han dado rastro completo sobre que fundar nuestras observaciones; es, pues, imposible ascender á ese estudio, tan envidiable por la novedad y por los atractivos que ofrecería, aunque fuese de duplicado trabajo: habremos entonces de contemplar el lenguaje español en la forma que ha sido más usada, en la que ofrece hoy mayores caracteres de permanencia en la esfera predominante en todas las esferas de este pueblo, como nación perfectamente constituída.

Á partir, pues, de tal situación filológica, atendidas las circunstancias eufónicas de nuestro país, la perfección relativa de la lengua en las varias provincias de Castilla la Nueva y la Vieja, con sus dejes especiales, sus giros, sus modismos, sus tendencias en cada localidad, surge, y toda Gramática prefiere cual modelo el de la regla aplicada en el uso correcto y depurado por el buen gusto de la sociedad de Madrid, lenguaje ejemplar por el conocimiento y exacta aplicación de todas las reglas en un ambiente de cosmopolitismo español prestado igualmente á todo idioma.

Con la Real Academia Española vienen una porción de sabios estilistas, gramáticos llenos del espíritu de los antiguos principios y de los ideales de las instituciones modernas, y con la reimpresión de los autores clásicos castellanos, como las obras del Padre Granada, Fray Luis de León, Simón Abril, Garcilaso, el Brocense, Juan de Mena, etc., surgen hombres como Mayans y, sobre todo, un Diccionario de autoridades, manifestando los medios de restablecer la lengua y enmendarla, escribiéndola con grande pureza y propiedad.

A contar desde ese momento, nuevos horizontes se presentan al ya antiguo y perfecto idioma castellano; las grandes formas filológicas renacen, ensánchase cada vez más el libérimo vuelo de la escuela castellana, y entra en su esfera de acción más espléndida, más numerosa y variada que ha podido conocer en todas las épocas de su historia. A contar desde este siglo, su incremento no tiene límites; y si en lindezas es una lengua de primer orden, como idioma de acción es poderoso; basta á este propósito conocer sus facultades de derivación, formación y composición, en su paralelo respectivo con las mejores lenguas de la antigüedad clásica, y resaltará á la simple vista la posibilidad de asimilación de todas las otras bellezas; la sonori-

dad de ellas le es ingénita, brilla como ellas por su gran sentido, es dulce y armoniosa; como procedente de las mismas, no es posible oponerla ninguna facultad superior ni contraria.

Ocurre, en primer lugar, cierta duda acerca del título del presente estudio con el de la cubierta general: y dijimos entonces lengua española y ahora castellana porque, siendo ésta la matriz que ha determinado después el habla de los españoles, en todo estudio que represente y se eleve á los orígenes ha de ver, más que ningún otro idioma, los elementos y proceso filológico del lenguaje de Castilla, por más de que la derivación y composición demuestren muchas veces que hay en la lengua española muchas cosas más que no son castellanas y gran contingente de extraños idiomas. Como quiera que la base sea castellana, solamente en sus elementos castizos hemos de ver los procedimientos de formación de la misma, primero en sus dos esferas de derivación *propia* é *impropia*: primera, según acuda á los subfijos; segunda, si la derivación de los nombres y adjetivos se realiza sin la adición de los subfijos. Modelos de estos casos se hallan con frecuencia; y como primera indicación, podemos verlos por el decurso de los ejemplos siguientes: de poema, poemita; contraer, contrayente; usados según las reglas generales de nuestra Gramática. Siguiendo por el mismo orden, observamos que la derivación forma, con abundancia de ejemplos, sustantivos de nombres propios, lo cual es lógico, y también del nombre sustantivo común, bien de los adjetivos verbos é igualmente de palabras invariables. En primer lugar, ó sea cuando da sustantivos de los nombres propios, se verifica, ya por una aposición, *un cañón Plasencia*, donde el nombre propio determina un sustantivo común, que se sobreentiende en *un Plasencia*; las *Lanzas de Velázquez*, en que se trasforma inmediatamente, omitiendo la preposición y el sustantivo; y así, la Virgen de Murillo *un Murillo*, y por este género infinidad de casos, en los que la suerte de nuestra lengua llega á una riqueza extraordinaria, trasformando nombres propios en comunes: *asesino*, *esclavo* y otros muchos afectos al mismo procedimiento: *torneo*, *paladín*, *trovador*, *aduay*, *algarivo*, *buelfas*, *cautivo*, *desdonado*, *enjuina*, *fusta*, *guisa*, *longicas*, *membrado*, *nublos*, *omesillo*, *pariasea*, *quesa*, *sandía* y *tajaña*, en la Edad Media y en el siglo XVI; *anfitrión*, *cachemira*, *cárcel*, *celador*,

guinea, *muselina*, *quinqué*, *silueta* en los siglos posteriores. En la lengua del presente siglo no son menos fecundas tales formaciones, cuya enumeración sería grandísima, pues responde á los inventos, á las necesidades, á las modas, á los gustos, á los caprichos en todo concepto, y éstos, por esa misma débil razón de su existencia, fáciles á nacer como á desaparecer, tan pronto como enmudece la imaginación que los crea. Y no sólo en los géneros antes citados, sino también en otros rasgos políticos, por ejemplo, dan valor histórico á ciertos hombres, viniendo así á ser común de una situación lo que representa una personalidad, el nombre propio y de actualidad; pero no sólo en el momento del día en que floreció la persona, sino que, del mismo modo que vimos el Gobierno de O'Donnell, el Ministerio Narváez, vemos también los *cimbrios*, *calamares*, *moderados*, etc., etc., antes; el *carlista*, el *constitucional*, *fusionista*, *pactistas*, etc., en nuestros días; geográficos también, como los *fueristas*; y en materia de productos, ¿cuántas no llevan el nombre de su suelo, *Valdepeñas*, *Jerez*, Priorato? La misma literatura nos dió ejemplos también: *calderoniana*, *gongorismo*, etc.; y así, ¿cuánto no puede crear la imaginación popular? Si acudimos á la industria, *Sanford*, etc.; en materia de fundaciones, la Escuela de *Frœbel*, el *Premio de Sanz del Río*, etc.: esta fuente es inagotable, y no podrá marcar en ella á la lengua límite conocido.

Se ve que hay una fuerza prodigiosa de formación, en cuya esfera dos corrientes convergen en su dirección respectiva á dar una locuela fecunda: la forma vulgar, principal elemento del lenguaje, en cuanto representa el uso común de la lengua, y la formación sabia, á su vez poderosa, introduciendo las novedades según los inventos, las necesidades y los principios filológicos del idioma; de ahí esa operación fecundísima de la filología castellana, dando origen á multitud de formas que exhiben su germinación constante en diversos órdenes.

De nombres comunes sacados de adjetivos.

Los ejemplos de adjetivos tomados sustantivamente abundan en la historia del lenguaje, y en nuestros días vemos surgir una porción

de ejemplos designando, ya personas: los *conservadores*, los *reaccionarios*, *alienistas*, *rurales*, *románticos*; ya cosas: un *periódico*, es decir, un diario periódico, un *impermeable*, esto es, un sobretodo que no se moja; la *Internacional*, la *castellana*, los *alabarderos*, por la Guardia Real, etc., en los que igualmente vemos grande facilidad.

Hay también una formación de nombres sacados de adjetivos con terminaciones en *or* y *ez*, de carácter popular, y que da á la nomenclatura de las artes y oficios numerosas denominaciones; así, en nuestros días se han creado los sustantivos *condensador*, *divisor*, *embajador*, *regulador*, *tibor*, *alquiler*, *alguez*, *bermejez*, *brillantez*, *lobreguez*, *imparidez*, etc.; en *oso*, *afanoso*, *ruinoso*, *barroso*, *bulboso*, *gomoso*, etc.; y por esta ligera enumeración se ve qué fácil sería aumentarla, cuanto es fácil, sencilla y cómoda esta formación de calificativos, y qué venturoso resultado ha sabido sacarse de nuestro lenguaje.

Del propio modo se obtienen nombres comunes de los determinativos y pronombres; y así es como entre nosotros aparecen algunos adjetivos numerales, ciertos adjetivos demostrativos, posesivos ó indefinidos, tomados sustantivamente, como los calificativos el *Tribunal de los mil quinientos*, el *bienio*, etc.; pero esta formación ofrece poco de particular.

También hallamos nombres comunes sacados de verbos, y es que el verbo hace nombres del presente de indicativo, imperativo, infinitivo, participio de presente y participio pasado; procedimiento fecundísimo que constituye una derivación en actividad permanente, y donde brilla la fuerza creadora que reanima la lengua desde sus orígenes, sin que haya podido aún agotar sus grandiosos recursos. Así, *pedido*, de pedir, *paseo*, de pasear, *loa*, de alabar; y por este orden los siguientes:

1.º *Reclamo*, de reclamar, *relajación*, de relajar, *respuesta*, cuyos nombres tienen generalmente unos mismos caracteres abstractos, casi todos de la primera conjugación, cuyo rasgo particular está en que todos pertenecen á la lengua popular de la industria y del comercio. En este grado se observa que la fuerza reformadora de la formación sabia restringe y atrofía la formación vulgar castellana, y *denuncia*, *infamia*, *consulta*, *purga*, *conserva*, etc., la violentan en los

terminados en *on*, haciendo á la palabra más larga y burda, y es que por un procedimiento de derivación quitan á la lengua el mayor brillo que la dan tantas dicciones elegantes, sencillas, puras, cortas y claras.

2.° Del propio modo, el imperativo da palabras compuestas en porta-monedas, corta-plumas, prensa-papeles, etc., y va haciéndose numerosa.

3.° En el infinitivo se ven muchos casos en los que puede, como en el griego, emplearse sustantivamente, siendo precedido del artículo, el *vivir*, un *tener*, un *haber*, un *deber*, el *beber*, el *pensar*, el *porvenir*, etc., según se observa también en otras lenguas.

4.° El participio de presente se trasforma en adjetivo y en sustantivo; ya se sustantiva en *ejecutando*, *ejecutante* (de orquesta); *debutando*, *debutantes*, una *debutante*; *estudiando*, *estudiante*, *aspirante*, *manifestante*; ya pasa por el adjetivo, *constituyente* (asamblea), *purificantes*, etcétera.

5.° De participio pasado se han llamado sustantivos partitivos á los masculinos ó feminos: un *recibo*, una *armada;* formación que hállase en toda lengua, remonta al latín, que trasformaba voluntariamente sus participios pasados en sustantivos, generalmente femeninos, como *tendida*, de tender, latín *tendere*, que en la época clásica hacía en el latín literario *tensus*, en el latín popular *tesus*, de donde vino el sustantivo *tesa*, que ha quedado en castellano; en la época del romance, *tesus* parecía apartarse mucho de la radical de *tendere*, y el participio fué hecho á la manera de *venditus*, de *vendere*, de ahí *venditus* de *tendere*, y dió *tendida*, conservado en *tensa*, como *vendita* en *venta*; y así, de *fijo*, fija, *puesto*, *puesta*, y por el orden *alineados*, *titulados*, *cruzados*, *insurrectos*, etc., etc.; en cuya forma la lengua popular es abundantísima y su fuerza creadora pasa casi desapercibida, por no hallarse esta esfera quizás más que en la lengua popular.

6.° Nombres comunes de palabras invariables, también ha podido la lengua exhibir sus valiosos recursos; pero el número de éstos es muy restringido comparado con otros, pues en la formación de éstos ha procedido la lengua lentísimamente, y la mayor parte de palabras invariables que se podían sacar nacieron después de mucho tiempo y á manera casi de apotegmas. El *sí* (de las niñas), el *no* (podemos), el

por qué (de las cosas), el *cómo*, la *manera*, y así otros ejemplos más que hallamos en nuestra fecunda literatura dramática.

En esa consideración fecundísima que analiza la lengua en tanto detalle, hallamos á su vez *adjetivos* sacados de *sustantivos*, y nada más natural, atendidas las cualidades geniales del idioma español. Las lenguas romanas, escribía Fuchs (1), debían una parte de su riqueza y gracia á la facilidad que poseían de emplear directamente como adjetivos nombres sustantivos, especialmente los terminados en *tor*; dicha facilidad, aunque restringida, no fué desconocida en latín; el alemán la ignora, y en el castellano es una facultad, y Kolbe considerábala como una superioridad en las lenguas romanas, y una divinidad *vengadora*, un mono *imitador*, un Supremo *Creador*, *vengador*, *forrador* y otros que podrían aducirse de nuestra antigua literatura, recuerdan el *liberator animums*, *viltricis lauri*, etc., etc., antiguo en esa libertad de emplear en sentidos diferentes una sola y misma palabra, cuya formación tanto envidiaba en la índole de la suya Kolbe (2).

Por desgracia, aunque esta perfección se haya notado en la lengua castellana, no hallamos estudios que fundamentalmente expongan esa grandeza de la lengua, y es de desear, ya que en otras hermanas tenemos ejemplos, un estudio, no que demuestre que el adjetivo pueda ser sustantivo, lo cual es ya natural, ni que explicando cómo siendo el sustantivo un antiguo adjetivo que, habiendo designado en un principio un objeto, por una de sus cualidades, ha concluído por designar el todo entero, sino también que un sustantivo se trasforma absolutamente en adjetivo sin dejar ninguna traza de su formación primitiva, lo cual revela un proceso notable, digno de toda atención, porque explica gran número de giros, expresión y lindezas de estilo: ¿cómo, de otro modo, entender los adjetivos que, designando colores, han comenzado por expresar objetos: *escarlata*, *carmesí*, *púrpura*, *vio-*

(1) August Fusch, *Die romanische Sprachen in ihrem Verhältuissmit de Lateins*, 1846, página 59.

(2) K. W. Kolbe, *Heber dem Wosheirhtlum der deuschen und französischen Sprache, und beider Anlage zur Poesie*. 2.ª edición.—Berlín, I; pág 277.—1820.

leta, *rosa*, etc.? ¿Cómo se ha podido adjetivar *bermejo*, cuando su primer sentido era *vermiculus?* En virtud de esa trasformación, natural y fácil, por la que se llega á comprender la propiedad que posee el sustantivo de ser, por la aposición, calificativo de otro sustantivo, puede, en tal extremo, la lengua, no sólo crecer, según las necesidades le impongan su progresivo incremento, sino que también puede contraer su estro, y así es como ha reducido, en cierto modo, gran número de sustantivos á adjetivos, como *buey* grande, enorme como un buey: *monstruoso*, *fenomenal*, etc.

Esta facultad lingüística sigue el mismo paso, sacando adjetivos de participios; pero es de notar que de todo adjetivo se puede sacar otro por trasformación de sentido, en cuya disquisición no hemos de penetrar en tal procedimiento, porque entra de lleno en el estudio de la significación de las palabras y pudiera extendernos demasiado. Los determinativos, á su vez, y los pronombres, no pueden dar adjetivos; el verbo lo forma solamente en el participio de presente y pasado, y estos dos tiempos son, como hemos indicado, una fuente abundante de adjetivos.

1.° En el participio pasado lo hallamos cuando no expresa acción; así, «el hombre es *compuesto* de alma y cuerpo,» el *compuesto* resulta adjetivo. «El templo fué *adornado* esta mañana de flores;» *adornado* es participio; pero «del templo, *adornado* por todas partes de festones magníficos,» es adjetivo. De donde resulta esa propiedad permanente de los participios pasados en servir de adjetivos, circunstancia debida á dos causas, histórica una, la otra lógica: primera es la supresión del pasivo en las lenguas romanas; segunda es porque los verbos se clasifican según su sentido; así, todos los participios pasados de verbos expresando acción de corto momento, pueden ser tomados en calidad de adjetivos en toda época histórica de la lengua.

2.° En el origen y en la antigua lengua, el participio de presente era variable; podía expresar la acción, y decir: de *viniendo*, *vinientes*, *de Roma*; *persona entusiasta*; y también en *ante*, en cuyo empleo los gramáticos modernos le dan el nombre de adjetivo verbal. Pero al lado del participio de presente existía el gerundio en *ando* y *ndo*, que expresa siempre la acción, y que en virtud de su origen era invariable; poco á poco el gerundio sustituyó al participio de pre-

sente en el caso en que este tiempo expresaba la acción, si bien hacia fines del siglo XVII el participio activo vino á ser decididamente invariable. Así expresando la acción, hace de verbo; expresando el estado, desempeña la función de adjetivo; y, por lo tanto, todo participio de presente, desde que se le emplea absolutamente, sin acompañarle un complemento que ponga en luz su función de verbo, puede expresar un estado, y así ser adjetivo, lo cual hace con suma facilidad la lengua vulgar; la lengua técnica la limita, no sin razón, y la literaria lo usa voluntariamente, sobre todo en los escritores románticos y científicos de nuestros últimos días, según hallamos: *Recepción, vida degradante, brillante, ondulante, aglutinante, aleatante, torturante, administrante, asfixiante, de laxante, desmoralizante, depravante, enervante, horripilante, palpitante, paralizante*, etc., etc. Y si el participio de presente se cambia con tanta facilidad en adjetivo, se comprenderá también que pasa al estado de sustantivo, según lo hemos visto en ejemplos ya citados.

Queda en este orden de formación observar, acerca de los pronombres, verbos y palabras invariables, que el número de los determinativos y pronombres en él es muy limitado; los verbos nuevos no se forman más que por derivación; los adverbios suelen nacer de adjetivos con la partícula *mente*; para los adjetivos empleados adverbialmente, la lengua contemporánea se atiene á las expresiones antiguas, *cantar falsete, alto, bajo*; filar *dulce*; ver *claro*; llamar *fuerte*; beber *seco*; etc.: las preposiciones simples no presentan neologismos; *concerniente*, es ya antiguo. En cuanto á las interjecciones, hay que señalar una palabra popular, de origen reciente y de etimología desconocida, *¡chis!*

Derivación.

Otro orden no menos importante en los estudios filológicos es el de la derivación, que por sí forma escalas en la vida de la lengua, y tiene clasificaciones completas en la regular distinción de sus elementos. En dicho estudio brillaron sabios maestros como Darpetester y Díez, de quienes adoptamos muchos datos, y que en el examen de las lenguas romanas han puesto en plena luz la incompara-

ble riqueza de la derivación que poseen los idiomas nacidos del latín; esta condición es una facultad que les da su fisonomía propia con respecto al idioma del Lacio y lenguas germánicas, y de cuya abundancia puede formarse idea por la enumeración que Díez hace de los diferentes subfijos, estudiados ante las mismas lenguas romanas, y en las que observó una porción por el orden siguiente: que para el idioma español se elevaban al número de 163, para el italiano al de 158, en francés al de 114, cifras que, á juicio de sabios filólogos, no dejan de ser bien considerables.

Los numerosos subfijos que sirvieron y sirven aún para formar las palabras, unos son propios de la lengua popular, otros de la lengua sabia; unos vivían en los primeros tiempos de la lengua ó durante la Edad Media y exhiben gradualmente su fecundidad, son todavía palabras; otros, relativamente modernos, están en pleno vigor; algunos han visto reducidos sus dominios, otros muy espaciado; cierto número, originados con la nacionalidad que representan, han traspasado tantos siglos de existencia sin perder nada de su actividad ni de su energía creatriz.

Pueden clasificarse los subfijos de derivación en nominales y verbales, según que forman nombres, adjetivos ó verbos; mas antes de proceder á su desenvolvimiento, es conveniente observar los caracteres generales y comunes que les afectan.

1.° Los nombres concretos descubren al pensamiento la imagen de los objetos que designan: *flor*, *anillo*, *diván*, *parque*, etc.; los subfijos llevan al espíritu una unión general, abstracta; en *eza*, *riqueza*, *rudeza*, *aspereza*, *largueza*, representan la idea abstracta de cualidad; en *or*, *conductor*, *rayador*, *surtidor*, *tenedor*, *cerrador*, *abrochador*, *raspador*, *secador*, la de instrumentos de acción; en *ero*, como *albaricoquero*, *limonero*, mineral *plombífero*, *argentífero*, *aurífero*, etc., la de productor; y así es como el subfijo, unido á la radical nombre, adjetivo ó verbo, perpetúan su dicción sin modificar la idea primera por la idea secundaria que les es propia.

Ahora, las condiciones del subfijo se exhiben con alguna espontaneidad, rara vez reguladas; pero si ha de ser viviente, es preciso que la idea abstracta y general sea presente al espíritu, que se desarrolle sencillamente á la imagen representada por la radical, es decir,

que el subfijo represente una doble idea. Condición, por otra parte, tan necesaria, que si la noción del subfijo y la de la radical se desvanecen en la unidad de la imagen, presentada por el derivado, cesa éste de ser derivado y forma sólo una palabra simple. *Cordero, toro,* son ya palabras simples, porque no reconocen en su formación literal con la exactitud primitiva la presencia de las radicales *agn* (us), *Taur (us)*, ni, por lo tanto, la presencia de los subfijos. Más bien en las palabras en las que la radical es cognoscible pueden ser simples, cuando el subfijo no se distingue con perfecta independencia; *piramidal*, que añade *al* á pirámide, *escultural*, *racional* y otros; por otra parte, á veces se pierde de vista la significación de las radicales y el espíritu sustituye á la doble idea que ofrecen la radical, enriquecida con el subfijo, viniendo con este á ser una sola idea.

Y como quiera que en su juego ha de tener sus órdenes respectivos, es suficiente, según hemos indicado, porque para estar en actividad, el subfijo no necesita producir palabras nuevas; su energía permanece latente y no parece al lado de la palabra, sino cuando una circunstancia exterior, el azar de una idea nueva, de un nuevo objeto que se debe expresar, le ofrecen ocasión; así en *herbecilla*, *filete*, la radical guarda su valor fijo, propio, y produce en el espíritu la imagen de la hierba, de un filete, etc., el subfijo añade la idea general de alguna limitación, de pequeñez, idea que se une á la primera imagen y la modifica suavemente. Realmente, no es preciso mayor esfuerzo al subfijo *illa* y *ete*, bien vívidos en la lengua; si dada una época de la misma no obran más, pueden realizar muchas derivaciones, como seguramente lo verificarán cuando las circunstancias se las pidan.

Por el estilo, cierto número de nombres derivados suponen radicales de una misma naturaleza; algunos en *ar*, *er*, *ir*, etc., suponen radicales verbales, *agradar*, *enardecer*, *pulir*, etc.; los derivados en *eza*, como *pieza*, *largueza*, *torpeza*, etc., suponen radicales adjetivos.

Del propio modo sucede frecuentemente que un derivado surge sin que la radical, que exigiría la ley de la analogía del subfijo, exista ó haya jamás existido; el subfijo en *age* supone un verbo y, entre tanto, se ha hecho *carruage* sin rodar ni carronar, *montage*, *cureñage*, etcétera. Los adjetivos verbales en *ante* suponen, igualmente, los

verbos *amante*, *brillante*, *ayudante*, *aspirante*, etc.: amable, de *amar*; *loable*, de loar, y es que estas *age*, *ante* y *able* piden un verbo que sirva á la función y donde juega también la analogía, pues en otros muchos casos de alguna anomalía se ejerce por la comparación de muchos subfijos, en su diversa y varia extensión analógica, fuente fecunda de poderosa y permanente actividad de la lengua, energía siempre creadora, puesto que el principio esencial de la derivación es principalmente la analogía.

Algunas veces el uso español intercala entre la radical y el subfijo de palabras derivadas ciertas sílabas con valor de subfijos, y cuya consonante son *c*, *r*, como en *av-ec-ica*; *hom-br-ez-uelo*; *vello-c-ino*; *muger-c-ita*; *flech-er-ía*; *med-r-oso*; así también vemos la interposición de la *t* en cafe-*t*-ear; agio-*t*-ar; coco-*te*-ar; ergo-*t*-ar; jus-*t*-ar y otros; precedimiento fecundísimo y en el que se podría hacer un vocabulario inmenso, recorriendo todas las palabras y todas las letras por orden alfabético, según se hiciese la unión al principio, medio y fin de la palabra, según la omisión también de las mismas y los diversos cambios que pudieran realizar.

De semejante intercalación de consonantes, originada á veces por una falsa analogía, hay que distinguir la intercalación de subfijos secundarios entre la radical y el subfijo final, en español moc-et-on-azo; acerca de los cuales la gramática castellana ha establecido algunas reglas limitativas: no obstante, en la inmensa variedad que nos ofrecen los subfijos verbales, que en latín eran considerados como sustantivos ó adjetivos, y donde el pueblo no reconocía un término verbal, acompañado de su subfijo, el genio de la lengua ha trasformado la derivación, generalizando los subfijos de la primera conjugación, aplicándolos á todas las formaciones nuevas; prueba del poderío que la analogía ó que la necesidad de simplificación y de claridad ha ejercido sobre nuestro idioma, y al contrario veremos que la tendencia de la lengua sabia, ha consistido en ir contra este gran movimiento, intentando revivir en la derivación las diversas conjugaciones de lengua muerta, y esta tentantiva ha sido coronada por el éxito.

Subfijos nominales.

Expuestas dichas observaciones en términos generales, se pueden reseñar algunas clases de subfijos que hacen nombres y adjetivos, sin atenernos al orden alfabético y anológico del latín, porque entonces habríamos de hacerlo igualmente de otras lenguas, en lo cual daríamos á este ensayo una extensión grandísima: bastando solamente algunos casos para conocerlos en detalle, según su forma usual.

ABLE

Unido este subfijo al participio de presente, sirve para indicar una posibilidad pasiva, cuando el verbo es activo, *valuable*, que vale y puede valer; *razonable*; *capitalizable*; *fertilizable*; *formulable*, *liberable* y otros no comprendidos todavía en el torrente del habla actual, adoptando la aserción de posibilidad: este es muy fecundo y sólo de antiguos podrían al pronto enumerarse unos 282, en nuestra lengua vulgar, aparte de los que se podrían ir creando con las palabras nuevas.

ADA

Etimológicamente considerada, resulta española, y de aquí *arcada; arlequinada, cascada, desbandada, barbada, dragonada, estacada, enfilada, serenada*, etc., los hay en todas las épocas de nuestra lengua; *trovada*, de los siglos medios, en los que tanto se lee *romanzada* y otros.

AGE.

Barcage, *mensage*, *corage*, *plumage*, *herbage*, y así otros, los hallamos en la época del romance adoptados, como *rage*; y en el de las artes después como *boscage*, *sombrage*, etc., es de gran fecundidad, da

á la lengua técnica y familiar muchos neologismos, á los cuales la lengua literaria no accede fácilmente; no obstante, encuentra de buen uso en los autores unos 146 ya admitidos en la rima.

ALLA, ALLE, ALLO

Treballa, vasalla, dalle, aballe, serrallo, trasmallo, y otros de la lengua del romance, que en poco tiempo después llegó á formar unos 156 términos de uso conocido.

ILLA, ILLE, ILLO

Derivado del latín, como *maravilla,* de *mirabilia,* son fecundísimos; cuentan ya en la rima unos 2.009 términos diferentes.

ENA

En los numerales ha dado *decena, veintena,* etc.

CIÓN

Del latino también *atio,* como oriundo de los verbos de la primera conjugación y de los sustantivos en *tio, onis*; *sio, sionis*; de ahí *consolación, justificación,* antiguos; *estratificación,* moderno, y son muchísimos.

AL, EL

Del latín *alis,* que unidos á los nombres los trasforman en adjetivos; estos adjetivos designan una manera de ser: *abismal, trenal, abestal, almaizal,* antiguos; *gubernamental, piramidal,* y otros muchos modernos, que indican esa posibilidad poseída por la raiz y forma de ser análoga.

ANCIA, ANTE

Corresponden al latín *ante, entian*, sacados de formas antiguas, como *ambulancia, trashumante, correspondencia*, etc.

ENDA

Del participio de futuro de la primera conjugación: *ofrenda, prebenda*, etc.

ADO, ADA

De la terminación del participio pasado de la primera conjugación *atus, ata*; este subfijo forma adjetivos ó participios pasados, teniendo el valor de adjetivos. Esta formación es muy viva en la lengua popular, común y sabia; tiene los mismos caracteres que la derivación genérica y es de una singular riqueza y de una fecundidad inagotable, á la cual se deben una infinidad de verbos.

MIENTO

Del *mentum* latino, es un subfijo de incomparable fecundidad, formando sin cesar derivados de verbo, que expresan, ya la acción indicada por el verbo, ya el estado, bien el objeto que resulta de esta acción. La mayor parte de estas creaciones nuevas pertenecen en él á la lengua popular y á la terminología científica é industrial; son muy pocos en la literaria, por las cuales abandona su severidad: *esparcimiento, apasionamiento, acontecimiento, descubrimiento, frotamiento*, etc.

RÍA

He aquí un subfijo muy rico en derivaciones: es una prolongación de la raíz, que viene del latín popular *ía*, alteración del latín clásico

ía; se fija *ría* en sustantivos, adjetivos y verbos, y añade á la idea que expresan matices muy diversos. Ya indica la idea de cualidad, expresada por el término, como *poltronería*, *diablería*, *chillería*; ya marca el resultado de la acción verbal, como en *divertiría*, *marcharía*, *buscaría*. Este resultado, concebido en el sentido concreto con una idea colectiva en *platería*, *joyería*, *orfebrería*, *cristalería*; la idea colectiva se desarrolla en *hostelería*, *panadería*, *lechería*, que indican los establecimientos, y permanece sólo en *cocotería*, *grosería*, *flanería*, *patriotería*.

ITIA

Ha dado *justicia*, *caricia*, *delicia*, *franquicia*, *primicia*, *pudicia*, *jurispericia*, y hasta otros mil más.

OR

Del latín *or*, *oren*, ha dado sustantivos derivados con significación abstracta, *frescor*, *dulzor*, *verdor*, *claror*; en la lengua del romance ha dado otros, y es capaz de crear muchos y buenos.

DOR

Ha venido en castellano determinando siempre un agente, *aclimatador*, *cincelador*, etc.

OSO, OSA

Oriundos del latín *osus*, *osa*, es subfijo rico en adjetivos y cuya energía no se ha debilitado desde los orígenes de la lengua hasta nuestros días: *cuitoso*, *piadoso*, *deleitoso*, *suntuoso*, en la época del romance, y así continuó hasta *amoso*, *gomoso*, etc.

ARIO

De *arius*, *aria*, *arium*, ha dado lugar á muchos derivados y no cesa de formarlos: *confesionario*, *primipalario*, etc., del lenguaje

antiguo; *presidiario*, *consignatario*, *parlamentario*, etc., de las modernas.

INA

Del latín *inus*, *rutina*, *marina*, *figurina*; da adjetivos, sustantivos y nombres comunes y propios, *bobina*, *platina*, *argentina*, *piscina*, géneros; y en las ciencias naturales *anhilina*, *brillantina*, *vitrina*, perfumes, esencias, colores; en las flores y en la Química tiene un poderío extenso: la terminación en *ina* es uno de los elementos más ricos de formación constante, y demuestra de una manera visible la actividad de la lengua; *muselina*, *lustrina*, *percalina*, *castorina*, ya no son diminutivos, sino que el uso las da su significación completa, como *bandolina*, *cornelina*, etc.

ANA

Proviniendo de *anum*, es de la lengua literaria *calderoniana*, *sevillana* (escuela), *calviniana*, *luterana* y otros, emanados de la lengua sabia.

ORIO, ORIA

De *orium*, *notorio*, *sensorio*, *consistorio*, *decretorio*, *ustorio*, etc.

ON

Del latín *onem*, se une á los verbos y palabras nominales sin aumentar mayormente su significación; así, de *camisa*, *camisón*; *devota*, *devoción*; *deglutir*, *deglución*; *don*, *donación*; *cesar*, *cesación*; y es aumentativo en italiano y español.

DAD

Igualmente del latino *talem*, que se une á los adjetivos para formar sustantivos expresando cualidad, y de aquí *bondad*, *lealtad*, *longevidad*, *amabilidad*, etc.

Subfijos verbales.

Es muy variado el juego del subfijo en el verbo español, y como lengua cosmopolita ha adoptado en este punto infinidad de formas, en virtud de las que su derivación verbal la verifica con el subfijo que añade al adjetivo ó al sustantivo de que se quiere sacar el verbo; facilidad que posee el idioma castellano en fecundísimo número, pues de todo sustantivo puede, por una simple adición de determinaciones conjugables, formar verbos nominales; *emocionar*, *dictaminar*, *facsimilar*, *fuchinar*, *geografiar*, *horizonnar*, *ilusionar*, *influenciar*, *diferenciar*. Del propio modo que los acabados en *ir*, *pulir*, *blandir*, *ludir*, *lucir*, *mugir*, etc.

Del subfijo adverbial.

Más fecundo aún y sin término de comparación la acción del subfijo, bajo la forma *mente* se presenta derivado también del latín, en los adverbios, y ha tomado una extensión tan vasta, que constituye por sí una generalidad y abstracción amplísima, considerándole ya como subfijo: en los verbos es muy fecundo, y pocos adjetivos podrían dejar de usar esta terminación.

Vicente Tinajero Martínez.

(Continuará).

CRÓNICA POLÍTICA

10 de Setiembre.

Va, por fortuna, terminando el verano sin que ningún incidente extraordinario imprima animación ó tristeza en el campo de la política, ni se confirme ninguno de los pronósticos exparcidos desde hace mucho tiempo, oídos con pena y zozobra por la masa sensata y pacífica del país. En la temporada canicular se han fijado principalmente las miradas sobre las poblaciones de la frontera francesa, donde gran número de hombres públicos del Estado Mayor han pasado el estío, ya en los dominios de la República vecina, ya en tierra española.

Como si las brisas del Cantábrico, recalando hasta Madrid, trajeran á nuestros oídos el eco de las tertulias, conversaciones é intencionados diálogos que aquellos personajes han sostenido, disfrutando la frescura de las playas, así hemos recibido en la capital las impresiones, los giros y los propósitos que al parecer allí se han lanzado al aire. El feliz desmayo en que al parecer han caído los alarmistas perpetuos, por la falta de un acontecimiento de bulto y resonancia, no puede ser neutralizado de manera ninguna por las murmuraciones, cálculos ó conjeturas fraguadas en San Sebastián, Biarritz y San Juan de Luz, porque ellos no han de pasar de la esfera de la discusión más ó menos viva, que al fin sólo es hablar, sin nada de sublevaciones, regimientos ni partidas, que serían las delicias de aquéllos y con

lo cual verían colmada la patria de desventuras, aspiración preciosa de una pequeña parte de los españoles.

Empezó dibujándose por allá la buena disposición que se observaba para formar un núcleo de descontentos con aquellos que, dispersos y silenciosos en Madrid, habíanse juntado y entendido en los ocios del veraneo, y protegidos quizás por el ceño de los que tienen autoridad y razón, exclamar y alborotar los que no cuentan con una ni otra cosa, pero que á la postre forman falange, y á su vocerío parece que todos contribuyen.

Las primeras ráfagas aquí percibidas, fueron proclamando la necesidad imprescindible de una modificación ministerial al reanudarse la legislatura, maniobra que no puede fructificar fuera del Parlamento ni debe venir de soslayo y como imposición al Jefe del partido. La modificación está en la conciencia de todos, si, como hemos dicho en el número anterior, el Gobierno no hace declaraciones francas y categóricas, así en los rumbos de la política como en la estabilidad de los Ministros en el Gabinete.

Otras noticias se han referido á la supuesta actitud del General Martínez Campos que, unida con el cansancio que aquejaba al Presidente del Consejo de Ministros y combinada con el designio de satisfacer el amor propio de determinados personajes, vendría á formarse un Ministerio presidido por aquel ilustre soldado, cuya misión consistiría en llenar un interregno de reorganización en el campo fusionista en que, fuera del poder el Sr. Sagasta, tuviera más facilidades de completar la unión de progresistas y demócratas, concluyendo por crear una fuerte trabazón de ideas é intereses que produjera un gran partido liberal compacto y homogéneo.

Este Ministerio, considerado por unos como de descanso para el Sr. Sagasta, vendría á ser, según otros, de mayor trabajo y de problemáticos resultados, por la creencia general de que, aun siendo mucha la autoridad de un hombre político, lo es mayor cuando se cuentra al frente del Gobierno; y en aquella labor de compaginaento de ideales y aspiraciones, ninguna posición es tan provechosa no la que actualmente ocupa el Sr. Sagasta. Sobre tal punto no ode resolverse de plano; pues mientras hay ocasiones en que esto imo resulta una verdad incontrovertible, llegan momentos en que

lo primero se impone, designando otros altos sitios como más á propósito para determinadas empresas; y, por lo tanto, el curso de las cosas y las exigencias de la política han de marcar las más ventajosas soluciones. En cuanto se refiere á la personalidad, bien prominente, por cierto, del antes citado General, no creemos tenga nadie el más pequeño fundamento para echar á rodar especies que envuelvan hostilidad, ni siquiera diferencias con la situación, ni por virtud de sus palabras, y mucho menos de sus hechos.

No dudamos que el partido puede contar con el Sr. Martínez Campos siempre que las circunstancias reclamen su cooperación, ya como político, ora como militar; pero desde esto á que pugne por ocupar posiciones nunca por él ambicionadas, y con cuyo motivo se produzca una perturbación y cierto nocivo dualismo, hay una distancia inmensa, que no salva el mencionado General, y cuya suposición siquiera habría de serle ofensiva de seguro.

Se ha dejado asimismo entender haberse suscitado en los círculos de bañistas muy acentuadas dudas sobre el temperamento que tomará el Gobierno, al cumplir sus compromisos en lo que se relaciona con la fórmula pactada por los Sres. Alonso Martínez y Montero Ríos.

En esta materia ya concedemos más formalidad y valor á lo que haya podido hablarse y prepararse, como igualmente son dignas de tomarse en cuenta las insinuaciones de la prensa; pero esta consideración y este valor que concedemos al asunto, consiste en que lo estimamos como buena arma de oposición, tanto para los que desean la elasticidad y amplitud de la fórmula, como para los que quieren su reducción ó casi aniquilamiento; y, sobre todo, hemos de convenir en que la tal fórmula es un instrumento excelente para hacer fuerte ruído con objeto de confundir al Gobierno con cargos y exigencias apremiantes.

Excusado sería negar el compromiso contraído por el fusionismo con lo más granado de la izquierda para constituir la unión, y mucho menos el estudio y las solemnidades con que aquél fué revestido, reconociéndose, por lo tanto, la necesidad del cumplimiento. Mas si esto es exacto, y en su contra no hemos de decir una palabra que desprestigie á los hombres que lo estipularon, también lo es que no existe obligación precisa y concreta de la medida en que han de

tener lugar las ampliaciones del derecho civil y político que abraza la fórmula mencionada, ni marcado está tampoco el plazo fatal en que hayan de tomar cuerpo y forma de leyes.

La ausencia de estos preceptos revela la singular importancia que tienen los tres puntos fundamentales allí contenidos, é indica además la necesidad de un detenido estudio sobre cada uno de ellos:

El Jurado en materia criminal.

Validez del matrimonio civil.

Universalización del sufragio.

Vencida la primera dificultad, que consistió en la admisión por todos de tales reformas, quedan otras dificultades no despreciables, que consisten en el más ó el menos á que haya de llegarse en estas trascendentales reformas. Estimamos indispensables el concurso y consejo de los notables del partido, seguido de una profunda meditación por parte del Gobierno, puesto que se trata de bases esenciales y delicadísimas de nuestro organismo civil y político, bastándonos decir, para afirmar esto, que con la extremada laxitud en el sufragio vendría la lucha con el republicanismo y el socialismo; y con la secularización del matrimonio se daría un arma poderosa á los carlistas. De aquí la necesidad imprescindible de un equilibrio exquisito y de una esmeradísima atención á los grandes intereses sociales que han de conmoverse y resentirse cuando tales cuestiones se pongan en tela de juicio.

No hay que perder de vista el ansia con que la escuela democrática reclama y forcejea sin descanso por conseguir elementos en su provecho, y que la masa pacífica del país ve con recelo toda innovación ocasionada á movimientos y disturbios, que le arrebate su tranquilidad y su trabajo. Calma y estudio, pues, son la primera necesidad cuando el Gobierno acometa la empresa de dar cumplimiento á la fórmula, tanteando la actitud en que sobre estos particulares se encuentran las fuerzas sociales del país, como asimismo sus más importantes personalidades.

El disgusto latente que venia observándose entre los elementos que formaron la coalicion republicana, parece que se va acentuando á medida que se aproxima la reapertura de las Córtes. El malestar

que aseguran se siente en ese bando político, estriba en la supremacía alcanzada por el Sr. Pí desde las elecciones generales, y después en el Congreso federal celebrado en su casino de la calle de Esparteros.

El Sr. Pí aportó á la coalición sus huestes, su credo y su personalidad, solicitados y bien recibidos en un principio; pero que, sin duda equivocadamente, supusieron los partidarios del Sr. Ruiz Zorrilla que aquellas fuerzas se someterían, modificando un tanto sus ideales, y por otra parte permitiendo que ante todas se destacase la figura del jefe ausente, aceptando como base y trabajo principal sus procedimientos, que, según todo el mundo sabe, consisten en llevar á su servicio el ejército, por cualquiera medio que humanamente pueda conseguirlo, revelándose en la actualidad señales de que no ha podido llegarse á la deseada conformidad, y que el apóstol de la federación rivaliza, si no supera, en autoridad y prestigio en toda la línea.

Si los síntomas y rumores que tales cosas nos indican vinieran á confirmarse, resultaría un fracaso en lo que pudiéramos llamar la política interior y reservada de los zorrillistas y salmeronianos, que se encamina á una especie de separación tácita de los federales, dejando á éstos con su doctrina y propaganda embebidos en las lucubraciones del Sr. Pí, y siguiendo aquéllos con sus maniobras prácticas é inmediatas que conduzcan á ocasionar un golpe de mano, en cuya virtud recojan el poder. Así es que, como medio adecuado á tales fines, hay quien afirma está estudiada y recomendada á los más altos amigos, para que con pulso y cautela váyase extendiendo, una conducta prudente, pero constante, que dé por resultado un enfriamiento de relaciones primero, indiferencia después, y separación, por último, de la comunión federal, al mismo tiempo que por todos los imaginables resortes se procure inteligencia, aproximación, conquista y acuerdo con los posibilistas, lo cual indicaría, entre otras cosas, y caso de resultar exactos estos indicios, que habían caído en la cuenta de lo mucho que representa y significa en la actual política española el Sr. Castelar.

No aseguraremos ser esto verídico en todos sus extremos, pero sí que se nota cierto movimiento sordo y cuidadoso, cuando menos de lucha interna, entre los que dan mucha importancia al convoy pres-

tado por el Sr. Pí y los que estiman á esas gentes como un estorbo; y sea de ello lo que quiera, entendemos que dicho Sr. Pí, con sus falanges más ó menos uniformes y ariscas, sería, si esos tiempos llegaran, el último de todos estos señores precisado á abandonar con paso vivo el suelo patrio.

El 31 de Agosto llegaron á Madrid, invitados por la prensa, los periodistas italianos venidos á Barcelona con objeto de conocer una parte de nuestra costa de Levante. Aceptada la invitación por estos distinguidos escritores, se les hizo un entusiasta y fraternal recibimiento por todas clases y asociaciones de esta corte. Se organizaron festejos en su honor, sobresaliendo entre ellos el banquete con que los obsequió en sus salones la Municipalidad, y el ofrecido en los Jardines del Buen Retiro por la prensa y otras corporaciones á ella agregadas, el cual resultó amenísimo, significativo y suntuoso.

Las mesas se hallaban colocadas en el espacio cubierto de la plaza del teatro de los Jardines, adornado con guirnaldas de flores, gallardetes y las banderas de España é Italia. Al fondo del mismo se colocó la mesa de la presidencia, dando frente á las cuatro de los comensales, que contenían cien invitados cada una.

El escenario presentaba un soberbio golpe de vista. Ante un telón de nubes destacaban, sobre un pedestal, los escudos de armas de ambas naciones, pintados por Bussato, coronadas de banderas artísticamente enlazadas.

Ocupaba la presidencia el Sr. Núñez de Arce. A su derecha se hallaban sentados los Sres. Cavallotti, Romero Paz, General Salamanca, Rico, Escobar, Campoamor, Balaguer y Aguilera. A la izquierda se sentaron el Cónsul de Italia, Garbavo y otros.

Mientras la orquesta ejecutaba obras del repertorio italiano, se sirvió un espléndido almuerzo.

A la hora del Champagne, el Sr. Núñez de Arce hizo uso de la palabra en nombre de la Asociación de Escritores y Artistas, prensa ›añola, Ateneo, Círculos de Bellas Artes, Militar, Casino de Madrid, ·iedad Económica Matritense y Fomento de las Artes.

'omenzó leyendo una carta del ilustre Zorrillá, que dice así:

Mi querido paisano y amigo: Sírvase Vd. manifestar á los perio-

distas italianos la adhesión y el cariño que por Italia tiene el viejo poeta—*José Zorrilla.*»

Dió cuenta de otra carta del Ministro de Estado, manifestando que su salida para La Granja le impedía asistir al banquete, y otra, también de disculpa, fundada en sus ocupaciones oficiales, del Gobernador civil de la provincia, Sr. Zugasti.

Pronunció en seguida el digno presidente de la Sociedad de Escritores y Artistas un discurso de saludo á Italia y evocación á sus glorias, y de recuerdo de los lazos que nos unen con el país de que son hijos los periodistas italianos.

España—dijo—no es tan grande ahora como en el pasado, porque ha dado la sangre de sus venas para nutrir á otros pueblos y contribuir á otras grandezas; pero tiene alientos para confiar en el porvenir, que se le presenta brillante, si va unida estrechamente con los pueblos de la raza latina, de que es gloria Italia.

Invocó en el recuerdo de Cervantes el movimiento de la sociedad contemporánea.

Hemos prolongado—dijo—el imperio de la raza latina por todas partes.

Añadió que el presidente de la comunidad que nos visita hablaría en su idioma, en la seguridad de que le entenderíamos; y terminó manifestando que Francia, Italia y España deben ir juntas siempre por el camino de la civilización, pues que de la misma semilla proceden.

El discurso del autor de *Gritos del combate* fué acogido con frenéticos aplausos.

Se leyó después un telegrama de la Sociedad de Autores, de Milán, saludando á sus hermanos de Madrid, y en seguida se levantó el Sr. Cavallotti, que fué saludado con aclamaciones entusiastas.

Antes de brindar, pidió al Sr. Lupinacci, Secretario de la Sociedad de la Prensa de Roma, que leyese el telegrama que le había dirigido el Sr. Ruggero Bonghi, presidente de la misma.

El Sr. Lupinacci leyó entonces el telegrama, que traducido dice así:

«*Roma* 31 de Agosto (8 mañana).—La acogida dispensada á los periodistas italianos es de tal índole, que los mismos que la reciben

reconocen sinceramente que no se tributa á ellos solos, sino que el principal objeto es Italia.

»Os suplico deis las gracias al Gobierno, al Municipio, á los escritores, á los ciudadanos todos, en nombre de la Sociedad de la Prensa, que representáis, y en nombre del país.

»Aquí esperábamos que la presencia de italianos como vosotros en España hubiera contribuído á aumentar el afecto entre las dos naciones latinas; pero el resultado supera á las más lisonjeras esperanzas.

»Confío en que este éxito impulse á los periodistas españoles á visitar á Italia, donde los aguardamos con anhelo.

»Las dos naciones hermanas que tienen como lazos comunes los gérmenes de civilización y tantos vínculos en su historia, pueden hoy valer en el mundo, como amigas y unidas, mucho más que cuando la una era dueña y vencedora de la otra.

»El Mediterráneo no las separa, sino que las une. Fuertes y unidas, podrán hacer de él un solo mar y ganar ambas otros mares y mucha gloria para sus banderas, haciendo en el porvenir lo que la desdicha no permitió hacer en el pasado.

»Os ruego, en nombre de la Sociedad y en el mío, que brindéis por la buena inteligencia é íntima armonía de las dos naciones que saludaron en Roma la aurora de su civilización y de su historia.—*Ruggero Bonghi.*»

Este telegrama promovió una tempestad de bravos y palmadas.

El Sr. Cavallotti pronunció acto continuo un elocuentísimo discurso acerca de la unión que existe entre la raza latina, á pesar de los grandes obstáculos con que ha tropezado la Italia para hacerse libre é independiente.

Italia y España—dijo entre otras cosas—son como dos ríos que, partiendo del mismo origen, fecundizan los campos de la historia y se unen luégo para hacer más grande su misión.

Amplió algunas de las ideas del telegrama de Bonghi y del discurso del Sr. Núñez de Arce y, consagrando frases de cariñosos recuerdos á Barcelona, dijo:

«Tales y tan buenos habéis sido allí y aquí con nosotros que,

cuando surcando el Mediterráneo volvamos á nuestra patria, nos parecerá que no hemos salido de ella.»

El discurso del Sr. Cavallotti fué calurosamente aplaudido.

Terminado el banquete, el Sr. Núñez de Arce contestó al telegrama del Sr. Bonghi con el siguiente:

«*Bonghi.*—Asociación de la Prensa.—Roma.—Vuestro telegrama, leído por el Sr. Lupinacci en el fraternal banquete dedicado á los periodistas italianos, ha producido el mayor entusiasmo.

»Unidas en amoroso lazo presidían la reunión las banderas de Italia y de España, y unidos estaban, en un mismo sentimiento, los corazones de italianos y españoles.

»Cuando se escuchó vuestra hermosa frase de que «el Mediterráneo »no separa, sino que une á las dos naciones,» estalló entusiasta salva de aplausos. Sea este telegrama el eco que los lleve á Roma con nuestro cariñoso y fraternal saludo.—*Núñez de Arce.*»

Como su recibimiento y estancia, la despedida fué en extremo cariñosa; y quiera el cielo que al regresar á su patria estos hijos del trabajo intelectual, difundan por ella un concepto de la España actual más ventajoso del que por desdicha gozamos en el mundo, si bien algo nos consuela haberse modificado un tanto en los últimos años.

Según muchas y espontáneas manifestaciones, les agradaron varias cosas de nuestro país, llamándoles principal y extraordinariamente la atención el alto grado de libertad que aquí disfrutamos, y eso que no es posible se hayan hecho cargo bien de él en toda su extensión. Si esto les ha maravillado, tenemos la seguridad de que hubieran llegado á la estupefacción al saber hay entre nosotros quien se lamenta porque vivimos en una tiranía insoportable.

Ramón García Galván.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

HERBERT SPENCER.—*Eclesiastical institutions: benig part VI of the Principhes of Sociology.*

La última obra del gran reformador, del hombre que ha llevado una verdadera revolución á los espíritus, se ocupa de los orígenes de la religión en la humanidad y de sus evoluciones sucesivas. No podemos hacer hoy un estudio crítico del nuevo libro del gran escritor inglés, sino apuntar algunas de sus principales conclusiones.

Según el insigne maestro del positivismo contemporáneo, la religión comienza en el mundo desde que el hombre se levanta á la concepción de un ser sobrenatural, y el primer ser sobrenatural que ha podido concebir es un espíritu. No pudiendo los primeros hombres explicarse el doble fenómeno del sueño y la vigilia, contrarios en apariencia, sino distinguiendo dos hombres en cada uno: el que permanece inerte, tendido, dormido, mientras que el otro vaga errante por el espacio, concibieron un doble yo, y á la parte principal de este doble ser le llamaron espíritu. La muerte no fué para ellos más que la dislocación ó disasociación de estos dos términos, uno de los cuales continúa viviendo con una duración indeterminada.

De esta observación ó teoría hace arrancar el ilustre autor naturalista el ulto que los salvajes y los pueblos primitivos tributaron á los muertos. maginando unos y otros que los espíritus continúan vagando á su alrede- or, no pudieron menos de invocar su intervención y buscar los medios de

hacerlos benévolos con ofrendas, sacrificios y, más tarde, plegarias; con lo cual empezó á tomar forma la primitiva religión.

Se esfuerza luégo el autor en probar que todos los sistemas religiosos, en su inagotable variedad, proceden de este primer origen, así el fetichismo, que no es para él más que el culto de los espíritus trasportados á las cosas que han pasado á habitar, como el *naturismo* ó culto de la naturaleza, debido, en sentir suyo, á una personificación de las fuerzas naturales en ciertos nombres históricos que durante su vida excitaron, por sus buenas ó malas cualidades, la simpatía ó el terror.

De estas nociones, desarrolladas minuciosamente y aplicadas á la vida patriarcal, á la tribu, y, finalmente, á la formación de las naciones, pasa á la creación del sacerdocio, cuya primera institución debió tener por objeto hacerse propicios á los espíritus bienhechores. Al principio sus funciones se confunden con las del jefe de familia; pero andando los tiempos, se van separando los poderes político y religioso, aunque nunca de una manera completa. El régimen militar, propio de los pueblos atrasados, comprime los espíritus y los dispone á todos los despotismos, incluso el religioso. Á medida que el industrialismo reemplaza al militarismo, se hace una revolución en los espíritus, los hombres se acostumbran á sacudir todo yugo, lo mismo el religioso que los demás. Bajo el régimen de la libre contratación, no puede haber otras creencias que las libremente aceptadas.

A pesar de esto, la opinión del autor es que la idea religiosa no desaparecerá, porque encierra un germen de verdad, que las supersticiones primitivas llevan envuelta y escondida. El culto de los espíritus supone la creencia de que los acontecimientos internos y los fenómenos externos manifiestan dos fuerzas diferentes, pero análogas, de una sola y misma energía, origen ó fuente de toda vida y de todo cambio, cuya necesidad concibe la razón, pero que la inteligencia no puede, ni podrá jamás, representarse claramente. Esto es lo *incognoscible*, del cual la ciencia ha procurado sustraerse, pero que no sabe explicar. Libertada de preocupaciones absurdas y explicaciones infantiles, queda todavía un resíduo ininteligible, que excede al conocimiento científico. Es el eterno misterio, objeto y razón de ser toda religión.

Admitida la perpetuidad de ésta, hace algunas reflexiones sobre el sacerdocio, cuyas condiciones—dice—variarán, gradualmente, en carácter y organización, formando, en vez de una corporación centralizada y sometida á un gobierno más ó menos autoritario, «un vasto sistema de instituciones locales y autonómicas, cual conviene á un régimen verdaderamente industrial.

Esto es, en resumen, lo que viene á decir en su nuevo libro, ó más bien continuación del que tanta sensación produjo en el mundo científico, uno de los más respetados oráculos del moderno naturalismo. Prescindiendo del mayor ó menor fundamento de su teoría sobre el origen de las religiones, es lo cierto que tributa en este libro un homenaje al Ser Supremo que ha de causar un movimiento de sorpresa y disgusto en muchos de sus sectarios, que, como todas las medianías, exageran las mismas exageraciones de sus maestros, como en el arte los imitadores agrandan los defectos de los modelos. La edad y la reflexión han hecho que Herbert Spencer se fije en lo que tal vez le había pasado desapercibido, y haga declaraciones que de seguro no prohijarán muchos de sus apasionados discípulos.

JUAN MORNAS, por Jules Claretie, versión de P. San Román.

Desde que Voltaire inventó la novela filosófica con su *Cándido*, Walter Scot la histórica en su colección inmortal de este género y Julio Verne la geográfica, que tan popular se ha hecho en todo el globo, todas las cuestiones han entrado en la órbita de la novela y, en lugar de dilucidarlas en términos abstractos ó rigurosamente científicos, prefirieron muchos adoptar esta forma que, dando vida y relieve á los hechos, interesa á las muchedumbres, permitiéndoles ser testigos y jueces en esos grandes debates que antes se suscitaban únicamente entre los sabios. A este género pertenece la obra de que damos cuenta.

La cuestión que en ella se trata es la del magnetismo animal, ó sonambulismo, en su forma particular de hipnotismo, que permite á un individuo imponer su voluntad á otro reduciéndolo á la condición de autómata ó ins-

trumento ciego del magnetizador por un espacio indefinido de tiempo, hasta que la víctima realiza inconscientemente el crimen que el magnetizador haya proyectado.

Para desarrollar esta acción se supone una pasión profunda de una joven, llamada Lucía, hacia el protagonista, que se aprovecha de ella para realizar su experimento y su fortuna, y la benévola amistad de un anciano médico, llamado Pomeroy, quien, por los procedimientos del mismo sistema, deshace la obra del malvado, restituyendo á la comprometida doncella el honor y la libertad.

La obra en cuestión reviste el intéres de una novela, al par que el de un problema científico, de ignorada solución. Es un nuevo progreso en el arte, que reputamos muy seperior al de cierto grosero realimos, que se propone también enseñar, pero precisamente aquello que importa ignore la mayoría de los lectores.

Otra vez debemos felicitar al *Cosmos* por su buena elección.

Los amores de Felipe, por Octavio Feuillet, versión de Miguel Bala.

Aunque «el nuevo arte de escribir novelas,» como le llama el ilustre Valera, haya decretado la abolición de los altos problemas y útiles enseñanzas en este género, que tiene por objeto principal el recreo y distracción del lector, los buenos autores no pueden evitar, ni evitarán nunca, cumplir con los altos fines de toda obra literaria de alguna importancia, penetrando hasta el fondo de las cosas y desempeñando el papel de Mentor en la humanidad, que necesita ó acepta el concurso de sus luces y levantados sentimientos.

Al número de estos buenos autores pertenece Octavio Feuillet, y de las obras de la buena escuela, la que acaba de publicar el *Cosmos Editoral*, objeto de estas breves líneas.

Un joven dotado de las generosas prendas que pueden adornar á un hombre de su edad, se arroja, lleno de vigor y entusiasmo, á la batalla de la vida, en busca del ideal que todo corazón impetuoso y noble se forja al asomar por vez primera á la atmósfera de la existencia. Empieza por repudiar el amor doméstico, personificado en casta y virtuosa doncella, que le ofrece un corazón puro, apto para realizar cumplidamente las dichas del hogar doméstico,

y corre desalado á buscar la felicidad, primero en las emociones tempestuosas de un amor nacido en los bastidores de un teatro, y más tarde, en cuanto se desvanece la pasajera ilusión, en las ardientes pasiones de una mujer de mundo aristócrata, escéptica, caprichosa, que le convierte en un esclavo y en un martir del honor y de los remordimientos.

En esta lucha de tan opuestos amores, sale triunfante el de la virtud, del honor y del deber, que envuelve al propio tiempo, bajo sus modestas apariencias, la felicidad sólida, armonizada con los más altos respectos de la vida moral. Es cierto que á este feliz término llega el héroe con el alma lacerada y el corazón consumido por tan gigantescos combates; pero al fin el triunfo es de la virtud y de la verdad, como corresponde en el terreno del ideal, ya que la triste realidad se resuelva con triste frecuencia en más funestos desenlaces.

Basta lo dicho para que concedamos á la obra que ha traducido magistralmente D. Miguel Bala todas nuestras simpatías, consignando á la par que el insigne novelista francés ha merecido bien de los amantes del buen gusto, que es eterno y no varía en el fondo con los lugares ni con los tiempos.

FILÓSOFOS ESPAÑOLES, por Oliva Sabuco.

Bajo este epígrafe hace la acreditada *Revue philosophique*, que dirige en París Mr. Ribot un concienzudo estudio de un escritor español bien poco conocido en nuestra patria. El nombre en cuestión corresponde á una mujer contemporánea del P. Feijóo y que siguió sus pisadas, llevando el análisis y el espíritu innovador é independiente al terreno de la Medicina.

En realidad, es sorprendente ver á un individuo del otro sexo dedicarse á las altas cuestiones de la Medicina, con un criterio tan elevado, que resulta una humillación y vergüenza para los sabios de su tiempo. Si no hubiese indicios graves que justifican la paternidad de la obra *Nueva filosofía de la naturaleza humana*, podría creerse que el nombre de Oliva Sabuco era no más que un pseudónimo con que escudarse y defenderse de la implacable

Inquisición; pero la crítica más severa ha confirmado al apellido su carácter histórico.

Nos place en extremo que los extranjeros se ocupen de nuestras cosas, mayormente cuando lo practican con la gravedad y competencia del señor Guardia, que firma el artículo. Lo que nos molesta, hasta cierto punto, es que ellos tengan que encargarse de exhumar nuestras bibliotecas y sacudir el polvo de verdaderos tesoros científicos, allí abandonados por la desidia de los españoles. Pocos serán, en realidad, entre nosotros los que conozcan el nombre de Oliva Sabuco y de su obra, que tiene colosal importancia, no sólo por su valor intrínseco, sino en cuanto revela un movimiento de emancipación, de renovación espontánea, que se verificaba en nuesta patria paralelamente al que á la otra parte de los Pirineos produjo la grandiosa obra de la Enciclopedia.

Valdría bien la pena de que alguno de nuestros críticos consagrara algunos trabajos á estudiar ámpliamente aquella época, íntimamente ligada con la historia general de la civilización, aunque luégo aislada violentamente de ella por la suspicacia de un odioso Tribunal.

PROPIETARIOS:

JOSÉ LUIS ALBAREDA. L. A. RUIZ MARTINEZ.

DIRECTOR:

FRANCISCO CALVO MUÑOZ

APUNTES

SOBRE EL NUEVO ARTE DE ESCRIBIR NOVELAS [1]

IV

Después de haber probado, con textos del propio Zola, lo trabajado, sobado y lamido que suele estar, en Francia al ménos, casi todo escrito de los naturalistas, no extrañará nadie mi asombro al ver que doña Emilia Pardo Bazán me acusa, en nombre del naturalismo, de harto atildado y primoroso. Dios le pague, si no puedo yo, la generosa alabanza que va envuelta en esta censura, de la cual sería inmodestia defenderme; pero hay, en mi sentir, un error en lo que dice doña Emilia; error que conviene refutar, porque toca al arte de escribir en general, y, por lo tanto, al arte de escribir novelas, de que aquí estamos tratando. Me supone afectado y arcáico porque imito á los escritores místicos y ascéticos, y asegura que yo lo sería ménos, ó que no lo sería, si imitase á nuestros novelistas picarescos. Ahora bien; yo afirmo enteramente lo contrario: ıe nuestros novelistas picarescos pecan de afectados, y los ıísticos, no, y que en nuestros libros de devoción hay que ir á

[1] Véanse las REVISTAS de 10 y 25 de Agosto y 10 de Setiembre.

buscar y á aprender, no el arcaismo, sino el verdadero naturalismo; esto es, la sencillez, el candor, la total carencia de artificio de quien habla ó escribe de buena fe, porque tiene algo que decir, salga como salga de sus lábios ó de su pluma, ya que en el escritor devoto ó ascético no debe haber otra retórica que la que consiste, según afirma uno de ellos con impremeditada poesía, «en mostrar la operación de Dios que en el alma resplandece, la cual, como centella de fuego, bulle allá dentro y procura salir afuera para dar luz á todos».

Confieso que los dos Luises eran muy retóricos; pero el acendrado gusto de ambos les impedia extraviarse; y en cambio, Santa Teresa, San Juan de la Cruz y fray Juan de los Ángeles, escribian sin arte y sin aliño, y lo mismo otros mil, hasta en la época de mayor corrupción y culteranismo literarios.

Claro está que pongo á salvo y sobre mi cabeza, el *Quijote*. Se me figura que en lo humano, y como libro de entretenimiento, en prosa, es el mejor que se ha escrito en el mundo. Pero, aun así, ¿puede creer nadie, que sea sincero y que entienda de estilos, que hay más sencillez y naturalidad en el estilo del *Quijote* que en el de la *Vida del Padre Ignacio*, de Rivadeneira, valga por caso? ¿Será más natural *El lazarillo de Tormes*, de Hurtado de Mendoza, que cualquiera tratadito del Padre Maestro Juan de Ávila? Los Padres escribían, por lo común, á fin de que los entendiesen los pequeñuelos, las mujeres ignorantes y la gente vulgar, y á fin de enseñar algo que juzgaban del mayor provecho para la salud de las almas. Así es que miraban más al fondo que á la forma de lo que decían, y eran, y no podian menos de ser, muy naturales. Hurtado de Mendoza, que en su estilo serio está erizado de latinismos y remeda á Salustio, es rebuscado y afectado por otro modo en lo picaresco. Y Hurtado de Mendoza es del buen tiempo. Viene después la corrupción del gusto, y nuestros novelistas se inficionan. A no haber sido por la afectación, acaso el remedo francés no hubiera eclipsado los originales españoles: acaso el *Gil Blas* no hubiera vencido y oscurecido las obras de Mateo Alemán, de

Vicente Espinel y de otros. Pues si estuviese escrito sin afectación y con naturalidad *El prevenido engañado*, por ejemplo, de doña María de Zayas, ¿no valdría más que tres ó cuatro novelas de Zola juntas? Aun tal como está estrito, *El prevenido engañado* divierte y enseña más que *Una página de amor*, v. gr.

Se me dirá que los escritores devotos también se corrompieron y se hicieron extravagantes y culteranos, lo cual no negaré. El Padre Isla y su *Fray Gerundio* saldrían á contradecirme; pero siempre quedaron autores de libros devotos que no rindieron culto á la afectación y que escribieron como Dios manda.

Tomemos algunos libros devotos de la época de nuestra mayor decadencia: las *Gracias de la gracia*, los *Gritos del infierno*, *Los desengaños místicos* ó *Los estragos de la lujuria;* y aunque el hombre sobrado crítico ó poco piadoso tal vez se ría de la credulidad y soltura de estilo de aquellos honrados frailes, y califique de simpleza ó delirio la mitad de lo que dicen, siempre tendrá que confesar que lo dicen muy bien, y de tan llana y clara manera, que le darán gusto y quizás envidia. El tratar de cosas devotas estaba tan en el genio de los españoles de entonces, que hasta los más afectados, los que cuando escribían de asuntos profanos eran insufribles en lo serio, como Quevedo en la *Vida de Marco Bruto*, donde estropea tan cruelmente al buen Plutarco, ó eran en lo jocoso, á fuerza de viciosa lozanía y de refinada agudeza, un costal de retruécanos y juegos de palabras, como el mismo Quevedo en la *Vida del gran tacaño*, que no es natural, pues no es natural la caricatura, vuelven al estilo sencillo, y parecen otros hombres, cuando escriben algo de devoción. Así igualmente Quevedo en la *Vida de Santo Tomás de Villanueva.*

La lectura de los místicos, aun careciendo de la fe que ellos tenían, es además muy útil ejercicio para los escritores de novelas; porque en dicha lectura aprenden á conocer y á describir el alma humana, en cuyos senos nadie penetró nunca más hondo.

Quiero dar por indiscutible que el concepto pesimista que

Zola y los de su escuela se forjan del mundo y de cuantos seres corpóreos y vivos el mundo encierra, no es más espantoso que el que se forjan los cristianos; pero en éstos, cuando no se salen de la ortodoxia, persiste la creencia en el libre albedrío del hombre, el cual, ayudado de la gracia, puede triunfar de toda tentación, á pesar de la decadencia que el pecado original trajo consigo. Mundo, demonio y carne, no valen contra el hombre, contando con el auxilio del cielo. Y aun negar ó afirmar lo necesario de este auxilio, importa poco para el caso. Aquí no tratamos de teología moral, sino de estética. Lo que importa asegurar es que todo hombre es responsable de sus faltas; porque sobrenatural ó naturalmente, se siente capaz de domar sus apetitos y pasiones, y no es juguete de fuerza ciega é irresistible. Aunque seamos escépticos hasta el extremo de negar toda revelación y toda ley divina positivas; aunque nos declaremos autónomos, sacudiendo el yugo de toda autoridad, de la Iglesia, del Estado, de los sacerdotes y de los legisladores, siempre queda en lo íntimo de nuestro espíritu una ley, que obedecemos y que tenemos la conciencia de obedecer como seres libres. Nuestra voluntad acaso la quebranta, pero nuestro entendimiento nunca la deroga.

Seamos claros, señora doña Emilia; si esto es ser idealista, usted es idealista como yo, ó más que yo, y no es naturalista como Zola. No se me increpe que me salgo fuera de la cuestión. Escribir novelas, es representar los actos y las pasiones de los hombres. Y no puede representar nada de esto, como los naturalistas franceses, quien entiende con los místicos, aunque niegue la Biblia y aunque sea racionalista y no creyente; que en lo profundo del alma asiste Dios, somos como Dios, somos deiformes ó divinos, y «mana una fuente de agua viva, que da saltos por la vida eterna, y es de tanta virtud y eficacia, y tiene tanta suavidad, que destierra *fácilmente* toda la amargura de los vicios y vence y sobrepuja toda la rebeldía, contradicción y resabios de la naturaleza viciosa y mal inclinada.»

Hay que entrar en estas discusiones al hablar del natura

lismo, porque el naturalismo procede al revés que otros géneros de literatura. En otros géneros, la ciencia es base en que se funda la obra literaria. En lo ignorado, en lo que la ciencia deja aún por averiguar, viene la imaginación y borda y recama cuanto quiere. Con tal, pues, que el novelista sepa lo bastante para no desfigurar lo ya averiguado, y atine á soldarlo bien con lo que él imagina, no hay que pedirle más. Su obra no aspira á más tampoco. Nadie va á aprender historia en las novelas de Dumas ó en las de Fernández y González, por ejemplo, ni astronomía, geología y mecánica en las novelas de Julio Verne. Si en las de Scott se puede aprender historia de los siglos medios, y si en las de Ebbers se puede aprender historia de Egipto y de otros pueblos de la antigüedad, eso más tenemos que agradecer á los autores: es como un regalo que nos hacen, yendo más allá de su propósito y de nuestra esperanza. Sus novelas salen, brotan de una ciencia, pero son novelas; mientras que las novelas naturalistas tienen la pretensión de ser ciencia, y esto no se puede sufrir.

Es de notar asimismo que cualquier error en que incurra ó haga incurrir á sus lectores un novelista físico-matemático como Verne, ó un novelista histórico como Ebbers, no tiene gran valer ni en lo trascendente ni en lo práctico. El que va á hacerse físico ó geólogo leyendo cuentos, lo mismo da que crea ó que no crea que hay un lindo mar libre y una feliz tierra hiperbórea junto al polo, ó que un hombre puede ir á la luna empaquetado en una bala, ó que en el centro de la tierra hay lagos, rios y habitantes. Para el que estudia en novelas la historia, poco mal es que se persuada de que en tiempo de Alejandro Magno hubo un galo, llamado Pendragón, junto al cual Alejandro era un Juan Lanas, como en una novela de Assolant; ó bien de que en tiempo de Moisés ocurria puntualmente en Tebas de Egipto todo lo que con minuciosidad refiere utier en *Le roman de la momie*. Es más: yo creo que, sobre r divertidos los tales cuentos, son útiles las ideas incomples y hasta falsas que infunden; porque, al cabo, algo llega á ber el ignorante, y á menudo se despierta su curiosidad y

quiere saber más. ¡Cuántas personas muy *comm'il faut* saben de Druidas porque han visto la *Norma*, de Babilonia por *Semíramis* y de Egipto por *Aida*! ¿Y qué daño hay en esto?

Toda falsedad, repito, de la novela físico-matemática ó de la novela histórica, no toca á lo esencial y á lo práctico, mientras que la novela naturalista hiere con sus asertos en lo práctico y esencial de la vida, y aun toma, para que la herida sea más profunda, la apariencia de que es *estudio experimental* y no novela. Casi ningún héroe humano de cada uno de estos *estudios* divierte, interesa ó conmueve. ¿Ni cómo ha de interesar, cuando es un temperamento y no un carácter; una máquina que se mueve obedeciendo á leyes fisiológicas; un proyectil arrojado indefectiblemente por la fuerza de su organismo; por una *nevrosis*, ya al crímen, ya á la virtud, ya á la locura ó á la estupidez, ó ya á ser un genio ó un santo?

Cuestión es de ciencia, y no de letras, si es ó no el hombre una criatura inteligente y libre; pero, suponiéndola ficción y dándola por supuesta, no le cabrá la menor duda á doña Emila de que el cuento, la novela y la tragedia, la poesía, en suma, que se componga, siguiéndola, valdrá mil veces más, siendo igual la aptitud artística de los autores, que lo que se componga con arreglo y sujeción á las nevrosis y á la patología. Habrá lucha en la cual el hombre podrá quedar vencido; pero será lucha interesante; que en la novela naturalista no se da. El hombre luchará contra el destino, como lucharon Edipo y otros héroes antiguos; ó contra una divinidad malévola y terrible, como luchó Mirra; ó contra el demonio, como Job; ó contra los otros dos enemigos del alma, como tantos héroes cristianos; pero jamás ninguno de estos héroes, aunque sucumba, creerá que fué inevitable su caída: no se la perdonará, se acusará y se condenará. Sólo Dios, sólo un numen podrá perdonarle, como Minerva perdona á Orestes y Cristo ó la Virgen perdonan á los furibundos pecadores de nuestros dramas y leyendas *á lo divino*.

Yo reconozco que los crímenes y horrores que refieren los libros de imaginación de otras edades, no son menos feroces

que los que refieren los libros de imaginación del día; pero entonces, por ser la sociedad más ruda y bárbara, no repugnaban tanto: ahora, lo remoto del tiempo los esfuma é imprime en ellos un sello ideal ó mítico que mitiga el horror. No hay que fatigarse mucho la memoria para hacer ver que la gente de los pasados siglos no brilló por lo suave y morigerada. Aquiles arrastra á Hector y degüella á los cautivos en la pira fúnebre de Patrodo; Medea, mata á sus hijos; Ulises, hace en el festín la más despiadada carnicería en los pretendientes de Penélope; y así se pudieran ir sumando barbaridades hasta lo infinito. Pero, en fin, el Cristianismo, la civilización, la cultura, el progreso, son algo, me parece. De suerte, que cualquier acto atroz, aunque no llegue, ni con mucho, á lo que hizo Aquiles ó Medea, contado hoy, de hoy, y atribuído al tío Fulano, á un albañil, á un caballerito cualquiera, á Perico el de los Palotes, digámoslo así, tiene un no sé qué de repugnante, de abominable y de soez á veces, que raya en intolerable. Y lo peor, no me cansaré de repetirlo, es la tendencia con que tales hechos se cuentan, como si fueran fatales, como si Dios ó la naturaleza tuviese toda la culpa.

El romanticismo, en lo que tenía de malsano, echaba la culpa á la sociedad de los pecados de sus héroes:

> En la mezquina sociedad lanzados,
> A romper sus barreras turbulentos.

La constitución social les venía estrecha, y la magnanimidad de sus corazones requería una infracción constitucional á cada paso. Pero el naturalismo, exagerando el romanticismo y trasponiendo más allá, cuando no echa la culpa á Dios, porque no cree en él, echa la culpa á la naturaleza.

Hasta ahora no he profundizado á Zola lo bastante para afirmar ó negar que él considera posible enmendar en este punto la naturaleza con el arte; pero aceptando la posibilidad de la enmienda y que las novelas de Zola tiran á esto, y aunque hay esperanza de que lo logren, todavía las tales novelas nada

ganarán estéticamente, por más que adquieran extraordinario valer científico. El cual valer subirá no pocos grados cuando, partiendo de los estudios preparatorios de Zola, se componga un tratado de más enjundia y segura aplicación que otro que leí yo años há, titulado *Megalantropogénesis*, ó arte de tener niños sanos, robustos, hermosos y discretos, y cuyas nevrosis los lleven á la virtud y á la ciencia, en vez de llevarlos á mil abominaciones, como dicen que por lo común sucede ahora.

Nadie celebra más que yo, pues mi candorosa ignorancia abulta su grandeza, los inventos de la ciencia experimental novísima: los barcos de vapor, los ferrocarriles, las máquinas de coser, los fósforos, el alumbrado eléctrico, la fotografía, el teléfono, los torpedos, los microbios, la homeopatía, el cloroformo, los revolvers y las inyecciones de morfina. Y, sin embargo, considero pueril la vanidad de los sabios y diestros en estas disciplinas y manipulaciones siempre que lanzan una afirmación metafísica, impía. Y á cada instante las lanzan, engañándose y engañándonos con que se limitan á dudar. No dudan, sino niegan, y al negar, afirman lo contrario de lo que niegan, incurriendo en afirmaciones más absurdas que el Credo de la religión positiva más desatinada ó que el conjunto de principios de la metafísica más audaz y más por cima ó por fuera del sentido común. Si me dijeran que no saben ni lo que es materia, ni lo que es espíritu; que los linderos y señales entre lo natural y lo sobrenatural están aún por poner; que ignoran si hay silfos, ondinas y duendes, ó si no los hay; que no se atreven á resolver si los Padres Sinistrari y Fuente de la Peña tenían razón ó no la tenían, y que no han adquirido noticia fidedigna y experimental sobre si vivirá algo de nosotros después de la muerte ó todo acabará con la vida, yo me vería apurado para hacerles salir de sus dudas y para moverlos á afirmar lo que yo afirmo, ó por fe ó por imaginación, aunque sin acertar á probarlo. En lo que yo no consiento, no ya la negación, pero ni la duda, es en que soy libre, en que soy responsable, en que llevo la ley moral grabada en el alma, y en que la raíz, origen y fundamento de esta ley y de esta alma es un

bien absoluto, infinito, eterno, que la comprende toda, aunque el alma, que es limitada, no le comprenda á él, por más que á veces le vislumbre, dando, en esta vida efímera, *los saltos por la vida eterna*, de que habla el místico que he citado, cuando se hunde en el abismo de su ser, abstrayéndose de cuanto la distrae y enajena de su propio centro.

Y no se me arguya que apelo á sutilezas; que el libre albedrío, ilustrado por esa luz interior, sólo se da, si acaso, en pocos hombres. No discurrimos aquí sobre lo que pensarán y sentirán los habitantes del centro del África ó de alguna isla de salvajes olvidada aún en el hemisferio austral, ni sobre lo que pensaron ó sintieron los hombres de hace veinte siglos, sino sobre lo que se piensa y se siente ahora en Europa, ya que los héroes de las novelas naturalistas suelen ser contemporáneos y europeos. Ni se me arguya tampoco que en las bajas clases sociales la miseria y la ignorancia embotan los entendimientos y enflaquecen las voluntades, y abren, sin defensa ni reparo, la puerta á todos los vicios, maldades y errores. Zola sostiene mil veces, como crítico y como novelista, que todo está igual é inevitablemente podrido: en unas novelas es la gente menuda; en otras, la aristocracia; en otras, la burguesía. El esmero en la educación, todo el cuidado y el refinamiento de la cultura, no libran á nadie, por lo visto, de la tiranía de sus ciegos instintos. No es Zola como Leopardi, que pretende que hay virtudes que nacen del saber. Según él, y en esto creo que tiene razón, la bondad moral más sublime cabe con holgura en el alma del más cuitado é ignorante de los mortales. En lo que no tiene razón, es en pensar que esa virtud cabe por temperamento, por nevrosis, por no sé qué fuerza fatal, sin reconocer que viene al alma por merecimiento y trabajo de aquél en quien brilla.

Yo no he de negar aquí, invadiendo el terreno de las ciencias médicas, en el que soy forastero, ni el poder del atavismo, la trasmisión hereditaria de dolencias y aptitudes; pero niego e esto no deje á salvo la libertad, y niego que sobre tan ste fundamento científico, aunque sea verdad, se levanten ı bonitas novelas como las que se fundan en el supuesto de

que somos libres y responsables, aunque esto sea mentira.

Personas hay que se vuelven locas y que, luégo que están locas, con locura completa, ya no son responsables de nada; pero, mientras dichas personas no llegan á tanto extremo, tienen que responder á Dios de todo, hasta de su juicio. Esto en cuanto á las locuras y nevrosis que arrastran al crimen. En lo tocante á las que nos levantan á la virtud, á la ciencia y á la creación de obras inmortales, ya son locuras divinas, entusiasmos, delirios, que en nada se parecen á los otros. Todo se llama locura, no porque sea todo lo mismo, sino por deficiencia del lenguaje humano. Esta univocación de las locuras puede originar equivocaciones tan chistosas como la que padeció el gran hidalgo manchego cuando aquel galeote le dijo que le castigaban por enamorado. Amor fué el que tuvo, pero por una canasta atestada de ropa blanca.

Todavía, por más que sea aventurado y sin pruebas, hay algo de benigno y de indulgente en afirmar que el pecado, el delito, la vileza, provienen de una enfermedad que nos roba el libre albedrío ó nos ofusca la luz del alma. Lo que es peor y más odioso, es afirmar que todo acto magnánimo, toda obra de superior ingenio, toda hazaña heróica y toda creación sublime, provienen también de algo á modo de enfermedad; que el genio es una dolencia;

> Que el poeta, en su misión
> Sobre la tierra que habita,
> Es una planta maldita,
> Con frutos de bendición;

que los Decios estaban *chiflados* cuando se votaban á los dioses infernal es y se metían en lo más recio de la pelea para morir allí dando á su patria la victoria; que Newton fué grandísimo astrónomo porque no servía para otro *asunto* útil y agradable; que todos los mártires eran locos de atar; que Daoiz y Velarde fueron dos solemnes majaderos, y que nadie compone un buen poema sin estar en potencia propíncua de ir á parar á un ma-

nicomio. Si todo esto fuese exacto, bien podríamos dejar de pedir al cielo lo que pedía el poeta latino: *mens sana in corpore sano;* y bien podríamos resolver la duda del Padre Fuente la Peña—*si los mónstruos lo son ellos ó lo somos nosotros*—declarando que los mónstruos lo somos nosotros, pues estamos sanos de alma y de cuerpo y no hemos hecho ni heroicidades, ni obras portentosas de ciencia y de poesía.

Yo he oído contar ó leído no sé dónde que el famoso Cornelio a Lapide fué en su niñez un porro, y que, siendo ya zagalón, le tiraron una pedrada con tan dichoso tino, que se le trastornó el meollo y vino á ser gran sabio; pero, á pesar de esta historia y de otras por el estilo, sigo obstinado en creer que el talento, la virtud, el genio y el heroismo, no residen ni consisten en los órganos corporales, sino en algo á donde no llegan las pedradas y que se substrae al examen de médicos, cirujanos y biólogos. Sin duda que el bailarín que ejercita mucho las piernas, tal vez las robustece á expensas del torso y los brazos, y el que ejercita los brazos, tal vez debilita las piernas; por donde conviene, para la hermosura, gallardía y armónica robustez del cuerpo todo, valerse de gimnástica sabia y bien ordenada. También es cierto que el excesivo trabajo mental puede hacer daño al cuerpo, pues al cabo el espíritu reside en él y de él se vale. Mas, á pesar de todo, el espíritu da á cada instante y en cada hombre pruebas evidentes de su independencia del organismo. Con no menor entereza que soldados briosos y fornidos gladiadores, sufrieron el martirio tiernos niños, débiles ancianos y vírgenes delicadas; tan gran poeta fué Leopardi, canijo y enfermizo, como Gœthe, que era un jayan sanote y pujante; y tan gran filósofo fué Kant, que era un escomendrijo, como Platón, que sé yo de buena tinta que de un capirotazo era capaz de matar un toro. De ello se infiere, ó yo no sé dialéctica, que los mártires, los héroes, los poetas y los filósofos enclenques y escuchimizados, lejos de deber sus bríos y su inspiración á la flaqueza del cuerpo, fueron grandes y gloriosos á pesar de ella y dominándola, y que, si hubiesen sido más robustos y gozado de mejor salud, todavía hubieran sido

más enteros de ánimo, hubieran compuesto mejores versos, ó hubieran inventado más profundas y amenas filosofías.

Es indudable, pues, que vicios y virtudes, genio y locura, estupidez y talento, no son el resultado de una nevrosis inicial, modificada por el medio ambiente y trasmitida por herencia. Además, aun suponiendo que esto fuese ya verdad probada, no se seguiría que tan amarga verdad fuese benéfica para la amena literatura: la literatura dejaría con ella de ser amena.

Diré de paso, como otra opinión mía, cuya demostración no he de procurar aquí para no ser harto prolijo, que, á mi ver, todo es armónico en el desenvolvimiento de la inteligencia humana, y que, sin más pruebas, me basta, para decidir que una doctrina científica experimental es falsa, el ver que destruye la poesía y las leyes y teoremas de una metafísica perpetua, que yo entiendo que existe. Y cuenta que yo tengo la manga ancha, y no me alboroto contra cualquier descubrimiento, soñado ó real, imaginando que, si sale verdadero, va á robarme mis creencias más caras y va á lastimar mi orgullo de hombre. Yo me contraigo á recusar, como incompetente é improcedente, toda ciencia de observación, por los sentidos, para invalidar lo que afirma la ciencia especulativa, fundamental y primera, ó la ciencia de introversión ó estudio íntimo del alma humana. Así, por ejemplo, el darwinismo, contra el cual tanto se ha declamado, confieso que no me repugna, antes me parece bien. Prefiero, aunque yo fuese más hermoso que Apolo, proceder del barro, en cuanto al cuerpo, pasando por mil formas sucesivas, que proceder del barro inmediatamente. Y, aun interpretando con cierta amplitud unos cuantos versículos del *Génesis*, hallo más arte divino y menos antropomórfico arte el imprimir á la materia movimiento y apetito infalibles para elevarse hasta un organismo perfecto, digno ya de ser templo y morada del espíritu, que el construir este organismo de seguida, como un relojero hace un reloj ó un zapatero un zapato.

Lo que no es admisible, es lo que implica la irresponsabilidad de los actos morales y la negación ó mengua casi completa de libre albedrío y de todo merecimiento. Esto, además, quita la

gracia, el encanto, el chiste, el interés y el valor á las novelas, que es de lo que aquí disertamos. A pesar del talento indisputable, del estilo pulido y cincelado y del artificio exquisito de Zola, el personaje más falso y fantástico de cualquier cuento de hadas me parece más humano, me interesa más, tiene más ser real y natural que todos los Rougon Macquart juntos en uno, ya que en ellos no veo sino la nevrosis, que circula como savia endiablada por el árbol genealógico que Zola ha plantado, y que, en cada rama, da indefectiblemente su fruto: en Gervasia, borrachera; putería, en Nana; talento pictórico, en Cláudio; instinto dominante, en Estéban; imbecilidad, en Desirée; misticismo en Sergio y ambición en Arístides. Ninguno de estos vicios ni ninguna de estas virtudes hacen odiosos ni amables á los personajes. El determinismo, que á ello los impele, es incontrastable y fatal. Y si nos inspiran tales pinturas horror al vicio y amor á la virtud, y compasión hacia los criminales y pecadores, tan buenos sentimientos quedan emponzoñados por el odio blasfemo á la naturaleza, y á su Autor, si en Él se cree.

Yo creo que la ciencia debe ser desapiadada. Si al desgarrar el velo que envuelve la naturaleza vemos que todo es horrible, todavía es menester tener valor para desgarrar el velo, aunque descubramos lo que llama Leopardi *el indigno misterio de las cosas*. Yo me río y hallo cómicas las jeremiadas de Renan, porque ya el vulgo no tiene creencias religiosas y porque, á fin de tenerle sujeto y de que no haga atrocidades, es menester que los sabios se junten en colegios y tengan doctrinas ocultas, por las cuales amenacen y aun castiguen al vulgo con buenas pestes, con hambres eficaces y con terremotos y otras plagas. Si tanto había de deplorar Renan la pérdida de la fe, y á tales medios había de apelar para poner freno á las muchedumbres impías y desbocadas, se me ocurre que hubiera sido ás sencillo no escribir la *Vida de Jesús*. Pero, en fin, la cien- es la ciencia. Lo que importa en ella es descubrir la verdad, amarga que sea.

También concedo yo ó tolero, en la poesía lírica, la blasfe-

mia pesimista: 1.° Porque en verso, quizá sin razón, no tiene la misma importancia que en prosa cualquiera atrocidad que se diga, con tal de que se diga con primor y elegancia. 2.° Porque estas blasfemias primorosas y elegantes son breves, son jaculatorias, son reniegos y maldiciones que se lanzan para desahogo. Leopardi llega á decir que aborrece y desprecia á sí mismo, á todo el linaje humano, al Universo y á Dios, á quien llama *el feo poder que impera para común daño de todos*. Y 3.° Porque tamañas ferocidades suelen producir, por contraposición, muy buenos efectos. Acaso el más apasionado de las invenciones modernas, del racionalismo y de la negación de lo trascendental, al ver el resultado cruelísimo que produce en ingenio, tan claro como el de Leopardi, se esfuerce por no perder su fe ó por recobrarla si la ha perdido.

Pero en las novelas, que no son breves ni jaculatorias; cuando es necesario haber perdido el juicio y estar loco de remate para creer que escribiéndolas se va á hallar el remedio de nada; en las cuales se entra en menudencias, ápices y circunstancias *pintorescas*, que la misma ciencia experimental suprime; y que deben escribirse para solaz y deleite de los lectores; entiendo y afirmo que es extravío abominable decirnos siempre cosas que, aunque fuesen ciertas, en vez de divertirnos, nos habrían de amargar y atosigar.

A mi ver, la condición del novelista se explica bien por lo que hizo un cocinero de cierto Obispo, cuya historia voy á poner aquí en resumen. Su señoría ilustrísima hacía colación en los días de vigilia y de ayuno con un potaje de judías. Despidió al cocinero, y todos los que sucesivamente venían luégo á servirle, no atinaban, por más esmero que ponían, en condimentar bien las judías de la colación episcopal. El Obispo los iba despidiendo á todos por ineptos. Por último tomó uno que, más avisado que los otros, acudió al cocinero primitivo para que le diese la receta del potaje. El hombre fué generoso, y se la dió. Condimentó su guiso el cocinero, le envió á la mesa del Obispo, y éste le halló tan delicioso, que después de comer de él dos ó tres veces, llamó al cocinero y le hizo mil encomios.

El cocinero, que era, á pesar de todo, algo simple, exclamó entonces: «Ilustrísimo señor; eso que celebra es un engaño, en que no quiero que siga: las judías no son judías, sino riñoncitos de pollos y albondiguillas menudas de pechugas.» El Obispo, al oirle, frunció el entrecejo y respondió: «Tú eres un sandio; tu oficio no es el de desengañarme, sino el de darme gusto: no te asalario para que me instruyas y amonestes, sino para que me complazcas; y tu deber era seguir engañándome como el primer cocinero me engañaba.»

Y si al fin, los novelistas, imitadores del cocinero ingénuo, nos desengañasen con algún provecho, se les podría consentir y hasta aplaudir: pero ya hemos visto que no traen provecho ninguno su pesimismo y su fatalismo, en lo cual, extremando á Zola, exageran sus discípulos del modo más horrible. Hay un señor Bonnetain, cuyas novelas ponen grima. Para indicar con vaguedad el argumento de alguna de ellas, se necesita pedir venia y perdón, envolver dicho argumento en tupido velo, fumigarle y agarrarle con tenazas. Nace un niño lujurioso, cuya madre lo era también desaforadamente. El padre del niño muere en una alcantarilla, ahogado en inmundicia y medio devorado por ratas. El amigo, que trae á la viuda el cadáver, es seducido por ella aquella misma noche, emborrachándole y violentándole cuando está el marido de cuerpo presente. Al otro día es el entierro. Como no cabe el féretro por la escalera estrecha, le echan atado á una cuerda. Descripción minuciosa de la operación: Se da el féretro un trastazo y sale líquido de él, que cae sobre los que están abajo. Pero esto es limpio en comparación de lo que sigue. El niño, sin poder remediarlo, por la nevrosis hereditaria, se entrega á vicios inmundos: todo descrito con prolijidad. El niño, lo mismo que su madre, tenía cierto sentimiento religioso. Como para el autor dicho sentimiento viene á ser una forma de la lujuria, el niño, lo mismo que la madre, entra en la carrera de las más abominables impurezas, seducido por clérigos. Al fin, el héroe de la novela, agotado, arruinado de cuerpo y de alma, recurre al suicidio. Antes de cometerle, peca asquerosamente por última vez, y

dice *le mot de Cambrou*, sin perífrasis, porque ya no le trae deleite el pecado. En el momento de ir á echarse al río de cabeza y con piedras en el bolsillo para no sobrenadar, recuerda el suicida que tiene un hijo, niño de teta aún, el cual heredará por fuerza, y sin beneficio de inventario, todos sus vicios, y tendrá no menos espantosa y sucia vida; y así, para salvarle de tanto mal, va por él á su casa y se echa al río, abrazado con él, para que también muera. Los novelistas naturalistas presumen gravemente de muy morales, y en efecto, lo son á la manera que cierto discreto amigo mío presumió, por lo chusco y por lo bromista, de serlo en una ocasión, que no me resigno á callar y he de referir ahora.

Varios escritores españoles y portugueses publicábamos años há, en Lisboa, un periódico bilingüe, titulado *Revista Peninsular*. Yo tenía encargo y empeño de recoger original para dicha *Revista*. Acudí al citado amigo, elegantísimo y agudo ingenio en prosa y verso; pero como era flojo y estaba ya viejo y cansado, no compuso nada y prometió darme lo que hallase, si hallaba algo inédito entre sus papeles. Buscó, pues, y topó con una leyenda fantástica, en verso, que tenía por título, si no recuerdo mal, *El Rey de Capadocia*. Era este rey un francés, cuyo aspecto feamente peregrino y cuyo desarrapado y estrambótico traje pinta el poeta con mucha gracia. El francés aparece tocando un pito siniestro. Su música tremenda no está menos bien descrita. Al oirla, todo ser masculino, toda la naturaleza del género más noble, todo lo que vive y hasta todo lo que no vive, con tal de que tenga forma varonil, se extremece, se conturba, se aterroriza y se escabulle. Ni Aquiles dando las tres voces y lanzando aquella llama espantable que Palas le encendió en la frente, ni Pan haciendo resonar su flauta desde lóbrega caverna, donde persigue tal vez á la esquiva ninfa Eco, infundieron jamás terror semejante en huestes enemigas. Es para llorar de risa la lectura de la revolución, del trastorno, de la fuga precipitada y general, que produce el miedo más que pánico. Hasta un Cupido de porcelana que tenía cierta amiga del poeta, llamada Nemesia, salta despavorido

del sitio en que estaba colocado, y temblando de lo que augura el ominoso pito, se refugia, cuela y esconde en el seno de la muchacha.

Con regocijadas lágrimas solemnicé yo la leyenda fantástica de mi amigo, que él me leyó con gravedad socarrona; pero como el naturalismo no estaba de moda aún, le dije que no me parecían bien sus versos para una Revista seria, y no los tomé. Enojado el poeta, apeló de mi fallo á *El Diario Español*, á cuya redacción envió su leyenda para que la publicase. Como la Leyenda es un primor, una verdadera joya, y como el nombre ilustre del autor la autorizaba, aunque encubierto por el semi-anagrama de Sefinaris, *El Diario Español* la dió al público en sus columnas. Siguiéronse á la publicación la censura de los otros periódicos y el escándalo que yo había temido. Aquel mismo día me encontré al autor de la leyenda, tan tranquilo y como si tal cosa, embozado en su capa con garbo andaluz y paseando con majestad por la plaza de Oriente. No pude menos de decirle, para justificar mi conducta, que ya estaba viendo el resultado de la publicación de sus versos; pero él me contestó con calma: ¡Hombre, tú eres tonto, y lo mismo cuantos me censuran! ¿Pues hay nada más moral que mi leyenda, cuando, en vez de excitar la pasión y emberrenchinarla, la marchita y pone mustia?

Por este estilo es la moralidad de las novelas naturalistas. Como toda pasión vehemente, todo entusiasmo, todo arranque es nevrosis, le entra miedo al más animoso y despreocupado de ponerse enfermo, de volverse loco, de caer en algún crimen abominable ó en algún pecado vergonzosísimo, y de trasmitir todo esto por herencia. Entonces siente gana de imitar, ya el frenesí quirúrgico de los coribantes ó de los *escopsis* moscovitas, ya la paternal antropofagia de Saturno, y exclama con Leopardi:

> ¿Perché reggere in vita
> Chi poi di quella consolar convenga?

reciosa excitación al infanticidio más ó menos prematuro. Ni

vale pasión ó afición, por santa y pura que en apariencia sea. Detrás de la cruz está el diablo. Si te dedicas á inventar algo en las ciencias, te expones á envenenar y á guillotinar á tus hijas; si bebes un traguito, á ponerte borracho hasta morir de *delirium tremens*; y si eres místico, á que tu misticismo se tuerza y degenere en la más inmunda lascivia.

Todo se ennegrece, todo se tizna, todo se mancha, visto al través del prisma de los naturalistas. El naturalismo es levadura y fermento que corrompe la pasta ó masa más sana y avinagra ó pudre el licor más generoso.

No hay escritor cristiano, por asceta y misántropo que sea, que pinte tan feo el mundo. Y aun cuando le pintara tan feo, valle de lágrimas, infierno tenebroso, camino sembrado de abrojos y noche tempestuosa y oscura, siempre, por cima de tanto horror, brillaría la luz de la esperanza, el resplandor del cielo, la sonrisa de los ángeles y la inagotable misericordia de Dios; pero en el mundo de los naturalistas no hay más que la desesperación y la muerte.

Juan Valera.

(Concluirá.)

DE LAS ALIANZAS INTERNACIONALES

CON RELACION Á LAS CONDICIONES E INTERESES PECULIARES

Á LAS POTENCIAS EUROPEAS

I

La visita recientemente hecha á España por los representantes de la prensa italiana, y que no es dudoso que los periodistas españoles devolverán á sus colegas de la Península hermana, con inequívoca efusión de hondos sentimientos de amistad, engendrados por la comunidad de raza, es un hecho que ha venido á iniciar la reciprocidad de ideas y de aspiraciones que á ambos pueblos animan y que de suyo subentienden un porvenir de alianzas susceptible de descansar en sentimientos más sólidos y duraderos que los que pudieran atribuirse á la afectuosa atracción de ambos pueblos el uno hácia el otro.

Mas pensamiento tan grato y que tan beneficioso podría llegar á ser para las dos naciones, no cabe se realice obedeendo únicamente á impulsos de simpatía, hallándose su cumimiento ligado á consideraciones de una trascendental polí-a que no ofreciese garantías de duración, que sólo podrían alnzarse después de salvar los obstáculos é impedimentos que

la marcha de los acontecimientos ó los antagonismos que siempre son de preveer, y que pudieran, si no oponer del todo, dificultar ó modificar los vuelos de la inspiración de las dos Península.

Tampoco ha de prescindirse, tratándose de cuestión de tanta monta, de hacernos cargo de los impedimentos que para reducir la apetecida alianza á estipulaciones de índole positiva, pudieran surgir de la opinión y de los intereses de la comunidad europea, problema que de suyo pide el estudio de los hechos legados por la historia á la política de actualidad.

Al célebre sistema del equilibrio europeo, que vino á ser el evangelio de los gabinetes de nuestro continente después de la guerra de los treinta años, época en la cual las contiendas internacionales se regían por el favoritismo y las intrigas cortesanas, fué seguido por el gran movimiento de la Revolución francesa de 1789, hecho que conmovió todos los tronos de nuestro hemisferio, trajo á la política el irresistible componente de la opinión pública y el de la cooperación de los pueblos á la actitud y procedimientos de sus Gobiernos, solidaridad que fué el principal obstáculo para que Napoleón I consolidara su imperio, echando las raíces de una nueva Europa organizada y regida por la supremacía autoritaria de la familia del Gran Conquistador, bajo un absolutismo modificado por instituciones semirepresentativas.

Mas Napoleón I sucumbió ante los extravios de su desordenada ambición, la que en 1814 condujo á París los ejércitos vencedores de la coalización provocada por el despotismo del Gran Capitán del siglo. Pero aquella coalización se mintió á si misma negando á los pueblos la libertad ofrecida en premio de la ayuda por ellos prestada á los Reyes subyugados por las victorias de Napoleón.

Ébrios con su triunfo, los coligados inauguraron en Viena el pacto que recibió el nombre de la *Santa Alianza*, cuyo principal, ó mejor dicho, cuyo único propósito lo fué el de sofocar el conato de libertad que la Revolución francesa había sembrado en Europa, conjura que permitió á los Emperadores de Rusia,

de Austria y al Rey de Prusia sofocar las aspiraciones de libertad estalladas en Nápoles y en el Piamonte al calor del ejemplo que los españoles habíamos dado á Europa restableciendo el régimen de la Constitución de 1812, triunfo que nos arrancó de las manos en 1823 la intervención de la Francia de Luis XVIII, quien de manos de la Santa Alianza aceptó el papel de ejecutor de la intervención á mano armada, que entregó á España á la brutal reacción que siguió á la salida de Fernando VII de Cádiz.

Durante quince años permaneció Europa sujeta al yugo de tres cortes del Norte, cuya supremacía vino á estrellarse contra el esplendente movimiento de Julio de 1830 en París.

Un gran fenómeno experimentó entonces la política europea á la caída del Rey Carlos X, con la inauguración de la alianza contraída entre los Gabinetes de París y de Lóndres, con el doble objeto de proteger el restablecimiento de la libertad en la Península Ibérica y de poner un *veto* al sistema de intervención armada en los asuntos interiores de los Estados de nuestro Continente, intervención acariciada por los tres Gabinetes del Norte para mejor ahogar el desarrollo de la libertad política de los pueblos que pugnaban por alcanzarla.

Durante los diez años que permaneció en pie la alianza occidental, aunque debilitada ésta por las veleidades del Rey Luis Felipe, el simple hecho de no haber sido todavía rota se impuso á los Gabinetes absolutistas, conteniendo ó modificando en gran manera los proyectos anexionistas de la Santa Alianza, contrariados por la superior influencia de Inglaterra y de Francia unidas para oponer un dique á las aspiraciones de los tres Gabinetes. Pero en 1840 Lord Palmerston se sintió cansado de que la Francia, siguiendo las inspiraciones del Príncipe Meternich y las mal disimuladas simpatías de Luis Felipe hacia el pretendiente Don Carlos, como también irritado el Ministro inglés de que el Gobierno francés protegiese las conquistas asiáticas de Mehemet Aly, dirigidas nada menos que á sustituir en Constantinopla una dinastía árabe á la de los descendientes de Osmán el Grande, no costó á Palmerston gran trabajo inducir á

los Gabinetes de Berlín, de Viena y San Petersburgo á suscribir el tratado de Londres de Julio de 1840, tratado que arrebató á Mehemet Aly la Syria y detuvo la marcha de sus ejércitos vencedores en dirección de Constantinopla, golpe de audacia y de fortuna de parte de Inglaterra que hizo caer á Luis Felipe de la credulidad en que se hallaba de ser el árbitro el jefe de la política europea.

El poco tacto del Rey de los franceses, ayudado por su Ministro Guizot, forzó la máquina de su sistema ultra-conservador y provocó el levantamiento del pueblo de Paris, el que en 1848 derribó la dinastía de Orleans, como en 1830 había derrivado la de Carlos X. Aprovechó Lord Palmerston la circunstancia de ser Inglaterra la primera potencia que reconociese el Gobierno de Napoleón III, sucesor de la efímera República de 1848, para renovar la alianza anglo-francesa, circunstancia que permitió á los dos Gabinetes de París y de Londres recoger el guante arrojado por el Emperador Nicolás, cuyos ejércitos amenazaban pasar el Pruth en dirección á Constantinopla.

La guerra de Crimea dejó postrado el poder y disipado el prestigio de la Rusia como primera potencia militar del Continente. Propicia era la ocasión para haber puesto término á la provocadora actitud del Czar, para lo cual habría bastado que la alianza occidental, continuando sus triunfos de Crimea, hubiese prestado auxilio á los circasianos, poniendo así coto á las conquistas asiáticas de Rusia, que ya dejaba vislumbrar su pensamiento de no perder de vista, para más adelante llegar á Constantinopla y penetrar en el corazón del Asia central, sin abandonar la aspiración de que en su día el imperio moscovita fuese el presunto heredero del poderío británico en la India.

Para haber reducido á Rusia á sus naturales límites en los desiertos del Norte y cerrándole el camino que con empeño busca consolidar en el mar Negro, para extenderlo al Mediterráneo, habría bastado no haberle concedido la paz que invocaba casi de rodillas después de la toma de Sebastopol. Pero Napoleón III, que siempre soñó en las grandezas de su tio,

tuvo la debilidad de dejarse seducir por los halagos del Czar, tendiéndole una mano protectora en el Congreso de París, cuyas estipulaciones redujeron á Inglaterra, aliada de la Francia en aquella memorable guerra, casi á la situación de vencida, habiéndola hecho pasar por el abandono de los derechos marítimos que la Gran Bretaña había siempre sostenido.

Desde aquel día Napoleón III incurrió en el mismo error en que había caído Luis Felipe, creyéndose árbitro de los destinos de Europa, en el sentido de que ninguna potencia se opondría á su absorbente influencia, de inclinarse las fuerzas de su recien restablecido imperio del lado que su política favoreciese. De semejante error, hijo de la política personal de Napoleón III, nació la guerra de 1870, guerra que tan fácil le habría sido á Inglaterra evitar, como sin duda lo hubiera hecho á no haber fallecido Lord Palmerston y sino hubiese su sucesor Mr. Gladtstone renunciado á la gloria que tan fácil le habría sido adquirir, imponiendo al Continente la paz que iba á interrumpir la infatuación de Napoleón III, desvanecido ante la idea de poder vencer á Alemania, contra cuya potencia no se hallaba la Francia preparada, ni para contrarrestar la fuerza de que disponía la Prusia, ni la superioridad del Generalote alemán.

Acabo de decir que Mr. Gladstone tuvo en su mano evitar aquella guerra; y para dejarlo probado á juicio de todos los hombres políticos del Universo, bastárame observar que, si el Gabinete inglés hubiese significado á los presuntos beligerantes que estaría al lado de aquel que provocase una guerra de capricho y de orgullo, que podía cambiar las condiciones del equilibrio europeo, no cabe sombra de duda de que el Emperador Napoleón se habría contenido, y la Prusia, mirádose en ir tan allá como fué.

Otra prueba no menos decisiva cabe ofrecer de la inferioridad, propiamente dicha, que constituye la politica del metafí-
:o Mr. Gladstone. Vencida que fué la Francia en Sedan, la
ısia, que había prestado á Alemania el importante servicio
ofrecerle estar á su lado en el caso de que el Austria hubiese
mado parte en favor de Francia, se apresuró á pedir á la

Prusia vencedora, como pago del servicio que acababa de prestarle, que tuviese efecto la reunión en Londres de un Congreso, que revisara el tratado de París de 1856, haciendo desaparecer de sus estipulaciones la que limitaba el engrandecimiento del poder naval de la Rusia en el mar Negro.

Por semejante exigencia tuvo que pasar Inglaterra, no hallándose preparada para sostener una lucha continental contra Alemania y Rusia, en la que no la habría seguramente seguido el Austria, resultando de todo ello que la Gran Bretaña quedase privada de las ventajas que debió reportar de su costosa guerra de Crimea.

Recaído el poder, por muerte de lord Palmerston, en manos de Mr. Gladstone, dejó éste de seguir la política trazada por su antecesor, y mediante la cual, si bien no puso Palmerston el inmediato freno de las armas, al desbordamiento de Rusia sobre el Ásia Central, lo contuvo en gran manera, arrancando del Gabinete de San Petersburgo la promesa de detener sus conquistas y anexiones; compromisos que Mr. Gladstone dejó impunemente violar, consintiendo, sin decir *esta boca es mía*, que las conquistas de Rusia se extendiesen hasta aproximarse á las fronteras del Afghanistan.

No alcanzó otro correctivo la decadencia del influjo exterior de Inglaterra que el que le valió la inteligencia que el Gabinete Disraely supo concertar con Alemania, para que en el Congreso de Berlin se modificasen las estipulaciones del tratado de San Estéfano, por el cual la Rusia había logrado anonadar á Turquía y abierto virtualmente á las águilas moscovitas el camino de Constantinopla; inteligencia la de Inglaterra con Alemania que, de haber sido mantenida por Gladstone, habría servido á éste para remediar los errores de su política en la guerra de Egipto, que inhábilmente emprendió Inglaterra y que tan lastimado ha dejado su prestigio en la cuenca del Nilo.

Harto sabido es que la política oriental de la Gran Bretaña se halló identificada, desde la caída de Napoleón I, con el pensamiento de amparar á Turquía contra las usurpaciones de los rusos, tradición esta que Mr. Gladstone se apresuró á cancelar

aun antes de su entrada en el Gabinete como sucesor de Disraely, declarándose cual abiertamente lo hizo adversario de Turquía y simpatizador de las pretensiones de los búlgaros, inclinación que llegó hasta el extremo de haber anunciado una visita personal al Emperador Alejandro, pocos meses antes de que el mismo Gladstone tuviese que precaverse contra las agresiones de los rusos sobre los territorios del Emir del Afghanistan, aliado de Inglaterra, hechos de cuyas resultas tuvo el Ministro inglés que prepararse para la eventualidad de una guerra contra Rusia, pidiendo al Parlamento diez millones de libras esterlinas como fondo de previsión.

Los lectores de la REVISTA DE ESPAÑA podrán recurrir, como dato en comprobación de los asertos que preceden, á dos artículos insertos en los números de la misma fecha 10 de Junio y 10 de Agosto de 1884, titulados el primero *El turno de las nacionalidades*, y el segundo *Inglaterra en Oriente*, cuyo contenido creo dejará convencidos á los lectores imparciales é idóneos de la exactitud de las deducciones que dejo consignadas.

He creído deber hacer mérito de dichos precedentes, en primer lugar, por no ser posible analizar la cuestión de alianzas continentales sin que los lectores se den cuenta: primero, de la índole de los encontrados intereses de las potencias que pueden favorecer ó contrariar aspiraciones tan legítimas como las iniciadas por los exponentes de los dos pueblos peninsulares, cuyas playas baña el Mediterráneo; y en segundo lugar, porque los ideales que por su misma importancia habrán de tenerse en cuenta acerca de la situación en que las potencias europeas se hallan las unas respecto de las otras, y en qué manera son de prever las complicaciones de diverso género que pudieran afectar los propósitos de las dos Península hermanas, desviándolas de herir los derechos é intereses de las demás naciones.

Hasta aquí he debido limitarme á hacer historia, á fin de que las apreciaciones á que habré de entregarme, para dilucidar el asunto dentro de los medios de acción que pueden ser puestos en juego en beneficio de los legítimos intereses, no sólo de

Italia y de España, sino de los generales de la humanidad.

Napoleón I quiso rehacer á su antojo el mapa de Europa, cuyas condiciones de existencia habían ya herido y arrollado los tres Gabinetes que participaron al cruento atentado de borrar del cuadro de las naciones á la desventurada Polonia, que desmembraron para ser codiciosamente repartida entre ellas mismas por Rusia, Prusia y Austria, que fueron las potencias espoliadoras.

La Revolución francesa, y seguidamente Napoleón I, rehicieron, como antes dejo dicho, á su manera, la abortada reconstrucción de la Europa Central y de las dos Península que baña el Mediterráneo, intento que hubo de fracasar ante su misma enormidad y el atropello que infería al derecho de todos los pueblos.

Las vicisitudes inherentes á las dos citadas épocas habían hecho desaparecer, además de la antigua Polonia, la República de Génova, la que había formado el poderoso Estado de la antigua Venecia, y los Estados de Alemania que Napoleón secularizó y repartió para dotar su pasajera confederación del Rhin, territorios que, venidos á beneficio de inventario á manos del Congreso de Viena, fueron distribuídos entre Austria, Rusia y Prusia, las que se hicieron la parte del león, pues todas ellas quedaban con mayores territorios y más extensa población que la que constituían sus dominios al comienzo de las guerras subsiguientes á la Revolución francesa, faltando en esto al solemne compromiso, por aquellos monarcas cacareado, de que sólo se proponían restituir la circunscripción de Europa á las condiciones en que se hallaba al estallar la Revolución francesa.

En aquel reparto codicioso perdió la Holanda su colonia del Cabo de Buena Esperanza, siendo maravilla á los ojos de Napoleón, prisionero en Santa Elena, que la Inglaterra, que había sido la tesorera de las coaliciones que dieron en tierra con su poderío, no sacase otras compensaciones que las de la citada colonia del Cabo, la pequeña Isla de Francia, situada en el Mar Índico, y el islote de Heligoland, en el canal del Báltico; trasferencias de territorios á las que hay que añadir la Finlandia y

otras posesiones alemanas que, durante el apogeo de su breve alianza con Rusia, consintió Napoleón se apoderase de ellas Alejandro I de Rusia en el corto tiempo que duró la luna de miel del tratado de Tilzit.

En aquel trastorno de dominios tocó á España la pérdida de sus vastas colonias de la América del Norte y del Sur; pero es de observar que la guerra de 1808 y la insensata gobernación de Carlos IV y de Godoy, facilitaron en gran manera la insurrección de aquellos dominios. Nuestro deplorable sistema colonial había ámpliamente dispuesto á los descendientes de los descubridores del Nuevo Mundo á proclamar su independencia, á la que se ha acusado á Inglaterra de haber contribuído, como en realidad lo hizo, no ya empleando medios oficiales, sino dejando á sus súbditos rienda suelta para favorecer la independencia de nuestras colonias, las que herméticamente teníamos cerradas al comercio exterior de las demás naciones: y como procuro hacer imparcial historia, no debo omitir que, durante su alianza con España en los años trascurridos de 1808 á 1814, la Gran Bretaña ofreció ayudarnos á la conservación de nuestras dependencias de América á trueque de que abriésemos sus puertas al comercio inglés, proposición que insensatamente rechazó la Regencia en 1810, influída al efecto por el comercio de Cádiz, que consideraba como un patrimonio suyo inalienable el monopolio del comercio colonial.

Este era el estado de la cuestión territorial respecto á la apropiación de los estados que pertenecieron á España hasta que estalló en 1808 la guerra de la Independencia, después de la cual y caído Napoleón I é inaugurado el predominio de la Santa Alianza y en los años que siguieron, la preocupación de la gran cuestión de Oriente vino á ser el caballo de batalla entre Inglaterra y las grandes potencias de nuestro Continente.

Si el Emperador Napoleón I, cuya desmesurada ambición no gaba, sin embargo, la claridad de su poderosa inteligencia, biese consentido después del tratado de Tilzit en conceder Alejandro I de Rusia, como éste se lo pedía, en cambio de su condicional y perpetua alianza, que le dejase expedito el ca-

mino de Constantinopla, la llamada cuestión de Oriente se habría hallado resuelta desde 1807; pero el buen sentido del coronado corso, momentáneamente dueño de Europa, comprendió lo funesto que sería para esta privilegiada parte del mundo, que la Rusia dominadora del mar Negro y de sus costas, poseyese la llave del Mediterráneo haciendo suyo el Estrecho de los Dardanelos.

El inmenso servicio hecho en aquella época por Napoleón á los intereses de la europa civilizada, bien merece hacerle perdonar, en parte al menos, su incontinente codicia, disponiendo á su antojo de las rápidas conquistas consumadas ínterin lució su breve prodigiosa estrella.

Poco á poco, y sin gran ruido, Alejandro I, siguiendo las huellas de la Emperatriz Catalina, había comenzado á arrebañar unas tras otras las posesiones de Turquía á lo largo del Danubio y extendido á la Georgia y á la Armenia sus conquistas asiáticas; pero no se atrevió Rusia, después de sus triunfos de 1814, á chocar de frente con Inglaterra, con Austria y con la misma Francia de Luis XVII, la que por reminiscencias de su antiguo patronato de los cristianos de Oriente tampoco se habría prestado á la absorción de la Turquía europea por la Rusia; y así fué que hubo de contentarse Alejandro I con los trozos que fué arrancando á los dominios del Gran Señor.

Vino grandemente á favorecer los designios del Czar el conmovedor suceso del levantamiento de Grecia contra la dura dominación de los turcos. Dió la señal de aquella insurrección el Príncipe Ipsilanti griego, al servicio de Rusia, y muy pronto las simpatías de las clases ilustradas de todos los países de Europa despertaron en favor de los descendientes de los filósofos y los héroes de la antigua Grecia, levantados contra el duro dominio de las hordas asiáticas opresoras de la patria de Aristóteles, de Platón, de Alcibiades, de Themístocles y de Epaminondas.

Formóse en todas las cultas ciudades de Europa una tácita liga entre lo más escogido de sus habitantes en favor de los griegos. Antes de que éstos hubiesen logrado constituirse, los

banqueros de las principales ciudades de Europa abrían suscriciones en favor de los insurrectos helenos. El célebre Lord Byron llevaba en ayuda de Grecia su nombre, su brazo y su fortuna, é insensiblemente Inglaterra y Francia se vieron arrastradas por la opinión á enviar sus escuadras á Navarino para destruir la flota turca que, reforzada por la del Bajá de Egipto, amenazaban un desembarco que hubiese hecho sucumbir la naciente libertad de la célebre patria de la civilización pagana, á cuya independencia tuvo al cabo que acceder el Sultán Mahamud, debatiéndose entre su campaña doméstica contra los genízaros y la dura obligación de haber tenido que ceder á la Rusia emancipando los principados danubianos de la Moldavia y la Balaquia, á las que había concedido el Sultán una autonomía bajo Hospódares moralmente aliados del Czar.

Sucesivas, pero cortas guerras entre la Rusia y Turquía, continuaron desmembrando el territorio de la última, y el interés creciente de la opinión europea en favor de los cristianos vasallos del Sultán coincidían con la sed de dominio y la impaciencia rusa por devorar la presa ardientemente ambicionada por Nicolás; pasión que lo condujo á la guerra de Crimea, de la que solamente vuelvo á hacer mención porque, de no haberse realizado el doble objeto que al declararla anunciaron proponerse las dos potencias occidentales, de no haberse llenado aquel compromiso han dimanado todas las complicaciones á que han dado lugar los peligros que desde entonces arrastra consigo la cuestión de Oriente.

El objeto ostensible de aquella alianza lo fué el doble propósito de amparar á Turquía contra la absorción con que la Rusia la amenazaba, al mismo tiempo que los aliados proclamaron el propósito de obtener garantías valederas en favor de los cristianos vasallos del Sultán, por medio de instituciones que los dotasen de una autonomía administrativa de la misma clase de las que ya gozaban las provincias danubianas y la Sérvia, instituciones que debían hacerse extensivas á la Bosnia, á la Herzegowina, al Montenegro, á la Bulgaria, á la Albania, á la Rumelia y demás Estados en los que la población cristiana

vivía sin amparo contra la dura dominación de los Osmanlis.

Postrada que se vió la Rusia después de la toma de Sebastopol y obligada á pedir la paz casi de rodillas, á no haberle prestado inesperada cuanto valiosa ayuda el Emperador Napoleón III, engreído por la vanidad de hacerse simpático al autócrata las naturales y legítimas consecuencias de aquella paz, debieron descansar en la división de los territorios poblados á un mismo tiempo por ambas razas, la cristiana y la mulsumana, habiendo operado la traslación de los primeros á las provincias ocupadas en mayor número por sus correligionarios verificando su inmigración en los territorios poblados por cristianos, y debiendo del mismo modo haberse trasladado los musulmanes á las provincias donde era superior el número de los individuos de la misma fe.

A estos cambios debió acompañar la permuta de propiedades, respectivamente traspasadas por los emigrantes del éxodo conciliador, habiendo por dicho proceder dado homogeneidad y elementos de reposo á la abigarrada población del imperio turco. El mutuo cambio ó cesión de propiedades que la operación hubiera exigido, habría sido fácilmente allanado por medio de empréstitos, que los banqueros de Europa habrían estado dispuestos á facilitar sobre garantías tan seguras como las de las tierras en cultivo, que habrían podido ser prenda de la negociación.

En la forma que queda expresada, la autonomía de los Estados cristianos quedaba perfectamente organizada, sin menoscabo de la soberanía del Sultan, si como estaban en posición de haberlo hecho los Gabinetes de Londres y de París, no se retraían de llevar más adelante los sacrificios que impusieran á su protegido el Sultán.

La alianza occidental, cuyas vicisitudes rápidamente recuerdo, tuvo perfectamente en su mano en 1856 haber dispuesto de la suerte de la Turquía, operando en beneficio de ésta y de las poblaciones cristianas cuanto habría bastado para haber arreglado de una vez la complicada cuestión de Oriente, al menos en lo concerniente á los dominios del Sultán en Europa.

Dentro de las condiciones de interés general de todas las naciones y salvando los suyos propios, las dos grandes potencias occidentales tuvieron, repito, en su mano, al mismo tiempo que sacar á Turquía de las garras de la Rusia, haber libertado á las poblaciones cristianas establecidas en la cuenca de los balkanes, del avasallamiento impuéstoles por la media luna.

Por semejantes claros y sencillos procedimientos, que en nada habrían traspasado los propósitos que Inglaterra y Francia se habían anunciado, tenia por objeto la guerra de Crimea, habrían podido recibir una solución conciliadora y sido puestos á salvo los grandes intereses que arrastraba una cuestión, que quedaba pendiente, en detrimento de los derechos y de los intereses generales de la Europa y del mundo, objeto que hubiera podido alcanzarse con sólo que Napoleón III no hubiese voluntariamente desertado del propósito que le animó á unirse á Inglaterra para imponer un veto á la altanera ambición del Emperador Nicolás, habiendo á su vez incurrido dicho monarca en el mismo error en que había incurrido Luis Felipe de Orleans, llegando á creer que la paz y la victoria se hallaban encadenadas á su personal voluntad.

Las apreciaciones que acabo de exponer fueron, en la época cuya historia rápidamente reasumo, objeto de un libro publicado en Madrid en 1855 bajo el siguiente título: *La guerra de Oriente considerada en sí misma y en sus relaciones con la eventualidad de que España se viese llamada á tomar parte en la contienda europea.* A dicha obra tendré que referirme para tratar, como me propongo hacerlo, el delicado tema de las alianzas, asunto en el que se hallan en el caso de pensar las naciones de la Europa occidental, y principalmente aquellas cuyas costas baña el Mediterráneo, alianzas que han de encaminarse á contener la invansión de los pueblos bárbaros, que bajo capa de iciadores de la civilización en Oriente preparan el avasalla-.iento de las familias humanas amenazadas de la suerte que ıpo á la desventurada Polonia.

Cuando se escribió el libro que acabo de citar, se estaba per-

fectamente á tiempo de haber realizado el doble objeto de haber hecho viable la existencia del Imperio otomano y emancipado las poblaciones cristianas del Sultán, haciendo respetar sus respectivas nacionalidades de raza y de idioma, organización aquella perfectamente compatible con que el Sultán hubiese conservado la posesión de Constantinopla, para que, llegado que hubiese el momento en que hubiese de cesar, nadá habría que haber cambiado para que el enjambre de pueblos y de aspiraciones que encieran las razas que moran en la cuenca de los balkanes desarrollasen en paz sus adelantos, porvenir que seguramente no habría de ofrecerles el dominio de los moscovitas, siempre inclinados á avasallar los infelices pueblos que por la fuerza reducen á su obediencia. En la actualidad puede afirmarse que el Imperio otomano ha dejado de existir como gran potencia, reducido cual se halla su territorio á escasos retazos de la Rumelia y de la Albania, siendo muy verosimil que los rusos invasores acabasen por arrastrar bajo sus banderas á las emancipadas poblaciones cristianas de las provincias que en la actualidad pueden considerarse como segregadas de la soberanía del Sultán.

En el estado á que ha llegado la cuestión de Oriente en Europa, toda cuestión que se roce con lo concerniente á Asia exige capítulo aparte, y en cuanto á la distribución de la herencia del enfermo, según en su día llamó el Emperador Nicolás al Sultán, de quedar ésta entregada á la supremacía moscovita y á la de las alianzas con que ésta lograse fortificarse, las naciones del Occidente habrán de pensar en precaverse contra las eventualidades de la llamada cuestión de Oriente, que pudo quedar resuelta en 1856 en los términos que dejo expresados, pero que todavía encierra condiciones bastante amenazadoras.

De ello haré objeto de un estudio complementario del que precede.

Andrés Borrego.

(Continuará)

LA TEOLOGÍA EN ESPAÑA [1]

III

La Edad Media había creado una manera de ser religiosa que resultó ajena é incompatible con los pueblos modernos. La nueva civilización que surgió con el descubrimiento del Nuevo Mundo, el Renacimiento, la invención de la imprenta, de la brújula y otras novedades que no cesaban de producirse, provocaron entre el mundo religioso y el profano un choque que, empezando en el siglo XVI, no ha cesado hasta nuestros dias.

Forman los principales episodios ó peripecias de este gran conflicto, tal vez el mayor por que ha pasado la humanidad, las guerras de la Reforma en Inglaterra, la de cuarenta años en Alemania, la de los Hugonotes en Francia durante la primera etapa que podemos llamar estrictamente teológica, á la cual ha sucedido la político-religiosa, que, arrancando de la Revolución francesa, ha tenido en agitación profunda todas las nacio-

(1) Véase la REVISTA del 25 de Julio y 25 de Agosto.

nes de Europa durante este espacio de tiempo, y amenaza todavía prolongarse hasta un remoto porvenir.

España ha tomado una activa parte en el movimiento evolutivo de los tiempos modernos, fenómeno que se comprende perfectamente, dados sus antecedentes. En primer lugar, nuestra patria no podía permanecer ajena á la gran fermentación que se produjo al comenzar la Edad Moderna, puesto que sus intereses estaban entonces mezclados con los de las principales naciones. La circunstancia de reinar una misma familia en la Península y en el Sacro Imperio, las posesiones que luégo nos quedaron en Italia, en Flandes y en el actual territorio de Francia, lo avanzado de nuestra cultura, que excedía en aquel momento tal vez la de toda Europa, fueron causa de que interviniésemos en los acontecimientos que tuvieron lugar en todas las esferas, mayormente la teológica.

La evolución peculiar de aquella época prendió, pues, en nuestra patria en forma de protestantismo, al cual se afiliaron grandes inteligencias de una manera ostensible, como Juan Valdés, Cipriano de Valera, Tejada Tarascón, Juan Pérez, Maestro Martín Navarro y otros que dejaron de sus nuevas convicciones imperecederos recuerdos, mientras lo prohijaban secretamente ó revelaban por él cierta inclinación hombres importantes como Fray Luis de León, altos dignatarios de la Iglesia y el mismo desgraciado Príncipe Carlos, hijo de Felipe II, á quien sus propensiones reformistas depararon el trágico fin, cuyas sombras la historia ha podido trasparentar, aunque no del todo desvanecer.

No puede calcularse la influencia que aquel movimiento hubiera tenido en nuestra cultura y desenvolvimiento históricos, como la tuvo en Inglaterra, Alemania y otras naciones, si la mano férrea de Felipe II no la hubiera contenido en sus progresos y la Inquisición no se hubiera encargado de reducir á pavesas las obras y los autores de aquella colosal tentativa que conmovió y cambió en gran parte los cimientos de la vieja Europa. La reacción religiosa, más afortunada aquí que en otros países, extinguió hasta la última centella del gran fuego

que se había encendido, matando hasta el último germen de la idea revolucionaria, y España recobró su normalidad, es cierto, cayendo, empero, en el extremo opuesto de una inanición, apatía y aislamiento que la condujeron al deplorable estado en que la encontró la revolución contemporánea.

No sucedió lo mismo en esta segunda etapa de la revolución moderna. Los Ministros del Rey Carlos III fueron los primeros en adoptar las doctrinas de la Enciclopedia y las ideas puramente negativas de los filósofos franceses. Las inteligencias superiores de nuestra patria no tardaron en afiliarse también á los nuevos principios religioso-políticos, abriendo de par en par las puertas de la nación española á los vientos de la revolución.

Entonces comenzó por segunda vez y con mayor empuje entre nosotros el choque ó conflicto entre la civilización nueva y la antigua, entre la Iglesia y la sociedad civil. Los hechos más notables de esta histórica lucha han sido tres sangrientas guerras civiles, que han costado más víctimas, relativamente, que las guerras europeas del protestantismo; un combate sin tregua ni descanso en el terreno del pensamiento y las disposiciones legales hostiles á la Iglesia, quitándola su propiedad, sus fueros é inmunidades, sus asociaciones ó conventos, su supremacía civil, reduciéndola casi á una función ó dependencia del Estado. En esta forma se ha manifestado entre nosotros la incompatibilidad entre vida moderna y la forma religiosa tradicional.

El hecho, sin embargo, se ha producido de una manera inconsciente. Los pueblos han sentido, como por instinto, una repulsión hacia las instituciones que amaran un tiempo á par de su vida; las han combatido y han derramado contra ellas su sangre; mas, por un fenómeno que hasta ahora nadie ha tratado de explicar, se han hecho la ilusión de que eran tan católicos como sus antepasados. En odio al predominio teocrático se han levantado el año 20, el 33, el 54 y el 68, reivindicando la libertad de conciencia, de pensamiento, de asociación y de cultos, con el principal y único objeto de emanciparse de la

teocracia, único poder á quien la revolución ha temido sobre todas las cosas, á pesar de lo cual ha continuado nuestra sociedad creyéndose y llamándose profundamente creyente en el sentido histórico de la palabra.

Que hay en este concepto un grave error, es inútil consignarlo. Lo dicen con excesiva elocuencia las luchas que acabamos de mencionar, y, sobre todo, lo proclaman altamente las manifestaciones literarias y políticas de que hicimos mérito en los anteriores artículos, á los cuales podríamos añadir las científicas, bien pronunciadas en los Ateneos, en los libros, en los periódicos y demás esferas del mundo intelectual. Nuestra sociedad no cree, como francamente confiesa el Sr. Cánovas del Castillo; no es católica, como se desprende de todas las palpitaciones de su vida pública y privada para aquel que sagazmente las ausculta. El conflicto entre la civilización y la fe se levanta pavoroso y terrible, hoy más que ayer, mañana más que hoy, ahondándose cada instante que pasa los seculares abismos que las dividen. Hay algo secreto é invisible que separa estos dos elementos de la vida nacional y los envuelve en interminables conflictos, permitiendo asegurar que la crisis por que la España atraviesa es puramente teológica. Vamos á apuntar, aunque muy someramente, las principales razones de este fenómeno.

La nota saliente de la moderna civilización es su tendencia á la democracia. La difusión de las luces á todas las clases sociales por la aplicación de la prensa periódica y de la enseñanza popular, la generalización de las comodidades, reservadas antiguamente á las clases superiores, el roce de unos pueblos con otros pueblos, de individuos con individuos, facilitado por los nuevos medios de comunicación y otras causas, han engendrado un profundo sentido de la dignidad individual, y una fuerza expansiva á la que no resisten las instituciones más poderosas y arraigadas.

Ahora bien; la Iglesia tradicional representa todo lo contrario de esta aspiración popular. La libertad, que es el principio supremo de los pueblos modernos, se estrella ante la autoridad

divina de nuestra jerarquía histórica, cuya palabra aspira á recibir el acatamiento incondicional del mundo profano, no solamente en cuestiones estrictamente religiosas, sino en todas indistintamente, porque todas, de cerca ó de lejos, se rozan con la moral y con la religión.

Así se ha visto que discrepaban los criterios, eclesiástico y profano, en orden á la propiedad libre amortizada; en orden á la enseñanza, libre ó sujeta al criterio episcopal; en orden á las formas de gobierno, populares ó absolutistas; en orden á la imprenta, con ó sin previa censura; en orden, finalmente al culto, multiforme ó exclusivamente católico.

Por lo que respecta á la igualdad, que es el otro principio capital de la democracia, tampoco la Iglesia podía prescindir del privilegio esencial sobre el que se supone constituída. Reclama, por consiguiente, legislación especial, fueros especiales y privilegios para sus ministros. Suponiendo que representa directamente á Dios, y que es su creación inmediata, no puede avenirse con la ley común, que sólo podría aceptar de poderes civiles y políticos incrédulos ó ajenos á ella, pero de ningún modo de los que se confiesan sus adeptos.

He aquí el fundamento de la lucha, que se halla entablada en los mismos términos que al principio de la revolución y no puede acabar hasta que aparezca un nuevo factor ó desaparezca uno de los que la constituyen. Ó cede la democracia y volvemos de lleno á los períodos más negros y angustiosos de la Edad Media, ó cede la teocracia histórica, negándose á sí misma y prestándose á la más increible abdicación. Pensar que permaneciendo en pie los dos extremos, frente á frente los dos adversarios, dejarán de combatirse, siendo la negación uno de otro, es desconocer la historia y faltar á los rudimentos del sentido común.

Todavía existe otro motivo de disidencia entre los espíritus ilustrados y la forma religiosa tradicional, nacida del inmenso crecimiento que ha tenido en el campo de ésta la superstición. Las ideas fundamentales de la verdadera religión, que consiste principalmente en la comunión con Dios, se han eclipsado cas[1]

por completo, cediendo su lugar á pueriles fantasías y humillantes adoraciones, que la han convertido casi en un nuevo paganismo. En los momentos en que la religión necesitaba revestirse con sus más brillantes y grandiosos dogmas, sojuzgando las inteligencias rebeldes con la majestad del infinito espiritual, cuyo secreto ella sola posee, en competencia con lo infinito material, que nos han franqueado las modernas ciencias, la Iglesia tradicional se ha atrofiado y empequeñecido de un modo inverosimil, ofreciendo á la vista de sus creyentes tan sólo imágenes, amuletos y un personalismo sistemático, es decir, lo infinitamente pequeño en lucha con lo infinitamente grande de la ciencia, que no ha podido menos de quedar vencedora en la lucha.

Otra cosa hubiera sucedido si la religión hubiese echado mano de sus verdaderos recursos. Dice la Revelación que hay en el fondo invisible del universo una fuerza inteligente que todo lo alienta y dirige con su misteriosa presencia, fuerza que entrevieron los antiguos en aquella sublime frase de un autor pagano: *mens agitat molem*, ó del otro que decía: *est Deus in nobis, agitante calescimus illo*. Considerado como *Ser*, es la base en que descansan todos los seres, el eterno foco que irradia en la inmensidad, la razón suprema de las existencias visibles é invisibles. Considerado como *Idea* ó *Verbo*, es el arquetipo donde se han fundido ó concebido las especies creadas y los individuos que van apareciendo en el tiempo. Considerado como *Belleza*, es la luz increada, cuyos reflejos brillan fugaz y débilmente en las más sorprendentes bellezas finitas. Considerado como *principio moral*, es la eterna regla del bien, el amor á lo perfecto, la ley interior de toda conciencia, el *imperativo categórico*, cuya voz no puede ser contrastada por ninguna potencia en el cielo ni en la tierra.

Este Supremo Ser se manifiesta de un modo especial á la inteligencia de los primeros genios: á Platón en forma de suprema *belleza;* á Aristóteles en forma de *Ser de los seres, acto puro*, sutil é infinito; á Cicerón en forma de universal *Legislador*; á Leibnitz como primera Mónada, que á todas las com-

prende y reasume; á Newton como el Gran matemático y Supremo arquitecto del Universo; á Hegel como idea evolutiva que se despliega ó desenvuelve en la naturaleza y en la historia; á todos los racionales como el misterio que se siente palpitar á través de las maravillas de la Creación.

Pero todavía tiene otra manera de realizarse en la humanidad por medio de la religión positiva ó de la Revelación, que abarca todas las restantes manifestaciones, describiéndose en las páginas de la Biblia, mediante la palabra articulada, con los mismos caracteres y majestad y con mayor claridad que en el Universo. Por ella habla al corazón del hombre é ilumina su mente, sugiriendo en su pecho la moral, que es el producto inmediato de una comunión íntima y secreta del alma con Dios.

Esta es la esencia de la religión, para la cual no hacen falta, antes bien sirven de embarazo, la pléyade de mediadores, la multitud de arbitrios que ha inventado el celo inconsiderado de ciertos hombres. Una experiencia dolorosa muestra que los recursos añadidos por convenciones históricas sólo han contribuído á desvanecer la eficacia de los grandes dogmas, dejando á los pueblos en irreligioso embrutecimiento, sin moral y sin religión, produciéndose al fin en ellos el desvío y apartamiento que se observa en nuestras clases ilustradas, del cual hemos dado una leve muestra en anteriores artículos.

En situación tan crítica, se ha resuelto interinamente el problema por lo que llamaron los antigos una *ficción de ley*, y los hombres honrados de todos tiempos deplorable *hipocresía*. Se ha supuesto que todos los españoles son católicos, y como tales súbditos fieles de la Iglesia, rindiéndola á este fin el homenaje ceremonial en los tres grandes momentos de la vida: el nacimiento, el matrimonio y la muerte; quedando en completa libertad para los demás ejercicios intermedios de su actividad.

. Iglesia ha aceptado interinamente esta condición, como los ›yes en otro tiempo la soberanía feudal cuando no lograban ·directa, y todo ha quedado temporalmente en paz.

Esto, como se comprende, no es una solución definitiva ni

honrosa, así para la Iglesia, que deja sin realizar sus aspiraciones naturales, como para la sociedad civil, que resulta perjudicada en sus más vitales intereses.

Desde luégo la primera queda en una actitud violenta, limitando la soberanía á breves momentos del ciudadano cuando se cree con derecho á imperar sobre todos los de su existencia. Por esto provoca y empuja sin cesar las reacciones políticas que restablezcan su estado normal y le permitan influir sin contradicción en la conciencia de los Reyes y en la vida privada de los pueblos, por el uso de la jurisdicción externa y por el ejercicio obligatorio de la confesión. Admite condicionalmente ó en *hipótesis* la libertad de ciertas funciones, pero tendiendo siempre con su diplomacia ó por la guerra á someter al ciudadano á las horcas caudinas de su autoridad en todas las esferas de la vida pública y privada.

Todavía menos conviene esta ambigua situación á la sociedad civil que, sobre tener constantemente amenazadas su autonomía é independencia, se ve condenada á vivir ajena á toda vida religiosa, según llevamos plenamente demostrado con elocuentes ejemplos.

Las consecuencias de esta irreligiosidad práctica en países oficialmente católicos como el nuestro, no pueden ser más desastrosas. Por ello nos distinguimos de los pueblos del Norte y les vamos á la zaga en importancia política y en civilización. Por ello nuestras costumbres van en progresiva decadencia, nuestra iniciativa muere y nuestro vigor se extingue, abriéndose ante nuestros ojos la perspectiva del más tenebroso porvenir. Por ello, en fin, estamos abocados á los más espantosos cataclismos políticos, sociales y económicos, que pueden conducirnos en plazo no lejano á la extinción de nuestra nacionalidad.

Lo que algunos, pues, han creído una solución aceptable, no lo es en manera alguna, y es forzoso pensar en constituir algo más racional y más sólido en lo que toca á las relaciones del orden social con el religioso, y á esto precisamente van dirigidos nuestros modestos estudios.

Hemos visto que la fórmula de la revolución contemporánea consiste en el choque de la sociedad política y civil con la Iglesia tradicional, por la contradicción interna entre sus respectivos principios y organización. Sólo, pues, creando organismos religiosos análogos, armónicos, idénticos en su constitución á la sociedad profana, se puede evitar el choque, destruir la antinomia, resolver el conflicto y preparar una era de paz que dure tanto como las nuevas instituciones respectivas. ¿Puede lograrse este objetivo? ¿En qué forma?

Históricamente se demuestra que este ideal es asequible por el procedimiento del filósofo que demostraba el movimiento andando. Inglaterra, los Estados Unidos, Suiza y la mayor parte de los pueblos del Norte, democratizaron más ó menos sus Iglesias y han vivido dentro del nuevo orden de cosas un período de paz, de progreso y de civilización. Reemplazando las Iglesias protestantes de aquellos países por el Catolicismo, convertiríamos la Inglaterra en Irlanda, la Alemania en Polonia, la República norte-americana en una República del Sur, y habríamos minado por su cimiento su grandeza y su prosperidad. Aún más; si desaparecieran de Francia los elementos reformados que hoy la dirigen, la República actual se convertiría en las del 48 ó del 93. Demuéstrase, por consiguiente, la posibilidad de esta trasformación religiosa por el hecho de haberse verificado en los más adelantados países.

En el orden racional es todavía más justificado el proceso que en el histórico, teniendo en cuenta que ese formidable privilegio sobre que descansa la teocracia tradicional ni siquiera se apoya sobre una base cristiana. No hay una sola palabra de Jesús que tenga la apariencia de haber dado una constitución jerárquica y sacerdotal á su Iglesia. Ha sido esta una deducción violenta de palabras dichas únicamente á los Apóstoles, palabras que no se prestan racionalmente á una generalización. Suprimido el ministerio eclesiástico de derecho divino, que, como una superfectación, han creado los siglos, queda todavía el verdadero, el genuino Cristianismo.

Este consiste esencialmente en la palabra consignada en los

libros sagrados, según se desprende de infinitos textos de su contenido. Los símbolos se crearon después para los pueblos bárbaros que invadieron la Europa; para ellos y contra ellos fueron también esas jerarquías, que no hubieran sido respetadas sino suponiéndolas venidas del cielo, y en provecho suyo se organizó la Iglesia tradicional, que luégo ha resultado incompatible con una sociedad tan diversamente organizada de las antiguas como la nuestra. Un accidente histórico creó la jerarquía con sus adherentes, y otros accidentes históricos han empezado y acaban por desautorizarla.

El Evangelio, sin embargo, queda en pie, porque debe quedar, no habiendo nada que pueda reemplazarlo. Las sociedades, como dice el inspirado libro, *no viven de sólo pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios*. Una civilización muy rica en vida material y científica, puede morir de inanición, faltándole la moral y la teológica. No por otra razón se extinguieron las ricas civilizaciones de Menfis, Palmira, Babilonia, Atenas y la misma Roma, como fenecería muy pronto la de las grandes naciones modernas si no las vivificara el Evangelio.

Se dirá que la divinidad de este libro es discutible, y que la moderna crítica de Renán, Strauss y los escritores naturalistas ha herido de muerte nuestros libros sagrados, inutilizándolos para desempañar las funciones que les asignamos en el porvenir. Mas para convencerse de lo contrario, basta observar que estos libros viven con todo vigor y lozanía en los países mismos de donde han partido aquellos grandes intentos de demolición. Los golpes de la moderna crítica no han hecho más que rozar en la masa de las creencias de esos pueblos, dejándolas en su integridad.

Y es que no han sabido algunos sabios comprender el carácter y sentido de lo que se llama Biblia. No es un conjunto de libros destinados á educar el gusto ó el entendimiento especulativo, sino pura y simplemente á producir religión y moral, como la finalidad de las obras griegas era puramente estética, y legislativa la de los romanos. Atacar la Biblia en nombre de la ciencia, de la historia ó del arte, sería lo mismo que combatir

la *Iliada* en nombre de la moral, ó los Códigos de Justiniano en nombre de la estética.

Ahora bien; bajo el punto de vista religioso, tiene la Biblia una inspiración indiscutible. El sentido de Dios campea en todas sus páginas, como la luz del sol en la naturaleza, y más que la belleza en las obras clásicas de los griegos. Entre todas las obras que han aparecido en medio de la humanidad, ésta es la única que habla clara, enérgica, constantemente y sin vacilaciones de Dios. Es, por consiguiente, el único y eterno agente religioso que ha tenido y tiene la humanidad en el perfecto sentido de la palabra. La ciencia no puede destruirle con sus descubrimientos, ni la crítica con sus investigaciones, porque nunca podrán quitarle su incomparable eficacia religiosa.

Lleva este libro, además, considerado como base de religión, la inmensa ventaja de no comprometer la libertad, la autonomía, los derechos del ciudadano, como acontece con todos los demás agentes religiosos que se conocen sobre la tierra. Aparte que las doctrinas del Testamento vigente son esencialmente democráticas, es éste por naturaleza inofensivo é incapaz de tiranías y explotaciones, porque, al fin y al cabo, no es más que un libro. El que ama sus enseñanzas, se aproxima y escucha; el que las repugna, se aparta; mientras él, desligado de todo vínculo con una sociedad ó clase determinada, deja en paz al género humano, alumbrando como el sol á los que aman sus rayos y no prefieren, en uso de su libertad, esconderse en las sombras.

No vemos otra solución, y creemos que así lo reconocerán cuantos estudien imparcialmente el problema. La oposición entre el mundo sagrado y el profano, no puede cesar más que por eliminación ó trasformación de uno de los dos términos. No pudiendo ser el político y civil el que se elimine ó trasforme, ha de ser el teológico. Mas la eliminación no puede ser absoluta, porque ninguna sociedad ha podido vivir, ni mucho menos prosperar, sin religión; luego ha de reducirse á los elementos que han demostrado, teórica y prácticamente, incompatibilidad con la vida moderna, ó se sea los teocráticos.

Dados estos antecedentes, no tenemos inconveniente en consignar que *la fórmula* religiosa del mundo liberal coincide en el fondo con la protestante. Sabemos cuánto repugna esta palabra á nuestra sociedad, prevenida contra ella por tres siglos de predicaciones interesadas; pero siempre resulta que viene á serlo sin saberlo.

Efectivamente, la España liberal ha protestado contra la Iglesia, estableciendo, á pesar suyo, el sistema constitucional ó representativo; ha protestado aboliendo los conventos, que no eran sino la aplicación de tres grandes principios teóricos: pobreza, castidad y obediencia; ha protestado arrebatando al clero una propiedad que éste declaraba sagrada é inviolable; ha protestado estableciendo la libertad de conciencia, cien veces maldita por los Pontífices; ha protestado en las infinitas manifestaciones de la prensa, que niega á cada momento lo sobrenatural; ha protestado y protesta como gobierno, como ciudadano, como sabio, como economista, en su vida privada y en la pública, sin que reste ya manera alguna que no se haya aprovechado para hacer constar la inmensa disidencia entre una gran parte de la sociedad española y la religión.

Sólo queda en pié el culto. Las subvenciones del Estado por una parte, y por otra el atractivo de las brillantes ceremonias, apoyado por la costumbre y el natural instinto del corazón humano, sostienen esta armazón, esa externa apariencia que hiere los sentidos, pero que no llega al corazón de los pueblos, sirviéndoles sólo para fomentar la ilusión de que tienen instituciones y vida religiosas. Esto es lo único contra lo cual no ha protestado la sociedad civil y que le permite creer que no es en el fondo de la realidad protestante.

Las personas medianamente conocedoras de estas materias, saben perfectamente que el Catolicismo forma un todo indivisible, al cual no se le puede quitar un solo átomo sin que se derrumbe todo el edificio. Edificado sobre la autoridad, la negación del más insignificante dogma, ó ley disciplinar ataca dicha autoridad y mina por completo la base de las creencias católicas. El que no lo cree todo, no cree nada; es la divisa del Catolicismo.

Ahora bien: ¿son muchos los que actualmente en España, abrazando el culto, aceptan el complicado mecanismo de dogmas que han labrado las edades? ¿Hay un solo liberal, en el estricto sentido de la palabra, que no disienta de alguno, de muchos ó de todos los dogmas en el secreto de su conciencia? Pues entonces, bien podemos asegurar que todos los liberales españoles son, consciente ó inconscientemente, protestantes.

La diferencia con sus homónimos de Inglaterra, Suiza ú otros países, estriba, individualmente, en que los nuestros no se atreven á declarar públicamente sus creencias; y colectivamente, en que no se organizan en sectas, en congregaciones, en iglesias independientes, para ejercer actos de religión. Sujetos á un temor tradicional que han inspirado los gobiernos desde Torquemada hasta nuestros días, no se han atrevido los liberales españoles á organizarse, á agruparse según sus respectivas creencias, como hacen los liberales de las naciones verdaderamente libres. Después de conquistar á costa de su sangre la libertad de conciencia y la de cultos, la han guardado estéril y baldía, exponiéndola á que se pierda ó se atrofie, como todo organismo que no se ejercita.

Ya hemos dicho que á este resultado ha contribuído, entre otras causas, el ascendiente del culto católico, enriquecido con los tesoros del genio y del arte que han amontonado los siglos; no llegando á considerar que estas maravillas las ha creado el genio laico, el mal sería capaz de producir otros mayores el día en que, emancipado de la Iglesia tradicional, se inspirase nuevamente en los grandes dogmas de la religión.

Para convencerse de ello, basta considerar que legos eran los constructores de esas catedrales góticas que hoy son la admiración del universo; legos los autores de las grandes maravillas pictóricas que llevan la firma de Rafaél, Murillo, Velázquez y otros infinitos; legos los constructores de grandes monumentos arquitectónicos, como el Escorial ó San Pedro de Roma, Herrera y Miguel Ángel, así como de todo lo verdaderamente hermoso y artístico de que se envanece la Iglesia tradicional.

Debemos hacer una sola excepción en la liturgia. Todas esas complicadas ceremonias, estos símbolos, cuyo sentido se ha perdido, no sólo en la inteligencia de los pueblos, sino de los mismos que los ejércitan, esto es lo único que tiene procedencia genuinamente eclesiástica; pero esto es precisamente lo único cuya pérdida ó ausencia podría sentir menos la sociedad contemporánea. Los mitos y los símbolos se han hecho para las sociedades ignorantes y primitivas, que desconocen otros medios de expresión, pues el hombre culto usa con preferencia el medio conductor de la palabra, hablada ó escrita en idioma inteligible y usual.

No dudamos, pues, en asegurar que, si los pueblos del Mediodía de Europa y América, en general los de raza latina, se han contenido en su marcha evolucionista y han dejado sin resolver la cuestión teológica, es debido á una apatía, á una indolencia que les acarrean grave responsabilidad. Para desplegar su iniciativa y oponer á la masa tradicional absolutista agrupaciones independientes y democráticas, no les falta hoy ni libertad, ni elementos de todas clases, morales, intelectuales y materiales, ni hostilidad al orden establecido, ni nada de lo que necesitan para asemejarse á las naciones más civilizadas; les falta sólo valor, decisión y convencimiento íntimo, de que sólo por este medio lograrán emanciparse de las viejas tiranías y sentar las bases sólidas sobre que se edifique la libertad, el progreso y la moral, hija siempre de la verdadera religión.

Esta es la fórmula, esta es la protesta legítima que sustituiría con ventaja á la falsa, huera y perjudicial que reina entre nosotros. El culto no es la religión, menos todavía en su forma histórica, sino la fe, que vivifica el alma y produce organismos y asociaciones externas. Puesto que los viejos moldes cayeron ó están vacíos en muchos espíritus, hay que crear otros nuevos por medio de la iniciativa privada, llenos de vida, de energía, de fecundidad, como los que existen en la naturaleza, al calor de las grandes ideas que todavía oculta en su seno la Teología tradicional.

Los hombres pensadores podrían reflexionar que los temas

hasta ahora interesantes, empiezan á estar gastados. La política no engaña ya ni seduce á los pueblos, desilusionados por una cruel experiencia; los inventos de las ciencias y de las artes, que produjeron en un principio cierto desvanecimiento y embriaguez, van perdiendo su prestigio. Hay que dar á los pueblos un nuevo pasto, para que no se asfixien en el vacío ó no se embrutezcan en la indiferencia. La vida religiosa es el acicate perpetuo, el fuego sagrado que nunca muere, el agente que mantiene en actividad constante la inteligencia y el corazón, para que luégo la desplieguen en las restantes manifestaciones de la vida social, el poder misterioso que impide la disolución de las sociedades.

A los liberales, á los demócratas, á los que sueñan en la redención del ciudadano, provocándole á que sacuda el letargo y haga uso de sus derechos políticos, como corresponde á un hombre libre, les importa advertir que esto se logra sólo estudiando el tipo y aprendiendo las prácticas en la vida de religión. Cuando esta es democrática y los ciudadanos son en ella miembros vivos, votantes y soberanos, entonces, y sólo entonces, saben serlo también en la vida política. Sobre esto nos darían preciosas lecciones, no sólo grandes pueblos contemporáneos, sino brillantes periodos de la misma Edad Media.

Igualmente los socialistas, comunistas, colectivistas y demás generosas escuelas que aspiran á mejorar, sin encontrar el camino, la situación del proletariado y de las clases desvalidas en general, deben tener entendido que se agitan en la utopía y en la más absoluta esterilidad no aceptando una fórmula religiosa, según lo demuestran grandes experiencias, antiguas y modernas, entre las cuales citaremos sólo Inglaterra, Suiza y los Estados Unidos. Todo progreso, así político como económico, tiene por base la moral, que á su vez no puede vivir ni dar sus frutos sino sostenida y vivificada por la ·ligión.

Hemos presentado nuestra fórmula, basada en el estudio de s hechos, en oposición á todas las que privan en nuestro país. 'eemos, sin embargo, no haber rebasado los límites de nues-

tro derecho ni invadido el derecho de nadie. En una nación donde están representadas todas las escuelas extremas, la ultramontana para los carlistas y las ateas para los liberales, ha de ser permitido defender una solución equidistante de la una y de las otras, que toma de entrambas los elementos vitales y que llegaría á armonizarlos, preparando un porvenir de paz, de progreso y definitiva libertad.

Pedro Sala y Villaret.

CRÍTICA DEL VOLAPÜK

I. ¿Qué es el Volapük?—II. Propaganda de la nueva lengua.—III. Aspiración á una lengua universal.—IV. Ensayos del siglo XVII: la obra de Wilkins.—V. Proyecto de lengua universal, de Sotos Ochando.—VI. La lengua universal, de Caumont.—VII. Schleyer y Kerckhoffs: análisis del Volapük.—VIII. Conclusiones.

I.

¿QUÉ ES EL VOLAPÜK?

El *Volapük* es un ensayo de lengua universal.

Formada esta palabra con dos de la nueva lengua, su etimología es: *Vol*, universo, y *Pük*, lengua.

Su nombre, pues, es altamente sintético, y significa lengua del universo, lengua universal.

Por su fin y por sus más inmediatas aplicaciones, puede considerarse como lengua universal *mercantil*, como lengua universal *del comercio* ó *comercial internacional*.

Por su índole, por su razonada y metódica formacion, es sumamente sencilla; tanto que, segun sus más entusiastas propagandistas, puede cualquiera, *en quince días*, asimilarse su *Gramática* y aprender su *Diccionario*.

Por sus aplicaciones inmediatas, pues, puede ser, cuando menos, una lengua universal *escrita*; porque en esos quince días, si el aserto de los propagandistas es creible, cualquiera se hallará en aptitud de estar en correspondencia con personas de los países más remotos que hablen las más opuestas lenguas.

Ahora bien: ¿es, puede ser el *Volapük* una lengua verdaderamente *universal*?; ¿es, puede ser una lengua universal *escrita* y *hablada*?; ¿es posible la formación y el empleo de una lengua que reuna estas condiciones? Por último: ¿es el *Wolapük* uno de tantos sueños generosos, de tantos nobles delirios, forjados en la calenturienta pero iluminada mente de ilusos utopistas, ó es la satisfacción de una aspiración, siempre sentida, intentada mil veces y nunca realizada, á una lengua verdaderamente *universal*, lazo de unión poderosísimo para unir á la gran familia humana, dispersa por todos los ámbitos del globo?...

Este pequeño estudio tiene por fin contestar á estas preguntas.

Pero como el buen método exige historiar los antecedentes de la cuestión, demostrar lo soluble ó irresoluble del problema, exponer y analizar razonadamente la nueva teoría y deducir, como obligado corolario, su utilidad ó su insuficiencia, de aquí que el plan de este estudio sea partir de la aspiración constante á una lengua universal; examinar si es posible la existencia de esa lengua; estudiar los ensayos que, en diferentes épocas y naciones, han ideado ilustres filólogos y lingüistas, Mieyer, Mr. Kerckhoffs, Mlle. Verbrugh y Sotos Ochando, entre otros; dar á conocer el sistema de Mr. Schleyer y de E. Coste, la *Gramática* del *Wolapük*, y llegar á formular las conclusiones que lógicamente se deduzcan de las premisas enunciadas.

II.

PROPAGANDA DE LA NUEVA LENGUA.

No puede ser más activa ni más sábiamente dirigida.

Artículos en los periódicos de mayor circulación; estudios de exposición y de controversia en las revistas de más crédito; conferencias en las sociedades científicas y literarias más respetables; publicaciones especiales, creadas *ad hoc*; ediciones de *Gramáticas* simplificadas y de sencillos y manuales *Diccionarios*: á todo cuanto puede llamar la atencion, excitar el interés y conquistar la adhesión del público, se ha acudido en esta incesante é ilustrada propaganda del *Volapük*.

La nueva lengua tiene por órganos *El Volapükabled*, dirigido por J. M. Schleyer, de Constanza. Otra Revista, con el mismo nombre, se publica en el Roterdam. El *Volapükaklubs* es una hoja que ve la luz pública en Breslau. En 1.° de Junio ha aparecido en Paris el primer número de *Le Volapük*, Revista mensual, dirigida por Mr. Auguste Kerckhoffs y patrocinada por la *Asociación francesa de la propagación del Volapük*.

En lo que á nosotros se refiere, J. Coste ha publicado su *Clamat Späniko Volapükik*.

Recientemente se ha publicado una pequeña *Gramática*.

Schleyer ha escrito: *Gramatik der Universalsprache*, y *Worterbuch der Universalsprache*. De estas dos obras se han vendido más de 50.000 ejemplares.

El infatigable Augusto Kerckhoffs ha hado á luz: *Cours complet de Volapük*, con un vocabulario de 2.500 voces; y, recientemente, *Gramática compendiada de Volapük*, que ha adapado al uso de los españoles é hispano-americanos, E. Ernesto I. Gil.

Se han publicado también otras *Gramáticas compendiadas*, ıe se han adaptado al uso de los rusos por Rossenthal, y de

los italianos por Cardelli, habiéndolas además para el uso de los ingleses y de los holandeses.

También se han publicado los *Premiers elements de Volapük*, de que se han hecho ya *treinta y cuatro* ediciones; y el *Diccionario Volapük-Alemán y Alemán-Volapük*.

Actualmente se anuncian en París, como próximas á aparecer, las siguientes obras:

Diccionario Volapük-Francés y Francés-Volapük;

Gramática de Volapük, para uso de los neerlandeses, por Heiligers;

Gramática abreviada de Volapük, para uso de los ingleses, por Milne; y un

Anuario, con los nombres y dirección de todas las personas que *corresponden* en Volapük, así en Europa como en Ultramar.

Los *volapükistas* anuncian que ya han recibido 13.000 nombres y direcciones, y que esta cifra está muy lejos de representar el número total de las personas que conocen el Volapük. La inscripción en el *Anuario* es gratuita, debiendo escribirse en Volapük y en la lengua del anunciante.

Además se prepara una *Gramática para el estudio de Volapük*, para uso de los rusos, portugueses, suecos, turcos chinos, etc., y cinco *Diccionarios*, uno para los anteriores, y los otros cuatro para los ingleses, españoles, italianos y rusos.

Todas estas obras se publican bajo la dirección de Mr. Kerckhoffs, con el concurso y la colaboración de profesores y lingüistas.

Además se han publicado en España las siguientes obras:

Fernández Iparraguirre, *Gramática comparada para aprender el Volapük*, que es un resumen de las lecciones dadas por el autor en el Círculo Filológico Matritense; y

Coste (D. J.), *Novísima Gramática de la Lengua Mercantil Universal* y *Curso complementario de Volapük*, con ejercicios preliminares, una serie de temas, con su clave correspondiente, y un vocabulario de más de 5.000 voces, obras publicadas por la casa López, de Barcelona.

Para que pueda formarse juicio acerca de la incesante pro-

paganda que se hace del Volapük, conviene completar esta reseña bibliográfica citando las siguientes obras:

Fieweger.—*Schleyer's Volapük, Zehu Unterrichtsbriefe für das Selbst-Studium.*—Fieweger es uno de los volapükistas más distinguidos de Alemania, y uno de los redactores del *Volapüka Klubs.* Su obra es una gramática completa de la nueva lengua, con versiones y temas que, como curso metódico, nada deja que desear; pero el autor defiende la construcción libre y la ortografía fonética de los nombres propios, y esto basta para que Mr. Kerckhoffs le declare la guerra y anuncie que no dejará de combatirle hasta que rinda las armas y confiese su error.

Einstein (Leopoldo).—*Zur Geschichte der weltsprachlichen Versuche von Leibnitz bis auf die Gegenwart.*—El autor está á la cabeza del movimiento volapükista de Baviera, y examina en su obra todas las tentativas que desde Leibnitz se han hecho para crear una lengua universal.

Verbrug (Mlle. J.)—*Méthode pour apprendre en peu de temps sans le recours d'un maître, à lire, à ecrive et à comprendre la langue Commerciale Universelle.*—Es la primera gramática de Volapük que se ha publicado para uso de los franceses. La autora es una joven poliglota holandesa, de gran porvenir, y su estilo es sencillo y contrasta con las largas frases germánicas *sexquipe dalia verba*, en que parecen complacerse sus compatriotas.

Juraj Bauer—*Sujetski jezik Volapük.* 1. *Moja borba za nj.*—2. *Slounica njegova.*—El autor, profesor de matemáticas en la Escuela Real de Agram, en Croacia, es uno de los más entusiastas defensores del Volapük, y su obra es una exposición histórica de la cuestión, seguida de un resumen de la gramática. En el periódico cróata *Hwatska* ha conquistado un gran número de partidarios.

Kerckhoffs (Mr. Auguste—*Examen critique de la Langue Universelle de Ludres*, que es un extracto del *Boletín* de la Sociedad de Antropología.

Kecrkhoffs et Maldant—*Conferences sur les langues internationales*, que á su vez es un extracto del *Boletín* de la Sociedad de Ingenieros civiles.

Juclier—*Langue Commerciale Universelle ou Volapük*, conferencia dada en la Sociedad de Geografía Comercial, de Burdeos.

Gascard—*Communication sur le Volapük*, extracto del *Boletin* de la Sociedad Industrial de Rouen.

Houyvet (Enrique).—*Le Volapük ou Langue Universelle*, conferencia dada en el Círculo Caennés de la Liga de la Enseñanza.

Chevard.—*Le Volapük ou Langue Commerciale Universelle*, conferencia dada en el Círculo de Comercio de Rochefort.

Starck (Enrique).—*Aperçu de la Langue Commerciale Universelle de Schleyer*.—Esta pequeña obra merece los mayores elogios de Mr. Kerckhoffs, aunque no está conforme con alguno de sus pasajes, pues dice que con tres líneas ha prestado Starck, en su país, más servicios á la causa del Volapük que los que se promete de la traducción de las tragedias holandesas de Vondel, que anuncia M. Adriaanse, el más valiente volapükista de los Países Bajos.

Como se ve por esta reseña, la prensa no ha descansado un momento para la propaganda del Volapük.

La tribuna ha servido igualmente para tan incesante propaganda.

Michel Briau ha dado notables conferencias, en la Sorbona de París, acerca de la nueva lengua. Igualmente las han dado Mr. Juclier, en la Sociedad de Geografía Comercial de Burdeos; Mr. Hougret, en el Círculo de la Liga de la Enseñanza; Mr. Chevard, en el Círculo de Comercio de Rochefort. También lo han hecho en Madrid el Dr. Letamendi y el Dr. Fernández Iparraguirre.

La propaganda se ha extendido desde Alemania á Francia, Austria, Suiza, América y hasta Siria (Beirest).

En 1885 se celebró en Friderikshald un Congreso de *volapükistas*, donde se reunieron trescientos adeptos para fomentar la propaganda de la nueva lengua.

En 1887 habrá un segundo Congreso en Nuremberg.

Otro Congreso se proyecta, y probablemente se celebrará

durante la Exposición de París, en 1889.—La confusión de lenguas, según la narración bíblica, se verificó con motivo de la construcción de la torre de Babel, de esa tradición que, ya con el proyecto de escalar el cielo los Titanes, ya con otras leyendas míticas, parece común á varios pueblos de la antigüedad. En la futura Exposición de París, al pie de una torre más elevada que la famosa de Babel, donde habrá mayor confusión de lenguas que la causada por la maldición de Dios, se reunirá un nuevo Congreso para discutir las reformas y constituir la Academia de la Lengua Universal, de la nueva lengua con que se intenta hacer cesar para siempre esa confusión de lenguas y los tristes efectos de la maldición lanzada por Dios sobre los constructores de una torre.

Es digno de notarse que todos los *soñadores* de lengua universal han sido y son personas de ilustración notoria; hombres que, en su tiempo y en su nación, han sido reputados por verdaderos sabios. Para convencerse, basta citar los nombres de Descartes, Leibnitz, Becher y Wilkins, hombres ilustres del siglo XVII; de Berger, Cornel, Kalmar, Budet, Marmieux, Vater, Chambry y el abate Sicard, del XVIII; de Näther, Schmied, Niethammer y Stein, y la Academia de Ciencias de Copenhague, de principios del XIX; y de D. Sinibaldo de Mas, Parat, Paic, de Gablentey, Pizo, Sudre, D. Bonifacio Sotos Ochando, Bachmaier, Holmar, Caumont, Letellier, Rudelle, Ampère y Malclaut, de nuestros días, ó muy poco anteriores.

El alemán Mieyer, en el siglo pasado, fué un notable filólogo, versadísimo en las lenguas clásicas; Mr. Kerckoffs, es notable por su vasta erudición. Nuestro D. Bonifacio Sotos Ochando era un respetable sacerdote, hombre docto y de universales conocimientos. Mr. Schleyer es un verdadero políglota, un filólogo que escribe y habla veinte lenguas.

La Asociación de Escritores y Artistas de Madrid ha patronado el proyecto de la nueva lengua y establecido una cátedra gratuita para propagarla, según ha anunciado en los periódicos. Célebres doctores, ilustrados catedráticos, renombrados güistas, conocidos escritores; en una palabra, toda clase de

representantes de la cultura intelectual, es la que idea, propaga y fomenta proyectos de lengua universal.

Y es digno de notarse, porque ocurre preguntar: ¿es posible que todos esos representantes de la cultura intelectual, el doctor, el catedrático, el lingüista, el escritor, sean tan sólo necios soñadores, delirantes fanáticos, ilusos utopistas, incurables dementes, á quienes la sociedad permite la impunidad de hacer contagiosa su locura, explicar en la cátedra, hablar en la tribuna, escribir en la prensa y reunirse en Congresos que deban reputarse como *manicomios sueltos?...*

¿Son los tenidos por hombres de indisputable talento los únicos que han firmado contratos con la utopía y pactos con la locura?...

Tan triste suposición, no es admisible. Más bien debe verse en ese hecho, digno, en verdad, de estudio, la aspiración constante á una lengua universal; pero aspiración nacida de una suprema necesidad y de una alta conveniencia.

En resumen: la propaganda de la nueva lengua es activa é incesante, y hoy se hace, en casi todas las naciones, por personas de notoria ilustración.

III

ASPIRACIÓN Á UNA LENGUA UNIVERSAL.

Esa aspiración ha debido existir desde los tiempos más remotos, pues que, según queda indicado, responde á una necesidad y tiende á satisfacer una conveniencia.

Si los constructores de la torre de Babel hubieran podido hablarse en una lengua universal, aunque hubiese sido el *Volapük*, seguramente no habrían renunciado á su proyecto, ni curádose mucho de la maldición de Dios, que castigaba su orgullo y su soberbia.

Uno de los fundamentos de esa aspiración es, en lo que se refiere á las ciencias y á las letras, la necesidad de aprender otras lenguas, ya muertas, ya vivas.

Los escritores griegos más ilustres estudiaban la escritura y lengua de los egipcios, y visitaban su nación, reputada como cuna del saber humano.

Los escritores latinos, á su vez, estudiaban la lengua de los griegos, siendo entusiastas admiradores de la literatura y de las artes griegas.

Roma llegó poco menos que á universalizar su lengua. Al convertir las naciones en provincias del Imperio, con el suyo impuso su legislación, y, al mismo tiempo, su lengua. Verdad es que, hablada por ignorantes y rudos legionarios, que distaban mucho de hablar el latín clásico de Cicerón y Tito Livio, y llevada á naciones que tenían las lenguas más opuestas, degeneró más cada vez, formándose ese *latín corrompido* de la Edad Media, de que á su vez se han formado las lenguas romanas y neo-latinas: el francés, el español, el italiano, y el portugués, el moldavo ó válaco.

La Iglesia declaró el latín su lengua oficial, y contribuyó poderosamente á universalizar esa lengua, como contribuye hoy mismo á que una lengua *muerta* viva en todo el orbe católico.

La lengua española fué la de muchos millones de personas, merced á nuestros vastos y dilatados dominios, y quedó como lengua propia de toda la América latina.

Las lenguas siguen á los pueblos vencedores y se estacionan y se extienden en donde acampa la victoria. Como el latín siguió á los legionarios á las provincias romanas; como el español siguió á los conquistadores á nuestras posesiones de América, del mismo modo el francés siguió á Napoleón I á todas partes y se difundió por todas las naciones.

Conviene no olvidar que no son solamente las vencedoras por medio de las armas las que imponen su lengua, antes bien son las que van á la cabeza de la cultura intelectual las que más extienden y generalizan la suya, llegando á universalizarla en el mundo de la inteligencia.

Por esto, sin duda, el francés es hoy la lengua que sirve de lengua universal, no obstante el disputarle ese privilegio otras lenguas y no ser la hablada por mayor número de personas, pues le supera el inglés, que es hablado por ochenta millones; el alemán lo es por cincuenta y seis millones; el español, que lo es por cincuenta, mientras el francés lo es solamente por cuarenta y tres.

Pero si la aspiración á una lengua universal es una necesidad de la ciencia, es al mismo tiempo una imperiosa exigencia de las naciones comerciales. El comercio supone la comunicación constante con otros países, aun con los más lejanos y, no pocas veces, visitas y expediciones á esos mismos países. Ninguno de los elementos constitutivos de la civilización y del orden social está tan directamente interesado como el comercio en la existencia de una lengua universal.

Inútil es añadir que sería un poderosísimo lazo de unión para realizar ese bello *desideratum* de convertir á todos los hombres en hermanos y á la Humanidad en una sola familia.

IV

ENSAYOS DEL SIGLO XVII: LA OBRA DE WILKINS

No es pertinente á este pequeño estudio analizar una por una todas las obras que se han dado á luz desde el siglo XVII, como tentativas más ó menos gloriosas, pero todas plausibles, de una lengua universal. Si se habla aquí de la obra de Wilkins, es, no sólo por su indisputable importancia, sino porque en su método científico, en su plan filosófico, hay algo semejante á la de un erudito filólogo español, que se analizará después: á la del docto D. Bonifacio Sotos Ochando, que acarició el mismo proyecto hasta los últimos días de su vida.

Aun prescindiendo de las ideas de Descartes, Becher y Leib-

nitz, no debe dejar de citarse el siguiente texto de este último, que sirve como de divisa al lingüista español:

«Si una lingua esset in mundô, accederet in effectû generi humano tertia pars vitæ, quippe quæ linguis impenditur (1).»

No sería, en efecto, la menor ventaja de una lengua universal la de aprovechar los mejores años de la vida, lastimosamente *derrochados* en el estudio de muchas lenguas, para fortalecer la inteligencia y adquirir buen gusto en las ciencias y en las artes de más útiles é inmediatas aplicaciones.

Y baste con lo dicho para pasar á hablar de John Wilkins.

Este célebre prelado inglés nació en 1614, en Fawsley (Northampton), y murió en 1672. Estudió en Oxford, y allí, por su precoz habilidad en la lengua griega, fué presidente del Colegio de Wadham. En la guerra civil fué partidario del Parlamento-Largo, y, unido íntimamente á Cromwell, por haberse casado con una de sus hermanas, fué nombrado Principal del Colegio del Cambridge (1659), destino que perdió al verificarse la Restauración de los Stuardos. Posteriormente, protegido por el Duque de Buckingham, obtuvo uno de los curatos de Londres, siendo uno de los fundadores de la Sociedad Real de dicha ciudad. Ascendió al obispado de Chester en 1668, y publicó muchas y notables obras, de las que sólo se debe examinar aquí el *Ensayo de un carácter gráfico real y de una lengua filosófica*, dada á luz en Londres el precitado año.

La obra de John Wilkins fué objeto de muchas burlas; pero contiene las mejores soluciones á problema tan difícil como es el de la lengua universal. Quien la lea con atención y la juzgue con imparcialidad, creerá desde luégo que el problema tiene solución. He aquí una sucinta reseña del *Ensayo*, según la exposición de Max Müller, en las *Nouvelles leçons sur la science du langage*.

John Wilkins no se proponía inventar una nueva lengua *blada*, aunque su obra lleva insensiblemente á ese fin. Pro-

) Leibnitz, *Opera*, edición de Génova, t. VI.

poníase más bien inventar un sistema gráfico universal, inteligible para los hombres de todas las naciones, á semejanza de las anotaciones y signos de la química, de las matemáticas, de la astronomía y de todos los signos ideográficos. He aquí, con sus mismas palabras, el fundamento de la teoría de Wilkins:

«Si á cada cosa y á cada noción se asignase una marca distinta y hubiese cierto método para indicar las derivaciones y las flexiones gramaticales, bastaría para obtener uno de los resultados principales á que conduciría el establecimiento de un sistema gráfico real, á saber: la expresión de nuestros conocimientos por marcas significativas de las cosas, y no de las palabras. Igualmente si se adoptasen para servir de nombre á estas cosas y á estos nombres ciertas palabras distintas, acompañadas de algunas reglas invariables para las derivaciones y flexiones gramaticales que son naturales y necesarias, y por medio de ellas solas tendríamos entonces una lengua mucho más fácil y cómoda que todas las que existen. Si estas marcas ó notas pudieran ser invariables, de tal modo que tuviesen mutua dependencia y relación, con arreglo á la naturaleza de las cosas y á las ideas que representan, y también si los nombres de las cosas pudieran disponerse de tal suerte que contuvieran en sus letras y en su sonido cierta afinidad ú oposición correspondiente, en cierto modo, á la naturaleza de las cosas que significaren, sería, sin duda, una nueva ventaja, y no sólo el mejor medio de ayudar á la memoria por el método natural, sino un inmenso y precioso beneficio para la inteligencia. En efecto; aprendiendo los signos y los nombres de las cosas, conoceríamos al mismo tiempo su naturaleza y adquiriríamos así este doble conocimiento que se debería siempre poseer.»

Wilkins clasifica todo lo que conocemos ó podemos conocer, tomando como base este Diccionario de nociones para otro correspondiente de signos, hablados ó escritos.

«Todo ello—dice Max Müller—está hecho con gran sagacidad y mucha reflexión; y si consideramos que este trabajo fué emprendido hace ya cerca de doscientos años y ejecutado por un solo hombre, sin el concurso de ningún colaborador, estare-

mos dispuestos á juzgar con indulgencia lo que podrá parecer hoy imperfecto en su catálogo de conocimientos humanos.»

Wilkins admite seis clases ó géneros de cosas que pueden ser objeto del lenguaje: *nociones trascendentales*, *sustancias*, *cantidades*, *cualidades*, *acciones* y *relaciones*. Estas clases ó géneros se subdividen á su vez.

Como se ve, en la primera clase incluye las concepciones más abstractas, como género, causa, condición, etc.; en las otras cinco, comprende todas las categorías de la lógica.

Wilkins llega á formar hasta cuarenta clases, que, según dice, contienen todo cuanto puede ser conocido ó imaginado. Analiza extensamente nuestros conocimientos, si bien es el primero en confesar lo imperfecto de esta inmensa clasificación.

Correspondientes á esas cuarenta clases, contiene otros tantos capítulos el *Diccionario* filosófico de nuestros conocimientos, dando después una *Gramática* filosófica para explicar el modo de reunir estas ideas en proposiciones y en frases.

En la primera parte emprende la difícil tarea de creación del lenguaje escrito, ó *carácter real*, que es invariable y tiene signos, arbitrariamente formados, para los cuarenta géneros, para las especies y para las desinencias gramaticales. Todo ello está expresado con una precisión que no pueden superar ni siquiera igualar las lenguas vivas.

Para los cuarenta géneros, se vale de los sonidos *la*, *be*, *bi*, etc., como marcas distintivas; para las diferencias de cada género, de la adición de ciertas consonantes, *b*, *d*, *g*, *p*, *t*, *c*, *z*, *s*, *n*; para las especies de la adición de una vocal ó de un diptongo, á la consonante que expresa la diferencia. De este modo obtiene radicales que asigna á las cuarenta clases. La nomenclatura filosófica es defectuosa, como las de las sílabas que la corresponden. Por último, la base de sus combinaciones es extraña á la armonía, que es uno de los inconvenientes que puede haber más graves para una lengua universal.

En resumen: el *Ensayo* de Wilkins es eficaz para una lengua *escrita*, pues ya quedan indicadas las dificultades para ser

hablada. Su sistema dista mucho de la perfección; pero sus tentativas son dignas de todo elogio.

Ha dado una solución más ó menos buena, pero es una solución. Y según un erudito autor que analiza su obra, *on irá plus loin quand on voudrá.*

V

PROYECTO DE LENGUA UNIVERSAL, DE SOTOS OCHANDO

Sensible es no poder hablar de tantos hombres ilustres que han necesitado un tesoro de tiempo y de constancia para formular ensayos, más ó menos acertados, de lengua universal. Las exigencias de espacio de esta REVISTA lo impiden, y no puede hacerse más que nombrar, entre tantas forzosas omisiones, á Mieyer, ilustre filólogo del siglo XVIII, que intentó la formación de esa lengua con un pequeño número de raíces griegas y latinas, lenguas clásicas en que era versadísimo.

De lo que no es posible dejar de hablar, es del *Proyecto de Lengua Universal*, de D. Bonifacio Sotos de Ochando; proyecto que ya había dado á luz en *El Heraldo* en Julio de 1845, mucho antes que se escribiera y propagara el Volapük, cuyos autores y defensores, ávidos de aprovechar el tiempo en una fácil y sencilla propaganda, se concretan á citar nombres gloriosos en la historia de la proyectada lengua universal, obligando á repetir con nuestro fabulista célebre:

«¡Bien haya quien nos trajo las gallinas!»

Fué D. Bonifacio Sotos Ochando varón doctísimo, uno de los que dieron á España no poca gloria y esplendor en los primeros años y en la primera mitad de nuestro siglo. Sus indisputables talentos le depararon los cargos de Superior del Seminario de Murcia, Diputado á Cortes en las de 1822, Profesor d

español de los hijos de Luis Felipe, Miembro del Consejo de Instruccion pública, Catedrático de la Universidad Central y Director del Colegio Politécnico. No perteneció á la Academia de la Lengua.

Consagró toda su vida al estudio de las clásicas y también de las vivas, y puede decirse que vivió y murió acariciando el proyecto de lengua universal.

Su obra es un modelo de paciencia, un verdadero prototipo de constancia y de ingeniosas clasificaciones.

Martínez de la Rosa, Ológaza, Alcalá Galiano, el Duque de Rivas, D. Joaquín María López, el Marqués de Valdegamas, Arrayola, Cortina, Gómez de la Serna, Aguirre, Infante, Pareja, Puche, Aribau, Moro, La Fuente, todos los hombres más notables en las ciencias, en las letras y en la política, aplaudieron su proyecto y animaron al autor para que le llevase á cabo.

Los periódicos elogiaron sus obras. Tradujéronse á otros idiomas, y hasta los literatos menos apasionados confesaron que el proyecto «tenía porvenir,» frase sacramental que se aplica á las personas y á las cosas que le tienen, si le tienen, después de su muerte.

Contribuía á su buen éxito el no haber de renunciar á la lengua materna, á que los pueblos son tan aferrados como á sus más antiguas tradiciones y á sus más arraigadas costumbres, y el no ser una lengua vulgar, sino, por el contrario, una lengua que conserva las riquezas de la natal y las más bellas páginas de los autores clásicos.

Sotos Ochando deseaba que los sabios examinasen su *Proyecto* y lo corrigiesen en lo que tuviera defectuoso, y que los gobiernos viniesen en su ayuda, haciendo que su lengua universal formase parte de la educación en todos los países, teniendo en cada uno un periódico para su propaganda y difusión.

No olvidaba el docto filólogo su carácter sacerdotal, y una ·ɔ las primeras ventajas que se prometía de su lengua, y que ›bremanera le halagaba, era la de conseguir la civilización de ›s pueblos salvajes y su conversión al Cristianismo, prepa- ·ndo una especie de fusión general de todas las naciones.

También se proponía hacer aprovechar el tiempo que se malgasta en la juventud para aprender otras lenguas, por lo que le servían como de mote de su empresa las palabras de Leibnitz ya citadas.

Esperaba igualmente despertar el celo y la emulación de los autores de diversas naciones, favoreciendo á la par sus intereses.

Y creía, por último, que sería un poderoso elemento de progreso, por poder comunicarse más fácilmente todos los sabios del mundo; motivo suficiente para juzgar la proyectada lengua como una verdadera necesidad social.

El *Proyecto* de Sotos Ochando comprende siete partes. En la primera expone el proyecto de lengua universal y su gramática en todos sus detalles, á saber: sus bases generales, su alfabeto, la formación de las partes del discurso, la sintáxis, prosodia y ortografía. En la segunda habla de las propiedades de esta lengua, de las consecuencias que se deducen de sus principios constitutivos y de las ventajas que puede reportar. En la tercera expone las dificultades y objeciones que se la oponen, explicándolas, refutándolas y dando la oportuna solución. En la cuarta formula algunas observaciones sobre el medio mejor de formar esta lengua. En la quinta incluye algunos apéndices, como esclarecimiento de ciertas materias. En la sexta hace un ensayo de *Diccionario*, invitando á los sabios á que corrijan las faltas y llenen las lagunas que hallen, á fin de mejorar y completar las clasificaciones de historia natural, medicina y otras materias. Y en la sétima da un cuadro sinóptico del *Diccionario*, para facilitar el estudio de la lengua.

Su *Gramática* es sencillísima, tan sencilla como la del Volapük, y puede tal vez reducirse aún á menor número de páginas.

Sus bases son: Todas las letras se pronuncian siempre, y sin excepción alguna, de la misma manera, cualquiera que sea su posición y combinación con otras letras. Siempre, y para todas las materias, hay reglas fijas y constantes sobre la naturaleza de las cosas, excluyendo toda excepción y toda anomalía. La

especie de cada uno de los nombres que componen la lengua (sustantivos, adjetivos, verbos, adverbios, preposiciones, conjunciones é interjecciones) está determinada por la letra final, de una manera tan sencilla y segura, que no puede engañar ni confundírselos con otros nombres. El género, número y caso de los nombres; la voz, el modo, los tiempos y las personas de los verbos; la formación, comparación y derivación de todas las palabras, se establecen por medios tan sencillos y constantes, que nunca puede haber la menor duda ni confusión.

Los *sustantivos* son siempre polisílabos que acaban en vocal. Los *casos* son: nominativo, que expresa el sujeto; acusativo, el régimen directo; dativo, el indirecto; genitivo, y vocativo. Los monosílavos *la, le, li, lo lu*, son los signos expresivos de cada uno de los cinco casos. Para los *adjetivos* se expresan por medio de los monosílabos *na, ne, ni, no, nu*.

Los *verbos* son polisilabos que acaban en *r* precedida de vocal. Conservan las letras radicales en todos los tiempos y personas, y no hay verbos irregulares. Su *condición especial* (activos, recíprocos, neutros, impersonales, pasivos) se expresa por medio de las vocales *a, e, i, o, u*, correspondientes á esas cinco clases, que se colocan después de las radicales, haya ó no otras vocales interpuestas. Los *modos* son seis: indicativo, condicional, subjuntivo, volitivo, impersonal (infinitivo) y gerundio. Las tres primeras vocales *a, e, i*, á continuación de las consonantes de los modos, expresan los tres *tiempos*, pasado, presente y futuro, que cada uno tiene. En cuanto á las *personas*, para la primera de singular no se añade ninguna consonante á las vocales significativas de los tiempos; para las otras cinco, se agrega respectivamente *l, n, r, s, t*.

Los *adverbios* son monosílabos ó polisílabos que terminan en *c*.

Todas las *preposiciones* son monosílabos que principian por consonante y acaban por vocal. Se emplean con los sustantivos y nombres sustantivos, y casi todas pueden ser adversión con la adición de la *c*. Se dividen en clases ó grupos por razón de su proximidad, posición, presencia, causa y semejan-

za. Cada una expresa un matiz especial, y el nombre permanece lo mismo, es decir, sin variación alguna.

Las *conjunciones* son monosílabos que principian por consonante y acaban en *l*. Sus clases se fundan en su significación, habiéndolas disyuntivas, extensivas, argumentativas, ampliativas, adversativas, comparativas, causales, finales, condicionales y de tiempo.

Las *interjecciones* son monosílabos ó polisílabos terminados en *f*, y se forman también añadiendo esta letra al sustantivo.

Los *artículos* son monosílabos que principian por vocal y terminan en *l*. Hay cuatro destinados respectivamente á los nombres propios, á los tomados en un sentido general, á los en un sentido determinado y á los en un sentido indeterminado.

Los *géneros* de los sustantivos—los adjetivos no los tienen—se expresan por medio de monosílabos que principian por vocal y terminan en *n*. Hay tres *géneros*, masculino, femenino y epiceno, respectivamente expresados por medio de los monosílabos *an*, *en*, *in*. Para significar que los adjetivos se toman como sustantivos, úsase la sílaba *un*, ó simplemente la vocal *u* ante la *n* final.

Las *palabras modificativas* son monosílabos con consonante inicial y terminadas en *n*. Los *nombres técnicos* son monosílabos que principian con consonante y terminan en *R* cuando se trata de nombres de ciencias y de artes. Los *nombres metafóricos*, monosílabos con consonante al principio y con *s* al final. En los *compuestos* no sufren, ni en la composición ni en la significación, cambio alguno, y no pueden equivocarse ó confundirse.

La sintaxis es tan sencilla, que puede decirse se reduce á un solo é invariable principio, á saber: que para hablar se deben seguir las reglas de la naturaleza, sin excepción ni anomalía alguna.

La prosodia se reduce á que, en los polisílabos terminados en vocal, debe cargar el acento en la penúltima sílaba, y en los terminados en consonante, en la última. Unos y otros con-

servan el acento, con sujeción á esta regla, en la declinación y en la conjugación.

A esta breve y sencilla teoría se reduce la *Gramática* del Sr. Sotos Ochando, que forma la primera parte de su *Proyecto de Lengua Universal.*

El autor, al hablar de las propiedades y ventajas de esta lengua, dice que las tiene características, como son: la regularidad y la fijeza de la significación de todas las palabras, y la relación constante y perpetua entre el órden alfabético de las palabras y el natural y lógico de las cosas que significan. Asimismo afirma la facilidad de aprenderla sin necesitar maestro, de su claridad y exactitud y de su extraordinaria riqueza de voces; pues sujeta á reglas inmutables la formación y composición de las palabras, puede decirse que de antemano existen preparados aun los nombres de todos los descubrimientos que en el trascurso de los siglos puedan realizarse. Demuestra que es esencialmente analítica y eminentemente filosófica, abrigando la más profunda convicción de que influirá saludablemente para razonar en todas las ciencias. Expone además las singulares ventajas de sus *Diccionarios*, no sin hacer notar que por ser constantes y uniformes las reglas de composición, derivación é invención de las palabras, su riqueza no causa dudas, ni complicaciones, ni embarazos. Puede tener tres clases de *Diccionarios:* un compendio, el ordinario, el vulgar; otro más amplio con las definiciones y observaciones necesarias. El primero es un resumen metódico con los puntos más importantes de cada ciencia ó arte, ó parte de esas artes ó ciencias; el segundo contiene los mismos conocimientos establecidos en el mismo órden, con la misma claridad, pero más desenvueltos. El tercero es una pequeña enciclopedia que contiene las partes más importantes que deben saberse de cada ciencia ó arte.

Entre otras ventajas que el autor enumera, se cuenta la facilidad y exactitud en las traducciones. Sostiene además que la lengua no carece de armonía, y se promete del concurso de los sabios el mejoramiento de la lengua proyectada.

El objeto de las demás secciones queda indicado en el ingreso de este artículo.

VI

LA LENGUA UNIVERSAL DE CAUMONT

En 1866 publicó en París Aldrick Caumont, con el título de *La Lengua Universal de la Humanidad*, un libro en folio, con veinte cuadros escritos en ocho lenguas, cuyo fin era, no resolver el árduo problema de formar una lengua universal, ya hablada, ya solamente comprensible, sino más bien, dejando subsistentes todas las lenguas que en la actualidad se hablan, «preparar un repertorio lógico de todas las ideas que pueden expresarse.»

El número de orden de la idea que se ha de trasmitir bastará al destinatario para conocer el pensamiento de su corresponsal.

El trabajo de Caumont no está terminado, sino indicado en el bosquejo que ha dado á luz, y que viene á ser como un *specimen* del repertorio.

Para dirigir este inmenso repertorio de ideas humanas, que es atrevida y dificilísima empresa, Caumont cree que podria utilizarse el *Diccionario* de John Wilkins, aunque su autor le escribió con diferente fin.

Esta es una de las razones de citar aquí la obra de Aldrick Caumont.

VII

SCHLEYER Y KERCKHOFFRI, ANÁLISIS DEL VOLAPÜK

Demostrada la aspiración constante á una lengua universal, y sucintamente expuestos los antecedentes de esta importanti-

sima cuestión, procede analizar la lengua que hoy se propaga con el carácter internacional.

Esa aspiración es cada vez más vehemente, y á satisfacerla tiende la creación de la nueva lengua, como queda indicado en la «Propaganda del Volapük.»

Esta lengua no se ha inventado con la ilusión de ser en los tiempos venideros lo que la griega en la antigüedad, ni la latina en la Edad Media: el órgano oficial y universal de las ciencias, las letras y las artes, en todos los ámbitos del mundo.

Tampoco ha nacido con la loca é irritante pretensión de desterrar las lenguas maternas, música la más grata á los oídos de los hombres de cada nación.

Los diplomáticos tienen su lengua universal para las relaciones internacionales. Las naciones maritimas la tienen en cierto modo, por más que sea un lenguaje semafórico, sólo utilizable en el mar y á grandes distancias, y no en la conversación y la correspondencia. Del mismo modo los sabios, los comerciantes, los viajeros, deben tener una lengua sencilla y práctica, facil de aprender, escribir y hablar, que pueda realizar el sueño de tantos siglos y de tantos hombres ilustres.

Para el comercio principalmente, esa lengua es de imperiosa necesidad y extraordinaria conveniencia. Por esto, sin duda, se ha dado al Volapük el carácter de *lengua comercial internacional.*

«Que exista—dice Mr. Kesckhoffs—una lengua universal, y la situación cambia enteramente: un solo y mismo viajero podrá visitar los países más diversos; el mismo periódico comercial podrá ser leído y entendido en todos los centros productores y consumidores del mundo; la oferta de una casa parisiense ó madrileña será comentada por los comerciantes ó compradores de Pekín, de Yedo, de Madrás, como por los de Alejandría, de Constantinopla y de Moscow.»

Hay dos motivos que se oponen á adoptar como lengua universal cualquiera de los idiomas europeos: las rivalidades y el orgullo de las naciones y las dificultades de pronunciación y

de ortografía que implica el estudio de esos idiomas. Es preciso, pues, inventar esa lengua.

Mr. Sleyer, después de veinte años de esfuerzo y de trabajo, ha resuelto el problema inventando el Volapük.

Las dificultades de pronunciación, propias del inglés, del francés y de casi todas las lenguas eslavas, no existen en su lengua. Cada letra tiene un sólo y único sonido.

Las dificultades de ortagrafía dejan igualmente de existir. porque en el Volapük las palabras se escriben como se pronuncian.

Añádase á esto que se ha evitado toda combinación difícil de pronunciar y los vocablos muy largos, propios de las lenguas germánicas, y se comprenderá que se han vencido, en lo posible, todas las dificultades ortográficas y prosódicas.

Mr. Sleyer ha resuelto el problema de la pronunciación adoptando el principio de la francesa, es decir, escribiendo ó cargando siempre el acento en la sílaba final. Igualmente ha adoptado su construcción, que es de las más sencillas y claras de todas las lenguas europeas.

La gramática es sencillísima. Los géneros son los naturales; los adjetivos invariables; los verbos, regulares; los procedimientos de derivación, siempre los mismos. Puede decirse que, siendo del sustantivo del que se forman el adjetivo, el verbo y el adverbio, basta conocer los sustantivos para conocer el Diccionario Volapük. El carácter de todas las formas gramaticales es esencialmente sintético.

Las primeras publicaciones de Mr. Sleyer datan de 1881, y actualmente, según afirma M. Kerckhoffs, sus partidarios se cuentan á millares en los diferentes Estados de Europa. El mismo M. Kerckhoffs es un propagandista infatigable, que está á la cabeza del movimiento volapüista de Francia.

Creemos—dice—que no hay ninguna exageración en afirmar que el Volapük puede aprenderse por cualquiera persona que conozca ya una lengua romana, cual el castellano, el francés ó el italiano, ó una lengua germánica, como el alemán ó el inglés, en un mes; cuando menos, podrá, al cabo de este tiem-

po, no sólo comprender la nueva lengua, sino también traducir correctamente y sin la menor dificultad una carta de su lengua materna en Volapük.

En efecto: en la Escuela de Altos Estudios Comerciales de París se organizó un curso de esa lengua, que sólo fué de ocho lecciones explicadas en dos meses, y los alumnos pudieron *corresponder* sin dificultad con los volapükistas de los demás países de Europa.

La *Gramática compendiada de Volapük*, de Kerckhoffs, está tan compendiada, que su texto tiene diez y siete páginas en octavo francés.

He aquí un sucinto análisis de su *Gramática*.

El *alfabeto* Volapük tiene 27 letras, y se le añaden las vocales *ä* (= *è*), *ö* (= *eu*) y *ü* (= *u* francesa). Todas las letras tienen un solo y único sonido. Las vocales son siempre largas, y no forman diptongos de sonido diferente. Las consonantes se pronuncian como en castellano, excepto la *c* (= *j* inglesa), la *g* (= *g* suave), la *j* (= *ch* francesa), la *z* (= *z* alemana). La *h* se aspira como una *j* suave..

La *declinación* es una sola, con cuatro *casos*—nominativo, genitivo, dativo y acusativo—expresados respectivamente desde el genitivo, por los subfijos *a*, *e*, *i*, en singular; *as*, *es*, *is*, en plural. El genitivo y dativo se expresa también anteponiendo las preposiciones *de* y *al*.

En Volapük no hay *artículos* definido y partitivo.

El *género* masculino es el de todos los sustantivos. El femenino se forma anteponiendo al masculino el pronombre *el*.

Los *adjetivos* se forman añadiendo al sustantivo la desinencia *ik*. El *adverbio* se forma añadiendo al adjetivo la desinencia *o*. El *comparativo* y el *superlativo* se forman con los adverbios *um* y *un*, añadidos al positivo. Los *numerales*, ordinales y múltiples se forman agregando la desinencia *id* á los cardinales. Los *pronombres personales* son cuatro: yo, tú, él, ella—nosotros, vosotros, ellos, ellas—y todos declinables. Los *pronombres y adjetivos posesivos* son los mismos personales más la desinencia *ik* de los adjetivos, detalle en que se revela el buen mé-

todo de derivación. *Los pronombres y adjetivos demostrativos, interrogativos, relativos é indefinidos,* tienen su correspondiente traducción en el Volapük.

Los *verbos* tienen tres *formas:* activa, pasiva y reflexiva, y se forman por lo regular de un sustantivo. Las *personas* se expresan por medio de los pronombres ó subfijos personales. Los *tiempos* del indicativo, llamados *simples*—presente, imperfecto, indefinido, pluscuamperfecto, futuro presente, futuro pasado—se caracterizan por aumentos; los tiempos *derivados* se forman de los *simples*, mediante la adición de ciertas desinencias.

Los *adverbios* son *primitivos* ó *derivados*. Las *preposiciones* van siempre delante del nominativo. «Las funciones no gobiernan nunca el subjuntivo,» y son las que en rigor pertenecen á la gramática filosófica. Lo mismo puede decirse de las *interjecciones* como expresivas de los diferentes estados del alma.

Toda la teoría de la *construcción* se reduce á un solo principio general, de que se deducen cuatro reglas. El principio general es que al *determinado* debe preceder siempre el *determinante*. De donde se deduce que el adjetivo debe seguir al sustantivo; el verbo, al sujeto; el complemento y el atributo, al verbo; el complemento indirecto al directo; y los complementos adverbiales de tiempo, al verbo también.

La teoría de la *formación de las palabras* es igualmente sencilla. Todas las palabras del Volapük son *radicales*, *derivadas* ó *compuestas*. Las *radicales* son casi siempre sustantivos tomados de las lenguas romanas ó germánicas, principalmente del inglés y del francés. Las *derivadas* se forman de las *radicales*, mediante *prefijos* y *subfijos* que tiene especiales cada parte de la oración. Las *compuestas* no pueden tener más de dos sustantivos, ni deben formarse sino aquellas cuya inteligencia sea facil, precediendo siempre la palabra que encierra la idea principal, é intercalando una *a* como característica de la composición ó yuxtaposición.

Tal es, en resumen, la *Gramática compendiada del Volapük*, de M. Kerckhoffs, sencilla, clara, razonada, metódica, y la mejor escrita, sin duda alguna, para uso de los españoles.

VIII

CONCLUSIONES.

De todo lo expuesto pueden lógicamente deducirse; pero el buen método exige formularlas clara y concretamente, y pueden reducirse á las que siguen:

Primera.—El proyecto de una lengua universal es una aspiración constante de todos los tiempos y todos los países, que está en razón directa de su progreso y civilización.

Segunda.—Ese proyecto, mil veces reputado como quimérico ó utópico, ha sido el sueño de ilustres sabios y de profundos pensadores desde el siglo XVII.

Tercera.—Ese proyecto, ó lo que es lo mismo, ese problema, puede tener solución. Las dificultades mayores son las fonéticas, y podrían vencerse adoptando de las vocales las que son comunes á todas las lenguas, y de las consonantes la más fuerte y la más suave de las usadas, ya labiales, ya dentales, ya guturales, más todas las líquidas ó paladiales; es decir, todas las articulaciones comunes á todos los hombres, por corresponder su formación y pronunciación á unos mismos órganos. Y podrían vencerse doblemente con el estudio de la lengua universal, como hoy se estudian, en clases «de adorno» el francés, el inglés y el alemán. Es posible, pues, una lengua universal *escrita*, y puede serlo *hablada*.

Cuarta.—El *Ensayo* de Wilkins y el *Proyecto* de Sotos Ochando, pueden considerarse como base de una lengua universal *científica*.

Quinta.—Las obras de Sleyer y de Kerckoffs, ó lo que es lo mismo, el Volapük, pueden considerarse como base de una lengua universal *comercial*.

Sexta.—El Volapük puede ser desde luégo lengua universalcomercial, *escrita*, y no es imposible—aunque no como *universal*—sea *hablada*.

Sétima.—Aunque el Volapük fuera un sueño, un delirio, una utopía, tendiendo como tiende á satistisfacer una imperiosa necesidad y á satisfacer una general aspiración, debe ser tratado con la respetuosa consideración que deben inspirar siempre todas la utopías nacidas para acometer y realizar las más nobles empresas.

Luis Coll.

EL PROBLEMA DE LA CLASIFICACIÓN CIENTÍFICA

Este problema ha sido ya ámpliamente debatido bajo el nombre de las categorías. Pero todos los sistemas propuestos tienen un defecto común. Porque, ¿á qué conocimientos precisos podría conducir estudios sobre la sustancia, la cualidad, el tiempo, la relación, la oposición, la posibilidad, la reciprocidad, la afirmación ó la semejanza? Estas categorías son muy vagas. Representan menos los aspectos diferentes de las cosas que la universalidad de las cosas. En lugar de una división efectiva, constituyen simples distinciones verbales, y la integridad del asunto se encuentra reproducida bajo diversos nombres. Carecen, en fin, del carácter de especialidad, que debe ser el signo de ciencias bien establecidas.

Pero como una parte de verdad se mezcla siempre á los errores humanos y es lo que constituye su ilusión y prestigio, algunas de esas categorías corresponden á asuntos científicos bien determinados. Tales son la cantidad, cuya medida busca la Aritmética; la situación, el reposo y el movimiento, de que ıtan la Estática y la Dinámica, etc. Habría, pues, una elec-ón que hacer, indicaciones que coordinar, y tal vez se llegara í á obtener, en parte, la conciliación de la Metafísica y la ·ɜncia.

Categorías positivas.—El medio de distinguir éstas de las que no lo son, consiste en ver si corresponden á clases de hechos, es decir, si consienten una definición precisa. Porque la cuestión de las categorías no es, en suma, más que una cuestión de ciencias á constituir. Si el valor de nuestras ideas consiste en que representan objetos de conocimiento, debe manifiestamente haber tantas clases de ideas como órdenes de conocimientos, y nada más. Por consiguiente, las solas categorías admisibles se reconocerán en este signo: que podrán ser materia de estudios *bien determinados*. El análisis que conviene hacer debe, por tanto, distribuir simultáneamente los hechos y las ideas. Clasificar las ideas sin tener en cuenta los hechos, es especular sobre abstracciones; distribuir los hechos sin consideración á las ideas, es instituir sin plan ni método ciencias particulares. No hay, pues, otro recurso que agrupar los hechos conforme á las ideas, seguir á la vez el orden de la naturaleza y las leyes del entendimiento. En otros términos; las categorías de la ciencia deben ser efectivas y razonadas, indicar fenómenos cognoscibles y distribuirlos según un ideal lógico. Establecidas separadamente, las categorías de ideas son ilusorias, y las categorías de hechos, confusas. Asociadas, al contrario, se sirven recíprocamente de prueba. Su acuerdo procura á las ciencias generales la extensión racional que falta á las ciencias particulares, y la realidad positiva de que las categorías metafísicas están desprovistas. El artificio consiste así en determinar, en la totalidad de las cosas, series de fenómenos en relación con series de ideas.

Los aspectos de la naturaleza, por grande que á primera vista parezca su diversidad, pueden ser reducidos á algunos hechos generales y simples que corresponden á otros tantos conceptos fundamentales de nuestra razón. Su número nos indicará cuantas categorías, y por consiguiente, cuantas ciencias debemos distinguir. Lo que impresiona desde luégo, es que existen cosas. Su realidad, que nos permite percibirlas, es el aspecto más elemental de la naturaleza, *el sólo evidente*. Su co-

nocimiento marca el punto de partida de la exploración de las cosas, pues no se las estudia más que porque son; si no fuesen, no habría para qué ocuparse de ellas. Esta clase de conceptos y hechos comprende todo lo que se refiere á las comprobaciones de existencia. Parece confundirse con la categoría de sustancia, que Aristóteles identifica con el ser, siendo lo propio de la sustancia, dice, expresar algo real; pero mientras que la idea de sustancia es como la de existencia pura, de orden metafísico é inaccesible á las investigaciones, las ideas de realidad perceptible son de orden positivo y constituyen una ciencia.

El espíritu no puede comprobar existencias distintas sin ver surgir de la aproximación de estos datos una nueva clase de problemas relativos á la determinación de las magnitudes. Por este mismo hecho (que las realidades *coexisten* para el pensamiento), es conducido á concebirlas bajo el doble aspecto del número y la extensión. Y estas ideas pueden ser objeto de especulaciones puramente lógicas, en las que se procure determinar unas por otras las desigualdades de las cantidades y las dimensiones. Parece que razonando así sobre conceptos abstractos, se pierde de vista la realidad de las cosas; pero, en primer lugar, la idea de magnitud se une á la de existencia, tan manifiestamente positiva, y además, las leyes matemáticas rigen todos los órdenes de hechos. Estas ideas tocan, pues, á las realidades, por sus orígenes y sus aplicaciones, y como tienen una naturaleza especial y una extensión sin límites, constituyen una segunda categoría ó ciencia.

Las nociones de existencia y magnitud, combinadas, procuran la idea de cuerpos ó masas; es decir, realidades á la vez perceptibles y medibles. El espíritu no se limita á considerar las cosas bajo dos aspectos, y concibe un tercero, que difiere de los precedentes por esta sola consideración: *que los une*. Los cuerpos no pueden existir en mayor ó menor número y bajo dimensiones asignables, sin ocupar los unos, con relación á los otros, posiciones que unas veces son fijas y otras varían. La idea de fuerza debe entonces intervenir para explicar cómo, en ciertos casos, los cuerpos parecen inmóviles, y en otros cam-

bian de lugar. Estos fenómenos, llamados de equilibrio ó movimiento, son escrutables en todas las cosas. Compondrán, en consecuencia, una tercera categoría: la de los hechos de colocación.

Prosigamos el análisis de los aspectos de la naturaleza, y como no se llega al conocimiento de lo que es compuesto más que por el estudio de sus partes, operemos en la complejidad de las cosas divisiones sucesivas. Los cuerpos, de los que acabamos de comprobar la existencia, medir la magnitud y establecer las situaciones, son fragmentos de la universal realidad; pero estos fragmentos, capaces de impresionar nuestros órganos, se resuelven en partículas, cuya atenuación puede ser llevada mucho más allá del punto en que cesan de ser percibidas, sin diferir, no obstante, de los cuerpos de que son separadas, más que por su exigüidad. La masa, descompuesta en partículas impalpables é invisibles, parece entonces desvanecerse. Y sin embargo, estas partículas homogéneas de las cosas no pierden, al separarse, su realidad material. Aisladas, conservan las propiedades de los cuerpos, y basta agregarlas de nuevo para reconstituir los agregados primitivos. Se da á estos elementos el nombre de *moléculas*. Su unión realiza en las masas un orden fijo ó variable de colocación. Pero no es ya posible darse cuenta de ellas directamente, pues por su pequeñez escapan á la observación, y para juzgarlas tenemos que reducirnos al estudio de las resultantes mediatas producidas en los cuerpos bajo la forma de modalidades sensibles. Los hechos de esta clase (fenómenos físicos), tienen una especialidad marcada y se verifican en todos los cuerpos. Motivan, en consecuencia, el establecimiento de una cuarta categoría.

Penetremos más en la constitución de las cosas. Las moléculas de que se componen los cuerpos, no son el último término de la división que el espíritu puede concebir en ellos. Porque las partículas homogéneas de las masas están compuestas ' elementos heterogéneos de una pequeñez extrema, que llam. mos *átomos*, y cuyos modos de agrupación determinan en l cuerpos cualidades especiales, que sirven para diferenciar

naturaleza. Además de las modalidades físicas, cuya causa consiste en acciones moleculares, habría, pues, que escrutar en las cosas la composición química que resulta de la unión variable de los átomos, y de donde proviene la infinita diversidad de las propiedades particulares. Las trasformaciones que los cuerpos sufren cuando su sustancia se modifica, son, en fin, el efecto de la asociación ó disociación de sus elementos. Y he aquí una quinta categoría ó ciencia: la de los hechos de combinación.

Llegados á este grado de división de la materia, que la razón se niega á traspasar porque más allá no concibe ya nada claramente, busquemos en otra dirección de ideas las consecuencias de los datos que preceden. Cuando los átomos se agrupan para constituir moléculas, deben colocarse, según ciertas condiciones de equilibrio, en un orden que asegure la permanencia del agregado. Cuando en seguida las moléculas se unen para constituir masas, deben adoptar también, bajo el imperio de la cohesión, un arreglo favorable á su estabilidad común, que se revela por la permanencia de los cuerpos. Esta doble colocación de los átomos en las moléculas y de las moléculas en las masas, aboca á la producción de elementos plásticos que, coordinándose á su vez, realizan innumerables formas, ya inorgánicas, ya organizadas. Los hechos de este género tienen evidentemente la misma generalidad que los de composición y modalidad, pues que son la resultante necesaria de ellos. Coloquémoslos en una sexta categoría, que comprenderá los modos de extructura.

En fin, cada cuerpo construído conforme á un tipo definido, tiene, por el efecto mismo de su extructura, aptitud para desonvolver, en el medio en que está colocado, una actividad que le es propia. Su condición plástica, fija entre ocurrencias variables, le dispone á sufrir, de una manera particular, las in-
encias que se ejercen en redor suyo y á resistirlas, con ma-
r ó menor energía, en tal ó cual sentido. Estas series de ac-
nes y reacciones, ligadas por la unidad persistente de la
na, constituyen «funciones.» Las unas hacen necesariamen-

te crecer y decrecer los cuerpos; las otras aseguran, en los séres vivos, la renovación de la sustancia y la regeneración del tipo; funciones psíquicas en fin, procuran á los séres animados la facultad de sentir y moverse. Y como en grados diversos, actos funcionales se verifican en todas las cosas, hay pues lugar, á constituir con ellos, una sétima y última categoría.

El espíritu humano, cediendo á una necesidad lógica, tiende á relacionar las series distintas de efectos á causas especiales, de las que cada una tiene su modo de acción y condición de conocimiento. Estas razones de las cosas son: la realidad ó *perceptividad*, para las existencias; la *racionalidad*, para las magnitudes; la *gravedad*, para la colocación de las masas; la *fuerza molecular*, para las modalidades; la *afinidad*, para las combinaciones de las sustancias; una acción formatriz ó *plasticidad*, para los hechos de extructura; en fin, la *actividad*, para las funciones.

Estos principios de acción no son realidades verdaderas, sino simples concepciones del entendimiento, expresión abstracta y general de la coordinación de los hechos. Las fuerzas que particularizamos, útiles como medio de análisis, no son más que modos de aplicación, en condiciones determinadas, de la fuerza universal.

Pero ha dicho muy bien Grove: «hasta cuando el espíritu fuera obligado un día á considerar todos los modos de fuerza como manifestaciones diferentes de una sola, nos sería tal vez preciso aún recurrir á ciertos términos convencionales para expresar *los diferentes modos de acción* de esta fuerza única, que invadiría todo.»

Hay, pues, siete clases de hechos sometidos á leyes distintas de producción, y en correspondencia con siete categorías de ideas. Estas divisiones fundamentales, en las que entran todos los aspectos de la naturaleza y todos los conceptos de la razón, son: 1.ª, la existencia; 2.ª, la magnitud; 3.ª, la colocación; 4.ª, la modalidad; 5.ª, la composición; 6.ª, la extructu-

ra; 7.ª, la función. Aquí termina para nosotros la investigación positiva, y llegamos al límite del conocimiento cierto. Para tener de las cosas una noción integral, es pues necesario, y á la vez suficiente, comprobar primero *su realidad*, medir en seguida *su magnitud*, determinar después *su situación*, escrutar *su condición molecular*, reconocer *su estado de composición*, describir, en fin, *su forma* y exponer el orden de *sus funciones*. Una vez estudiados estos aspectos á fondo, y en la totalidad de las cosas, se sabría de ellas todo lo que es posible saber.

Consagremos una ciencia á cada una de las categorías de hechos que acabamos de establecer, y tendremos las siete ciencias siguientes: de las realidades (Ontología ó Lógica); de las magnitudes (Metrología ó Matemáticas); de las situaciones (Teseología ó Dinámica); de las modalidades (Poïología ó Física); de las combinaciones (Craseología ó Química); de las formas (Morfología), y de las funciones (Praxeología).

Programa de las ciencias.—Cada ciencia comprende multitud de problemas, fáciles unos, difíciles otros de resolver. Importa tratar aparte cada uno de ellos y distribuirlos todos con arreglo al principio de su complejidad creciente, para que se pueda pasar de uno á otro por una gradación continua. Esta clasificación razonada de los problemas constituye el programa de las ciencias, no menos necesario á su establecimiento que un plano á la construcción de un edificio. Con este dato puede darse uno cuenta del estado de la obra; se ve lo que se ha hecho, lo que falta que hacer y hacia donde deben dirigirse más útilmente los esfuerzos.

Enumerar y clasificar los problemas, ó en otros terminos, trazar un plan de investigaciones que ofrezca de antemano un bosquejo de lo que será la ciencia concluída: tal es la primera ırea que se impone al principio de todo estudio.

Las ciencias bien constituídas deberían distribuir sus aterias según leyes invariables, y por consiguiente, consıirse todas sobre el mismo plan. La institución de un progra-

ma general presentaría notables ventajas, porque bastaría conocer una ciencia para concebir el tipo ideal de todas las demás y marcar el sitio en que verdades todavía ignoradas vendrán á colocarse.

Descartes aconsejó dividir un asunto tanto como fuera posible y reconstruirlo en seguida por revisiones generales. Pero, ¿cómo? Ningun orden precisó para esto, y se ve así unas veces dislocar el objeto de una ciencia en una multitud de secciones, y otras agrupar precipitadamente estas secciones en conjuntos incoherentes. El desorden en los dos casos proviene del número excesivo de las partes, que no permite ver claramente, ni sus diferencias cuando se las separa, ni sus relaciones cuando se las une. Se necesita, pues, una regla aplicable á todos los órdenes de dificultades y que pueda servir para dividir los problemas y ligar las soluciones sin el menor riesgo de confusión.

El principio de toda distribución metódica.—Consiste en arreglar las cosas de tal suerte, que las semejantes se encuentren reunidas y las contrarias separadas. Como las semejanzas y las diferencias de las cosas ó de sus aspectos admiten una infinidad de grados, se tiene toda latitud para formar una infinidad de grupos; pero lo más ventajoso es proceder por divisiones y subdivisiones sucesivas, aplicándose á constituir cada vez el menor número posible de grupos para hacer su distinción más clara. Ahora bien; como nunca son tan sensibles las diferencias como en el contraste, lo mejor sería reducirse sistemáticamente á dos grupos puestos frente uno á otro, y tan marcados, que no fuera posible confundirlos (1). Cada dificultad se resolvería entonces por un dilema, y el espíritu, no teniendo que escoger más que entre dos vías, estaría menos perplejo que cuando se abre ante él una multitud de caminos. Tal es el artificio «dico-

(1) Se tendría así, para emplear la expresión de Labruyère, «una oposición de verdades que se esclarecen recíprocamente.»

tómico» (1), cuyo uso, extraordinariamente perfeccionado en Botánica, debería ser extendido á todas las ciencias.

La dicotomia, en efecto, tiene el valor de un método lógico de primer orden, y se presta con igual éxito, ya al análisis de los hechos, ya por inversión á la síntesis de sus relaciones. Da el medio sencillo de dividir las cosas hasta su más extremo detalle por biparticiones sucesivas, tomando en cuenta cada vez el principal elemento de diferencia, y de unir las verdades por pares de magnitud creciente, hasta la reconstitución completa del conjunto, consultando en cada grado el más notable elemento de semejanza. Siguiendo esta regla, se podría establecer en todas las ciencias un modo uniforme de distribución.

Dos vias solamente dan acceso al conocimiento de las cosas. El espíritu humano va en sus investigaciones de lo compuesto á lo simple por un análisis de los problemas, ó de lo simple á lo compuesto por la síntesis de sus soluciones. De estas dos maneras de proceder, la primera se aplica á la determinación de los hechos, la segunda á la de sus relaciones (2).

El objeto de una ciencia se asemeja á una vasta trama en que es preciso examinar separadamente cada hilo para determinar la materia, y después considerar su modo de unión, el tejido. En todo asunto se debe excrutar primero los hechos uno á uno (esforzándose por agotar cuanto sea posible el detalle), y luégo compararlos para reconocer su orden. Pero estas son dos tareas diferentes, que exigen aptitudes distintas en los encargados de realizarlas. Mientras que los investigadores comprueban y marcan las particularidades, los generalizadores sistematizan y reducen á la unidad las nociones dispersas. Los

(1) Voz griega: *cortar en dos.*

(2) «Siendo todas las cosas, dice Pascal, causadas y causantes, ayudadas y ayudantes, mediatas é inmediatas, y sosteniéndose todas por un lazo natural que une las más lejanas y las más diferentes, considero igualmente imposible conocer las partes sin conocer el todo, y el todo sin conocer particularmente las partes.»

unos tienen el genio de la investigación minuciosa, los otros el de la especulación atrevida.

Cada ciencia general se compone así de dos partes; la primera descriptiva, que señala los hechos y muestra el cómo de las cosas; la segunda explicativa, que establece las relaciones de los hechos y da cuenta del por qué. Una ciencia no es completa sino cuando estos dos órdenes de problemas son resueltos, pues reducida á comprobaciones de hechos acumularía confusamente fragmentos de conocimiento, y reducida á consideraciones teóricas no sería más que un juego de imaginación. Extractos de hechos y coordinaciones de hechos, son igualmente necesarios. Cuando un asunto ha sido bien estudiado bajo estos dos aspectos, se le conoce en detalle y conjunto, esto es, integralmente.

En consecuencia, dividiremos cada una de las ciencias en dos partes principales, relativas una al estudio de los hechos, otra al de sus relaciones. Se podría llamar «Fenomenología» la sección que trata de los hechos aislados, y «Cœnología» (1) la que coordina los hechos por series.

Los problemas de la primera son más simples, toda vez que cada uno de ellos se resuelve con el auxilio de sus propios datos; y no es necesario ocuparse de ningún otro, porque una descripción exacta del fenómeno es todo el resultado que se persigue. Los problemas de la segunda son, al contrario, complejos, porque hay que seguir de un hecho á otro encadenamientos de influencias que progresivamente se extienden á todo. Además, la investigación de las relaciones entre los hechos implica manifiestamente el conocimiento de estos hechos. Es preciso, pues, comenzar por el análisis de los hechos y terminar por la síntesis de sus relaciones. No se lograría nada siguiendo una marcha inversa, porque especular sobre el conjunto de las cosas antes de haber explorado el detalle, es razonar sobre lo que se ignora y tomar lo desconocido por punt

(1) De κοινός común.

de partida. La Metafísica procede así, pero esto basta á explicar su impotencia.

Los hechos y su investigación por el análisis.—Lejos de profesar para los hechos el soberbio desdén de que se jacta la Metafísica, las ciencias les consideran como el principio mismo del conocimiento, como la revelación parcial de las leyes que rigen las cosas (1). Por consiguiente, subordinan sus teorías á la prueba de los hechos, dispuestas siempre á abandonarlas si los hechos las desmienten.

Las concepciones *à posteriori*, tienen así un fundamento tanto más sólido cuanto que descansan sobre una más amplia colección de hechos. Inatacables en tanto que se apoyan sobre todos los hechos conocidos, no pueden ser afectadas más que por hechos nuevos que las contradigan.

La ciencia debe, pues, hacer grandes acopios de hechos, determinarlos con precisión y excrutarlos en su más ínfimo detalle. Ni uno solo deben perder de vista si han de abarcar la realidad de las cosas en toda su extensión (2).

Ahora bien; el sólo medio de comprobar un vasto conjunto de hechos, consiste en descomponerlos por «el análisis» (3). La inteligencia necesita fraccionar las dificultades para vencerlas en detalle. En un asunto cuya magnitud traspasa sus límites ó la complejidad su penetración, distingue partes; después, en estas partes, partículas, y prolonga así las subdivisiones, hasta que la claridad resulta de una perfecta simplicidad.

Las relaciones y su investigación por la síntesis.—La comprobación de los hechos no representa más que una mitad de la ciencia; y si allí se detuviesen las investigaciones, el conocimiento del asunto quedaría incompleto. Al trabajo que distingue y separa, debe suceder el que relaciona y une. Dividiendo

) Edificar las ciencias sin hechos, es querer construir nn muro sin piedras. *(Monme.)*

?) Bacon quería que viviesen las ciencias *encorvadas* sobre los hechos y que ni en especulaciones más altas los abandonasen.

Voz griega: *partir.*

incesantemente las cosas, se podría sin duda hacer la vista del detalle muy clara, pero la del conjunto no cesaría de ser cada vez más confusa.

Un montón de nociones no compone una ciencia, y cuanto más se haya subdividido los problemas, más importa ligar las soluciones. Es preciso entonces ordenar los datos, escrutar sus relaciones, explicar unas por otras y hacer depender sus series de causas que se subordinan. Sin embargo, no puede aquí tratarse más que de las causas segundas, del por qué relativo de los hechos, no de causas primeras ni fines últimos (1).

No podemos adquirir más que conocimientos limitados sobre causas segundas y fines próximos; pero como su encadenamiento se prolonga sin término asignable, nuestras ciencias tienen un horizonte indefinido, y sólo tendremos derecho á quejarnos cuando no nos quede nada que descubrir.

El orden de la naturaleza no admite fenómenos aislados, pues la ausencia de relación equivaldría para ellos á la ausencia de causa efectiva. Todos son conexos, y ya simultáneos, ya sucesivos, resultan de un concurso de influencias. El universo es un sistema de acciones que se coordinan por series, y cuyo conjunto realiza una grandiosa unidad. Después de haber considerado el todo como un compuesto de partes, es preciso considerar las partes como componiendo un todo, y procurar reconocer las relaciones: su modo de unión.

A medida que posee más indicaciones de hechos, el espíritu quiere esclarecer su entrecruzamiento, sistematizar su orden y expresarle por leyes. Este término, según la definición tan general de Montesquieu, designa «las relaciones necesarias que derivan de la naturaleza de las cosas.» Sin duda, para la ciencia todo es ley, porque la naturaleza no hace nada sin reglas, y cada fenómeno tiene la suya. Pero las particularidades tienen sólo condiciones particulares; las leyes verdaderas son la ex-

(1) *El por qué del por qué*, dice Leibnitz. Bacon llama á estas cuestiones *sordas*, y e que las interroga, según Newton, prueba por este solo hecho que carece de espíritu científico.

presión de la conexidad de los hechos, y no se dejan, por consiguiente, sorprender más que en las series. Las ciencias analíticas, reducidas á apuntar el detalle de los fenómenos, é incapaces de asignar leyes al conjunto, constituyen simples repertorios, tanto más confusos cuanto más ricos. Y la abundancia de estos datos se tornaría pronto en caos, si no se procurase enlazar los hechos por teorías, que á su vez se enlazan y restablecen el orden de las cosas, haciéndole concebir como un todo lógico.

La función verdadera de la ciencia consiste, pues, en agrupar informaciones parciales, y en reducir por leyes su multiplicidad á la unidad. La razón, como la naturaleza, de la que es el reflejo, aspira en todas las cosas al orden (1). El conocimiento debe, por tanto, condensar en algunas breves fórmulas una multitud de nociones y mantener en estrecho haz largas series de verdades. Los hechos representan la apariencia fugitiva de la eterna realidad, que el pensamiento quisiera comprender en lo que tiene de universal é inmutable. Las leyes que expresan las constantes de los fenómenos, es lo único que puede satisfacer á la razón. Ellas explican los efectos pasajeros por causas fijas, lo que cambia por lo que no cambia. La ciencia, resumiendo en leyes lo que el orden de los fenómenos tiene de regular y estable, subordina en seguida estas leyes unas á otras, y se remonta de causa en causa hasta una causa general y simple, que explica todo sin tener ella necesidad de explicación. Esta cumbre, que cada ciencia pugna por alcanzar, marca el punto culminante del conocimiento. El espíritu, llegado á esta altura, domina el conjunto de los hechos contingentes, y dueño de los principios, tiene en su mano el curso entero de las consecuencias. Se encuentra establecido en el centro de las cosas y de su orden. Su ciencia es entonces tan completa como deseaba.

En el estudio de las relaciones se procede por vía de síntesis. Este método, exacta parte opuesta del análisis, va de lo

(1) La conexión entre la razón y el orden es extrema, dice Bossuet; el orden es amigo de la razón y su propio objeto.

particular á lo general. Aproxima los hechos, los compara, los une y se eleva por grados á la concepción del todo. Posterior al análisis, pues que especula sobre sus datos, la síntesis está menos avanzada en su trabajo, y la mayor parte de las ciencias, ricas en nociones de detalle, pero pobres todavía en leyes, parecen poco útiles. El acuerdo mismo de sus teorías deja mucho que desear. Si se perfeccionaran y acordasen, deberían atribuir cada serie de efectos á una causa única y conciliar por ella las aparentes antinomias; porque su triunfo consiste en comprender bajo la fórmula de una ley dada los fenómenos excepcionales ó contradictorios que parecen desmentirla. Así se borran las diferencias de los casos, y sus discrepancias se conciben como las deducciones de un principio invariable. En un orden entero de hechos, la ciencia muestra el mismo hecho indefinidamente variado.

Al término de este doble estudio que, poniendo alternativamente en práctica el análisis y la síntesis, explora las dos fases del objeto, se obtiene de él un conocimiento, minucioso en el detalle, y concordante en el conjunto. Las partes son comprendidas en su multiplicidad y el todo en su unidad. Y se encuentra así realizada la íntima alianza del hecho y la idea, que constituye la ciencia general, á la vez racional y positiva.

Clasificación de los hechos por su grado de complejidad y variabilidad.—Los hechos, examinados uno á uno, son relativamente simples ó relativamente complejos y por consecuencia, fáciles ó difíciles de comprobar. Conviene, pues, distribuirlos en dos series. La idea de una distinción de este género es antigua en la ciencia. En todo tiempo la Matemática ha estudiado separadamente los dos aspectos de la magnitud: el número y la extensión. La Dinámica distingue los hechos de equilibrio y los de movimiento. Se debe á Aristóteles la distinción de «potencia» y «acto» ó del estado «virtual» y «actual» de las fuerzas. Blainville propuso también distribuir en dos grupos todos los órdenes de hechos y considerar primero su condición «estática»

y en seguida la «dinámica». Por todas partes, en efecto, donde la fuerza interviene como causa de los fenómenos, se manifiesta bajo dos aspectos, en apariencia contrarios: unas veces es virtual, pasiva, consagrada á producir efectos constantes, en los que su energía, suspendida y latente, existe sólo en potencia, en el estado de «tensión,» y otras es actual, activa, en curso de desenvolvimiento, capaz de producir efectos diversos.

La primera condición de las cosas muestra lo que tienen de permanente; la segunda, lo que tienen de variable. La fuerza parece dormitar en un caso, despertar en el otro, mantenerse en reserva ó gastarse. Pero estos dos estados son menos opuestos que correlativos. La fuerza se regenera al pasar de uno á otro, sin perder nada de su poder, hasta cuando parece inactiva. La disparidad de sus modos de acción consiste en que, á veces, se encuentra detenida por obstáculos, reacciona contra ellos, no los puede vencer y se limita á producir efectos de una persistente uniformidad; mientras que otras veces, libre en su ejercicio, sigue sus propias leyes y modifica el orden de las cosas por mutaciones sucesivas. En suma, virtual ó actual, espectante ó eficiente, es siempre la misma fuerza, cuya naturaleza no cambia, aunque sus aplicaciones difieren. Debe, sin embargo, tenerse en cuenta, en las ciencias de hechos, una desemejanza tan notable, y esta consideración motiva la división principal de sus problemas. Pero como esta regla no es aplicable á las especulaciones de la Matemática ni á los datos de la Lógica, se debe preferir un modo más general de división que convenga á todos los asuntos.

En toda ciencia cabe distinguir dos clases de hechos: los unos, simples y fijos, se encuentran por todas partes y son siempre los mismos, ó al menos sus variaciones, cuando las experimentan, son muy limitadas; los otros, complejos y transitorios, cambian á cada momento y en cada lugar. Los primeros ı los más fáciles de reconocer, pues que, en razón de su unimidad general, basta determinarles una vez por todas: no ɔorta dónde, no importa cuándo. Los segundos, multiformes aspecto, son al contrario, difíciles de consignar, porque es

preciso seguirles á través de series de mutaciones y comprenderles bajo apariencias diversas. Consiguientemente dividiremos la parte analítica de las ciencias en dos secciones: una «elemental,» consagrada al estudio de los hechos, que no varían ó varían poco; otra «especial,» encargada de describir los hechos de una variabilidad característica y que por esto mismo sugieren una multitud de problemas.

La ciencia de los elementos es, en general, reducida, á causa de la simplicidad, corto número y permanencia de sus datos. Pero estas nociones primeras tienen una importancia muy grande. Establecen el fundamento sobre el que todo lo demás se construye. Y aunque su adquisición sea relativamente fácil, porque los hechos elementales pueden ser comprobados en todos tiempos y en todos lugares, la tarea no deja de ofrecer obstáculos. Exige investigaciones previas, definiciones exactas y teorías sumarias. La ciencia de los hechos especiales es mucho más extensa. Debe escrutar las cosas en una condición de mutabilidad que las hace diferir por sí mismas, según los lugares, los tiempos ó las circunstancias y condensar el vasto detalle de sus variaciones eventuales. La parte de las ciencias que se aplica á resolver estos problemas no podía constituirse más que con posterioridad á la precedente, pues sin el conocimiento de lo que el orden de los hechos tiene de que cambia el estudio de lo no podría ser abordado siquiera. El espíritu tenía necesidad de puntos para relacionar á ellos los aspectos móviles de las cosas y reconocerse en su incesante diversidad.

Se puede todavía subdividir estas series de hechos aplicando la misma regla de distribución que ha servido para establecerlas. Basta para esto distinguir en cada clase de hechos, grados de complejidad.

En el orden de los hechos elementales, por ejemplo, sería bueno examinar separadamente aquellos cuya simplicidad es irreductible ó la fijeza constante, y los que tienen una simplicidad menor, una fijeza relativa; en otros términos, los elementos primeros, que no experimentan cambios de ninguna clase,

y los elementos secundarios ó derivados, que los admiten de poca extensión. La ciencia debe manifiestamente empezar por el estudio de los hechos, cuya condición de simplicidad sea tan grande que no pueda concebirse mayor. Los que ofrecen ya un principio de variabilidad deben ser examinados después.

De la misma manera, entre los fenómenos, cuya mutabilidad constituye el rasgo distintivo, se deberá estudiar primero aquéllos en los que se contiene entre límites asignables, porque es todavía posible describirlos sin demasiado esfuerzo; y después aquellos en que se desenvuelve sin límites, suscitando problemas más complejos.

En fin, si las exigencias del estudio obligaran á fraccionar más los problemas, sería siempre fácil multiplicar las divisiones, distinguiendo en cada suborden de hechos grados de complejidad.

Clasificación de las relaciones por su grado de generalidad.— Las conexiones que unen las cosas pueden ser, en efecto, directas y especiales, ó mediatas é indefinidas. En un caso, forman grupos limitados de hechos, cuyas relaciones son estrechas; en el otro coordinan series de grupos, cuyo lazo más suelto se prolonga en correlaciones lejanas. Las relaciones de la primera clase, simples y reducidas, son menos difíciles de esclarecer, porque se producen entre hechos poco numerosos y determinados; las de la segunda tienen una naturaleza compleja, pues reunen multitud de cosas diferentes y las modifican por influencias que se extienden hasta el infinito. Llamaremos «comparada» la sección que estudia las relaciones particulares de los hechos para explicarlos en detalle unos por otros, y «general» la que, coordinando los grupos de hechos, formula las leyes del conjunto. La primera no efectúa más que sintesis parciales; la segunda opera la sintesis total y da á la ciencia su coronamiento.

Se puede también subdividir estas series de relaciones apli-

cando la misma regla de distribución que ha servido para establecerlas. Basta para esto distinguir en cada clase de relaciones grados de generalidad.

En el orden de las relaciones especiales, convendría, pues, fijar dos grados, en razón de la mayor ó menor extensión de los grupos. Las relaciones de este género pueden establecerse de hecho á hecho, ó de hecho á serie. En el primer caso, se procede á constituir pares cuyos términos estén unidos por una correlación inmediata; en el segundo, se reunen hechos, enlazados por una influencia colectiva, y se compone una serie.

En fin, el estudio de las relaciones generales deberá distribuirlas igualmente en dos clases, según que su generalidad es limitada ó ilimitada, según que enlacen por una relación común series de hechos ó la totalidad de los hechos. Es, en efecto, posible concebir dos clases de leyes: unas que, limitadas todavía, se aplican á series de grupos; y otras que, alcanzando el último término de la generalización, rigen la universalidad de las cosas; expresan, en fin, en una fórmula única la integridad de sus relaciones.

Finalmente, si las exigencias del estudio obligaran á fraccionar más los problemas, sería siempre fácil multiplicar las divisiones, distinguiendo en cada suborden de relaciones grados de generalidad.

Clasificación de las cosas por sus caracteres principales.—Es la que se emplea en Botánica, y como utiliza en una medida igual los recursos del análisis y los de la sintesis, permite dividir los problemas hasta en el más ínfimo detalle y coordinar las soluciones hasta en el más vasto conjunto. Se puede entonces efectuar las divisiones y revisiones que aconseja Descartes (con un orden que no llegó á formular), y escrutar sin confusión: de una parte, el curso entero de los hechos de otra, el curso entero de las relaciones.

Distribuyendo de esta suerte los aspectos de las cosas en lugar de las cosas mismas, se simplifica los problemas

porque se examina el conjunto bajo puntos de vista cada vez más circunscritos. El único expediente de análisis para las ciencias particulares, consiste en serlo siempre más. Tan pronto como escogen una colección de objetos, la dividen en colecciones menores, sin poder obtener así una simplificación real, pues que cada grupo, por reducido que sea, comprende cosas que es preciso examinar totalmente, es decir, bajo una multitud de aspectos. Las ciencias generales, al contrario, dividiendo estos aspectos, circunscriben por grados la investigación y operan un análisis eficaz, cuyo resultado es hacer las cuestiones menos complejas cada vez. Es de notar, en efecto, que á través de sus divisiones y subdivisiones sucesivas, no pierden el carácter de generalidad que las distingue, y á pesar del fraccionamiento progresivo de los problemas, el conjunto de las cosas queda intacto. Cada sección de las ciencias es obligada á explorarle en totalidad, y particulariza solamente la manera de examinarle. No es, pues, la universal realidad lo que se escinde, sino las dificultades de su estudio; y la investigación de la verdad se hace, por consecuencia, menos difícil.

Los problemas así clasificados, componen una serie cuyos términos se encadenan. La investigación va de lo simple á lo compuesto en el análisis de los hechos, y de lo particular á lo general en la síntesis de las relaciones. Se pasa como por una pendiente continua de los elementos más fijos, que pueden ser comprobados directamente, á los que admiten variaciones de poca extensión; después á los hechos complejos, cuyas mutaciones son limitadas; y en fin, á aquellos cuyos cambios son indefinidos. Abordando en seguida el estudio de las relaciones, se agrupa sucesivamente los hechos por pares, por series, por series de series, y se aspira á formar un todo del conjunto. El conocimiento se eleva, pues, por una progresión regular, de la más grande simplicidad de los hechos á la más grande gene-
idad de las leyes, y atraviesa, sin perderse en ella, la com-
iidad de las cosas.

Esta manera de proceder encuentra su confirmación en la
oria de las ciencias. El espíritu humano, guiado por el ins-

tinto lógico, ó cediendo más bien al imperio de la necesidad, ha recorrido en sus investigaciones seculares estadios análogos. En todo parte de lo simple para llegar á lo compuesto; después coordina lo múltiple para reducirlo á la unidad. Cada estudio comienza por recoger un montón de hechos. Los menos complejos y más constantes son, naturalmente, los primeramente conocidos; los que, compuestos y variables, exigen más atención, son en seguida explorados. Después de las comprobaciones minuciosas y los pacientes extractos, vienen los ensayos de teorías que, muy incompletas al principio y cada vez mejor adaptadas á los hechos, logran explicarlos primero por series, y finalmente en el conjunto. Una marcha inversa no tendría ninguna probabilidad de éxito. Cuando, en su impaciencia por llegar al fin, los investigadores han querido especular sobre los hechos antes de conocerlos bien, y construir *à priori* sistemas imaginarios, la inanidad de sus esfuerzos ha sido la consecuencia del error cometido.

En fin, una distribución uniforme de las ciencias, facilitaría la comparación de los diversos órdenes de conocimientos y haría posible el estudio, hasta aquí poco practicable, de las relaciones que los unen. Con divisiones simétricas y paralelas, es fácil operar confrontaciones fructuosas entre las diferentes clases, ya de hechos, ya de relaciones, porque los aspectos de las cosas ofrecen la correspondencia más exacta cuando se les compara en igual grado de simplicidad ó complejidad, de particularidad ó generalidad. Estas correlaciones de las ciencias, cuyo interés es tan grande, han quedado oscuras y descuidadas, porque distribuciones confusas no han dejado discernir, á través de la incoherencia de los análisis, la regularidad del conjunto y el medio de efectuar la sintesis. Una clasificación racional, común á todas las ciencias, introduciría en sus relaciones un principio de orden y conexión, prenda de unidad futura para la ciencia integral.

Métodos de las ciencias.—Las ciencias una vez definidas y sus problemas clasificados, resta exponer las vías y me-

dios de conocimiento. Cada ciencia es obligada, por la especialidad misma de su objeto, á emplear para explorarle modos apropiados de estudio. El conjunto de estos procedimientos de investigación constituye su «método».

El uso asigna igualmente este nombre al análisis y á la síntesis; pero entonces es preciso distinguir dos clases de métodos: unos *generales*, que se aplican á todas las ciencias y cuya utilidad se limita á plantear los problemas, sin procurar directamente la solución de ninguno; otros especiales, para resolver los problemas. Los primeros sirven para trazar un programa, y los segundos para ejecutarle (1).

Las mismas consideraciones que inducen á separar en la naturaleza las categorías de hechos, obligan á estudiarlas de diferentes maneras. Hay pues lugar á establecer tantos métodos como ciencias fundamentales. Veamos cómo el espíritu de investigación es obligado á proceder en las distintas vías donde aquéllas le internan.

La evidencia y la demostración ó evidencia mediata.—En los albores del conocimiento es preciso admitir un método instintivo, que el espíritu aplica espontáneamente y sin reflexión, porque no es todavía capaz de ésta. Las primeras verdades entran en nuestra inteligencia por sí mismas, sin estudio y sin esfuerzo, en virtud de su evidencia propia. Leibnitz distingue dos clases de nociones: unas, sobre las que tomamos posesión directa; otras, que es preciso pedir á una investigación. Las primeras, llamadas manifiestas, se perciben á primera vista. No hay necesidad de buscarlas ni de perseguirlas, basta consignarlas. Se imponen desde que se las encuentra, y su certidumbre no deja nada que desear. Las segundas, al contrario, ocultas y de difícil acceso, exigen una investigación profunda, per-

(1) A pesar de la importancia de estos instrumentos de estudio, sin cuyo auxilio toda exploración sería imposible, su teoría general está apenas bosquejada. No se ha tratado todavía metódicamente de los métodos. El *Discurso del método* está por hacer, bajo el punto de vista de las ciencias positivas; pues por grande que sea su mérito filosófico, la obra de Descartes es, con respecto á éstas, de una insuficiencia notoria.

secuciones tenaces, un sitio en regla, un victorioso asalto. Tal diferencia entre las maneras de conocer, motiva una división correspondiente de las ciencias. Las verdades de evidencia inmediata constituyen la ciencia primera, y son adquiridas por «intuición»; las verdades de evidencia mediata componen las ciencias propiamente dichas, y son establecidas por «demostración».

Del método en Lógica.—La intuición procura las nociones relativas á la existencia de las cosas. Como estos datos se reducen á simples afirmaciones de realidad, la percepción tiene, desde el principio, el poder de comprobarlas. El ser toma desde luégo posesión de sí mismo por la conciencia; después extiende sus informaciones al exterior con el auxilio de diversos sentidos, coordina las ideas, las asocia y las cambia. Estas representaciones mentales de las cosas se producen, se clasifican, se combinan y se comprueban bajo la ley de la evidencia.

Para extender el campo de la especulación y pasar de las verdades manifiestas á las verdades problemáticas, un cambio de método es necesario. Hay que zanjar entonces cuestiones dudosas. La manera de proceder difiere en cada ciencia.

Del método en Matemática.—El espíritu, limitado primero á nociones intuitivas, no puede hacer otra cosa que relacionarlas por vía de consecuencia y formar con ellas un encadenamiento, susceptible de prolongarse indefinidamente. Partiendo de verdades generales recibidas á título de axiomas, hace su análisis, dispone en un orden lógico las proposiciones que de ellas resultan, y llega así á verdades imprevistas, cuya evidencia, aunque indirecta, es igual á la de los axiomas, pues que dimana de éstos. Este modo de investigación no se aplica rigurosamente más que á los problemas de magnitud. Las determinaciones abstractas del número y la extensión representan, en efecto, idealidades puras, cuya concordancia y leyes son enteramente racionales. La Matemática, tomando por premisas las inferencias de la Ontología, saca de ellas vastas consecuencias, y va hasta las verdades más remotas que los axiomas comprenden implícitamente, sin dejar quebrar el hil

continuo de evidencia que las une. Este método, obra de la reflexión, se ejercita sobre datos manifiestos y se llama «deducción».

Del método en Dinámica.—Salgamos del mundo de las comprobaciones ontológicas, que esclarece el pleno sol de la evidencia directa, y del de la abstracción matemática, en el que el razonamiento establece, eslabón por eslabón, cadenas sin fin de evidencias derivadas: entremos en el mundo de los fenómenos. Aquí tendremos que tener en cuenta condiciones y casos que nos obligarán á constituir un método nuevo. Ni la intuición, en efecto, ni la deducción, pueden resolver semejantes problemas, porque en el orden relativo en que se verifican los hechos, la espontaneidad de evidencia propia en las nociones de realidad, y el rigor lógico de las especulaciones sobre las magnitudes, faltan aquí igualmente. Las cosas cesan de ser manifiestas porque son complejas, y no pueden deducirse de axiomas, porque son contingentes. La ley de los fenómenos consiste en producirse en condiciones determinadas, locales y transitorias. Aparecen, se desenvuelven y desaparecen. Es preciso, pues, sorprenderles en su movilidad fugitiva, comprobar, en un momento y un lugar dados, el estado real de las cosas, y seguirlas en sus mutaciones eventuales, esto es, recurriendo á artificios de exploración. Las diversas categorías de hechos, desigualmente complejas y subordinadas á un mayor ó menor número de influencias, reclaman medios apropiados de investigación.

El caso más simple es aquel en que los fenómenos, resultando de una causa constante y uniforme de acción, se producen bajo la misma ley, en serie unilinear, y no varían más que en razón de la intensidad ó del modo de aplicación de la fuerza. Basta entonces «observar» los hechos. Este método, que asocia la intuición y la deducción, conviene especialmente á la námica. Para conocer el orden de colocación de los cuerpos, preciso comprobar primero su realidad por medio de la per-ción, establecer después sus situaciones respectivas y ase-rarse, por medidas precisas, de que éstas situaciones sufren

ó no cambios. La determinación de estos datos se reduce á evaluaciones de distancias, pesos, ángulos y tiempos. La observación que las procura, se limita así á trasportar al mundo de los fenómenos efectivos la medida teórica de las magnitudes.

Del método en Física.—Una condición ya más compleja es aquella en que los hechos, en lugar de desenvolverse en serie simple bajo la acción de una fuerza única, se desenvuelven en varias series y parecen depender de fuerzas diversas que, consideradas cada una aparte, admiten graduaciones de efectos; pero en globo, como reaccionan unas sobre otras, ofrecen un entrecruzamiento constante. Tal es el caso de los fenómenos físicos. El solo medio de discernir estas influencias correlativas y apreciar exactamente la parte de cada una de ellas, consiste en intervenir en su orden y en dirigirlas entre ocurrencias variables, compeliéndolas á ejercerse, unas veces separadamente, otras de concierto. Esto es lo que hace la «experimentación.» Este método, no ya contemplativo como el de la observación, sino activo y más eficaz, sorprende los fenómenos bajo sus apariencias pasajeras, los obliga á producirse en medio de circunstancias alternativamente simplificadas y complicadas, sigue los encadenamientos de influencias y acaba por referir la totalidad de los efectos de modalidad á un mismo principio de acción, cuyas leyes dominan la dinámica molecular.

Del método en Química.—El estudio de los hechos de composición suscita problemas todavía más difíciles de resolver. Los fenómenos químicos no están ya dispuestos, como los físicos, en un corto número de series conexas, cada una de las cuales varía por grados regulares y continuos; forman una infinidad de grados irregulares y discontinuos; es decir, que cada modificación de sustancia determina en los cuerpos un cambio súbito y total de propiedades. No es posible, pues, contentarse con establecer experimentalmente algunos grados y servirse de ellos para construir una escala aplicable á la serie entera; es preciso agotar el detalle de hechos entre los que ninguno se asemeja á otro. Y un método á la vez sutil y preciso era indis-

pensable para facilitar el acceso á este mundo de las mutaciones de sustancia, para asociar ó disociar átomos en las condiciones más diversas y para hacer recorrer á su agregados el ciclo de las trasformaciones que la afinidad consiente. A este método, que procede por vía de análisis para descomponer los cuerpos y por síntesis para componerlos, le llamaremos, en defecto de un nombre usual para designar simultáneamente estas dos órdenes de estudio, «integración».

Del método en Morfología.—Sigamos el orden de complejidad de las cosas. En Química, cada hecho de composición difiere de todos los demás; pero considerado en sí mismo, no cambia. Sus condiciones son fijas, y si debe ser determinado aparte, se determina una vez para siempre. En Morfología, al contrario, cada hecho de conformación tiene además condiciones particulares que exigen un examen separado, realiza un tipo de especie, constituye un modo de estructura; pero en vez de ser invariable, como los casos de combinación, no tiene más que una fijeza relativa y se plega á mutaciones de detalle, según la edad, el sexo, el estado de desarrollo, las variedades y las razas que admite una misma especie. En todos los grupos de formas, en todos los grados hay semejanzas y diferencias que comprobar. Es preciso tener en cuenta estos datos y establecer su balance en el conjunto de las series, sin que pueda nunca señalarse una similitud completa ó una desemejanza absoluta. El método que dirige la ciencia en la descripción y la clasificación de los fenómenos plásticos, se llama «la comparación.»

Del método en Praxeología.—En fin, después de los hechos de estructura cuyas variaciones limitadas se dejan reducir á tipos dotados de una constancia relativa, y pueden ser distribuídos de una manera estable en los cuadros de la clasificación, resta escrutar un orden de fenómenos cuyos desenvolvimientos cambian incesantemente, se alejan más cada vez de un punto de partida y siguen leyes de evolución ó progreso. Los fenómenos de función, produciéndose bajo la doble influencia de las formas y de los medios, dependen por grados de todo lo que les

rodea ó les precede, y se explican por concomitancias ó secuencias que se entrecruzan y prolongan hasta el infinito. La exploración de estos efectos, los más complejos de la naturaleza, hace, pues, necesario un método capaz de esclarecer, en el curso ó el concurso de las causas, las resultantes de acciones y reacciones sin término asignable. A. Comte le ha instituído bajo el nombre de «filiación;» pero reduce indebidamente su aplicación á la Sociología. Conviene sólo al estudio de todo el conjunto de las funciones. Además, como no se limita á apuntar sucesiones de efecto, sino que debe también tener en cuenta simultaneidades de acción, creemos preferible llamarle, de una manera menos restrictiva, «conexión».

Los siete métodos científicos:

1.° La intuición, que comprueba la realidad manifiesta de las cosas;

2.° La deducción, que determina la medida lógica de las magnitudes;

3.° La observación, que reconoce el orden de colocación de los cuerpos;

4.° La experimentación, que escruta las modalidades físicas;

5.° La integración, que revela la composición de las sustancias;

6.° La comparación, que describe y clasifica las formas;

7.° La conexión, que expone el desenvolvimiento de las funciones.

Tales son nuestros medios de conocimiento. Proceden los unos de los otros, y se siguen como los términos de una progresión.

La intuición da á todos la evidencia por punto de partida y el único fin de la demostración es hacer manifiestas, por u suplemento de luz, las verdades que no llevan consigo su cer tidumbre. La deducción, aceptando á título de axiomas las in

ferencias más generales y más claras de la intuición, hace derivar de ellas series de consecuencias. Es, por decirlo así, una intuición reflexiva, capaz de razonamiento, apta para ligar largas series de evidencias coordinadas. La observación, combinando los recursos de los dos métodos que preceden, comprueba y mide al mismo tiempo. La experimentación constituye una observación activa que, en vez de aguardar á que los fenómenos se verifiquen, los provoca y los modifica según sus conveniencias. La integración, especie de experimentación sistemática, somete á una doble prueba de análisis y síntesis la totalidad de los hechos de combinación. La comparación representa una integración general y simultánea que, para caracterizar cada forma, debe indicar sus semejanzas y sus diferencias con todas las demás. En fin, la conexión no se contenta con comparar las funciones entre sí, sino que compara los estadios sucesivos de cada una de ellas y busca en el universal conjunto, la ley de variaciones continuas.

Así los diferentes métodos complican por grados sus artificios de investigación, y les hacen cada vez más eficaces en la resolución de problemas cuya complejidad va siempre creciendo.

Los métodos que acabamos de indicar admiten modificaciones especiales, cuyo efecto es plegarlos á las diversas maneras de considerar un asunto. Las subdivisiones que hemos establecido en las ciencias se encuentran en sus métodos, porque los procedimientos deben necesariamente variar según que se les aplica al análisis de los hechos ó á la síntesis de las relaciones, y aún según que el análisis recaiga sobre hechos elementales ó hechos especiales, ó la síntesis aspire á constituir grupos ó conjuntos.

En tanto que una ciencia se limita á comprobar los elementos de las cosas, su método se reduce á algunos artificios muy mples. Cuando en seguida aborda las variaciones de los he-ıos, debe extender sus medios de investigación, adaptarles á diversidad de los casos y redoblar su sagacidad para sorpren-:r, á través de innumerables metamorfosis, el incogible Pro-

teo. El estudio de las relaciones, sucediendo al de los hechos, exige un nuevo progreso que procura al método el poder de unir por series las nociones adquiridas. En fin, el establecimiento de las teorias generales y el descubrimiento de las leyes de conjunto imponen un último perfeccionamiento. La ciencia no llega, en efecto, á reunir en una breve fórmula un orden entero de conocimientos y á hacer derivar de una causa única la totalidad de los hechos, más que á condición de abrazar mucho y estrechar fuertemente, lo que supone un método llegado á su más completo desenvolvimiento.

La prueba científica.—Como complemento de la teoría de los métodos resta exponer los medios de prueba. Las ciencias, deseosas de poner sus verdades fuera de toda discusión y aun al abrigo de toda desconfianza, se esfuerzan en confirmar, por diferentes modos de prueba, la exactitud de sus soluciones y la precisión de sus leyes. Hay un arte de descubrir y otro de probar. Stuart Mill censura con razón á Comte por haber descuidado el segundo. ¿Cómo cerciorarse, en efecto, de que no se ha ocultado el error en el punto de partida ó al término de la especulación? ¿Qué garantías hay de que los caminos indicados por el método conducen seguramente á la verdad? Por atento que esté el espíritu, por grande que sea su vigilancia, es siempre posible un error, y cuando por desgracia se produce, es preciso poder reconocerle. La verdad no es, por otra parte, nunca demasiado cierta, y dos demostraciones valen más que una. Importa, pues, emplear todos los procedimientos posibles de examen y comprobación.

La prueba se efectúa para cada ciencia, no por un cambio de método, porque ninguna de ellas tiene á su disposición varios métodos, sino por un cambio de marcha que hace aplicar el mismo método en otro sentido. Es preciso proceder diferentemente para descubrir y para probar; en el primer caso, se va de los datos del problema á la solución que se busca; en el segundo, de la solución hallada á sus consecuencias, que deben todas acordarse con los hechos establecidos. Veamos qué artificios produce en las diversas ciencias este trastorno de los métodos.

La prueba lógica.—Las verdades de la Ontologia, manifiestas por sí mismas, son las únicas que no tienen necesidad de prueba, y aunque se quisiera probarlas no se podría. La evidencia no admite demostración. Suministra, al contrario, á la demostración su punto de partida, pues que sin principios ciertos sería imposible razonar. Todo depende así de la evidencia inmediata, la que, por el contrario, no depende de nada. No tiene, pues, que hacer pruebas; está por encima de toda prueba, y el que exigiera que se le probara la evidencia, se parecería á un ciego pidiendo que se alumbre al sol. Los axiomas se enuncian, no se demuestran, y aun tratándose de aumentar por el razonamiento su evidencia, sólo se conseguiría disminuir su claridad. Sólo la intuición tiene la cualidad de comprobarse á sí misma y marcar grados en la certidumbre. Los juicios individuales se confirman por su acuerdo y se invalidan por sus contradicciones. La unanimidad es, pues, aquí una garantía. La opinión común, menos falible que la opinión personal, corrige en parte sus erores, y el buen sentido no se juzga seguro sino cuando obtiene la adhesión universal. Sin embargo, como todo el mundo puede alucinarse, el hecho no podría bastar; es preciso la ley. El verdadero criterio de la evidencia es la inconcebibilidad absoluta de la negativa.

La prueba matemática.—Las verdades matemáticas establecidas por la deducción no admiten más que pruebas de orden lógico. Los resultados obtenidos se comprueban variando el modo de demostración. En Aritmética, por ejemplo, se hace la prueba de una operación por la operación inversa: de la adición por la sustración, de la multiplicación por la división ó recíprocamente. En Geometría se cambia el modo de construcción de las figuras, y el mismo teorema se demuestra de diversas maneras. La ciencia de las magnitudes, aplicando el principio de contradicción, prueba de una manera general la irrecusabilidad de sus leyes por la reducción al absurdo de toda proposición contraria. La verdad aparece entonces sostenida en dos sentidos opuestos y la racionalidad de la afirmación obtiene una evidencia nueva por la irracionalidad de la negativa.

La prueba de los hechos.—En materia de hechos, la prueba debe ser suministrada por los hechos mismos. Si en el detalle su comprobación parece dudosa, se les debe examinar de nuevo hasta que su autenticidad quede fuera de toda duda. En cuanto á la exactitud de las leyes que se les esigne, se demostrará por una concordancia perfecta con el conjunto de los hechos. Los extractos que en las ciencias sirven de base á las teorías, no pueden naturalmente comprender más que un número limitado de fenómenos, mientras que la ley es obligada á regirlos todos. Su fórmula, que anticipa y generaliza, tiene algo de conjetural y aventurado. Es preciso, en consecuencia, mostrar que la teoria concebida para dar cuenta de una serie de hechos observados, conviene á la totalidad de los hechos observables, afirmados de antemano, pero llamados ulteriormente á atestiguar en pro ó en contra. La autoridad de las leyes estriba sobre su generalidad, que ha de ser absoluta, porque una sola excepción obligaría á modificarlas ó renunciar á ellas. No se debe, pues, admitirlas más que á reserva de una confirmación permanente; y para llegar á ser indudables, es necesario que resistan victoriosamente, y sin cesar, la prueba de una comprobación general. Para establecerlas, estamos reducidos á algunos hechos particulares; pero para comprobarlas tenemos la serie indefinida de los hechos eventuales. Desde que la ley se formula, su orden, que rige los fenómenos futuros con tanto rigor como los pasados, autoriza previsiones para el porvenir, y la experiencia de cada día, especulando sobre su exactitud, reconoce sin esfuerzo si los casos se producen conforme á la regla, pues la menor derrogación no dejaría de sorprender á título de anomalía. Esta prueba, incesantemente suministrada por los hechos, corrige lo que la insuficiencia de los datos tenía en el origen de precario. El artificio de la prueba consiste así en descender de las leyes á los hechos, mientras que el descubrimiento remonta de los hechos á las leyes. Nuestra ciencia de los fenómenos se compone de inducciones comprobadas.

La prueba dinámica.—La justificación de las leyes de la Di-

námica es fácil. Como los hechos de colocación son simples y directamente observables, la teoría encuentra por todas sus partes sus aplicaciones y su prueba. Ninguna ciencia establece previsiones tan extensas y tan seguras. La constancia de las condiciones de equilibrio y la regularidad de los modos de movimiento reciben de los hechos una demostración continua, y si tenemos tan firme confianza en la fijeza de su orden, es porque sus leyes han sido reconocidas como exactas en la generalidad de los casos, cuyos efectos prejuzgamos. Cuando la Dinámica, sobre la fe en sus teorías, traza el camino de los astros en el cielo, predice sus situaciones para un momento dado y hasta señala á la observación astros desapercibidos, la prueba es concluyente, perentoria, tan completa como es posible desear.

La prueba física.—La Física no comprueba sólo sus leyes por reiteraciones de experiencias y previsiones justificadas que reemplazan una generalización estrecha por una generalización más amplia, destinada á ser universal con el tiempo; saca un medio especial de prueba de la concordancia de los modos hipotéticos de la acción molecular en relación con las correlaciones de efectos. Las modalidades forman series conexas; sus explicaciones deben, por consiguiente, unirse y corresponder. No basta, pues, que una ley propuesta dé cuenta de un grupo de fenómenos; es, preciso, además, que se armonice con las leyes relativas á los demás grupos, que entre en su orden, que sea en parte explicada por ellas y concurra á explicarlas. Las teorías de la Física no pueden quedar independientes, como se ha creido durante mucho tiempo. Son interdependientes; se comprueban mútuamente y deben contribuir en su conjunto á la institución de una teoría general, que encontrará su prueba en su acuerdo. Una vez establecida sobre esta base la unidad de la Física, todas sus leyes serán solidarias, y no será posible iscutir una sin hacer vacilar todas las restantes.

La prueba química.—En Química, los dos métodos de análi-'ɜ y síntesis se sirven recíprocamente de contra-prueba. El imero descompone los cuerpos en sus elementos, y el segun-

do los recompone con estos mismos elementos. Cuando los resultados concuerdan, la prueba de hecho está cumplida. Una comprobación más general resulta de la disposición de las series en los sistemas de nomenclatura y de las previsiones que autorizan.

La prueba morfológica.—Las leyes de estructura tienen por prueba el orden integral de los hechos de conformación. A falta de una semejanza que por ninguna parte es perfecta, hay que reconocer en todo analogías que crecen ó decrecen por grados. Toda interrupción en las series, indica lagunas que colmar. La clasificación, fundada sobre caracteres anatómicos, es además confirmada por las indicaciones de la Embriología y de la Paleontología. Las previsiones mismas no están vedadas á la ciencia de las formas. Ya ha podido reconstruir, con el auxilio de algunos restos, especies desaparecidas; y tal vez llegará un día en que podrá restablecer de antemano los tipos intermediarios entre las series, ó más aún, profetizar las formas futuras.

La prueba praxeológica.—En fin, las leyes de las funciones se prueban por el concierto de todos los modos de actividad. Sus desenvolvimientos, que unen conexiones multiplicadas, se explican por acciones y reacciones sin término. No se puede establecer una teoría de las funciones psíquicas sin tener en cuenta las funciones fisiológicas, ni en los seres animados una teoría de las funciones fisiológicas sin tener en cuenta las funciones psíquicas. Allí todo está fuertemente asido, y la afirmación de antinomias ó dualismo es una presunción de error. Lejos de haber oposición de principios ó tendencias, lo que hay allí es conciliación, armonía y unidad. La concomitancia universal de estos fenómenos no admite contradicción de ninguna clase, y les hace converger todos hacia un fin común.

CLASIFICACIÓN

DE LAS CIENCIAS

CLASIFICACION DE

CIENCIA INTEGRAL

OBJETOS DE LAS CIENCIAS	DIVISIONES D	
	FENOMENOLOGIA, **análisis de los hechos.**	
	Elementales ó fijos.	Compuestos ó variables.
1. *Ontologia positiva ó Lógica*, ciencia de las realidades.	Ontologia elemental, ciencia de las ideas objetivas.	Ontologia especial, ciencia de las ideas subjetivas
2. *Metrologia ó Matemática*, ciencia de las magnitudes.	Matemática elemental, ciencia del número.	Matemática especial, ciencia de la extensión.
3. *Theseologia ó Dinámica*, ciencia de las situaciones.	Dinámica elemental, ciencia del equilibrio.	Dinámica especial, ciencia del movimiento.
4. *Poïologia ó Física*, ciencia de las modalidades.	Física elemental, ciencia de las modalidades constantes.	Física especial, ciencia de las modalida variables.
5. *Craseologia ó Química*, ciencia de las combinaciones	Química elemental, ciencia de las sustancias fijas.	Química especial, ciencia de las sustan variables.
6. *Morfologia*, ciencia de las formas.	Morfologia elemental, ciencia de los materiales de estructura.	Morfologia especial ciencia de los modos de estruc
7. *Praxeologia*, ciencia de las funciones.	Praxeología elemental ciencia de las funciones somáticas.	Praxeologia especi ciencia de las funcio psíqui as.

(1) Cuadro á doble entrada para mostrar, por una parte, las divisiones de las ciencia , por

AS CIENCIAS [1]

DE LAS COSAS

S CIENCIAS		MÉTODOS DE LAS CIENCIAS
CŒNOLOGIA, **síntesis de las relaciones.**		
Particulares ó de série.	Generales ó de conjunto.	
ntologia comparada. cia de las asociaciones de ideas.	Ontologia general, ciencia de las identificaciones de ideas.	Método de *intuición.*
temática comparada, cia de las relaciones de las magnitudes.	Matemática general, ciencia de la ecuación de las magnitudes.	Método de *deducción.*
námica comparada, cia de las resultantes de efectos.	Dinámica general, ciencia de las leyes de colocación.	Método de *observación.*
Física comparada, a de las correlaciones e las modalidades.	Física general, ciencia de la unidad de las fuerzas físicas.	Método de *experimentación.*
ímica comparada, cia de los grados de composición.	Química general, ciencia de las leyes de composición.	Método de *integración.*
fología comparada, cia de las relaciones plásticas.	Morfologia general, ciencia de las leyes de conformación.	Método de *comparación.*
eología comparada, a de las relaciones de las funciones.	Praxeologia general, ciencia de las leyes de funcionamiento.	Método de *conexión.*

mo de ...cciones.

V

LA CONCLUSIÓN POSITIVISTA

Hay divergencias en cuanto á la clasificación exterior de las ciencias, pero no en cuanto á la manera de apreciar el trabajo más adecuado á cada una; en cuanto á sus procedimientos peculiares, sus métodos más característicos.

Los que hacen de la Sociología una ciencia concreta, como los que mantienen su rango en la serie abstracta, proceden del mismo modo en sus investigaciones técnicas. El sociólogo adicto á Herbet Spencer, como el posivista ortodoxo, como el praxeólogo de Borudeau, *describen* y *conexionan* ó *coordinan* con igual escrupulosidad y rigor en materias sociales.

Asimismo el psicólogo de Bain no describe y coordina con menor minuciosidad y paciencia que el psicólogo de Litré ó Lewes. ¿Qué prueba esto sino que es una necesidad de nuestro espíritu, una limitación, una condición de nuestra aptitud mental (hoy por hoy al menos), el describir y conexionar en Biología y más especialmente en Sociología?

Pues he aquí lo que nos importa en este caso; consignar este hecho, poner de relieve con Roberty: que aunque en todas las ciencias se observa, se describe, se experimenta la diversa naturaleza, la índole particular de los fenómenos determina un predominio marcado de ciertos modos de investigación. Así en unas predomina la intuición ó la observación pura, y en otras la experimentación, ó la descripción ó la conexión.

El predominio de la descripción y conexión en Biología y Sociología ha sido probablemente la causa de una viva discordia en el positivismo contemporáneo. No creyendo compatible la abstracción con la descripción, se ha expulsado ya á una, ya á ambas ciencias de la serie abstracta. La batalla se ha dado en las propiedades irreductibles. El monismo proclama la identidad esencial de todas las propiedades de la materia. El evolu-

cionismo de Spencer reduce las propiedades biológicas y sociológicas á las mecánico-físico-químicas.

El positivismo moderno opone á estas hipótesis su caracter filosófico. Si se tratara de hipótesis científicas, como la teoría mecánica del calor, la trasformación y equivalencia de las fuerzas, los principios simplificadores de la termo-química, de la bio-química, etc., nada habría que objetar, porque en el terreno de la ciencia especial la hipótesis es útil é inofensiva; pero en el dominio de la filosofía no es posible otro criterio fundamental que el de la experiencia. y la experiencia nos demuestra que hay límites infranqueables á la inteligencia humana, que somos impotentes para penetrar la esencia de las cosas. La afirmación de la identidad fenomenal traspasa estos límites.

Posible es que las propiedades que hoy consideramos como irreductibles, sean mañana referidas á otras más generales; pero su esencia pasaría entonces á confundirse con la de estas últimas y seguiría siendo impenetrable. Por otra parte, las hipótesis de la *reductibilidad* no ofrecen siquiera algunos términos *inmediatamente comprobables,* mientras que una experiencia secular justifica y obliga á una división del trabajo científico en tantos dominios diferentes como propiedades distintas ó irreductibles ofrece la naturaleza.

En suma, el positivismo sostiene que la Filosofía es antes que nada, y principalmente un método;

Que toda concepción del universo se diferencia de las otras por *su modo de explicación,* más que por la explicación misma; por su método, por los procedimientos que emplea para distinguir la verdad del error, más que por su contenido;

Que el método fundamental es la *experiencia;* esto es, *la observación activada por una intervención voluntaria*;

Que, por consiguiente, no es lícita la hipótesis, en la filosofía total, sino sólo en el dominio especial de la ciencia y de su filosofía particular.

La filosofía positiva es, pues, una generalización suprema

de las filosofías particulares, así como cada una de éstas es una última generalización de los hechos, de las teorías, de las leyes, y, sobre todo, de los métodos de la ciencia especial correspondiente.

El suelo común es la ciencia; las filosofías y la filosofía forman las dos construcciones superpuestas que se elevan en él y que son, cada una en un grado diferente, exigidas por las tendencias naturales de nuestro espíritu hacia la unidad, la simplicidad, el acuerdo final de las ideas entre sí (1).

En suma, el positivismo aspira sólo á unificar, resumiéndolo, el estado de la ciencia contemporánea.

Su filosofía *sigue*, no *precede* á la ciencia, como la síntesis no debe preceder sino seguir al análisis.

Se concibe así bien la ventajosa posición del positivismo. Proclamando que no es *más que la filosofía de la experiencia*, pero que es también *toda la filosofía de la experiencia*, su concepción del universo no sólo puede sino que debe necesariamente modificarse de una á otra época, pues que se obliga ante todo á ser estrictamente conforme á un determinado estado de nuestros conocimientos científicos.

Así, hoy mantiene, entre otros principios comprobados experimentalmente, el de las propiedades *irreductibles*, que llama *fundamentales*, para distinguirlas de las reductibles ó *derivadas*.

Si la *hipótesis* de la identidad, tenazmente sostenida, adquiriera tal grado de certidumbre científica, que la *irreductibilidad* de ciertas propiedades fuera insostenible, la filosofía positivista quedaría fiel á su principio, reemplazando éste por el de la identidad, pues que en ambos casos, lo que ella mantiene y expone, es el resultado general de las ciencias particulares.

A. Ordax.

(1) Roberty: *Socio'ogie.*

ESTUDIOS FILOLÓGICOS DE LA LENGUA ESPAÑOLA[1]

Composición.

Determinado en nuestras gramáticas este orden en la forma que se ha ido formando la lengua y según las reglas que en las mismas se detallan, encontramos que la composición de las palabras es una esfera de la lengua, fecunda en dicciones y neologismos, poderoso auxiliar que dice en ocasiones cuanto á veces no puede ella expresar con los elementos sencillos de su vocabulario: esa actividad filológica se nos presenta á la lengua castellana en diverso orden, y se realiza: 1.°, por composiciones formadas por vía de juxtaposición; 2.°, en compuestos formados con auxilio de partículas; y 3.°, en los formados por composición propiamente dicha.

A.—Consiste la juxtaposición en la reunión de dos ó más términos, que unidos uno á otro según las reglas ordinarias de la sintáxis y sin elipse alguna, con el tiempo y por la fuerza del uso han concluído por soldarse. Distínguense además los juxtapuestos en que cada uno pierde su significado para expresar el del objeto común, y

(1) Véanse las REVISTAS de 25 de Noviembre, 10 y 25 de Diciembre, 10 y 25 de Enero, 25 de Marzo, 10 de Junio y 10 de Setiembre.

en ellos, la reducción de los elementos componentes á la unidad es obra del tiempo y del uso.

Hay también locuciones por juxtaposición que ocupan un lugar intermedio, que flotan entre dos estados no tan suficientemente sencillos que puedan formar en rigor un juxtapuesto, como *libre-pensador*: y son de adjetivos y sustantivos, los *cien guardias*; y de sustantivo y sustantivo, *camino de hierro*, *ferro-carril*, *coche-de-plaza*.

B.—La segunda manifestación de esta facultad de la lengua está en la composición por medio de partículas; que ya sean adverbios ó preposiciones, se combinan como prefijos de diversas maneras con los sustantivos, adjetivos y verbos.

Así hallamos multitud de ejemplos en los que se unen con el valor de adverbios á los verbos para modificar su significación, prender, sor-prender, etc.

También se juntan á nombres y adjetivos: 1.°, en cualidad de adverbios, como *des-honesta*, *des-lealtad*, *super-abundancia*; 2.°, en calidad de preposiciones, *á-cuenta*, *contra-posición*; 3.°, se unen á nombres y adjetivos para formar un verbo por la adjunción de un subfijo verbal en *er*, *contra-pon-er*, *en-riquec-er*; *noche*, *anochecer*; *claro*, *aclarecer*; *verde*, *re-verdec-er*; *negro*, *en-negrecer*; y en *ir*, *esgrima*, *esgrim-ir*; *imprenta*, *imprim-ir*; los cuales reciben el nombre de parasintéticos verbales, porque están formados sintéticamente, todo de un golpe por la unión simultánea del prefijo y del subfijo á la radical; 4.°, se unen á nombres ó adjetivos para formar el sustantivo ó un adjetivo por la adición de un subfijo nominal de sustantivo ó adjetivo, como en *plaza*, *em-plaza-miento;* de *mar*, *sub-mar-ino*; llamándose también, como los anteriores, parasintéticos nominales, por la misma razón.

Fecudísimo este procedimiento, discurren las partículas en libérrimo vuelo por la lengua castellana, formando voces nuevas, ya con la *a*, y son muchos los ejemplos que se podían aducir, ya con *a*, *ad*, *ante*, *bien*, *casi*, *con*, *contra*, *de*, *des*, *e* ó *ex*, *en*, *entre*, *mal*, *menos*, *para*, *por*, *re*, *sobre*, *su*, *sus*, *tres*, etc.

Y en su libre paso observamos ¡notable particularidad! que entr en las combinaciones que siguen:

A.—1.° Se combina con los verbos (participios) *a-dormecido*.

2.° Con sustantivo: *a-cuenta*, *a-brazo*.

3.° No se combina en calidad de adverbio con los nombres.

4.° Da lugar á parasintéticos verbales, *a-parecer*.

Ad-elante, *mitir*, *ministrar*, *jurar*, *optar*, etc.

Ante-venir, *víspera*, *sala*, *portada*, *nada*, *lucano*, *ferir*.

Bien-al, *andanza*, *aventuradamente*, *estar*, etc.

Casi-no, *mir*, *lla*, *llero*, *llo*, *opeia*.

Con-drografía, *tralor*, *vólvulo*, y así una multitud, nuevos.

Contra, se le ve en calidad de adverbio con verbos, y de adjetivos y preposición con los nombres de cosas: *contra-hecho*, *contra-decir*, *contra-riedad*, *sentido*, *pesa*, etc.

El *contrasentido* es un verdadero carácter de palabras compuestas; entra esta formación de lleno en el genio de la lengua, y sus compuestos entran con tal libertad, que pueden ser creadas y abandonadas en el instante, según los caprichos ó las necesidades de la idea. Expresan ideas que viven en la imaginación, en el espíritu del siglo; designan objetos que duran, reciben entonces la vida que les hace entrar en el tesoro común de la lengua: así pues, responden á relaciones momentáneas; se desunen tan pronto como las relaciones que expresan ha desaparecido: *contra-mina*, permanente; *contra-puff*, accidental, según las circunstancias, resultando creaciones legítimas, porque en ellas la vitalidad de la lengua las constituye regularmente.

De-caimiento, *liberación*, *trotraer*, etc.

Des-advetir, *alabear*, *briznar*, etc.

e-brancado, *dredón*, etc.

ex, indicando una idea privativa y de separación, *ex-puesto*, *ex-honerado*, etc.

En, antes de *b*, *m*, *p*, muy conocidos del latín *in*, se prefija en cualidad de adverbio á los verbos y como preposición á los nombres y adjetivos, enriqueciendo la lengua con una porción de parasintéticos.

Entre, úsase como adverbio con los verbos, como adjetivo y preposición con los sustantivos. *Entre-volver*, *vista*, *més*, *páño*, etc.

Mal-a-cuenda, *traer*, *parto*, etc.

Menos-cabar, *precio*, etc.

Para-bien, *caídas*, etc.

Por-diosear, *fiar*, *que*:

Re, antiguamente poseía las diversas acepciones de *re-petición*,

res-tablecimiento; en el primer estado era aumento, *re-acción*, *re-ciprocidad*, oposición refiriéndose á la idea simple de oposición; en nuestros días, la lengua común ó literaria no conocía más que la primera acepción, la de repetición; pero la popular conoce todas y las ejercita con demasiado acento.

Sin-sabor, *razón*, *saber*, *tesis*, etc.

Sobre-abundante, *aguar*, *faz*, etc.

So-asar, *banda*, *barba*, etc.

Su-poner, *peditar*, etc.

Sus-citar, *pender*, etc.

Tres-mesino, *alba*, *añejo*, *doble*, *illo*, etc.

Otra nueva esfera de acción, y por cierto con altísimo vuelo, es la que observamos en la composición de las palabras; consiste en la unión íntima de los vocablos, cuya combinación presenta al espíritu una idea nueva que no dicen los elementos formadores, tomados aisladamente. *Enhorabuena*, por ejemplo, no expresa en el origen más que lo que cada término por sí solo manifiesta: *en*, *hora*, *buena*; pero adsignada por la composición y cierta elipsis á un momento dado, las ideas de ventura, prosperidad y alegría se unen, y entonces forma una sola dicción significativa de esa idea próspera. El compuesto *correve-i-dile* dice, no sólo las ideas abstractas de las palabras miradas en sí, de ir, correr y decir, sino las relaciones de antecedente y consiguiente, la especial relación de correo, cierta idea de noticias no mayormente laudables, etc.; *verdi-negro*, *sub-delegar*, *quita-sol* y otros muchos ejemplos podrían aducirse.

Mas dejando aparte la juxtaposición, ahora simple, ahora trasformada por la sinécdoque ó metáfora, y la composición por partículas en cuanto ofrece de especial, y la relación que con ellas pueda guardar, hay para la formación propiamente dicha las formaciones siguientes:

1.ª Por *oposición*, *boca-manga*.

2.ª Composición en la que el primer término es una preposición, el segundo un sustantivo ó un infinitivo, regido por esta preposición: *a-cuenta*, *sobre-poner*.

3.ª En la que el primer término es un adverbio y el segundo un sustantivo: *menos-precio*, *contra-orden*.

4.ª De genitivo ó dativo, *timbre-porta*.

5.ª De un nombre y verbo que le rige, *mani-obrar*.

6.ª Composición de un verbo (en el imperativo) y de un nombre que es regido, *quita-sol*, *porta-plumas*.

Expuestos ya algunos ejemplos en las diversas especies de composiciones, nos queda conocer los restantes casos:

1.º Por aposición se funda ésta en la facultad que tiene en nuestra lengua el sustantivo de tomar el rango de adjetivo, y esta causa es la valiosa ventaja que hace de la composición por aposición una mina inagotable de palabras nuevas. Oriunda del latín popular, sigue la ruta de siglo en siglo al través de la Edad Media y Moderna. En nuestros días ha recibido una extensión considerable; á causa del poderoso desenvolvimiento del comercio y de la industria, ha sido utilizada para denominar inumerables invenciones, fecundas ó estériles, efímeras ó durables, donde se manifiesta la incesante actividad de nuestra época positiva, y donde la mayor parte del registro de patentes nos ofrece el voluminoso estado civil de las ciencias y de las artes, y oficios.

No hay más que seguir la estela de los inventos, para comprender la idea que los autores y las fuentes de la lengua hallaban en los elementos para denominar sus creaciones, y se verá cómo los nombres que hallaron tenían vida ó sucumbieron con las invenciones, á las cuales estaban unidos; y aun en tal movimiento decadente, no testifican menos la actividad del lenguaje, pues los nombres así resultan viables, y las invenciones sólo eran mortecinas, por cuyo arrastre, no ob stante, llevaron á aquéllas igualmente al olvido. He aquí una serie de nombres formados por aposición designando el objeto: *Baños-rusos*, *ventilador*, *contra-bajo*, *máquina-aérea*, *café-concierto*, *pasa-volante*, *va-i-ven*, *candelabros-fijos*, *cartón-piedra*, *cuenta-gotas*, *pólvora-algodón*, *resortes-elásticos*, *papel-hilo*, *para-aguas*, *retrato-salón*, *sobre-todo*, *turbina-hélice*, *coche-salón*, *wagón-cocina*, *wagón-freno*, etc.

Compuestos del mismo género designando personas: *artista-cómico*, *tipo grafos*, *editor-librero*, cuya facultad entra, igualmente, en la lengua literaria: *amor-platónico*, *planta-animal*, los *dioses titanes*, el *pueblo-jurado*, el *pueblo-rey*, y de este modo no será difícil descubrir un tesoro inmenso, donde tanto brilla el inmenso juego de la metá-

fora, la infinita riqueza de giros que tiene la lengua castellana.

Es la segunda de genitivo y dativo, en las que el procedimiento de composición resulta más rico en alemán y en ingles; combina términos, de los que el primero está unido al segundo por una relación de dependencia: *felds-path* ha entrado en nuestra lengua; pero *blockauss*, *hundszahn*, *landsmann*, *sandweh*, *wagenmeister*, *beefsteak*, que ha pasado á nuestro *menu; countrydance*, *railvay*, *roastbeef*, *waterproof*, etcétera, exhiben una formación desusada en nuestras lenguas romances, aunque se usa en términos algo desfigurados de su principal fonética y ortografía, según puede observarse en la adopción de algunos de los términos citados. De ahí la inferioridad relativa que presentan para dar á la lengua germánica nuevas creaciones, según hemos visto, y el reproche que se las hace de ser incapaces de crear palabras nuevas. En realidad, no son impotentes más que para formar compuestos de dependencia en que el primero de los dos términos está regido por el segundo, pero también los vemos usados entre nosotros con pocas modificaciones: el alemán dice *Korrespondenz-Karte* para designar lo que dicen en francés *carta postal*; Suiza traduce esa palabra en *carta correspondencia*, invirtiendo los términos, y nosotros decimos *tarjeta postal*, con bastante propiedad. La construcción germánica, tan sintética, es contraria al espíritu analítico de las lenguas modernas, y por eso notamos la divergencia indicada. Aparte de que, según hemos dicho ya, esa ineficacia no es absoluta, pues en el castellano antiguo, lengua algo sintética, vemos compuestos que recuerdan la composición germánica, y uno de los procedimientos muy usados en la Edad Media era el de nombres propios, seguidos de la palabra villa, y todavía se oyen *Soldevilla*, *Ondovilla*, *Mediavilla*, *Solvilla*, y el subfijo illa en multitud de adjetivos.

Otras formas nuevas vinieron después, como *Nor-oeste*, y algunos más parecidos, que si sientan bien en las lenguas semíticas, y éste suena mejor en nuestro oído, en general son contrarios al espíritu analítico de nuestro idioma, que en su gran claridad exhibe á simple vista todos sus elementos componentes. Si hallamos ese género tan abundante en el ramo de las obras, otro género de frases, donde no se ha formado entre nosotros todavía literatura alguna, en el de los prospectos y anuncios, daría un contingente numeroso de esa composi-

ción, así como también el catálogo de un marchante no deja de ofrecer algunos rasgos notables, por lo que sería ya oportunísimo un estudio literario de estos detalles, tan extendidos en manos y labios de todos los españoles, quizás de uso más extendido que otro libro alguno, y aunque no resulte verificado todavía, esa estela de letreros sería útil de consultar, pues aun para el filólogo tiene su valor, como también para el idioma popular y la lengua de los clásicos, que retratan fiel y correctamente los usos de alguna época. Además, considerando la sintáxis de estos anuncios, como de la correspondencia mercantil, observaremos la facilidad con que están suprimidas ciertas preposiciones de relación y dependencia. *A*, *de*, *en*, han casi desaparecido de cierto género de frases, según podemos ver en multitud de anuncios en los escaparates, como *pantalón satén*, *traje inglés*, lo cual demuestra un libérrimo apartamiento de las reglas sintáxicas en frases tan bárbaras, sobreviven y, no obstante, hay que decir que semejantes elipses, para hacerlas viables, no deben ser contrarias al espíritu de la lengua; y aunque puede haber infinidad de abusos en la lengua, que facilita su ligereza y flexibilidad, así pueden llegar á ciertas formas oscuras, indecisas y que á veces nada tienen de aposición, con todo la lengua se acrecienta de una formación nueva que le imponen las necesidades, y contenida en su debida dependencia puede dar grandes servicios á la terminología de las artes, de la industria, del comercio, de la administración, en lo que no puede menos de observarse un venturoso enriquecimiento de la lengua.

Composición con el imperativo.

Otro procedimiento de una fecundidad muy grande es el que da pasa-montañas, porta-mantas, en las que vemos al verbo en su tiempo imperativo, y también el presente de indicativo, en los que parece haber cierta confusión, debida al análisis lógico de estos compuestos. fera de acción que se remonta á los primeros tiempos de la lengua, no como algunos han creído de origen germánico, que ha dado á la eratura antigua y á la onomástica de la Edad Media un cúmulo

considerable de nombres propios, pintorescos y expresivos, y cierto número de nombres comunes, que la imaginación no ha dejado de ensayar, no sin resultados, creando en esta forma epítetos poéticos á la manera de los epítetos homéricos, y que desde el fin del siglo XVI ha sido abandonada por la literatura como muy vulgar y muy familiar. La industria, el comercio, hallan en este género de composición una mina inagotable de denominaciones sencillas, puras y cómodas para las mil invenciones y objetos nuevos que ponen incesantemente en circulación, como quema-perfumes, cuenta-gotas, guarda-frenos, porta-monedas, tira-buzón, porta-semillas, etc.

Menos frecuentes en literatura los compuestos con imperativo, forman frecuentemente sustantivos y los emplean como adjetivos, resultando en muchos escritores, de forma eminentemente castellana, es á la vez familiar y noble, y los sustantivos que da pertenecen á la lengua popular; sus adjetivos no son indignos de la alta poesía, y bajo la pluma de un habil poeta podrán todavía producir bellos efectos.

Tal es lo que hemos podido observar en la formación propiamente castellana, tomando el tema, no como primer principio de donde derivan las voces, porque si en un concepto generalísimo no se puede decir que el tema preexista perfecto á las partes del discurso que le completa, es la generalización con la cual ó hacia la cual convergen al fin todos los extremos; no hay que llevar al estudio de la lengua, en tal sentido, las doctrinas metafísicas que colocan en el origen de los conceptos abstractos algunas fuentes de toda realidad; porque estos estudios parten de ideas concretas, y la lengua marcha también gradualmente de analogías en analogías á la conquista de ideas generales; así permanecen los vocablos esenciales de la lengua en su elemento fundamental y en sus varias manifestaciones posteriores, apareciendo en forma típica á cada instante según la parte que les constituyen, y esa relación nos hace recordar también, por los rasgos filológicos que hemos podido apreciar en nuestros escarceos en las diversas familias de lenguas de las que participa nuestro lenguaje, que así como vemos en el griego sus dialectos y el sanscrito puro; en el latín el griego, varios dialectos, como el chino, hosco, rodio, etc., y sanscrito puro; en francés, aparte de otros elementos, el latín,

griego, teuton, algo de celta y dialectos del país; en italiano, latín, griego y germánico; en el inglés actual una selección universal, y en castellano esas grandes abundosísimas fuentes ya expuestas en otros estudios en tal proporción, que fácil no es deducir cuánta es la riqueza de nuestras raíces, cuán fecundo sería el estudio detenido de nuestras etimologías, cuántas curiosidades puede y llega á darnos el detenido y profundo conocimiento de nuestro idioma.

Estudio más difícil, no obstante, de lo que parece, es el presente, en atención á que no tenemos una pauta tan segura como las lenguas madres en las derivadas, para conocer y separar las raíces, donde hallámosla en un verbo, susceptible de varias modificaciones según los subfijos que se unan, y porque de sencilla é irreductible forma, pone en ellas una palabra, mientras que en sanscrito son letras nada más, y las que se hallan en nuestros vocablos son palabras de varias sílabas colocadas en diversa forma y varios elementos en un solo vocablo.

Del propio modo que en estudios anteriores cupo una fórmula superior que venía en conclusión suprema informando al espíritu de una ley filológica de nuestra lengua, así podíase discurrir ahora, después de tan lenta y detenida estadística, por algunos de los fundamentos racionales que puedan deducirse con mayor acierto á un fin trascendental al idioma castellano.

Comprendida esa escala gradual en que se nos ha presentado la historia de la lengua, una serie de formación en un vario grado, ó las series de adopciones y la oportuna relación, digámoslo así, de vecindad con una multitud de idiomas extranjeros, en los que si hay prestación mútua no las tenemos por orgánicas en la lengua, ¿qué concepto, valor, importancia hay que juzgar entre los idiomas de elevado rango que en el nuestro dejaron hondísima huella? Examinadas según nos ha sido posible las diversas fuentes de la lengua española, y en el vario grado de su influencia, sólo á la procedencia latina y griega habíamos de atender en el presente momento, porque son las que han tenido y ejercen ese juego que supone concepto, valor é importancia.

Desde el comienzo exacto de una era nueva en la humanidad, empieza en nosotros á regir igualmente la influencia romana en su

locuela misma, y la invasión romana llevó tras de sí todo elemento vital; no puede manifestarse mayor importancia en el juego de los idiomas, su acción fué decisiva, como los decretos del Imperio.

No consta que los gobiernos romanos hubieran prohibido en España el uso de la escritura ibérica, peo sí que debieron formar empeño en conseguirlo. Sertorio trató de generalizar el griego y latín, fundando una Universidad.

Augusto, después de las guerras cantábricas, dividió á España en conventos jurídicos, estableciéndose el uso general del latín, haciéndolo lengua oficial; y como los preceptos legales, una vez admitidos, vienen sino lo eraná degenerar en costumbres, adoptada la lengua del Lacio y su escritura, olvidóse la antigua ibérica. No hay por qué decir al momento actual el concepto que da la misma lengua á la castellana y española: ¿bastará no discurrir por el conjunto de palabras íntegras si no poseen detalle tan elemental como el subfijo?; pues el latín ha introducido en la formación castellana la mayor parte de subfijos y prefijos, aunque solamente vemos incarnados en el genio de la misma cierto número de ellos, con actividad permanente á producir siempre creaciones nuevas, como son: *ario*, comis-ario; *atión*, generación; *tor*, rela-tor; *altura*, muscul-atura; *atorio*, rot-atorio; *ariado*, notariado; *cula*, matrí-cula; *eo*, marmor-eo; *esco*, tud-esco; *escente*, adolescente; *ita*, coron-ita; *ativo*, conmemor-ativo; *ique*, alamb-ique; *ismo*, period-ismo; *ista*, flor-ista; *tud*, beati-tud; *izar*, fertil-izar, etcétera; y entre otros, los prefijos *extra*, *ex*, *in*, *inter*, *quasi*, *sub*, *trans*, *ultra*, cuyos elementos, con todo lo que ya en estudio precedente hemos expuesto, ponen bien claro el rango autorizado de la lengua latina en todo su valor, por su genuino concepto y universal importancia en la vida de la lengua patria.

Por otra parte, obsérvase el lenguaje español desarrollado según el espíritu que lo excita; y como las ideas religiosas, en un principio, dominan todo hálito, á la vez que las infunden su eco en la lengua dándola un raudal copiosísimo de términos, es la razón porque el poema del Cid comprende muchos menos que el de Santa María Egipciaca, pudiendo notarse que, hasta las Partidas, en general estaba la lengua común, la de las canciones populares y el romance naciente al abrigo, según hemos manifestado, de la invasión; y aunque lenta-

mente ofrecía esa infancia que á fines de la Edad Media ostentábase ya con esplendidez en los varios monumentos literarios que nos la ponen á la vista, vióse con cuánto acierto Antonio de Lebrija manifestó á la Reina Doña Isabel, diciéndola en el prólogo de sus obras que nuestra lengua «tuvo su niñez en el tiempo de los Jueces y Reyes de Castilla y de León y comenzó á mostrar sus fuerzas en tiempo del muy esclarecido y digno de toda la eternidad el Rey Don Alonso *el Sabio*, por cuyo mandado se escribieron las Siete Partidas, la General Historia, y fueron trasladados muchos libros del latín y arábigo en nuestra lengua castellana, la cual se extendió después hasta Aragón y Navarra, y de allí á Italia, siguiendo la compañía de los Infantes que enviamos á imperar en aquellos reinos, y empieza una era nueva para nuestro idioma.» Al mismo tiempo que abandona los restos de la síntaxis, gran parte de la construcción del latín popular marcha hacia una forma más analítica, recibe palabras del latín escolástico y clásico, y comienza decididamente en Palencia y Nebrija á separar su léxico del latín de los libros.

Se mejora la lengua en el reinado de Carlos V, y se perfeccionó muchísimo en el de Felipe II; es la época en que Alfonso Alvarez de Toledo traduce *Las Morales de San Gregorio*, y vierte á manos llenas en su traducción, no ya las palabras latinas, sino esas cualidades de perfección á las que ya no había que añadir sino mayor espíritu y un corte bien entendido para que la lengua fuese perfecta.

Podíase en tal concepto, según hemos considerado las relaciones de esos dos idiomas, verla con cierta separación que va aumentándose con el curso de los años y la lengua de Fr. Antonio de Guevara, Torres Naharro, Diego de Mendoza, en el siglo XVI, procura sostenerla en ese grado de claridad que la distingue y trasparencia que tan bien resuena en nuestros oídos, llena de suavidad en todos los elementos que pudo asimilarse á los que por naturaleza tenía; y así discurre por Pedro de Medina, Blasco de Garay, Florián de Ocampo, *el Cartujano*, Juan de Avila, escritores españoles llenos del acento de su nación, los oradores del calor que conmueve el espíritu patrio, los poetas [illegible] estro genial de España, continúan, y á mediados del siglo XVII [illegible]una en sus tendencias clarísimas, con la casticidad mas notable [illegible]bresaliente de la locución castellana; es el del maestro Valdivieso,

Anastasio Pantaleón, Moreto, Solís, Calderón de la Barca, un lenguaje que usan todos los españoles; su eco parece viene en boca de la generalidad, y la lengua común lo emplea y ejercita como su naturalísima respiración, y así la lengua sigue en su proporción más castellana; uso que ha seguido al través de los sistemas puristas y diversas escuelas estilistas durante el siglo XVIII, para rendírnosla como la vimos en Feijóo, Mayans y Siscar, Luzán, Porcel, Moratín, Meléndez Valdés, Jovellanos, Campomanes, Isla, y saborearla cual se percibe en Alcalá Galiano, Quintana, Martínez de la Rosa, y en nuestros días.

Todo ese trascurso que hemos observado en la formación de la lengua española, hase igualmente visto en su oportuna y relación con los elementos griegos, según hemos estudiado, y sean los prefijos *archi* y *anti*, que hoy están en toda su actividad en nuestra lengua, y en otros que comenzaron hace poco á desarrollarse, como *a*, privativo, *ó*, *super* ó *per*; bien los subfijos *ita*, *osa*, y una serie de palabras compuestas donde ciertos elementos componentes forman entre tanto casi parte de la lengua común, indican como *grafo*, *grafía*, *gráfico*, *logo*, *logía*, *lógico*, *metro*, *metría*, *métrico*, *filo*, *fobe*, *fobía*, *crate*, *cracia*, *crático*, *foto*, *hélio*, *pseudo*, *néo*, etc., formación que, siéndole nueva, le da palabras compuestas donde tan diversos elementos se combinan, sin alterar el fondo esencial de la misma, y, por lo tanto, dan un gran juego así en su seno á locuciones de universal empleo y aceptación. No obstante, si esa doble formación latina y griega facilita al escritor mil y mil recursos de una singular riqueza, que le permite seguir al pensamiento en todas sus manifestaciones trascendentales y en sus giros, más dialectal, sin necesidad de contenerse, traida libérrimamente á la lengua, tiende, por otra parte, á romper y rompe seguramente la unidad de la lengua.

Esto mismo nos lleva á cierta distinción, que instintivamente ha ido surgiendo por las páginas del presente estudio, y que hasta ahora brota llena de toda su expresión y fuerza. Podría, sin duda alguna, haber subsistido la unidad de la lengua, y con esa unidad, multitud de condiciones apreciables para el lauro de un idioma; pero ¡cuántas ventajas también! ¡Cuántos rasgos ignorados, cuántas cualidades desconocidas de peregrina asimilación! Ante todo, y sería lo mejor,

no habría formado más de una sola lengua; pero así resultan varios grados de formación. Hay la lengua vulgar; hay la común, que abarca muchas esferas de acción; la literaria y la sabia; ¡cuánto período para una sola lengua! Hija del país la primera, nace con el ser; la segunda, como de profesión, varía y revístese de circunstancias, como el fuego que excita al corazón es la fe satisfecha en sus ansiedades; surge la tercera, encarnación vívida de nuestros sentimientos, de nuestras ideas y emociones; es el eco mismo del genio y secuela de reflexión la cuarta; y es difícil que las palabras á que ésta da carta de naturaleza sean comprendidas por la generalidad, si no entrañan en el organismo vital de la lengua generalmente usada por el pueblo, sin exigir para ello grandes disquisiciones; porque repentina, espontánea la primera, lenta la segunda, casi parásita la literaria, ninguna impone novedad extraña á la lengua, como no sea la sabia en las continuas enseñanzas que el pensamiento va escogiendo de todas partes. Así observamos que la formación sabia ha introducido varias dicciones latinas, griegas y de otras lenguas, que no tienen relación alguna con las palabras castellanas simples ó derivadas, en esas formas de decir. ¿Cómo reconocerá la gente del pueblo el lazo de unos y otros vocablos en un solo idioma y raciocinio?

Reintroducidas artificialmente una multitud de palabras extrañas en el seno de la lengua, se hallan como perdidas en medio de las castellanas, sin nexo visible que las refiera entre sí, ni siquiera á esas de las que parecen ser matrices. Se ha hecho notar que en las lenguas que desconocen la formación sabia, como en el alemán, los derivados de una sola y misma radical llegan, por el solo juego de las leyes de su fonética, á formas tan divergentes, que el sentimiento del parentesco se ha desvanecido, y si subsisten es porque viven, así y todo lo anómalo que se pueda pensar, en el pensamiento de las gentes del pueblo, cuyas imágenes constantemente las excita y conmueve en su imaginación; y se observa más: que en la formación sabia muchos neologismos, no solamente no tienen ese lazo visible con nuestro idioma, sino, ¡cosa más grave! no están comprendidos en las reglas normales de formación filológico-castellana. Si esto decimos de la lengua sabia, de la literaria aún cabe manifestar que sustituye con tendencia invasora, penetra la vulgar, y dueña de

ciertas esferas sociales, no es posible al pronto medir su alcance; el hecho es grave para descuidarlo y exige que se piense en él.

Expuestas las formas de palabra, como las clases de lengua que sin descender de tan alto puesto forman un sólo idioma, vemos en ejercicio constante sobre unos 80 millones, poco más, de personas que hablan hoy el idioma castellano y le tienen por lengua oficial; algunos millones de individuos han recibido una educación clásica, comprendiendo más ó menos bien las palabras latinas, y hablan y escriben la lengua común unos 60 millones: una cuarta parte, ó poco más, desaprende el habla castellana por hablar medio castellano, latín é idiomas contemporáneos, y esta minoridad está formada por los que leen y escriben, es decir, por la parte más esclarecida de la nación, que ejerce toda influencia, en cuyas manos está el poder moral, material é intelectual, y hasta donde reside la acción en general de la misma lengua: así como hemos distinguido las clases de habla castellana en ambos mundos, Asia y África, en nuestro suelo también España está dividida en dos clases: una inmensa mayoría, el pueblo, habla castellano; una ínfima minoría, pero esclarecida y poderosa, habla una mezcla, hija de selección, pero al fin ecléctica, y ambas coexisten, la lengua popular al lado de la variada y culta sin penetrarse: mas por el progreso de la educación pública, llega á disminuirse su población ignorante é inculta, y vemos que en el lenguaje ha sido preciso trascurrieran tres siglos y medio para que el dialecto de Castilla hiciera la conquista sobre todos los otros dialectos hablados en el territorio español, y el lemosín, galecio-portugués, vasco, bable, etc., quedaron estacionarios al través de una formación lentísima y á costa de multitud de acontecimientos y de tantas vicisitudes como registra la historia nacional. A pensar en tal detalle, ocurre preguntar: ¿cuánto tiempo necesitaría el latín para restablecer su imperio? Lo imposible; por eso se ha llamado lengua muerta, y eso que reunió en sí un una perfección superior y de la que puede decirse es nervio del idioma castellano, no obstante, podemos hacer la observación siguient

—En tal sentido, ¿qué nos reserva el porvenir? Actualmente la le gua de las gentes de mundo, la lengua común, el lenguaje castella de los libros y de la buena conservación, está impregnado de t modo del latín, que el organismo latino la ha penetrado en par

hasta el punto que, si se razonan las palabras, y examina su composición y derivación, surgen al momento las leyes de los compuestos latinos. No hay como abrir al azar un libro escrito en lenguaje de gentes de mundo y enumerar las palabras latinas, mejor dicho las frases castellanas, y hallaremos parráfos escritos casi en latín ó de un castellano muy latino, en los que el estilo podía ser, y es ciertamente muy puro, sencillo y sin pretensión, las expresiones tan naturales que no arrastran ni detienen al lector, y entre sus palabras la mitad seguramente no son de origen castellano. ¿Será esto un renacimiento del antiguo, clásico idioma del Lacio? Nó, porque otro tanto podríamos decir de multitud de idiomas antiguos, algunos de rasgo principalísimo en filología, y porque aparte de lo expuesto, hallamos en nuestro lenguaje participación sobreabundante de muchos otros lenguajes, cuya participación la ciencia no siempre puede rechazar. El filológo, siguiendo la evolución del latín popular, por ejemplo, estudia y encuentra las leyes naturales y espontáneas que sobre los labios y en el espíritu de las poblaciones hispano-romanas las han trasformado gradualmente en castellano; ¡qué armonioso acuerdo entre tantos elementos de nuestra lengua tal como la hablaban nuestros padres del siglo XI y XII, y la que usaba Doña Isabel de Castilla, Doña Beatriz Galindo y Nebrija en el siglo XVI; qué elegante gramática, qué sitema tan sencillo y sabio en la conjugación y en la declinación, qué suavidad en ese eufonismo claro y sonoro de vocales acentuadas alternativamente! Y en las alternancias eufónicas que resultan luégo por la flexibilidad de la lengua castellana, ¡qué disposición tan ajustada entre las formas de las radicales y las de los derivados! Por esos rasgos y otros muchos más, es la lengua de evolución y de formación espontánea, tal como la podría desarrollar una raza bien dotada y amante del bello lenguaje, como en los tiempos de Xenofonte en la griega, de Cesar y Cicerón en el latín, de los Emires de Córdoba en árabe, de Shakspeare en Inglaterra, de Racine en Francia, de todos los que han sabido asimilarse perfecciones extraordinarias y lindezas de todos estilos, aumentando el rico tesoro de su propia naturaleza.

Así explícase que la lengua castellana de nuestros romances y novadores fuera, como el de nuestra retórica y de nuestras historias,

para Europa en la Edad Media, el ideal del lenguaje humano y la admiración que inspiraba á los contemporáneos de Dante la lengua de las Siete Partidas, consideradas por su estilo y demás conceptos como una maravilla, y que esa lengua se imponga hoy á los que á seis siglos y medio de distancia escuchan su lejano, majestuoso eco. Pero ese bello edificio debía luégo sobrecargarse de construcciones nuevas, que destruirían á la vez su armonía si no obraba con método y norma: la importanción latina vino desde sus origenes hallando en todos los siglos, hasta el xv, numerosos cómplices, y la formación sabia, con una misión salvadora, comenzó bajo la influencia de la Iglesia, continuó después bajo la Escolástica de los moralistas de la Edad Media, prosiguió al abrigo de la influencia de los clásicos latinos, y continuó por los casuistas jurisconsultos de los siglos xvi y xvii. Por otra parte, enumerar estos cuatro agentes, la Iglesia, la Escolática, el Derecho romano y el Renacimiento, es presentar los cuatro elementos de la civilización en la Edad Media y al comienzo de los tiempos modernos; ¡cuánta riqueza de datos, cuánta vitalidad, qué raudales de expresión para la lengua! La historia de España, hasta la extinción del feudalismo, no ofrece esos rasgos de unidad y grandeza que observamos en los Reyes Católicos, ni era otra cosa sino la lucha continua entre los elementos romano ó civilizador y bárbaro ó señor; cuando vemos esas instituciones modular su paso, y no ya el curso ascendente de las conquistas, sino victorias sobre esas mismas conquistas, victorias de la inteligencia, de las costumbres, de la religión, entonces erígense cual resucitando antiquísimas tradiciones de Cornelio Balbo, Dextro, Isidoró, Indoro, Sampiro, Dulcidio, Giménez de Rada, *Grande et generales toria*, no podría tener otra expresión, otro nombre, otro lenguaje, sino el mismo que dijo en otros tiempos las ideas romanas, las ideas del pasado, las palabras latinas: la formación sabia era entonces inevitable, debía existir, explícase su influencia.

Esa formación hubo de ostentar su vitalidad en diversos tiempos, según hemos visto, y si en el siglo xv con el renacimiento de las letras brillaba también esa esfera de acción, las tradiciones populares se organizan bajo un principio de unidad que renueva bruscamente en la filosofía y en las letras un hálito variado en su paralelo.

Todos los tesoros de las ideas elaboradas por el genio de Atenas y Roma, vuelven á luz á poco más de diez siglos; entonces las ideas del arte, de la literatura, de la filosofía antigua, no podian hallar expresiones más naturales y más propias que las que se habían creado á sí mismas; pasaron á la lengua en la misma forma que fueron á Roma; y como ellos supieron escribir y componer, supieron también poseer un arte del especialísimo estilo, dejándonos en riquísima herencia un continuo y viviente modelo de imitación constante en las cualidades geniales de la Grecia filológico-literaria, que acertadamente dirigida, nada pierde por tan grande influencia, y bien imitada, llenó el vocabulario castellano con las reminiscencias que pudo aspirar, vertiendo á dicho idioma la concepción del genio griego en la forma justa y exacta de Gonzalo Pérez y José Gonzalez Hermosilla, en sus traducciones de las obras de Homero; Bartolomé Pon, en la *Historia de Herodoto*; en Andrés Laguna, en la *Fisiognomía de Aristóteles* y otras obras, y también sobre Discórides; Diego Gracián Alderete en las obras de Xenofonte; *Morales*, de Plutarco; *Gobernación del Reino*, de Isócrates; la *Enseñanza del Príncipe Dion*; Chrisóstomo, en la *Historia de Thucídides*; Pedro Simón Abril, en *La República de Aristóteles*; en las *Oraciones*, de Demóstenes y Guhines; en el *Cratylo* y *Georgias* de Platón; el *Pluto*, de Aristófanes; la *Medea*, de Eurípides; Vicente Marines, sobre Homero, Hesiodo, Teócrito, Apolonio de Rodas; Pedro Juan Nuneuse, en su *Trynicus de Vocibus Alticis*, y así otros muchos que pudiéramos citar del mismo orden en latín.

Mas aparte del espíritu que así llegó á incarnar en nuestra lengua todo el estro de la antigua Hélade, el idioma griego tiene y ejerce también en nuestra lengua su influencia, por otro concepto no menos principal, por un derecho histórico, y gracias á cualidades propias llegó á ser el modelo viviente de lengua perfecta, llena de belleza, erudita, y con un esplendor que rivaliza con las maravillas naturales; hoy, en virtud de su organismo filológico y de sus principios léxico-ráficos, ha venido á ser la lengua de las ciencias, pero con un cáicter generalizador. Ya el Lacio hubo tomado un número considerale de palabras á Grecia para constituir su nomenclatura medical, la nica clasificación científica que conoció aparte de la jurídica; peneró aquella nomenclatura en las escuelas de la Edad Media, y los

sabios la aplican á la magia, y en la investigación de palabras nuevas continuaron la tradición, recurriendo al griego. Después, con el adelanto de las ciencias, extendió sus límites, resonó su acento, y no hay arte, industria y ciencia que no se revista de ese mágico armonioso eco. Por otra parte, ¿dónde hablar una lengua más cómoda, de un vocabulario más rico, que se preste mejor á la derivación y á la composición, que esa admirable lengua griega que, á las cualidades poéticas de los idiomas sintéticos, une la claridad, la precisión de los idiomas analíticos? El griego ha llegado, por la fuerza de las cosas, á ser la lengua de las ciencias; de aquí su inserción casi total en la nuestra; mas de aquí también su peligro si no se obra con acierto.

Hemos sentado á este propósito en varios estudios las bases fundamentales de todo buen orden filológico, y en medio de esa invasión señalamos ahora un espíritu de antinomia entre la ciencia y el lenguaje, que acusa alguna lid de principios y formas lingüísticas. Un idioma, por lo mismo que este idioma pertenece á un pueblo determinado, que lo habla y usa según sus reglas especiales, es por lo tanto individual, está restringido á estrechos límites. La ciencia es universal, porque en su tendencia esencialmente civilizadora y difusiva persigue, por medio de todos los hombres y de todas las naciones, la verdad de las cosas, el secreto de la naturaleza, que tanto contribuye en la realidad de la existencia y en el cumplimiento de los ideales de la humanidad; el instrumento vocal de que se sirve la ciencia, es el idioma griego, sirve á un fin universal; luego es universal el idioma de la antigua Grecia; penetra en todos los idiomas civilizados y les impone sus leyes y sus formas lingüísticas completas. Real fuente las lenguas de todos los pueblos cultos, están influídas por ese poderoso eco, y los procedimientos de formación que hemos reseñado en nuestro lenguaje se hallan en las otras lenguas romanas, y hasta en las germánicas, slavas, es decir, en toda la más adelantada civilización de los pueblos modernos; las mismas palabras compuestas, las mismas partículas, todas toman allí raíces y dan formaciones análogas, y parecen arcaismos en forma neológica. ¿Puede haber otra manifestación más trascendental? No cabe duda de la supervivencia extraordinaria de tan valioso idioma; es conocida su omnímoda influencia; luego es la lengua universal de las ciencias.

Mas en tan diverso estro hallamos contraposición de tendencias, y de aquí esa lid de aspiraciones; asistimos á un conflicto de la ciencia y del lenguaje; tiende la lengua nacional á regular sus propios genuinos términos en el orden más puro y exclusivo del clasicismo esencialmente castellano; es de reclusión, pureza y limada abstracción su hábito; tiende á la unidad de su fonética, á la nobleza de su origen único y más depurado, y la ciencia sin el concurso de la cual no puede vivir; le ofrece como un prado lleno de matices y reflejos, toda la florescencia, todo el colorido que puede embellecer la naturaleza de todas las cosas; si no puede vivir sin tan ricos elementos, tampoco tiene fuerzas para repelerlos, porque se halla henchida de tan dulces y suaves aromas en el más fébrido fuego de las pasiones, en la más árdida expresión del amor patrio, en la tiernísima concepción del idilio griego y de las georgias romanas. Si por una parte no supo negarse el idioma castellano en la traducción de la *Consolación de Boecio* por Alberto Aguayo, en las *Oraciones de Cicerón contra Catilina* que vertió Andrés Laguna, en las *Guerras de los romanos de Apiano*, traducidas por Diego Salazar; á los atractivos fascinadores de las *Églogas*, *Eneida*, de Virgilio, é *Iliada*, de Homero, traducidas por Cristóbal Mesa; en Luis Zapata por el *Arte Poética*, de Horacio; en *Las flores de virtudes de Marco Aurelio*, por Godoy de Loaysa; en *Carlos Coloma*, por Cornelio Tácito; llena ya de tan delicioso y varonil acento cual pudo formarla un pueblo vívido de amor y de heroismo uno, de fórmula legal, de ambición y de dominio otro, con la majestad, el grave carácter, la propia experiencia en su costosa independencia y en las ilusiones de su vida y gloria, ¿cómo tendría aliento para oponerse en la civilización moderna al progreso de las ciencias, que como las musas más divinas buscaron también en ese idioma su refugio sacramental, su fórmula más absoluta?

Nacen así reflejos diversos que en su paso arrastran valioso concurso, y nuevas leyes filológicas surgen á descubrir secretos de la naturaleza, á llenar de vida la inteligencia y enriquecer de expresión los idiomas; en medio de tan poderosa acción se inicia una invasora influencia, quizás sin límite determinado en conceptos y en ramos de la actividad humana; del encuentro, pues, de esas dos tendencias, ¿cuáles serán sus efectos? Problemas que vemos suscitados hoy en to-

dos terrenos y que el espíritu va resolviéndoles según los elementos de toda dificultad; como en la religión y la ciencia hubo conflictos, los hay entre la ciencia y el lenguaje, y ante su fórmula trascendental, se ha dicho, el porvenir responderá.

Creemos, por otra parte que, si hay cualidades geniales en el idioma castellano; que si éste cuenta, no ya con pauta definida en una gramática regular, sino también disposición á las grandes perfecciones de la lengua perfecta, ese porvenir no le puede trastornar en su fundamento racional como idioma español. Se ha dicho por un sabio maestro que las aportaciones filológicas de extrañas fuentes verificadas en la lengua, no la modifican ni alteran en su fondo esencial; claro es que no es tan baladí la invasión del neologismo científico, que los efectos de éste no han de ser muy indiferentes á la lengua castellana; pero ciertamente, tampoco terribles. En realidad, la lengua castellana, en su origen y progresos, exhibe una excelencia no muy desconocida ni tampoco inferior á lo mejor de Grecia y del Lacio, puesto que vino y vivió connaturalizando torrentes de ambos manantiales, y con tal facultad de asimilación que, á pesar del olvido á que generalmente la han tenido relegada los naturales, manifiesta todas las riquezas y primores que la engrandecieron sobre otras lenguas, principales como ella, hasta darle su edad de oro, hace más de dos siglos, y no sólo se vió ennoblecida con una literatura clásica en variadísimo orden, sino que fecunda como campo fértil, por la bondad de su suelo, se viste y esmalta de lo más lindo que hermosea los jardines, tiene tal abundancia de vocablos, que puede manifestar con propiedad y elegancia cuanto puede concebir el pensamiento humano; compárase hoy su riqueza con la de Grecia, la más copiosa de todas; su dulzura y suavidad en nada es inferior á la italiana; la majestad le acompaña, cual conviene á pechos esforzados, ánimos varoniles y nada afeminados; la gravedad nace en ella de su misma dignidad y hermosura; no hace cuatro siglos, los extranjeros la respetaron como reina entre las demás; en su donaire y gracia se muestra tan agradable, que causa gusto aun á los que no la tienen; aunque las otras lenguas, especialmente la italiana, tiene su halago en su aire cortesano, ninguna pudo lucir las gracias sólo de un Cervantes; levantan de punto esas gracias sus abundosos modos de decir

agudos, concisos, sentenciosos y llenos de espíritu y gracejo; aquellas frases tan lacónicas y de tanto primor; aquellos refranes tan ajustados y tan vivos; aquellos dichos tan graciosos, entre los cuales ella nació, creció y se perfeccionó: así, con grandeza, sencillez y majestad, llenó todas las partes de la historia; con gracia, viveza, inspiración y hermosura, adorna la poesía; en la oratoria persuade con fuerza, mueve los afectos con vehemencia, y con su numen, gravedad y elegancia, hinche llenamente el artificio de la retórica: es, por sus genuinos elementos, propia para tratar de las artes, ciencias, y como ninguna otra para hablas divinas y emcumbradas y dirigirse á Dios.

Si todas esas condiciones hallamos en el idioma español, ¿qué porvenir podrá esperarle? Su reinado hace siglos ostenta una edad esplendorosa, que si empañan los abums del momento ya podrá incurrirse en el *sesqui pedalia verba* (1), que tanto censuraron también los diaristas de otro tiempo, esos caprichos no alteran su naturaleza esencial, y es bien claro aquel precepto *abums non tollit usus;* ostentaríase el *varium et muntabile* (2) á lo más, pero dentro de ese mismo fondo hay el gran concurso de fuerzas que la va sosteniendo prepotente, llena de encantos y cuya literatura, en su aureola más espléndida, le dice *Sere Perennius.*

Vicente Tinajero Martinez.

(Continuará).

(1) Véase Horacio, su *Arte Poética*

(2) Virgilio, *Eneida*, lib. IV.

CRÓNICA POLÍTICA

25 de Setiembre.

A la monotonía de las quincenas pasadas, ha sucedido la presente con más animación y calor de lo que fuera de desear.

Aún no restañadas las heridas que en nuestra fama y crédito habían inferido los sucesos de Badajoz y el castillo de San Julián; aún no repuestos de la impresión que en el país causó la muerte del malogrado Rey Don Alfonso XII, alimentando ya los españoles la idea de marchar hacia la extinción de las sediciones militares, y cuando el Gobierno se disponía á ensanchar más y más el círculo de las libertades públicas, nos sorprende para nuestra vergüenza una rebelión, la más descabellada é insensata que puede albergarse en cabezas humanas.

En la capital de España, en un cuartel enclavado en el casco de la población, tocando sus muros casi con los muros del Regio Alcazar, un puñado de hombres, olvidando todos los juramentos y todos los deberes, se arrojan á las calles en las primeras horas de la noche del 19 de Setiembre, atraviesan la villa de Norte á Sur dando gritos

subversivos, sin que nadie se aperciba de la preparación ni les ponga el más mínimo obstáculo en su criminal y vertiginosa marcha, en medio de un asombro general primero y un amargo desdén después. Prontamente sofocado el motín, fueron las consecuencias inmediatas la muerte de dos distinguidos Jefes, y después alguna escaramuza que al desbandarse sostuvieron los sublevados; de donde resulta que, á excepción de las víctimas ocurridas entre leales y sediciosos, más que por sus daños materiales, hay que considerar y estudiar el hecho por lo que significa y puede iluminar la conducta de todos en adelante

Las circunstancias no permiten entrar en detalles ni análisis prolijos sobre los hechos, modo de presentarse y desarrollarse, ni mucho menos por lo que se refiera á nada que pueda desprestigiar la acción del Gobierno y de los Tribunales; pero sí nos será permitido emitir juicio sobre las líneas generales de la política en lo sucesivo, y siquiera un lamento, ya que no torrentes de indignación, que bien lo merecían estos recios amagos de nuevas desdichas.

Por mucha que sea la aberración supuesta en los directores y actores de este acontecimiento, es incuestionable que el manejo era hondo y los elementos de mucha mayor importancia que los exhibidos en aquel día nefasto; como asimismo es indudable que la atención y el trabajo deben dirigirse á depurar cuáles son las causas que ocasionan esas manchas que con frecuencia pueden arrojarse sobre una institución secular, honra y cimiento de la sociedad española. Exige grande meditación el fenómeno que hoy se presenta en nuestra patria, el cual consiste en que, así como se estima una especie de ley, en el sistema representativo, que los partidos y los gobiernos guíen la voluntad del país, marcando rumbos políticos y reglas de conducta, en los actuales momentos cambian las cosas su curso ordinario, y la nación en masa señala con muestras elocuentes y significativo silencio, cuáles son los derroteros que deben adoptarse para buscar la sa-

lud de un pueblo que parece quiere condenársele á perpetua agitación.

En lo tocante á la fuerza armada y los recursos que puedan existir para purgarla del virus que la desnaturaliza y consume, militares instruídos y concienzudos hay en España que podrán, con su experiencia y luces, coadyuvar á una obra que sería entre nosotros de incalculables beneficios. El ejército es una comunión que descansa sobre las bases de fidelidad, honor y disciplina; y cuando éstas faltan, la institución que garantizaba el organismo social se convierte en su más grande y eficaz corrosivo. Y por lo que atañe á los deseos y manifestaciones del pueblo español en los tiempos que corren, bien saltan á la vista una y otra vez con pasmosa evidencia.

Verificada la Restauración y terminada la guerra civil, vióse por todas las gentes sensatas una solución definitiva dada al problema que por tan largo tiempo nos había sostenido con el ánimo suspenso, sin divisar con claridad el porvenir, y, lo que es aún más angustioso, con las armas en la mano en lucha fratricida, ya con la demagogia, ora con el absolutismo; y llegado el momento de la paz, se dibujó en todas las clases sociales una satisfacción indecible, un verdadero regocijo, apercibiéndose los pueblos para el trabajo reposado y fructífero, para la confianza y el progreso, sin negar que esos mismos bienes produjeran desesperación y quebranto en los afiliados á los partidos extremos. Pues bien; ese estado de paz y confianza ha creado, por fortuna nuestra, la costumbre de vivir sin temores, sin recelos, y entregado cada cual á sus habituales negocios, sin cuidarse de imaginarios peligros ni dar crédito á los que de continuo le amenazan con revueltas y motines. Se considera tan remoto el caso de un cambio de instituciones, el advenimiento de una revolución, que por más esfuerzos que se hacen para crear atmósfera y extender estos temores, no les es dado conseguirlo; y los hombres políticos que levantan los estandartes de la guerra, se mueven en el vacío y su voz se pierde como en solitarios espacios.

Los que en la noche desdichada del 19 de Setiembre vieron aquél extraño movimiento, sufrieron idéntica impresión á la que les hubiera producido una peligrosa mascarada; y la tranquilidad y extrañeza con que el vecindario recibió la noticia, significan lo desagradable é inesperado de ella y la inverosimilitud que envolvía. El hecho de seguir acto continuo la vida ordinaria de la población sin la más insignificante muestra de alarma; el dato de permanecer en la misma actitud todos los pueblos de España, aun aquellas ciudades que siempre fueron levantiscas y propicias á turbulencias, patentiza hasta la saciedad el desdén, el enojo con que fué recibido el acontecimiento.

Y si esto no fuera bastante, citaremos una señal más fuerte, más irrebatible. Nada existe tan asustadizo y vidrioso como el mercado de los fondos públicos; nadie procura saber á qué atenerse con más diligencia y ahinco, ni se inspira más de continuo en las impresiones y deseos de la opinión, que ese considerable número de personas que tienen su fortuna representada por aquellos valores, y por lo mismo, expuesta á las mermas enormes que ocasionan esas hondas perturbaciones políticas; y, sin embargo, pasado el primer instante en que hubo una oscilación, pequeña comparada con el suceso, el mercado se repuso sin vacilación, continuando un alza que rebasó las anteriores cotizaciones.

¿Y qué demuestra esto? La creencia firme en que el actual orden de cosas reviste caractéres de seguridad, y una explícita declaración de considerar ni más ni menos que fantasmagórico el ideal por aquéllos perseguido, y locos los procedimientos adoptados.

España entera aguarda pacífica que los poderes públicos cuidarán de su bienestar y de los altos intereses que les están confiados; no otra cosa dicen su calma y desvío en presencia de estos lamentables sucesos; y nosotros, que creemos interpretar fielmente estos sentimientos y estos deseos, pedimos al Gobierno, no temperamentos

de severidad excesiva, sino remedios radicales que dificulten en lo futuro hechos de tal naturaleza.

Ofensa grande sería para el Gobierno, y que ni remotamente habíamos nosotros de inferirle, el sospechar que, habiendo considerado eficaces la agitación y los trabajos de los partidos avanzados, viera venir sus consecuencias sin destruirlas. Creemos, por el contrario, que fundado el poder en ese mismo espíritu de que hablamos, reinante en el país; seguro de la animadversión con que se recibe por la masa inmensa de los ciudadanos, todo lo que tiene relación con trastornos y perturbaciones del sosiego á que aquí se aspira para bien de la patria, no concedió valor á los rumores insistentes que anunciaban escándalos y sonrojos; pero ya ha podido adquirir la evidencia de que la voz pública, si bien exenta de simpatías y pánico, estaba en lo cierto; ha podido el Gobierno igualmente tocar la seguridad de que, para el mantenimiento del orden, cuenta con el apoyo de todo el mundo, empezando por los partidos gubernamentales y concluyendo por esa minoría de indiferentes que llega al estoicismo, existente en todos los países.

La reprobación ha sido unánime, el anatema universal; y de aquí el deber imperioso que pesa hoy sobre el Gobierno, la primera necesidad de su gestión, la ley suprema de su existencia, que consiste en procurar por todos los medios, á todo trance, sin tregua ni descanso, la extirpación de las causas que tales peligros nos crean y en tales bochornos nos colocan ante las naciones civilizadas.

Para nuestros lectores de España son innecesarias estas aseveraciones, porque están bien persuadidos de la verdad que encierran; mas para los de fuera de ella, y especialmente los que de América nos favorecen buscando la Revista, deberemos añadir que el mismo Sr. Castelar, el pontífice del republicanismo aquí, el hombre que al servicio de aquella causa entregó su personalidad ilustre y su por-

tentosa palabra, ha condenado pública y noblemente estos hechos en la siguiente carta:

«Señor Director de *El Eco de San Sebastián:*

»Muy Sr. mío y amigo: Como no haya periódico de mis ideas en esta ciudad, perdóneme si, por nuestras personales y particularísimas relaciones me dirijo á V. en apremiante demanda de una rectificación pedida por mi conciencia y por mi corazón á voces. Yo he reprobado y repruebo con toda la energía de mi alma la sedición militar última, como corresponde á mis tradiciones personales y á mi creencia firmísima de que los pronunciamientos, aun triunfando bajo el nombre y advocación de nuestra república, nos conducirían al cesarismo pretorianesco de la vieja Roma, y no á la libertad y á la democracia tales como las hemos entendido en nuestro fervoroso y larguísimo apostolado. He dicho, y me corroboro en ello, que por sucesos como los del nefastísimo lunes mereceríamos esta denominación bien triste: la Turquía de Occidente.

»He afirmado, como suelo, mi resolución de aceptar la tremenda responsabilidad aneja de suyo al poder, siempre que los comicios legalmente convocados, ó las Cortes legalmente reunidas, quisieran por su voto expreso conferírmele, huyendo, como ya creo haberlo hecho alguna vez en mi vida, si no miente mi satisfacción interior, de imposiciones cuarteleras, cuyas tristes alternativas tocamos ahora en los terribles sucesos de Bulgaria. Aún hay más en las afirmaciones mías; aún hay aquella que me manda prestar desinteresado y leal concepto á este Gobierno, por haber mantenido la libertad, así de imprenta como de reunión, y haber puesto en su programa los dos grandes principios del sufragio universal y del jurado, además de haber dicho, respecto del origen y ejercicio de la soberanía pública, declaraciones tan explícitas y satisfactorias como las expresadas por

el Sr. Presidente del Consejo en las Cortes. Declaro, pues, no querer la sublevación condicional é incondicional, y repito que no participaría de un triunfo traído por los pronunciamientos.

»Mas también declaro que son de todo punto falsas las incalificables palabras puestas en mis labios por el corresponsal del decano entre los diarios monárquicos, respecto de los jefes generalmente supuestos á ese triste motín militar. Un culto supersticioso á cuantos me oyen y á mi propia dignidad, védame usar en mis conversaciones, públicas ó privadas, frases á las cuales mi serenidad natural no ha cedido nunca, ni aun tratándose de mis enemigos y de mis calumniadores. Lo único que puede atenuar un poco la falta del escritor aludido, es no haberme visto hace ya muchos días y contar de oídas lo que acaso ha llegado por medio de interpretaciones poco fieles á su conocimiento. La pésima costumbre de los diálogos carga hoy á los políticos europeos con responsabilidades ignoradas en otros tiempos.

»Si ahora entramos por el camino de poner cada cual en labios de los estadistas más ó menos renombrados aquellos calificativos y juicios que no haya él osado escribir con su pluma, ignoro dónde pararemos con tal sistema, ni cómo responderemos de cuanto se nos impute. Jamás acudo á rectificar, ni las noticias que respecto de mí se divulgan, aunque me ofendan, ni los cargos que se me dirigen, siquiera infundados é injustos. Pero un sentimiento de caballerosa delicadeza me impulsa y mueve á rectificar dichos que no han pasado por mis mientes, y que niego, por lo mismo que se refieren á personas con las cuales, á causa de meras diferencias políticas, hace mucho tiempo no cambio ni la palabra ni el saludo. Queda de V. amigo afectísimo Q. B. S. M.—*Emilio Castelar.*»

Hemos alterado el orden cronológico de los sucesos, porque el anteriormente narrado tiene, por su calidad, el triste privilegio de

sobreponerse á los demás, y con tal confusión habremos de continuar someramente dando cuenta de los otros que merecen fijar la atención pública.

En la propaganda que, al amparo de las libertades que disfrutamos, hacen los principales personajes de la coalición republicana, parece haberse llegado al coronamiento con el discurso que el señor Salmerón pronunció en una numerosa reunión celebrada en Vigo. Allí explicó bien detalladamente las bases, conducta y propósitos de la inteligencia de los elementos más vivos del republicanismo armado, dando alientos y fuertes esperanzas á sus correligionarios, produciendo no poca admiración en la mayoría de la prensa y círculos políticos el lenguaje crudo y conceptos atrevidos del ex-Presidente de la República, y por último, el haber proclamado, como supremo y complemento de todos los derechos, el derecho de insurrección. Nosotros no participamos, por cierto, de la tal sorpresa; encontrando el hecho, por otra parte, tan lógico como escaso de valor; primero, porque esta proclamación la hizo ya en el Parlamento sin protestas de la mayoría, y lo que allí se dice se oye desde todas partes; y segundo, porque nada puede resultar atrevido en el lugar donde cada uno puede decir lo que se le antoje. De todos modos, para que íntegramente pueda apreciarse fuera de España hasta qué punto se entienden y gozan aquí las libertades, insertaremos un trozo del mencionado discurso, que es el siguiente:

«No es ni puede ser, un partido que aspira á reintegrar al individuo en todos sus derechos, un partido que se cierre de un lado en la intransigencia de los medios pacíficos y de otro, lo fíe todo á los procedimientos revolucionarios. El derecho de insurrección es el último de todos los derechos, pero es la sanción de todos ellos. Si el derecho de insurrección hubiese de ejercitarse para derrocar las instituciones tradicionales tan sólo por lo que representan, tristísimo sería el esta-

do de la sociedad; grave, hasta criminal, el propósito de los partidos que la colocaran en este trance.

«Los partidos no pueden apelar á la fuerza sino cuando les están negados los medios necesarios para llevar á la práctica las aspiraciones del pueblo. Donde el poder constituído reviste la ductilidad y flexibilidad necesarias para que se ejerciten todos los derechos, sirviendo de norma á la acción del Gobierno, allí no se concibe el derecho de fuerza ni tiene nombre.

«En Inglaterra—dice—no hay un republicano que se atreva á proclamar los procedimientos de la fuerza, porque allí el poder, en toda su eficacia, está en la opinión pública, que es libre y soberana y no depende de la acción de los poderes.

«Allí hay un Gladstone que aboga por la autonomía de Irlanda, llegando en lo político á dividir el Imperio. Hay un Ministro como Chamberlain, que tiene como programa de reformas el de la *Internacional:* la trinidad de principios, que es la instrucción integral, el sufragio universal y la desamortización de la propiedad, para que sea ésta íntegramente del trabajo.»

Compara las instituciones monárquicas de aquel país con las nuestras, y dice que en España se han resuelto las crisis en las antesalas de los Reyes, y algunas veces en sus alcobas.

Recuerda la sesión del Congreso en la que los Diputados de la coalición pretendieron arrancar á los liberales ciertas confesiones que no hicieron, y cita las frases del Sr. Cánovas asegurando que la Monarquía es antes que la paz en España.

«¿No tendremos los republicanos un derecho para afirmar que si no nos quedan abiertos todos los caminos de la legalidad hay un estado de guerra, del que no somos responsables? ¿Quién es responsable del juicio de muerte á que esa guerra da lugar?, ¿el que provoca, ó el que la acepta? El fallo del país seguramente nos absolverá.

«Para renunciar á los procedimientos de fuerza, necesitamos obte-

ner el reconocimiento de los derechos individuales, el sufragio universal sin mixtificaciones, como expresión de la voluntad del pueblo, y, por último, el reconocimiento de la soberanía de la nación, siendo esta la única fuente de los poderes y dependiendo de ella la determinación de las instituciones fundamentales. No basta que estos derechos estén escritos en las leyes y en las Constituciones, sino que es necesario practicarlos y respetarlos severamente; mientras así no sea, estará detentada la soberanía de la nación y justificado, en este caso, el derecho de fuerza.

«Hemos hecho la coalición republicana persuadidos de que, con aspiraciones comunes y principios idénticos, se daría al país seguridad y garantía suficientes para creer que al advenimiento de la República no se repetirán las tristes discordias de otros tiempos; y tal cuidado hemos puesto al redactar sus bases, que ni aun aquellos elementos que se negaron á entrar en ella han tenido una sola palabra de censura que oponer.

«Los que combaten á la coalición republicana por suponer la presencia en ella de los federales como un peligro para la unidad de la patria, son unos menguados é insensatos.

«Una de las armas que se emplean—dice—contra la coalición, es suponer contínuamente la discordia entre nosotros y la incompatibilidad entre los partidos progresista y federal.

«¿Hay algo que demuestre que es una amenaza para el país la coalición republicana? Nó. Es absolutamente imposible convencer al país de que en las bases por nosotros pactadas haya peligro alguno; al contrario, estando todos dentro de ella, habrá mayor paz; se evitarán sucesos como el 23 de Abril, la insurrección de Cartagena y el 3 de Enero. Todos unidos, procurando atraer á los monárquicos, convencidos de la incompatibilidad de la democracia con la Monarquía, podremos llegar á la identificación de la sociedad con la República, única forma de Gobierno que puede desear todo corazón generoso.

Bajo la cultura de la frase tan propia de este hombre distinguido, no se sabe qué admirar más, si la rudeza del ataque á la monarquía y á todas las bases que sustenta hoy la sociedad española, ó la sumisión de un hombre de tan altas prendas á los manejos reprobados, antipatrióticos y vulgares del Sr. Ruiz Zorilla. Es cosa que angustia ver en tal camino al filósofo que vivía en la región de las ideas y de la doctrina; fervoroso cumplidor de sus principios, que en la cumbre del poder un día estimó como obligación religiosa dejar íntegra su conciencia, sin manchar su credo democrático, abandonando el Gobierno á quien, menos embebido en su espiritualismo de escuela, acometiera las durezas que la práctica de la política y del mando exigían. Parece una fábula que pensador de esta delicadeza y ciudadano de tales rigorismos, haya venido á caer á los pies del Sr. Ruiz Zorrilla y del grupo que le acompaña, gastando su inteligencia y su palabra en ir de pueblo en pueblo cantando las excelencias de la rebelión y ensalzando las virtudes públicas de aquél que de vez en cuando aflige la patria con tristísimos desdoros

La proclamación solemne del derecho á insurreccionarse, hecha por el Catedrático de Madrid, á más de constituir en el momento presente un abuso censurable de las franquicias concedidas por el Gobierno liberal que rige los destinos de España, se convertiría en dificultad insuperable, en su enemigo de muerte si alguna vez el Sr. Salmerón llegara al poder; á menos que considere posible la creación de un Jardín de las Hespérides, por virtud de la dominación de su partido, en el que, metamorfoseada la humanidad, pierda sus esenciales condiciones; que al influjo sólo del sentimiento de lo justo y al dulce eco de la palabra *derecho*, permanezcan los pueblos en una estática y glacial anarquía, petrificados, satisfechas todas las creencias, todas las aspiraciones, calmados todos los deseos nobles y bastardos, sin que nadie tuviera motivo de protesta ni desagrado, en cuyo caso sería preciso poner en duda la salud de su cerebro.

Por más que nos propongamos ser parcos al tratar de las consecuencias que en pro de sí arrastrará el motín militar, las necesidades se imponen, y preciso será iniciar, exponer á nuestros lectores cuáles son las impresiones recogidas en tales momentos, y cómo esperamos tenga solución esta especie de nudo gordiano en que ha venido á convertirse la situación del Gabinete.

Si todas las complicaciones y motivos de azares llevan consigo la propiedad de consumir la vida de los gobiernos parlamentarios, no hay que olvidar que, de éstos, los más quebradizos son los que ostentan mayor tinte liberal; y por lo mismo, aunque en las horas presentes la más viva preocupación pública se contrae á la suerte de los que, habiendo delinquido esperan el fallo de los consejos de guerra, y á los temores de que pueda aparecer en alguna parte ramificaciones de estos trabajos revolucionarios, no falta tampoco quien, extendiendo la vista, discurra respecto de los serios inconvenientes que ha de encontrar el Ministerio en su camino.

Si, como es natural, la severidad de las leyes lleva al cadalso unos cuantos desventurados, y el Gobierno, cumpliendo un doloroso deber, los deja marchar sin aconsejar á la Corona el uso de la más grande y preciosa de las prerrogativas régias, habrá llenado su penosa misión de gobierno firme, defensor de la sociedad y del Trono; pero queda respirando luctuoso ambiente y acosado por las tristezas de las víctimas y de los espectadores. Si, por el contrario, propone á la augusta Regente un indulto, cosa agradabilísima para la que fué modelo de esposas y hoy lo es de madres, satisfará los sentimientos delicadísimos de S. M. la Reina, pero dejará una laguna en la disciplina militar y no pocos descontentos entre los hombres que en ella viven y á ella rinden culto fervoroso.

Después de sucesos de esta índole, desarrollados con la especialísima circunstancia de haber surgido al oído mismo de las autoridades, contrastando de tan inconcebible manera los detalles acaecidos

con el fondo y trascendencia del hecho principal, sería inútil negar cuán embarazoso y expuesto á notable desprestigio resultarían así los posteriores actos gubernamentales, como la cuenta que ante el Parlamento debería rendirse de la gestión que les estuvo confiada; y de ahí que más de un experimentado y sesudo político estima procedente la renovación del Ministerio, formándose uno que, teniendo por base al jefe del partido, Presidente del actual, se componga de hombres que representen fresca y poderosa sávia para dar vigor á la situación, regenerándola con nuevos alientos después de tan fuerte contratiempo. Esto no excluye que se utilizase algún elemento de los menos gastados en el constante batallar de la política, como sería, por ejemplo, la continuación del Ministro de Hacienda.

De todas suertes, difícil es el estado de las cosas, permitiéndonos, por lo tanto, al terminar estas líneas, y con todos los miramientos posibles, llamar la atención del Sr. Sagasta sobre particulares que creemos expresión hoy del sentimiento público:

Primero. Que se inspire en temperamentos de clemencia, en lo que á sus altas funciones corresponda, al desenvolverse las consecuencias de la sublevación del 19 de Setiembre.

Segundo. Que si en efecto el curso de la política exige la reorganización del Gabinete, llame á su lado hombres de verdadero mérito, de reconocidas condiciones, aunque tenga que sacarlos de actitudes retraídas y circunspectas; porque las cosas hay que buscarlas donde las hay, y mal pueden obtenerse poderosas iniciativas, actos brillantes de hombres no conocidos, ó que si están apreciados, se levantan pocos codos sobre el nivel de las vulgaridades; y

Tercero. Que, á ser posible y decoroso, recoja los restos de la quierda, procurando fundirlos con la masa del partido, á fin de q todos los matices liberales comulguen en la misma iglesia, co el Sr. Cánovas conspira para que todos los elementos conservado

formen parte integrante del bando político que dirige, bien en la vida activa ó ya con sus simpatías.

No se ajusta con rigor al cáracter esencialmente político de estas Crónicas un acto que ha tenido lugar durante la quincena, solemne según corresponde y de resonancia como siempre, pero que, por la predicación y doctrinas que encierra, interesa á la sociedad entera, considerándonos con tal motivo en el deber de contribuir á su mayor publicidad: nos referimos á la apertura de Tribunales.

En ella, el Excmo. Sr. D. Eduardo Alonso Colmenares, Presidente del Tribunal Supremo de Justicia, leyó un correctísimo discurso, con la importante novedad de separarse del planteamiento y solución de altos problemas jurídicos, como lo ha hecho otras veces con suma brillantez, para penetrar en el estado moral de la magistratura, así intrínseco como extrínseco.

Describe admirablemente la sublimidad de las funciones del magistrado, sin olvidar las prendas que á éste deben adornar, poniendo de relieve cuánta es la necesidad de que en él concurran la prudencia, el talento y la instrucción, reclamando como complemento el valor que es indispensable para ser fuerte ante las resistencias y soportar las penas y sacrificios que consigo llevan el cumplimiento de tan delicado encargo. Sin negar puede existir alguna dolorosa excepción, reconoce la moralidad que resplandece en los hombres en cuyas manos está la administración de justicia, y apoyándose en textos del inmortal Código de Don Alfonso *el Sabio*, reclama la perseverancia en las virtudes privadas que tanto dicen en pro del que las atesora, á quien colman de fuerza y autoridad para corregir á los demás ciuda-
nos, puesto que es inútil pretender se haga una separación com-
ta del hombre en su vida particular y del Magistrado en su vida
blica y en el cumplimiento de la misión que le está encomendada,
ya idea la consigna en esta bellísima forma:

«Las ofensas que en el hogar doméstico se causen á la moral ó á las buenas costumbres, no pueden encerrarse en él como en un santuario impenetrable· forzosamente reflejarán en la vida pública, del propio modo que el sol, después de ponerse, reverbera en el horizonte, iluminándolo con el tinte más encendido de su luz deslumbradora.»

Hermosísimos trozos dedica también á enaltecer la misión del Magistrado, levantando el espíritu de la clase con consideraciones tan acertadas como profundas, y señalando con exquisita habilidad la repugnancia que le causaría la existencia de un Juez indigno por sus actos de la vida privada; y al hablar de la justicia y de la dignidad que requieren todas las funciones que con ella tienen relación, difícil sería decirlo mejor que ello resulta en las siguientes líneas:

«Al llenar nuestras graves atenciones, nunca debemos olvidar que, siendo la justicia humana necesariamente imperfecta, hemos de inspirarnos en la Divina, que es perfectísima y eterna, que impone la conservación del orden moral y que, según se explica y confirma por medio de la revelación, además de los beneficios ya indicados, produce la paz, que es el bien más preciado de las familias y de los Imperios. Por esto se ha dicho en las Sagradas letras que la justicia y la paz se besaron, y que así como en la justicia se encierran todas las virtudes de los buenos Gobiernos, en la paz se contienen todas las felicidades que de ellos se derivan.»

Aconseja el esclarecido Presidente la concordia y el afecto entre compañeros, á quienes debe unir un espíritu de rectitud, y recomienda todas las condiciones imaginables, con objeto de que la justicia no falte al menesteroso, al huérfano y al humilde, y resistir, dice, hasta llegar al heroismo, si tanto fuera menester, la imposición de las muchedumbres y las exigencias del poder y del valimiento.

Termina lamentándose que la crítica mordaz y la insensatez, suponiendo algún caso de flaqueza sobre la que ejerza influencia la política, lo confunda con el carácter de rectitud y pureza que rodea á la institución, acompañado todo ello de un tinte envolvente que revela la más sana honradez, la más limpia conciencia y una vida intachable y ejemplar.

Efectivamente; sin que esto deba molestar nada á sus dignos antecesores, faltaríamos á un sagrado deber si no consignáramos aquí que pocas veces podrán dictarse preceptos ó emitirse consejos con más perfecta autoridad que en el presente caso.

El Sr. Alonso Colmenares, que después de eminente jurisconsulto es recto y sabio magistrado, abrillanta su toga respetable, porque la ostenta un cumplido caballero, un cariñoso padre de familia y un noble amigo, cualidades que, aunque otra cosa pretenda afirmarse, aún busca y venera la sociedad actual.

Ramón García Galván.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

LENGUA COMERCIAL INTERNACIONAL.—*Gramática compendiada de Volapük*, por Augusto Kerckhoffs, adaptada al uso de los españoles é hispano-americanos, por E. Ernesto O. Gil.—París, H. le Soudier, 1886.

El título explica detalladamente el objeto de esta obrita. Es una gramática de 32 páginas que, descontando 13 de portadas y prólogo, quedan reducidas á 19. Una gramática de 19 páginas no puede, en verdad, fatigar mucho la memoria.

Los volapükistas están haciendo, en su incesante propaganda, *adaptaciones* á todas las lenguas de Europa y de Asia. La *Gramática* es notable por su sencillez y digna de toda recomendación á los que en nuestra patria quieran consagrarse al estudio de la nueva lengua. Es, por su clara exposición y buen método, la mejor obra que los españoles pueden usar para fin.

:specto de esta obrita, como de la subsiguiente publicación, remitimos uestros lectores al estudio titulado *Crítica del Volapük*, inserto en este mo número.

DICCIONARIO GEOGRÁFICO, ESTADÍSTICO, MUNICIPAL DE ESPAÑA, por D. Juan Mariana y Sanz.—Un tomo en 4.° mayor.

No es la obra que recomendamos un estudio laborioso que tenga por objeto penetrar en las profundidades de la ciencia geográfica, según indica su mismo título y dimensiones, sino un libro de utilidad general, una especie de nomenclator, tan común en el extranjero, pero enteramente original en nuestra patria.

La administración española ha creado recientemente organismos, ha formado instituciones que conoce en globo la mayoría de los ciudadanos, pero cuyos detalles no constan sino en centros oficiales, inaccesibles ó difíciles de consultar para las personas á quienes pueden interesarles. Coleccionarlos, incluirlos en un sólo volumen, ha sido el objeto que se ha propuesto y desempeñado á conciencia el Sr. Mariana y Sanz.

No dudamos que el público corresponderá á los sacrificios que se ha impuesto el autor, presentando en un cuadro ó minucioso inventario todo lo que tiene de importante el país en orden á la administración, y aun á sus monumentos y riquezas artísticas. Los curiosos, los amantes de las glorias patrias lo registrarán con fruición, pues contiene cuanto de rico y de útil posee nuestro suelo, con las fechas de su creación y sus principales relaciones con la historia. Los hombres de negocios encontrarán en dicha obra los datos que necesitan en todo lo que se refiere á las funciones del Estado, tan íntimamente ligadas á los intereses individuales.

Para que nuestros lectores puedan formarse una idea, copiaremos estas indicaciones del prospecto:

«*Ministerio de la Gobernación*, los servicios que de él dependen, como Correos y Telégrafos, estadística, categoría de la población, distancia á la capital de la provincia, presidios, manicomios y baños minerales con su clasificación.

Ministerio de Fomento, estaciones de ferrocarril, carreteras generales y

provinciales, Sociedades de Amigos del País, Universidades, Institutos de segunda enseñanza, Escuelas normales de Maestros y Maestras, Colegios de Escuelas Pías, escuelas especiales y escuelas públicas.

Ministerio de Hacienda, Aduanas marítimas de cuatro clases, idem terrestres, Administraciones de Hacienda, Administraciones de Rentas, fábricas de tabaco, Giro mutuo, loterías, productos agrícolas, industrias de todas clases, minería, ganadería y ferias.

Ministerio de Gracia y Justicia, Audiencias territoriales, idem de lo criminal, Colegios Notariales, idem de Abogados, idem de Procuradores, Juzgados de entrada, ascenso y término, Registros de la Propiedad de cuatro clases, y Notarías, Arzobispados, Obispados, Colegiatas, Catedrales, Seminarios, Arciprestazgos y Parroquias.

Ministerio de Guerra y Marina, Capitanías generales, Comandancias, castillos, plazas de guerra, Parques de Artillería, Academias militares, fábricas de armas, puertos de primer orden, idem de segundo, de interés local, de refugio y semáforos.

Se han intercalado también los hechos más memorables acaecidos en la historia patria, en su localidad respectiva, así como la biografía, en pocas palabras, de los hombres que más han honrado á su país, ó se han distinguido por cualquier concepto.»

Según se desprende del precedente resumen, es un trabajo que puede servir para consulta en todos los establecimientos oficiales, oficinas y despachos particulares ó del Estado, y á los individuos de todas las clases sociales, así en la vida práctica como en la de investigación desinteresada.

UN MATRIMONIO EN LA ARISTOCRACIA, por Alfredo Daudet.

Otra vez el *Cosmos Editorial* ha prestado un buen servicio á la literara publicando la mencionada novela, en la cual resplandecen las recomendables cualidades que avaloran las de su insigne autor; limpio y ani-

Anuario de los volapükistas, próximo á publicarse, y otros varios trabajos, suscritos por A. Kerckhoffs, E. O. Gil, E. Vaudemont.

La publicación que anunciamos está llamada á obtener un gran éxito entre los adeptos del Volapük, y lo merece sin duda alguna por sus artículos bien pensados y bien escritos, y por el celo y entusiasmo con que defiende la lengua de Schlezer.

Volveremos á hablar de esta importante publicación cuando la índole de sus trabajos lo requiera.

Revistas.—Le mouvement du socialisme d'etad en allemagne, por el Doctor Ströll.—Esta obra, que tiene un verdadero interés, no sólo por el nombre de su autor, que es una de las primeras notabilidades económicas contemporáneas, sino por el asunto, que es de palpitante actualidad, tiene por objeto probar que el socialismo del Estado no es más que la manifestación de la ley de continuidad en la vida del pueblo alemán, poniendo de relieve la importancia de esta manifestación bajo el punto de vista de la civilización. El autor cree en la misión internacional de Alemania en el orden económico, y cree que el genio de Bismarck es el llamado á cumplirla en nombre de la ciencia.

Las doctrinas de M. Ströll pueden reducirse á dos puntos: 1.°, la nueva escuela económica no reconoce nada eterno en economía social, más que el movimiento y el progreso; 2.°, la acción del Estado representa un progrsso civilizador ante la preponderancia de la burguesia, que ha llegado á hacerse insoportable.

Según se ve por esta síntesis, las doctrinas del célebre economista, partidario incondicional de Bismarck, se reducen á profesar el viejo socialismo, que conduciría las sociedades modernas á la absorción total por el Estado y á la supresión completa de la autonomía individual.

Memorie sopra l'origine é vicende delle inquisizione in Sicilia, por Vito La Mantia.—Italia ha sobresalido en todos tiempos por sus aptitudes

históricas, de las cuales tenemos á la vista una excelente muestra. Es un trabajo que tiene general interés, por tratarse de un asunto de carácter internacional; pero lo tiene particularmente para los españoles, que dominamos casi sin interrupción, directa ó indirectamente, aquella isla desde el siglo XIV.

Haciendo el proceso del célebre Tribunal en Italia, lo encuentra en muy remotos orígenes, pero muy especialmente en una Constitución del Emperador Federico II, que concedía á la Iglesia el privilegio de juzgar y condenar á los herejes, ordenando la confiscación de sus bienes en beneficio de la misma y del Estado. A partir de aquella declaración imperial, no cesó nunca de funcionar la Inquisición, recrudeciéndose muy especialmente con el advenimiento al Trono español de la Casa de Austria.

La erudición que despliega el autor en este trabajo es inmensa, y sorprende tanto más, cuanto ha tenido que buscar los datos inéditos en las Bibliotecas de los conventos y en restos perdidos que han sobrevivido al incendio, que hizo desaparecer los principales documentos. Las ejecuciones y autos de fe que describe con pruebas auténticas son numerosos, y con ellos puede demostrarse que, si España es el país clásico de la Inquisición, otras naciones de Europa pueden hacerle una triste competencia.

ORIGEN Y DESTINOS DEL ARTE, por G. Seailles.—*La Revue philosophique* publica un curioso artículo sobre este tema, en el cual se exponen y comparan las opiniones de MM. Renán, Guyán, Jaime Spencer y otros filósofos, según los cuales el reinado del arte está próximo á concluir, debiendo ceder su glorioso lugar á la ciencia, que será la única señora en el mundo. «El reinado de la escultura—dice M. Renán—ha concluído desde que los hombres han dejado de andar medio desnudos. La epopeya desapareció con la edad del heroismo individual; no hay epopeya posible con la artillería. Cada una de las artes está vinculada á un período de la historia. La misma músi-ı, que puede llamarse el arte del siglo XIX, será un día abolida y agotada. .a belleza desaparecerá á la llegada de la ciencia.» Spencer comparte la nisma opinión, y compara la ciencia á la Ceneréntola, «que ha vivido largo empo olvidada en un rincón del hogar, mientras sus hermanas, las artes,

ostentaban sus galas. Hoy toma ella la revancha, y no está lejano el día en que, proclamada la más bella, reinará como única soberana.»

El autor se rebela contra estas suposiciones y augura para la ciencia un reinado de tinieblas en que se renovará tal vez una «escolástica científica, enamorada del detalle, desdeñosa para con las ideas nuevas, encerrada en teorías invariables; una escolástica más fría, más fastidiosa que la de la Edad Media, una escolástica sin catedrales. Este período de manuales mnemotécnicos hará su papel en la historia de la humanidad, hasta que después de un tiempo, más ó menos largo, el espíritu despertará de su sueño y experimentará el placer de la rebelión, el goce de romper las barreras y abrirse nuevos y más anchurosos espacios. Este será el nuevo renacimiento, llamado á construir nuevos palacios de ideas de arquitectura desconocida.»

En estos cortos fragmentos se pueden estudiar las divagaciones de algunos sabios, que al remontar su vuelo tocan las fronteras de la locura. En su desvanecimiento creen que van á cambiar las leyes de la naturaleza, que es eterna y se burla desde su inmutabilidad de estas necias tentativas humanas. El arte no puede desaparecer, porque es la expresión de facultades que forman parte integrante de la especie humana.

PROPIETARIOS:

JOSÉ LUIS ALBAREDA. L. A. RUIZ MARTINEZ.

DIRECTOR:

FRANCISCO CALVO MUÑOZ

APUNTES

SOBRE EL NUEVO ARTE DE ESCRIBIR NOVELAS [1]

V

El discreto é ingenioso crítico D. Leopoldo Alas, con la cortesía y la generosa indulgencia con que me trata siempre, ha hablado en *La Opinión* del primer artículo de esta serie. Hace de mí elogios que le agradezco en el alma, pero censura con gracia que yo, sin haber leído las novelas naturalistas, y asegurando que no quiero leerlas, las repruebe y las condene.

Contra tal acusación, presentida por mí, creo que había yo respondido de antemano. Menester será, con todo, aun exponiéndome á repeticiones, que yo explique mejor mi propósito.

El verdadero fundador de la escuela, el apóstol y legislador de la secta literaria llamada naturalismo, principalmente aplicado á la novela, aunque extendiéndose también á los demas géneros de literatura y á las artes, es Emilio Zola.

Su *nuevo arte*, su código, está consignado en cuatro ó cinco tomos lo menos. Y contra ó sobre este *nuevo arte* trato yo de

(1) Véanse las REVISTAS de 10 y 25 de Agosto y 10 y 25 de Setiembre.

escribir y estoy escribiendo. Hubiera, pues, podido abstenerme de citar una sola novela naturalista é impugnar la teoría, sin ilustrar mi impugnación con citas de sus efectos en la práctica. Mis citas é ilustraciones tal vez estén de sobra. No haciéndolas hubiera ahorrado yo mucho sonrojo, vergüenza y asco, á las personas delicadas, honestas y pudorosas que se atrevan á leerme.

Sirva, ya que no de disculpa, de atenuación para mi exceso, el ansia de mostrar con evidencia, y sin largos raciocinios, en vista del horror del ejemplo práctico, lo absurdo del precepto y de la teoría.

En adelante procuraré citar menos novelas naturalistas, y no dar ni el más breve resumen del argumento de algunas de ellas. Me concretaré á combatir contra la teoría y contra el fundamento filosófico y la tendencia de los espíritus de donde la teoría ha nacido.

Tiene, sin duda, el naturalismo ciertas causas egoistas, más ó menos confesadas por sus autores y divulgadores; pero en estas causas me detendré poco.

La principal de ellas es el prurito de señalarse, de aturdir al público, de salirse del camino trillado, y de crear algo de alta novedad y de maravillosa extrañeza, que no se parezca á nada de cuanto antes se había escrito.

Para lograr este fin, hombres de talento, sin duda, apelan á medios malos por lo común; y cuando alguno es bueno, la exageración le malea.

Empecemos por lo exterior: insistamos en hablar del estilo.

Apenas hay naturalista, tanto de los precursores de Zola cuanto de sus compañeros y discípulos, que no sea estilista esmeradísimo, que no cincele, pula y trabaje la frase con amor.

Los clásicos del siglo de Luis XIV habían hecho el idioma muy correcto; pero le habían empobrecido en giros y vocablos.

He leído, pues yo no me he tomado el trabajo de contar que todo el Diccionario de Racine no llega á dos mil palabras Este empobrecimiento de la lengua pasó, con la imitación de l literatura francesa, á las demás literaturas. La pobreza léxic

de Pope aflige, si la comparamos á la abundancia de Shakspeare: nuestros Iriartes, Moratines y Samaniegos, olvidan ó desechan las cuatro quintas partes de los vocablos empleados por Calderón, Tirso y Quevedo: Metastasio usa sólo cuatro mil voces, mientras Dante, en la *Divina Comedia*, se vale de diez y ocho mil ó más.

Los románticos vinieron, en todas las naciones, á hacer entrar en el caudal del idioma las voces antiguas olvidadas y á crear otras nuevas, enriqueciendo el usual Diccionario. Lo hicieron, no obstante, por lo común (según suponen los naturalistas, á mi ver con injusticia), sin orden y sin criterio. Así es que los naturalistas empiezan por ser primorosos.

Esto lo aplaudo yo hasta cierto punto; pero nadie negará que el primor exagerado, y no siempre del mejor gusto, se opone á la sobriedad, naturalidad y sencillez, y degenera á menudo en afectación y amaneramiento.

El excesivo primor parece, además, signo de épocas de decadencia literaria.

La abundancia afluente de los autores del siglo XVI, en Francia y en España, implica el florecimiento, la exuberancia de la juventud. La corrección y la sobriedad ulteriores y pseudo-clásicas nacen del afán de imitar á los autores griegos y latinos de los mejores tiempos, y de un amor extremado al atildamiento y á la elegancia. Y la riqueza rebuscada y alicatada de hoy es labor de taracea, la cual fatiga cuando se advierte, y se advierte con frecuencia que el autor se propone *hacer efecto*, cual prolijo y minucioso artífice que forma mosáicos con piedrecillas de mil colores.

Irse tan lejos de la naturalidad cuando se llama uno naturalista, es soberanamente cómico y contradictorio. Y, sin embargo, los naturalistas se van en Francia lejos de la naturalidad, por la senda que les traza Teófilo Gautier en estas frases:

a cualidad de nuestro siglo—dice—no es la candidez. Nues-
siglo necesita para expresar su pensamiento, sus ensueños
us postulados, de un idioma de mayor complicación que la
gua clásica. La Literatura es como el día, con su mañana,

tarde y noche. No disertemos en balde para decidir si es preferible el crepúsculo ó la aurora, y pintemos el instante en que nos hallamos con la paleta cargada de los colores que se requieren para pintarle. ¿Acaso el declinar del sol no tiene, como el alba, su hermosura? ¿Ese rojo cobrizo, ese oro verde, esos tonos de turquesas que se deslíen en zafiros, todas esas tintas que arden y se descomponen en el grande incendio final, esas nubes de formas extrañas y monstruosas, penetradas por mil rayos de luz, y que remedan el derrumbamiento gigantesco de una Babel aérea, no brindan tanta poesía como la Aurora de los dedos de rosa, que no por eso desdeñamos?

Tiempo ha—añade el autor citado—que volaron las Horas, que van danzando delante del carro del Día, en la pintura de Guido. Ahora es indispensable el estilo artificioso, complicado, sabio, lleno de matices y exquisiteces, que traspasa los límites del lenguaje, pone á saco los Diccionarios técnicos, toma colores en todas las paletas, roba notas á todos los instrumentos músicos, se afana por expresar el pensamiento más inefable, y escucha y traduce las confidencias sutiles de la neurosis, y la culpa de la pasión envejecida que se deprava, y las extravagantes alucinaciones de la idea fija, que se vuelve locura. Este estilo de decadencia es el último acento del Verbo, forzado á decirlo todo y empujado hasta el extremo. Recuerda tal estilo la lengua jaspeada ya con los verdores de la descomposición, la lengua manida del Bajo Imperio, y los enrevesados refinamientos de la escuela bizantina, última forma del arte griego que se deshace; pero tal estilo es el idioma necesario y fatal de los pueblos y de las civilizaciones, donde la vida facticia reemplaza la vida natural y desarrolla en el hombre necesidades incógnitas. No es fácil, sin embargo, emplear este estilo, que los pedantes desprecian, porque expresa ideas nuevas con formas nuevas y con palabras inauditas hasta hoy. Al revés del estilo clásico, este estilo acepta la sombra, y en la sombra se mueven en confusión las larvas de las supersticiones, los fantasmas y vestiglos del insomnio, los terrores nocturnos, los remordimientos, que se extremecen y retroceden al menor ruído, los

ensueños monstruosos que la impotencia sólo detiene, las cavilaciones oscuras que el día vería con asombro, y cuanto el alma, en el centro de su más profunda y esquiva caverna, esconde de tenebroso, diforme y vagamente horrible.»

Este estilo, que, dicho sea con perdón, por tan desatinada manera rocomienda Gautier al hacer el encomio de Baudelaire, es el bello ideal en punto á estilo que tienen los naturalistas.

Zola nos presenta á Balzac como creador de la novela moderna y de su naturalismo, y Zola dice: «La preocupación de la forma es característica en Balzac. El estilo fué el tormento incesante de su vida. El brillo del grupo de los románticos le desesperaba. De aquí sus esfuerzos, su prodigioso trabajo en ciertas novelas. Y lo peor es que cuando Balzac más se esmeraba en realzar y colorar su estilo, era cuando más le echaba á perder. Así se explican las frases alambicadas, los giros extraordinarios y la hinchazón de que le zahieren. *El Lirio en el valle* es, por cierto, la obra en que su esfuerzo por alcanzar el estilo bello es más visible; y el principio de esta obra, sobre todo, no se puede tolerar. Balzac quería luchar con Víctor Hugo.»

Stendhal es, quizás, el único naturalista que desdeña el estilo: pero Zola le condena por esto; y además, con extraña contradicción, á par que le coloca entre sus precursores, como ideólogo sensualista y representante de las ideas filosóficas del siglo XVIII, le excomulga por mero psicólogo y no fisiólogo. Citaremos varias de las excomuniones de Zola, para que se vea que Stendhal no es de los suyos, ni en profecía. «Stendhal no es un observador que parte de la observación para llegar á la verdad, gracias á la lógica, sino un lógico que parte de la lógica y que llega á menudo á la verdad saltando por cima de la observación.» «Todos los personajes de Stendhal se diría que tienen jaqueca, por lo mucho que el autor les teclea el cerebro. Cuando le leo, padezco por sus personajes y me entran ganas de exclamar:—¡Por compasión, déjelos Vd. tranquilos; déjelos que vivan vida natural un momento!»—«No prueba que es sabio ni filósofo quien escribe

mal.»—«Un libro de estilo incorrecto es un ser estropeado.»—Stendhal, pensando, tenía lógica; pero, según Zola, la perdía escribiendo. Escribiendo carecía de lógica y de retórica. Sus personajes son falsos, exagerados é inflados por el ahinco con que Stendhal tira á hacerlos originales é insólitos. Así es que ni hieren la imaginación con viveza, ni se quedan en la memoria. Zola confiesa, por último, que á menudo no puede sufrir la lectura de Stendhal. Y con todo eso le declara uno de sus precursores, ya que, si bien á medias, ha descubierto la verdad. ¿Y cuál es la verdad? ¿Cuál ha de ser sino que el linaje humano es ruin, perverso y loco?

Viene después Flaubert. Para Zola, Balzac es, en el naturalismo, Dios que crea el caos: Flaubert es el Demiurgo que le ordena, pronunciando el *fiat lux*. El resultado de este *fiat*, la luz, el faro, la estrella polar de los naturalistas es *Madame Bovary*. Todavía en Balzac hay aventuras extraordinarias y personajes gigantescos. Flaubert lo empequeñece todo: *mata á los héroes*, y Zola aplaude.

Las obras de Balzac—dice—están hechas tosca y precipitadamente; abundan en cosas pésimas, y son, no obstante, *el esfuerzo portentoso del más vasto cerebro de este siglo*. Pero Flaubert aparece; lo sujeta todo á reglas fijas de observación, acaba con los héroes, da á sus personajes las debidas proporciones, algo ruines, que deben tener, y produce una obra de arte armónico, de estilo perfectísimo y afiligranado, que ha de desafiar á los siglos. Para hacer esta obra de estilo son de maravillar las laboriosas y vigilantes faenas de Flaubert. Días enteros se le iban en componer una página. Nada más limado, más lamido ni más premioso. Flaubert mismo lo confesaba: «Una página de prosa bella es dos veces más difícil de escribir que dos páginas de bellos versos.» *Ergo* los versos son cuatro veces más fáciles que la prosa. La prosa, á causa de su fluidez, se presta poco á ser fundida en un molde: no se cuaja, por lo visto. Flaubert quiere prosa dura como bronce, resplandeciente con oro, tersa, reluciente y bruñida como mármol, y clara, lustrosa, limpia y trasparente, como hielo.

Venido Flaubert, añade Zola, después de la pléyade de 1830, ha aspirado á la perfección de la forma, alcanzándola por la corrección del dibujo y la riqueza de colorido; y todo ello para ser *pintor impecable*, Rafael y Tiziano en uno, *de la estupidez y de la villanía humanas.*

En los Goncourt encomia Zola otra clase de primor de estilo, no menos exquisita y rara. Buscan—dice—la expresión nueva y precisa; lo pintan todo con palabras; sensaciones recién descubiertas y frío y calor de la piel. Sus frases huelen al objeto y toman el color del objeto de que hablan. En ellos está lo pintoresco legítimo, con todos los tornasoles, matices y vislumbres. Son elegantísimos estilistas, muy aristocráticos, que se encanallan por amor al arte. En suma, se queda uno pasmado de las alabanzas, algo estrafalarias, que da Zola al estilo de los Goncourt. Y todo, ¿para qué? Para retratar lo feo. Cuando un naturalista retrata algo que no es feo, Zola lo afirma, falta á su misión de naturalista: es infiel, miente. «En la novela de Goncourt, titulada *Les frères Zanganno*, hallo nueva prueba de la necesidad de mentir para consolarse y consolar á los otros.» El mismo autor de la citada novela se disculpa de su momentánea apostasía, y pide perdón al Numen ó Musa del naturalismo, por haber escrito algo donde hay belleza moral en los personajes. «Por esta vez—dice—he empleado la imaginación: he soñado; no me he atrevido, en momentos de postración y debilidad enfermiza, á pintar la *verdad verdadera.*» Zola decide que él también ha tenido momentos de debilidad, en los cuales ha sido infiel á su naturalismo y ha pintado el mundo mejor de lo que es y menos viles á los hombres. Así, por ejemplo, en *La faute de l'abbé Mouret.*

Por lo demás, la pintura de lo elegante, de lo rico, de lo físicamente hermoso, nada tiene que ver con la belleza moral. Ésta, si hemos de creer á Zola, es imposible, no mintiendo. La *stia humana* aparece lo mismo bajo los sórdidos harapos del ›bre y á través de sus palabras soeces, que bajo el frac mejor ›rtado y á través del almibarado y lindo discreteo de los aris-cratas y dandíes. En lo moral y en lo físico son horribles *La*

fille Elisa y *Germinie Lacerteux;* pero, en medio de sus perfumes de elegancia y de sus delicadezas de buen tono, los protagonistas de *Renée Mauperin* son, según Zola, más abominables, más sucios y más mónstruos que la impúdica cocinera y que todos sus deportes instintivos y desesperados. En todo lo expuesto se ve á las claras que el toque del naturalismo estriba en el primor superfino de la forma para retratar la verdad, que es la inmundicia.

Ahora bien, y aunque sea decir mil veces lo mismo de distinta manera, en todos los tonos, ya séria, ya jocosamente, ¿con qué fruto sazonado regala nuestro paladar, y ya que no deleite, qué provecho nos trae el retratar la verdad, si la verdad es siempre inmunda? ¿No sería mejor mentir, para consuelo, y presentar á los hombres, á fin de que imiten y copien lo que puedan, dechados de perfección, aunque sean falsos? Falsos eran los Amadises, los Esplandianes, los Galaores y demás caballeros andantes, y con todo, Alonso Quijano leyó sus vidas, procuró imitarlas, y vino á ser «valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente y sufridor de trabajos.» ¿Qué vendrá á ser quien lea las novelas naturalistas é imite á sus héroes?

Y no se me niegue el influjo que, en este sentido, ejercieron siempre, ejercen y ejercerán las novelas. El *Werther* de Goethe ocasionó no pocos suicidios: los romances y poemas de bandoleros y de guapos han fomentado el bandolerismo en Andalucía y en la moderna Grecia. Lo que es reflejo fantástico de un estado social suele convertirse en causa, reflejándose á su vez en las acciones y en el espíritu humano.

El hombre por naturaleza es inclinado á imitar, y por la imitación de lo bueno se mejora. «Así lo hace—dice con noble elocuencia *Don Quijote*—el que quiere alcanzar nombre de prudente y sufrido, imitando á Ulises, en cuya persona nos pinta Homero un retrato vivo de prudencia y sufrimiento, como también nos pintó Virgilio en la persona de Eneas el valor de un hijo piadoso y la sagacidad de un valiente y entendido capitán, no pintándolos y describiéndolos como ellos fueron, sino como

habían de ser, para dejar ejemplo á los venideros hombres de sus virtudes. De esta misma suerte, Amadis fué el norte, el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros, á quien debemos imitar todos aquellos que debajo de la bandera de amor y de la caballería militamos.»

Cierto es que, según Aristóteles, si el poema trágico y heróico es la representación de los mejores y sirve para levantar el alma hasta la figura ideal que nos pone delante, también hay poema cómico, representación de los peores, por donde, en virtud de lo ridículo, nos retrae el poeta del vicio y de la vileza. Así en Esparta sacaban por calles y plazas á un ilota ébrio, á fin de que la juventud aborreciese la embriaguez; pero en las novelas de Zola apenas hay lo ridículo y lo cómico, porque Zola es muy grave, y menos se descubre el propósito de apartar á nadie de vicios y abominaciones, ya que éstos aparecen como fatalidad inevitable.

El naturalismo, pues, tal como Zola le legisla y le aplica, es la poesía épica, en prosa, del pesimismo y de la desesperación.

La desesperación y el pesimismo habían tenido ya, y siguen teniendo su poesía lírica, la cual ha influído no poco en la epopeya prosáica de que tratamos, si bien, aun así, es más disculpable dicha poesía lírica. En primer lugar, en verso, la mitad de los lectores por lo menos casi no se fija en el sentido; de suerte que el poeta puede blasfemar, maldecir y renegar á sus anchas, y convertirse en máquina infernal ó ametralladora, que lanza oraciones jaculatorias al diablo y tiros á Dios, sin que se escandalice ni se pervierta mucho el que lee, porque apenas repara más que en el sonsonete ó melopea, y como si estuviese presenciando una batalla, sin peligro de la vida, se ciega con el humo, se ensordece y aturde con los truenos, y no ve á dónde van los disparos.

Además, la blasfemia, melodiosa y lírica, es rapto ó exabrupto que no presupone constante y perpetua voluntad de blasfemar en quien blasfema: es reniego fugitivo, voto al diablo en un momento de mal humor, algo como aquella flecha que el tahur de la leyenda de las *Cantigas del Rey Sabio* dis-

para al cielo, furioso porque ha perdido su dinero jugando, con la diferencia de que la flecha, como el tahur la dispara con el brío de la fe, hiere al mismo Dios ó á la Virgen y vuelve á caer á los piés del tahur llena de sangre, mientras que las maldiciones del poeta satánico, como van sin fe, no suben ni hieren á ningún ser divino.

De todos modos, tanto en el poeta lírico como en el poeta épico en prosa, ó sea en el novelista, este enojo, ya momentáneo, ya pertinaz y terco, contra Dios ó contra la naturaleza, cuando no se cree en Dios, destruye toda moralidad en las obras literarias.

Mi discreta amiga doña Concepción Jimeno, que ahora vive en Méjico, donde ha sabido ganarse el general aprecio y donde sostiene con éxito el legítimo influjo de las letras españolas, me honró, hace algunos meses, escribiéndome y publicando una carta sobre la inmoralidad de las novelas del día. Y si bien doña Concepción Jimeno apenas conocía entonces más novelas naturalistas que las de Daudet, exclama con razón: «Dicen que estas novelas encierran en el fondo tendencias moralizadoras, pero esas tendencias suelen estar tan hondas, que los espíritus poco analíticos no dan con ellas. Cuando la moral se oculta bajo el fango, es imposible que éste no salpique el rostro de quien la busca.»

Yo creo que mi discreta amiga se pasa de benévola. La moral buscada no se oculta bajo el fango; lo que se oculta bajo el fango es la negación de la moral cuando se echa la culpa de todo á Dios ó á la naturaleza. ¿Qué moral es posible si se inculca en la mente de los lectores que es irremediable nuestro mal, que no se eleva del fango quien está en el fango, no porque cae en el fango, sino porque es fango, y que no hay gracia, ni energía de alma, ni potencia de espíritu que dome la materia?

A la verdad, siempre que me paro á pensar en ciertos n gocios, me persuado de que el diablo no era tan malo en principio del mundo como lo es en el día. Él engañó á Adán á Eva, pero con amonestación tan excelente en su fin, aunq

viciosa en los medios para alcanzarle, que coincide con la más noble y hermosa amonestación que nos ha hecho el Redentor divino. *Seréis como dioses*, y *sed perfectos como vuestro Padre que está en el Cielo*, son sentencias que nos impulsan al mismo fin, que nos animan á subir á la misma altura, que nos aperciben y exhortan para realizar el progreso y que nos abren un horizonte infinito de glorias y venturas, aunque nos marquen caminos diferentes. Pero han venido los poetas ultra-llorones y satánicos, los filósofos pesimistas y, en pos de ellos, los autores de novelas con naturalismo; todos los cuales no se fian en el consejo de Dios ni en el consejo del diablo y se revuelcan en el cieno, riendo con risa sardónica ó lloriqueando y maldiciendo sin más esperanza que la muerte.

Es necesario, para no ser acusado de injusticia y dar á cada uno lo que es suyo, poner aquí varias explicaciones y hacer varias distinciones primero, y después tratar de mostrar por dónde han venido las corrientes del pesimismo y del materialismo, como los confluentes de un río, á juntarse con el estilo alambicado y analítico, produciendo el nuevo arte de hacer novelas. Esto me llevará muy lejos; acaso á digresiones que mis lectores hallarán enojosas; pero yo imploro su benevolencia y les ruego que me perdonen y me sigan.

En el romanticismo, del cual es hijo el naturalismo, sucedió lo que ahora con el naturalismo sucede; á saber: que tuvo precursores y profetas, que nunca pensaron en ser románticos, ó bien que son citados entre los románticos porque vivieron cuando los románticos y porque tuvieron algunas de sus calidades, aunque en otras eran harto diversos.

Así Stendhal, que cuenta entre los románticos en las historias del romanticismo, en las obras doctrinales de Zola cuenta como naturalista. Contó como romántico por los apasionados sentimientos de sus héroes y heroinas; y cuenta como naralista por su análisis del ser humano, aunque Zola le echa cara que no estudiaba más que la *cabeza*, y no todo el *cuer-* que no sabia pintar el medio en que sus personajes vivían, mundo exterior, y que descuidaba el estilo.

Otro autor, que merecía, en apariencia al menos, ser contado entre los naturalistas con más razón que Stendhal, y que Zola no cuenta, no sé por qué, es Próspero Mérimée. Su estilo es seco, nervioso, preciso, un verdadero modelo. Y Mérimée, como Stendhal, no creen en nada.

Por este escepticismo es por donde ambos son y no son naturalistas. Su falta de creencias se opone á que acepten que las novelas que escribieron eran para enseñar algo á los demás hombres. Por este lado no son naturalistas. No era el propósito de ellos la inquisición social, el coleccionar documentos humanos, el estudiar la patología ni el enseñarla. Su propósito era divertir creando obras de arte.

Son naturalistas porque los dos carecen de todo ideal: son irreligiosos: Stendhal con un furor que le llevó á decir que *la única excusa de Dios es que no existe,* y Mérimée con frialdad notable y digna, si cabe dignidad en esto. Stendhal, aunque mala, tenía una filosofía: Mérimée no tenía ninguna. Probablemente Mérimée pensaba acerca de la filosofía lo mismo que acerca de la poesía pensaba, en consonancia con P. L. Courier: que es arte ó disciplina propia de las edades semi-bárbaras. Para Mérimée no había más que la prosa, que narra hechos, que sea arte adecuado á esta edad de la razón en que vivimos.

Mérimée es cínico, pero fino, correcto y bien criado. De aquí nacía un cinismo pulcro y elegante. Se cuenta que su madre odiaba tanto la religión, que no consintió jamás en que Mérimée fuese bautizado. Cierta dama, muy piadosa, se empeñó en catequizar á Mérimée para que se bautizase; pero éste se excusó respondiendo que no lo haría si ella no era la madrina, llevándole á la pila entre sus brazos, vestido de blanco.

Yo, que he tenido el gusto de tratar bastante á Mérimée, creo que en el fondo era hombre de bonísima pasta, grande amigo de sus amigos, servicial, bondadoso, incapaz de hacer daño á nadie y capaz de hacer mucho bien, aun á costa de sacrificios. No merece las injurias que Víctor Hugo, cegado por la pasión política, lanzó contra él en los últimos años de su vida, sino el encomio que de él hizo al formar con su nombre

Prosper Mérimée este lisonjero anagrama: *première prose*. Creo, además, que Mérimée amaba á su patria y amaba á la humanidad, aunque no creía ni en su progreso, ni en que fuera perfectible. De libertades políticas, de derechos del pueblo y de otras cosas así, no estaba él muy convencido. Se citan chistosas frases suyas, que prueban que todo esto no le importaba un ardite y que lo ponía en solfa. Así, por ejemplo, definía el sufragio universal *une lourde bétise qui faira le tour du monde:* una burda simpleza que dará la vuelta al mundo.

Mérimée, no obstante, si bien era, como autor, satánico y espantoso, no lo era por aviesa condición, sino para acomodarse á la moda. Sus héroes habían de ser casi siempre facinerosos y patibularios, tanto los de sus novelas, cuanto los de las historias que escribió. ¿Prueban su predilección por los personajes tremebundos Catilina, Sila, Don Pedro el Cruel y el falso Demetrio? Sin duda que la historia del linaje humano es trágica y contiene muchos horrores; pero Mérimée se complacía en lo más horrible y negro. Luchaban contra esto la mansedumbre, dulzura y bondad de su condición, y de aquí la ironía, solapada á veces, á veces desembozada y patente. Él mismo se burla de su manía de pintar todo horrible, citando al Mascarilla de Molière, quien, también, para seguir la moda de su tiempo, se empleaba en poner toda la historia romana en madrigales.

Yo supongo, por último, que Mérimée, que no trataba sino de agradar y de asustar suavemente á las damas que le leían, lo cual no le perdonan los naturalistas de buena ley, cuya formalidad es ejemplar, cuando veía que las damas podían afligirse mucho ó desazonarse demasiado con los horrores que él contaba, imitaba al predicador que hizo llorar sin querer á su auditorio refiriendo el martirio de un santo: «No lloréis, les decía: esto hace tiempo que sucedió, y quizás no sea verdad.» Por tal arte viene Mérimée á dar, en ocasiones, en la caricatura, aunque delicada, y á decir como Mendrugo en el sainete:

Esta es su sangre, pero no te asustes,
Porque es pintura con almagra hecha.

La impasibilidad de autor y el saber eclipsarse y no aparecer, que tanto recomienda Zola, prestan á algunas novelas de Mérimée admirable belleza épica ó trágica, la cual resplandece más que en nada en su obra maestra *Colomba*; pero cuando el autor se descubre un poco, y donde se descubre más es en el *Teatro de Clara Gazul*, sus héroes, por quienes él no se apasiona, no apasionan tampoco ni conmueven á los lectores y parecen *pantins* ó *fantoccini*.

La gana de imitar á Byron retratando héroes muy crudos, la afición al color local bien marcado, y la falsa idea, ya desechada por los naturalistas, de que el orden y la policía de París desteñían, digámoslo así, la tela de la vida *burguesa* y le robaban dicho color, hizo que, en aquel tiempo, buscasen los poetas y novelistas de París países y pueblos que eran, ó que ellos creían, semi-salvajes, decaídos de cierta civilización exótica é incompleta de que habían gozado en otras edades, y donde la gente campaba por sus respetos, se plantaba y figuraba en más pintoresca decoración y todo convidaba al crimen poético; donde había foragidos en abundancia, gitanos, toreros, majos y hasta frailes y abates cortejantes, que lo mismo cantaban vísperas que aquella copla que dice:

El cuerpo me hiede á humo
y el corazón á puñales,
y la sangre de las venas
rabiando porque no sale:

y donde chulas y señoras eran capaces, por amor ó por celos, de dar una facada ó de envenenar á medio mundo; y los galanes, por la sonrisa de una comedianta, de una gitanilla, de una marquesa, andaluza de Barcelona, ó de cualquiera doña Sol ó doña Elvira que se pasease sobre el puente de Toledo con un rosario carlovingio, de despachar al otro barrio al más íntimo amigo, de pintar un jabeque al lucero del alba ó de llenar un cementerio de hombres.

Si Italia se tomó para escena de tales historias, España

fué la predilecta. Estaba más reciente la guerra de la Independencia, que había mostrado la energía del carácter español; se desconocían más nuestras costumbres, nuestra literatura y nuestro ser, y esto daba más amplitud á la fantasía; los odios de Fernando VII á los demasiados estudios y las guerras civiles nos habían á la verdad atrasado un poco; y, por último, las relaciones de viaje del inglés Borrow, del Marqués de Custine y de Gautier, encomiándonos por el curioso estilo con que Tomé Cecial encomió á la hija y á la mujer de Sancho Panza, no sin enojo de éste, habían trasformado á España en el país más á propósito para los amoríos tempestuosos, los desafueros colosales y las atrocidades de marca mayor.

Así es que no fué sólo Mérimée quien tomó por escena á España. Gautier y Musset hicieron lo propio, alternando con Italia. España se convirtió en el país del amor violento, donde la gitanilla verdinegra y ojerosa, que entre las mujeres era mirada como un espantajo ó un escuerzo maligno, tenía una piel curtida por el mismo Luzbel, y tanta sal, pimienta y garabato, que hasta los Arzobispos caían rendidos á sus plantas, y, como en el antiguo romance,

En vez de decir amén,
decían amor, amor.

El jefe ó apóstol del naturalismo empezó su carrera literaria por esta España fantástica antes de entrar de lleno en la realidad. Poeta, imitador de Musset, una de sus primeras obras es una leyenda en verso donde hay dos amigos, Marcos y Rodolfo, borrachos, pendencieros, jaques y generosos. Ambos se burlan de Dios y del diablo; pero Rodolfo cree en la amistad y en el amor, y Marcos no cree. La querida de Rodolfo se llama Rosita, la cual, como buena española, es el mismo diablo de iente y lasciva. Vienen en la obrita vivísimas descripciones escenas de alcoba y de la dicha de ambos amantes; pero rcos averigua dónde vive Rosita, la enamora á su vez, y noche el pobre Rodolfo, que entraba en la alcoba de Rosita

como trasquilado por iglesia, se la encuentra con su amigo íntimo. Resultado: que Rodolfo envía á Rosita á los infiernos de una puñalada y á Marcos de cuatro, y él mismo se mata de manera brutal, abusando de sus fuerzas, en la crápula más inmunda. La culpa de todo esto se la echa el poeta al viento glacial de la realidad, que hace seis mil años hiela todas las cosas humanas, y al siglo, que corre desbocado por el camino del progreso, sin que el Señor le refrene y tire de la rienda.

En todos los demás versos que Pablo Alexis ha publicado de Zola, se ve el tránsito del romanticismo al naturalismo. El deseo de deleites y venturas, el furor de no hallarlos, el enojo contra Dios porque no nos los proporciona y la afirmación de que vivimos en el peor de los mundos posibles y de que es muy mala de vivir la vida.

Tratando de esto, no ya en verso y con declamaciones poéticas, sino con cierta serenidad, con calma y con espíritu de observación, y valiéndose, ó queriendo valerse, de una buena prosa, gráfica y pintoresca, el naturalismo aparece.

Sin duda que los dos prosistas de la época de los románticos que debieron, en la forma, ser los modelos de los naturalistas, fueron Mérimée y Gautier. En el brillante y rico florecimiento de la literatura francesa en nuestro siglo, Mérimée y Gautier descuellan como lo más perfecto, lo más acabado, lo más artístico y elegante: por dibujante, Mérimée; Gautier, por colorista.

¿Cuál es la causa de que ni Zola ni los demás naturalistas ensalcen mucho á Mérimée y á Gautier y de que no los pongan entre los suyos? Es la causa, á mi ver, que Mérimée por sobrado escéptico y desdeñoso, y Gautier por ser artista con exceso, seguían, con gran exclusivismo, la sentencia que dice: *ut pictura poesis*; eran, por demás, partidarios del *arte por el arte*.

Yo he sostenido siempre la independencia de la poesía, la idea de que en ella misma está su fin: de que no es su propósito enseñar, sino elevar el alma á la contemplación y por la contemplación de la belleza. De aquí una contradicción, aun-

que sólo aparente. La poesía enseña y no enseña. Para resolver bien esta contradicción, explicarla y conciliarlo todo en síntesis, sería menester un libro. Y un libro sabio y profundo, de que yo no me siento capaz. Pero por bajo de cuestión tan sublime, y creyendo en *el arte por el arte* con la debida limitación, bien podemos y debemos afirmar que el poeta, el novelista, el que escribe obras de imaginación necesita siempre, y más que nunca en el día, dos cosas para ser admirado y querido, para que sus obras logren vida inmortal y para subir hasta cierta altura en el templo de la gloria: una es, sin duda, el estilo y la inspiración artística en toda su amplitud, esto es, no sólo el primor, la riqueza y las galas del lenguaje, sino el chiste, la gracia, la viveza de la fantasía, la fuerza creadora que produce caracteres, figuras vivas, personajes que interesan, y enredos y lances y casos que divierten y conmueven; y otra es la comprensión, la simpatía y el sentimiento hondo, ya en un sentido, ya en otro, de las cuestiones y problemas que agitan la mente y el corazón de la humanidad entera, no desdeñando ó no mirando con indiferencia, por escéptico como Mérimée, ó por sobrado artístico como Gautier, todas las filosofías y todas las doctrinas religiosas, políticas y sociales.

Así me explico yo, y no porque el público tenga romas ó botas las facultades estéticas y no atine á percibir lo fino y lo delicado, que joyas de precio tan subido y de tantos quilates como *Carmen*, *Colomba*, *L'abbé Aubain*, *Arsenia Guillot* y *La crónica de Carlos IX*, donde todo está con tal primor escrito, y con tal brío y firmeza dibujado, hayan gustado menos y hayan hecho menos impresión y obtenido menos aplausos que, verbi gratia, *Los misterios de París;* y que *Fortunio*, ó el amenísimo, admirable y encantador *Capitán Fracasse*, hayan quedado en la sombra para el vulgo, eclipsados por el brillo de *El Judío errante* ó de *Martín el expósito*.

Hoy pide el público, no mero pasatiempo, sino que el novelista se sienta movido por la virtud de una idea, represente y sostenga una tendencia, esté penetrado y agitado por el amor de sistemas y opiniones de los que dividen y apasionan á la

muchedumbre; y como ni en Mérimée ni en Gautier halló nada de esto el vulgo, el vulgo los desdeñó, y los naturalistas no los ponen entre los de su bando.

Los naturalistas creen, ó quieren hacer creer, que tienen una misión, que llevan un propósito, que no es *el arte por el arte* lo que los induce á escribir.

Ya veremos de qué manifestaciones y corrientes del romanticismo han tomado su doctrina ó su tendencia más ó menos vaga.

Juan Valera.

(Continuará)

DE LAS ALIANZAS INTERNACIONALES

CON RELACION A LAS CONDICIONES E INTERESES PECULIARES

Á LAS POTENCIAS EUROPEAS [1]

II

En los días en que la guerra de Crimea era el asunto que casi exclusivamente absorbía la atención pública en toda Europa, y cuando se hallaba en su apogeo la encarnizada lucha empeñada por la alianza occidental contra Rusia, formada por los Gabinetes de Londres y de París, á los que como apéndice se unió, con gran sagacidad, por cierto, el entonces pequeño reino del Piamonte y Cerdeña, circunstancias aquellas bajo cuyo peso las potencias neutrales, regidas por instituciones representativas más ó menos latas, naturalmente tenían interés en precaverse contra las contingencias de una contienda que, caso de que debiese ser favorable á Rusia y á sus aliados, dejaría á Europa sujeta á las duras prescripciones del excepcional Código político fraguado en el Congreso de Viena, como pauta del nuevo derecho de gentes que los Gabinetes del Norte tra-

(1) Véase la REVISTA de 25 de Setiembre.

taron de imponer á las demás naciones, extremando además el espíritu de aquél duro código por medio de los protocolos suscritos por los Congresos de Leibac, de Tropeau y de Verona, pactos cuyo ascendiente era de recelar sellase el yugo que se pretendía imponer á la Europa, eventualidad muy de temer si Rusia, unida á los Gabinetes que con ella simpatizaban, hubiese llegado á triunfar de la alianza occidental.

Oportuna era, pues, entonces la ocasión para pensar en la reforma que en el derecho internacional convendría adoptar á las naciones entradas en el goce de derechos políticos ó impacientes por adquirir garantías y resguardos al amparo de la alianza anglo-francesa.

La guerra de Crimea, llegada á su período álgido, se acercaba á su término, ya fuese por medio de un tratado que, si no dejaba privada á Rusia de los medios de continuar turbando la paz del mundo, dejándola dueña de las posiciones que habían de servirle de punto de partida para futuras usurpaciones, no tardarían en renovarse los peligros, en previsión de los cuales nada podía ser tan eficaz como el de imprimir á la alianza occidental carácter de duración, dotándola de un Código de procedimientos que la mantuviesen preparada para la defensa de los derechos comunes á todas las naciones de la alianza, cuyos Gobiernos se inspirasen en los principios del régimen representativo, á fin de que por medio de su unión se hallasen preparadas para contener la influencia de la Rusia y de sus aliados, arrancando á su codicia los desmembrados restos del Imperio otomano.

La nueva situación creada á Europa por la caída de Luis Felipe de Orleans y el advenimiento de Napoleón III, pedían de suyo la adopción de una política reguladora de las relaciones que para la paz, como para la guerra, reclamaba el estado de Europa, en pugna abierta entre el ascendiente de los Estados regidos por los Gobiernos absolutos y los intereses liberales, representados en la guerra de Crimea por las dos grandes potencias occidentales.

Las precauciones que de suyo sugerían los azares del éxito,

todavía dudoso, de aquella guerra, inspiráronme la doctrina que informa la teoría expuesta en el capítulo XVI de la obra citada, teoría que, de haber recibido la aplicación que hizo malograr el Emperador Napoleón, desertando el espíritu y los deberes que emanaban de la esencia misma de la alianza, motivó que quedasen defraudadas las legítimas consecuencias que debieron esperarse de aquella gran contienda, que pudo haber abierto la sepultura de la ambición rusa, milagrosamente sacada del abismo á que la redujo la caída de Sebastopol, si se hubiesen aplicado las soluciones que incumbía á los aliados dar cumplidas, habiendo, como dejo dicho, dado la mano á los circasianos y á las poblaciones del Asia menor, dispuestas á haber sacudir el yugo moscovita, cuyas absorbentes aspiraciones habría tenido que devorar en sus desiertos del Norte la raza conquistadora, que en pleno siglo XIX muestra los mismos instintos que vomitaron sobre el decadente Imperio romano las ordas semisalvajes salidas de las estepas del Septentrión y que, fortalecidos ahora sus engendros por el baño de civilización adquirido por los rusos, á consecuencia de su contacto con la Europa occidental, no disimulan su propósito de renovar, aunque por otros medios, las depredaciones y trastornos que sus antepasados consumaron en las postrimerías del mundo pagano.

CAPÍTULO CITADO DE LA OBRA TITULADA

LA GUERRA DE ORIENTE

De la preponderancia permanente de la alianza ocidental.—Medios de asegurarla y de libertar á Europa del peligro de las reacciones anticivilizadoras y del predominio del espíritu revolucionario.

«Enfrente de todos aquellos que no participen de la opinión del autor respecto á la situación y á los intereses de Europa; entre todos aquellos á quienes no hayan impresionado los hechos que dejo expuestos y las razones que he alegado; entre

todos aquellos que no aprueben la utilidad de que sería para las naciones regidas por Gobiernos representativos formar una sólida alianza que á todas resguardase de las consecuencias que eran de temer, para las naciones regidas más ó menos latamente por Gobiernos representativos é interesados en imponer á Rusia y á las Petencias sus aliadas; entre todos estos adversarios ó indiferentes á la idea y á los principios expuestos en este libro, no es ni por un momento dudoso que, contra tales adversarios, podrá contarse con la opinión de los pensadores, de los que descuellan como hombres de ciencia, con los publicistas dignos de llevar este honroso nombre, clases y personas que es de presumir no se cuenten entre los adversarios del sistema expuesto en el capítulo citado.»

«Esa alianza, tan celebrada y elaborada con tanto artificio y esmero en las páginas de mi libro, sólo conduce, podrán alegar sus impugnadores, á la guerra; sólo es admisible en el caso de que esta se prolongue, de que los Gabinetes de Paris y Londres no escuchen los consejos de la prudencia, las plegarias de los amigos de la paz, pues desde el día en que esta se ajuste, desaparecerá, diráse, con el motivo los elementos de esa alianza, y los instintos y aspiraciones de cada potencia volverán á moverse dentro de la distinta y separada órbita de sus particulares intereses y relaciones.»

«Entonces la Inglaterra será otra vez lo que ha sido siempre, la buscadora de las alianzas más ventajosas á sus inmediatos propósitos y fines. La Francia, que bajo su actual régimen no puede ser amiga muy calurosa de la libertad política, procurará radicar su influjo en los países más inmediatamente accesibles á su influencia y en los que crea tener más probabilidades de ser escuchada y seguida. Cada Gabinete de por sí volverá á sus naturales tendencias, y nada quedará de ese proyectado edificio, que habría de dotar á la Europa civilizada de un pensamiento común, de reunirla en defensa de intereses recíprocos, de medios de acción ordenados, de una autoridad tutelar, de un derecho público inspirado por los sentimientos de justicia y los principios de libertad.»

«Despacio, señores críticos; despacio, señores adversarios de toda idea de mejora que salga de la línea ordinaria de la rutina en boga; que antes de dejar la pluma y de dar por concluído mi trabajo, que ya se acerca á su término, me reservo probar que aun cuando la paz, cuyos beneficios nadie me excede á encarecer, se celebre y venga á restituir la calma y la seguridad á la Europa, todavía la idea de formar una liga compacta, útil, beneficiosa entre los pueblos regidos por instituciones liberales, es realizable y sería gloriosa y alejaría los temores de futuras guerras, al menos de guerras de ambición y de conquista, y daría á la paz su más sólida garantía, poniendo á cubierto los bienes adquirridos por los pueblos que quieren ser libres y contribuir á que otros lo fuesen, sin tener que apelar á revoluciones prolongadas, sin conflictos, sin el temor de que la ambición ó las pasiones de los hombres de Estado apartasen á la culta Europa de los principios tutelares á cuya sombra se verían aseguradas todas las conquistas de la civilización, todas las esperanzas de los amigos de la humanidad.

»Dejo largamente expuesto, y en mi sentir probado, en el capítulo IX, que la paz que ahora se concluya (1856) sin haber privado á la Rusia de su excesivo influjo en las regiones de Oriente, sería una paz precaria, insegura, que dejaría expuestísima á Inglaterra y que sólo salvaría á la Francia, separándola de la contienda por medio de una deslealtad y de una traición, de la que no quiero suponer capaz al Emperador de los franceses, perfidia, además, que sería inútil para el porvenir y para los intereses permanentes de la Francia, definitivamente ligados á los de la civilización y de la libertad.

»La paz, decía, que ahora se concluya sin haber ventilado satisfactoriamente si el influjo preponderante en Europa ha de ser el de los intereses morales, representados por la Francia y la Inglaterra, ó el de los que representan la Rusia y el Austria (y también, por el momento al menos, el Rey de Prusia, contra la opinión de su pueblo), tendrá que ser una paz armada y aparente, una y recelosa tregua, como la que se viene observando de algunos años á esta parte.

»Así que, sólo para los que opinen que los intereses morales y la influencia política que legítimamente corresponde á los principios que representan los pueblos regidos por instituciones representativas en nada peligrarían, ó para los que crean que estos principios no merecen el ser defendidos y custodiados, dejará de parecer una idea aceptable, un pensamiento útil el de que se establezca una inteligencia cordial, una armonía saludable entre los pueblos y los Gobiernos que siguen principios análogos, inteligencia encaminada á uniformar su pensamiento y á concentrar sus medios para la defensa y la protección de los intereses comunes.

»Sentado este principio, incontestablemente sano, veamos si no estaría al alcance de la Inglaterra y de la Francia constituir el centro de una poderosa alianza que, inspirada por miras pacíficas y sostenida por el interés de la civilización, al paso que diera garantías al reposo del mundo, extendiese una égida protectora sobre el universo y sirviese á la vez de barrera contra el despotismo y la barbárie, de dique contra la revolución y la anarquía, de centro regulador de las ideas de orden, de libertad, de justicia, de adelanto y de prosperidad.

»La influencia de esta alianza, que con mejores títulos que la formada en 1815 por Alejandro I de Rusia, por Francisco I de Austria y por Federico Guillermo III de Prusia, podría llamarse *Santa*, sería susceptible de responder á un doble objeto.

»Respecto á todas las potencias que intervengan en el tratado que ponga fin á la guerra actual, sin distinción de las que hayan sido ó estuviesen dispuestas á ser aliadas de los beligerantes, el suscribir este tratado las hará participar á un acto que envolvería para todas las que á él concurrieren la obligación de permanecer garantes de las condiciones á que se concluya la paz, esto es, comprometerse á ser las enemigas de la potencia que en lo sucesivo viole las estipulaciones en que descanse el reposo del mundo.

»Esta obligación de prestar mano fuerte al cumplimiento de lo que se concierte como condición y garantía de esta misma paz, llevaría envuelta otra condición no menos preciosa: la de

colocar la independencia de las naciones de Europa bajo la común égida de todas las partes contratantes.

»Y si, como parece natural, á la paz acompaña ó sigue la adopción de algún nuevo principio de derecho público internacional, la modificación ó aclaración de alguno de los admitidos y existentes, como se hizo en el Congreso de Viena respecto á la trata de negros y á la libre navegación interior de los ríos que atraviesan diferentes Estados, los aliados que han sostenido la guerra y los que se adhirieran después al tratado de paz, deberían quedar obligados á la observancia de los siguientes principios:

»1.° Velar por el cumplimiento de las condiciones de la paz que se concluyese.

«2.° Proteger la independencia de los Estados cuya existencia se reconozca y ratifique el tratado.

»3.° Establecer reformas que acomoden el derecho público existente á las necesidades de la civilización.

»Dichas potencias habrán hecho un servicio inmenso á la causa de esta misma civilización, dando nuevas garantías al derecho y á la justicia, imponiendo á todos la obligación de respetarlas.

»Mas esta estipulación general, este tratado que, á semejanza del de Viena en 1815, admita al reconocimiento y á la observancia de saludables y tutelares principios á todas las potencias que hoy conserven una existencia política, no excluyen otra alianza más íntima, más sincera, más necesaria, más eficaz y más poderosa que entre sí deberían formar las naciones regidas constitucionalmente; alianza que no *se constituiría contra nadie*, contra ninguna potencia en particular, sino para el reconocimiento de ciertos principios, la protección de ciertos intereses, para amparar la pacífica y natural extensión de estos mismos intereses y principios, velando, y en caso necesario impidiendo, que fuesen sofocados por la violencia.

»Esta alianza, á la que hemos llamado *Santa*, la constituirían la Inglaterra, la Francia y las naciones que á ellas se asociaran para los objetos siguientes:

»1.° Para formar entre sí una liga defensiva contra todas las potencias que sin provocación atacasen á cualquiera de los Estados aliados.

»2.° Para sostener en común toda guerra de agresión que se considere indispensable y necesaria á la seguridad de los aliados, por el acuerdo y deliberación de los mismos tomados en Conferencia ó Congreso de sus Plenipotenciarios reunidos.

»3.° Para garantizar el libre desembarazo y legal ejercicio de la clase de gobierno y de las instituciones que cada uno de los aliados haya establecido dentro de su propio territorio. Esta garantía se extendería á amparar á todo confederado: 1.° contra la agresión exterior; 2.°, contra la insurrección interior (1) *.

»4.° Para proclamar y hacer respetar el principio de no intervención de un Estado en los negocios interiores de otro Estado independiente, aunque no forme parte de la alianza (2).

»5.° Para proteger, facilitar y extender las relaciones comerciales entre todos los territorios aliados (3).

»6.° Para facilitar y ayudar á la construcción de caminos de hierro que liguen unos á otros los territorios de los aliados (4).

»7.° Para restablecer una Asamblea plenipotenciaria que se reuna periódicamente y cuide y arregle cuanto concierna á los negocios internacionales, cada uno de los aliados ó de todas ellas y los de las naciones no comprendidas en la alianza (5).

»8.° Para adoptar y observar por los Estados que compongan parte de la alianza, y para recomendar y favorecer cerca de los Estados extraños á ella, el principio de someter sus diferencias recíprocas al arbitraje y decisión, á saber: respecto á los aliados unos con otros, á la Asamblea de sus mismos Plenipotenciarios; respecto á las naciones que no pertenezcan á la alianza, al juicio de los Gobiernos que por mutuo acuerdo escojan las partes interesadas (6).

»Para ser admitidas á formar parte de la alianza las nacio-

* Véanse las notas al final del artículo.

nes que en unión á Francia y á Inglaterra hubiesen de componerla, deberán estar regidas por formas de Gobierno que llenen las condiciones siguientes:

»**(A)** 1.° Tener una representación pública que emane de un sistema electivo.

»2.° Que en la confección de las leyes tengan parte directa los representantes de la nación.

»3.° Que la exacción de los impuestos requiera el voto de estos mismos representantes (7).

»**(B)** Para reclamar la aplicación de la cláusula 3.ª del artículo 3.° de las bases de la alianza relativa á amparar las instituciones de los Estados aliados contra la violencia, hija de insurrecciones interiores, el Estado que pidiera la intervención de los aliados contra sus súbditos debería sujetarse:

»1.° A que la Constitución ó ley fundamental que los aliados hubiesen garantizado en virtud de lo dispuesto en el artículo 3.° haya obtenido la sanción de la Asamblea de Plenipotenciarios (8).

»2.° Que los súbditos del Estado cuyas instituciones se hallen garantizadas contra las insurrecciones interiores, tengan el derecho de representación ante la Asamblea de Plenipotenciarios de los aliados, respecto á las violaciones de ley y á las injusticias de que tuvieran que quejarse de parte de sus Gobiernos (9).

»**(C)** Las garantías que expresa las cláusula que precede *(B)* no comprenderían ni á la Inglaterra, ni á la Francia ni á las demás potencias aliadas cuya dignidad se creyese ofendida ó cuya susceptibilidad se alarmase ante la aplicación de semejante derecho de intervención en sus asuntos interiores por parte de los aliados.

»**(D)** Los Gobiernos de las naciones aliadas que en virtud de la disposición anterior declinasen la aplicación de lo dispuesto en la base 1.ª precedente respecto al derecho de representación de sus súbditos ante la Asamblea de Plenipotenciarios, se entiende que renuncian igualmente al derecho de re-

clamar la intervención de los aliados contra las rebeliones que estallen en el interior de sus Estados (10).

»(E) Dejarán de pertenecer á la alianza las naciones en las que cese de estar en pleno ejercicio durante un año la forma de gobierno cuya esencia señalan las tres cláusulas del párrafo *A* (11).

»Al espíritu y cláusulas de la alianza, cuyos principios dejo expuestos, podrá oponerse la objeción de que el Imperio Otomano, cuya independencia y mantenimiento había sido la principal causa que puso la Europa en movimiento para aquella guerra, quedaba excluído de la protección de las potencias aliadas, en razón á no llenar dicho Imperio, ni serle tampoco aplicables, las condiciones que rigen á los Gobiernos representativos. Semejante objeción, sin embargo de su aparente fuerza, es más de forma que lógica y sustancial.

»En primer lugar, cuando se ajuste la paz, decía yo entonces (1855), la existencia que se reconozca al Imperio Otomano y las condiciones á que se sancione su incorporación al sistema del equilibrio europeo, no podrán menos de obtener la garantía de todas las naciones, tanto de las que formen la alianza, como de las que no tuviesen cabida en ella; con lo que quedaba plenamente asegurada la independencia de Turquía, considerada como indispensable al equilibrio europeo, interin el tiempo no llegase á introducir en las regiones de Oriente nuevos y extraordinarios cambios, cuyas consecuencias vengan á modificar la política de los Gabinetes aliados. Pero además de que cuanto concierne á Turquía se verá arreglado por convenio unánime de todas las potencias, la grande alianza occidental no se vería coartada ni embarazada para extender á la Turquía su vigilancia y su protección, pues nada se opone á que se añada á las estipulaciones que constituyen la alianza otras que vengan á colocar bajo su especial custodia la existencia del Imperio Otomano y cuantos demás intereses internacionales estimen los aliados conducentes á los propósitos de su política hacer entrar en el protectorado de la grande alianza.

»Desvanecida la indicada objeción, y antes de exponer las

breves consideraciones á que limitaré mis explicaciones en apoyo del sistema que dejo formulado, consideraciones que, si fuese aquél considerado, digno de fijar la atención pública y de conducir á algún fin práctico, introduciría en el derecho público y de gentes modificaciones tan importantes, que exigirían una nueva y especial exposición de principios, ante todo y acerca de dicho sistema considerado en sí mismo y apreciado en su idea generadora, debo declarar que, por grande que sea la libertad de mi espíritu y la facilidad con que suelo dejarme llevar á combinaciones nuevas cuando las recibidas no me parecen satisfacer completamente los fines morales que están en la conciencia del siglo en que vivimos, hubiera mirado como sobradamente audaz presentar la idea de una innovación tan extraordinaria como la que abraza la de la alianza que antes he expuesto como aplicable á las naciones regidas por análogos principios políticos y para los indicados fines, y sobre todo, me habría parecido injustificable haberlo hecho como por apéndice á un libro de la clase del presente, pues, cuando menos, para motivar siquiera una concepción tan nueva, parecería natural, ó haberla hecho objeto de un trabajo especial y meditado, ó, cuando menos, haberla acompañado de toda la preparación y exposición científica que requería la importancia del asunto.

»Mi única disculpa contra el cargo de presunción que pudiera hacérseme por haber prescindido de apoyarlo en argumentos cuya validez abonasen las excelencias de la teoría, será la de señalar que la idea generadora no me pertenece, si bien he añadido los procedimientos de aplicación, toda vez que la primitiva concepción brotó del cerebro del prisionero de Santa Elena y fué por él consignada en las inmortales páginas que legó á la posteridad en las Memorias que dictó á sus compañeros de cautiverio.

»Aquel grande hombre concibió y expuso el pensamiento de una Europa compuesta de naciones independientes, pero unidas por un vínculo federal, las que voluntariamente sujetasen sus contestaciones y diferencias á una Asamblea de delegados

de cada una de ellas. Lo que Napoleón proponía para la Europa entera, cuyos intereses creyó tener tiempo para armonizar y amalgamar con su mano omnipotente, sólo lo reduzco yo á las potencias regidas por análogos principios y cuyos intereses haya puesto de acuerdo la alianza entre ellas concertada. Si la concepción del hombre del siglo no se declara utópica y absurda, menos podría serlo la aplicación que de ella hago, limitada á países que ya poseen la amalgama de ideas y la identidad de intereses morales y materiales, influencia y poder que acrecentarían en vez de disminuir sus medios de poder.

»O la doctrina que dejo sentada es buena, admisible y se combina perfectamente con la situación, las aspiraciones y los intereses de la Europa civilizada, ó de lo contrario, decía yo en 1856, ¿qué fe ni qué confianza podrán inspirar las reiteradas declaraciones de la Francia y de la Inglaterra, de que combaten por la causa de la independencia de los pueblos? ¿Es, acaso, este adelanto y esta libertad una cosa abstracta y vaga que no puede definirse, apreciarse, ni determinarse? ¿Consiste en otra cosa sino en que los Gobiernos sean regidos por principios de equidad que reconozcan bases y reglas de conducta y escuchen las indicaciones y las exigencias de la opinión pública? ¿Y de qué manera menos arriesgada podrá esto obtenerse ni con menores inconvenientes lograrse de los que expresan los términos que establezco como condición de la entrada en la alianza, en la que, sin violencia ni sacrificio, caben los principios latos de la Constitución inglesa como los preceptos restringidos de las Constituciones y *Senatus Consultus* de la *Francia imperial*? Y bajo el punto de vista de asegurar la independencia de las naciones, á que en último resultado viene á reducirse el principal móvil y el interés que á las dos grandes potencias han impelido á la guerra, ¿cómo quedaría, pregunto, asegurada la santidad del derecho si nada se preceptúa, si nada se establece ni se garantiza para poner á cubierto la libertad de los pueblos del Continente, respecto los adelantos y mejoras interiores á que cada uno de ellos aspira? Si, como hemos visto suceder siempre, desde 1820 hasta ahora, cuando una nación menos poderosa que lo

es la Francia se da una Constitución nueva ó cambia su forma de gobierno, queda expedito el medio frecuentemente empleado de una intervención extranjera para sofocar é impedir su desarrollo, ¿podrá decirse que la independencia de las naciones se ha puesto á salvo y se halla amparada? Entonces, que no se diga que la Francia, ni la Inglaterra, han tomado las armas para proteger esta independencia; pues si combaten en favor de la Turquía, será porque les tiene cuenta, porque en ello satisfacen sus propios intereses y su orgullo, á menos que no se pretenda que la independencia de las naciones cristianas y cultas es menos interesante, menos preciosa que la de las poblaciones que obedecen al Gran Señor. Ni tampoco se pretenda que el llamamiento que por los Gabinetes de París y de Lóndres se hacía á los naciones del Continente amigas del progreso y del bienestar social tiene por principal objeto invitarlas á tomar parte en una empresa encaminada á la independencia de todas ellas, porque semejante declaración estará contradicha si se desecha, si no se atiende, si se descuida el poner á cubierto esta misma independencia del peligro á que la conduce la existencia, la no repudiación solemne del principio de intervención aplicado á impedir el desarrollo interior y el pacífico progreso de las naciones.

»Si esto es concluyente, como no podrá menos de reconocerlo todo el que discuta de buena fe, seguiráse que la alternativa es indeclinable: ó poner de manifiesto que en la guerra de Crimea no se lucha en favor de principios salvadores ni es su principal interés el de poner á cubierto de las agresiones del Norte la independencia de los pueblos del Mediodía, ó, si esto se rechaza por la Francia y la Inglaterra, si no quieren renunciar al papel de defensoras de los intereses de la civilización y de la libertad del Continente y aceptar el de egoistas promovedoras lo que sólo atañe á sus peculiares intereses, estas dos naciones y sus Gobiernos habrán de reconocer el recíproco deber que las incumbe:

»Primero, de sentar y sancionar un principio que realmente ampare y ponga á cubierto, en lo presente y en lo venidero, la independencia de los pueblos civilizados, tanto contra las agre-

siones de la ambición conquistadora de las potencias que pueden perturbar el equilibrio de la Europa, como de las agresiones dirigidas contra los principios políticos y morales en que descansa la civilización occidental.

»Segundo, de establecer reglas de derecho, de equidad, de moderación, que presidan á la aplicación del principio, remedien sus exageraciones y abusos y aseguren, en la medida de lo conveniente y de lo justo, la iniciativa de las naciones respecto á sus propios adelantos.

»Esta última disposición, que prueba y evidencian los fundamentos en que descansan los principios que dejo expuestos respecto á la doctrina de la *no intervención*, y á la garantía recíproca que la alianza ofrecería á todas las naciones que la compongan, es tan esencial que, de no admitirla simultáneamente en la declaración del principio protector de la independencia de los Estados, se incurriría en el peligro de que, guarecidas en la impunidad de no regir estipulaciones que pongan freno á los enemigos de la paz y de la libertad del Continente, ya fuesen demagogos ó reaccionarios, podrían, á favor de circunstancias propicias, de audaces golpes de mano, producir una revolución en los países menos preparados para la clase de instituciones que de suyo requieren la educación moral y política de la democracia.

»Si no se proveyere á eventualidades de esta clase, el sistema de la no intervención, en cuya defensa han tomado las armas Francia é Inglaterra, quedaría por tierra y conduciría al absurdo, y no merecería ni aun siquiera el ser discutido.

»Pero en los términos que lo presento, y que la sabiduría y el instinto práctico de los hombres de Estado sabrá mejorar, desaparecen todos los inconvenientes de la doctrina absolutista y se daría un paso adelante en el sendero que conduce á que la paz no se turbe, ó de que se alejen las ocasiones de quebrantarla, para lo cual bastará que se armonicen y estrechen, sin grandes ni peligrosas innovaciones, los vínculos morales y políticos entre los pueblos civilizados.

»Aunque me propongo añadir muy poco en apoyo de las ideas

expuestas en el presente capítulo, las cuales, para hacer plena justicia al asunto, exigirían ser tratadas con el método que requiere la exposición de un nuevo sistema de derecho político y de gentes, debo, sin embargo, hacerme cargo de algunas de las observaciones de más bulto que podrían serme opuestas, reasumiendo, al efecto, en pocas palabras la tésis de mi pensamiento.

»El proyecto de sujetar á la decisión arbitral de los plenipotenciarios de los aliados las diferencias relativas á las contestaciones que surjan entre las naciones, equivaldría, se dirá, á paralizar el poder de los Estados independientes, á privarlos de su iniciativa, á coartar su libertad. ¿Cómo imaginar, diráse, que la Inglaterra y la Francia, acostumbradas á no consultar sino su propia dignidad en los asuntos internacionales, condesciendan á someterlos al juicio de delegados de otras naciones, reduciéndose así al papel de pupilas de sus aliados?

»Esta hipótesis, al parecer tan especiosa, carece de toda fuerza y exactitud. Inglaterra, Francia, España y las demás naciones que formasen la alianza, no tendrían que subordinar su política ni sus actos á los consejos ni á la resolución de sus aliados, sino en cuanto aspiren á invocar el derecho á los auxilios de estos mismos aliados. De su cuenta y riesgo, y en virtud de su iniciativa, podrían mantener relaciones directas con todas las potencias; pero si de resultas del giro que den á la dirección de su política exterior se encontrasen enveltas en una guerra, sin haber acudido antes á sus aliados y consultado su opinión, es claro que las consecuencias deberían pesar sobre la potencia actora, y los aliados verse libres de la obligación de ayudarla. Por el contrario, sometiendo al dictamen de éstos las causas de sus contestaciones, la nación que se viera amenazada de un conflicto adquiriría la inmensa ventaja de que, estando la razón y la justicia de su parte, tendría á su lado á la Europa civilizada y su triunfo sería infalible.

»Del mismo modo y, según los resultados prácticos á que conducirían los principios que establezco como fundamentales de alianza de los pueblos regidos por Gobiernos representati-

vos, se habría encontrado el remedio eficaz al doble peligro de las reacciones anticivilizadoras y de los excesos revolucionarios. Los déspotas, sabedores de que no podrían recurrir al auxilio de intervenciones extranjeras para refrenar á sus súbditos, si agotado el sufrimiento de éstos llegasen á rebelarse, toda vez aquella intervención encontraría el correctivo de la alianza occidental, se harían moderados y justos por interés y por cálculo.

»A su vez, las ideas anarquistas que llegasen á prevalecer en un país, comprendido ó no comprendido en la alianza, nada tendrían que esperar de ésta toda vez que se establece que los aliados no garantizarán sino las instituciones que hayan aprobado, esto es, que hayan reconocido compatibles con el reposo y la seguridad de sus vecinos. De esta manera, un pueblo avasallado que aspire á ser libre, y que hostigado por sus opresores se levante, tendrá gran cuidado de lo que hace y procurará, aunque no sea más que por interés propio, que los principios que proclame no asusten, no alarmen, no sean repugnantes; pues quedando dentro de los límites de la moderación, de la conveniencia general, y tales que puedan ser aceptables á los aliados, podría aquél pueblo contar con la protección de éstos, al paso que si los traspasase y pretendiese encender una hoguera que amenace el bienestar del Continente, los aliados le volverían la espalda y lo entregarían al brazo secular del déspota más cercano que quisiera encargarse de la tarea de ajustar la cuenta á los perturbadores, á los utopistas, á los enemigos de la verdadera libertad.

»La excelencia de la doctrina que dejo expuesta, aparecerá más palpable comparando lo que hubiera acontecido en Europa si en 1848 hubiese existido una alianza de esta clase y regido los principios que he desenvuelto.

»La insurrección de la Lombardía y del Véneto, amenazadas por las fuerzas de Austria, habría invocado el amparo de la Francia y el de Inglaterra, y estas potencias habrían podido dar á los patriotas italianos los consejos de moderación que tanto les hubieran servido. Sabedores éstos de que serían auxiliados

habiéndose todos unido al Rey Carlos Alberto, en vez de seguir á Mazzini y á sus amigos, habrían prestado oídos á las propuestas que la misma Austria hizo entonces al Gabinete inglés prestándose á reconocer la independencia de la Lombardía, á trueque de conservar el territorio véneto, al que ofrecía una Constitución y un Gobierno nacional bajo un Archiduque; propuesta que, por racional que pareciese á Inglaterra, no tuvo á quien proponerla, por haber los patriotas italianos perdido el seso y creídose bastante fuertes, declarando que Italia se bastaba á sí misma: *L'Italia fará da se;* arrogancia que no salvó á la península hermana de ser vencida por Radesky en 1848.

»Durante la insurrección húngara, la que en vano pidió auxilios extranjeros para salvarse, ¿cuán fácil no habría sido haber hecho sentir á Kosuth y á los levantados que para obtener éstos los auxilios que invocaban les era necesario moderar sus pretensiones, no separarse del todo de Austria y contentarse con que se vigorizara su antiquísima Constitución? La intervención rusa, las crueles represalias á que se entregó el Gobierno austriaco contra los vencidos, engendraron el profundo odio que quedó latente entre la dinastía de Hapsburgo y sus súbditos los magyares (12).

»A los que no admitan los medios que propuse para proveer en lo venidero á la independencia, al reposo, á la libertad del Continente, tengo el derecho de preguntarles cuáles otros medios serían más eficaces, más sencillos, más aceptables para alejar peligros como los que han provocado la guerra de Crimea, y con ellos el temor de más que probables reacciones y revoluciones como las que en nuestros días antes han atrasado que servido la causa de las ideas liberales.

»Ínterin esto último se realice, ínterin no se demuestre por qué otros medios podrán ponerse á cubierto los inestimables bienes por que ansía la Europa civilizada, y que se hallan tan en peligro como lo demuestra la terrible necesidad en que se han encontrado los Gobiernos y los pueblos que más ansiaban, por la conservación de la paz, de aceptar la guerra, y una guerra como la de Crimea, por poco que sea lo que deba presumir

de mis débiles fuerzas, créome autorizado á afirmar que, para rechazar lo que propongo, se requiere la exposición de otro sistema que más cumplidamente que el que dejo ligeramente bosquejado conduzca á los siguientes resultados:

»Primero, á colocar el absolutismo en Europa en situación de que muera por consunción, por efecto del bloqueo moral á que lo sujetaría el sistema expuesto.

»Segundo, á privar á la revolución trastornadora é incendiaria de la posibilidad material de desarrollarse.

»Tercero, asegurar, sin que encuentre obstáculo, el ensanche gradual y seguro de la libertad racional y apropiada á la vez á las condiciones especiales de cada país y á las necesidades generales del mundo civilizado.»

El ya citado y comentado capítulo XVI de mi obra titulada *La guerra de Oriente*, del que dejo extractadas las precedentes páginas, libro dado á luz en 1855, mereció en su día, de parte de Catedráticos de *Derecho de gentes* de *la Universidad de Berlín* y de la de Profesores de *Derecho internacional* de la de *Munich*, que autoridades tan competentes calificasen mi modesto trabajo como conducente á poder servir de fundamento á una reforma de los preceptos del Derecho público, reforma reclamada por las nuevas condiciones de la sociedad moderna.

No corresponde al que fué objeto de indicación tan honrosa abrigar la pretensión de que ofrece al público un trabajo que llene las condiciones de un tratado clásico de la naturaleza del que le fué sugerido por tan eminentes peritos; mas permitido deberá serme observar que el tema señalado por aquellos doctos profesores, y su benévola censura, me alentase á bosquejar mi doctrina en el capítulo que dejo copiado de la antecitada obra.

Si lo en ella expuesto en 1856 hubiese tenido aplicación, bien puede afirmarse que las disposiciones concebidas dentro de aquella teoría habrían anticipado de veinte años, y por medios del todo conciliatorios, los resultados que posteriormente han debido consumarse á costa de raudales de sangre y de tesoros improductivamente consumidos.

En efecto, sin que pueda argüirse que posteriormente á aquella fecha no se hayan obtenido, por medio de los procedimientos al uso, resultados tan satisfactorios y cumplidos como los señalados por mi teoría, es de toda evidencia que, para conseguir los realizados desde 1859 á 1870, hubo que emprender las guerras de Italia de 1858, la de los Ducados del Báltico de 1864, la austro-prusiana de 1866 y la de 1870, tan desastrosa para la Francia, y por último la de Rusia con Turquía en 1878, guerras que habría podido evitarse, al menos por las causas que las produjeron, si se hubiese acudido á los temperamentos que cabían dentro del sistema enunciado en el capítulo que dejo reproducido, toda vez que la aplicación de los principios en él asentados derechamente habrían conducido á la unificación de Italia, evitado la injusta guerra de Prusia para arrancar á Dinamarca los Ducados del Báltico y anticipando las conquistas liberales obtenidas en Austria, en Hungría y hasta por la misma Prusia, resultados que habrían podido alcanzarse poniendo de acuerdo los hechos con la justicia y el interés general, quedando en el mero hecho relegada al olvido la iniciación del derecho de la fuerza bruta, proclamado posteriormente como suprema ley sustituída á los gastados resortes de que se valía la vieja diplomacia inspirada por el derecho de gentes del siglo XVII.

Todas aquellas reformas pudieron haber quedado consumadas al firmarse la paz de 1856, que puso término á la guerra de Crimea, resultados que llanamente hubieran podido ser la consecuencia lógica de haber quedado Rusia humillada y desarmada, resultado que sólo faltó para que se viese realizado que Napoleón III hubiese permanecido fiel al gran propósito que constituyó la Alianza occidental. Consecuencia de aquella defección de la Francia imperial, lo fué que el Czar quedase en posesión de los medios que posteriormente ha empleado para hacer inevitable más ó menos pronto la supresión de la Turquía como gran potencia europea; pues si bien no es todavía su desaparición un hecho consumado, tampoco podrá afirmarse el tiempo que pueda quedar al Sultán de desempeñar el papel de

guardador del Bósforo y de custodio de Constantinopla, posición que sigue ocupando el Gran Señor, motívalo tan sólo las rivalidades de los Gabinetes opuestos á que Constantinopla caiga á los golpes de una gran potencia.

Dejo anteriormente expuesto que Napoleón I se negó á conceder á Alejandro de Rusia la carta blanca que éste le pedía para ir á apoderarse de aquella codiciada presa, condescendencia la de Napoleón cuya negativa aplazó la hora que en el cuadrante del tiempo esté reservado señalar para la consumación de un reparto de territorios por el estilo del efectuado por el Congreso de Viena en 1814, desde cuya época y hasta la caída de Napoleón III ha existido un tácito convenio entre Inglaterra, Francia y Austria, de no precipitar la epoca del desenlace que haya de tener la liquidación de la testamentaría del enfermo.

Menester sería estar ciegos para no conocer que el cumplimiento del fatal plazo se acerca. El concierto que entre las grandes potencias existió, á partir de 1828 y años posteriores, para contener la desordenada ambición de Rusia, sólo mantenía la duda respecto al día y á la manera de disponer de los Estados del Sultán situados en Europa, concierto que ha dejado de existir y tiene hoy alarmados y perplejos los ánimos de cuantos se sienten alarmados por el peligro de una guerra general.

Inglaterra no cuenta ya con las tradicionales alianzas que le daban voz imperante en los negocios del Continente. Francia ha roto su lazo de unión con la Gran Bretaña, lazo inutilizado por Luis Felipe primero, y seguidamente por Napoleón III, quienes deshicieron aquella poderosa alianza occidental que dió la ley á Europa desde 1833 á 1848.

Austria, disminuída de prestigio y de poder, ignórase si estará destinada á sér la aliada ó la víctima del resucitado Imperio alemán, y en el tablero de ajedrez en el que se está jugando la suerte del Continente, no cabe discernir con acierto á quién habrá de tocar apropiarse el platillo que contiene el premio de la partida empeñada.

Ante semejantes dudas y perplejidades, no cabe hacer pronósticos, si bien no exime del imparcial examen de los hechos ni dispensa de deducir de ellos sus naturales y lógicas consecuencias.

El reparto del territorio de la Turquía de Europa prestaría, en verdad, materia amplia para satisfactorias soluciones de interés general, si este interés entrase por algo en las resoluciones de los que manejan los peones del tablero.

El Gran Señor, de quien, sirviéndome de una alocución francesa, puede decirse *qu'il a fait son temps*, al menos en tierra de Europa, podría fácilmente, si fuese oportunamente ayudado, obtener en el Asia Menor compensaciones aceptables, y también podría realizarse el sueño dorado del Canciller de hierro, anexionando al Imperio las poblaciones alemanas que Austria conserva, por cuya cesión fuese ésta largamente compensada sobre el activo que dejase disponible la testamentaría del enfermo.

Me abstendré de llevar más adelante el capítulo de las compensaciones y reparaciones, añadiendo tan sólo que á orillas del Báltico, y sin tocar á las posesiones dinamarquesas ni suecas, Alemania podría recibir una razonable hijuela del reparto, y todavía me atrevería á indicar al *restaurador de la unidad germánica* una restauración ó, mejor dicho, una restitución más noble y más generosa, si no me retrajese de indicarla, el recelo de que la simple enunciación de la idea arrancase de los labios del Gran Canciller una burlona sonrisa que me señalase puesto, que ciertamente no ambiciono, entre la grey de los *revolucionarios utopistas*. Desespero, pues, de cuanto considero no sea del todo practicable, y me limito á lo que se halla dentro de lo que los dos Imperios centrales están en perfecta situación de realizar sin perjuicio de nadie.

Pero Alemania y Austria, si bien disponen de numerosísimos ejércitos para decidir de la suerte de la Turquía de Europa y de algunas de sus dependencias á orillas del mar Negro, no efectuarían verosímilmente una obra que respondiese á los intereses generales de la Europa civilizada.

Existe además, sin la menor duda, un interés común entre Inglaterra, Francia, Italia, España y Portugal para contrarrestar planes que amenazasen cambiar las condiciones de existencia de los Estados cuyas costas bañan las aguas del Mediterráneo.

La excepcional situación en que se halla Francia, dificulta en extremo, ó más bien inutiliza, las combinaciones en las que cabía á esta nación desempeñar importantísimo y glorioso papel. Pero herida por Alemania, envidiosa de Inglaterra, vemos á Francia inclinada á una política de aventuras, que no permite contar con ella fuera de la órbita en la que se agitan sus esperanzas y sus resentimientos.

Para una lucha contra los tres Imperios, en la hipótesis todavía dudosa de que Alemania hiciese directamente causa común con Rusia en la campaña expoliadora y salvaje de hacerse Rusia dueña de los Dardanelos, Inglaterra tendría, no es dudoso, dinero y barcos para luchar por mar con el conquistador, pero no tendría soldados bastantes para una contienda terrestre. ¿Podría—preguntaré—procurárselos, como lo hizo en las guerras del Imperio y en las de Crimea? De mal agüero es, sin duda, la idea de la renovación de una alianza occidental de la índole de la que en 1832 á 1848, alianza que desertaron dos veces, Luis Felipe primero, y Napoleón III después. Ni tampoco es de olvidar que la Francia de nuestros días tal vez podría, impulsada por patriotismo y por orgullo, *pasar por todo*, con tal de recuperar sus perdidas fronteras del Este y, como el jugador desesperado que entrega su alma al diablo á trueque de que se le cambie el soplo de la fortuna, aceptase la compensación de su ardiente deseo de revancha entrando en tratos, ó, por mejor decir, haciéndose apanera del Gran Canciller. En semejantes condiciones, no sería segura la alianza con Francia de las naciones que vean en Rusia la enemiga de la libertad y del reposo de los pueblos de nuestro Continente.

Semejante hipótesis ofrece un serio escollo para el restablecimiento de la difunta alianza occidental, por medio de la resurrección del concierto de los Gabinetes que la mantuvieron desde 1832 á 1856.

Ante semejantes fundados temores y obstáculos, que parecen poco menos que insuperables, la situación de las dos penínsulas hermanas, España é Italia, sería perfectamente clara y desembarazada, si bien bastante limitada en sus medios de acción. La entera y cordial inteligencia de las dos naciones, á cuyos intereses no es admisible fuese adverso tomar parte en algo parecido á renovar la epopeya de la guerra de Crimea, en la hipótesis de que el Imperio Austriaco ocupase el lugar que tocó á la Francia, fácil sería á las penínsulas hermanas enviar batallones que las representasen en una guerra cuyo resultado no sería ni por un momento dudoso, si la Francia resistiese á entenderse con Rusia, seducida por el halago de anticipar la fecha de la acariciada revancha que podría obtener sin derramamiento de sangre y sin humillación para Alemania. merced á las fáciles y racionales compensaciones de territorios que cabría perfectamente efectuar entre Alemania, Francia y Austria, con la cooperación de Inglaterra, llegado que sea el momento de la liquidación de Turquía en Europa.

Resulta, pues, claramente de cuanto queda expuesto, que la presión que experimentan las relacienes de las grandes potencias unas respecto á otras, en presencia de los peligros que amenazan á la paz del mundo, son motivadas por la devoradora hambre de dominio y de conquista que aqueja á Rusia, cuya ingerencia é intrigas se hacen sentir en Asia como en Europa: en la primera, realizando rápidos y perseverantes progresos, encaminados á someter á su vasallaje las numerosas aguerridas razas tártaras para hacer de ellas materia de reclutamiento de las huestes que han de ponerla en situación de abrirse paso hasta el mar Índico, después de haber librado las batallas, para las que se prepara en el Indostán, contra los ingleses.

Vencedora que se viese Rusia en esta última empresa, su dominación de la Persia y de sus puertos de mar sería un corolario, tan fácil como inmediato, de la marcha que en Asia viene dirigiendo Rusia desde Samarcanda (capital de los grandes conquistadores asiáticos) y en dirección de los fértilles valles

y seguros puertos del Mediterráneo; ideal de conquista el que acabo de trazar que nada tiene de exagerado imputar á Rusia' cuando, gozando de menos ascendiente y sin haber todavía realizado los nuevos adelantos que ha hecho suyos y en posición de los mejor organizados elementos de que en la actualidad dispone, la hemos visto absorber la Georgia, la Circasia, la Armenia, colocarse en Kars, á espaldas de la Turquía, y no disimular su tenaz empeño de apoderarse de Constantinopla, cuya posesión, siendo además dueña, como es, del mar Negro, le daría franca entrada en el Mediterráneo, perspectiva la que señalo que sin tener nada de fantástica amenaza los más claros intereses de Inglaterra, de Italia y también de nuestra España.

En la primera parte del presente estudio he hecho notar que, desde la conclusión de la paz general de 1815, la cuestión que más había preocupado á las grandes potencias lo había sido la de impedir unas veces las agresiones de los rusos sobre el territorio de Turquía, otras interponer la influencia diplomática en las frecuentes guerras suscitadas á esta última potencia por su tradicional y absorbente enemiga. No tuvieron los Gabinetes igual previsión en 1878 para haber impedido la última lucha suscitada al Gran Señor por la potencia que tan impacientemente tiene denunciada la hora suprema del enfermo, cuyo último aliento no cesa de precipitar. De haberse visto ayudada Turquía en dicha última guerra como lo fué en 1855 por la alianza occidental, no hubieran llegado los rusos, como llegaron en su última campaña turca, á dar casi vista á su codiciada presa, anticipando el ansiado día en que enarbole su bandera sobre la cúpula de Santa Sofía.

A la decadencia en que quedó postrada la Francia después de su derrota de 1870; á la cautela con que Alemania evitó lanzarse nuevamente en una guerra europea en 1878; á las predicaciones de Mr. Gladstone contra Turquía al estallar la insurrección de Bulgaria, que condujo á aquella guerra, es de atribuir que los Gabinetes dejasen luchar mano á mano á turcos y moscovitas en la última campaña, obrando influídos los Gabinetes por la equivocada creencia de que los primeros bas-

tarían para la defensa de su territorio; imprevisión lamentable, que condujo á los rusos al corazón de la provincia donde se halla situada Constantinopla, cuyos muros hubieran franqueado á no haber ellos mismos creído prudente no extremar su victoria, contentándose con imponer al Sultán vencido el tratado de San Estéfano, cuyas cláusulas habrían hecho virtualmente de la Turquía un feudo ruso.

Pero el Gabinete inglés, regentado entonces por lord Beaconsfield, tuvo habilidad bastante para entenderse con Alemania y traer á cuentas á Rusia por medio del tratado de Berlín, que la obligó á retroceder de sus pretensiones. Por aquel tratado quedó reconocida la autonomía administrativa de Bulgaria bajo un Príncipe tributario del Sultán, Príncipe que debían elegir los representantes de la emancipada región, con aprobación del Sultán y de los signatarios del tratado de Berlín.

Rusia, á quien no puede negarse que sabe disimular, aceptó la derrota diplomática que se le imponía, pero el nuevo Estado, á cuyo servicio enviaba oficiales y empleados súbditos del Czar, encargados de *rusificar* el país que ha esperado siempre el Czar acabar por hacer suyo, disimulando en el entre tanto su intento por medio del absorbente influjo que contó adquiriría sobre los emancipados búlgaros.

Pero aunque la elección recayó sobre un Príncipe alemán aceptado por Rusia, pudo aquél muy luégo apreciar que sus nuevos súbditos se inclinaban á constituir una existencia nacional independiente de la tutela del Czar, y el Jefe del nuevo Estado simpatizando con los sentimientos de sus súbditos, acabó por sacudir la tutela moscovita, no disimulando sus simpatías hacia Inglaterra, politica juzgada en San Petersburgo como una traición hecha *á la santa Rusia*, protectora que había sido de Bulgaria en la última guerra.

El respeto y la veneración hacia el Emperador pontífice de todas las Rusias, no es escrúpulo que embarace á sus adoradores respecto al procedimiento que habrían de emplear para deshacerse del Príncipe que coartaba las aspiraciones del *Spanlavismo*. La historia de nuestros días nos dice la manera como

los rusos saben deshacerse de aquellos de sus Emperadores que molestan la ciega ambición de sus cortesanos. Pedro II halló la muerte á manos de los cómplces de su esposa, Catalina II, y el hijo de aquél malhadado Emperador pereció bárbaramente asesinado á manos de un grupo de conjurados cortesanos, que sacrificaron al Czar en castigo de la simpatía que aquel Príncipe, apartándose de las coaliciones contra la Francia y mostrándose admirador de Bonaparte, primer Cónsul de la República francesa.

Decretada en San Petersburgo la caída del Príncipe de Bulgaria, encargóse de la ejecución del complot á los Jefes del partido ruso, los que sigilosamente penetraron en la madrugada del 20 de Agosto en la alcoba donde dormía el Príncipe Alejandro de Batemberg, y apoderándose violentamente de su persona, lo trasportaron secuestrado y poco menos que maniatado hasta deponerlo en un puerto de la Besarabia rusa. Pero el sacrificado Príncipe se había hecho muy popular entre sus nuevos súbditos, popularidad que, al día siguiente de la forzada ó supuesta abdicación del secuestrado Jefe del Estado, sus partidarios, que superaban en número é influencia á los autores del atentado, hicieron estallar una contrarrevolución en favor del desterrado y lo restituyeron á su Trono en medio de universal entusiasmo.

Mas cuando el asentimiento general del pueblo y del ejército aplaudían el desagravio que la inmensa mayoría de los búlgaros prodigaba al restaurado Alejandro, el Gabinete de San Petersburgo compelía á éste á abdicar, obligándolo mayormente á ello el caballeroso temor de atraer á su país de adopción la malevolencia del Gran Potentado, al que en realidad se debía que la Bulgaria hubiese sido arrancada al dominio de los turcos.

De los sucesos sobrevenidos después de haber el Príncipe de Batemberg abandonado voluntariamente su patria de adopción, se halla el público perfectamente enterado por los periódicos. La gran mayoría del país y el ejército, simpatizando calurosamente con la persona y las obras del destronado, sostienen á la Re-

gencia, que provisionalmente rige, contra la conspiración organizada por los agentes rusos y el representante del Czar, el General Kaulbars, cuyas intrigas, altanerías y procederes violentos y de carácter revolucionario, tienen escandalizada á Europa y hasta se ha dicho hacen retroceder al mismo Czar de su anunciada pretensión de ocupar militarmente la Bulgaria á fin de efectuar en ella un cambio de situación de arriba abajo, que entronizase á la minoría que forma el partido ruso, sofocando de esta manera á la inmensa mayoría que, sin antagonismo contra el Czar, no quiere, sin embargo, vivir bajo su tutela y renunciar al desarrollo de la existencia nacional que el país aspira á crearse.

Es demasiado largo ya el presente artículo para tratar de lleno la cuestión búlgara, propiamente dicha, que actualmente representa una complicación de miras, de intereses, de aspiraciones y de temores que componen el fondo de la maraña que envuelve la política de las grandes potencias.

Me he limitado, en el examen de la grave cuestión que abraza el presente estudio, á hacer la historia de los hechos que han traído la cuestión búlgara á ser el preliminar de la posición que Rusia escoge para coronar su programa, que creo dejar completamente analizado en las precedentes páginas.

Cualesquiera que sea el rumbo que los sucesos deban tomar, no es dudoso que las determinaciones de los tres Emperadores (si es que llegan á entenderse), y la política que se hayan trazado respecto al tiempo que ha de trascurrir hasta que se verifique la liquidación del Imperio turco, habrán de ser la consecuencia de lo que los tres Gabinetes tengan resuelto; pero tampoco es dudoso que, en el caso de que las consecuencias que de la política que definitivamente adopten los Emperadores habrán de depender los inmediatos resultados de la crisis oriental que apunta, es verosimil y fundado opinar que, de no verificarse la final partición de Turquía dentro de las condiciones de los intereses generales de Europa, tales cual los dejo señalados, existirá una tendencia de opinión que no podrá tardar en significarse de parte de los pueblos que se viesen perjudicados

de resultas de la manera como se verificase el reparto del botín y contra las tendencias gubernamentales que hubiesen dado lugar á trastornos contrarios á intereses de la civilización, no tardaríamos, repito, en presenciar un movimiento de opinión pública semejante á las protestas que en todo el universo surgieron contra el sistema continental de Napoleón I y su insaciable ambición, al significarse los escándalos de Bayona dirigidos á escamotear la corona de España; veríamos, en fin, algo parecido al hondo sentimiento de patriotismo que en 1813 y 14 despertó el entusiasmo de los alemanes contra la supremacía napoleoniana, sentimientos hijos de móviles no menos eficaces que los que soliviantaron la opinión de Europa en favor de Grecia en 1828, antecedentes los que señalo que acabarían por engendrar una propaganda anti-rusa que bastará para corregir las debilidades y complacencias de los Gabinetes inclinados á no ponerse de acuerdo para obrar eficazmente contra la barbarie que sobre el Occidente se desprende en línea recta desde las orillas del Volga, del mar Caspio y de las estepas del Turquestan; barbarie aleccionada por la astucia moscovita, la que lentamente y á la sordina prepara el avasallamiento de la más escogida parte del Globo que habitamos; pero semejante lucha, por larga que fuese, no podría ser de éxito dudoso: la opinión, impulsada por móviles generosos y de interés común bien entendido, acabaría por ser la vencedora de las Cancillerías que consintiesen en que la Rusia haga un solo paso más adelante en sus conquistas europeas.

(1) Invitamos á nuestros lectores á que antes de condenar la doctrina que expongo, terminen la lectura de todo el presente capítulo. La primera parte de la estipulación contenida en la base 3.ª, relativa á garantizar la independencia de las naciones contra las intervenciones políticas, opondría un obstáculo á la repetición de sucesos tan lamentables como lo fueron las intervenciones dirigidas contra Nápoles en 1821, contra España en 1823, contra Cracovia en 1846, respecto á Moldavia y á Valaquia en 1848 y contra Hungría en 1849.

Igual principio, aplicable á los sucesos contrarios, habría alcanzado á remediar exa-

geraciones y escándalos como los de la República romana de 1848, que no pudieron ser tolerados sin abrir la puerta á mayores males.

Bajo la protección de esta garantía, fundada en la justicia y en las reconocidas máximas del derecho de gentes, el pueblo que una vez adquiriese garantías constitucionales y medios legales suficientes para que su voz sea escuchada y que sus quejas encuentren eco en la opinion, vería abierto delante de sí un horizonte asegurado de mejoras, de progreso interior, de paz duradera. Adquiriría la garantía del bien que posee y podría contentarse con menos, en la confianza de ir infaliblemente adelantando hacia un bien que nadie podría ni arrebatarle ni aun disputarle.

(2) Este principio encierra la esencia de toda una doctrina que procuraré reasumir en esta nota, á fin de no hacer confusa la exposición de las bases fundamentales de la «alianza permanente de los pueblos regidos por instituciones representativas,» que arriba dejo citadas.

Una combinación tan poderosa como la alianza formada bajo los auspicios de las dos primeras naciones del Occidente, y á la que estarían destinados á reunirse los pueblos más cultos y civilizados de Europa, no puede fundarse sin fe, ni dudando ella de sí misma.

Semejante alianza no tendría, es verdad, por objeto la agresión, ni la conquista, ni la propaganda. Lejos de perturbar la felicidad de que crean gozar los pueblos que viven bajo Gobiernos absolutos, la alianza constitucional los dejaría vivir en quietud y en reposo, y únicamente se cuidaría de ellos cultivando, como con las demás naciones, relaciones de comercio, y mirándolas como un objeto de curiosidad. Pero si á pesar de que la alianza se abstuviera de llevar la propaganda de sus principios á ningún país, así como de no excitar á los pueblos á la rebelión, en ésios, por impulso propio, sin provocación de nadie y por la fuerza de las cosas sobrevinieran insurrecciones en cualquiera de los Estados de Europa extraños á la alianza, ésta, que respetaría el derecho de los Gobiernos á comprimir las revoluciones que en ellas estallasen, se cruzaría de brazos ante la lucha que sostuvieran aquellos Gobiernos con sus propios súbditos, no por ello deberían los aliados consentir que «otra nación extranjera» interviniese, ya en un sentido, ya en otro, en los asuntos interiores del país conmovido. Si lo intentasen los aliados en masa, harían del asunto un *casus belli.*

De esta manera los Gobiernos absolutos mirarían lo que se hacen, y no apretarían la cuerda de la opresión en términos de hacer saltar á sus súbditos, porque sabrían de antemano que, si el movimiento era tan popular que no podían contenerlo, sus Gobiernos no podrían apelar á las simpatías de otro Gobierno extranjero sin incurrir en el inconveniente mayor de encender la guerra general.

Con esta jurisprudencia, la posición de los Gobiernos antipopulares y opresivos, no podría ser tolerable ni llevadera, y el obsolutismo sólo continuaría siendo posible allí donde las costumbres lo hagan admisible y apropiado.

Sin propaganda ni presión externa, los Gobiernos que aún resisten á la voz de las necesidades del siglo, como el de Nápoles, se verían obligados á consentir, por su propio interés, en aquellas reformas que bastasen á atraerles simpatías bastantes para en-

contrar defensores dentro de su propio suelo, pues ya les estaría cerrada la puerta á la esperanza de recibir socorros exteriores.

¿Y sería posible, se preguntará, que los Gobiernos que no entrasen en la alianza de los pueblos constitucionales, que el Austria, que la Rusia, que la misma Prusia, consintiesen impasibles una asociación cuya existencia sería una perpetua amenaza para ellas y envolvería el inminente peligro de una insurrección italiana, húngara ó polaca?

Si la Francia y la Inglaterra no se creen bastante fuertes para tomar la iniciativa de una política grande, generosa, magnánima, popular, equitativa, que traería á su lado indefectiblemente á todos los países constitucionales de Europa, á la Bélgica, á la misma Holanda (á pesar de su Gobierno), á Dinamarca, á Suecia, al Piamonte, á Portugal y á España, á las que es muy probable que también se uniese alguno de los Estados secundarios de Alemania y á los que los aliados darían una inmensa prueba de moderación no admitiéndolos aisladamente en su seno, si no querían desorganizar la Confederación germániza; si para esto no tienen resolución y aliento las dos grandes potencias iniciadoras, que se apresuren á concluir la paz en las mejores condiciones que puedan, que el Emperador de los franceses se avenga con la Rusia y los Gabinetes de Alemania, y juntamente con ellos se haga el irreconciliable enemigo de la libertad; que la Inglaterra, si no ha concebido el insano proyecto de luchar sola contra la Europa coligada, pida perdón á la Rusia y á los Gabinetes sus aliados, y pague por el indulto ó el rescate que le concedan el precio que quieran imponerle sus enemigos. Todo esto sería menos violento, menos extraordinario, menos irrealizable, que fuera pusilánime y funesto de parte de las dos grandes potencias renunciar á hacer prevalecer en el mundo su política, sus aspiraciones y sus deseos, si es que en realidad los fines que se han propuesto y el interés que las mueve es el del triunfo de los principios de moralidad política y de los intereses materiales, inseparables de la causa de la civilización.

Proclamar en Europa, en los términos que estoy explicando, el principio de «no intervención,» equivale á decir á la Rusia y á los Gabinetes sus amigos, á quienes se designa con el complaciente dictado de neutrales: «nos abstenemos de imponer por medio »de las armas nuestros principios á ningún país; respetamos todos los Estados que »actualmente gozan de una independencia reconocida por los tratados; damos al mundo »el testimonio más claro de nuestra moderación, adoptando para nosotros mismos y re»comendando para los demás el principio de someter todas las complicaciones que entre »las naciones sobrevengan al arbitraje de potencias amigas; pero, en cambio, tenemos »derecho á que la fuerza no intervenga en detrimento de los principios que representa»mos. Allí donde la madurez de los tiempos ó la injusticia de los Gobiernos provoque »insurrecciones que deploraremos, no consentiremos que las sofoque la fuerza de una »potencia extranjera.»

Y ¿qué sucederá entonces? se nos argüirá. Esa inmunidad proclamada en favor de las insurrecciones, ¿no las hará invencibles? Nó; responderemos sin vacilar; no hará invencibles á las revoluciones; lo que sí hará es cautos y justos á los Gobiernos, obrará sobre ellos como un fuerte correctivo.

Pero donde la fatalidad desencadene una revolución que degenere en anarquía y en

incendio voraz capaz de comunicarse á otros Estados, ¿qué deberá hacerse? Dos remedios prácticos caben á un mal de esta clase: el de negociar con la «alianza, guardadora de la independencia de las naciones,» y obtener su consentimiento para que no se oponga á una intervención cuyo objeto sea conocido y que merezca la aprobación de los aliados, ó solicitar de éstos un auxilio que no negarían cuando viesen comprometida la causa de la civilización ó del equilibrio europeo, ya sea por los excesos de un radicalismo subversivo y sanguinario, ya por la aspiración de alteraciones territoriales que trastornasen la balanza del poder en términos peligrosos á la seguridad común.

Pero esta hipótesis sería el extremo, la excepción de lo que aconteceria en la práctica. Lo natural, lo lógico, lo probable sería, en primer lugar, que en la Alemania ilustrada, que en la Prusia, en Hannover, en Wurtemberg, en Sajonia, en Baden, la fuerza moral de la opión empujaría, antes de mucho, á sus Gobiernos á entrar en la alianza constitucional; que el Austria sentiría ella misma la presión en términos de tener que satisfacer en alguna manera á los sentimientos de los húngaros y demás razas que viven bajo su dominio. Que la Polonia no tardaría en agitarse, y que si las potencias que poseen y retienen sus despojos no resolvían entre ellas mismas la aplicación de medios conciliatorios para ganar el amor de los pueblos y satisfacer sus necesidades y legítimos deseos, no podría menos de estallar, tarde ó temprano, una insurrección general, una inevitable conflagración que los Gobiernos absolutistas serían impotentes para poder sofocar, si al mismo tiempo que se disponían á hacerlo «la alianza constitucional» les salía al encuentro, no como auxiliar de la revolución y propagadora de males, sino como mediadora, como salvadora del reposo del mundo, imponiendo terror á los Gabinetes absolutistas y respeto á los pueblos, que no podrían menos de escuchar la voz de los aliados, haciendo éstos entrar en el abismo á la anarquía y á las ideas disolventes que aspirasen, como siempre sucede, á aprovecharse de los trastornos.

El apoyo que las armas de los aliados daría en todas partes á los hombres de orden, aliento, confianza, medios de superar las dificultades inseparables de un cambio extraordinario y dominado por ellos el movimiento revolucionario, se convertiría en elemento de renovación y de vida.

Sobre todo, la era de los azares, de los imprevistos, de lo indefinido y vago que pesa sobre la suerte del mundo, se habría cerrado para no volver á abrirse ínterin se conservase la alianza. Habría cambiado el predominio de la casualidad, de la fuerza y de las malas pasiones, por el ascendiente y supremacía de la razón, del derecho, de la justicia y del deliberado concierto de las naciones cultas, reconciliadas con sus Gobiernos y marchando en unión con ellos hacia los adelantos de la civilización y al goce de las prerrogativas de la libertad.

A todo esto conduciría la proclamación y observancia del nuevo principio, que por la base tercera de la alianza constitucional propongo sea reconocido entre los fundamen- el derecho público europeo.

Aunque esta base envuelve la tendencia de llegar á hacer adoptar por todas las nes los principios de la libertad mercantil, estoy muy lejos de considerar su aplica- como inmediata sin las precauciones necesarias para poner á cubierto los intereses

creados en cada país. Pero como todas las reformas son fáciles llevando por delante el principio de indemnización, la alianza mercantil de los pueblos más cultos y prósperos de Europa ofrece elementos más que suficientes para resarcir ámpliamente á todas las industrias que pudieran ser perjudicadas por las reformas que se hicieran en el interés de los consumidores de todos los pueblos que entrasen en la liga comercial.

(4) Este pensamiento económico, sobre el que no permite extenderme el carácter especial de este libro, es de la misma familia á que pertenecen varias de las indicaciones que llevo hechas sobre la manera de utilizar en beneficio da todos los pueblos que entren en la alianza las fuerzas morales y materiales de cada uno por medio de la colección de todas, prestándose recíproca ayuda y consistencia.

En virtud de la aplicación de este sistema, los caminos de hierro de Portugal y de España se podrían ejecutar en breve, en atención á que los recursos de que hoy se carece para este objeto los suministraría con la mayor facilidad y conveniencia el crédito colectivo de las naciones asociadas para el mutuo desarrollo de su riqueza (*).

(5) Esta idea no es mía, es de Napoleón, que la expuso en Santa Elena al hablar de sus proyectos no realizados para la futura organización de Europa. Rechazando el destronado conquistador el cargo que le dirigían sus enemigos de haber fomentado la guerra y su propensión hacia ella, Napoleón se defendía con calor, alegando que sus guerras no fueron voluntarias ni caprichosas. Que cuando no teuía que defenderse de las coaliciones que fragualan sus enemigos vencidos ó la Inglaterra, combatía para superar los obstáculos que se oponían á sus grandes designios, entre los cuales descollaba el pensamiento, que hubiera puesto por obra á la paz general, y después de verificada la nueva división de Europa por nacionalidades y razas, de sujetar las disputas de nación á nación y de gobierno á gobierno á una gran Dieta ó Consejo federal, al que asignaba la dirección y resolución de todas las cuestiones que afectasen los intereses internacionales de Europa.

Según yo lo propongo, esta idea sería aún más provechosa, pues aplicada á la alianza constitucional en los términos expuestos, daría los resultados siguieutes:

1.° Constituiría un poder superior á otro alguno en Europa, instituído con uu fin moral y en defensa de la independencia y de la libertad de los pueblos.

2.° Conservaría la paz, ó por lo menos no haría necesaría la guerra, y no provocando á ella operaría como un poderoso estímulo en favor de la civilización y del adelanto social.

3.° Constituiría el primer eusayo práctico de un sistema en virtud del cual pudiera fundarse la esperanza razonable de sustituir en el regimiento de la sociedad humana el derecho y la razón á la pasión y á la fuerza.

(6) Esta base responde á la aplicación del principio que la anterior encierra, encaminado á alejar la guerra entre las naciones civilizadas, recurriendo cuando sobrevengan disgustos, á las negociaciones y á las decisiones arbitrales en vez de á las armas.

(*) Téngase presente que esto se escribía cuando no había, ni en España ni en Portugal, un sólo kilómetro de camiuo de hierro.

La guerra se encontraría de hecho y de derecho suprimida entre los pueblos constitucionales aliados y sometidos en los asuntos internacionales á los acuerdos de sus Plenipotenciarios reunidos. Por medio de esta base se procura extender á las naciones extrañas á la alianza los beneficios de los mismos medios pacíficos de arreglar sus diferencias.

(7) No cabe formar una alianza entre naciones que se unen con un fin moral y para defender y amparar principios, si no iguales análogos, sin definir de una manera positiva y clara el vínculo que las una, el objeto que en común se proponen. La calificación de defensores de la civilización y de la libertad, de enemigos de la barbarie rusa, con que se han designado á sí mismas la Francia y la Inglaterra, es una expresión absoluta y demasiado vaga para que sobre ella puedan fundarse los compromisos y obligaciones positivas que requiere toda alianza firme. Aunque á la expresión de defensoras de la civilización se añadiera la de amigas de la libertad, todavía este nombre, nada sustancial, añadiría al concepto que de la índole y objeto de la alianza ha de unir á los Estados llamados á formar parte de la misma. Sería esta última una designación que hasta podría ser peligrosa é hipócrita, y que permanecería sujeta á toda clase de interpretaciones. En virtud de ella podría ser admitida á la alianza una potencia tal vez enemiga de los principios que aquélla se propone defender, y quedaría desvirtuado su objeto el más importante.

La alianza de los pueblos constitucionales exigiría, pues, que las naciones llamadas á componerla reconociesen real y sinceramente los principios fundamentales de la sociedad moderna, principios que, por más que se diferencien en su aplicación y en las formas que dan expresión á su observancia, no pueden separarse de ciertas condiciones esenciales en que consiste la verdadera garantía de los benificios que prometen.

Al mismo tiempo estas condiciones deberían ser bastante amplias, para que dentro de ellas cupiesen las instituciones propias á la situación, hábitos y necesidades de cada pueblo; pues del mismo modo que la Inglaterra, con sus seculares y libérrimas instituciones, se considera ser la tierra clásica de la libertad en Europa, la Francia, con su peculiar organización, con su característica centralización, no sólo no puede ser excluída, sino tiene siempre que ser considerada como el inextinguible foco de las ideas de la civilización.

Pero dentro de la fórmula de la Constitución imperial que rige al pueblo francés se encuentran las garantías que señalo como bases imprescindibles del gobierno representativo; y toda vez que este sistema, por demás restrictivo y necesariamente transitorio, basta para establecer solilaridad de principios y de intereses entre las naciones llamadas á constituir la alianza constitucional, la medida que propongo, á fin de establecer y comprobar esta analogía de principios, alcanza á cobijar á su sombra á todos los Gobiernos llamados á formar esta alianza, ó que en lo sucesivo aspiren á unirse á ella. Sólo los Gobiernos absolutos se verían excluídos de ser admitidos, y esta garantía es suficiente para que la alianza no se desnaturalice y conserve el carácter moral en que ha de consistir su esencia.

Hubiera deseado añadir á las condiciones fundamentales que habrían de llenar los

pueblos llamados á constituir la alianza, la de que la libre emisión del pensamiento por medio de la imprenta hubiera sido una de estas condiciones, pero he retrocedido ante la consideración de los grandes inconvenientes prácticos que esto hubiera ofrecido. Además, en ninguno de los países donde se reconocen las tres garantías consignadas en el párrafo (A), la prensa es enteramente esclava. Donde, como en Francia y en Dinamarca, la libertad de los periódicos no es completa, lo es la publicación de obras, y no puede decirse que deje de existir la libertad del pensamiento cuando tiene una manera autorizada para ser emitido. La prensa periódica es la expresión de la publicidad con relación a la política; pero cabe restringir los derechos políticos de un pueblo, sin sofocar los esfuerzos de la razón ni la autoridad del pensamiento. Con sentimiento me he resignado, pues, á no consignar la base de la libertad de imprenta como obligatoria para entrar en la alianza, porque el grande objeto que ésta ha de llenar, y que abraza los intereses de toda la Europa civilizada, no habría de menoscabarse para satisfacer los principios exclusivos de una escuela ni de un pueblo. Por lo demás, creo esencialmente liberal y aceptable la fórmula que propongo, toda vez que dentro de ella cabe la Inglaterra y hasta cabría una república, y que lo único que excluye es el despotismo dogmático, la negación completa del principio de libertad.

(8) Esta estipulación no puede ser aplicable á las grandes potencias, y sí únicamente á los Estados, ó débiles, ó cuya corta vida constitucional los exponga á recientes y lamentables trastornos, á los Estados de segundo orden que entren en la alianza para buscar en ella protección, ó contra la agresión exterior originada del antagonismo de principios políticos, ó contra la anarquía interior. Esta cláusula más bien serviría para amparar á los Estados de Alemania ó Italia, que más adelante pudieran buscar refugio en la alianza, que para las naciones llamadas á constituirla ahora. Para España la existencia de semejante estipulación hubiera podido serle beneficiosa en 1835 al comienzo de nuestra primera guerra civil, pues habría puesto fin á ésta y ahorrádonos media docena de pronunciamientos. Mas la altivez de una nación independiente sufriría, no hay para qué ocultárnoslo, de semejante perspectiva de intervenciones extranjeras. Esta consideración me ha guiado respecto á la cláusula (7) para no hacer el precepto obligatorio para ninguna de las potencias fundadoras de la alianza y á hacerlo solamente facultativo en aquellas que la considerasen como un remedio á mayores males.

(9) Para no faltar á la equidad y á la razón concediendo á los Gobiernos de los Estados aliados el derecho de apelar á éstos contra las insurrecciones de sus propios súbditos, no es posible dejar de otorgar á éstos que expongan sus agravios ante el poder que pudiera ser invocado para reprimirlos. Si hubiese existido antes de 1854 el derecho público cuyos principios voy exponiendo, y siendo España miembro de la alianza constitucional hubiese invocado de su Asamblea auxilios contra la insurrección de Junio de aquel año, no habría estado su Gobierno en el derecho de obtenerlos, por cuanto la sistemática v lación que del pacto constitucional venía haciéndose desde 1850 no lo habría autoriz á ser amparado por la alianza. Y discurriendo en la hipótesis de la existencia del siste que examino, el pueblo español habría tenido un remedio legal, contra las infraccione ley de que era víctima, en el derecho de representación que por esta cláusula se consag

(10) Esta disposición es completamente lógica y, además, de estricta justicia. Los Gobiernos que por motivos de dignidad, por escrúpulos de independencia, no admitan que la Asamblea de Plenipotenciarios de los aliados intervenga en ningún caso en los negocios exteriores de sus Estados, deben estar bastante seguros de sí mismos, de su derecho y de su fuerza, para no tener que apelar á los auxilios de sus aliados si vieran su autoridad amenazada y puesta en peligro.

El principio que propongo habría de aplicarse con igualdad para amparar á los Gobiernos en el ejercicio de las legítimas atribuciones de la autoridad pública y para proteger los derechos fundamentales de las naciones cultas. Para ser invocado y aplicado el principio, debe admitirse ó ser declinado por entero, alternativa que quedaría expedita para todos los miembros de la alianza.

(11) La reserva, la prudencia, la circunspección que preside al pensamiento que ha inspirado el párrafo *A*, expresivo de la condición política que precisamente han de llenar los Gobiernos admitidos á componer la alianza de los pueblos constitucionales; la misma latitud que por él se da para que puedan entrar en ella todos los países que admitan el principio de la representación pública; el principio de libertad sin escrupulizar en los grados de expansión ó de restricción con que este principio se aplique por las diferentes naciones, exigía; á fin de poner á salvo la esencia, la sinceridad, la eficacia de la alianza en el sentido del principio moral que representa, y estaría llamada á hacer prevalecer en el mundo que se declarase incompatible con ella, al menos como parte componente de la misma, á todo país que no siga ó deje de reconocer y observar los principios sentados como cardinales de la clase de Gobiernos que habrían formado alianza para defender, proteger y amparar las ideas y los intereses declarados como esenciales á los adelantos de la civilización moderna.

Por consiguiente, esta exclusión de la alianza de los Estados que dejen de tener y observar formas constitucionales en las cuales se reconozca el principio de la representación pública, es la consecuencia necesaria y lógica del principio fundamental de la alianza.

(12) Cuando esto se escribía, prevalecía en todo su furor la sangrienta reacción que señaló el triunfo que el Gabinete de Viena debió á la intervención del ejército ruso enviado por el Emperador Nicolás contra la insurrección húngara.

El divorcio entre la esforzada raza de los magyares y el Austria habría podido ser tan completo como yo lo pronosticaba entonces, á no haber la Providencia dotado á los alemanes y á los húngaros con un apóstol de paz y de concordia en la persona del gran patricio *Deak*, quien supo desarmar á un mismo tiempo á los austriacos y á los magyares, ofreciendo á los primeros la renovación del antiguo Pacto que unió á los dos pueblos, y á sus compatricios el completo restablecimiento de la venerada Constitución, en cuya observancia radicaban y se han consolidado las seculares libertades del pueblo húngaro.

Andrés Borrego.

EL MÉTODO HISTÓRICO DEL SEÑOR SILVELA

Antes de proceder al examen de las páginas que D. Francisco Silvela dedica á Sor María de Ágreda y á su correspondencia epistolar con Felipe IV, debemos decir algo de su método histórico y poner algún reparo á los juicios que emite sobre el defensorio del Conde Duque, publicado á poco de su caída bajo el título de *Nicandro, ó Antídoto contra las calumnias que la ignorancia ó envidia han exparcido por deslucir y manchar las heróicas é inmortales acciones del Conde Duque de Olivares, después de su retiro, al Rey Nuestro Señor.*

Mucho han llamado, en efecto, nuestra atención algunas críticas que en contra de este defensorio dirige el Sr. Silvela, y sobre todo el tono asustadizo y de escandalizado con que presenta varias máximas ó sentencias entresacadas del *Nicandro*, y que nosotros creíamos que el Sr. Silvela profesaba desde hace años como aforismos políticos, acreditados por la experiencia de todos los siglos.

No hemos de entrar en disquisiciones acerca de quién sea el verdadero autor del *Nicandro*, si Juan de Ahumada ó del mismo que escribió el *Aristarco, ó censura de la proclamación católica de los catalanes.* Pero aunque no sea el tal escrito de Francisco Rioja y sí de Ahumada, ó de Domingo Herrera, ó de otro secretario desconocido; aunque la defensa no sea todo lo levantada

en miras de gobierno y todo lo vigorosa de razonamientos que al caso convenía, de todas suertes, no hay motivos para calificarla en justicia de desdichado papel, ni para que el historiador haga suyo hoy el juicio malévolo de algún político del tiempo, que lo llamó «el más escandaloso documento que se había visto jamás.» Si, como parece probable, el Conde Duque suministró datos de su Gobierno, fué esto para él acto muy legítimo de defensa propia; y la única inculpación que por ello se le puede dirigir justamente, es que pecó por haber confiado con harta indiscreción la redacción de esta defensa á hombres de letras, de los cuales decía Napoleón que «son gentes coquetas con quienes hay que guardar cierto trato galante, pero sin pensar jamás en contraer matrimonio con ellas, ó en convertirlas en ministros ó secretarios.» Dado caso que fuera cierta la participación del Conde Duque en el alegato, nunca debió de haber dejado correr tal documento sin imprimir en él la marca de fábrica del verdadero político: mayor amplitud de miras, más vigorosa dialéctica, acusaciones más contundentes contra sus adversarios. No adolece de otros defectos el *Nicandro* como obra de defensa política. Diríase que es un trabajo de hombre de letras más que de un político, por la elegancia y fluidez del estilo, por el bagaje de erudición en los ejemplos religiosos y profanos, muy superior probablemente á la del Conde Duque, por su espíritu teórico y sentencioso, por su inexperiencia en el arte de presentar las verdaderas razones de Estado á manera de preceptista político, y en fin, por el género de ataques que dirige á los contrarios, agresiones que más parecen rasguños ó alfilerazos para excitar el furor del agraviado que heridas mortales destinadas á inutilizar al adversario.

Por lo demás, no nos extrañan las recriminaciones que por el tal defensorio se levantaron contra el Conde Duque, ni nos sorprende tampoco que, principalmente en aquellos momentos de su caída, todos sus actos se convirtieran en motivo de escándalo. Bien lo explica esto el mismo *Nicandro*: «Terrible enemigo es el odio, en todas las cosas halla materia de agravios. Todas las acciones humanas padecen aquellos vicios que les

quieren comunicar los afectos. No hubo cosa más ajustada á razón que la vida de Cristo; y á los gentiles les pareció necedad, y á los judíos escándalo é inquietud. Las obras del Rey David, si se miran por un lado, parecen y son santas; si por otro, injustas, como quitar á un Rey la Corona, hacerse cabeza de bandoleros, destruir todos los del linaje de Saul que no habían pecado, mandar matar, después de su muerte, sus enemigos, cuando les debió dejar en testamento el perdón.»

En nuestra época, sobre todo, de libre y ruidosa discusión parlamentaria, que impone á los políticos, como base de su defensa personal en las controversias de la tribuna, el hacer patentes los males y enfermedades del cuerpo social, ¿puede, acaso, dirigirse con justicia á un Ministro la inculpación de revelador de los secretos de Estado, por haber escrito ó autorizado una página como la siguiente?: «Todas las grandes monarquías se fundan en gente, dineros y abundancia de lo importante para conducir grandes ejércitos que debelen los enemigos. Así, los políticos extraños, que celosos han atendido con profundidad á nuestros defectos, han resuelto que pesa poco la monarquía de España, con todas sus provincias, por la debilidad de sus fuerzas en la raíz. Dicen que es un solo cuerpo fantástico, defendido de la opinión, no de la sustancia; porque, Señor, ¿de qué utilidad le pueden ser á V. M. algunos Reinos, si cuando á V. M. le invaden los enemigos, aunque fuese en su Corte, ellos no tienen obligación de ampararle? Y si el francés, el moro ú otro enemigo les infesta, tiene V. M. obligación de defenderlos con sus tesoros, armas y gentes. Este contrato, ajeno es de la sociedad humana, y tan desigual, que no lo pueden ver los hombres de juicio. ¿Cuánto mejor le estuviera á V. M. no tenerlos por vasallos, sino por confederados? Pues éstos y V. M. tienen obligación de acudirse en la necesidad con determinadas fuerzas, recíprocamente, sin otra obligación.»

Tampoco puede calificarse de revelación imprudente, y á aquel tiempo quizás todavía menos que ahora, esta otra defensa que articula el ministro acusado de malbaratamientos, que han traído á bancarrota la Hacienda pública: «Dice que prom

tió á V. M. hacerle el Monarca más rico del mundo, y que ahora está en suma pobreza, habiendo sacado de estos Reinos doscientos millones. Si como propone el recibo añadiera el gasto, se conocerá cómo, no de doscientos millones, sino aun de mayor cantidad ha sido necesario. V. M. ha gastado millones en las guerras de Flandes, en la elección del Papa, en la Valtelina, guerras de Italia, en la toma del Palatinado, en la ruina de Mansfelt, en el Obispo de Haberttat, en las conquistas del Brasil, en otras armadas que malogró la mar. En las ayudas del Emperador contra el dinamarco Rey de Suecia, Bernardo de Weymar, en la elección de Emperador, hanse consumido en sustentar Reinas peregrinas, Príncipes despojados, en favorecer Repúblicas de amigos, Reyes infestados de herejes; y al fin, son tantos y tan varios los sucesos, tantos los ejércitos que Vuestra Majestad ha sustentado, seis y siete á un tiempo, que no doscientos millones, sino dos mil millones quizá, no hubieran bastado. Estas cosas no pueden hacerse por ensalmo, como él dice. El modo de sustentar los ejércitos que V. M. tiene es muy costoso, más que los otros Príncipes, por la separación de los Reinos, para donde las conducciones son de grandes gastos. Las pagas de los Oficiales y ayudas, de costas excesivas, hallólas introducidas el Conde, no tuvo la culpa en seguir los pasos de los antiguos, y más en materia de tanta importancia como la milicia, que es el apoyo de los grandes Imperios.»

Comprendemos que en aquel entonces el Nuncio se quejara á S. M. y procurara la desaparición de este papel, por lo que decía referente al Papa y al Sacro Colegio; comprendemos que el representante del Emperador se incomodara por lo de las ayudas de su amo; mas trascurridos tres siglos, al juzgar estos sucesos en el proceso de la historia, se deben fallar de otra manera.

Pero quizás lo que más caracteriza la prevención del señor Ivela contra el Conde Duque de Olivares es, sin duda alguna, siguiente nota: «Es curiosa, entre todas las máximas politis del *Nicandro*, la siguiente, que ha pasado como Evangelio triunfo por boca de tantos ministros, á pesar de los repetidos

mentís de la historia y de la experiencia: «El pueblo, Señor, »con que tenga pan en abundancia y valgan baratos los man»tenimientos, se tiene por muy contento, gobiérnelo quien qui»siere» (1).

Nada tendríamos que objetar á semejante observación, si la acepción de la palabra *pueblo* en esta página del *Nicandro* fuera equivalente de Nación; porque en tal sentido, que el hombre no viven sólo de pan, es un texto evangélico cien veces acreditado por la experiencia de la historia. Pero pueblo, en el sentido del *Nicandro*, quiere decir la muchedumbre, la plebe; y en este sentido, la máxima política del *Nicandro*, lejos de haber recibido ningún mentís de la historia y de la experiencia, se comprueba por manera tan constante al través de todas las generaciones humanas, que no se ha dado caso, ni se dará nunca, ni de demagogo alborotador de las turbas, ni de político con alguna responsabilidad de gobierno, que pudiera sustraerse largo tiempo á su evidencia, por grandes que fueran sus compromisos de secta ó partido para halagar á la multitud.

La muchedumbre ha sido siempre la misma en todos tiempos y lugares; si los avisos de su opinión son una fuerza con que se ha de contar en el gobierno, el convertirse en esclavo suyo constituye también la mayor degradación para el políti-

(1) *Bosquejo histórico*, pág. 73.

Para mejor juicio del alcance de esta observación del Sr. Silvela y de la acepción que en esta página del *Nicandro* se da á la palabra pueblo, reproducimos íntegro el texto, que es como sigue: «Acaba de exhortar á V. M. tome Ministro bien visto del pueblo; y sin duda ignora lo que es pueblo. Cuando vivía el Duque de Lerma, no había peor Ministro, como ni mejor que el Conde cuando empezó. Todo lo nuevo aplace á los hombres plebeyos, que desprecian lo presente y aman lo porvenir, que no conocen. El pueblo, Señor, con que tenga pan en abundancia y que valgan baratos los mantenimientos, se tiene por muy contento, gobiérnelos quien quisiere; sólo desean la novedad los que juzgan han de mudar con la mudanza. Y para que V. M. conozca esta evidencia, estos días que ha faltado el pan y se encareció la carne, echaba el pueblo de menos al Conde, viendo que no se mejoraba con su salida la fortuna, como también los soldados y pretendientes, que hallan mayores embarazos que antes en sus despachos; esto es el pueblo, que se rige con ímpetu y sin razón.»

co. Inconstante y tornadiza en sus afectos, dispuesta á vociferar el *crucifije* contra el mismo por quien la víspera entonaba el *hosanna*, en nada han variado ni variarán al través de los siglos los procedimientos para agitarla y enfurecerla. Bien lo saben hoy sus embaucadores, que la traen á alboroto y sedición con artes tan seguras y comprobadas como los espejismos á que recurre el cazador de alondras. Torpe y ciega en sus afectos, cuando otorga sus favores como cuando se alza sediciosa, lo hace por causas que desconoce: lo que pide es cosa distinta de lo que le conviene; así como tampoco el pretexto que aparenta suele ser la verdadera causa de su indisciplina y la voz verdadera de los fines que la mueven. Mónstruo que, aun en el seno de la mayor civilización conserva las pasiones más feroces y brutales, no ve, no comprende, y sólo siente.

Pueden presentarse, ciertamente, ocasiones en las cuales el hombre de gobierno tenga que acallar su propia inclinación y seguir los impulsos populares para dar prudente satisfacción al mundo que la pida; pero, aun en tales casos, ó la masa anónima, debemos tomarla, no como á un consejero, sino como á un torrente irresistible que procuramos encauzar. Y si esta es regla de conducta para todo tiempo, con mayor motivo la debemos observar en nuestros días. Hoy más que nunca debemos desafiar la tiranía de las muchedumbres en lugar de halagarla, porque nos ha tocado vivir en días en que esta fuerza social se levanta como opresora por todas la naciones y como usurpadora y monopolizadora de la soberanía en el Estado. Sus tribunos la engríen ya con demasiadas lisonjas, más viles y rastreras que las que pudieron recibir de sus cortesanos los monarcas más despóticos, para que los políticos sensatos se inclinen también ante este ídolo y profieran máximas que, si no son de adulación, propenden por lo menos á inspirarle insanas soberbias.

El Sr. Silvela tiene acreditada por manera tan elocuente y solemne la noble entereza de su carácter y la rígida severidad con que profesa los principios arraigados en su convencimiento, para que, sin incurrir en irritante injusticia, pueda de al-

guna manera suponerse en él la menor debilidad hacia ídolos del día que le inspiran profundo desprecio.

Por esto mismo nos parece que la prueba más palmaria de sus extrañas prevenciones contra el Conde Duque consiste en que hasta las máximas de gobierno más comprobadas por la experiencia le parezcan ligerezas de juicio y absurdos sofismas, si con ellas resulta una base de reivindicación y defensa para la memoria de aquel privado.

Tiempo es que cerremos la parte de crítica que pueda tener visos de censura, y en la cual hemos entrado principalmente por la consideración de que sólo los ingenios y caracteres de tan buena ley como el del Sr. Silvela son dignos de tratarse por otros procedimientos que los de la alabanza sistemática; y porque únicamente las obras de tales autores son las que merecen analizarse, acallando todo respeto de amistad para juzgarlas con espíritu de libre y severa contradicción, como si fueran escritos de tiempos pasados, y poniendo aún más en relieve los defectos que las notas brillantes, por lo mismo que se trata de un contemporáneo perspicuo.

Pero tampoco quisiéramos caer en la exageración extrema de este procedimiento de crítica. Por esto, aun tratándose de un contemporáneo, no vacilamos en reconocerle también méritos por los cuales el más sobrio censor tenga siempre que tributarle aplausos.

Mucho ganarían los trabajos históricos si los hombres superiores que han pasado la vida, no solamente en los bancos de las aulas ó entre el polvo de las bibliotecas y archivos, sino también en el más rudo trabajo de la vida, poniendo las manos y el entendimiento en los más trascendentales asuntos de la patria, actores y protagonistas en los dramas de la política y de la guerra, dedicaran también algunas vigilias á la narración de los sucesos pasados. Más íntimamente iniciados que los demás mortales al conocimiento de los hombres, á los misterio de las negociaciones, á los secretos móviles determinadores d los grandes y pequeños acontecimientos; experimentadores d la vanidad de las teorías y de los buenos consejos, de las ilu

siones y errores de los más perspicaces, de la miseria y corrupción humanas, pueden con más sagacidad de juicio resucitar con nueva vida las acciones y los caracteres, coordinar con más fidelidad y con el realismo de los detalles el enlace de las pequeñas causas con los grandes efectos, é infundir nueva vida, con el vivo decir del hombre de acción y el fuego de las pasiones que ellos mismos sintieron, á todo aquello cuya memoria perece como polvo y ceniza en los sepulcros, si no lo restituye á vida quien está familiarizado con los bastidores del teatro humano.

Así como el verdadero estadista conoce mejor al hombre que quienes lo analizan por la psicología y la metafísica, en el hompre de Estado brotan también espontáneamente las dotes del historiador, mientras que no siempre el historiador, aun siendo de primer orden, reune las condiciones del verdadero político. Sus cualidades de entendimiento podrán parecerse, pero no son necesariamente las mismas. Aquél hace la historia; y éste la analiza y describe. El uno es el anatómico que opera sobre el cadáver; el otro el fisiólogo que hace funcionar organismos vivos. Ante el historiador se presentan los hechos ya acaecidos y con resultados tan ciertos y seguros, que son el principal elemento para formular el juicio. Ve los desenlaces y olvida que pudo fácilmente haberse producido un suceso contrario; prescinde de todas aquellas fuerzas que no engendraron efectos, pero estuvieron, no obstante, á punto de ejercer influencia decisiva. Ante el hombre de Estado, por el contrario, los sucesos se presentan envueltos en las tinieblas de lo imprevisto y con resultados tan varios é inciertos, que las más opuestas soluciones pueden sobrevenir á un tiempo como natural desenlace. El historiador, buscando las grandes orientaciones para fijar sus rumbos al través de las edades, induciendo de grandes resultados grandes causas, caerá fácilmente en las síntesis atropelladas, en generalizaciones falaces; abrirá randes caminos reales en la historia cuando las naciones como s individuos no tropiezan jamás en su marcha, sino con exaños desfiladeros, entre cuyos precipicios y sendas diversas tienen que aventurar sin guía seguro. El político, por el

contrario, tiene que conducirse en medio de la realidad, con procedimientos y experimentaciones más precisas, á la par que por razones extrañas á toda ley y á toda ciencia. Sabe que en el detalle y combinación de las circunstancias descansa la dificultad principal de todas las situaciones; que no hay ley ni regla de conducta absoluta para la dirección de los pueblos; que la vida social se compone de experiencias y tanteos sobre casos y conflictos siempre nuevos; que lo imprevisto se oculta en el fondo de todo lo presente; que los precedentes sólo suelen servir de espejismos; que los más sucumben por las mismas causas que hicieron triunfar á otros; y que el supremo arte del político consiste en realizar un propósito por entre todas las desviaciones que en el orden regular producen las pasiones y la necedad humana, y por entre el confuso cáos de las circunstancias de la vida individual y colectiva.

Estas mismas diferencias hacen hoy más necesario que nunca el que los verdaderos hombres de Estado intervengan en la narración histórica, bien sea para referir los sucesos en que fueron autores, ó para devolver á algunos anales de otras épocas no remotas el sabor de la realidad de que los despojaron el tiempo y manos profanas, y que así se restauren en ellos las notas de la vida: poesía, comedia, intriga, drama, tragedia, heroismo, bajeza, grandes principios, realidades impuras, y todo el ropaje, en fin, con que la vida humana se envuelve en esta tierra.

En efecto, el sentido de la historia corre hoy entre nosotros gran peligro de naufragio, por hallarse entregado á ideólogos maniacos, á malos artistas y á políticos todavía más deplorables, patente ejemplo de que es más fácil hacer historia que comprenderla. Estas gentes convirtieron los anales humanos en una especie de materia primera que ellos manipulan y amasan á capricho, como el alfarero sus barros para fabricar el inagotable y variado surtido de cacharros y cachibaches que consiente la cerámica. Se disputan la invención de moldes nuevos, y menosprecian como moldes viejos, gastados, antiartísticos, deformes y estrechos, las obras que fabrican los demás artífi-

ces de su gremio. Entretenidos así en espumar los siglos para producir forzadas y extravagantes antinomias y combinar largas retáhilas de nombres propios y de fechas memorables, las acorralan en el recinto de algún sistema, á fin de ensartarlas luégo en una generalización ó en un período oratorio por el cual se dé una misma forma y vida á las filosofías incoherentes y sofísticas del occidente y á los sueños teúrgicos del Oriente, y Cristo, y Mahoma, y el Sinaí y la guillotina de la Revolución francesa tomen un mismo sentido. Así, la gente que tiene más algarabías en su cabeza, más incoherencias y contradicciones en las ideas, miras más estrechas, entendimiento más enrevesado y torcido, es la que descubre mayores fruiciones de amor propio, ordenando y disciplinando las edades de la historia.

No puede negarse simplicidad al método para hacer de esta manera racional, lógica y uniforme á la historia, que es, por naturaleza, entre todos los estudios á que podemos dedicar nuestra investigación, el más irracional, incoherente, variable y refractorio á toda lógica. Se elimina cuanto puede disonar en la armonía del conjunto, se simplifica lo complejo, se funde en un lingote homogéneo todo lo acaecido desde la Creación hasta nuestros días, lo que sucumbió se declara caduco y estéril y condenado á perecimiento de toda eternidad. El sofista se sustituye á la Providencia, dicta fallos supremos y señala en todos los hechos enlaces inevitables y necesarios, leyes que se cumplen fatalmente. Parece así una Pitonisa con dón de profecías y visiones sobrenaturales para abarcar la eternidad de los tiempos, condensar en apotegmas la médula y el sentido íntimo de todo lo que ocurrió al Hijo del Hombre desde que vive en el planeta, dar la misteriosa clave de aquellos sucesos remotos que apenas dejaron de sí traza y recuerdo, y presentarnos, en fin, por mágicas invocaciones todo lo que yace en fragmentos dispersos, con la ilusión de unidad de acción y movimiento que las figuras de un espectrocopio nos producen.

Con tales algarabías, que ahora circulan como filosofías de la historia, cada cual encuentra su procedimiento especial para amoldar lo pasado á las conveniencias de la actualidad, y recla-

mar para sí, en nombre de estas pretendidas leyes inexorables de la historia, el dominio y disfrute de lo presente, á fin de que se abra el camino á las reivindicaciones de lo venidero.

El entendimiento positivo y práctico del Sr. Silvela, nutrido con la savia ateniense y romana del buen gusto, no podía caer en estos defectos. Comprende de otra manera más seria los trabajos de la historia, que como él dice muy bien, debe presentarse «sin preconcebido propósito de acreditar tesis liberales ó reaccionarias.» No se deja alucinar por las abstracciones teóricas y los sistemas generalizadores; prefiere, por el contrario, presentar realidades concretas, en donde cada cual pueda reconocerse á sí mismo y á los demás, y se limita á reproducir el cuadro de la vida tal cual es y como él mismo lo ve y observa entre sus contemporáneos. Si no tiene idolatrías ni ciegos entusiasmos, ni por lo pasado ni por lo presente, en cambio tampoco tiene la desgracia, frecuente entre personas de talento, de ponerse en contradicción pesimista y declarada y sistemática rebeldía con la historia de su patria ó con los tiempos que le ha tocado vivir, inutilizándose de esta suerte, bien sea para juzgar con recto sentido las obras de los antepasados, ó bien para prestar al país patrióticos servicios de gobierno, con el concurso de su actividad personal é iniciativa. En los juicios que emite el Sr. Silvela sobre las cosas y personajes del reinado de Felipe IV, hemos podido observar alguna prevención contra determinados caracteres, y alguna falta de equidad en la apreciación de ciertos sucesos. Tal vez se origine esto de las ilusiones de óptica producidas por el mismo prisma de los caracteres contemporáneos, al través del cual exmina los antepasados; tal vez también de cierta falta de flexibilidad en el juicio para penetrar en los más íntimos repliegues del fondo de las cosas y presentar á un tiempo la contradicción de matices, el reverso y el anverso que tiene todo lo de este mundo, y muy particularmente el carácter de cada sujeto. Pero, obstante tales lunares, en la historia del reinado de Felipe que él nos presenta, campea la realidad íntegra y viviente la sociedad y del ser humano, instable y múltiple de aspect

y se penetra en el espíritu de nuestras instituciones antiguas, descubriéndose las verdaderas causas de decadencia que precipitaron en el abismo á nuestro Imperio.

Al hacerlo así, no sólo ha producido una obra excelente de investigación en los anales patrios, y una narración de tan grande embeleso que difícilmente puede interrumpirse su lectura, sino que además ha prestado saludable ejemplo á los contemporáneos para preservarse del contagio de los rapsodistas de filosofía histórica, que tanto alborotan hoy nuestras tribunas, la prensa y la plaza pública. Mucho importa que estos buenos modelos logren ahora numerosos imitadores; así no sobrevendrá una degeneración del sentido histórico que peligra parecer infestado por las tesis de los ideólogos. Conviene que el que tenga dotes de artista y pluma que más parezca pincel que buril, se entregue á la escuela pintoresca y descriptiva, y alentado por el amor de nuestra época á la reproducción de los pormenores de arte é indumentaria y á la erudición y conocimiento de los hechos más menudos, cultive el género de los Bazante y Thierry, y hasta la misma novela histórica, con tal que sea fundada en hechos y caracteres reales, y no sobre la mera inventiva del autor. Conviene aún más todavía que dedique preferente atención á la historia quien sepa inquirir y retratar los ánimos de los hombres y no sus vestidos de seda, lana ó pieles. Conviene, por último y sobre todo, que el político que alcanza la más consumada experiencia de la vida lleve también al campo del historiador la sagacidad de penetración y el conocimiento de personas y negocios, y la habilidad en los manejos de gobierno. Y esto se ha de hacer sin temor alguno de que los tiempos pasados y presentes y los anales humanos resulten ennegrecidos por la pequeñez y miseria. Cuanto más patente y real resulte la triste condición del hombre y la pequeñez de los entendimientos más superiores, la vanidad de las más altas sa-
urías, la esterilidad de las supremas habilidades, combina-
ıes y recursos de los estadistas, el tejido miserable y frágil
insensatas pasiones, torpes móviles, podredumbre y corrup-
n con que se traman los sucesos; cuanto mejor se evidencie

esta degradación y desorden constante en que se agita la criatura humana, nos traerá con mayor fuerza á más altas y severas meditaciones el ver al hombre interviniendo con libre albedrío en todas las situaciones, y al mismo tiempo vibrando en el organismo de las naciones como un átomo incapaz de abarcar un número limitado de sucesos y desenlaces, impotente para producir y combinar las causas generadoras de la grandeza y decadencia de los imperios, y arrastrado en el torbellino de la existencia, sin poder penetrar los misteriosos orígenes y los destinos supremos de la vida de su patria. Y después de esto, cuando nuestra mirada, apartándose del espantable desconcierto y anarquía en que se mueve cada generación, penetre en la profundidad de los siglos, y desde la cumbre de las edades contemple á la humanidad conducida en masa por una voluntad suprema que ante ellos abre sin cesar nuevos horizontes y derroteros siempre imprevistos, y sabe engendrar con los elementos del desorden maravillosas armonías, nos parecerá asistir á una de las grandiosas é inenarrables escenas de la primera mañana de la Creación, veremos al espíritu de Dios flotando aún sobre el cáos humano, para la realización del eterno plan divino, y nos prosternaremos ante la Providencia. Pero el primer respeto que nos impone el dogma providencial con sus formidables sorpresas, es que no penetremos en su santuario para ataviarnos sacrílegamente con las vestiduras del profeta, sino que nos humillemos ante el misterio de sus decretos inescrutables. Así es como el hombre sacará siempre el mayor provecho de las grandes enseñanzas de la historia.

Joaquín Sánchez de Toca.

UNA REINA MODELO

Es la historia de España tan accidentada en nuestro siglo, fueron tantas las perturbaciones y trastornos ocurridos en él, que muy bien podemos decir que el llanto y la desdicha nos rodearon, sin notar la marcha del progreso más que en pequeños intervalos, los cuales fueron como plácidos oásis en el triste, extenso y ensangrentado arenal donde una lucha permanente y fratricida no da otros resultados que los de la muerte.

Recorrer los anales de nuestro pueblo desde que principiaron á germinar las ideas de la revolución iniciada en Francia, es tan doloroso que apena el ánimo, y sólo como contraste, y para hacer resaltar más las simpáticas figuras de los que contribuyeron á la paz y á la regeneración, es para lo que únicamente pueden evocarse tan dolorosos recuerdos.

Lucha primero entre un absolutismo soberbio, que se revuelve en sus últimos momentos contra la hermosa y espléndida libertad; lucha después entre ambiciosos que quieren anteponer un mezquino deseo al ideal de la patria, con los que defendian los principios constitucionales; y lucha, por último, entre los que, subordinando sus ideas al estrecho molde del pasado, quieren permanecer estacionarios, con los que, caminando la vista fija en el porvenir, desean armonizar los intereses creados por nuestros mayores con las aspiraciones demo-

críticas, que han de ser la mejor garantía en la edad venidera.

Para sobreponerse al encono de los ánimos, nacido por virtud de tales reyertas, es preciso, no sólo tener un alma bien templada, sino también una inteligencia superior y un corazón magnánimo; y si por las exigencias del destino, por los designios de la Providencia se empuñan las riendas del Gobierno, además de aquellas virtudes es necesario entregarse de lleno al servicio de la patria y no escasear los sacrificios personales, para mostrarse superior á esta sociedad egoista y fría en que vivimos y estar rodeados de la brillante aureola que á los Reyes ilustres les ha dado la sublime misión, de ser como el lazo que une á Dios con los pueblos.

No vamos hoy á recordar nombres esclarecidos de egregios personajes de nuestra historia antigua, basta evocar el recuerdo del último Rey para confirmar lo que decimos. Educado en la desgracia, viviendo en sus primeros años apartado de su patria, que tenía fija en él los ojos para engrandecerla, y hecho hombre desde muy joven, cuando se puso al frente de la Nación, rasgada en girones, decadente y empobrecida, tuvo que contener los ímpetus de su alma juvenil, amoldarse á las imperiosas necesidades del Estado y hacer un verdadero sacrificio en todas las esferas para aparecer superior á tantos hombres notables como cuenta España, unos ambiciosos, otros descreídos, y muchos, aunque leales, sin esa fe tan precisa en periodos turbulentos y de reforma.

Don Alfonso XII, con su talento y la virtud de hacerse agradable á todos, desbarató tenebrosos planes de sus contrarios, se hizo popular, respetado y querido, demostró estar á la altura de los tiempos en que vivía, concilió las opiniones de los partidos, engendró en la juventud que le tomó por modelo ideas de abnegación, de fe y de patriotismo; y si la muerte no le arrebatara en flor, es seguro que hubiera sido el Rey más estimado de Europa y uno de los que mayores beneficios hubie prestado á España.

Diez años de paz y de sensible progreso son la historia Don Alfonso XII, el cual, aunque muerto, puede decirse q

está presente aún en el Trono y que su inspiración y su alma toda son las que dirigen nuestros destinos; pues de tal manera supo legar á su nobilísima esposa, á su buena, discreta é ilustrada consorte Doña María Cristina sus sentimientos, que nadie mejor que ella puede continuar la obra principiada y ser santo eslabón que enlace la memoria del Rey muerto con el porvenir del Rey niño, el cual, siguiendo las inspiraciones de su madre, como Fernando siguió las de Doña Berenguela, será un Monarca tolerante y prudente, de vida ejemplar y de condiciones superiores, tal como las necesita el pueblo español, que si ha sabido sacrificarse por sus Reyes, también ha tenido la desdicha de recibir muy repetidos y amargos desengaños de los mismos.

Cuando desde la primera edad se viene conociendo á un Rey, del cual se cuentan hasta las sonrisas infantiles, que se le victorea, apenas percibe los primeros vivos resplandores del sol y se le sigue en todas las evoluciones de su vida hasta que empuña el cetro, no hay necesidad de relatar á los pueblos su historia, ni de que él tampoco dé otras muestras de su hidalguía que aquellas que fueron sucesiva y espontáneamente saliendo de su alma; pero cuando por divinos arcanos se ocupa un Trono sin esperarlo, como le ha sucedido á nuestra Reina Regente, es preciso ser muy superior y tener condiciones tan altas, que desde el primer instante fijen la atención de los estadistas más ilustrados, para luégo difundirlas y popularizarlas, á fin de que la nación comprenda que, aun en los trances de más amargo dolor, en los momentos de peligro más grande, surge á veces la figura de una mujer como Doña María de Molina, como Doña Isabel la Católica, como Doña Blanca de Castilla, como Doña María Teresa de Austria, que puede servir para continuar la obra de un gran Rey.

Por esta razón, y guiados nosotros del deseo de dar una idea neral al país acerca del modo de ser de nuestra Reina, he- os recogido las impresiones más salientes que respecto de la isma han fijado la atención, desde el momento en que el Rey fonso, saliendo de España en busca de consuelos para llenar

el vacío de amor que le dejara la muerte, los halló en la noble Princesa de Hapsbourg, hasta que ella, anegada en llanto y sumida en el más hondo pesar, se ha visto cubierta con las negras tocas de la viuda.

En las extensas arboledas de un pueblecillo francés que el Océano baña y poetiza, en un apartado retiro de las fingidas alegrías cortesanas, nació la sublime pasión que ha dado hermosos días de ventura al malogrado Don Alfonso; allí fué donde verdaderamente empezó la que hasta entonces se presentaba como fría y seria Princesa, á revelarse como mujer de sentimientos delicados, de viva penetración y de inteligencia superior: si la razón de Estado pudo llevar á Don Alfonso en busca de Doña Cristina, la suprema ley del amor le subyugó hasta el extremo de que él, que había creido no volver á encontrar nunca quien pudiera sustituir en su alma á la bellísima Mercedes, llegó á comprender cómo en los altos designios de Dios cabe siempre algo superior á lo alcanzado por los hombres.

Doña Cristina vió que tenía que luchar, en aquel amor que había concebido por el simpático y joven Príncipe español, con el recuerdo de una mujer idolatrada por él y con las dificultades de no haber nacido en esta clásica tierra española, á la cual rendía ferviente culto Don Alfonso; y por eso en primer término trató ella de identificarse místicamente, en la dulzura y la pasión á su marido, con la esposa muerta, para lo cual tuvo el retrato de la misma desde los primeros instantes en su presencia, y la historia de sus bondades dentro de su corazón, y consiguió querer á España y sacrificarse por ella, como si bajo nuestro cielo hubiera arrullado su madre los primeros días de su infancia.

Enamorada de Don Alfonso, santificó su hogar, endulzó sus penas; y en los días de verdadera preocupación política y cuando él, cansado de la tarea de un gobierno tan difícil como el de España, se retiraba al interior de su Palacio, encontraba aquella figura simpática y querida de su esposa, aquel dulce mirar de la que, próxima á ser madre, quería dejar en el Pala-

cio de Oriente un recuerdo vivo de los ensueños del Rey, solicitando de Don Alfonso que su primer vástago llevase el nombre de aquella que en los encantadores días de su vuelta del destierro, había sido el hada misteriosa que le enseñara el camino de la gloria.

Todos hablan de los Reyes, todos tienen ocasión para censurarlos, muchos son los que, arrastrados por la adulación, los aplauden; pero pocos los que los estudian imparcialmente, y de ahí los grandes errores que se cometen y las inmensas injusticias que se realizan; por eso al abrirse la tumba, y cuando comienza la posteriodad á hacer las necesarias comparaciones y ver los peligros que amenazan, es cuando en realidad viene el sello de la justicia á dejar una indeleble marca en la historia, para que sirva de guía á las nuevas generaciones. Así vemos hoy con pena extraordinaria la falta de Don Alfonso, y ella debe prepararnos el ánimo para tratar, no sólo con respeto y cariño especial á la digna continuadora de su reinado, sino también con veneración profunda á la que como Reina cristiana, como noble nieta de María Teresa y émula distinguida de Princesas, viene á ser hoy *una Reina modelo.*

Ella ha demostrado tener la honestidad y la dulzura de la Reina Clotilde, el valor y energía de Doña Urraca, y aquél tino y talento para tratar las personas que poseía la bella Duquesa de Albany, regeneradora de su padre, Carlos de Estuardo.

Una de las más brillantes páginas de la aún corta, pero dolorosa vida de Doña María Cristina, es aquella en que, cuando luchaba el Buen Don Alfonso entre la vida y la muerte, supo aún, traspasada de dolor, presentarse ante él, tan amante y firme en medio de su quebranto, que no llegó á comprender el Rey los peligros que corría su preciosa vida; y después, cuando arrebatado por la muerte, tuvo la presencia de ánimo bastante y el suficiente valor, para cubrirlo de flores en su lecho mortuorio, como demostrando al mundo que derramaba sobre él todas sus caricias, con la persuasión de recogerlas en el cielo: y todavía ha dado una prueba mayor de abnegación, al acompañar su cadáver desde el Pardo, cuna y sepultura de su amor, hasta el

soberbio Palacio de Oriente, donde parece que aún escucha los ecos de la argentina voz del Rey, y donde á cada paso y en cada sitio se queda extasiada viendo al adorado de su alma, que desde las alturas vela por ella.

Siempre se ha creído que las Regencias en los pueblos y el reinado de las mujeres suelen ser causa de debilidad para aquéllos; y si en muchas ocasiones es verdad que esto ha ocurrido, también lo es que hay ejemplos de gran estima que presentar como excepciones, y entre ellos seguramente ha de poder contarse el de la madre de Don Alfonso XIII, como se cuenta el de la Reina Victoria de Inglaterra.

Cuando los ingleses, que son los más frios y prácticos de Europa, se encontraron con que la Monarquía venía á recaer en la joven Doña Victoria, después de las imposiciones de los Jorges y de la lucha sostenida para la reforma social y política en la Gran Bretaña, creyeron el suceso casi como providencial, para convertir aquellas imposiciones personales, en el pacífico reinado del pueblo; y cambiaron una Monarquía ruda y decadente, en el Gobierno constitucional más tranquilo y provechoso por su popularidad, por su progreso y por el aprecio grandísimo que el pueblo tiene á su Monarca.

Bien podríamos aquí, si tratásemos de un estudio político, hacer aplicaciones á nuestro estado actual y entrar en puntos de comparación sobre lo que ha ocurrido con la Reina inglesa y lo que sucedió y está sucediendo con la República en otras naciones; pero quédese esto para otra ocasión, ya que hoy sólo tratamos de presentar á los lectores algunos de los rasgos característicos de nuestra Reina, á quien uno de los periódicos republicanos más autorizados de España, *El Liberal*, ha pedido recientemente que el pueblo español, la ortorgue la mejor de todas las coronas, «La Corona de la Piedad.»

Apenas ha trascurrido un año después de la muerte de Don Alfonso, y ya Doña María Cristina, á pesar del aislamiento y s ledad en que vive por su tristeza, ha dado nuevas muestras d que, como ha dicho un notable político español, *hay en ella tod las condiciones para un gran Rey:* desde la organización adm

nistrativa de la Real Casa, cuyos fondos destina principalmente á obras de verdadera caridad, sin ostentación, hasta los negocios más árduos de la política, de la Hacienda del Reino y del Ejército, han sido por ella estudiados y tratados con inteligencia superior y especial acierto, hasta el extremo de indicar todos los Ministros responsables, sin excepción, que les sorprende la maravillosa actividad con que examina todos los problemas, por difíciles que sean, y el buen golpe de vista que tiene para acordar las resoluciones.

Muchos de los diplomáticos y representantes de las naciones extranjeras, que han conversado con Doña María Cristina en sus respectivos idiomas, los cuales ella posee en su mayor parte, porque ha tenido una educación literaria de primer orden, se quedan admirados al observar cómo la ayer modesta y sencilla consorte de D. Alfonso, que sólo se ocupaba en hacer agradable la vida de su esposo, hoy, en medio de sus desdichas, se sobrepone á todo en bien á España y prepara un reinado feliz y próspero para su hijo, á quien mece en sus brazos durante los pocos momentos que le quedan en la actividad de su vida pública.

En el libro de los proverbios se dice que el joven sigue siempre la educación que le imprime su madre en los primeros años y no la deja ni aun en la ancianidad; y el célebre Maeistre asegura elocuentemente «que nada hay que pueda reemplazar la educación de una buena madre, la que, si cumple el deber de imprimir el sello de la virtud sobre la frente de su hijo, es casi seguro que el sello del vicio no lo borrará jamás.» Por eso los españoles tenemos más que agradecer á la Reina, porque no sólo en estos azarosos días de lucha en que nos encontramos se desvela por la paz y el progreso de la patria, sino que con las virtudes que posee y la enseñanza que dará á sus hijos, llegará Don Alfonso XIII á ser un Rey como lo han sido ;unos ilustres antecesores suyos, honra de España, y seguirá nbién la conducta de su inolvidable padre, que seguramente ıpa uno de los primeros lugares en la historia de nuestro ıs.

Viuda y joven Doña Cristina, recordará á su hijo lo que al gran Crisóstomo decía su virtuosa madre: «Hijo mío: por nuestra desgracia, quedaste huérfano y yo viuda en edad temprana. No hay palabras que puedan describirte la consternación y confusión en que se ve una mujer joven que, recién salida del techo paterno, desconoce los negocios, y que el mismo día en que la voluntad de Dios la sume en la más profunda aflicción, se ve obligada á tener nuevos cuidados, impropios de su debilidad, de sus años y de su sexo. Pero yo, previniéndome de los malos procedimientos de los allegados, supliendo la negligencia de los servidores, cuidando de librarme de su malicia y sufriendo también con constancia y bondad las injurias de los contrarios, me he mantenido firme en medio de las tempestades, fiando en la gracia del cielo, resuelta á sufrir todas las tribulaciones de la viudez y de la suerte, sostenida por el consuelo de ser útil á nuestra patria y de verte siempre digno hijo mío.»

Con esta esperanza fundadísima, bien puede el pueblo español ponerse en todas ocasiones con decisión al lado de la augusta viuda de Don Alfonso XII, que ahora mismo acaba de dar la prueba más irrecusable de su grandeza y de su piedad, que jamás se ha visto entre nosotros.

No hace muchos días que, en hora suprema para desgraciados militares que habían infringido la disciplina, atentando contra la Monarquía, que cuando por la fuerza inexorable de la ley debían sufrir la terrible pena de muerte, para lo cual les faltaban pocos instantes, por hallarse ya encerrados en la sombría capilla de los que se preparan á morir, Doña María Cristina, contra la opinión de su Gobierno, contra la opinión de muchos de sus servidores, obedeciendo sólo á los impulsos de su alma bellísima y á su intuición política extraordinaria, les perdona y vuelve la preciada vida, á los que, si antes protestaban contra las instituciones, hoy se arrodillan ante las gradas del Trono y bendicen con las lágrimas en los ojos á la madre del Rey, en cuyo nombre les fué otorgado el perdón.

Todas las clases sociales, desde los que ocupan las más altas jerarquías en la Iglesia, en la Administación y en el Ejér-

·cito, hasta el más humilde bracero que día y noche trabaja para ganar el sustento de sus hijos, bendicen y victorean á Doña Cristina, á la noble viuda de Don Alfonso XII, á la Reina modelo que supo atraer las miradas de todo el mundo civilizado sobre sí, por la piedad, por el talento y por su bondad innata; á la Reina que en solemnes momentos de amargura, en críticos instantes para el reinado de su inocente hijo, levanta su alma hasta el Supremo Hacedor, y agitada por la emoción, radiante por la virtud y conmovida ante un pueblo que la suplica, saca de entre las sombras á los desgraciados, y repite, dentro de su corazón estos sentidos versos de un inspirado poeta.

Quiero que de la noche de la muerte,
surja gentil el astro de la vida.

Dios premie sus virtudes, Dios conserve su preciosa vida, para que al llegar á la edad viril el Rey niño pueda recoger, con la valiosa herencia de sus mayores, la santa bendición de una madre á quien el pueblo español considera como su ángel tutelar.

Jesús Pando y Valle.

UNA LECCIÓN PROVECHOSA

Así como en el mundo material la fuerza aplicada á un punto desarrolla, en virtud del principio de la reacción, una fuerza igual y contraria á la primera, en el espíritu público se nota parecido fenómeno, por el cual las ideas y sensaciones que le han impresionado con más ó menos intensidad, desenvuelven al cabo otras manifestaciones que se oponen directamente á aquéllas. Esto, que puede decirse es ley general de la inconstancia en las muchedumbres, se hace más palpable en el pueblo español, que por su carácter ardiente, apasionado y voluble, se arrebata con facilidad, llega á entusiasmos que rayan en delirio, y con igual prontitud cae en completo marasmo que le hace mirar con indiferencia lo mismo que antes le exaltara y enardeciera.

Muestra evidente nos ha dado el reciente conflicto tenido con Alemania por los sucesos ocurridos en el pasado año en el archipiélago carolino. Apenas el cable trasmitió á la Península noticia del torpe insulto que una nación, tenida por amiga, había inferido al pabellón español en tan apartadas regiones, la indignación general no tuvo límites. Todos recordarán perfectamente aquella efervescencia de pasiones, aquel grito unánime de airada protesta, aquellas manifestaciones tumultuosas extendidas con la velocidad del rayo hasta los últimos confines

de la Monarquía, y las ofensas que, sin temor á futuras consecuencias, se dirigieron por todas las maneras posibles al pueblo agresor. ¡Magnífico espectáculo el que dió España entonces al mundo entero! Su proverbial hidalguía y entereza, el noble entusiasmo por la independencia, la arrogancia con que siempre ha desafiado al coloso que trató de manchar su honor con sólo la sombra de una afrenta, el varonil arranque de sus hijos, dispuestos sin vacilación á sacrificarse por la patria, y tantas otras condiciones que hicieron de ella en pasadas épocas una nación grande entre las grandes, se mostraron á un tiempo mismo y todos pudieron admirar en aquel atrevido reto, lanzado al rostro de la potencia más temida de Europa, que si la historia ha estado llena de sus hazañas, el mundo de sus héroes y la tierra de sus mártires, todavía, abatida y pobre, alienta en su ser un espíritu capaz de las más sublimes epopeyas, espíritu que no se humilla ante las fuerzas del tirano ni se arredra por los reveses de la fortuna. ¡Ah! Si en aquella triste ocasión los poderes públicos hubiesen estado dirigidos por hombres capaces de comprender hasta dónde llega la heróica desesperación de un pueblo que se siente herido en sus más caros intereses, si en vez de comprimir y ahogar aquella explosión de coraje, se le hubiese abierto el cáuce que marcaban las circunstancias, y si sólo se hubiesen tenido en cuenta los altos y primordiales destinos de la patria, es seguro que se habría salido mejor librado del lance, sin que las iras de Alemania, que tanto temían los prudentes, se hubiesen desencadenado sobre nosotros, pues difícil parece que un poderoso se exponga á ser maltratado por arrebatar girones á la capa de un infeliz.

Pero se creyó más conveniente recurrir á arreglos, y el pueblo español que, si siempre ha sobresalido por su valor y tenacidad en la lucha, nunca ha despuntado gran cosa en cuestiones diplomáticas, se fué enfriando á medida que se alargaban ɜ negociaciones, hasta llegar á caer en ese marasmo de que blaba al principio, tanto más profundo cuanto mayor fué la citación que le precedió.

Esta gran impresionabilidad de nuestro carácter, si bien

ofrece grandes ventajas, no está exenta de sérios inconvenientes. Nadie duda que, en momentos críticos y determinados, la nación española puede realizar actos de verdadero heroismo en pro de su dignidad é independencia; pero no es menos cierto que le falta la serenidad necesaria para estudiar con detenimiento y sangre fría los hechos ya pasados, sacando de ellos provechosas enseñanzas para el porvenir. Seguro es que en Agosto del año último, la mayor parte no hubieran perdonado gasto ni sacrificio por informarse de una de las más insignificantes notas que se cruzaron hasta la resolución del conflicto; y después, cuando se ha abierto más de un proceso para el esclarecimiento de aquellos hechos, cuando se han hallado en la Península algunos de sus protagonistas, y cuando se pueden examinar á placer todos sus detalles para deducir los méritos y responsabilidades que á cada cual corresponden, ni una voz se levanta en el Parlamento, ni un comentario se circula en la prensa, y al aparecer un libro que, como el titulado *La ficción y la verdad de lo ocurrido en Yap*, por D. S. Marenco, contiene las instrucciones más íntimas y ocultas, aquellas instrucciones que fueron á un mismo tiempo tan debatidas é ignoradas, los periódicos que de él se ocupan le dedican, cuando más, una sencilla noticia bibliográfica, resultando de aquí que la mayor parte de los españoles, después del tiempo trascurrido y á pesar de lo que se excitó la atención pública, ignoran aún los verdaderos móviles á que obedecen aquellas extrañas anomalías que tanta indignación produjeron.

Nosotros no hemos de entrar en el detallado análisis de este libro, aun cuando nos haya impulsado á escribir el presente artículo. El autor fija su principal atención, como así debe ser al tratar cuestiones tan delicadas, en copiar literalmente todos los documentos oficiales que jugaron en tan triste ocasión. Sería necesario, pues, para que el lector pudiese formar cabal idea, que trascribiéramos íntegros los expresados documentos, lo cual no permite la índole de este reducido trabajo. El señor Marenco, que debe estar perfectamente informado, á juzgar por los numerosos datos de origen oficial que suministra, principia

haciendo una breve reseña histórica del archipiélago carolino, explica después los preparativos de la expedición, y entra, por último, á examinar los hechos ocurridos en las aguas de Yap entre nuestros buques y la goleta alemana.

Antes de partir el *San Quintín* y el *Manila* para el archipiélago carolino, ya hace notar el autor las injustificables tardanzas que tuvieron lugar, y sin las cuales la toma de posesión se hubiera verificado con toda tranquilidad y sin ningún tropiezo. En el mes de Marzo de 1885, á la vuelta del crucero *Velasco* de un viaje de exploración hecho á las Carolinas, ya se pensó organizar la expedición; en Junio, es decir, tres meses después, apareció en el *Diario oficial de Manila* el Decreto creando aquel Gobierno y nombrando para desempeñarlo al Teniente de navío de segunda clase D. Enrique Capriles y Osuna; y todavía pasaron dos meses más en salir de Filipinas los buques que habían de verificar la toma de posesión. Estos retrasos son tanto más inexplicables, cuanto que, según afirma el Ministro de Estado español en una de sus comunicaciones al Príncipe de Bismarck, el Conde de Solms había notificado, en nombre de su Gobierno, el propósito que éste tenía de declarar el protectorado sobre el archipiélago carolino, y esta notificación se hizo *antes que partiera la expedición de Filipinas.* Es inconcebible, pues, que el Gobernador general de aquellas islas no tuviera la más sencilla noticia de esto, y sólo así se comprende que en las instrucciones dadas al Sr. Capriles no prevea el caso que desgraciadamente había de ocurrir y se extienda, en cambio, detallando prolijamente las formalidades que llenaría para la toma de posesión, formalidades que habían de retrasar más aún el izar nuestra bandera en aquel territorio, y á cuyo retraso se debió en definitiva el acto realizado por la goleta *Iltis.*

Nosotros no vamos á discutir los hechos ya consumados y resueltos bien ó malamente. Pero sí quisiéramos que, una vez terminado el misterio que generalmente rodea á estos asuntos internacionales, calmada la efervescencia de las pasiones y aceptado el arreglo que puso fin al conflicto, se hubiera hecho

mucha luz, en todas partes y de todas maneras, para ver y apreciar la conducta de cada cual, y en particular de aquel Gobierno, que entregándose á una que pudiéramos llamar culpable inercia, no tomó desde el primer momento, noticioso de lo que se intentaba, las medidas necesarias, no hizo las reclamaciones oportunas para que, sin necesidad de toma material, se hubiese reconocido nuestro derecho sobre aquellas islas, derecho sancionado por su descubrimiento, derecho sancionado por su nombre, derecho sancionado por repetidos actos de soberanía, derecho sancionado, en fin, por la opinión del mundo entero, que durante dos siglos lo había aceptado implícita y explícitamente. En estos hechos, que atañen por tan directa manera á la integridad y honra nacional, en estos hechos, que no son de uno, sino de todos, no debe escatimarse medios para dar las debidas censuras y recompensas, no es posible dejar ningún detalle en la oscuridad; no basta calmar la opinión, es preciso satisfacerla.

Extrañas son también las instrucciones que recibió el señor Capriles del Gobernador general de Filipinas. Quisiéramos copiarlas íntegras, porque dignas son, en verdad, de ser conocidas de todos; pero su extensión no lo permite. De ellas se desprende claramente, como hace notar muy bien el Sr. Marenco, que se trataba, no de tomar posesión de un territorio español, sino de adquirir el *derecho de su posesión*. ¡Y eran las mismas autoridades españolas las que sentaban este triste precedente! Muchas son las anomalías que pudiéramos deducir de su estudio; pero, para no pecar de prolijos, citaremos un hecho sólo, que puede servir de norma para juzgar las infinitas contradicciones, las inconcebibles torpezas y los errores de todo género que se cometieron en este asunto. Noticioso al fin el Gobernador de Filipinas, por telegramas que recibió de la Península, de las intenciones de Alemania, comisionó al crucero *Velasco* para que marchara, sin pérdida de tiempo, á Yap, llevando nuevas y más terminantes instrucciones, á las cuales habían de ajustarse los Jefes de la expedición caso que surgiera algún conflicto con buques extranjeros. Hay que advertir desde lu-

go que esta misión, cuya urgencia no es preciso encarecer, se confió al *Velasco*, que se hallaba en Joló sin carbón, víveres ni agua, y que tenía que tardar bastante tiempo, como efectivamente lo tardó, en prepararse para salir á la mar; cuando, de haberlo sido otro buque cualquiera en mejores condiciones, hubiera llegado á Yap dos días antes que la *Iltis*, evitándose así lo ocurrido; pues sin llevar formalidades de ninguna clase, hubieran tomado nuestros marinos posesión del archipiélago. Pero no es esto todo. Se hallaba el *Velasco* en Zamboanga, á punto de levar anclas para dirigirse á Yap, cuando recibió su Comandante un oficio, conducido por el *Don Juan*, que decía:

«Si al recibir la presente no hubiera aún llegado á Yap con el buque de su mando, desde donde quiera que se lo entregue el Oficial comisionado al efecto, regresará V. S. á Zamboanga, toda vez que la ocupación de dicha isla por los alemanes hace innecesaria la presencia en ella del *Velasco*.

Dios, etc. Manila 21 de Agosto de 1885.—*Bula*.»

¡Veintiuno de Agosto! ¡La goleta Iltis *apareció en Yap el* 25*!* ¡Es decir, que cuatro días antes de que ningún buque alemán se presentase en aquella isla, ya se afirmaba en Filipinas su ocupación por los alemanes! ¿Cómo explicar semejante anomalía ¿Es de suponer que en asunto tan delicado se procediera de ligero y no se tomasen todas las precauciones necesarias para evitar errores como el que dejamos consignado?...

Pasemos por alto otros extraños hechos y humildes concesiones que se desprenden de las mencionadas instrucciones, y vamos á ocuparnos de uno de los puntos más difíciles de esta tan difícil cuestión: la conducta de los marinos españoles en las aguas de Yap.

Cuando se supo en la Península que nuestra bandera había sido arriada ante las intimaciones del Comandante de la *Iltis*, llegó á su colmo la indignación popular. El primer momento ó de estupor y sorpresa. No se comprendía, en efecto, que estra marina, esa marina que tantas pruebas tiene dadas de lor y osadía, que ha sabido morir cuando no ha podido ven-r, hubiera manchado su brillante historia con un hecho ver-

gonzoso, y el asombro llegaba al límite considerando que aquella humillación había sido impuesta por una débil goleta, vieja y averiada. No, no era posible suponer que por cobardía nuestros marinos toleraran semejante insulto al pabellón español. Sin embargo, la opinión pública, que necesita en esos momentos alguna víctima sobre quien descargar su cólera, no vaciló en sacrificar á los Jefes de la expedición. El Gobierno no hizo nada por evitarlo, antes bien, fomentó la creencia de que ellos eran los vereaderos culpables, y sin más aclaraciones telegrafió á Filipinas para que fueran sometidos á sumaria y suspensos desde luégo de sus empleos. Esta conducta del Gobierno, aunque no es justa ni correcta, era una consecuencia forzosa de la situación en que se hallaba colocado. Nada más fácil que poner de manifiesto la rectitud con que habían obrado nuestros marinos; bastaba dar á conocer íntegras las instrucciones que llevaban, y así lo pedían todas aquellas personas sensatas que no hallaban aceptable explicación de semejante hecho. Pero esto hubiera sido venderse á sí mismo; la responsabilidad que se descargaba de ellos caía por completo sobre los que habían impulsado á obrar de ese modo. ¿Qué extraño, pues, que el Gobierno, lejos de mostrar la verdad clara y concreta, tratase de oscurecerla, extraviando así la opinión? ¿A qué hubiera obedecido, si no, ese misterio inquisitorial que ha rodeado desde un principio todas las negociaciones, cuando tan excitada se hallaba la nación entera y tan necesario era satisfacer su natural ansiedad?

De las dos sumarias que se instruyeron en esclarecimiento de lo sucedido, resultó plenamente probada la lealtad de los procesados y fueron repuestos en sus empleos. El Sr. Marenco, con las instrucciones á la vista, deduce fácilmente que á ellas se ajustaron nuestros marinos, y se queja con amargura de que así no se hubiese hecho constar desde un principio, evitando el sonrojo que, la sola duda, había de producir en aquellos dignos oficiales. Nosotros, sin desconocer que cumplieron su deber, juzgamos, sin embargo, que pudieron quedar más airosos en aquellas difíciles circunstancias, y que, sin salirse de los lími-

tes de una enérgica prudencia, tenían medios para dejar mejor parado el honor nacional y cubrirse ellos mismos de perpetua gloria.

En la tarde del 25 de Agosto llega á Yap una goleta alemana. Aprovechándose de la oscuridad de la noche y de un fuerte chubasco que descargaba en aquellos momentos, desembarca unos cuantos marineros y coloca en tierra la bandera de su nación. He aquí todos los derechos de posesión que tenía Alemania sobre las Carolinas. ¿Pueden compararse, por ventura, con los de España? Como ya hemos dicho, su descubrimiento, los actos de soberanía que allí hemos ejercido en repetidas ocasiones, la opinión de todos, aquella misma expedición que iba á tomar *posesión material* del archipiélago, y el desembarco de efectos que ya había efectuado, pregonaban de una manera indiscutible que en él sola y legítimamente podía ondear la bandera española. Nuestros marinos no desconocían nada de esto, y no era, por tanto, preciso valerse del engaño, como lo hizo con impremeditado arrojo el Sr. Capriles, para que fuéramos respetados en nuestra posesión. España no necesitaba levantar su bandera en aquel territorio, porque hacía dos siglos que le pertenecía. Se trataba, pues, pura y simplemente, de un despojo, de una agresión injusta, de un acto de piratería, y se estaba en el caso de rechazarlo con la fuerza si las razones no eran atendidas. Verdad que existían unas instrucciones de las cuales no se deducía con perfecta claridad nuestro derecho de posesión; verdad que en ellas se recomendaba evitar cualquier conflicto que ocurrir pudiere; pero esas instrucciones eran letra muerta, porque nuestro derecho no podía depender, en modo alguno, de lo que ellas dijesen, y aquella recomendación quedaba sin efecto desde el momento que se trataba de un acto vandálico que comprometía el honor y la integridad de la patria. ¡Ah! también Daoiz y Velarde no ignoraban que había orden terminante, que hace más fuerza que unas confusas instrucciones, para que las tropas permaneciesen acuarteladas el 2 de Mayo de 1808, y, á pesar de ello, desobedeciendo aquella orden, se lanzaron á las calles de Madrid para animar con

su ejemplo y regarlas con su propia sangre. ¿Qué censuras ha merecido á sus contemporáneos y á la historia el comportamiento de aquellos heróicos Oficiales? ¿Acaso por que medie un papel, aunque se halle autorizado, no por el Gobernador general de una provincia, sino por los poderes más altos de la nación, se creerá nadie obligado á prestarle ciega obediencia cuando atenta de una manera evidente á lo más santo y querido de la madre patria? No creemos que ninguno, ni el mismo Sr. Marenco, que con tanto calor defiende á los marinos, pueda pensar así.

Hacemos estas consideraciones, no con ánimo de culpar á los que han cumplido conforme se les había mandado, que ya comprendemos no se encuentra á cada paso un Daoiz y un Velarde, ni todos los hombres están obligados á ser héroes; pero ¡cuándo se presentará á los Sres. España y Capriles ocasión tan propicia de inmortalizar sus nombres! Por lo mismo que las instrucciones que llevaban no eran terminantes; por lo mismo que se hallaban lejos de la Península, á la cual representaban en aquellas apartadas regiones; por lo mismo que el insulto era manifiesto y el atropello injustificable, pudieron, sin detenerse á reflexionar en futuras consecuencias, imponer á la goleta alemana respeto y vasallaje ante la bandera española; y si después de esto la soberbia de los poderosos atraia sobre nosotros un cataclismo, podian quedar con su conciencia tranquila, en la seguridad de que la patria nunca culpa á sus hijos de la sangre derramada, cuando se han portado como buenos en defensa de sus más sagrados intereses.

Pero aun sin llegar á tal extremo, pudo obrarse con más energía de lo que se hizo. Colocándose en el punto de vista más desfavorable para nosotros, eran iguales, por lo menos, las condiciones en que se encontraban españoles y alemanes frente á Yap. Propósito llevaban los alemanes de posesionarse del archipiélago; igual fin conducía á los españoles; alegaban primeros tener izada allí su bandera; más y mejores derec podian alegar los segundos, y por tanto, si se quería ev conflictos, lo justo y natural parece, que ni bandera espa.

ni bandera alemana quedase plantada en las islas, y que unos y otros hubiesen marchado á dar cuenta á sus respectivos Gobiernos de lo ocurrido, para que ellos decidieran con entera libertad y sin verse obligados por nada de lo que en Yap había sucedido.

Vamos á terminar este artículo con algunas consideraciones que, aunque de indirecta manera, apoyan mucho de lo que dejamos escrito.

Nosotros hemos visto y hablado al Sr. Capriles cuando llegó á Madrid decidido á contar *toda la verdad* sobre este asunto. Hemos esperado con verdadera impaciencia las declaraciones de quien tan activa parte tomó en él, y hemos esperado en vano, hasta ver que el Sr. Capriles salía con un Gobierno para Filipinas y ascendido en un empleo. Al Sr. España se ha concedido otro. ¿Por qué estos ascensos? ¿Qué méritos han contraído para ello? ¿Es que ya el cumplir con su deber y el atenerse estrictamente á las órdenes que se tienen recibidas, constituye servicio tan extraordinario que merece cumplida recompensa?.....

Dejamos sin resolver tales preguntas y puesto que todos se conjuran para correr un velo sobre esto, pasemos nosotros también de ligero, que nada honroso puede encerrarse en hechos que tanto empeño hay en ocultar.

Concluimos recomendado á todos el libro del Sr. Marenco, y á los que le crean añejo é inoportuno, diremos sólo que siempre conviene volver la vista al pasado para estudiar sucesos que, si bien no pueden ya modificarse, pueden, como el que ha sido objeto de este trabajo, servir de *provechosa lección* para el porvenir.

C. Ruiz Martinez.

PIETRO SICILIANI, PROFESOR Y FILÓSOFO

Conocida es ya de todos la desgraciada muerte de este ilustre profesor de Filosofía teórica y de Pedagogía en la Universidad de Bolonia, ocurrida en Florencia, («donde había marchado para restablecer su salud, quebrantada por el continuo trabajo intelectual, al cual se entregaba con una actividad sin reposo)» el 28 del pasado Diciembre.

La prensa toda ha manifestado su dolor por tan infausto acontecimiento, reconociendo en él la enorme pérdida que la patria ha sufrido; pero á nuestro entender son muy pocos los que ven en el mismo algo más que el vacío que deja el escritor y el filósofo, cuando realmente no es este su único mérito; lo era también, y grande, su manera característica de educar, tan diferente de la que de ordinario se emplea y tan en armonía con los verdaderos y sanos principios pedagógicos que el propio Siciliani defendió y propagó tan calurosa y ardientemente, venciendo la fuerte oposición que se le hizo cuando comenzó su propaganda. Por esta razón, y porque quizá la figura de Pietro Siciliani, *profesor*, es tan notable como en cualquiera otro aspecto bajo que se la mire, creemos oportuno decir algunas palabras acerca de este punto, con tanto más motivo, cuanto que es uno de los que mayor interés tienen para

la tan deseada reforma de la educación y de los procedimientos docentes.

Por otra parte, quien haya leído las numerosas y apreciables obras de nuestro filósofo y pedagogista, se halla en disposición de estimar sus excelentes dotes y sus grandes merecimientos como tal; mas quien no ha frecuentado su clase, no puede juzgarlo en cuanto maestro y creador de maestros, en cuanto redentor de inteligencias esclavizadas por los pecados de otros maestros menos aptos.

I

Por todas partes domina el método de enseñanza con que todos hemos sido educados, y son muy raros los profesores que saben apartarse un poco de él; porque al cabo, por gran talento que se tenga, este talento vive, y obra y se desenvuelve conforme es, y vive, y se desenvuelve y obra la sociedad y el medio que le rodea. A lo más, se ven algunos que repugnan, «en teoría,» como se dice, el tal método; pero en el hecho no saben—casi nos atrevemos á decir *no pueden*—sustraerse á él. Este es, en nuestro sentir, uno de los títulos que más enaltecen á Siciliani; el de ser un profesor verdaderamente libre, el de practicar aquello mismo que en tantas ocasiones y por tantos modos había defendido y propagado. No era su clase un mero hacinamiento de alumnos (como de ordinario), que por cumplir el llamado «deber de asistencia» van á oir á su profesor el tiempo reglamentario, sin creerse obligados á otra cosa, una vez concluída la lección, que á aprenderla por modo mecánico y con gran fastidio, para repetirla al siguiente día, si á ello son requeridos. No era una escuela oficial, donde del profesor al alumno existe una infranqueable barrera y donde á este último no está reservada otra función que la de recoger rutinariamente la doctrina que en él han vertido como en un receptáculo, y de devolverla de manera análoga, sin osar—esto es imperdonable para ciertos profesores—hacer humildemente

cualquier observación que le ocurra. No había, en fin, en Siciliani ese tipo tan general del profesor académico pedantesco, que presume saberlo todo y encontrarse á incalculable distancia de sus discípulos, imposible de salvar; de ese profesor, cuyo principal prurito está en hacerse temer, no amar; de ese profesor que á duras penas dirige su saludo de amigo al discípulo, que nunca se interesa por el bien de éste y con el cual no ha tenido jamás otras relaciones que las frías, formales, ceremoniosas, que tan gráficamente expresan las palabras *profesor* y *alumno*, en lugar de esas otras relaciones de afecto, de amoroso compañerismo, de intimidad paternal y filial que asimismo condensan las palabras *maestro* y *discípulo*.

La diferencia que existía en este punto entre la cátedra del insigne pedagogista y tantas otras, merece fijar la atención. El que por vez primera la frecuentaba, venía agradablemente sorprendido, por la familiar intimidad reinante dentro de ella entre el que ocupaba la tribuna del docente y los que se acomodaban en los bancos, hasta el punto de que, en ocasiones, más que profesor y alumnos, eran una congregación de amigos interesados solidariamente en algún problema científico, cooperando cada cual á su solución según sus alcances y medios, con la sola particularidad de que uno de los reunidos tenía sobre los otros la autoridad que su mayor experiencia y saber le daban, pero sin quedar vedado por esto á los otros la libre exposición de sus ideas y opiniones.

Fueran todas las escuelas, cátedras, etc., de índole semejante, y no habría que deplorar ciertos vicios que mucho tiempo hace corrompen la enseñanza; dejárase al educando la facultad de discurrir y pensar por sí, en vez de obligarle á pensar, como es uso, con el cerebro ajeno, y los jóvenes que salieran de las Universidades se encontrarían en disposición de seguir trabajando y obrando con independencia, no apegados servilmente á la doctrina de tal ó cual maestro, sin otra razón que la d antiguo *jurare in verba!*

Esta fraternidad y esta íntima comunicación trascendían otras esferas de la Universidad, como un discípulo amado

Siciliani y hoy profesor, Mario Pilo, ha hecho notar en un artículo publicado en *L'Epoca* de 4 de Enero último, en el cual recuerda con entusiasmo *le animate, le calde, le vibranti disputazioni, che sorgevano allora* (en la cátedra), y de que hace una interesante descripción, *le discusioni parziali che si prolungavano ancor per la via*, y la hospitalaria acogida que recibían en su propia casa por parte de *la gentil donna culta e buona, signora Cesira Pozzolini-Siciliani*, donde se reunían á la vez los hombres más notables de *Bologna dotta e artistica*. Como consecuencia de esto, venían los discípulos de Siciliani á interesarse realmente en las cuestiones, por lo mismo que tomaban parte activa en ellas; á perder esa especie de encogimiento y poquedad de espíritu que tanto daña á la rigurosa indagación, y á mirar á la ciencia como objeto de trabajosa adquisición, sí, pero de modo ninguno vedada. Cuanto á esto, desplegaba nuestro profesor un talento nada común, despertando las facultades propias del alumno, poniéndolas en acción, practicando la verdadera *autodidáctica*, desenvolviendo, *e-duciendo* las internas virtualidades del joven. No siempre era el maestro el que exponía; gran parte del tiempo se dedicaba á la libre discusión, entre éste y los discípulos, de las cuestiones que ponían unos ú otros; de lo que resultaba, por un lado, que la clase era un verdadero gimnasio de pensamiento para los alumnos; y por otro, un animado y provechoso palenque, de que, en varios casos, no era el profesor quien menos ventaja sacaba. ¡Cuánta energía de pensamiento mostraban en este ejercicio los alumnos, y cómo cobraban alientos al sacudir la especie de somnolencia y de letargo en que, por vicios de su anterior educación, estaban como sumergidos! ¡Con qué placer trababan aquellas honrosas contiendas, de que tanto fruto obtenían! ¡Qué atractivo el de aquellas lecciones! No eran monótonas, pesadas, indigestas, como otras; sino, por el contrario, sumamente amenas, por lo smo que allí nadie ejercía un papel pasivo, sino que todos nsaban, todos reflexionaban, todos *parían* la ciencia—dire- s con lenguaje socrático—en lugar de recibirla de afuera y no pesada carga, que despedirían tan pronto como les fuera

posible. En una palabra, el profesor Siciliani tendía á formar hombres pensadores, con independencia de juicio y de criterio, no á preparar para los exámenes á los alumnos.

Destinadas á este fin las conferencias y la clase, es natural que las frecuentaran cuantas personas se proponían alcanzarlo. Así es que asistían de toda condición, de todo sexo y edad, formando un núcleo escogido, cuyo mayor número estaba formado por los amantes del saber, y el menor por el de los alumnos inscritos. Así se explica que, siendo éste muy reducido, se viese, no obstante, el aula completamente llena.

Las lecciones de Pedagogia son el más elocuente testimonio de lo que decimos. Los profesores elementales de casi toda Italia, aun de las más apartadas regiones, los humildes maestros de las poblaciones rurales, acudían á oir las que Siciliani daba los jueves de cada semana. Era de ver el magnífico espectáculo de la reunión de tantos mentores de la infancia en torno al amado maestro de los maestros, devolviendo y pagando con estas visitas los grandes esfuerzos que aquél habia hecho durante toda su vida en bien del que podemos llamar *su gremio*, y disputándose, por así decirlo, la gloria de honrarlo, ya que él tanto los honraba, dedicando buena parte de sus fuerzas y de su actividad á la mejora y defensa de esa clase, digna por mil y más razones de defensa y de mejora. Mucho era el beneficio que los unos recibían; pero mucho era también el honor que al otro daban. Ya lo conocía y confesaba el malogrado profesor; y si su modestia se hubiera podido compadecer con el orgullo—orgullo ciertamente noble—hasta orgulloso podía mostrarse. Para que siempre permanezca y se perpetúe la gratitud de los maestros italianos hacia su inolvidable Siciliani, no pasará mucho tiempo antes de que, con el producto de la suscrición de los mismos, se le levante un monumento.

¡Con cuánta elocuencia hablan estos hechos en favor del ilustre pedagogista! ¡Y cómo pueden servir, á la vez que para enaltecer su memoria, para señalar á otros el camino que debieran seguir! ¡Cuánto nos granjearía—y cuánto levantaría nuestro nivel intelectual—saber que el ejemplo del Siciliani,

profesor, era seguido en los establecimientos de enseñanza de todos los países!

II

Hacer un análisis detallado de todas las obras de Siciliani, no entra, por ahora, en nuestro propósito, ni la índole de este artículo lo permite; nos limitaremos, por tanto, á ciertas indicaciones sobre la posición que había elegido en el movimiento científico contemporáneo, la significación que en el mismo llegó á adquirir su nombre y la pérdida que con su muerte ha sufrido la ciencia.

A juzgar por la lectura de alguna de las críticas hechas por sus conciudadanos (sobre todo, los positivistas *à outrance)*, el autor de quien tratamos era un ecléctico. Y á la verdad, parece á primera vista que tienen razón; porque Siciliani, en casi todas las cuestiones que resolvía—que no eran todas, pues, según él mismo dice en varios lugares, conviene á veces dejarlas *abiertas*—adoptaba lo que suelen llamarse *temperamentos medios*, tomando de aquí y de allá lo que mejor convenía á su propósito. Él, cuando se trataba, por ejemplo, de la oposición entre los crudos materialistas y los espiritualistas recalcitrantes, negaba á unos y á otros que sus sistemas fueran enteramente verdaderos, pero tampoco creía fuesen enteramente falsos; cuando se ventilaba la cuestión de la libertad, ni se declaraba absolutamente determinista, ni absolutamente libertista; cuando se trataba del método adecuado al estudio de la Psicología, ni aceptaba el llamado psicológico ó subjetivo, ni el fisiológico ú objetivo, ni tampoco proscribía por completo ninguno de los dos (1); cuando se preguntaba por el valor que debe darse á ciertas teorías, v. gr., la de la lucha por la existencia, la selección natural y artificial, la adaptación, la herencia, el hábito, el influjo de la educación sobre el carácter

(1) La *Psicogenia moderna* puede considerarse como una obra completamente consagrada á este importante problema.

del individuo, los resultados psiquiátricos, craniométricos, estadísticos... (1), todas las cuestiones, en suma, sobre que se discute en el día, jamás se pronunciaba decididamente en pro ni en contra de las tendencias extremas.

Y, sin embargo, no era ecléctico, digan lo que quieran algunos que así le motejaban porque no convenía de todo en todo con sus miras *ultrapositivistas*, en vez de *positivas*, como el mismo profesor decía. No era ecléctico: pues no tendía á hacer la mera yuxtaposición de doctrinas, de suyo inconciliables y cuyo principal valor consistía, según su propio juicio, en oponerse y contradecirse mútuamente; antes bien, reconocía la exigencia que los términos contradictorios implicaban, y procurando tomarla en cuenta, formulaba su teoría, no simplemente intermedia y de componenda, sino positiva, real, crítica, que negaba lo mismo la metafísica sustancialista de la que podemos llamar realidad interna, que la metafísica sustancialista de la sola realidad externa; reconociendo, sin embargo, en ambas—además de su valor como exigencias del pensamiento y términos contradictorios, destinados á provocar *necesariamente* una tercera dirección, que corrigiendo su exclusivismo viniera á equilibrarlos—muchas de las verdades parciales adquiridas por una y otra y que han de servir, y ya á él servían, para dar la base, el contenido y la entonación al *realismo fenoménico* (2), que es la denominación general que daba á la doctrina en su sentir verdadera.

Es decir, que estaba convencido de que toda doctrina, todo

(1) Cuestiones todas tratadas, unas veces directa, otras indirectamente, en las obras filosóficas de Siciliani, y especialmente en la *Psicogenia*, de que hablamos en la nota anterior; en las *Questioni contemporanee* contenidas en el *Socialismo*, *Darwinismo e Sociologia moderna*, y en su último libro, *La nuova Biologia*, soberana síntesis de los capitales problemas que en el día de hoy ocupan á los hombres de ciencia, y acabado trabajo de historia crítica respecto á esos mismos problemas.

(2) Aun cuando estos dos términos parecen excluirse mútuamente, no obstante el sentido que nuestro autor les daba, hallan explicación. Véase la que da de ellos en *Psicogenia*, pág. 157, nota de la tercera edición: 1882, Bologna, Zanichelli.

sistema, toda dirección en la ciencia, como en el resto de la vida, tiene un motivo de existencia, aparece en el instante en que su presencia es reclamada, desempeña el papel que le está reservado en relación y armonía con los otros factores; sin que haya ninguno de ellos que pueda, con justicia, arrogarse la dirección exclusiva de los hechos, los cuales, en vez de esto, son resultado del complejo encadenamiento de todas las otras causas. Reconocía asimismo la verdad de un buen número de soluciones concretas dadas por las dos encontradas doctrinas; pero creía imposible aceptar su mutuo exclusivismo, porque, de hacerlo así, sobre quedar incompletas ambas, no era capaz de establecerse entre ellas el acuerdo, como no es capaz de establecerse entre un *sí* y un *nó*. Conocía también la ley á que estas luchas obedecen (1), el proceso que siguen y el resultado á que llegan; y aquí es donde, tomando la parte sana que una y otra tienen, formaba con la resultante de aquellas fuerzas una nueva doctrina y organizaba en admirables síntesis aquellos elementos.

Todavía parecerá que no puede librársele de la nota de eclecticismo, porque aún es probable que esté confuso el concepto: por eso trataremos de explicarlo más y más, aun á riesgo de molestar al lector.

En lugar de amalgamar, por ejemplo, la psicología que se apoya en la simple observación de la conciencia, en el estudio de los fenómenos de la misma mediante el método de la introspección, y la pura psicología fisiológica, que no admite otros datos que los que proporciona el análisis natural, externo, del sistema nervioso y de sus funciones, creía necesario el estudio de la psicogénesis, ó lo que es igual, del fenómeno psíquico y de su equivalente fisiológico, no ya sólo en un estado cualquiera de la vida del ser, sino en todos los momentos de su

(1) En la introducción á la primera parte de la *Nuova Biologia* hace una exposi- brillantísima y profunda de esta ley, que preside la evolución y desarrollo de los emas filosóficos. Es quizá una de las partes más apreciables de esta apreciabilísima

desarrollo, y no solamente de su desarrollo individual, ontogénico, sino en su desarrollo y proceso dentro de la especie, la raza, teniendo en cuenta las trasformaciones sufridas por ésta á través del tiempo, su relación con las otras especies de animales, y aun su relación con todo el movimiento del universo.

Por esta manera de concebir la Psicología, se ve cómo el profesor boloñés comprendía la dirección que debe darse á los estudios psicológicos: no reduciendo el pensamiento á simple movimiento molecular, ni al contrario, sino reconociendo la correlación de ambas clases de fenómenos, pero sin confundirlos. La observación psicológica, al lado de la fisiológica; el estudio del hecho de conciencia, junto al de su equivalente somático; y esto, á través de las varias formas que en su desarrollo adquieren uno y otro, obedeciendo á una infinidad de causas, cuyo examen corresponde á otras tantas ciencias que en este sentido se constituyen en auxiliares de la Psicología, viviendo en estrecha relación con ella. Tal es la dirección que el autor que examinamos seguía, dirección que, por tanto, se opone lo mismo á una que á otra de las dos extremas, y que se sirve de ellas, no componiéndolas eclécticamente, mas produciendo otra nueva que las corrige y las une en lo que ellas son susceptibles de unión.

Igual aplicación hacía de este procedimiento al resto de las cuestiones que arriba indicamos.

La mayor parte de las obras de Siciliani tienen un carácter principalmente crítico: y esta es, sin duda, la causa de que, descuidando, aquellos que á su vez las han juzgado, lo que de propio, de positivo, de doctrinal hay en las mismas, para fijarse tan sólo en el primer elemento—y aun esto no siempre, nuestro entender, con la serenidad de juicio que en tales ocasiones se requiere—hayan creído ver en su autor un ecléctico, más ó menos inclinado, según los casos, al positivismo. Tal es el motivo que le ha obligado á protestar de aquella calificación en la edición última de su *Socialismo, Darwinismo e Sociologia moderna*, donde dice: « .....porque todos estos problemas (la mayor parte de los que hemos indicado) son por mí resueltos

ó esclarecidos en oposición—he aquí lo que quiero que se advierta bien—á dos direcciones filosóficas diversas y contrarias: esto es, en oposición á las exorbitancias metafísicas y ontológicas de los espiritualistas y de los idealistas sistemáticos, y á las exageraciones de aquellos que, haciendo escarnio del gran concepto de la evolución, concluyen por emboscarse y perderse en la metafísica del positivismo materialista. En otros términos: digo que, tanto en la cuestión sobre la libertad moral, como en la que se refiere á la psicología criminal, á la penalidad, á la educación, á la sociología política, yo rechazo las doctrinas extremas, porque he creído siempre que todos los extremos, todas las exageraciones y todas las exorbitancias, piensan y escriben *(téngao nlmuy en cuenta algunos de mis críti-* en filosofía, tienen el carácter de especulación metafísica.

»Oponerse á las ideas extremas, contradecir á las teorías sistemáticas, poniendo en evidencia sus intemperancias, llamando la mente de los jóvenes á la investigación verdaderamente positiva y á la experiencia sincera, no es criticismo, no es eclecticismo, no es dialectismo. Aquellos que de tal manera *cos positivistas, antropólogos y criminalistas)*, dan prueba clarísima de ignorar muchas cosas: ignoran la historia de la filosofía y la ley que gobierna la evolución del pensamiento filosófico;» (á esta ley, que es la que el autor explica en la Introducción á la parte primera de la *Nuova Biología*, nos hemos referido más arriba, y muy pronto tendremos ocasión de referirnos nuevamente); «ignoran el valor específico de los diferentes sistemas filosóficos y las relaciones que entre ellos existen, é ignoran en qué consista el carácter diferencial mediante el que se distinguen el eclecticismo y el criticismo kantiano, y el idealismo en general, de aquel *positivismo crítico* en favor del cual nosotros, hace ya muchos años, combatimos con absoluta independencia de pensamiento...»

La principal razón que indujo á los publicistas de que se trata á motejar á su compatriota de ecléctico, es, como se ha dicho, la de verle colocado en un terreno neutral, indiferente, sin declararse decidido adepto, ni tampoco decidido adversario

de las doctrinas que ellos sustentan (ó creen sustentar); antes bien, tratando de hermanarlas con sus antagónicas y opuestas. Pero, á penetrar un poco adentro en la significación misma de este hecho, se notará en él el cumplimiento de una ley universal, defendida y confesada, lo mismo por los secuaces que por los enemigos de la metafísica, y principalmente por éstos: la ley de la acción y la reacción, del equilibrio inestable, de la dirección del movimiento.

No se puede negar que las doctrinas idealistas han provocado con sus exageraciones una dirección contraria, fuerte, poderosísima—no de otra manera había posibilidad de oponerse á su avasallador dominio;—pero lo que al propio tiempo se debe reconocer, es que también esta oposición se ha excedido y ha traspasado los naturales límites en que debió haberse contenido. Obligado es confesar, si las cosas se miran desapasionadamente, con la imparcialidad que jamás tuvieron los sectarios, que en estos movimientos primeros, provocados por las fuerzas contrarias, hay siempre un choque brusco que saca de su propia esfera y círculo á los dos móviles. Cabalmente es lo que ha sucedido con el positivismo en los primeros momentos de su lucha con el idealismo; y eso que ni uno ni otro puede decirse que hayan jamás existido puros, pues es de todo punto imposible el crudo y absoluto positivismo, como es imposible el ideismo neto, por ser ambos contra naturaleza.

Pasado el primer choque, y merced á él, cada uno de los términos contrarios se purifica poco á poco; nuevos encuentros, cada vez menores, destruyen las asperezas que hacían imposible la unión, hasta que por fin ésta puede verificarse mediante la gradual y lenta aproximación y compenetración de los términos rivales. Quien examine la vida de los seres, la historia en su rica variedad, se convencerá de que este es el procedimiento que emplea la naturaleza entera, lo mismo en las manifestaciones que llamamos menos importantes que en los hecho de mayor representación, en el orden físico y en el orden social en las luchas de los seres entre sí y con el medio ambiente, en las luchas de los pueblos, en la de las ideas, en la de las re-

giones, etc. Y quien conozca la historia de la filosofía, no dudará en reconocer el cumplimiento de esta ley en la evolución, luchas y futura unión de la filosofía que se dice abstracta y de la positiva, de la filosofía de la idea y del *noumeno* con la filosofía del hecho y del *fenómeno*.

Interesa tener siempre presente una cosa, y por eso no la repetiremos jamás bastante, á saber: que la unión de los contrarios no consiste en simple agregación, en la composición mecánica y forzada—éste sería el eclecticismo!—de cosas incompatibles y que recíprocamente se rechazan, sino en la compenetración real, en la fusión de términos que mútuamente se necesitan, porque están destinados á servirse de complemento uno á otro. Es decir, que si, en un principio, los elementos predestinados á fundirse parecen absolutamente contradictorios y absolutamente rivales, la necesidad misma de vivir en relación mútua los aproxima, los iguala, los connaturaliza; resultando, pues, que al cabo de cierto tiempo *no son ya los factores antiguos y primitivos*, sino *nuevos factores*, los que se reunen. ¿Cómo es posible, en efecto, creer que el positivismo y el idealismo de nuestros días (nos servimos de este ejemplo como más apropiado al asunto, pero podríamos tómar cualquiera otro) sean los mismos que los de hace cincuenta años?

En todo este tiempo: no les hemos visto modificarse, trasformarse, luchar, salir alternativamente vencidos ó vencedores; todo lo cual no ha sido otra cosa que la preparación á una superior síntesis de ambos, que es, en suma, la arrogante y genial tentativa que, al igual de otros ilustres pensadores contemporáneos y juntamente con ellos, había hecho Siciliani? El exámen de este punto merece consideración especial.

III

La posición en que nuestro filósofo se había colocado, y que según se ha visto fué objeto de severas críticas, es justamente la que había levantado tan alto su nombre, lo que le había va-

lido la reputación y estima universal de que años hace gozaba y que su última obra, la *Nuova Biologia*, ha acrecentado extraordinariamente. A la época de su muerte, era Siciliani considerado como uno de los más ilustres cultivadores del pensamiento, no sólo dentro de Italia, sino en el mundo entero. Y este renombre lo debía, entre otras causas, á la incansable actividad con que siempre habia defendido esa dirección que algunos llamaron ecléctica, y que él hemos visto denominó *positivismo crítico* y también *realismo fenoménico*. Dirección que es, en su sentir y en el de muchos, la más moderna, la más científica, la que, por tanto, está llamada á cancelar á las otras y á sustituirlas; dirección que, con la cabal convicción de que la ciencia es también un organismo y sufre las modificaciones y obedece á las mismas leyes que todo organismo, toma en cuenta todos los factores que han producido el estado intelectual moderno, sin excluir á ninguno y sin á ninguno dar exclusivo ó exagerado valor; dirección que es, en este sentido, la resultante de otras varias fuerzas, todas las cuales armoniza, ordena, coordina y subordina: el último fruto de la continua elaboración de complejísimas actividades. En el campo de esta doctrina, vienen á reunirse y hermanarse las que antes eran enemigas; en él no se conocen los exclusivismos; aun los más extraviados sistemas han tenido su misión que llenar; falta sólo purgarlos de sus vicios, purificarlos, dejar al tiempo lo que es propio del tiempo y tomar lo que actualmente tenga razón de ser. Es la doctrina que Fouillée expone y defiende en todas sus obras: la armonía y conciliación de la libertad y el determinismo, de la sociedad como organismo y la sociedad como producto del contrato, del derecho como fuerza, como interés egoista y altruista y como facultad innata del hombre libre. Es la doctrina de casi todos los filósofos de la escuela inglesa contemporánea, la doctrina del mismo Spencer hasta un cierto punto, la de Wundt, la de tantos otros que no tenemos necesidad de citar.

Siciliani no tuvo jamás inclinación á otra alguna. Militado toda su vida bajo esta bandera, llegó á poner muy alto

nombre de Italia y trazó el camino que más tarde han seguido muchos de sus conciudadanos (v. gr., Carle, Rava, Cavagnari, etc., en sus respectivas obras de filosofía del derecho). Sus libros todos están escritos con este criterio. Los que en este trabajo hemos tenido ocasión de citar, son especialmente los ensayos más apreciables quizá y los más completos que hasta hoy existen: porque no hay problema importante de cuantos hoy se discuten que no haya ocupado su docta pluma. Y todos ellos tienden al mismo fin: á vindicar para cada escuela su propio mérito, á señalar sus imperfecciones y sus vicios para que, huyendo éstos y tomando en cuenta aquél, se busque la parte de verdad que en todas existe y se la haga contribuir á la constitución del nuevo sistema que debe levantarse sobre las ruinas de los otros.

IV

Fácil es ahora comprender la inmensa laguna que su muerte nos ha dejado. Para la formación de la futura ciencia, del edificio que apenas hemos diseñado, se necesitan espíritus superiores como el de Siciliani, y estos, desgraciadamente no abundan. Grandes beneficios ha reportado á la ciencia y á la vida; pero más, muchísimos más hubiera hecho si á ambos no hubiese sido arrebatado prematura é inesperadamente. Es verdad que hoy podemos aprovecharnos de una parte de su trabajo de treinta años, mas no podemos gozarlo todo. Otras publicaciones nos había ofrecido, entre las cuales merece notarse la *Psicologia comparata proposta come organo delle scienze antropologiche e sociali*, que tenía entre manos al tiempo de su muerte, que hubiera servido para dar mucha luz en gran parte de cuestiones que en semejante materia permanecen todavia ras.

grande es el vacío que deja el filósofo, es acaso mayor el

que deja el pedagogista (1). En este ramo, Siciliani trabajó con infatigable constancia y con un interés por la mejora de los procedimientos de la enseñanza y de las clases que se dedican á ella, que difícilmente habrá habido ningún otro que le supere. El libro grave y meditado, los artículos de revista, de periódicos, los trabajos de propaganda, los de polémica—entre los cuales hay algunos de inestimable precio—las asambleas pedagógicas que en las más notables ciudades de Italia presidió por encargo del Ministerio, las conferencias privadas, la cátedra..... todos estos fueron los medios, los instrumentos de que se valía para comunicar á los otros el ardiente deseo que le empujaba hacia un tan halagüeño ideal como es el de la reforma de la función docente, tan necesitada de ella, y reforma conforme á los principios que él, en parte aprovechando los trabajos de los demás, y en parte no pequeña por iniciativa y trabajo propios, había recabado y constantemente defendía.

He aquí por qué no lamentaremos jamás bastante su pérdida, y mucho menos la lamentarán bastante los italianos; he aquí por qué en todos los países ha producido ecos de dolor su desgraciada muerte. Europa entera y el Nuevo Mundo han pagado á Siciliani un tributo de reconocimiento y admiración; Francia, España, Alemania, América, le han dedicado un recuerdo de admiración y de dolor; y todas estas naciones—sin hablar de Italia, donde estas pruebas son innumerables—contribuyen hoy con sus donativos á honrar la buena memoria del malogrado é insigne filósofo, pedagogista y maestro.

Sirvan estos testimonios de sentido afecto para amenguar el legítimo dolor de su viuda, la distinguida escritora Cesira Pozzolini-Siciliani, de su amado hijo y de la entera familia Siciliani. Y quiera Dios que sirvan también estas líneas al propósito con que han sido escritas por uno de sus más reconocidos discípulos.

P. Dorado Montero.

(1) No hemos tenido propósitos de ocuparnos de Siciliani como tal en el presente artículo, pero es bien sabido que este es uno de sus principales títulos á la consideración de la generación presente y de las futuras.

ESTÚDIOS FILOLÓGICOS DE LA LENGUA ESPAÑOLA [1]

Lexicografía de la lengua.

Determinado el fin principal de un Diccionario de la Lengua, se nos ocurre examinarlo tal como se halla constituído, que sea en su objeto y forma ostensible, espejo fiel de nuestra palabra, eco de la expresión actual de nuestra intelección; le vemos presidir al uso del lenguaje moderno, en el cual un flujo y reflujo de fuerzas dan la alternativa al lenguaje tradicional, para dotarle de esa variedad que imponen los sucesos, las circunstancias y los tiempos.

En tal concepto, lo primero que se ofrece al pensamiento es la idea de clasificación, acto nada fácil, sobre todo cuando ha de referirse á un estudio como el desarrollado en un Diccionario, donde la unidad pide tanta sencillez de forma y tanta variedad impone la clasificación; mas la clasificación le es también inherente, como que le sirve para conservar el rasgo de los orígenes, el vuelo etimológico, el uso más acrisolado y el valor de las analogías y semejanzas de las partes de la oración una vez percibidos, y también para conocer y

(1) Véanse las REVISTAS de 25 de Noviembre, 10 y 25 de Diciembre, 10 y 25 de Enero, 25 de Marzo, 10 de Junio y 10 y 25 de Setiembre.

distinguir cada vez más paralélos; ahora, ¿de dónde habremos de partir? ¿Qué base nos servirá de principio? ¿Cuál será el alcance de esa distinción que nos ayuda á separar la diversidad específica de las palabras? Hay su variedad; en un Diccionario no sucede cual en la Gramática, donde los sistemas pulularon á granel durante el trascurso de los siglos, dando infinidad de divisiones y definiciones, más ó menos ideológicas, á las partes del lenguaje, llegando, después de largo trabajo, á distinguir, á lo más, los enlaces de palabras, partes de la oración.

Sin que pretendamos, por lo tanto, ver aquí esa relación en los accidentes, ni solamente considerar las palabras en su concepto atributivo ó demostrativo, ni en su concepto eminente en la oración, sino dejándonos de toda comparación ideológica, siguiendo á la palabra como tal y obedeciendo á la naturaleza de la misma, nos preguntamos. En este orden, ¿hay tipos de comparación? ¿Modelos que puedan servirnos de clave para determinarlos en clasificación? Sí; ideas se decía á ciertas categorías en Grecia, universales en la Edad Media, leyes del universo después, géneros, especies más tarde; tipos decimos en el día; pero ni las ideas universales, leyes, géneros especies y tipos son tan permanentes que pueda reconocérseles ese puesto inalterable; todo en el lenguaje obedece á la ley suprema del movimiento, cambia y se modifica con los siglos; de suerte que las leyes de la naturaleza se ven á veces más ó menos influídas por otras fuerzas que las dan aspectos más ó menos diferentes. Así oimos cómo Platón y Aristóteles (2) clasificaron, en gramática, dos grupos de palabras, nombres de cosas y los verbos ó signos de acción, y cómo señalaba el Brocense el fundamento racional de esa clasificación, observando en lo sustancial y permanente de los seres y en sus accidentes mudables y transitorios, nos da algún rasgo; y si los vocablos destinados á la primera fueron los nombres y los de la segunda verbos, nosotros, que observamos igualmente al tipo permanente, esencial y por naturaleza típico, de la palabra misma, no hemos de encerrarnos en una clasificación gramatical, sino conteniéndonos á lo que pare

(2) Platón, *Diálog. de Ente.*

tal vez más primitivo á los términos dialécticos, ó siguiendo á la más universal de las ideas aplicadas al lenguaje, en relación al uso del idioma, para que sea verdadera clasificación léxica que en el orden de los principios debe presidir á la formación del Diccionario.

Por otra parte, esa idea de clasificación, que se impone al filólogo cual medio aptísimo de reparar bien las nociones diversas de nuestra habla, reviste los caracteres principales para sobresalir de una mera curiosidad científica, de abstracciones vagas é indecisas; porque según afirmaron sabios filólogos, si no es dado exponer el buen uso y corrección del habla no sabiendo analizar bien las palabras, sin una buena clasificación lógica, perfecta y enumerada nomenclatura, no es posible decir el uso correcto también de las voces, pues voces hay de uso tan dilatado y de oficios tan varios, que es preciso deslindar y clasificar escrupulosamente esas funciones, si se quiere fijar perfectamente las reglas del buen uso. De aquí las diversas categorías entre el uso, la definición y la acepción general de las palabras, determinándonos, ya la legitimidad de su empleo, bien la evidente y clara manifestación de las cosas mismas, según se deben explicar y comprender; por esa razón se ha confesado que la falta de buenas clasificaciones oculta al espíritu los verdaderos caminos por donde pueda ejercitar sus observaciones de orden en todos los extremos del conocimiento humano, y á fin de obtener la mayor exactitud en los conceptos, y acierto en el plan y sistema desarrollado al analizar el idioma contenido en el mismo Diccionario.

Como en todo hay sistemas, se hacen clasificaciones abundosas, entre las de más aplauso, y conforme á nuestro método son las naturales, fundadas en los principios que constituyen la misma naturaleza de los objetos expresados por la palabra, y artificiales. que carecen del carácter de los principios y parece no responden á otro objeto que ayudar á la memoria en el estudio de estos objetos ó seres, unos fundados en el conocimiento de las leyes naturales, los otros en la fantasía; en relación al objeto determinado, resultan éstos en múl-
le, varia é indecisa noción, y llegan á dejar su puesto á aquellos
s son la principal, cuando la dicción es bien correcta para que por
a se pueda expresar y determinar la naturaleza y caracteres esen-
ales de las cosas significadas.

Ahora las condiciones de una buena clasificación lógica parecen no ser muy numerosas, y responden á esas mismas leyes naturales que hemos expresado:

1.° Deben ser sencillas y precisas; la difusión embarga el espíritu y ofusca el verdadero criterio de toda comparación.

2.° Simétrica: en órden á sus elementos constitutivos, admite sólo aquellos que resultan genuinos, sin numerosas agrupaciones que puedan distraer las cosas de su verdadera clase y categoría; y

3.° Verídica: se ha dicho que hay clasificaciones naturales y artificiales, el abuso en éstas produciría una mistificación de nociones, resultando las hipótesis más arbitrarias, y sin fijeza alguna desaparecen conforme se van detallando las cosas, para adherirse luégo á la clasificación general; de aquí el axioma que, en los estudios de observación, el progreso de la ciencia es proporcional al progreso en la clasificación, y recíprocamente. Sentados estos principios, ¿no cabe con exactitud plenísima dicho axioma en la interpretación lógica de nuestro idioma, en relación también al uso que se hace del lenguaje contenido en el mismo Diccionario?

Pues bien, la clasificación que ante el Diccionario de la lengua se nos ocurre, en medio de su sencillez, comprende varios detalles en su verdadero orden natural y simétrico. Así tenemos:

1.° Nomenclatura de palabras homónimas, sinónimas.

2.° Por la categoría de las palabras, por su diversa autoridad según las partes de donde provenga, el juego que ofrecen en la lengua, helenismo, latinismo, anglicanismo, galicismo, italianismo, etc.

3.° De significación ó definición y acepciones, y de aquí el barbarismo, solecismo, anfibología, atendiendo á la claridad de su sentido y á la correcta expresión de los vocablos.

Todas ellas, de gran sencillez, abarcan en sus extremos cuantos rasgos pueden determinar una familia completa de palabras, y por su estudio, bien desarrollado en todo el idioma, obtendríamos la mayor exactitud en la lengua castellana.

Si la teoría de las radicales, etimología y uso, son elementos tan esenciales que llenan todo el Diccionario, al descender al concepto que indican las bases precedentes, nos encontramos con un estudio fuerte, ámplio, detenido, inmenso, por el cúmulo de observaciones

que se nos presentan en cada página, por la varia lectura que nos ofrece, por la grande copia de datos que del mismo libro podemos aducir; de aquí la necesidad de ordenar cierta clasificación de estudios en este desarrollo, no menos trascendental que los anteriores, tan aplicable al Diccionario de la lengua como los primeros, igualmente casuísticos y también de concepto generalizador, puesto que así nos ofrece su fórmula legal en varios sentidos y todos ordenados á la perfección de nuestro lenguaje.

Parecerá que no se explica semejante estudio de clasificación en una obra que, como el Diccionario, donde no se observa combinación de ningún género, eso es lo sensible: que no haya cierta clasificación que, á nuestro juicio, pudiera haberse observado en el Diccionario, sin destruir la perfección que hoy, por cualquier otro concepto, posea; no sigue ni tiene otro sistema sino el orden alfabético, único método que á simple vista siguen los Diccionarios; pero, dentro de tal sistema, ¿no caben otros más, sin destruir su sencillez? Lo creemos afirmativamente; es más: si un Diccionario ha de ser una obra reflexiva, donde haya pocos empirismos, y donde la naturaleza misma y la observación real de las cosas nos den la pauta para la colocación verdadera de las palabras con relación á los genuinos principios de la Filología moderna, sobremanera lo necesita. En vano llevaríamos nuestros esfuerzos á un buen Diccionario de la Lengua castellana, si prescindiésemos de las radicales que dieron origen á nuestras palabras; mal podríamos conocer también el verdadero valor de nuestros vocablos, si no supiésemos distinguir su etimología genuina en la sucesión de todas las edades de nuestro idioma, para remontarnos así á sus orígenes debidos; nada podría ayudarnos en la separación legítima del arcaismo y en la difícil operación que nos impone un neologismo, invasor á veces y arrollador; ¿y qué podríamos decir del uso acertado de la frase, que llega á ser árbitro del lenguaje si no se le sujeta á cierta clasificación de principios generales, que son las leyes de esas instituciones lingüísticas? Sin ellas, sus renovaciones resultan caprichosas; y así el barbarismo, solecismo, anfibologías, serían inevitables, por un orden lógico de exposición, dentro de ese método alfabético, estableciendo por esferas el verdadero uso, juez, norma y árbitro arreglador del habla, la historia sencilla de la pala-

bra con determinados ejemplos de cierto valor, señalando el arcaismo en todos sus matices y estableciendo por clases las radicales que hoy asienta el Diccionario y las que omite, debiendo guardar cierta ilación lógica en la prioridad de los idiomas, hasta llegar á la raíz fontal, verdadera expresión de la idea madre, única que pudiera guiarnos también en la creación de nuevas palabras.

De aquí las buenas definiciones, no siempre tan asequibles, por la inmensa erudición y estudio necesarios á desarrollarlas con exactitud; de aquí también la acertada acepción de las palabras en los sentidos naturales de la lengua; de aquí igualmente los modismos, que tanto pueden embellecer un idioma, y que, cuando menos, caracterizan su genio y vigor; de aquí, por último, la claridad de ese idioma, sin ambajes ni confusiones que puedan jamás alterar su nítido esplendor por una anfibología ominosa.

Como todas las observaciones que hemos podido desarrollar en el Diccionario de nuestra lengua, entra de lleno otra principalísima y de grande importancia, como que completa el ámbito de todas sus páginas también y es la vida integral de toda la obra: es nada menos que la definición de tantas palabras como tiene, de todas las nociones que trata de explicarnos, en la enunciación de todas las cualidades y significación de una idea, de un objeto de la palabra que lo da á conocer, distinguiéndolo de todo otro vocablo y aun de los más análogos. Operación dificilísima por los extremos que abarca, por la suma de conocimientos que exige, por la reflexión y lentísimo estudio que impone: envuelve en sí los preliminares de toda ciencia, y en la que conocimientos y sistemas van combinando su diverso estro á rendir un efecto común: en sus operaciones la metafísica, partiendo de la idea, descubre la naturaleza; y la lógica, analizando sus elementos, la define; y bien armonizadas ambas, puede decirse que no hay teoría más fecunda en consecuencias universales, que la definición de las ideas, cosas y palabras.

Al leer la definición filológica de varias palabras del último *Diccionario de la Real Academia Española*, parécenos deducir varios s temas; se han definido muchas voces por las causas, otras por la e mología; unas por comparación, otras por metáforas; no pocas por l efectos; por afirmación y negación, bastantes; se ha definido en

den á los principios sumarísimos de la teoría general de la idea predominante algunas, varias conforme á criterios políticos muy concretos, técnicos, y también arbitrariamente, según el uso y costumbre de hablar; pero si existe la metafísica é interviene con su criterio, la lógica cerrará esa forma arbitraria, y el tecnicismo, las preocupaciones políticas, las modas sociales y las opiniones teóricas, habrán de reconocer esa pauta filosófica en virtud de la que surja el habla en dicciones que expliquen la significación propia de una palabra. De aquí también la definición puramente científica y filosófica; Locke decía que definir lógicamente era describir el sentido de una palabra por medio de otras muchas diferentes; Leibnitz observa que definiendo las palabras nos servimos del término general más próximo, y muchas veces este procedimiento evita la molestia de contar las diferentes ideas simples que dicho género significa, omisión que hacemos en muchas ocasiones por ignorar tanto detalle en la enumeración de cuantas partes constituyen la entidad definida.

Por otra parte, nos encontramos géneros diversos de definiciones, como las de las ciencias matemáticas; los matemáticos, generalmente, no hablan más que de cosas abstractas, sin otra realidad á veces más que en el espíritu: la definición que emplean obedece á ese principio; y cuando se concreta en operaciones determinadas, señalan, bajo su realidad también, la de la cosa de que se trata: la línea, el punto, la superficie, el triángulo, el círculo, que no tienen más que una realidad lógica, nos ofrecen también otro extremo; pero no formulaban regla alguna relativa á las definiciones de las cosas; y así es que Pascal ha dicho no se conocen en geometría más definiciones que de números, y á lo sumo de nombres; para llegar á ese realismo grande y plausible, sometido de lleno á nuestra palabra y á toda su expresión, es preciso acudir al reino de otras ciencias, y las naturales, médico-quirúrgicas y experimentales, nos ayudan algo más con la determinación de sus múltiples caracteres y elementos constitutivos. En ellas se ve que la definición tiene un valor exclusivamente cien-
:o, no es la definición de un objeto, de un palacio, de la naturale-
mismo, como podríamos oirla á los romanceros, poetas y oradores,
se dirigen al talento, y más á la imaginación, aclarando el lado
ible de una tesis, presentando solo aspectos propios á producir

el efecto que desean y esperan. La definición, pues, usada en las ciencias, tiene por objeto fijar el carácter exacto y completo de cada cosa: así resulta de un modo acertado con procedimiento y método para dirigir el espíritu en la investigación de la verdad: de otra parte, la definición debe ser el compendio de toda una ciencia; he aquí la grande dificultad de una definición, y, sin embargo, los grandes espíritus la construyen con pocas palabras. La exposición descriptiva de la indicada ciencia tiene por objeto iniciar en su estudio ó hacerla comprender á las inteligencias que aún no la poseen, y que le son rebeldes; y en este punto corre el peligro de confundir la definición con la demostración: la definición establece la verdad de un hecho, afirma y no prueba; mientras que la segunda se propone probar y señala la relación que existe entre un sujeto y un atributo, grado al que llega por la lógica y se aproxima por algunos términos á la mejor clase de definición.

Pero nos encontramos también con definiciones filosóficas que tienen su aplicación en las diversas teorías de las ideas madres y que por algún concepto pululan en las ciencias elementales, ó que son objeto de enseñanza en las escuelas, y se observa que su campo está en la forma concentrada y metódica del lenguaje, que procede por etapas y siglos en las diversas edades de la humanidad, y unas veces fué escolástica, otras positiva, no pocas ecléctica, y en sus diversos extremos, tiene el grave inconveniente de aprisionar las ideas con el rigor del sistema en fórmulas secas, que terminan bruscamente, en muchos casos, comprendiendo los errores de la escuela para presentar al espíritu vagas abstracciones; no obstante, estas fórmulas, consideradas en general, tienen ventajas de que las ciencias naturales no sabrían prescindir, circunstancia que ciertamente no se halla tanto en las ciencias morales. Las costumbres tienen caracteres tan ondulantes y tan poco comprensibles, que no se sabría encerrarlas en una regla, cualquiera que fuese su definición: punto en el cual hallamos á Locke y Leibnitz de acuerdo; pues no siendo la definición, según el primero, otra cosa que dar á conocer á otro, por palabras, cuál sea la idea que envuelve el vocablo que se define, la mejor definición consistirá en hacer la enumeración de las ideas simples comprendidas en la significación del término defini-

do; y si en vez de una relación de esas ideas vemos otros procedimientos más sencillos, debe atribuirse á que, sirviéndonos del término próximo, es porque preferimos la brevedad del compendio, según se podría observar en la palabra *hombre*, en la cual nos explicamos también la idea de animal racional. Para Leibnitz, aun tomadas lógicamente las más ínfimas especies, que varían por accidentes en una misma especie física ó tribu de generación, no hay necesidad de determinarla, llegándose así también al sistema de abreviar, método en el cual se puede variar hasta lo infinito, como se ve en la gran familia de los naranjos, limoneros y citrones, que los expertos saben nombrar y distinguir sin apenas definirlos, cual se observa igualmente en los tulipanes y multitud de flores muy coloridas, por la hermosa vista que ostentan, cual podríamos apreciar, aun sin unirlas, en multitud de plantas aromosas que embalsaman nuestro ambiente y lo llenan de dulzura, todas las que expresamos en sus especies, sin variar ni definir muchos géneros. Por lo demás, que los hombres junten tales otras ideas ó las separen, y que hasta la naturaleza las agrupe ó esparza con sus brisas, esto no hace nada para la justa apreciación de las esencias, géneros ó especies, puesto que aquí no se trata más que de posibilidades, que son independientes de nuestro pensamiento en su facultad creadora, si ha de ajustar su percepción á las cualidades mismas de la naturaleza, en cuyo caso no hace más que reflejarlas. Tan extensa forma de considerar las reglas en el uso de las diferentes escuelas, manifiesta la importancia que los grandes espíritus dan á esa operación racional con un rasgo de brillantez que el talento marca á veces de un chispazo, y que para inteligencias reflexivas y razonadoras, si ha de revestirse de un carácter fundamental en el orden de las ideas, necesita y ha de precisarse por reglas, para que la idealización de un pensamiento, de una palabra ó de una cosa resulte bien definida.

Así, para que una definición sea buena y resulte como emblema de la perfección de los sistemas diversos que hemos observado y deducido en la lectura del Diccionario de la Lengua, creemos debe ser: primero, necesaria; segundo, clara; tercero, exacta; cuarto, universal; quinto, particular; y sexto, breve. Para ello son precisas varias reglas; y como quiera que las lenguas no siempre se hallen formadas

según los preceptos de la lógica, en términos que la definición de cada palabra pueda ser necesaria, clara y exactamente definida por otros términos mas ó menos generales, resulta: primero, la necesidad de unas reglas de lógica á que se atempere en su concepto el ideal, al cual se conforma el uso también, según le es posible y atendidas sus circunstancias; será, pues, exacta cuando se ajusta á todos los extremos y detalles, pero bien determinados en lo que se dice tesis y su síntesis. Segundo, no podría ser clara ni exacta si no tuviera esa condición esencial del razonamiento, que la depura de toda palabra ambigua ó que la deja sin definirla. Tercero, es regla muy importante, y expresada por Pascal, el no emplear en las definiciones más que palabras perfectamente conocidas ó ya definidas. Cuarto, es quizás un consejo, más que regla, que la definición esté comprendida en el menor número posible de palabras, pues la brevedad de la definición hace que sea más clara y precisa.

Sin estas calidades, las definiciones resultan defectuosas y las falsas definiciones perpetúan en un Diccionario un antagonismo funesto al lenguaje; así es como también se ha observado que, lógicamente, la definición nominal explica la significación propia de una palabra; y cuando está bien hecha, el espíritu ve sencillamente y con nitidez las cosas que se han querido darle á entender por una palabra.

Toda definición de palabra extiende su vuelo á la cosa significada; y la enumeración de los atributos distintivos de la cosa misma para darla á conocer con entera distinción en su propia naturaleza, es la definición que podremos llamar real; la universal resulta adecuada á todo lo que está contenido en la especie definida y en orden á sus fuentes, y particular es aquella cuyo carácter se refiere solamente á la cosa definida; y en tal detalle, presentada una palabra con todos sus rasgos característicos, llegaríamos, de su brevedad, exactitud, claridad y nitidez, á la expresión elegante, ingeniosa, entusiasta y magnífica de la palabra. He aquí por qué no hemos encontrado perfectas muchas definiciones que, á nuestro juicio, debía haberlas expresado el Diccionario con otra fórmula; no es el Diccionario un mero grupo de definiciones, sin otro arte más que una sencilla ilación alfabética, sino que, unido el lenguaje á sus reglas, segú

hemos determinado, representan juntos la razón del uso, con lo cual llega á ser hábil la práctica del lenguaje, de lo que es preciso expresar y decir en la sociedad, y en donde van unidas la Gramática y el Diccionario. De otro modo, se perpetuarán nociones, viciosas en el fondo y en la forma de definirlas; y *espuma*, sin definir la de jabón, la formada por las aguas del mar chocando contra las playas, y así otros sentidos; *espira*, *equilibrio*, *espejismo*, etc., nos dan una idea, en el Diccionario, equivocada de la que realmente significan, si omiten sus detalles esenciales ó principales modos de ser.

Influye á veces no poco la acepción, esto es, el sentido en que se toman las palabras, la cual varía abundosamente, sin medir las consecuencias excéntricas de una falsa acepción de ideas; ciertamente, vemos palabras de alguna complicabilidad, susceptibles de muchas acepciones, y como cada una de éstas obedezca á conceptos originales, como reconozca sus principios, claro es que hay su razón de ser y explicación subordinada á esos principios; la palabra civilización poco importa provenga de la *civitas*, para indicarnos ya el desarrollo de la ciudad, no el pueblo solo, sino la cultura, el progreso, las maravillas que encierra en todos los órdenes de la existencia. De aquí los sentidos primitivos del latín, griego, celta, sanscrito, tan fecundos en ideas y laudables acepciones, y que tal palabra presente su acepción en cada concepto, explicando en castellano la inteligencia respectiva con que se ha nutrido su vida. De aquí la regla de sus derivaciones, según los usos más aceptables y también contemporáneos. El Diccionario que tenemos á la vista prescinde en este punto de multitud de consideraciones bien atendibles en un cuerpo legal de la lengua y de provechosa enseñanza, y en caso, lo subordina á la acepción dada generalmente á la palabra, á su sentido más usual, como en *bóveda*, *centro*, *concavidad*, *cono*, *convexidad*, en las que vemos vaguedad é indeterminación, aceptables como explicación vulgar, pero defectuosas é incompletas, y confusa definición tégnica.

No puede acusarse esta omisión como censurable en un Diccionario que apenas da la etimología y nada de la histórica de la palabra; ·se corre el riesgo de decir un contrasentido, ó á lo menos á desconocer las nociones fundamentales y primordiales, y también las derivadas; pues á veces por un instinto de burla, de exageración, de

afección ó de purismo, se empieza á usar palabras cuyo empleo amplía la costumbre, logran carta de generalidad y el uso y la Academia, inscribiendo en el Diccionario esa acepción, por lo mismo que es habitual y corriente en la lengua moderna, lleva alguna vez un sentido muy apartado de la acepción verdadera y primitiva; y colocada así en el vocabulario de la lengua, dificulta hallar y buscar su origen y derivaciones, sin obedecer en su desarrollo, no á una ley lexicográfica, sino más bien por hecho material, viene á establerse entre las verdaderas acepciones un concepto de la palabra abusivo en todos sus sentidos, cual sucede con el vocablo jesuita, que viene al trato de las gentes por un orden viciado y por una primacía, sin título valedero; tanto más cuando se ha podido notar que no es carácter precisamente, ni necesario y único para una significación acertada, el que sea más usual en determinada época; los ejemplos de las mutaciones son frecuentes: colocar una clasificación de sentidos de la palabra por una circunstancia que no cuenta con la lógica y la permanencia, no es definir, no es clasificar, no decir el uso constante y la regla queda al aire sin cumplimiento y desarrollo filológico. Otro debe ser el método de un Diccionario que consigna las fases de la lengua y busca la etimología, en virtud de la que, estando inscritos todos los elementos, se puede reconocer la significación primordial de cada vocablo, en la etimología el sentido original de la lengua de que proceden las mil manifestaciones que luégo veamos en la historia de la palabra; y con este conjunto de detalles, es fácil y propia la clasificación en un orden racional, sin dejar la palabra á la volubilidad de tal ó cual sentido en la acepción común, y disponer las diversas acepciones de un vocablo en tal serie que se comprenda por qué grados y vías ha pasado el espíritu de unas á otras fases de la lengua, siempre dentro de una definición regular.

Trabajo complicado constituye la clasificación de los sentidos de la palabra en el Diccionario; cuando son variados y muchos, es un estudio espinoso; pero la dificultad estriba principalmente en establecer el encadenamiento que se trate de hallar en las derivaciones; por otra parte, el espíritu viviente y organizador que preside siempre á una lengua es tan visible en estas trasformaciones, como lo es en la creación de las raíces de las palabras y significaciones primitivas;

cuando se examina esta elaboración de una palabra, elaboración por la lengua que, partiendo de un sentido llege á otro muy apartado descubriendo nociones verdaderas, profundas, delicadas, festivas, metafísicas, poéticas, que sengún las circunstancias han ensanchado el campo de la acepción y creado nuevas fuentes al lenguaje, resulta una creación secundaria, pero en cierto modo una creación continuada por los siglos, que ostenta, cual la de las flores, una vegetación permanente.

Así vemos en el inmenso estudio que presenta el Diccionario cierto número de palabras de oficios, y esos términos nuevos que determinan otra fuente abundosa de palabras hizo comprender á los lexicógrafos la importancia que tenían en el comercio y trato de las gentes, y de aquí su inserción; pero en su nomenclatura espontánea y aparición repentina en el Diccionario, envuelve cierta sorpresa que se habría aminorado si un estudio preliminar les hubiese preparado en la consagración que reciben en el cuerpo más autorizado de la lengua; tal vez un apéndice primero coleccionando las demás, que las diese á conocer, constituiría cierta ventaja grande para cuando aparecieran de uso legal en el Diccionario.

Otro sistema igualmente de gran valor se nos impone, como sería formar aparte colección de palabras que de tiempo en tiempo se descubren, y tanto viejas formas del lenguaje, de acepciones y sentidos antiguos y palabras perdidas, en todas partes, estarían conservadas allí como el fuego latente en las cenizas, suministrarían más de una vez detalles explicativos; no está fijada la nomenclatura de esta clase de renovaciones que del pasado están inertes y á veces son móviles, progresivas en el presente y radiantes al porvenir; después se crean todos los días nuevos procedimientos y exigen concurrentemente nuevos términos y nuevas locuciones. A este grado acuden las ciencias, y la cuestión de los términos que nos las explican es de la misma naturaleza: la ciencia influye también por todo concepto en la sociedad, y desde luégo las palabras que emplea se hallan en la conversación general de las gentes ilustradas y en los libros que las desarrollan; de aquí la necesidad para un lexicógrafo de registrarlas y aumentar el fondo del lenguaje usual: no obstante, hay que observar cierta diferencia esencial de éstas á las de los oficios y las artes; mien-

tras la lengua de éstas es popular, á veces arcáica y sacada de las entrañas mismas de nuestro idioma, la científica casi siempre es griega, artificial y sistemática, y notamos cierta dificultad en dar en breve explicaciones claras á cosas frecuentemente complicadas: la escala científica de la lengua está sometida á una fuente y extensión perpetual, porque cada día los conocimientos positivos se reforman y amplifican, ofreciendo un campo inmenso y sin límites; véase, si no, la Botánica, la Zoología, la Histología, cuánto no descubren á cada momento; la Química y todo el reino de las ciencias, donde hallamos número abundosísimo de familias, genéros todos con número específico, y es de ver como en este conjunto de términos tan cambiantes, y que más deuna vez dependen de los principios y de sistemas diferentes, haya muchos casos en que un Diccionario de la lengua no pueda explicar en pocas palabras tantas renovaciones, y todavía menos dar puesto al Diccionario técnico en el que lo es sencillamente de la lengua.

Aparte de esas nociones complementarias, que parece deben llenar todos los planes léxicográficos de un Diccionario de la Lengua, por más de que tienen su importancia y reconocido valor, sin hacer, por otra parte, al Diccionario un tratado de Gramática, ocurre muchas veces que palabras que por su naturaleza, valor y empleo exigen alguna explicación gramatical, con las variaciones del uso dan otro orden muy abundante de palabras, como sería la originada por los escritores de los siglos pasados, aunque dificil, agotándolos en una lectura detenida y depurada, deduciríanse en tan copioso conjunto de ruinas las palabras que puestas en circulación se sostenían, era suficiente motivo á su supervivencia si, como naturales á esa gramática, además no chocaban al oído, á la analogía, y por lo mismo dejaban comprenderse por sí. Esta cualidad misma y el valor de la palabra le hacen digna de esa categoría, en caso de duda, de cierta explicación, ya porque no tenga equivalente en la lengua moderna, ya porque engrane y complete una serie determinada; éstas deben ponerse desde luégo, con la esperanza de que hallarán uso, favor y empleo, y entrarán, por último, en el tesoro común de la lengua; aparte de que no hay razón para malgastar la riqueza del lenguaje, una lengua no se disipa tan en vano y sin razón como cuando pierde las palabras

bien hechas y de buena ley. Sin duda alguna, el uso antiguo así lo estimaba, nuestros antiguos escritores lo juzgaban igualmente, y es como vemos infinidad de palabras en sus mejores obras y vocablos que hoy apenas se conocen.

Realmente, cuesta mucho tiempo la formación de una lengua para servir de pauta que pueda guiar en los estudios filológicos, en la interpretación de las acepciones que el uso ha dado á las palabras y por aquí deducir su respectivo valor; pero se puede decir que en nosotros el uso contemporáneo se inició desde el origen clásico y se continúa en muchos escritores, oradores y hablistas, de los cuales unos gozan autoridad y otros, si no la tienen, merecen ser consultados, de cuyo conjunto los más antiguos tocan al arcaismo, los más modernos al neologismo; tienen sus adopciones gran juego en un Diccionario de la lengua, y al mismo tiempo su presencia, con los ejemplos consignados en sus obras, confirman el uso, autorizan las relaciones, agrandan las significaciones y son el apoyo más seguro del que pretende asociar los principios de la lexicografía á la crítica más clara y evidente. Con tal procedimiento, el Diccionario abrazaría con el presente toda la vida del lenguaje, su actualidad, su significación y su uso, mas esto con el mayor cuidado, para no confundir los extremos del arcaismo, propios de diferentes y variados estudios.

A este propósito, el Diccionario presenta á todos el cuerpo de la lengua usual; pero con todos los elementos que nos exhibe, rechaza algunas palabras que el uso había abandonado y adopta otras nuevas, que adquirieron carta de naturaleza por el uso. Se puede añadir que en la última edición ha conservado ciertas palabras más viejas é inusitadas que otras que ha rechazado; como quiera que muchas de las admitidas proceden por adopción personal ó individual, facilitando así la entrada llegaríase á confundir, sin poder en algún tiempo diferenciar el verdadero tesoro de la lengua. Es más: examinado el Diccionario con intención y esmero léxicográfico, se hallan infinidad de palabras en los escritores clásicos que no existen en el Diccionario actual, unas arcáicas y otras de buen uso, aun las admisibles; las primeras, porque halladas pueden servir á la explicación del propio modo que el escritor clásico las expresó, proqidia; aparte de que esa explicación se necesita en un Diccionario del lenguaje usual, y al

mismo tiempo cual modelo y justificación del ejemplo adoptado por los escritores clásicos, que sostienen vivo y esplendoroso el cuerpo de nuestra lengua.

Ahora bien: el sistema preferible respecto á los ejemplos clásicos del lenguaje, lo mejor sería clasificarlos por el orden de su significación y respectiva anterioridad; esta práctica parece dictada de conformidad á las tendencias históricas del espíritu; y, ciertamente, no se puede prescindir de él. Voltaire ha dicho que un Diccionario, sin esta clase de citas, es un esqueleto; en realidad, no se puede decir tanto de éste, porque hay muchos puntos de vista para hacer Diccionarios; pero es muy cierto que una literatura clásica, fundada hace más de doscientos años, recibida como la más bella herencia del siglo XVI, alimentada con nuevos elementos en los siglos posteriores, ofrece bien ámpliamente recursos al lexicógrafo, y si la nomenclatura que hoy nos parece lacónica se la puede llenar con tantos y tan preciosos elementos desde nuestros clásicos más antiguos, completaria el conjunto de la lengua en un Diccionario con el conocimiento perfecto de las significaciones; esto, á lo sumo, sería continuar el lenguaje, lo que fué desde su origen, porque si nuestra rica y espléndida literatura, precediendo al Diccionario de la lengua, le suministra los primeros elementos; sería, pues, preferible admitir los ejemplos de los buenos escritores, bastando con que fueran clásicos, sostener el uso por las autoridades y establecer entre las palabras ese buen uso confirmado por sí mismo, ese lado real de la lengua con el pensamiento de los que se han servido dignamente de ella y que está consagrado para siempre en los códices inmortales de nuestra hermosa lengua castellana.

Atendida la ilación correspondiente, sería preferible en el indicado orden empezar por los más antiguos; llegando luégo á los modernos se formaría, en riquísima revista por todas las fases de la palabra, la historia del lenguaje, fundada en autoridades del uso antiguo y del actual, completándose así todo el conjunto que debe presidir en un Diccionario de la lengua.

Los autores del último Diccionario así lo comprendieron al evocr en su advertencia un recuerdo admirable á la primera edición de misma obra, por el ejemplo que tanto le reviste de autoridad; y

son de preterir las ventajas que tienen los modelos de nuestra habla, pues mil atractivos rodean la palabra, y no hay conversación familiar ni solemne, de confianza y cortesía, que no tenga su apólogo más ó menos distinguido, emblema de las ideas, pauta de las acciones, fórmulas del público decoro en las frases, su refrán, su gracejo; no hay discurso erudito, político, parlamentario, académico, etc. que no tenga esas maravillosas intercalaciones que tan amena hacen su lectura y audición; bellos versos del Romancero general, trozos selectos del gran estilo de Herrera *el Divino*, elegantes frases de Hurtado de Mendoza, son agradables hallazgos que atraen nuestra curiosidad, deleitan nuestro ánimo y llevan el convencimiento en toda lid filológica á pedir esos rasgos aurinos de nuestra habla, sembrada en la literatura castellana como gotas de rocío en las hojas y en las flores de los prados; son, sin duda alguna, esas dicciones, esplendorosos brillantes engarzados en el rico tesoro de la lengua.

La varia enumeración de las palabras léxicas nos impone cierta serie de vocablos que, aun siendo correctos, bien formados por todos los extremos que preceptúa una gramática bien comprendida, nos pueden dar alguna ambigüedad; como cierta incertidumbre en la recta interpretación de sus diversos sentidos, así la teoría del sinónimo afecta á la lexicografía por algunos conceptos que no deben olvidarse: la buena definición de las palabras es una de las grandes dificultades en esta materia, según observamos en el Diccionario, viéndose, desde luégo, que al formarse el léxico de una lengua muerta es suficiente con la traducción; esta misma sirve de definición; pero cuando hay que explicar una palabra dada por otras de la misma lengua, se cae á veces en una especie de círculo vicioso de lo mismo por la misma palabra, y el pensamiento, las ideas, pierden su inteligibilidad por los defectos de expresión difusa y sometida á veces á contrasentidos inexplicables.

Aparece el sinónimo, derivado en varias lenguas del *nâman*, nombre griego, *Sunonumus*, *sum* con y *onuma* ú *onoma*, nombre, lo mismo que el latín, provenientes sin duda del expresado nâman sanscrito; consiste, no sólo en hallar y consignar el grado de significación y extensión más ó menos variable del sentido de las voces; y á la verdad, ¿quién se hará cargo de las infinitas acepciones y trabajos

que suponen determinar por fin la acertada significación de las palabras de una manera limpia y precisa? El sinónimo, que dice igualdad de significación, tiene á veces una mera referencia, una mera relación de parecido, y entonces el buen sentido da á las palabras su significación común cuando designa un mismo objeto, y así la avaricia y el egoísmo son sinónimos en el lenguaje del pueblo; derecho y justicia, bien obrar y obrar bien, también llegan á serlo y no lo son; autoridad militar y dictadura aparecen entre nosotros como de los más característicos; entre los antiguos, enemigo y extranjero eran sinónimos.

Hay sinónimos de radicales diversas y de una radical común, diferenciándose las palabras solamente por los afijos y terminaciones; también se consideran como sinónimos algunas locuciones que, distinguiéndose por ciertas fórmulas gramaticales, preposiciones por la disposición de las palabras, resultan en el mismo orden sinónimo, pero estos son recursos más bien de la gramática que de la sinonimia general de un Diccionario. Hay, pues, clases de sinónimos más ó menos importantes, y el principal es el de radicales y variadas terminaciones.

Ahora que los filólogos le conceden poca importancia en sí, porque consideran muchos que no hay sinónimos perfectos en las lenguas, y en las perfeccionadas no hay sinónimos rigurosamente exactos; es más, lo gramáticos dicen que no puede haber sinónimos perfectos, y tanto, que cuando se agrupan varias palabras, las más separadas, les queda apenas algún rasgo que les sea común, y entonces un ligerísimo examen podría recordar al pronto sus afinidades, cada día más ó menos diferenciales; con todo no cabe dudar que hay alguna analogía, aunque no se puede sostener firmemente que esa analogía sea con diferentes radicales para crear nuevas denominaciones.

Aunque pocos, la mayor parte se distinguen por el nexo de los sentidos, enlaces muy delicados algunas veces, pero que todo escritor debe conocer si quiere escribir con pureza nuestra lengua.

Pero como este Diccionario no puede ser un conjunto de sinónimos, porque la naturaleza de los mismos los constituye en estudio especial de una de las fases de la lengua, se han relegado á tratados especiales, á onomasticones, de gran utilidad á la lexicografía por

el utilísimo recurso que dan al lexicógrafo, forzándole á precisar las ideas estrechamente unidas á las palabras. Claro es que así la división de los sinónimos, cuando es detenida y acertada, esclarece muchos puntos de vista de nuestra habla, y el no admitir la explicación de una palabra por remisión á otra, ó su referencia, es á veces signo evidente de mayor claridad, por lo cual debía regular nuestra gramática bajo una base bien definida este aspecto de la lengua, ya que de otros menos importantes se ocupa, pues aun los verdaderos sinónimos, sin una regla rigurosa, dañan mucho la claridad del lenguaje: por esas razones se ha visto que la regla en el uso acertado del sinónimo estriba en cierta gradación, procediendo de la expresión más sencilla á la más fuerte, de una palabra inexacta á la más verídica.

Al propio tiempo que el sinónimo, aparece el homónimo con sus analogías y paralelos, en sonidos que á veces no presentan diferencia alguna en la pronunciación y ortografía, y son por sí mismos una fuente de equívocos, y por ese estilo serie de defectos del lenguaje, y de aquí su pobreza; cuando menos, lleva á la lengua cierto juego de palabras que, á lo sumo, indican un rebuscamiento de frase y esfuerzos fútiles en su éxito, y de los cuales, en poco ó mucho, ningún idioma se halla libre. No obstante, le hallamos en multitud de casos cuando se significan cosas de un mismo nombre, aunque su naturaleza sea diferente.

Véase, si no, por el juego de estas palabras latinas: *Eo eo*, yo voy. —*¿Ave, ave, aves esse aves?* Os saludo, abuelo; ¿deseáis comer pájaros? —El distintivo famoso acerca del peligro de las cortesanas, prueba que los poetas latinos conocían este juego de palabras:

¿Quid facies, facies veneris cum veneris ante?
Ne edeas, sed seas ne pereas per eas.

y así es como hallamos en el homónimo la fuente más fecunda del equívoco.

En su varia enunciación los tenemos unívocos, que no presentan

diferencia alguna en la pronunciación y ortografía, y los hay auriculares, y aun para la vista, todas las que constituyen en sí una fuente de dificultades para la ortografía de las lenguas, por cuya razón se han compuesto en algunos Diccionarios especiales.

Objeto igualmente trascendental del Diccionario de la lengua sostener la pureza, claridad, propiedad y elegancia del idioma patrio, no pueden serle indiferentes las buenas teorías acerca de las mismas cualidades, y por lo tanto, algo que esclarezca las vías del lenguaje usual de las gentes contra el barbarismo y solecismo, la cacofonía, anfibología y aun la monotonía y pobreza de la lengua y del uso de la misma. Expuesto ya sobremanera lo que á la monotonía y pobreza puede referirse del Diccionario de nuestro idioma, y la cacofonía, la Gramática de la Real Academia exhibe puntos de vista capitales, escasas observaciones acerca de la anfibología ú oscuridad en el lenguaje, que á veces tanto confunden el sujeto y el término de la oración, y en el que el buen sentido únicamente llega á ser el norte de recta interpretación.

Preséntase en el trascurso del lenguaje la anfibología, como sentido equívoco, ambiguo, dudoso, en cierto modo, como un orden de palabras que dan en los varios giros lado opuesto á las palabras, y en el desarrollo histórico de esta fase del lenguaje recordaremos que los griegos y latinos tenían algunos casos en los que les era permitido consultar sólo la armonía y número para la construcción de sus frases; no sucede lo mismo en nuestras lenguas analíticas, que nos obligan á seguir el orden riguroso de la generación de las ideas. ¿Así es más frecuente entre nosotros? Antes al contrario; la lengua castellana, esencialmente analítica, exhibe su complemento adaptado á seguir rigurosamente el término de que se sirve para completarle en su régimen; así las anfibologías llegan á serle raras, y cuando se presenta es por la formación de ciertas construcciones viciosas, en las que un poco de reflexión permite siempre al lector afirmar el verdadero sentido alterado por varias causas.

Proceden unas de la ignorancia de las reglas de la sintáxis y de l: verdadera formación de la palabra; he aquí la verdadera anfibología la única principal que presenta nuestra lengua; pues si hay otras, r destruyen tanto el lenguaje atribuyendo á sus palabras doble sent

do como en los homónimos y sinónimos, sino en la que produce trastornos en la palabra, alteraciones fonéticas en la lengua y perturbaciones en todos los extremos de nuestro idioma.

Así diferenciamos la anfibología proveniente de la homonimia de las palabras, en la que, por el contraste de los dos sentidos de una palabra, presenta al espíritu una fase determinada en medio de una libertad de interpretación frecuentemente cómica, y remata también en la ignorancia del verdadero sentido de las palabras, por una confusión en su sinonimia, y esta falta la hallamos con facilidad cometida por los extranjeros. Mas definiéndose cada día con mayor detalle los recursos de la lengua, se van parcelando los eriales que aún ostenta y va reduciéndose el número de las anfibologías que aparecen, como: *gracias*, que tanto se dice aceptando como rechazando; *nada menos que*, locución conjuntiva que, seguida de un sustantivo, puede ser aplicada á voluntad afirmativa ó negativa, sin esfuerzo alguno; este hombre no es nada menos que vuestro bienhechor; queda el pensamiento en un ambiente veleidoso que le llena de duda; como *voz mal escrita*; esto no *es legible*, y por este orden otras muchas donde hallamos riquezas de anfibologías, á veces dos y tres, en lo que parece una sola, porque es difícil decir si mal escrita se refiere al estilo ó al calígrafo.

Como expresión viciosa y giro extraño á nuestra lengua, el barbarismo tiene dos aspectos de palabra y de frase, pudiendo determinar el primero en el uso de palabras alteradas en su forma no perteneciente á la lengua, y el segundo en la manera de hablar, opuesta á las reglas gramaticales, proceden por faltas cometidas contra las reglas del gusto, é incongruencias en general contra dichas reglas y gusto que preside el buen lenguaje. No obstante de esos caracteres bien definidos, es difícil establecer una distinción bien marcada en las faltas del lenguaje que constituyan un barbarismo propiamente dicho, y las autoridades en este punto alternan; y si casi lo admiten en la libérrima construcción griega, y en latín aparecía el barbaris-
› en todo lo que no era gramaticalmente regular, otros dicen que,
ıcias á los numerosos barbarismos, los rabinos consiguieron un
cabulario muy completo, y llegan hasta sentar como apotegma
e hay barbarismos y solecismos más fáciles de conservar que de

espeler del curso de un idioma; y, por último, que hay barbarismo feliz que permanece en la lengua sin desfigurarla.

Por el contrario, el solecismo que se nos manifiesta en el error cometido contra la exactitud ó pureza de un idioma, según define el Diccionario que seguimos leyendo, y contra las leyes de la concordancia, no ofrece ese paralelo, pues nunca se establecen en un idioma sin destruirla en parte: revistiendo á su modo todos los caracteres abusivos del barbarismo, exhibe ante todo esa antítesis y cierta oscuridad de límites diferenciales entre ambos extremos: á veces, y á no consultar más que la etimología, estas dos palabras debían ser sinónimas, pues los bárbaros eran para los latinos lo que fueron los habitantes de Solí (1) para los griegos, es decir, que hablaban mal dichos idiomas por no conocer bien la lengua: rechazando, por otra parte, el uso dicha sinonimia, vemos que hay faltas en el lenguaje, verdaderos barbarismos, y otros que son solecismos; pero las hay también que no se sabe en cuál de los dos grados medirlas, y en tal punto se pueden concretar, para mayor ilustración y por vía de reglas, las observaciones siguientes:

Generalmente es considerado como barbarismo, no ya sólo el escribir mal las palabras, acentuarlas y pronunciarlas mal, y trocar unas palabras castellanas por otras extrañas á este idioma, sino también el cambio de alguna palabra cuando esta forma es la fijada ya en el mismo idioma desde muy atrás ó por mucho tiempo; en el empleo de una palabra por otra que tiene con la primera algún parecido solamente de forma: al empleo irreflexivo de ciertos derivados que el uso rechaza, y al de toda palabra dicha en un sentido que los buenos Diccionarios repelen, como la voz *entrañas*, en la frase *tenéis para mí entrañas*, en vez de decir: palabras de padre. Sin que sea preciso descender á mayores detalles en estos puntos, porque bien claras son las observaciones y preceptos de la Gramática regulando el uso de todas esas palabras helénicas, latinas y de tantos otros idiomas en ese inmenso concurso que da el neologismo en su debida relación, para evitar igualmente las buenas reglas de sintáxis, propiamente

(1) Solí, villa de Cilicia, fundada por los atenienses.

dicha, y en la mejor construcción de la frase que tanto contraría el solecismo.

En series, clases, significaciones diversas, se nos presenta el lenguaje español ante una multitud de lenguas y dialectos, formando el grupo total de unas tres palabras. ¿Cómo había de considerarse así el idioma castellano en un Diccionario completo, y hasta el día el más perfecto que ha sido posible, puesto que no ha resultado de otro modo? No cabe leerlo, sino comprendiendo su inmensa significación, el cúmulo infinito de diferencias que comprende en sus términos. ¿Qué diremos también, en tal sentido, de una palabra que reconozca origen anterior y extraño á la formación del castellano, y qué de otras tan antiguas también y que son de plena casticidad? ¿Qué habremos de pensar de nuestro idioma propiamente tal, y qué del lenguaje llamado antiguo español? Todos estos problemas realizados en el presente Diccionario, aparecen como axiomativos, y en su virtud tenemos un lenguaje usual, como debe ser al presente, cual practicamos todos los días; pero se da el caso que, diciendo todo el conjunto filológico de nuestro último Diccionario, se habla sanscrito, celta, griego, latín, árabe, francés, provenzal, representando en tal concepto la inmensa riqueza de la lengua en ese orden determinado conforme á principios. Todo este género de percepción que así nos dice un eufonismo completo, ¿qué no nos podrá expresar en orden á ciertos problemas superiores la poesía de Homero, la palabra de Demóstenes, la descripción de Xenofonte, la prosa de Cicerón, la poesía de Virgilio, la dicción de Tertuliano, por las voces que de tantos idiomas comerciamos en el nuestro? ¿No llegaríamos á entrever algo de lo que en el orden social fué la frase de Esquilo, la voz de Tarencio, y así en todos los géneros literarios más afines de nuestra lengua en orden á toda literatura? Para ello sería tal vez un gran paso hacer diversos onomasticones de las lenguas, que poco ó mucho forman parte de nuestro idioma, y estos diccionarios lingüísticos y fraccionarios, unidos como preliminar, aparecerían después en el cuerpo del Diccionario justificando plenamente la vida de nuestra habla, la existencia de toda nuestra palabra.

Trabajo de profundísima paciencia es el de comparar el valor filológico de las palabras de un idioma tan apto á enriquecerse, según

el Diccionario actual; ya en otras lenguas, como el inglés, cuenta esta clase de estudios estadistas de primer orden, y en la infinidad de cálculos desarrollados por eruditos escritores, sabemos qué número de palabras enriquecen el lenguaje de la antigua Albión, que son el tesoro filológico de la China y Japón; el eco vívido del espíritu alemán, que forman la mayor lindeza de Francia, que es la cadencia musical de Italia, en su claridad y matices diversos, el último perfume del latín en castellano, y que á algunos de preclarísimos númenes estas varias concepciones se les han contado de uso diferente un número fijo de palabras, en gran cantidad, dando así trabajo infinito á los escoliastas, y que vemos reproducido entre los hebreos y exegéticos con pasmosa abundancia, respecto á los escritos bíblicos; así también en latín y otros idiomas se han hecho varios estudios penosos, pero curiosísimos también, y que no sin desvelo se ha podido determinar en castellano, según vimos al principio; algo nos puede ya manifestar un trabajo filológico de esa clase desarrollado acerca de la obra inmortal del *Quijote*, para medir el número de palabras que usó Cervantes; y á seguir por este curso de investigaciones, se daría aún más precisamente con el caudal de nuestra lengua, diferenciándole de todas las otras; pero si tantos trabajos llevaría en sí el conocer la riqueza del idioma castellano, discurriendo por las obras de nuestros clásicos escritores, algún detenimiento nada más de selección por el conjunto que nos ofrece el último Diccionario, nos daría un resultado tan valioso ya como en los demás idiomas contemporáneos, el más perfecto.

Verdad es que para la exacta apreciación y el más acertado ejercicio de ese amplísimo lenguaje, se exige una ilustración grandísima, una erudición que acusa estudios extraordinarios, veladas sin cansancio y una variedad tal de aptitudes, que difícilmente se pueden reunir; de aquí el gran conjunto de concepciones en Sindas, Plutarco, Clemente de Alejandría, como en Varron y Cicerón; cual en Lomonosoff y Karamzin; lo mismo que en Shakspeare y Voltaire; de aquí la universalidad de expresión de tan afamados escritores; aquí ese grandísimo entusiasmo desenvuelto por todos los ámbito la inteligencia, de la imaginación y del sentimiento; y como esas ciones poseyeron tan fecundas producciones en su idioma inmor

España, aunque pocos, cuenta con algunos; y si Lope de Vega, Calderón y otros son, en literatura comparada, maestros imitados en idiomas extranjeros, y por su genio fecundísimas fuentes de inventiva, sería muy extenso enumerar las fuentes de reproducción en el extranjero de otros muchos productos de la lengua española, que si llena su acento de la variedad universal, la ha ofrecido igualmente asimilable; pero, á mi juicio, ninguno como Quevedo podría darnos ejemplar copiosísimo y abundancia de conceptos, vocablos y frases llenas de colorido en todas formas. Hecho ese resumen tal y como nos es posible en nuestro Diccionario, hallamos una confusión de idiomas diversos, como otras tantas fuentes en que apoyar las fuerzas reproductoras de nuestra lengua y á que referir nuestras investigaciones; idiomas que han contribuído á enriquecer nuestra habla, y de los que es preciso conocer sus elementos constitutivos para explicarnos cómo han contribuído al desarrollo de la lengua castellana.

Supuestas determinadas condiciones físicas, cuya exposición es más propia de otro estudio (1), la admirable flexibilidad de la voz, la claridad de nuestros sonidos, admitió con suavidad el lenguaje, no sólo natural, sino con todos los accidentes que pudiera suscitar el espíritu, y supuestas igualmente las versiones acerca del origen de la lengua, sus primeros desenvolvimientos debieron ser rápidos y debió á buen tiempo llegar el lenguaje de los iberos á su respectiva perfección; pues el conjunto de condiciones físicas y morales de los primeros habitantes de Iberia les eran á propósito, y la marcha de la civilización, el vuelo acelerado del progreso intelectual é industrial y comercial favorecía poderosamente el uso de la misma lengua naciente, la facultad del análisis después dieron á la ciencia de la palabra su hálito maravilloso y sorprendente, atendiendo á la naturaleza de hechos que se pueden apreciar de aquellos tiempos; y sea lo que diga Aldrete en su *Origen y principio de la lengua castellana;* sea lo que expresa Ambrosio de Morales en su *Discurso de la lengua castellana;* ya lo que acerca de este mismo particular nos indica Mayans

(1) A este fin tenemos terminado un estudio completo de la Prosodia, que en breve publicaremos.

en sus *Orígenes de la lengua*, es lo cierto que aun entonces hallamos algo como resultado de las lenguas, cuyo incompleto vocabulario todavía no nos es dado perfeccionar de un modo completo, pero ofrecen muchos rasgos en multitud de giros, pues su gramática era sencillísima, apenas si en el habla originaria de España había reglas precisas, pocas, y, por lo tanto, también sin excepciones, llegó el momento en que el número de palabras era igual al de las ideas reinantes en curso, satisfacía sus necesidades, alentaba la vida de los contornos de nuestro país; pero nuevos pueblos vienen atraídos, ó por las ganancias y el lucro de conquistas, ó por la ambición y emporios señoriales y coloniales, y Estados erigen en nosotros una ley suprema extraña á la nuestra, y con sus elementos de civilización, igualmente al lenguaje, influyen y en todo orden tocan, cediendo por fin á nuestro propio impulso; vivió así el desarrollo de este pueblo, siguió sus pasos, y su habla, en ascendente vuelo, llegó á su apogeo en el siglo de Oro y la decadencia comenzó en seguida. Este acontecimiento, excepcional en la marcha natural del progreso, impresionó vivamente á los filológos, y Vargas Ponce (1), Gayoso (2), Puigblanch (3), Peñalora y Mondragón (4), Brozas, Lebrija y otros muchos, todos conocieron un eco común que inútilmente trataríamos de olvidar, porque todavía se repite en nuestros oidos el eco primario de nuestra habla.

No obstante, en ese orden misterioso y que se puede decir ha permanecido ignorado durante tantos siglos, sin otro llamamiento á su estudio más que el eco de la palabra misma, y es quizá una razón por que, además de juzgarlo habla originaria en nuestro país, nos impulsa á estudiar y conocerlo brevísimamente, cual cabe en estos estudios filológicos del lenguaje castellano, tiene una explicación natural; en un priucipio fué una causa intrínseca, anormal en la alteración fonética; enriquecida la lengua por inumerables palabras, sometidas bien pronto á múltiples variaciones de desinencias, vinieron á

(1) Declamación contra los abusos introducidos en el castellano.—Madrid, 1793.

(2) Conversaciones críticas sobre el libro intitulado *Arte del romance castellano*.

(3) Opúsculos gramáticos.

(4) Libro de las excelencias del español.

ser instrumentos muy delicados, que el pueblo ignorante apenas pudo servirse de ellos sin falsearlos; las reglas y leyes gramaticales de los nuevos idiomas les oscurece al pronto, y los dobles giros se multiplicaron; las formas de las radicales fueron trastornadas; aun las de las desinencias, después de haber resistido mucho tiempo, concluyen por corromperse; y una multitud de formas parásitas al lado de las antiguas, constituyen la inmensa jerga del lenguaje, *mediæ é infimæ latinitatis*, tan extendido en nuestro suelo como el habla original é indígena de sus habitantes, coexistiendo en un mismo territorio.

Además de esa confusión propia del lenguaje, esta caducidad natural que le conducía á una decrepitud completa, hubo de admitir una causa bien poderosa, y sobre todo más rápida de alteración, en la renovación dialectal. Primitivamente, cada lengua de las habladas en nuestro territorio había nacido en un medio político bien definido; existían tantos idiomas particulares como grupos humanos (en lo que cabe clasificar); pero las relaciones comerciales, tan variables, tan multiplicadas en los orígenes de las sociedades, llevaron á las razas una suerte de aleación que tuvo para la pureza de la lengua los resultados más funestos; la lengua de los extranjeros y de los conquistadores penetró, como ellos, á viva fuerza en la indígena, y la llenaron de una infinidad de vocablos inútiles y de una multitud de formas barbáras y heterogéneas: el progreso de las relaciones, facilitando la importación de locuciones extranjeras, viene á poner el colmo á esta confusión, y es difícil hoy prever dónde se detendrá.

Sin recorrer aquí por los diversos sistemas lingüísticos, porque de todos hay algún rasgo; sin proceder al abolengo de uno ú otro idioma, como quieren varios filológos, prefiriendo el que según cálculos de probabilidad ofrece conexiones de origen; respetando diversas teorías por su originalidad también, y colocándonos en ese punto de observación de los mismos hechos, como principio y como guía de las experiencias; deduciendo la vida propia y lógica del lenguaje según su manifestación real en la palabra, hallamos que si los teólogos, guiados por una idea, los clásicos por una estética, los griegos por su lirismo, los latinos por sus perfumes de dicción, los cartagineses por la energía de bélicas entonaciones, los árabes entusiastas por la magia de un vergel y de un cielo poéticos, los ingleses de un predominio so-

cial, y lo demás por diferentes predilecciones, ateniéndonos á la realidad misma que nos ofrecen las palabras en su renovación y naturalezas respectivas, encontramos derivación en todos órdenes, y sin especializar á una ú otra rama y para comprenderlos en cierta escala, conociendo primero los rasgos de las lenguas muertas, y aunque la originaria, á nuestro juicio, fuera anterior á alguna, como vive todavía, veremos después la idea característica en nuestro idioma de las supervivientes si, como es deseable y la ciencia filológica exigen, se desarrollaran los estudios diferenciales de una lengua en su prisma.

Vicente Tinajero Martinez.

(Continuará).

CRONICA POLITICA INTERIOR

10 de Octubre.

Por las señales que van notándose en España, parece ser cosa perfectamente averiguada se desea la libertad, el derecho, las reformas que los tiempos reclamen, el desenvolvimiento de la riqueza, el trabajo, la prosperidad, en una palabra, el progreso; pero en calma, en plena paz, sin motines, sin trastornos, sin escándalos; y si tales sentimientos y aspiraciones se acentúan, mucho han de pensarlo aquellos de nuestros políticos para que, dados los fracasos sufridos, vuelvan á intentar conquistarse la opinión por medio de sublevaciones militares.

La aterradora indiferencia con que el país ha castigado á los autores y actores de la última sedición, cuya pena se viene repitiendo cuantas veces prueban fortuna, es una lección elocuentísima, que suponemos no pasarán por alto los hombres que han contraído el compromiso de dirigir la nave del Estado. Y tan espontánea como se manifiesta la tranquilidad en todas las clases sociales, en las que sólo se advierte pesar y rubor por el desdoro de la patria, de la misma manera se observa agitación y cuidado entre los elementos que á la política se dedican y en ella y para ella viven.

Los que han abrazado como medios los procedimientos de conspiración, lucha y sangre, se encuentran confusos, anonadados ante estos desencantos. Les estrecha el dilema á que se ven sometidos y en cuyos dos términos divisan su anulación. Si continúan por los derroteros de la fuerza, hallarán el aislamiento, las persecuciones, la esterilidad como fruto de sus afanes; si optan por la propaganda y legal laboreo, habrán de subyugarse á la dirección del jefe posibilista, en cuyo caso llegarán igualmente á la insignificancia, debiendo aplazar el logro de sus ideales para cuando el país se ponga de su parte y los aclame.

Aquellos partidos y aquellos hombres públicos que están en el poder, ó que por su calidad de gubernamentales pueden estarlo en término más ó menos breve, presa son hoy también de temores, recelos y responsabilidades, abrumándoles la necesidad de llevar á cabo un profundo y detenido estudio de la sociedad española, y acudir con acierto y presteza á buscar el remedio que de raíz corte los vicios de organización que producen tales y tan vergonzosos desmanes. Y en esta situación, en los días que corren, existe con los expresados motivos una ansia sorda, revelando la unanimidad con que se siente el deseo de buscar fórmulas y procesos, que conduzcan á regenerar en lo posible el estado moral de instituciones que puedan constituir serios peligros para la nación; pero como data de mucho tiempo el trabajo contra la autoridad, la moral y el honor, en todos sentidos y por todos los medios, el daño producido ha llegado á ser tan hondo, ha adquirido tales ramificaciones, que no es lícito exigir á ningún partido político ni á ninguna situación aisladamente, consiga cicatrizar esas llagas ni extirpar tales extravíos.

En incidentes tan funestos como el ocurrido el 19 de Setiembre, todo el mundo se olvida de la parte que tuvo en su aparición y acude al poder en demanda de disposiciones y rigorismos que nos pongan á salvo de las desdichas que esos síntomas representan. Y en esto de pedirlo todo al Gobierno, llega entre nosotros á tal extremo el abuso, que aún hay quien de buena fe da la voz de alarma para que los poderes no tomen como pretexto estas circunstancias y omitan el plantear las reformas liberales ofrecidas, reclamación que aplaude la

prensa enemiga de lo existente, descargando en tan propicia ocasión todas las palmadas que no ha podido tributar en público á los sublevados de San Gil.

Cierta lógica encontramos en ello; pero también existe en la actitud que ha tomado la opinión sensata del país, significando con su confianza, que aprueba y agradece el temperamento de vigilancia y cuidado que prevalece en las regiones gubernamentales, como asimismo los propósitos de asegurar á todo trance el orden público. Nuestra censura á los que rechazan de antemano toda pausa, pidiendo sin demora las reformas, no implica el deseo de que se prescinda de ellas, que se falte á lo pactado; de ningún modo: lo que exponemos y pedimos de una manera insistente, es que, tanto el actual Ministerio como los que le sucedan, hagan sobrehumanos esfuerzos para dignificar más y más la profesión militar, alejándola cuanto se pueda del calor político; para reanimar aquél espíritu de honor y consecuencia que hace admirables y fuertes las instituciones armadas; para que el militar fiel y pundonoroso pueda ostentar su uniforme sin temor á que se le confunda con el sospechoso; y por último, para que, á semejanza de Alemania, sintamos paralelamente el orgullo por nuestras Universidades y nuestro Ejército. Y con igual vehemencia hemos de solicitar de los Gobiernos tengan presentes las poderosas razones que en España hoy nos asisten para procurar, ante todo y sobre todo, la paz pública; que usando de los multiplicados medios de que pueden echar mano, procuren atenuar el deplorable estado moral á que hemos llegado, el cual va en creciente, merced á la fanática é incesante predicación y práctica del más grosero materialismo, que corroe y pudre las entrañas de la sociedad española.

En los días siguientes á la sublevación, ha preocupado en primer término la atención pública cuál sería la suerte de los procesados por aquel suceso. Como estaban en poder de los consejos de guerra los autores y todo el mundo conoce el rigor de la ordenanza, sentíase por unos el caso triste de aplicarla, y por otros se repugnaba el espectáculo, prescindiendo de si era ó no justo el castigo. Dividido se manifestaba el sentimiento público entre las tendencias de rigor y de clemencia; pero si hemos de ser verídicos, de lo último era la más

poderosa corriente. Y no es que la conciencia pública velase con afán por las vidas de los reos, relegando al desprecio las que perdieron los dignos Jefes, Oficiales y soldados leales en el cumplimiento del deber; nada de eso: es que por medio de la popular intuición, se adquirió la seguridad de que el sacrificio de esos ciegos instrumentos, en nada había de aplacar los odios de sus directores; y en cuanto á éstos, bien castigados quedaban con la vergüenza de los hechos y la reprobación universal. Si añadimos á estos móviles la piedad que nace de los generosos corazones en presencia de todo desventurado que á trance tan duro llega, es indudable que se ha deseado y se ha pedido en diversas formas, por la generalidad, la gracia de indulto en la corte y fuera de ella.

La esperanza de perdón iba creciendo á medida que se acercaba la hora de ser conocidas las sentencias; y de la esperanza se pasó á la espectación, y luego al ansia, en el momento que se supo estaba reunido el Consejo Supremo de Guerra y Marina para ver y fallar los procesos en última instancia. Hízose público que habían sido dictadas seis penas de muerte contra otros tantos reos, que lo eran el Jefe de la insurrección, un Oficial y cuatro sargentos, y entonces se produjo una manifestación, más de calidad que numerosa, la cual aguardaba en las proximidades de la Presidencia del Consejo de Ministros lo que éste resolviera respecto del indulto. Y por si todo esto no fuera bastante, siguieron coincidiendo en favor de los citados reos, unos tras otros, los auxilios de la fortuna, empezando por haber mediado diez y ocho días desde la comisión del delito al del fallo, detenido estudio del asunto por parte del Gobierno, madura deliberación con el deseo de la indulgencia, y, sobre todo, el magnánimo corazón de una Reina joven, interpuesto entre la muerte y los que habían de sufrirla. Aquella augusta Señora, anegada en llanto, manifestó á sus Consejeros que «no guardaba rencor para nadie, y además que de ninguna manera consentiría estuviera salpicada de sangre la cuna de su hijo, encontrándose, por lo tanto, dispuesta con grandísima voluntad á conceder el indulto.» Y consignadas estas referencias, continuaremos citando los hechos en la foma oficial que han de pasar á los tiempos venideros.

En el Consejo celebrado en la noche del 4 del actual, acordó el

Ministerio por unanimidad no aconsejar el indulto, y á la mañana siguiente, al dar cuenta á S. M. la Reina, ésta rogó volviera á verse en Consejo, con objeto de alcanzar con mayor estudio razones de clemencia, reuniéndose los Ministros á las tres de la tarde, y estando los reos constituídos en capilla desde las ocho de la mañana. Tres horas mortales duró la nueva vista de tan interesante asunto, al cabo de las cuales se apagó la ansiedad que reinaba entre los grupos que animaban la calle de Alcalá, comunicándose para la publicidad una nota como la que sigue ó próximamente:

He aquí los acuerdos:

«Reunido el Consejo de Ministros, el Señor Presidente dió cuenta de que había enterado á S. M. la Reina del acuerdo adoptado anoche para que se cumpliera la sentencia dictada por el Consejo Supremo de Guerra, y que S. M. le rogó que nuevamente se deliberase y se viera si era posible conciliar los deberes del Gobierno con la benignidad que S. M. recomienda con el mayor empeño.

»En consecuencia, el Consejo, después de madura deliberación, oídos los pareceres de los Ministros, acordó por mayoría proponer á Su Majestad la conmutación de la pena de muerte impuesta á los reos D. Manuel Villacampa, D. Felipe González, José María Velázquez, Francisco Cortés, Eduardo Bernal y Baltasar Gallego, por la inmediata de reclusión perpetua, que cumplirán en nuestras colonias de África, y las accesorias que correspondan; y por unanimidad:

»1.° Que se procure, por cuantos medios estén al alcance del Gobierno, auxiliar la acción de los Tribunales, á fin de que se descubra y castigue con todo el rigor de la ley á los autores de los asesinatos cometidos en las personas del Brigadier D. Clemente Velarde y del Coronel Señor Conde de Mirasol.

»2.° Que apenas se abran las Cortes se someta á su deliberación un proyecto de ley, por el cual se conceda á las viudas de aquellos distinguidos militares una pensión que, con la viudedad legal á que tienen derecho, complete el sueldo que disfrutaban los pundonorosos Jefes víctimas del cumplimiento de su deber.

»3.° Que se proceda inmediata y activamente á la averiguación, persecución y castigo de las personas responsables de la noticia falsa que han publicado los periódicos de la mañana sobre los acuerdos tomados en el Consejo de anoche.»

No obstante la tirantez de los más rigoristas por la observancia de la ordenanza, la solución del asunto y la actitud de S. M. la Reina fueron acogidas con unánime aplauso, y esta augusta Señora, en el momento que acordó el indulto, mandó al Sr. General Blanco á comunicarlo á los que en la capilla estaban sufriendo sus horas de agonía. La prensa toda, hasta aquella más radical, aunque pudieran serlo los sublevados, hizo fervorosas aclamaciones de entusiasmo por aquel acto y dió muestras de tierno agradecimiento.

Las más respetables Sociedades de Madrid se disponían á organizar una gran manifestación, á la que se hubiera unido, sin duda ninguna, la población entera; pero que el estado de sitio á que la capital está sometida no lo permitía.

Calmada la agitación sostenida por los temores de jugarse la vida de seis hombres y la esperanza de que la clemencia de la Corona y el Gobierno los perdonara, se presentó otro motivo de espectación pública, otra causa de general preocupación: la crisis que quedó iniciada en el último Consejo de Ministros en que se trató del indulto. La primera expresión de ella fué el disentimiento manifestado sobre el particular por los Ministros militares, esto es, por los de Guerra y Marina, los cuales, aunque con dolor profundo, no se consideraban, por su profesión y por su cargo, en condiciones de transigir con la rebelión de la fuerza armada, asegurándose que el Sr. Alonso Martínez, Ministro de Gracia y Justicia, y el Sr. González, de la Gobernación, participaban de idénticas creencias. Todo ello, unido á que el Sr. Montero Ríos se proponía aprovechar esta oportunidad para abandonar el poder, ocasionó de un modo fácil que, lo que se presentó en un principio como una disidencia productora de una crisis parcial, se convirtiera en total y un tanto complicada.

Multiplicados y verdaderos han sido los esfuerzos hechos por el

Sr. Sagasta para conservar completo el Ministerio, á fin de que, presentándose á las Cortes, pudiera cada uno en su puesto, y todos juntos como entidad Gobierno, dar cuenta de los sucesos y la gestión que en su virtud habían desarrollado; pero todo fué inútil, porque la resolución de los más era irrevocable, aunque sustentada por diferentes razones, y en vista de lo cual convinieron en poner sus respectivas dimisiones en manos del Presidente, para que á su vez las elevara á S. M. la Reina, lo cual cumplió aquél á las nueve de la noche del 7, rogando á la augusta Señora le permitiera retirarse hasta el día siguiente, á fin de que la Corona, con su alto juicio, pudiera detenidamente resolver.

En efecto, á las doce de la mañana del día 8 fué recibido en Palacio el Sr. Sagasta, permaneciendo en la régia estancia una hora próximamente, y después de la conferencia con la Reina Regente recibió de ésta el encargo de reorganizar el Gabinete, lo cual se hizo púpúblico sin demora. En este estado las cosas, el Sr. Presidente del Consejo emprendió con mayor ahinco una nueva labor, encaminada á persuadir á sus compañeros para que continuasen en sus puestos, dada ya una prueba concluyente del desinterés personal que pudiera atribuirles la maledicencia; pero al cabo de repetidas y amistosas entrevistas, con algunas consultas de hombres políticos importantes que han sido Ministros, y que lo volverán á ser, se convenció el señor Sagasta de lo infructuoso de sus gestiones, determinando proyectar un nuevo Ministerio, tomando por base las personalidades que no habían sido refractarias á la continuación. Designó los candidatos, cuya lista aprobó S. M. la Reina, y con ellos celebró una reunión en la Presidencia en la noche de ayer, y, encontrándose conformes, han jurado hoy, quedando constituído el siguiente Ministerio:

Presidencia, Sagasta.
Estado, Moret.
Gracia y Justicia, Alonso Martínez.
Guerra, General Castillo.
Marina, Rodríguez Arias.
Hacienda, Puigcerver.
Gobernación, León y Castillo.

Fomento, Navarro y Rodrigo.
Ultrama, Balaguer.

El estudio de la crisis, con sus accidentes y la significación que en la política corresponde á cada uno de los nuevos personajes que han llegado al poder, es cosa que con algún detenimiento nos proponemos hacerlo en el número próximo.

Ramón García Galván.

CRÓNICA POLÍTICA EXTERIOR

10 de Octubre.

A partir del 21 de Agosto último, en que se verificó la sorpresa y destronamiento del Príncipe de Bulgaria, Alejandro de Battenberg, los temores de una inmediata guerra europea, vivos unas veces, atenuados otras, han sido constantes. Aquel suceso, tan inesperado como significativo, puso en fundada alarma á todos los Gabinetes y á todos los políticos, extendiéndose la creencia de ser llegado el momento de una conflagración general en que, á través de pérdidas inmensas y desdichas sin cuento, sufriera una importante rectificación el mapa de Europa. Desde entonces se sigue con el oído puesto á las noticias que vienen de Sofía, y la atención fija en los vientos que corren en San Petersburgo, Londres y Berlín, barajándose sin cesar en la prensa y en las conversaciones políticas los nombres de los Estados, de los Soberanos y de los diplomáticos más encumbrados, con la zozobra que es consiguiente en el mundo financiero.

Ya en escritos anteriores expusimos nuestra modesta opinión de estar lejana la guerra, no obstante la penosísima situación de Europa; y hoy, á pesar de los serios acontecimientos aludidos, insistimos en que no parece probable se llegue á aquel trance terrible.

Ciertamente que más de una nación poderosa busca el día y la

ocasión de realizar sus aspiraciones de mayor engrandecimiento ó supremacía; pero son tantos los intereses encontrados, tantas las complicaciones que los problemas ofrecen, y tan desconocidos los fines á que podía arribarse, que aun los poderes más fuertes y agresivos retroceden ante la enmarañada y aterradora madeja que á la primera señal se presenta. Todos se impacientan por conseguir sus deseos; á todos mueve la fiebre de la acometividad, y todos temen hacer el primer disparo; y pasan los sucesos, y pasan los años, consumiéndose la savia de los pueblos en la adquisición de formidables instrumentos de combate, que van siendo desechados por otros más potentes, quedando reducidas las cosas á una lucha de sacrificios y despilfarros. Y lo peor de esto, es que así hay que vivir y tales huellas deben seguirse. Pregona la evidencia de ello, la forma en que viene desenvolviéndose la política internacional de muchos años á esta parte, representada únicamente por golpes de audacia asegurados por las condiciones del equilibrio, fundados más en la habilidad que en la arrogancia de acometer un riesgo, que sólo existe remoto cuando aquellos golpes se descargan.

En cuantos pasos dan los Gobiernos, en todas las maniobras de la diplomacia, en los documentos internacionales, se invoca y se proclama el equilibrio europeo como la situación indispensable, como el estado que garantiza la paz, como la manera de librar á los pueblos de la mayor de las calamidades; y, sin embargo, cada cual desea romperlo y teme su ruptura, y cuanto más fuertes los Estados, más apercibidos viven para la guerra, celándose mútuamente y vigilándose hasta en sus más insignificantes determinaciones. Así vamos trabajosamente marchando sin saber á dónde, y suspensos siempre en Europa de que un incidente bien urdido por un poderoso, é inesparado para los que lo son menos, prenda la mina que, cargada de multiplicados explosibles, permanece amenazadora.

De las audacias, tales como la de Prusia en Dinamarca, de Inglaterra ó Italia en Egipto, se pasa á las provocaciones del Imperio alemán en Francia, y de Rusia en Plewna, en el Afghanistan, en Batum y en Bulgaria. Se agitan las Cancillerías, se estudian notas, aisladas ó colectivas; se pactan alianzas movedizas, según las influencias que corren y las necesidades que se sienten; se celebran conferencias y

tratados, para desconocerlos al próximo año; y de asechanza en asechanza, de sorpresa en sorpresa, á través de malquerencias, falsías y traiciones, llegaremos al fin al desarrollo de una formidable conmoción política, que cambie la manera de ser de Europa en términos que nadie puede hoy ni remotamente precisar.

Varias son, á nuestro entender, las causas ocasionales que puedan impulsar el rompimiento, y que vamos á enumerar por el orden de su importancia y gravedad.

Es la primera, las mortificaciones que causa á las grandes potencias la preponderancia inglesa, unida con la tradicional y creciente rivalidad de Rusia.

La segunda, aunque más remota, consiste en la posibilidad de una repetición de la guerra franco-prusiana, que implicaría la anulación de una de las dos naciones y la creación de un Estado colosal y soberbio.

La tercera, pudiera ser el desmoronamiento del Imperio Otomano, con la correspondiente repartición y sus incalculables consecuencias.

La cuarta, un caso análogo respecto del Imperio de Marruecos; y

La quinta, un movimiento socialista simultáneo que debilite las Monarquías de Europa en condiciones tales, que aquella de las grandes potencias que por su cohesión y fuerza sobreviviera á la tempestad revolucionaria, tendría ocasión y medios de adquirir extensión y poderío considerables.

Entre los motivos de temor contados, observarán nuestros lectores que hemos omitido el que representan las pretensiones que pueda abrigar el Imperio alemán, objeto de grande preocupación para muchas gentes; pero ello consiste en que, á nuestro juicio, Alemania, por sus especiales circunstancias, sólo ejerce su poderosa iniciativa en pro de la paz, no obstante estar fuertemente preparada, porque con la tranquilidad y con el tiempo espera la consolidación de su integridad, y amortiguar en Francia el espíritu dominante que la empuja á la revancha. Así es que la consideramos como un importantísimo factor para la dirección y el reparto, si viniera la temida conflagración, pero de ninguna manera esperamos coadyuve á crear semejante estado de cosas.

De aquellas causas, cuya existencia real nadie podrá negarnos, sobresalen, por su carácter de proximidad, la primera y tercera; y, en efecto, ellas dos son las que en los días actuales absorben la atención de los políticos y tienen en jaque á los más avisados diplomáticos.

Ley es de la naturaleza humana volver siempre los ojos hacia la libertad, demandar el derecho, odiar y resistir el abuso; y por lo mismo, así en las sociedades molesta, aburre y empacha el hombre de poder constante y de iniciativa absorbente, como lastima, mortifica y deprime en el concierto de las naciones, aquella en que concurren tales prácticas y medios, en cuyo caso se encuentra Inglaterra, con la particularidad de no concretarse la presión sólo á Europa, sino que se extiende al mundo entero, al cual tachona con su pabellón hasta el extremo de que, al estudiar y contemplar la esfera terrestre, todos parecemos, en más ó menos grados, súbditos de la poderosa Albión.

Esta supremacía, esta ingerencia, estas permanentes vejaciones las han soportado todos los países, ya temiendo á la acción y á la fuerza, ya después de una ú otra cosa.

El pueblo que desde su aparición la rechazó con bríos y hoy la mira altivo y frente á frente, es el nacido de su mismo suelo, compuesto por su misma raza, la República Norte Americana; y el Estado siempre su rival, siempre antagónico de la Gran Bretaña, silencioso unas veces, contrariado otras, Rusia; pero hoy ésta ofrece señales de hacer su política sin miramientos á Inglaterra, sin temor á sus fuerzas y quizá á pesar de su empeño, de sus intereses y de su poderío.

Parece, pues, probable que de esta parte nazcan las primeras chispas del conflicto que de antiguo se cierne sobre este Continente, si no en una, en otra de las fases que la complicadísima cuestión de Oriente va presentando.

En días aún muy cercanos hemos visto al capital inglés adquirir casi en total, la propiedad del Canal de Suez. A continuación, ocupa el Egipto para garantizar aquella vía; se ingiere en su administración, se anexiona la isla de Chipre; lucha con marcados visos de conquis-

ta, y, por último, lleva á cabo el bombardeo de Alejandría. Todo con acuerdo aparente de las potencias, pero con verdadero y hondo disgusto de ellas; mas ninguna osó detener los pasos del Gobierno inglés, que sólo el Mahdí, los beduinos y el sol que abrasa aquellas arenas, dieron el alto é hicieron retroceder á su ejército. Más tarde, apareció el mismo tema bajo el aspecto de un movimiento de tropas rusas sobre la frontera afghana, incidente que más valía como señal que como hecho, y en el que otorgó Inglaterra bastantes concesiones en pró de los deseos de Rusia. Encontramos luégo los entusiasmos del pueblo heleno para sacudir el yugo mahometano que aún soporta, y la política inglesa procura apagar aquellos bríos con sentimiento de Rusia, que parecía alimentarlos. Y últimamente está á la orden del día cómo y por quién ha de ser regido uno de los pueblos más vigorosos de la región balkánica, tributario *in nomine* de la Sublime Puerta, pero que en realidad el Czar de Rusia manda, hace y deshace. Y como se da el fenómeno de irse repitiendo, cada vez con más frecuencia é intensidad, estos tropiezos y estos conflictos, se deduce que tal cuestión de Oriente será, más tarde ó más temprano, la poseedora del triste privilegio de encender la hoguera.

Los manejos de la política moscovita fueron primero sutiles y eficaces, después descarados y enérgicos, puesto que, reconstituído el Príncipe en su trono con el aplauso popular, vióse obligado á prestar completa y pública sumisión al Czar; y qué condiciones no afectaría la actitud de Rusia, y qué fuerte marejada no se sentiría en los secretos de la alta política, que el Príncipe Alejandro, en medio de los plácemes y de los vítores, abdicó irrevocablemente, dejando en pie el problema de la organización de la Bulgaria, y con ella la Rumelia y sus análogos, de cuya cuestión nacen peligrosos pugilatos con interminable tejido de cábalas, ardides y trabajos subterráneos. Y sería ofender la ilustración y perspicacia de nuestros lectores, si les dijéramos que no es precisamente de la felicidad de los búlgaros ni de la protección personal de un príncipe de lo que se trata; nada de eso.

Mantener la sombra de soberanía que aún conserva la Puerta, es el deseo de unas potencias, como expediente dilarorio; robustecer el poderío del Sultan quiere Inglaterra, para que sirva de antemural á

las ambiciones rusas, que á los ingleses les sería imposible ó costosísimo atajar; suavizar estos manejos con el fin de que no produzcan rompimientos y que la obra proyectada sea más paulatina y segura, etcétera, etc., es el papel que se ha impuesto Alemania, cuyas cosas forman los puntos más salientes que se dibujan en toda esta confusión de datos y versiones; pero hay otras causas más hondas, más fundamentales, que dan origen á cuanto estamos presenciando y más que habrá de desenvolverse.

Es que todos los pueblos de la Turquía no asiática pertenecen en cuerpo y alma á la civilización europea, y rápida é irremisiblemente escapan del poder moral y material del Imperio otomano, que con su religión y su filosofía, se queda en la sima del sensualimo y lo fatal. Es que, de la misma manera que la fuerza de los vientos y las sustancias que vagan en la atmósfera, socavan y corroen las más sólidas obras materiales del hombre, así las corrientes de las ideas, pérdida de las creencias, muerte de los intereses, variantes del espíritu humano, aniquilan y derrumban los imperios. Es un caso de los presentados por la historia, en que razas de vigor asombroso, con sus teologías, cultura, monumentos y todas las manifestaciones que acusan haber existido grandes pueblos, han desaparecido de la haz de la tierra.

Y como para esto se empieza por algo, hace ya tiempo dió principio la disolución del mahometismo, el cual sigue su negra pendiente á grandes saltos, dejando girones valiosos agarrados á las bayonetas que guarnecen su camino. Es que la Turquía oscila y amenaza ruina, y la posesión de la península de los Balkanes es puesto ventajosísimo para recoger despojos, aparte de que ya ella lo es bastante digno de codicia. Es que al Imperio moscovita toca forzosamente esta herencia, ya por su posición, ora por su poderío, y quizá, con el fin de obtenerla más pronto y con menor esfuerzo, se aviene á compartirla con otros dos grandes Estados de la Europa Central, á lo cual responde la estudiada y, al parecer, sólida alianza de Alemania, Austria y Rusia, que en presencia de la curiosidad universal y de un modo personalísimo y circunspecto, vienen siguiendo los tres Emperadores.

Bien pudiera suceder no se reserven para los momentos actuales,

los propósitos de ocupar la mencionada península; pero que, dificultándolos la calidad del Príncipe Alejandro y sus simpatías por Inglaterra, se haya querido allanar este inconveniente, que si hoy era de poca monta, andando el tiempo hubiérase podido hacer respetable, máxime con la tendencia que se nota en aquellos pueblos y gobiernos á cierta unidad en la política exterior, y que como nuevas entidades les acosa la impaciencia de constituir en la región un poder respetado de las ambiciones que los cercan. Tales intentos son alimentados por más de una gran potencia, apoyados en el tratado de Berlín, y como altamente beneficiosos para prevenir cualquiera golpe de mano por parte del Imperio moscovita. Mas este, por lo visto, recata ya poco sus designios, desenvuelve descaradamente su política, arrojando del trono al Príncipe Alejandro, mandando emisarios que animen al partido ruso y dirijan los trabajos que, en medio de la agitación puedan hacerse en pro de su causa, poniendo vetos á toda solución, chica ó grande, que á sus miras no conviene, lo cual implica un espionaje eficaz contra cualquiera maniobra inglesa, cuando no una explícita provocación ó un reto, que á estos extremos, por tales procedimientos, bien pudiera llegarse.

Al continuar recogiendo las especies que vagan por la prensa europea, que en estos asuntos principalmente se ocupa, encontramos nada menos que la seguridad de existir trabajos para producir una sublevación en la India, de tal importancia, que viniera á ocasionar un fuerte contratiempo á la Gran Bretaña; y, por otra parte, que se pretende también por Rusia concertar una alianza estrecha con la Sublime Puerta, prestándole ciertas garantías respecto al *statu quo*, que es su deseo; y como nosotros no podemos comprender, ni esperamos verlo, al menos en el actual estado de las cosas, que el Imperio ruso se desprenda de la triple alianza de todos conocida, de aquí que podemos suponer fundadamente, se busca el aislamiento de la política inglesa para eventualidades que es imposible acertar, y que, sin duda ninguna, sólo son conocidas de los tres Emperadores, y á lo sumo de sus respectivos Cancilleres.

Todas estas y otras muchas conjeturas da lugar á hacerse, porque vasto y accidentado es el campo sobre el cual puede girarse;

mas atengámonos á los hechos consumados, y guíandonos por la luz siniestra de unos y los destellos de esperanzas de otros, podremos discurrir con probabilidades de acierto.

Queda sentado que la Rusia viene cometiendo en su política una serie de agresiones, cuyo remate es el destronamiento del Príncipe Alejandro de Battemberg, y para que nada falte, diciéndose públicamente haber sido la causa sus reconocidas simpatías hacia Inglaterra.

Una vasta y sigilosa conspiración militar, protegida por los elementos que, tanto en el Gobierno como en el país, siguen las inspiraciones del Czar, sorprende á dicho Príncipe en la noche del 20 de Agosto, obligándole á resignar el Gobierno y á salir en calidad de detenido fuera de aquel Estado.

Estupefacción verdadera causaron las primeras noticias de este hecho en todas las cortes de Europa; pero, como no podía menos, donde más fuertemente se dejó sentir la impresión, fué en las cortes de Londres y Constantinopla. A más de las condiciones personales de Alejandro, por las que habíase captado general benevolencia, temíase que el suceso, por lo inesperado é importante, fuera precursor de complicaciones y trastornos de grandísima consideración.

Todo el mundo veía inevitable un inmediato rompimiento entre Rusia é Inglaterra, y los más autorizados periódicos de Europa hacían tristes augurios sobre el choque de sus respectivas y formidables fuerzas. Al mismo tiempo que se admiraba el nuevo triunfo de la diplomacia rusa, se dudaba que la maniobra estuviera de antemano acordada por los Gobiernos de Austria y Alemania, siendo la más uniforme opinión que este desacuerdo, unido con el profundo disgusto que el hecho habría de ocasionar en Stambul, crearían á Rusia una situación harto difícil, amenazando más sériamente que nunca la paz de Europa. Cambios de notas entre los Gabinetes de las grandes potencias, extensos telegramas á los Embajadores, conferencias, enérgicos artículos de periódicos, bajas y agitación en los mercados de fondos públicos; excitación al Gobierno de Londres por parte de algunos precavidos políticos, para revisar y comparar las fuerzas navales con las de las naciones en este sentido fuertes. Tal era el cuadro que se desarrolló al momento de ser conocidos en toda su extensión los acontecimientos de Bulgaria.

Preciso es confesar no pasó del todo inadvertido para la zagaz diplomacia inglesa lo que allí se tramaba, cuando horas antes de lo ocurrido, el importante periódico de Lóndres *La Gaceta de Saint James* publicó un significativo artículo, diciendo que Inglaterra debía fortificar su situación contrayendo alianzas poderosas en el Continente.

Con tales atmósfera y temores siguieron desarrollándose los acontecimientos, los cuales vinieron á acentuar más si es posible, las provocaciones del Imperio moscovita.

En la noche del 20 de Agosto, hemos dicho, encontrándose el Príncipe en su Palacio, fué éste rodeado cautelosamente por tropas, con las que iban los cadetes de la Escuela Militar. Reducido á prisión, se le obligó á abdicar por escrito, cuyo documento quedó en poder del Gobierno provisional, formado en el acto por Zancoff, Cronieff y otros, presidido por Monseñor Clement, Arzobispo de Tirnova; y después de las ágrias escenas que son de suponer, antes de alumbrar el día, con todo género de miramientos y escoltado por fuerza de á caballo, fué conducido el Príncipe á Lompalanka. Mas este acto, que hasta tal momento era sólo conocido de sus autores, era preciso comunicarlo al pueblo, y el Gobierno provisional lo hizo por medio de una proclama en que, haciendo los debidos elogios del Príncipe en su calidad de militar, manifestaba sentimiento por que no poseía las mismas condiciones de político, poniendo en peligro con su poco acertada gestión el porvenir de la patria.

El 24 de Agosto desembarcó en Reni, puerto de la Besarabia y, atravesando sin dificultades ni molestias una porción de territorio ruso, se encaminó á Lemberg, donde se detuvo algunas horas; y bien durante su travesía tuviese conocimiento de la contrarrevolución iniciada en Bulgaria, ya que la conociera por los numerosos telegramas que allí recibió, empezando por los de su padre y el Príncipe de Bismarck, es lo cierto, que dichas horas fueron de horrible perplejidad para Alejandro, solicitado por fuerzas diversas, pues mientras pueblo que había gobernado le aclamaba y le pedia volviera á upar el trono, aquellas dos personas, para él autorizadísimas, le legrafiaban aconsejándole hiciera definitiva renuncia.

Resolvióse, al fin, triunfando, como era natural en un corazón joven, los impulsos del valor y del amor propio herido, y en tren especial emprendió su viaje hasta Giurgevo, atravesó el Danubio y llegó á Rustchuk el 29, cuyo desembarco tuvo lugar en medio de un grande entusiasmo del pueblo, y recibido en los muelles por el Metropolitano y los Cónsules extranjeros que seguían á Stambuloff, Presidente del Gobierno creado por la contrarrevolución, establecido en Tirnova, antigua capital del Principado.

Alejandro, con no poco acierto político, anunció y llevó á efecto la visita á varias poblaciones importantes antes de llegar á la capital, y así es que el 30 de Agosto salió para Sistova, Tirnova y Filippópoli. Ya en esta última ciudad hizo alto, y en vista de los informes de sus amigos y los datos llegados hasta él respecto á la actitud del Czar, afirman unos que *motu propio*, y otros que movido por consejo de sus parciales, determinó hacer un acto de sumisión á aquél, con objeto de suavizar el estado de las cosas y poder restituirse al trono con algunas garantías, dirigiendo al efecto un telegrama que, unido con la contestación, fueron publicados en el *Diario Oficial* del Imperio el día 2 de Setiembre.

El Príncipe Alejandro, en el suyo fecha 31 de Agosto, hace, de la manera más franca, las declaraciones siguientes:

1.° Que se somete por completo á la autoridad del Emperador de Rusia.

2.° Que ofrece á éste su adhesión incondicional.

3.° Que está dispuesto á poner su corona en manos del Czar si éste no cree conveniente que continúe rigiendo la Bulgaria.

El Emperador contesta en términos lacónicos y sobrado ágrios, censurando con dureza el acto de Alejandro al volver al principado, vaticinando funestas consecuencias con motivo de su conducta, por más que Rusia se abstenga de toda ingerencia en Bulgaria mientras allí permanezca el que fué Soberano, y concluye con estas frases: «Ahora juzgad lo que debéis hacer. Yo me reservo obrar según lo que me ordenan la memoria de mi padre, el interés de Rusia y la paz de Oriente.»

Con estas impresiones llegó el Príncipe á Sofía el 4 de Setiembre, donde encontró bastante apagado el entusiasmo y agitada la pobla-

ción por temores, alegrías y datos confusos de todas partes; á la recepción de las autoridades y representantes extranjeros dejaron de asistir los de Rusia y Alemania, según tenían orden de sus Gobiernos. La idea de la abdicación se sobrepuso á las demás, y sólo se trató de la forma de dejar organizado un poder dispuesto á hacer frente á cualquiera movimiento que pudiera presentarse, enmedio de las tendencias y las incertidumbres de que está siendo presa el pueblo búlgaro. No sin tropezar con serias dificultades, formóse un Consejo de regencia, la cual nombró un Ministerio, y el mismo día 7 abandonó el Príncipe la capital del que fué su reino.

A primera hora recibió al Cuerpo diplomático, á quien dió gracias por su concurso y consejos precitados en momentos difíciles y angustiosos para el pueblo y para él. Dejó comprender que su pensamiento y principal empeño al volver á Sofía había obedecido á que quería salir de ella en pleno día y con la solemnidad debida, y de ningún modo en secreto y entre las sombras de la noche, como si se tratara de un delincuente.

Desde temprano se encontraba el Palacio rodeado de un gentío inmenso; sin armas estaban tendidas las tropas formando la carrera, y en el patio hallábase agrupada la oficialidad. A las cuatro de la tarde se presentó el Príncipe en el vestíbulo, donde se despidió de los altos funcionarios que, en unión de otras personas, allí esperaban, recibiendo señaladas muestras de afecto. Saludó al pasar por delante de los Oficiales, sin que ellos profirieran grito ninguno. La muchedumbre le aclamó al salir el coche de palacio, y durante todo el tránsito por la ciudad acompañaron á Alejandro los Cónsules extranjeros, entre los que iba el de Rusia, cuyo Agente, al recibir después las visitas de sus colegas, hizo reservas respecto de los términos en que estaba concebida la proclama del Príncipe, manifestándose contrario á lo que en el documento publicado se dice respecto de Rusia.

He aquí, como término de este relato, el texto de la mencionada proclama:

«Convencido de la triste verdad de que nuestra partida de Bulgaria facilitará el restablecimiento de las buenas relaciones con Rusia, y habiendo recibido la seguridad del Gobierno del Emperador de que la independencia, la libertad y los derechos de nuestro Estado per-

manecerán intactos, y de que nadie se ingerirá en sus asuntos interiores, declaro á mi muy amado pueblo que renuncio al trono búlgaro, deseando probar cuán queridos nos son los intereses de nuestra patria, y demostrar que por su independencia estamos dispuestos á sacrificarlo todo, hasta lo que nos es más querido que la vida.

»Al expresar nuestras sinceras gracias por la adhesión general que el pueblo nos ha conservado durante los días felices y los días tristes que el país y el Trono han tenido que atravesar desde nuestra llegada á Bulgaria, salimos del Principado invocando á Dios—y lo invocaremos hasta el fin de nuestros días—para que conserve y ayude á la Bulgaria y la haga grande, fuerte, unida é independiente.

»Nombramos como Regentes á los Sres. Stambulof, Karavelof y Mutkurof, y ordenamos á todos los ciudadanos búlgaros que se sometan á las órdenes y á las disposiciones adoptadas por la Regencia que dejamos nombrada, y conserven al país su tranquilidad, á fin de evitar que se complique la situación, ya difícil, de la patria.

»¡Que Dios proteja á la Bulgaria!

»En la residencia de Sofía el 26 de Agosto de 1886.—*Alejandro.*»

En los tiempos que alcanzamos, en que todos los días se tiene conocimiento de cuanto en el mundo ocurre, y avezado el espíritu á noticias é impresiones fuertes por sucesos de gran bulto, las sensaciones que se producen son proporcionalmente débiles y efímeras. Así es que pronto se repusieron los ánimos entre los altos políticos de Europa, entrándose en el período de los comentarios y del estudio, entregándose los Gobiernos á cálculos y preparativos propios de las contingencias que puedan sobrevenir.

Entre el respetable número de rumores, noticias y escritos que por consecuencia de los acontecimientos de Bulgaria se han esparcido, bien pudieran sacarse en claro algunos puntos culminantes que, sin duda ninguna, están siendo en los momentos actuales objeto de preferente meditación por parte de los hombres de Estado, aun de aquellos países que más lejos están de ser gran potencia.

Entendemos, en primer lugar, haber quedado puesto en claro, sin que á nadie pueda ofrecer la más pequeña duda, la alta influencia moral que ejerce Rusia en Bulgaria, y quizá en todos los Balkanes

cuando arroja del Trono dos veces á un Príncipe popular, primero por medio de un complot militar, y luégo sólo con su veto, sin que ni siquiera haya tenido necesidad de amenazar con la fuerza, puesto que el Gobierno ruso ha dicho constantemente, contra todas las suposiciones, que no se trataba de invadir la Bulgaria.

Creemos, al mismo tiempo, haberse demostrado de un modo enérgico y eficaz que Rusia, para sus propósitos políticos, línea de conducta que le convenga seguir y ejecución de actos más ó menos graves, prescinde del poder é influencia inglesa, marcando su hostilidad á esta nación de manera harto significativa, engendrando todo ello un peligro constante de guerra.

Nos ha parecido ver, en el asentimiento de Alemania y el mutismo de Austria, que la maniobra de Rusia no era por su sola cuenta, sino que, por el contrario, habrá acuerdo previo en lo más grande y sustancial de este y otros asuntos que se irán desarrollando, sin que parezca probable la ruptura de la triple alianza. Las conferencias de Bismarck y Giers en Franzcusbad, celebradas durante las horas más tristes de Alejandro de Battemberg, sin que nadie penetrara los secretos de aquellos dos personajes ni se notase modificación ninguna en los sucesos, nos parecen indicios sobrado elocuentes de ello.

Y, por último, la desabrida negativa del Gobierno turco al representante inglés, respecto de sus exigencias en los asuntos de Armenia antes, y de Bulgaria después, nos declara que la Gran Bretaña se encuentra aislada en lo que se refiere á la política internacional, al menos en los días presentes, y que su flexibilidad ante las violaciones del tratado de Berlín, tan poco conformes con sus antecedentes rigoristas, implican el propósito de transigir, por lo mismo que siente esa soledad, y así lo va llevando á cabo haciendo uso de una amarga prudencia, á la que realmente no está acostumbrada.

Excusado es decir que de todos estos hechos y suposiciones se desprende un constante peligro de encenderse Europa en una guerra; pero insistimos en nuestra creencia, ya antigua, de que ocurrirán cosas extraordinarias, de mucha mayor gravedad que lo de Bulgaria; que la conciliación, las avenencias y las concesiones se llevarán hasta lo inverosímil, y que la guerra llamada europea está distante, porque todos la temen.

Ramón García Galván.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

MANUAL DE TÉCNICA ANATÓMICA, por D. Federico Oloriz Aguilera.

Si la claridad más conspícua en la exposición de las materias; si el orden lógico en su colocación y la abundancia de datos correspondientes al asunque se quiere tratar, constituyen la apología de una obra didáctica, no puede negarse que el Sr. Oloriz se ha hecho merecedor de sincero aplauso por la obra cuyo primer cuaderno tenemos á la vista.

La anatomía, que es la primera base de las ciencias médicas, la que muestra el campo sobre el cual la ciencia hace sus grandes ejercicios y realiza pasmosas maravillas, es esencialmente práctica y experimental. Nada de abstracciones ni teorías, mucho talento de observación, finura en los instrumentos que han de servir para sondear el *universo humano*, y mano diestra para practicar las sabias investigaciones.

Todo esto necesita un maestro; pues si hace falta para sondear los cielos ó atravesar los mares, mucho más para no perderse en el dédalo de un organismo que cuenta por millares los elementos específicos que lo componen, en un círculo infinitamente pequeño y á veces inaccesible á nuestra observación.

Pues bien; el Sr. Aguilera es el diestro piloto que conduce como por la mano en estas difíciles investigaciones, con la habilidad y competencia que ha demostrado en la cátedra, en el libro donde ha condensado y reasumido sus obtervaciones y estudios de muchos años, y que ahora empieza á publicar. El que desee conocer á fondo las conquistas más recientes de las ciencias médicas, los métodos y procedimientos más justificados por el éxito y los instrumentos que ha llegado á inventar el progreso de las artes mecánicas, de consuno con los adelantos científicos, verá satisfechas sus aspiraciones con la obra que este docto catedrático de nuestra Facultad de Medicina acaba de dar á luz.

LA CONFESIÓN DE CLAUDIO, por Emilo Zola, versión de D. Ángel Luque.

Es una bonita producción; la historia del alma, contada por ellas misma, minuto por minuto, con la ingenuidad de una virgen que revela su alma al confesor, con el atractivo de un corazón de veinte años que lucha por el amor y por la existencia en medio del océano embravecido de una gran ciudad que no conoce y que le hace sentir placeres y dolores indescriptibles.

Desde los tiempos de San Agustín se han escrito confesiones, siendo la más notable la del gran Padre de la Iglesia y la de Juan Jacobo Rousseau. No hay otro medio más apto para hacer asistir al lector á las intimidades de la conciencia y hacer un soberbio alarde de análisis psicológico ante las realidades misteriosas de la existencia. Pero son muy pocos los escritores que pueden apelar á este procedimiento, que no es más que un monólogo, sin fatigar al lector. Zola ha triunfado de estas dificultades y nos ha dado en la *Confesión de Claudio* una obra que no será la inferior de las joyas que adornen su corona.

La historia no puede ser más sencilla. Claudio es un joven salido de hermosa Provenza, que se traslada á París sin contar con otros recursos qu las energías de su alma virginal. Tiene inmensa sed de amor y camina c

trás de su espectro, que se le aparece en la única forma que puede llegar al miserable, la de una mujer perdida. Vierte delante de ella todos los tesoros de un corazón puro, ideal, apasionado, hasta que se convence de que persigue una sombra y que la realidad de aquellos amores con que ha soñado en su inocencia sólo los encontrará en la tierra que le vió nacer, donde hallará, al par que las afecciones honestas y profundas, un género de vida que llene mejor las necesidades de su existencia.

Lo que acabamos de decir es una abstracción, despojada, por consiguiente, de todos los colores, de todo el perfume y encanto que rebosan en esta narración maravillosa. Aunque las faltas de que se declara culpable Claudio y las escenas que describe no pueden ponerse al alcance de todas las miradas, pues contienen todo lo que encubre de más degradado y cínico una gran capital, envuelve la confesión una gran enseñanza para los jóvenes inexpertos que sienten los mismos estimulos en su primera edad y pueden ahorrarse, á expensas del protagonista, idénticos desengaños. Es la parábola del Hijo Pródigo contada en detalle.

Recomendamos á los lectores adultos esta novela, lo cual no nos permitiríamos hacer con todas las de Emilio Zola. En ella ha quebrado en parte su molde y se ha salido en algo de la esfera del naturalismo.

Novis, por Jules Claretie, versión de C. F.

Ha trabajado tanto la imaginación de los poetas en crear nuevos tipos, en adivinar situaciones originales en la novela y en el drama, que ha resultado casi imposible encontrar en este género alguna novedad, algo que no se ve á las personas conocidas. La mayoría de los novelistas, para salvar la ificultad, visten con distintos trajes un mismo maniquí y distraen al público variando con nuevos toques los accidentes, dejando el fondo mismo el cuadro. Difícilmente se llega ya á excitar, ni remotamente, en el lector a impresión de lo desconocido.

Esta dificultad la ha vencido en gran parte M. Claretie en la novela de que nos ocupamos. *Novis* es una mujer excepcional, un tipo que tiene algo de la mujer franca que nos pinta la leyenda en los primitivos tiempos de la Galia, mezclado con ciertos rasgos de la fisonomía y carácter de la mujer andaluza. Es una verdadera perla descubierta por el poeta en los apartados bajíos de París, y que, en sentir nuestro, está destinada á vivir por mucho tiempo en la galería del arte.

Eugenio Ferrand, autor de novelas á cuartillo de real la entrega, soñador y con el corazón de un niño, se ve envuelto en un proceso por haber tomado parte en una sociedad minera, en la cual venía á representar, con sus novelas de aventuras americanas, el papel de socio propagandista. El negocio no resultó muy limpio y los tribunales tuvieron que intervenir, dando lugar á un proceso que retuvo al inocente autor muchos meses en la cárcel.

En esta situación empieza el drama. *Novis*, hija del fantástico novelista, apela á todos los recursos para salvar á su padre, y principalmente á la influencia de René, príncipe de Chantenay, á quien la casualidad había puesto en su camino, costando esta mediación el honor de la púdica joven, que cae envuelta en las redes del seductor, sin perder ante la conciencia su dignidad de mujer, después de las promesas y juramentos con que fué engañada.

Este argumento da lugar á que ponga el autor en escena una porción de figuras, á cual más interesante, que describen en conjunto la manera de ser de la alta sociedad francesa. René, tipo de la elegancia y de la ligereza parisién; su hermano Raimundo, planta exótica en medio de aquella sociedad frívola y sin corazón, donde sólo al sentimiento del deber, á la vez dúctil como el oro é inflexible como el diamente; la Princesa, su madre, mujer despreciable bajo el oropel de sus títulos nobiliarios, y otros personajes de secundario interés, llenan el cuadro de animación y de vida, sobresaliendo entre todos la figura de la heroina, que no desmiente un solo instante la energía de su carácter, el poder de su belleza y la nobleza de su corazón.

Con esta obra ha prestado el *Cosmos editorial* un hermoso servicio á sus abonados y á la buena literatura.

La Pecadora, por Adolfo Benot, traducción de S. Román.

Si la novela moderna es un reflejo de las costumbres de la sociedad en qne se escribe, se puede perdonar á los autores de la nación vecina que llenen sus creaciones de tipos reprochables bajo el punto de vista moral, de personajes que no serían fácilmente admitidos en buena sociedad. Precisamente en esto se distingue la literatura inglesa, reflejo de una sociedad más morigerada y en la cual se rinde un delicado culto á la familia, trasparentándose esta vida profundamente sana y espiritual en aquella novela, que viene á ser un análisis psicológico y social de los sentimientos honestos, que sólo puede desarrollarse, en sus infinitos matices y accidentes, al calor de la familia.

Pero tomando la novela francesa tal cual es, y como no puede menos de ser en los países latinos, donde la vida se disipa en expansiones frívolas y donde se hallan cada vez más relajados los vínculos del hogar, hemos de confesar que la obra de Adolfo Benot es aceptable bajo el punto de vista moral, á pesar del carácter de la protagonista, y muy superior bajo este concepto á la mayoría de sus contemporáneas, por ofrecernos siquiera un sentimiento noble, el de la maternidad, creciendo robusto y vigoroso en un suelo manchado por la más profunda corrupción.

El nombre de la novela dice claramente quién es la heroina; una de esas mujeres desgraciadas, de procedencia desconocida, que con el auxilio de la belleza y de la gracia escalan una posición equívoca y brillan por algún tiempo en medio de una sociedad que tiene por divisa el placer, relegando á una estrecha y oscura esfera las leyes del honor. Esta mujer, que tiene en el lenguaje usual tan variados como gráficos nombres, llega á ser madre en una de sus variadas y pasajeras conjunciones, encontrando en este accidente, para otras efímero, la revelación de otra vida y la redención de su ser.

Los sacrificios que lleva á cabo Lucía Aubré para lograr la felicidad de

su hija, las expiaciones que se impone para conservar puro é inmaculado el fruto de una unión fortuita, convirtiéndolo en holocausto ofrecido á la justicia invisible y á la opinión inexorable de los hombres, tienen algo de conmovedor, de dramático, de espiritual, que hace perdonar, así bajo el punto de vista moral como artístico, las escenas de libertinaje que llenan casi el tejido animado y pintoresco de la narración.

Alejandro Dumas, hijo, fué el primero que se atrevió á poner en escena y hacer adorar en un hermoso cuadro una de esas criaturas de que se apartan con desdén compasivo las personas honradas. El éxito animó á los que han venido detrás, y *La Dama de las Camelias* ya es un tipo aceptado, un asunto corriente en la literatura, debiendo estar agradecidos cuando, como en *La Pecadora*, se la envuelve en una aureola y se la purifica en el Jordán de las lágrimas y del sacrificio. Otros, con mayor descaro, no ocultan ni tratan de disculpar sus faltas, y, después de complacerse en hacer en público una minuciosa anatomía del vicio, acaban por su repugnante apoteosis. A su lado, es todavía *La Pecadora* de Benot un modelo de santidad, un dechado de moral.

Ya se comprende que la lucha de sentimientos tan opuestos como los indicados en el alma de la protagonista ha de producir situaciones maravillosamente dramáticas é interesantes, como así es, en efecto; mereciendo, tanto por este concepto como por el estudio de los caracteres que intervienen en el argumento, ser colocada esta producción, que nos da á conocer *El Cosmos editorial*, entre las notables de la literatura francesa contemporánea.

LO CATALANISME MOTIUS QUE'L LEGITIMAN, FONAMENTS CIENTIFICHS Y SOLUCIONS PRACTICAS, por D. Valentín Almirall.

Varias revistas extranjeras se han ocupado de este libro, que ha causa en España poca sensación. Su autor pertenece á la pléyade federalista q

disgustada de nuestra organización política, á la cual atribuye los males que todos lamentamos, cree haber encontrado la panacea infalible en el sistema federal.

Aunque este solo antecedente delata al utopista y soñador, no puede negarse que la obra contiene observaciones profundas, consideraciones atinadas, un conocimiento exacto de nuestros defectos nacionales, que tal vez nadie ha señalado con mayor precisión, con una crudeza rayana á la crueldad. No podemos menos de copiar algunos párrafos:

«En un temperamento como el castellano, si la acción es enérgica, la reacción es enervante. Los fenómenos de la vida moral siguen á menudo las leyes del péndulo; la falta de equilibrio, de cualquier causa que dependa, conduce á la decadencia. Para desgracia de las regiones españolas, la decadencia del grupo dominante, efecto de una excesiva tendencia al idealismo abstracto, ha acarreado la de los grupos dominados por él. El absolutismo ha sido desde luégo el instrumento de unificación, y el parlamentarismo ha venido á completar la obra. Hoy la raza castellana, considerada individual y colectivamente, está en decadencia, pero no ha perdido nada de sus atributos característicos; es idealista como siempre, y conserva el mismo amor á la absorción. El ideal es raquítico; la imaginación, atrofiada; las abstracciones, paradógicas; los medios, mediocres. Incapaz de toda empresa positiva, vegeta en la miseria moral y material; y esta raza, una de las más simpáticas de Europa, á pesar del desequilibrio de sus facultades, ha venido á ocupar el último rango entre las naciones civilizadas. Es indescriptible la impresión que causa en el estado de este pueblo á quien visita, sus poblaciones secundarias, las aldeas y cortijos de Castilla. Las gentes que las habitan son físicamente interesantes. Las mujeres acusan una de las variedades más perfectas de la raza blanca, por la finura de su piel, la regularidad de las formas, la abundancia y esmero de sus cabellos. Los hombres son dignos de las mujeres. Hombres y mujeres dan á su fisonomía y á sus stos tal expresión, hablan un lenguaje tan elegante, que es difícil encon- r algo semejante en las primeras naciones del mundo. Sin embargo, es- mismas gentes están atrasadísimas; es tan corto el número de sus nece- ıdes; sus casas, que no son ordinariamente más que cabañas ó cuevas

abiertas en la tierra, son tan miserables, que no puede señalárseles un puesto en la civilación actual. Cada vez que uno recorre las desiertas llanuras de Castilla, dejando las ciudades populosas, se experimenta una profunda impresión de tristeza. Aquellas pobres gentes, que os reciben dignamente y os hablan una lengua tan pura y delicada, que muchos cortesanos la envidiarían, no pueden ofreceros sino bellas palabras de cortesía. Aun el agua les falta en muchas localidades.»

Como se ve, la pintura no puede ser más realista, pero tampoco más real. Seguramente algunos conocerán mejor á Castilla, leyendo esta descripción, de lo que la habrán conocido recorriéndola. Así son las demás pinturas que se refieren á los centros sociales, exuberantes de verdad, hijas de un profundo espíritu de observación. Sentimos que no nos permita el espacio trascribir algunos de estos cuadros, pero no resistimos á la tentación de dar otra pequeña muestra:

«Los atributos del Castellano conducen al autoritarismo y al predominio de una oligarquía. Esto se observa en todos los períodos de la historia, que se reasume siempre en algunos hombres. Los castellanos tienen necesidad de ídolos, y para ser más venerados, éstos ídolos han de residir en Madrid. Madrid es la Meca de la raza castellana.»

Sin negar que el estudio de que damos cuenta contenga exageraciones, creemos que debe ser conocido por los hombres reflexivos; pues si los juicios son algo duros, pueden ser un aliciente para la corrección de ciertos defectos, que no se remedian ocultándolos ó cerrando ante ellos los ojos. Análisis de este género son, de todos modos, dignos de encomio por lo raros, casi inverosímiles en nuestra patria.

L'Alcoolismo, sue consecuenze morali e sue cause, por el Doctor Napoleón Colajanni.

Cuestión es esta, que se ha propuesto el sabio autor italiano, de la más alta importancia; pero tan compleja y de tan difícil solución, que el concurso de las más altas luces no será excesivo para resolverla.

Tres son los aspectos bajo los cuales puede considerarse el alcoholismo: sus causas sus consecuencias, y sus remedios; y bajo los tres ha acumulado el ilustre tratadista gran abundancia de datos y finas observaciones, que demuestran un profundo conocimiento de la materia.

En la primera estudia, con el auxilio de la Estadística, los casos de criminalidad y de locura que ha producido la embriaguez en distintas regiones de Europa, mayormente en Italia, dentro de cierto período, deduciendo de este horrible cuadro cuánto importa á las sociedades y á los Gobiernos cegar este foco de vicio, este cáncer que devora una gran parte del cuerpo social. Esta parte del libro es la más extensa y la más digna de ser consultada, por la riqueza de datos que atesora y por los conocimientos fisiológicos que ostenta en ella el autor.

La segunda está dedicada á investigar las causas, que reduce á tres clases: física, el clima; económica, la miseria; y psico-sociales, la ignorancia, la pasión por los placeres, los estímulos sociales, las condiciones de la habitación, la oscuridad y la organización social.

Respecto á los remedios, proclama la inutilidad de la reprensión y la ineficacia de los medios indirectos, como las contribuciones y recargos del fisco, esperándolo todo de «la suficiente y buena alimentación y del desenvolvimiento intelectual,» que son las dos formas de cultura, moral y material. Bajo este pie, cree el autor de la monografía que el alcoholismo irá en decrecimiento y que desaparecerá del todo en un porvenir no remoto con el progreso de la civilización.

PROPIETARIOS:

JOSÉ LUIS ALBAREDA. L. A. RUIZ MARTINEZ.

DIRECTOR:

FRANCISCO CALVO MUÑOZ

APUNTES

SOBRE EL NUEVO ARTE DE ESCRIBIR NOVELAS [1]

VI

Mérimée y Gautier, uno por el dibujo, otro por el colorido, y ambos por la afición á pintar lo que veían y por la fidelidad y viveza con que lo pintaban, aparecen al pronto como los prosistas de la época de los románticos más á propósito para precursores del naturalismo.

Si no lo son, es porque no enseñan nada; porque no se preocupan, por desdén ó por incuria, de los grandes problemas sociales, políticos y religiosos.

Tampoco, á mi ver, enseñan nada los naturalistas; pero se asegura lo contrario, por dos razones.

Es la primera porque, más ó menos á sabiendas, se ponen en la corriente del pesimismo fatalista y se dejan arrebatar por ella.

Y es la segunda porque, si no enseñan, creen y dicen que enseñan. Lo malo es que el método rigoroso experimental de

(1) Véanse las REVISTAS de 10 y 25 de Agosto, 10 y 25 de Setiembre y 10 de Octubre.

que se valen no consiente ni hipótesis atrevidas ni afirmaciones terminantes y valerosas: todos son hechos, inquisición, documentos humanos; ripios para levantar más tarde soberbio edificio; datos para coordinar maravilloso sistema; pero ni el edificio se columbra, ni del sistema se ve la más leve traza. Aunque Zola lleva ya escritas diez ó doce novelas de su *Historia natural y social*, los Rougon Macquart, la síntesis, las leyes y las doctrinas que han de salir de todo ello, no serán expuestas al público hasta que Zola escriba la novela vigésima. Mis hijos, si Dios les concede larga vida, podrán ver lo que saca Zola en claro de todos sus estudios y experimentos. Lo que es cualquier otro sujeto de mi edad, ó yo mismo, debemos desesperar de ver nada, á no vivir más de cien años, como Moisés; y aun así, será menester que el diablo remede con nosotros al Omnipotente, y nos agarre y nos trasponga á la cumbre de otro monte Nebo, y desde allí nos enseñe la tierra prometida del naturalismo.

Anda ahora por las calles de París un hombre que asegura que va á hacer una suerte portentosa, que llama él *la suerte del palo roto*. Las gentes le circundan, le oyen y le dan dinero, y él las entretiene con inagotable y discreta charla. Así llega la noche: las gentes se van, y la suerte no se hace. El sistema, las leyes, la enseñanza sociológica que van á salir del naturalismo, se parecen algo á esta suerte. Pero, en fin, con plena buena fe, sin farsa ni broma, el naturalismo tiene la pretensión de enseñar; es *científico*; dice á sus apóstoles: *ite et docete omnes gentes*.

Varios son los errores en que funda el naturalismo la creencia de que tiene esta misión.

Nada, según él, se averigua sin método experimental; y con método experimental todo se averigua. El naturalismo figura las cosas al revés de como el idealismo las figura. El alcázar de las ciencias es ingente, hermoso y sublime. Nadie le midió ni rodeó jamás. Tiene muchos pisos. Su elevación es tal, que sus torres y sus cúpulas se pierden en las nubes. Sus cimientos arraigan en el abismo. Las puertas de sus salones y

magníficos estrados están cerradas con cerrojos y candados de diamantes y selladas con siete sellos. Sólo hay practicable un largo, estrecho, oscuro y no muy limpio corredor, en el piso bajo, desde donde se entrevé algo de las cocinas, de la caballeriza, del corral y de las bestias que tienen allí los amos del alcázar. El idealismo, en alas de la fe, de la imaginación, de la inspiración metafísica ó del rapto religioso, acaso se eleva y percibe un poco de la esplendidez y armonía del conjunto; pero el método experimental va con paso de tortuga, casi á ciegas como los topos, avanzando por el corredor tres ó cuatro pasos cada siglo, y presumiendo en balde de que ya lo conoce todo y de que no le queda más por ver. Halla que todo allí es sucio y abominable; pondera el desorden y el horror de cuanto mira, y se jacta de haber desgarrado el velo á Isis y descubierto que es fea. No calcula que, mientras adelanta más por el corredor estrecho, más debe persuadirse, no de que lo conoce, no de que lo descubre todo, sino de que los misterios se aumentan y de que se ofrecen más hondos secretos y más riquezas y prodigios que descubrir. No, como dice Leopardi, se aparta del caro imaginar nuestra mente *in eterno*, sino que, á cada paso que da ese método experimental, crece, cunde y se multiplica lo ignorado y lo imaginable. No ya en las altas cámaras del alcázar, á donde ese método no sube, sino en sus cuevas y subterráneos, así como en las minas de carbón hay luz y calor materiales, guarda la verdadera ciencia la tenebrosa sustancia, que no analiza la química y que ha de dar constante alimento y calor y luz á la religión y á la poesía.

Otro fundamento en que estriba también la creencia de Zola en el apostolado del novelista experimental, es que ahora el literato en general, y muy singularmente el novelista, se entienden con el pueblo, que los mantiene, y no viven, como antaño, á modo de parásitos en la domesticidad de príncipes y magnates, que Zola califica de imbéciles.

Yo prescindiría de la severidad de Zola con los Pericles, Mecenas, Augustos, Médicis, Duques de Weimar y otros protectores de los literatos antiguos, si en la extensa disertación ti-

tulada *Del dinero en la literatura* no hubiese afirmaciones de las que importa hacerse cargo.

Ya Alfieri, con aristocrático y más elevado concepto del sabio y del poeta, había escrito un libro, *Del Príncipe y de las letras,* donde dilucida esta cuestión. Supone Alfieri, como Zola, algo que parece debiera ocurrir y que, sin embargo, no ocurre, por ser más noble de lo que vulgarmente se piensa la condición humana. Rara vez el sabio, asalariado por el magnate, pierde la independencia y la dignidad que necesita. Yo noto, por el contrario, que, salvo algunas lisonjas en dedicatorias y prólogos, que nada significan y que hoy pueden prodigar y prodigan los autores, ya al vulgo, ya al editor que les paga el libro, y cuyas malas pasiones adulan y fomentan, acaso más que en lo antiguo adulaban á los Mecenas, éstos no los obligan á sostener opiniones falsas ni á callarse verdades útiles. ¿Cuál es la revelación que se le quedó por hacer á ningún hombre profundo de las edades pasadas porque se lo prohibió su Mecenas?

Pero, en fin, si convenimos en las premisas que sientan Zola y Alfieri, y aseguramos con ellos que el escritor no debe ser asalariado del magnate, porque esto le degrada y amengua, yo rechazo la conclusión de Zola y acepto la más severa y noble de Alfieri. El escritor que no viva de sus rentas, debe tomar oficio para ganarse la vida; y, como sabio, como poeta ó como filósofo, no debe ganar sino gloria, descubriendo la verdad, exhortando al bien ó creando la hermosura.

Zola mismo tendrá que confesar que el sabio no se hace nunca pagar por el vulgo que no le entiende. Con él no reza lo de que el público paga directa é inmediatamente, y no por medio de un sueldo del Estado. Del poeta lírico bien se puede asegurar lo propio. Imaginemos que los más populares y grandes florecieron en épocas y en pueblos donde se leen y compran muchos libros: ¿cómo quiere Zola que un gran po se ponga de diario á escribir una oda ó media oda para hac se una renta? Gallego, en España, vive más de setenta año hace tres ó cuatro composiciones bellísimas é inmortales. P

su gloria, basta; pero ¡medrado hubiera vivido si con el producto de las tales composiciones hubiera tenido que comer, vestir y calzar! Manzoni vive más aun, y nos deja siete ú ocho himnos, dos tragedias y una novela. Quintana no es más fecundo.

En suma, es inútil discutir sobre esto. Hay manifestaciones de la actividad del alma que no tienen paga ni se dan por oficio. El sabio, el poeta, el héroe, el vidente ó el santo que enseña algo á la humanidad ó le da altos ejemplos de virtud, no hace un poquito cada día de sus odas, hazañas, profecías ó revelaciones, para recibir su jornal. Para ganarse la vida tiene que buscarse otros medios, aunque honrados, más prosáicos y vulgares. El vulgo no paga, ni á Leopardi sus cantos, ni á Copérnico su sistema, ni á Keplero sus leyes, ni á Newton su gravitación universal, ni siquiera á Comte su positivismo, ni á Fourrier su falansterio.

Zola, no obstante, está entusiasmado con la independencia y la dignidad que da el dinero al literato. El libro pagado y bien pagado por el público, es el triunfo de la democracia en literatura. Y esta democracia, según Zola, hace de los autores «los jefes intelectuales del siglo,» y, lo que es mejor, «introduce la ciencia en la literatura, extiende la investigación científica á las obras de los poetas y engendra la evolución actual, la evolución naturalista que nos arrebata.»

¿Quién no se pasma de leer tales asertos? ¿Quién no se admira de las cándidas ilusiones de Zola, nacidas de la satisfacción material y de amor propio que siente al verse bien pagado?

Por desgracia, lo único que Zola acierta á probar, es que en dos géneros de literatura, en el teatro y en la novela, pueden ganarse la vida algunos autores, poquísimos siempre en proporción de los que al oficio se consagran: de autores dramáticos, más; de novelistas, menos. Entre éstos (y en Francia hay ntenares), se contará media docena que vivirán con holgura. los demás, la mayoría, y Zola no será tan cruel que los ca- que á todos de estúpidos, no pocos mueren de miseria y de bia, ó viven desesperados y furiosos, y se hacen autores natu-

ralistas, satánicos, *decadentes* y enemigos de Dios, de la naturaleza y de la raza humana, porque no reconocen, ni pagan ni ensalzan lo bastante su ingenio.

La verdad es que la competencia es aterradora. En oficio ninguno se necesita menos aprendizaje que en el de novelista. Un pintor, un escultor, un médico, un abogado ó un ingeniero, tiene muchísimas cosas que aprender; mientras que para ser novelista, para recoger documentos humanos, para pintar cada uno *á través de su temperamento* algo que ocurra de diario, no se requieren previos estudios. Basta con saber leer y escribir. Pero como escribir una novela que guste es difícil de veras, resulta que de los novelistas se puede decir mejor que de nadie: muchos son los llamados y pocos los escogidos.

A los no escogidos, Zola no les da otro consuelo sino el de que se aguanten. No quiere que el Estado proteja y premie las bellas letras, y tiene razón. El que escribe y no gusta al público, mejor es que no escriba. Más racional encuentro yo que el Estado dé empleos á los escritores, á fin de que no escriban lo que el público no ha de leer, como sucede en España, que no que el Estado pensione á los escritores para que escriban si nadie ha de leerlos. En esto estoy de acuerdo con Zola.

De todos modos, no hay Estado bastante rico para pagar el silencio ó para pagar la escritura de tantos como escriben. Y este es terrible mal. Así como hubo ya Edad de Piedra sin pulir y Edad de Piedra pulida, ahora estamos en la edad de papel escrito.

Zola asegura: en una parte, que en París se publican miles de libros al año; en otra, que salen en París dos ó tres novelas al día. Tomemos un término medio. Presupongamos que la cosecha anual de novelas es en París de seiscientas. Tres ó cuatro tendrán éxito excepcional. Se venderán cien mil ejemplares de cada una. Para las demás, ya es feliz éxito que se vendan de algunas dos ó tres mil ejemplares. Y como el autor recibe cincuenta céntimos, media peseta, por ejemplar, resulta que un autor con crédito y muy fecundo, que escriba, por ejemplo, cuatro novelas al año, ganará de cuatro á seis mil pesetas, con

las cuales, y sobre todo si se permite el lujo de matrimoniar y de tener familia, ya está aviado, y puede vivir con la brillantez y el decoro que reclama su papel de *jefe intelectual del siglo* y de uno de los miembros de la *única aristocracia hoy posible.*

Y cuenta que todo esto se logra en París, donde se escribe en una lengua que se lee en todas partes; en París, donde se impone la moda; en París, donde, como Zola nos descubre, cuando los editores tienen novelas que en Francia no compra nadie por tontas, las empaquetan y remiten á países más tontos que Francia, donde se adora todo lo francés y donde dichas novelas se venden y son el encanto de las señoritas y de los caballeretes desocupados.

En suma, por confesión del propio Zola, aunque está contento de lo que gana, la lucha por la vida no es más sangrienta entre nadie que entre los autores de novelas en París. «¡Ay de los vencidos!»—exclama: pero no hay que tener compasión. —«Los débiles no merecen ningún interés. ¿Por qué han tenido la ambición de ser fuertes? Que sufran las consecuencias: que sucumban en la batalla y que todo un ejército pase sobre sus cuerpos y los pisotee.»

Seamos estóicos, como Zola. Convengamos con él. Resígnense los que caigan; pero como nadie quiere caer, ni ser pisoteado, cada cual recurre á mil estratagemas y tretas para avanzar ó sostenerse de pie firme.

De aquí procede en gran parte la evolución naturalista.

Ya el autor apela á lo obsceno, á lo extravagante y á lo escandaloso para ganarse lectores; ya, para aterrarlos, acoquinarlos y hacerles creer que es de naturaleza más fina, briosa y terrible que ellos, larga el autor blasfemias y maldiciones diabólicas, y lanza petardos, truenos, y rayos y centellas, á fin de meter en un puño el pusilánime corazón de los burgueses, darles malos ratos, acibarar su digestión y perturbar su sueño, tal vez en venganza de que comen y viven mejor, de ordinario.

Y aun sin este mal deseo de venganza, aun sin premeditación, y sólo por el instinto de señalarse y de atraerse lectores,

los novelistas, en esta lucha desesperada por la popularidad, extreman cuanto pueden las extravagancias horribles para vencer á sus rivales.

Precepto del naturalismo es también la impersonalidad del autor; pero en la práctica no hay escuela que peque más contra este precepto. Verdad es que hay otro que le deroga y anula: pintar lo que se ve al través del temperamento. Pues qué, al pasar por dicho prisma, ¿no se baña todo y se tiñe ó se mancha por completo en la personalidad del autor? De aquí que el temperamento malo, agriado, bilioso ó nervioso de los *ratés*, de los *détraqués* y de los *compliqués*, sea lo que engendra esto que llaman naturalismo.

No se ha de negar que, como muchos naturalistas coinciden en temperamento, resulta que la diferencia personal está en la proporción de las dosis, si bien en cada obra del naturalismo entran los mismos ingredientes principales; es á saber:

Furor contra Dios, la sociedad y la naturaleza, porque no nos hacen todo el caso que merecemos; porque no nos miman; porque no se anubla el sol cuando tenemos *spleen*, y porque no se hunde el mundo cuando nos hundimos.

Gana en el autor de aparecer como ente excepcional, incomprensible para el vulgo y muy superior á todos los tenderos, fondistas, fabricantes, labradores, sastres, altos funcionarios y banqueros, que viven con mayor comodidad y lujo, pero que, según él, son casi siempre unos mentecatos ó unos pilletes.

Propósito de deslumbrar á las gentes de provincia y de lejos de París, pintándoles á París como una Babilonia ó una Nínive, mil veces más estruendosa, exquisita y refinada que las antiguas, con orgías, crápulas, abominaciones y crímenes más espléndidos, y donde el naturalista hace el papel de Sardanápalo ó de Baltasar, á menudo menesteroso y tronado.

Y, por último, quejas porque se perdió la fe y porque ya no es posible creer en nada, de cuyas resultas hay que entregarse, para consuelo, á beber ajenjo, á tomar *haschich*, á fumar opio ó á propinarse láudano y morfina: maldiciones á Voltaire,

que al cabo no tiene tanta culpa y que casi nos parece un santo en comparación de quien le maldice; y cómico enojo porque se sospeche que descendemos de monos, mientras que se imagina una humanidad más brutal, más egoista, más lasciva y más vil que esos monos que tanto nos aflige tener por abuelos: pues, bien mirado, mejor es ser mono que padecer, como dice Lecomte de Lisle, «el horror de pensar y la vergüenza de ser hombre.»

Siempre me he complacido yo en pintar, en mis obrillas, clérigos y frailes, ya sabios, ya ignorantes, ya severos, ya alegres, pero todos deseosos de arreglar las cosas de la vida del modo más suave, de perdonar pecados, de dirimir contiendas, de conciliar intereses, de sentar paces y de confortar á los infelices y pecadores con promesas de cielo, en vez de atribularlos y desesperarlos con amenazas de diablos y de regiones infernales. Al pintar así á mis clérigos, declaro que he sido naturalista en buen sentido, copiando lo que veía. He de confesar, no obstante, que hubo ó debió de haber, sobre todo en otros tiempos, multitud de frailes y de clérigos atrabiliarios y feroces, capaces de dar una desazón por minuto á cada penitente, conminando con fuego eterno, y persuadiendo á cada uno de cuantos los escuchaban de que era un semillero de maldades, un pozo de inmundicia, un abismo de iniquidad, un nido de áspides, una pocilga de impurezas, un lodazal de sangre, un amasijo de ponzoñas y una indómita bestia, á quien sólo la espuela y el látigo de Lucifer podían hacer entrar en razón.

Pues bien, yo recelo que estos clérigos y frailes andan ahora secularizados y exclaustrados y son los poetas y novelistas naturalistas; sólo que, antes de ahorcar los hábitos y salir de la regla, dejaban alguna esperanza de salvación á los buenos y arrepentidos; y ahora ya no hay ni salvación, ni esperanza, ni arrepentimiento que valga para nadie; ahora han desencadenado el infierno sobre la tierra, y nos han acorralado en la tierra, sin salir de ella, ni de la lidia, sino con la muerte.

Si esto es *amena* literatura, venga Dios y lo vea. ¡Bonita está

la amenidad! Y no se me diga que yo exagero. Voy á citar, en extractos, á un crítico francés, casi naturalista, aunque muy ilustrado. El crítico es Carlos Fuster, y él, no yo, va á hablar sobre las recientes producciones de sus compatriotas.

Julio Vallés, autor de *L'Enfant* y de *Le Bachelier*, está lleno de incurable melancolía, de odio y asco y envidia contra los *parvenus*, y de cólera contra los dichosos. Su obra es biliosa, exagerada, desesperada, sin luz, sin calor, como cielo turbio. Se ve que comprende la crueldad del destino, la falsedad de la educación, los vicios y las cobardías de las clases medio ilustradas. Su *Bachelier* está dedicado á los que se atracan de griego y de latín y se mueren de hambre. Lo mejor, pues, es no estudiar ni latín ni griego. La risa de Julio Vallés es sardónica y mal sana; lo que llamamos vulgarmente en España la risa del conejo. Sus chistes son sinapismos, y sus agudezas, cáusticos y ventosas. Sus gritos de dolor, ahogados en carcajadas cínicas, no nos conmueven. La obra de Julio Vallés es una farsa lúgubre, y, á pesar del esmero y atildamiento con que está escrita, la posteridad la olvida ya ó es con ella severa, no bien el autor muere, como el zángano cuando se desprende de su venenoso aguijón y le clava.

León Cladel es otro desesperado, otro *raté*, á quien Zola trata con dureza por lo alambicado, violento, ampuloso y atormentado de su estilo, y por las contorsiones y singularidades de que se vale en vano para atraer lectores. Fuster, que le trata mejor y hasta le celebra como un modelo de elocuencia enorme, ruda y salvaje, nos le describe como un revolucionario é insurgente contra todo lo que existe, y califica su mejor novela de visión épica, cuadro sangriento y clamor lanzado por un agonizante.

Pablo Bourguet es persona de gran talento, de quien, tal vez por ser poeta á par que novelista, crítico sutil y autor de un *Ensayo de psicología contemporánea*, trate yo (por mí) más adelante. Diré, con todo, ahora algo de lo que Fuster dice de él.

Pablo Bourguet pertenece á una casta de hombres, en quienes los nérvios y el corazón hacen callar al cerebro y á los

músculos. Al leer sus novelas, se siente la universal tristeza de nuestra época. Es menester declarar al autor *détraqué* y *compliqué* por excelencia. Por él sentimos amarga congoja al pensar en esta pobre naturaleza humana, siempre esclava; en el cerebro impotente para comprender lo que concibe; en los nervios que nos tiranizan, y en el corazón sacudido por emociones, sin grandes alegrías y sin dolores supremos, sino todo ruin y menudo.

La filosofía de Pablo Bourguet es un pesimismo resignado y abatido; la teoría de la *decadencia*; porque, cuando ya no queda ni esperanza, ni religión, y el cielo se cierra, lo menos malo es aceptar las cosas como son, ignorar lo *incognoscible* y caminar hacia lo *negro* sin tener miedo.

Las palabras *decadencia* y *decadente*, que hemos citado, merecen explicación. Hay una poesia nueva, que llaman *decadente*, y muchos poetas que componen de esta poesía. Los más famosos, á lo que parece, son el citado Pablo Bourguet y su tocayo Pablo Verlaine. Esta poesía es la quinta esencia, el *non plus ultra* del fastidio, el nihilismo del alma, la consunción moral, el cansancio de la blasfemia. El poeta no maldice ya, ni reniega de Dios, ni se da al diablo, ni llora, ni grita. Todo se reduce á gemidos nebulosos é incoherentes, aunque sobrecargados de filigranas, adornos y lindezas preciosas de estilo. Ya ni la crápula excita al poeta, completamente anémico, agotado y desvencijado.

A este género de poesía responden en prosa, y como novelas, *El Diario íntimo*, de Amiel, y la *Carrera á la muerte*, de Eduardo Rod. De ambas novelas dice Fuster casi lo mismo. Sus héroes son unos enfermos, locos, maniáticos, egoistas, desgraciados: la vida para ellos es una pesadilla; el despertar, morir, si bien para caer en perpetuo sueño; y la psicología, patologia.

¿Quién no piensa, al examinar á la ligera, en pos de Fuster, algo del Parnaso francés contemporáneo, que hace una visita á una casa de locos ó á un hospital de incurables? Pero sigamos adelante.

Juan Richepín, también poeta y novelista, ya es hombre de otros bríos y arrestos. Éste no gime: es un atleta, es un titiritero que necesita atraer á la muchedumbre. Dispara cohetes para aturdir, y dice horrores para escandalizar. Así se venden más sus libros. En uno, titulado *Blasfemias*, ha amontonado las indecencias más repugnantes, las ideas que más pueden ofender al pudor, las más bestiales fanfarronadas del vicio y las negaciones más absolutas de toda virtud y deber. Entre las novelas de Juan Richepín, la que Fuster celebra más es *La Glu*. Esta novela, dice, es moral, á pesar del autor. El vicio y el crimen se arrastran y retuercen en ella con endemoniadas convulsiones y espeluznantes sobresaltos, como dos monstruos cuya sangre corre, cuyas entrañas se vacían en el suelo, sonriendo ellos, en el espanto de sus torturas, con muecas atroces de precitos.

Otro gran autor, magistral y admirado entre los naturalistas, es Elémir Bourgues. Su obra más famosa lleva por título *El crepúsculo de los dioses*. Lógico es que en la tierra no los haya, cuando ya no los hay en el cielo. Héroes, Príncipes, Reyes, damas elegantes, sociedad aristocrática, todo es menester que se nivele con la plebe. Y no porque ésta suba á las regiones divinas de la luz, sino porque los númenes bajen á revolcarse con ella en las cloacas oscuras, en la sangre y en el fango.

Elémir Bourgues ha querido eclipsar á Alfonso Daudet en *Los Reyes en el destierro*, y lo ha conseguido sin duda. La obra de Daudet es superficial y anodina. Sus Majestades caídas no salen, al cabo, tan mal paradas. Se requería, por lo visto, para azotarlas, el tremendo látigo de Bourgues, cuya elocuencia brutal recela Fuster que es el *genio*, si el *genio* consiste en decir con aspereza cosas ásperas y en hacer que se extremezcan de dolor los corazones. ¡Linda definición del genio!

El argumento de esta obra *genial* es la vida de un Príncipe alemán destronado por los prusianos, y que se viene á vivir á París. Antes de abandonar su capital, oye la ópera de Wagner *El anillo de los Niebelungen*. La celebra y pregunta á Wagner: «¿Qué título tiene el acto IV?» Wagner contesta: *El crepúsculo*

de los dioses. Tan ominosas palabras dan ser, informan, digámoslo así, toda la novela, la cual es una larga sucesión de horrores en el torbellino febril de la vida parisiense. Odios de familia, adulterios, robos, asesinatos, incestos, todos los vicios y todas las degradaciones caen, fermentan y pululan en esta raza principesca, cuyos nervios están gastados y cuya sangre podrida hierve con la levadura de pasiones frenéticas.

El autor no es más caritativo con el Príncipe entronizado en París que con su Príncipe desterrado, y Napoleón III y cuantos le rodean son fustigados por él con igual dureza.

Confieso que, al notar esta marcada propensión á rebajarlo todo, á nivelar con los hombres más viles á los más ilustres por cuna y riqueza, no comparo ya con frailes atrabiliarios á ciertos naturalistas. Antes bien se me ocurre que tal vez sean los que empleen *el terror* en esta democracia ó república francesa del día, más mansa, por fortuna, que la que hubo á fines del siglo pasado. Como ahora la guillotina no anda lista, los Robespièrre, los Saint Just y los Marat, tienen que limitarse á escribir cuentos y á poner en ellos á los aristócratas y á los burgueses como en la picota.

Hay, por último, en los autores naturalistas franceses otro motivo ó pretexto de mal humor, del cual no quería yo hablar; pero como nadie es más *involuntario* que yo en lo que escribe, habré de decir no pocas palabras, aunque toda mi diplomacia de profesión tenga que irse á paseo.

La historia de Francia es una de las más gloriosas entre las historias de las naciones europeas. La preponderancia de esta nación resplandece, con breves eclipses, desde los siglos medios. Su virtud guerrera es eficaz y reconocida. Sus empresas han tenido, no pocas veces, el caracter generoso de difundir las ideas, de realizar la justicia, de civilizar el mundo, de extender por todas partes su influencia benéfica. Los franceses aparecían como pueblo predestinado y divinamente escogido. Con espontánea y cándida buena fe, y no por reflexiva jactancia, pudieron ellos titular sus antiguas crónicas *Gesta Dei per francos*. Desde hace más de dos siglos, la hegemonía política, y

más aún la soberanía moral é intelectual de aquella nación, han sido reconocidas y acatadas por todos los pueblos de nuestro Continente.

París era el corazón y el cerebro de la humanidad, la ciudad santa de la cultura. Allí íbamos todos en peregrinación devota: el aficionado á las artes, á aprender buen gusto; el sábio, á estudiar; el poeta, á recibir inspiraciones; el *gourmet* rico, á proveerse de aromáticos vinos y de inteligente cocinero; el refinado en el vivir, á comprar *bibelots* con que adornar su morada; y la dama elegante, á adquirir trajes, dijes y tocados, para volver engalanada á su país natal y ser en él la admiración de los hombres y la envidia de las mujeres.

El idioma del buen tono era el francés. Un español fino, por ejemplo, podía soltar quince *haigas*, siete *convinciones* y diez *correspondiencias* por minuto; pero sus faltas de francés eran acerbamente censuradas.

Se creía que no hay *esprit* sino en francés; que en francés sólo la *causerie* es posible.

La alegría, el chiste, el buen humor y el carácter hospitalario de los franceses nos cautivaban á todos por tal arte, que en París nos hallábamos los extranjeros tan á gusto como en nuestra tierra. París nos parecía patria común: era como la capital de la civilización. Todo agravio, todo insulto que Francia nos hubiese hecho, era pronto perdonado por amor á Francia. No nos parecía agravio, ni insulto, como no lo parece el de una madre. Nos entusiasmábamos hasta de los triunfos guerreros de los franceses, aunque nosotros fuésemos las víctimas. Es falso nuestro supuesto odio. Yo he conocido á un veterano español de la guerra de la Independencia que cayó prisionero, que se escapó de Dijon y que se volvió á España para combatir de nuevo contra los franceses, el cual, ya en edad muy avanzada, no sabía hablar, á todas horas, si no de las batallas y glorias de Napoleón I, con tal amor que, si bien expresado en ruda prosa, excedía en viveza al de las canciones más napoleónicas de Beránger.

Los actos de Francia en este siglo han afirmado su reputa-

ción de belicosa. Apenas hay nación que no haya sido invadida, arrollada y hollada por sus ejércitos. Y no sólo bajo el primer Imperio, sino después, y bajo el segundo. Francia se enseñorea de Argel, entra en Pekín, se impone en Méjico y en Cochinchina, vence á Rusia en Crimea y arroja de Milán á Austria.

Desgraciadamente, los españoles dimos, harto sin querer, ocasión y pretexto á una guerra para Francia desastrosa. Quisimos tomar por Rey á un Príncipe que nos pareció discreto y guapo. Nadie en España, y menos el Gobierno, en quien influía más que toda otra persona el General Prim, el cual consagraba á todo lo francés admiración y culto que rayaba en fanatismo, pensó en elegir á aquel Príncipe por prusiano, sino por otros motivos: acaso porque estaba casado con una Infanta de Portugal; acaso porque era pariente de Napoleón III. Sin embargo, apenas España supo el veto de Francia, desistió de su proyectada elección: pero el impulso estaba ya dado; la guerra era inevitable; la guerra era popular. No la impuso tiránicamente el Emperador. La impuso el pueblo gritando: «¡A Berlín, á Berlín!»

El Dios de los ejércitos para los que creen, y la suerte para los descreídos, ordenaron los sucesos de otra manera, y en vez de ir á Berlín los franceses, fueron á París los prusianos. Alguien había de perder y quedar vencido. Aún no se ha descubierto que riñan dos y ambos triunfen; que jueguen dos y ninguno pierda. No entramos aquí á hablar de las causas secundarias y racionales, que están por bajo de la Providencia ó del Destino, y que pudieron intervenir en dar á los prusianos la victoria. El hecho es que la alcanzaron.

En el derecho de guerra, entre naciones, hay algo aún de más cruel que en el derecho de guerra entre particulares, ó dígase en las leyes del duelo. Dos majos se pelean á navajazos, ó dos caballeros salen al campo en desafío. Queda uno muerto ó herido; pero nunca se le antoja al otro arruinar además ó medio arruinar á la familia, haciéndole pagar hasta lo que supone que gastó en la sala de armas ó en el tiro de pistola. Ahora, en lo internacional, hay, después del triunfo, un saqueo culto, metódico y organizado, que es muy cargante.

No por eso, á mi ver, el rencor, el ansia de tomar el desquite y la sed de venganza, han de durar sin extinguirse. Esto sería espantoso, porque las naciones civilizadas de Europa no es dable ya que mueran. Y Francia podría ir á cobrar y cobraría con usura, dentro de algunos años, lo que tomaron los prusianos; y éstos volverían después á tomarlo en Francia; y así hasta lo infinito; preparándose siempre, para tales hechos de violencia, con inventar raros métodos de matar, más rápidos, ingeniosos y costosos que los usuales, y con distraer de sus ocupaciones productivas á toda la gente pacífica y útil, hasta al especiero y al profesor de la Universidad, con gafas y todo, obligándolos, á pesar del reuma ó del abdomen, á hacer el ejercicio y á marchar al paso gimnástico.

Noble es el amor de la patria, justo y hermoso es dar por ella la vida; pero regimentar estos sentimientos en todos los hombres, y convertir los arranques generosos en negocio de todas las horas y de todas las gentes, con propósito interesado, pudiera trocar la vida de muchos pobres burgueses, en el seno de la sociedad tan adelantada de ahora, en algo parecido á la vida que llevaba Gil Blas en la cueva del Capitán Rolando.

Ni Francia debe de estar descontenta de sí porque su resistencia no fuese bastante enérgica y obstinada. La guerra á cuchillo, que sólo termina con la destrucción, ruina é incendio de un pueblo, como en Sagunto ó en Numancia, no es, por dicha, para todos los días. De lo contrario, el género humano se hubiera ya devorado á sí propio. Monumentos, templos, alcázares, todo sería escombros y cenizas.

Durante la guerra, y cuando ya iban de vencida los franceses, los hombres de otras nacionalidades que nos preciamos de cultos estábamos con el alma en un hilo, temerosos de que en Francia se exaltasen por demás los ánimos y se llevase la resistencia hasta los últimos extremos de la barbarie heróica. Aquel jardín del mundo, aquel paraíso, que la naturaleza y el arte hermosean á porfía, y aquellos campos fértiles y amenos llenos de quintas y caseríos preciosos, hubieran sido desolados. Esa resistencia feroz se da rara vez, y más que en las nacion

ricas y prósperas, entre gentes pobres y rudas. Menester es, además, que la ira y el encono del pueblo invadido se sobreexciten hasta el frenesí por el desprecio, la insolencia y las atrocidades de los invasores. Una Zaragoza, presupone un Murat. No basta á explicarla la terquedad aragonesa. Se requieren horrores como los del Dos de Mayo. Y en el día hemos adelantado bastante, y apenas son posibles, al menos en Europa, dígase lo que se quiera.

En suma, Francia mostró, en sentir de toda persona razonable, bastante grandeza durante la lucha, y asimismo después del vencimiento. La facilidad y la prontitud con que pagó el subidísimo precio de su rescate, maravillaron al mundo, haciéndole formar más alta idea de su riqueza, de su industria y de sus fuerzas productoras. Todo extranjero, imparcial y juicioso, hubo de concebir entonces mayor respeto por la virtud, en las artes de la guerra y de la paz, de un pueblo que sabe primero dar su sangre, en circunstancias adversas, y sacrificar después su dinero. El infortunio fué grande. Natural fué que Francia le lamentara. Pero de aquel infortunio se prevalió la hez envidiosa y desesperada, que bulle hoy en el fondo cenagoso de toda sociedad europea, para alzarse en rebelión horrible.

Aunque la *Commune* fué materialmente vencida, su espíritu vive aún y anima el linaje de literatura de que aquí tratamos.

Supusieron algunos autores, como Julio Vallés en el *Insurgé*, que los pueblos se quieren como hermanos (¡ojalá fuera cierto!), y que la pícara *burguesía* y los gobiernos, tanto en Berlín como en París, habían dispuesto la guerra para dar á los pueblos una sangría, para que muriesen muchos pobres y para que no pudiese estar pujante el socialismo.

Y supusieron otros, presumiendo de moralistas rígidos, que los vicios y el lujo del Imperio, la vida libertina de los ricos y dichosos, y el egoísmo de los burgueses, tenían la culpa de la derrota. ¡Como si los alemanes hubiesen salido, para vencer, de algún claustro en que hacían penitencia ó de algún bosque

	Kilómetros cuadrados.	Población.
		(1880)
Rusia europea	4.888.713	75.731.393
Reino de Polonia	127.310	7.245.419
Gran Ducado de Finlandia	373.603	2.081.612
Cáucaso	472.666	6.087.539
Territorios trascaspianos	327.068	203.000
Siberia	12.495.109	3.947.903
Asia Central	3.017.760	5.075.696
	21.702.230	100.372.562

Otros censos dan 102.970.000 almas.

Densidad de población en todo el Imperio, con arreglo á los primeros guarismos, de 4,62 (cuatro á cinco) habitantes, término medio, por kilómetro cuadrado. Conforme á las mediciones del General de Estado Mayor ruso J. Strelbilsky, en el tomo de la Junta Central de Estadística del Imperio, de 1882, la superficie total de Rusia en Europa se fija en 5.514.634,4 kilómetros cuadrados, cuyas fronteras recorren 32.926,3 kilómetros lineales, como sigue, á saber:

Marítimas	22.699
Terrestres	10.227,3
En junto	32.926,3

Tiene un litoral de 6.749,5 kilómetros en el Báltico; en el Océano Glacial y mar Blanco, de 9.083,8; de 3.378,5 en el mar Caspio; de 2.015,2 en el mar Negro, y de 1.472,2 en el de Azof. Las fronteras continentales son: de 799 kilómetros, lindantes con Rumanía; de 1.225,7 con Austria-Hungría; de 1.183,1 con Prusia; de 536,1 con Suecia, y miden longitud de 761,7 kilómetros del lado de Noruega. Resultan, por lo tanto, caso digno

de mucha atención las fronteras rusas limítrofes á Prusia y Austria-Hungría, de 2.408,8 kilómetros las dos.

Pero la superficie de Rusia en Europa, por zonas, aunque dato minucioso, merecerá del lector atenta observación; pues aparte los 413.167,2 kilómetros cuadrados comprendidos en la zona glacial, más arriba de los grados 66,38 latitud Norte (hasta el 71), bajan hasta el 40,41, en cuyos últimos límites no hay sino 3.079,1 kilómetros cuadrados, á saber, como sigue:

		Kilómetros cuadrados.			Kilómetros cuadrados.
66,38	á 67.....	86.026,6	52	53.....	307.957,1
65	66	162.228,5	51	52.....	287.870,5
64	65.....	176.471,7	50	51.....	236.378,7
63	64.....	274.686,2	49	50.....	206.678,6
62	63.....	219.228,4	48	49.....	207.958,6
61	62.....	224.690,6	47	48.....	199.492,3
60	61.....	216.407,6	46	47.....	149.372,5
59	60.....	207.359,7	45	46.....	117.218,1
58	59.....	229.430,9	44	45.....	82.508,1
57	58.....	243.504,5	43	44.....	57.573,6
56	57.....	268.575,5	42	43.....	29.632,0
55	56.....	270.151,8	41	42.....	15.599,5
54	55.....	264.209,4	40	41.....	3.079,1
53	54.....	278.895,2			

Hállase comprendido todo el territorio de España en las zonas grados 43-44, á los 36-37 de latitud Norte.

Son llanas, en su mayor parte, las tierras de Rusia en Europa, donde no hay verdaderas montañas sino al Este y Sur del Imperio; y á excepción de las situadas al Mediodía, desde el grado 50, ricas en pastos: dominan en extensiones vastísimas estepas desiertas y pantanos, con mucho lago y charcas, cuales de los primeros el Ladoga, Onega, Peipus, Ilmen, Sivash, Beloïe, etc.: en el solo gobierno de Olonets cuéntanse 2.000, que ocupan una superficie de 250 miriámetros cuadrados; y aún los hay todavía en mayor número en Finlandia, acaso el lugar del globo que tiene más lagos.

Tan vastas y llanas comarcas, sumergidas en la tristeza de inviernos que duran de seis á siete meses casi en todas las zonas el término medio, son recorridas por largos é importantes ríos; desaguan en el Báltico: Vístula, Niemen, Duna, Narva, Neva, Tormea y otros; en el mar Glacial, como principales: Omega, Dvina, Mezen y el Petschora; serpentean por Siberia: Ob, Irtisch, Yenesei, Lena y menores; entran en el Caspio: Oural, Volga, con sus gigantescos afluentes, Oka y Kama; en el Azof y mar Negro vierten Don, Dniepr, Bug, Danubio y Pruth, sus aguas. Dará idea la longitud del curso de estas venas y arterias de su importancia para el comercio y la agricultura, ítem lo que facilitan el movimiento y concentración de tropas, material y bastimentos. Miden, á saber:

	Kilómetros.		Kilómetros.
Vistula	960	Yenesi	»
Niemen	720,1	Lena	»
Duna	781	Oural	2.328,2
Narva	64	Volga	3.182,9
Neva	55,5	Oka	1.136,4
Zormea	432,1	Kama	1.584,5
Omega	341	Don	1.577,7
Dvina	576,2	Dniepr	1.712,2
Mezen	799,2	Bug	512,2
Petschora	1.483,1	Danubio	»
Ob	»	Pruth	592,1
Irtisch	304,1	Dniester	1.141,7

El Danubio tiene poco curso en Rusia.

Los lagos que hemos nombrado anteriormente miden:

	Kilómetros cuadrados.
Ladoga	18.129,5
Onega	9.751,6
Peipus	3.513,1
Ilmen	918,5
Sivash	2.453,7
Beloïc	1.124,8

Con el mar de Azof ocupan todos los lagos en el Continente 151.924,6 kilómetros cuadrados y 273,6 kilómetros cuadrados en las islas: total, 152.198,2 kilómetros cuadrados.

Si después de tan somerísimas noticias del interior, que sólo pueden servir para dar una idea general del conjunto y explicar, en cierto modo, la dificultad de penetrar con ejércitos tierra adentro en el Imperio, con el objeto de dominarle y rendirle, nos fijamos en sus valerosas razas, hallaremos que son innumerables, formando, eso sí, el nervio y masa principal los *eslavos*, es decir, los rusos y los polacos, sus enemigos, y los *letones* y alemanes, griegos, judíos, *grusianos*, *imeretanos*, *mingrelinos*, armenios, persas, kurdos, indios, fineses, tártaros, *manchús*, etcétera, etc., etc.: por la religión que profesan será fácil apreciar cómo están divididos y se unen también, á saber:

Son griegos ortodoxos.....	61.941.200
» Griegos unidos y armenios....	55.000
» Católicos romanos.....	8.300.000
» Protestantes.....	2.950.000
» Judíos.....	3.000.000
» Mahometanos.....	2.600.000
» Paganos.....	26.000
	78.872.200

Datos todos ellos tomados de los últimos Censos oficiales remitidos por los Gobernadores del Imperio, en los que se advierte no han sido clasificados, según ritos ó credos, 24.098.000 de los 102.970.000 habitantes que suponen en 1882.

Y como es peculiar de la civilización y cultura, progreso de la industria y comercio, la centralización de las personas en poblaciones grandes y ricas, diremos primero las que sólo de

100.000 almas pasan, y en segundo lugar las hasta de 50.000; mayores de 100.000 cuéntanse, á saber (1):

			Almas.
San Petersburgo,	Censo de	1884	929.100
Moscow,	»	1882	754.469
Varsovia,	»	1882	406.261
Odesa,	»	1882	217.000
Riga,	»	1881	169.329
Kassau,	»	1883	140.726
Kharloff,	»	1833	159.660
Kishineff,	»	.....	
Lodz,	»	1884	113.146
Saratoff,	»	1882	112.428
Las segundas:			
Vilna,	»	1883	93.763
Orel,	»	1883	76.601
Rostoff,	»	1882	72.576

(1) Una relación de los presupuestos municipales de las ciudades de primero y segundo orden en 1882, ofrece bastante interés, pues sorprende lo poco que gastan, como puede verse, para ejemplo, en los siguientes, á saber:

	Ingresos. *Rublos.*	Gastos. *Rublos.*
DE PRIMER ORDEN		
San Petersburgo	5.672.159	5.762.369
Moscow	6.023.481	5.775.994
Varsovia	1.792.191	1.642.689
Odesa	1.525.156	1.672.768
Riga	946.216	995.185
DE SEGUNDO ORDEN		
Vilna	222.467	214.839
Orell	187.954	203.199
Rostoff	»	»
Astrakan	484.370	461.078
Nicolaeff	266.532	288.929

			Almas.
Astrakan,	»	1883.....	69.319
Nicolaeff,	»	.....	66.335
Dunaburgo,	»	1884.....	64.573
Tula,	»	1882.....	63.570
Samara,	»	1879.....	63.570
Tagaurog,	»	.....	63.025
Kherson,	»	1883.....	60.921
Nijdi Novgorod,	»	1882.....	60.349
Berdicheff,	»	.....	56.980
Robruisk,	»	1883.....	54.928
Jitomir,	»	1884.....	54.827
Minks,	»	1883.....	54.307
Vitebsk,	»	1884.....	52.592
Elisabethgrad,	»	1883.....	57.774
Reval,	»	1881.....	50.480
Voronej,	»	1880.....	50.100

En verdad que no son muchas estas grandes ciudades diseminadas en los espacios de un Imperio que asombra por su extensión y fortaleza: en la nota que ponemos abajo puede juzgarse de sus recursos para las muchas atenciones de la vida moderna; no queremos comparar. Hemos condensado cuanto nos ha sido posible, con el objeto de ofrecer sucesivamente un cuadro verdadero y fiel de Rusia, como es nuestra leal intención hacerlo.

II

Aunque ya cuenta la nacionalidad rusa una existencia de diez centurias, desde Rurik, todavía era muy poco conocida en los siglos XVI y XVII, y con el nombre de Moscovia la apellidábamos los españoles. Pedro I, justamente llamado *el Grande*,

que reinó primero, de 1682 á 1689, juntamente con su hermano Ivan, y después, hasta 1725, como Señor absoluto, sin dividir la Soberanía, empezó á introducir en sus vastísimos dominios los adelantos y cultura de Europa á sangre y fuego, y extendió las fronteras del Imperio con sistema perseverante y genio: le organizaron un ejército disciplinado el francés Lefort y el escocés Gordon, y creó una marina en el Báltico, cuyo mar se esforzaba por abrir al comercio; y bajando al mar Negro, batía, en 1696, las naves de los turcos y se apoderaba de Azof. Construyó caminos y estableció imprentas y escuelas. Para fundar la nueva capital, declara la guerra á Carlos XII, que le vence en Narva; pero á los dos años y meses de su derrota, empieza los trabajos de San Petersburgo y triunfa en Pultava, en 1709. Amaestrado en la guerra, y continuándola gloriosamente, lucha en Livonia y Karelia, toma á Wiburgo, Riga, Pernau, Reval y Kexholma. Desgraciado luégo contra el turco, pierde á Azof; mas conquista parte de la Finlandia al sueco; y hecha la paz de Nystadt, muerto Carlos XII, adjudícasele la Libonia, Estonia, Ingria, y las dos bailías de Wiborg y Kexholma.

En guerra con la Persia, de 1722 á 1723, aumentan las poblaciones de Derbant y Baku, y las provincias de Ghilan, Masanderan y Asterabad, sus Estados.

Catalina II, de 1762 á 1796, ejecuta el testamento de Pedro *el Grande*; da el trono de Polonia á su amante Poniatowski; acomete al Osmalin, que no supo aprovechar los avisos de Choiseul; subleva la Grecia, los bate por tierra y mar, y en la paz de 1874 con previsión asegura la independencia de Crimea. Sin oir los consejos de Potemkin, acepta de Federico II la propuesta de la primera repartición de la heróica Polonia, en 1772. Agrega la Crimea al Imperio en 1789, y la visita con fausto: en Kerson vió escrito lo que decía: *Camino de Bizancio*. Volvió á la guerra contra Turquía, en 1788; en la primera campaña tomó á Oczakof; en las de 1789 á 1790, conquista la Besarabia y Mo davia y asalta á Ismailia; concluída la de 1791, firma la paz c Jassy. La Curlandia reunió á su reino. También Catalina I como Pedro *el Grande*, embistió la Persia antes de morir, y

se preparaba otra vez contra el enflaquecido turco en sus últimos días.

En suma: desde el Civilizador del Imperio y durante los reinados de la nueva Semíramis; de su hijo Pablo; de sus nietos Alejandro y Nicolás, de su biznieto Alejandro II é hijo de éste, y Alejandro III, en nuestros días: Rusia no cesa de crecer monstruosamente á expensas de Suecia, Persia, Polonia, Turquía, en Europa y Asia, colocada ya en las fronteras mismas del Afaghanistan

El mismo ilustradísimo general Strelbilsky, que nos ha facilitado preciosísimos datos en sus mediciones de la Europa, nos ofrece en el folleto titulado *De las adquisiciones territoriales de la Rusia bajo el reinado de S. M. el Emperador Alejandro II*, un ejemplo elocuente de la invasión constante del Coloso; noticias que con gusto é interés serán leídas; dice:

«Cuando en 1855 ascendió al trono Alejandro II, el Imperio »ruso ocupaba una superficie de 18.842.961 *verstas* cuadradas» (una *versta* cuadrada es igual á un kilómetro 14 hectómetros cuadrados).

«En Europa, 4.801.087 *verstas*.

»En Asia, 12.878.174.

»En América, 1.163.700.

»Perdió Rusia por el tratado de París de 1855 unas 10.723 »*verstas* cuadradas á orillas del Danubio y del Pruth; cedió, »en 1867, á los Estados Unidos de Norte-América, por la suma »de 7.200.000 *dollars*, la América rusa y las islas Aleontes »(1.163.700 *verstas* cuadradas).

»Al Japón, en 1875, conforme al tratado de 7 de Mayo, el »Archipiélago de las islas Kuriles (4.340 *verstas* cuadradas), á »cambio de una parte de la isla Sakhalina.

»La serie de adquisiciones hechas por Rusia consistieron:

»Por el tratado de Aïgun, celebrado el 16 de Mayo de 1858 con la China, recibió el Imperio toda la provincia de Amur 507.552 *verstas* cuadradas).

»En 1859, la toma de Gunib, que terminó la sumisión del

»Daghestan, valió á Rusia un aumento de 15.401 *verstas* cua»dradas en Europa.

»Al año siguiente, el tratado de Pekin, llevado á cabo el »2 de Noviembre por el general Ignatief, arregló definitiva»mente la cuestión de la posesión de la orilla derecha del Amur »y el Ussuri al Océano, punto que el tratado de Aïgun dejara »indeciso, y aseguró á Rusia el país de Ussuri, que representa »282.610 *verstas* cuadradas.

»En 1862, la expedición de Khoklandia y conquista de Tok»mak, Pischpek y Merker, otras 15.802 *verstas* cuadradas agre»garon al Imperio.

»El general Deboy se apodera, año de 1869, de Dinkurga»na, y añade 11.944, en el valle de Syr-Daria, á los dominios »del Czar.

»Termina la guerra del Cáucaso la sumisión de los monta»ñeses del litoral oriental del mar Negro en 1864, y asegura la »posesión de 47.067 *verstas* cuadradas, de las cuales, 32.088 en »Europa y 14.901 en Asia.

»Tiene lugar, al mismo tiempo, en el Asia Central la ex»pedición del general Tcheraïef y de Tchemkent, obteniendo »105.882 *verstas* cuadradas.

»Al año siguiente, hasta 1874, las empresas en el Asia »Central valen 830.256 *verstas* cuadradas; incáutanse al Empe»rador Samarcandia los territorios de la margen derecha del »Amur Daria y delta de este río, una parte del mar de Arab, y »organízase con regularidad el circuito transcaspiano.

«En 1875, el tratado de 7 de Mayo con el Japón da á Ru»sia 29.500 *verstas* cuadradas en la isla de Sakhalina.

»Acrecen todavía el territorio 59.561 *verstas* cuadradas, año »siguiente, la ocupación de Khanal, de Kholandia, y la expedi»ción á Alaï.

»Por último, en 1878, el art. 45 del tratado de Berlín resti»tuye la Besarabia, cedida en 1856, en extensión de 8.128 *vers»tas* cuadradas, y al tenor del art. 58, Turquía reconoce la po»sesión de Kars y Batun, con territorio de 22.678 *verstas* cua»dradas.

»Recapitulando los guarismos que preceden, resulta haber »cedido Rusia, en el reinado de Alejandro II, 1.178.765 *verstas* »cuadradas, y adquirido 1.833.992 *verstas* cuadradas: ganó, por »lo tanto, 655.258, lo que resulta ser algo mayor de 730.000 ki»lómetros cuadrados.

»El 1.° de Enero de 1881 la superficie del Imperio media »19.498.189 *verstas* cuadradas, de las cuales 4.845.979 en Eu»ropa, y 14.652.209 en Asia. Esos guarismos no comprenden »todavía el país de Kuldja (60.000 kilómetros cuadrados), que »ha sido objeto después de negociaciones seguidas con el Mar»qués de Tseng, ni tampoco el territorio anexionado á conse»cuencia de la última expedición del General Skobelef y toma »de Geok-Tepé: conquistas, las del reinado de Alejandro II, que »exceden en importancia á las de cada uno de los precedentes »desde Pedro *el Grande.*»

Merece, y bien vale, por lo tanto, que apreciemos el valor y fines de un territorio tan vasto bajo la mano férrea de un autócrata todo él; sin duda, así debe parecer, para objetos providenciales de civilización, por ese constante progreso de adquisiciones é influencia.

III

Colocada Rusia como un gigante sin igual todo á lo largo de Europa, desde los grados 71'70 latitud Norte, y metida en Asia, parece ser, así interpuesta, el centro de dos partes del mundo, y tener su Soberano la mano en ambas, para fundir en una las civilizaciones de Oriente y Occidente. Aquel Gran Ducado de Moscovia, que no parecía de la familia de las monarquías europeas, sumido en la barbarie, sale de repente de sus estepas á la voz potente de un genio que viaja por las provincias ribereñas del Báltico y Norte de Alemania, va á establecerse en un pueblecito de Holanda, llamado Saardam, cerca de

Amsterdam, tomando el nombre de Pedro Michailoff, sin otro objeto que instruirse á fondo y manualmente en el arte de la construcción naval. Visita la Inglaterra para observar y conocer su marina. De todas las artes y oficios de Inglaterra, Holanda, Alemania, Francia, lleva operarios á Rusia, y profesores y militares y marinos: al mismo Leibnitz invita á fijarse en su Imperio con objeto científico. Reglamenta el traje nacional, manda rapar las barbas, cortar las largas túnicas, y dispone viaje la juventud, para instruirse, por tierras de Europa. Casa á su sobrina Ana, hija segunda de su hermano Ivan, con Federico Guillermo, Duque de Curlandia; á su hijo Alejo lo enlaza con la Princesa de Brunswich Wolfenbuttel, y su hija Ana, única también, al Duque Carlos Federico Ulrico de Holstein Gottorp da la mano. Desde Pedro *el Grande* hasta nuestros días, los Grandes Duques de la Casa imperial se unen siempre á Casas alemanas. A Rusia llaman cuanto sabio, artista, militar ó diplomático se ilustra en Europa: fundan Academias, Universidades, Colegios, Liceos y escuelas que rivalicen con las mejores. De Inglaterra toman máquinas y capitales; de París sus modas; de Suiza y Alemania profesores; de Italia artistas. Catalina II, Sofía Augusta, alemana, de la Casa de Anhalt-Zerbs, la Semíramis del Norte, como la llamaba Voltaire, busca aplausos señalados y medios de influencia moral en la correspondencia y adulaciones que prodiga, bien correspondida, á los enciclopedistas, en competencia con Federico II, lo mismo que solicita á los oradores de la oposición inglesa, Fox y Sheridan. Anteriormente, apartada Rusia, metida en su helada casa y desiertos, se manifiesta solícita de intervenir en Europa, declarándose Pedro *el Grande* protector del Gran Elector de Sajonia, en rivalidad con Carlos XII, en las cuestiones de Polonia, discordias que son el embrión de la diplomacia rusa, maestra en nuestros días, que por etapas, con los ejércitos va marchando sobre Constantinopla.

Los reinados de Catalina I, Ana é Ivan VI no ofrecen nad de notable, sino el choque de la civilización con la barbarie mucha confusión interior, mucho crimen, escandaloso *germ*

nismo y *moscovismo*, rivalidades é intrigas palatinas de favoritos, cadalsos y destierros á Siberia, donde no se hacen huesos viejos. Dura desde 1741 á 1762 el alegre imperio y jolgorio de la Emperatriz Isabel, hermosa mujer, sensible, caprichosa, sólo contenta, como ella misma decía, «cuando amaba.» Su guerra contra Suecia fué gloriosa. Solicitada por las Cortes de Versalles, Viena y Berlín, se decidió contra *el poco amante de mujeres*, cáustico Federico II: tomó parte en la coalición para aniquilar al insigne Capitán de la guerra de los siete años; rencor femenil de que éste héroe se vió libre oportunísimamente, acosado ya, por muerte de la enemiga sensible, con la dicha de firmar la paz en San Petersburgo el 5 de Mayo de 1862.

No estimada de María Teresa de Austria Catalina II, lo cual se comprende fácilmente, pero algo más de su hijo José II, era grande amiga de Federico II de Prusia, y entre los tres Soberanos se pactó el primer reparto del Reino de Polonia en 1772, fruto amargo, llevándose á cabo el segundo en 1793 y el tercero en 1795: tal es, por desgracia para el Occidente de Europa, distraída por los amores de Luis XV y la Revolución francesa, la base algo duradera de la inteligencia entre las llamadas con no mucha propiedad tres potencias del Norte; acuerdo que las ideas liberales apretó, lo mismo que el terror infundido por Napoleón I en sus fatigosas conquistas y victorias, vino á unir sus ejércitos. Aunque antigua amiga de los enciclopedistas, Catalina supo empujar la coalición, por principios y como astuta, contra la Revolución francesa, pero sin tomar parte directa en ella, aunque su hijo Pablo unió los ejércitos de Souvaroff á los de Austria en 1799, aprovechando la ausencia en Egipto de Bonaparte, para conquistar la Italia. Luégo, enamorado del orden que restablecía el héroe de Marengo, primer Cónsul, en Francia, hizo la paz y murió asesinado. Rusia entró en la coalición con Austria en 1805, bajo Alejandro, y con Prusia en 1806, para echarse en brazos de Napoleón, en Tilsit, en 1807. Invadido su imperio por el amigo, por el grande hombre, en 1812, los desastres de la retirada de Moscou juntan los ejércitos de Rusia, Prusia y Austria, que llegan á París á dic-

tar la paz; y el Czar de todas las Rusias, el hermoso y liberal Alejandro, resulta ser preponderante en Europa, cabiéndole un gran prestigio y legítima influencia en los Congresos de los Reyes. Consolidan las campañas de 1813, 1814 y 1815, Santa Alianza entre los que se habían repartido la Polonia.

A Austria salva Rusia de un conflicto bajando en 1849 á someter la Hungría sublevada y revolucionaria.

Pero en 1853 el Occidente, Inglaterra y Francia la sujetan y rinden en su propio territorio, en Crimea, delante de Sebastopol.

Recapitulemos.

Que la fuerza y la flaqueza de todas las Rusias dependen precisamente de su mucha extensión territorial, que no guarda ninguna proporcionalidad, en cuanto á medios y recursos, con su magnitud.

Que las reformas que la robustecen de dos siglos á esta parte, las han tomado rápidamente el Emperador y la nobleza, poder oficial, de la culta Europa, y las van utilizando y extendiendo por la fuerza que les proporciona la centralización, así como los godos aprendieron de Roma lo que les sirvió para conquistarla; con semejantes ventajas y superioridad, les es fácil extenderse por Asia y subyugar cuanto les es inferior y más débil.

Que un suelo tan inmensamente extenso cual el de los Czares, no podría obedecer á una sola voluntad si reuniera condiciones de feracidad y población inteligente iguales á las del centro de Europa y si alimentara, en ese caso, en densidad semejante, industria y comercio correspondiente.

En tal estado, se fraccionaría.

Rusia es muy poderosa contra el turco, el tártaro, el persa, el chino y en el Asia central; pero inferior, como se demostrará, á cada una de las grandes potencias de Europa, fuera de su frontera, en Occidente; en su propio territorio, no internándose tierra adentro quien la acometa, podrá ser vencida y nunca conquistada. Pero hasta qué punto dispone de medios y recursos quien ve á sus plantas tantos pueblos diversos que le recono-

cen por Jefe Supremo de su Iglesia, en su mayoría, nos lo indicará también la constitución de la propiedad en la Rusia europea, cuya, en un total de 407.749.392 hectáreas, se halla repartida como sigue, á saber:

Pertenece á ciudades, monasterios y otras corporaciones el 2,3 por 100.

A particulares ó compañías, el 24,7.

A labradores comuneros, el 31,2.

Son de la Corona, el 39,9.

Está unida á los bienes imperiales el 1,9 por 100.

Son tierras de cultivo en general, el 26,3.

De bosque, el 38,7.

De prados y pastos, el 15,9.

Improductivas, el 19,1 por 100.

Los bienes anejos á la Corona se reparten en 1,7 por 100 de cultivo, 64,3 por 100 de bosque, 1,6 de pasto y prado y 3,4 por 100 de tierras improductivas.

Los ingresos del presupuesto del Estado, donde, después de todo, debe estudiarse y aquilatarse el valor de cada nación, han sido en 1884, de 1.789.581.075 pesetas.

IV

Ciertamente son de importancia las fuerzas militares de Rusia por tierra y mar.

De 19.774 Oficiales y 532.764 hombres de la clase de tropa se compone el *ejército activo* en el pie de paz: cuentan 3.586 Oficiales y 68.786 soldados en la reserva. Los totales dan 27.468 Oficiales y 729.770 de tropa, *pie de paz:* 41.551 Oficiales 1.876.353 combatientes *pie de guerra*, á cuyas masas hay que agregar 129.736 caballos y 1.844 cañones en el primer caso, 366.534 caballos y 3.778 cañones en *tiempo de guerra*. Todavía cabe agregar otras fuerzas que elevan el pie de paz

á 770.000, y á 2.200.000 armados el pie de guerra; y juntándose las milicias en el segundo extremo, se suman 3.200.000 combatientes.

Un Censo de 1883, hecho en 58 provincias de la Rusia europea, arroja la existencia de casi 15 millones de caballos útiles para la guerra (1).

De la marina rusa *encerrada* en el Caspio, Báltico y mar Negro, *marina de lagos*, se puede formar juicio sabiendo cuenta 38 acorazados, de los cuales cinco en construcción, en 1885. Navíos de combate divididos en cinco categorías: seis de 14 á 16 pulgadas su coraza; 10 de 4 ½ á 7; 18 de 4 ½ á 6; dos monitores circulares (sistema Popoff) de 9 á 16, y dos cañoneros de 3 ½ pulgadas las planchas de hierro. No hay necesidad de dar mayores noticias.

En el presupuesto de 1886 se fijan los gastos del Ministerio de la Guerra en 510.474.875 pesetas, y los del departamento de Marina en 98.574.392.

Daremos más adelante, en la última parte de estos apuntes, las noticias complementarias respecto á la riqueza interior del Imperio, base de la del Tesoro, para determinar los medios con que el Gobierno cuenta.

Territorio, población y ejércitos, no faltan ciertamente en Rusia.

Pero en las veces que ha intervenido el Coloso en las guerras continentales de las grandes potencias europeas, aparte las de Suecia, Polonia y Turquía, ¿qué medios ha desplegado el antes Gran Ducado de Moscovia? Inferiores á los de otras naciones.

Narrémoslos:

Toma parte en la guerra de los siete años.

Llega por largas etapas hasta Italia con Souvaroff.

(1) El Censo de la ganadería de 1882 consigna: 20.015.659 de raza caballar (14.876.899 útiles para la Caballería); de raza bovina, 23.845.104; lanar ordinaria, 37.217.435; lanar fina, 10.291.531; de cerda, 9.207.666; cabrío, 1.374.805 cabezas.

Figura en las campañas enfrente de Napoleón en 1805, 1806 *y* 1807.

Combate unida á Prusia, Alemania y Austria en 1813, 1814 *y* 1815.

Interviene en Hungría en 1849.

Es vencida en Crimea en 1855 por Francia é Inglaterra.

Guerra de los siete años: Pone en movimiento un ejército de 60.000 hombres en la campaña de 1757 que, en cuatro columnas, cruza por Polonia, y con 30.000 los ataca el Mariscal prusiano, Lehwald, en Jægendorf, y los bate; días después de su derrota, repasan el Pregel y el Niemen los rusos; se presentan en Mayo de 1758, contando 70.000 combatientes; son 54.000 en la batalla de Zorndorf, contra 35.000 mandados por Federico II, y pierden 18.000 entre muertos, heridos y prisioneros, ítem 60 piezas de artillería; reforzados otra vez en 1859, todavía en Abril, Mayo, Junio y Julio se encontraban á 100 leguas del campo de operaciones; va á su encuentro el Rey de Prusia, llevando de 40 á 45.000 soldados, empieza cogiéndoles buen golpe de prisioneros y 70 cañones, pero se atrincheran, se les une el célebre Laudon con los austriacos, y ganan los aliados una gran batalla en Kunersdorf el 12 de Agosto: juntaban Soltikof y Laudon 60.000 hombres contra 40.000.

Llegan por largas etapas hasta Italia con Souvaroff.

En la campaña de 1799, Austria puso sobre las armas 225.000 soldados efectivos para entrar en línea, y Rusia ofreció 60.000: con un cuerpo de ejército de 28 á 30.000, únese en Italia Souvaroff á Melas, y asume el mando de 90.000 combatientes, y vence en Cassano, en la Trebia y Novi; pasa los Alpes y se junta á Korsakow que operaba bajo del Archiduque Carlos: por el carácter del moscovita habíase resuelto que rusos y austriacos maniobraran separados, éstos en Italia y el Rhin, y aquéllos en los cantones suizos; Korsakow reunía 30.000, y escasos 18.000 combatientes le quedaban al generalísimo: ya se sabe la buena lección que en Zurich les dió Massena. También desembarcaron en Holanda á sueldo de la Gran Bretaña 17.000 rusos.

Figura Rusia en las campañas en frente de Napoleón en 1805, 1086 *y* 1087.

Cuando en 1805 se volvieron á unir las fuerzas de Austria y Rusia, eran las de la segunda cual nunca las había presentado, en sendos grandes ejércitos de 60.000 hombres cada uno, reconcentrados en Polonia y Galitzia, además del cuerpo que en Revel embarcó para Stralsund: fueron, no obstante su arrogante confianza, aniquiladas en Austerlitz por el águila de la guerra.

En las campañas de 1806 y 1087, en la Prusia oriental y Polonia, aunque tan cerca estaban de casa y de todos sus recursos los moscovitas, Murat, Davout, Augereau y Lannes marchan hacia el Vístula á la cabeza de 80.000; Napoleón les sigue con ejército igual en fuerzas y compuesto de los cuerpos mandados por Soult, Bernadotte y Ney; la guardia y la reserva ocupan el Vístula desde Varsovia hasta Thorn. Los rusos—nos dice M. Thiers—iban llegando al Niemen, cuyo río pasaron en número de 50.000 hombres; otro ejército de igual fuerza seguia al primero: organizábase una reserva; parte de las tropas del general Michelson subían por el río Dniester para acudir á Polonia, y una nube de cosacos, que habían abandonado sus desiertos, iban delante de las tropas regulares; pero la guardia imperial no había salido aún de San Petersburgo. Tales eran las fuerzas disponibles entonces en aquel vasto Imperio, *que por segunda vez demostraba no eran iguales sus recursos á sus pretensiones*. Unidos á los prusianos y mientras no llegaba la reserva del general Essen, *los rusos podian presentarse en el Vístula con* 120.000 *hombres*. A pesar de heróicos esfuerzos y agotados todos sus recursos, perdida la batalla de Friedland, tuvo Alejandro que abrazar á Napoleón y firmar la paz de Tilsit.

La soberbia del Conquistador del siglo, no desengañado y advertido por la invasión de España y Portugal, acomete en 1812, la de todas las Rusias, y el general Eblé echa s trenes de barcas sobre el Niemen, para que pasen por tr puentes 400.000 soldados. Vencedores los franceses, se i. ternan y entran en la antigua capital de los Czares; pero

retirada de Moscow y paso del Beresina castigan la temeridad.

Napoleón, siempre indomable, tiene que hacer frente a tres grandes Soberanos y á pueblos entusiasmados por su independencia y promesas de libertad aunque falaces, en las campañas de 1813 y 1814, donde tan alta rayó la importancia política y la seducción de Alejandro; pero no tanto, en verdad, sus ejércitos, sus llamados innumerables ejércitos. El ruso, que había padecido casi tanto como el francés durante la retirada de Moscow, apenas 100.000 hombres había tenido espacio de reclutar, y se hallaban dispersos desde Cracovia hasta Danzik.

Reducido á cuatro ó cinco millones de almas en Tilsit el pequeño reino de Prusia, pudo juntar 120.000 soldados. Austria llegó á reunir 150.000. En la célebre batalla de Leipzig, llamada de los gigantes, acaso la mayor de los siglos, que duró tres días, pelearon 160.000 de los aliados contra 115.000 franceses. En ninguna guerra han visto las gentes esas masas moscovitas ocultar el sol con sus lanzas y dar sombra al enemigo con ellas. Luis XVI, Federico II, la República francesa, el Emperador Napoleón y la casa de Austria, han puesto en sus inmortales campañas en pie de guerra mucho mayores ejércitos. Atacada Rusia en Crimea, en su hogar, donde acumuló cuanto tenía, no pudo desalojar de allí á los sitiadores de Sebastopol, y tuvo que aceptar la paz después que fué asaltada la torre de Malakoff y rendida la plaza.

Decía Federico II que para la guerra se necesitaban tres cosas, á saber: *dinero, dinero, dinero*; y, por lo tanto, es muy esencial investigar y conocer la cuestión económica en Rusia, de la que algo hemos apuntado, aunque no bastante.

V

La mucha extensión de 22 millones de kilómetros cuadrados, aun reducida á los 5.514.654 de Europa, y la poca densidad de población, ofrecen grandes dificultades para reunir y

hacer marchar los ejércitos: hay gobiernos relativamente poblados, como los de Kief, Kharkoff, Kursk, Moscow, Podolia, Poltava, Tamboff, que miden 343.875 kilómetros cuadrados, y cuya densidad de población pasa de 47 habitantes por kilómetro cuadrado; y Polonia, en sus 127.310 kilómetros, cuenta 7.300.000 almas, ó 57 por kilómetro cuadrado; pero en los doce millones y medio de kilómetros cuadrados de superficie de la Siberia, no hay sino un habitante por cada 3,10 kilómetros cuadrados; en la Rusia europea no exceden de 16 por uno; en Finlandia no llegan á seis; en el Cáucaso pasan un poco de 12; en el territorio transcaspiano cuentan un poco más de 1,60, y en el Asia Central un habitante por kilómetro cuadrado.

M. Thiers llamaba á Rusia, con bastante propiedad, *Hércules en la cuna.*

Calcúlanse los recursos ordinarios del presupuesto del Imperio para el año de 1886 en rublos 787.463.691 (el rublo actual vale en moneda 10 reales vellón), que repartidos entre 102 millones de almas, salen á 7,72 rublos, término medio, cada habitante, ó 19,30 pesetas, cuando en las naciones de Europa no baja por lo menos esa proporción de 50, 60 y 70 pesetas: en Francia es de 88 á 90 pesetas; en España, de 52 á 53. Por si no indican bastante estos datos, por haber pueblos muy ricos que pagan poco, cual sucede en los Estados Unidos de Norte-América, daremos otros.

El total comercio de importación y exportación sumado, en la década que concluye el 31 de Diciembre de 1880, ha resultado ser en Europa de 150,62 pesetas por habitante, y de 29 pesetas en Rusia: el de las grandes potencias, á saber:

POR HABITANTE	Pesetas.
Inglaterra	490,00
Francia	201,25
Alemania	177,50
Austria	77,50
Italia	83,70

Aun así, y después de todo, la verdad es que Rusia dispone indudablemente de bastantes recursos para mantener su rango y hacerse temer; pero nos demostrará, sin embargo, el pormenor de su presupuesto de gastos para 1886, dato bien reciente, á costa de cuántos sacrificios, soportados en su media esclavitud por los antiguos siervos, sin cultura y regalo correspondiente: en razón de diferentes conceptos, suman los gastos ordinarios y extraordinarios 871.948.732 rublos; el ordinario, 812.751.030:

Los de la Deuda	259.645.165
Guerra	206.189.944
Marina	39.405.757
En junto	505.240.871

El 62 por 100.

Para Instrucción pública	20.958.148
Las vías de comunicación	26.243.340
En junto	47.201.488

Un poco más del 5 por 100.

Ninguna nación del mundo, ninguna de las grandes potencias de Europa gasta tanto respectivamente como Rusia, según los datos comparativos de 1881-82 en la fuerza pública, á saber:

Austria	16,7	por	100.
Italia	17,8	»	»
Francia	24,4	»	»
Alemania	24,8	»	»
Inglaterra	33,6	»	»
Rusia	37,0	»	»

Volvamos al comercio.

Datos recientes que se refieren al comercio del Imperio en 1883, arrojan bastante luz y ponen en su lugar las fuerzas del Coloso, por tantas gentes exageradas. Fijan la importación

en 557.257.000 rublos, y la exportación en 640.295.000, cuyas partidas suman 1.197.552.000, suma que repartida entre 102 millones de almas, nos da escasamente 12 rublos, ó 30 pesetas por habitante. Se ha hecho ese comercio, y así se estimarán mejor las costas y fronteras de la Rusia como sigue:

	IMPORTACIÓN — Millones.	EXPORTACIÓN — Millones.
Puertos del Báltico, exceptuando los de Finlandia	221,1	247,1
Del mar Negro	75,9	183,7
Del mar Blanco	9,0	7,6
Fronteras de tierra	210,7	169,4
Fronteras de Europa	508,6	607,8
De Finlandia	15,7	15,5
De Asia	33,0	17,0
Total	557,3	640,3

Ofrece sumo interés el saber con qué naciones comercia principalmente y cuáles pueden ser para Rusia las consecuencias de una guerra general, como puede verse, según esos datos de 1883, en el cuadro siguiente:

	IMPORTACIÓN	EXPORTACIÓN
Con Alemania	168.699.000	188.845.000
» Gran Bretaña	134.035.000	210.820.000
» Francia	24.452.000	42.134.000
» Austria-Hungría	25.854.000	24.870.000
» Italia	11.782.000	6.859.000
» las grandes potencias	364.822.000	475.528.000
» los Estados Unidos	72.257.000	599.000
	437.079.000	476.127.000

Quedaría Rusia herméticamente cerrada por mar y por tierra en una guerra con Europa. Otra circnstancia debe notarse: que siendo la exportación del gran Imperio ruso para Inglaterra de un valor igual á la tercera parte de su importe total, es casi nula la que embarca para los Estados Unidos, su aliada, lo cual, como fácilmente se comprenderá, consiste en la naturaleza de los similares artículos que constituyen el activo de ambos países; Inglaterra podría tomar, por lc tanto, de los Estados Unidos los que saca de Rusia, comprobado por los que figuran en primer término en la exportación del Imperio en 1883, á saber:

	Rublos.
Cereales	346.068.000
Materias testiles	97.109.000
Maderas	37.941.000
Semillas, frutas, yerbas, etc	37.918 000
En junto	517.036.000

La marina mercante, base la mejor de la de guerra, guarda en Rusia relación con el comercio exterior é importancia de los mares del Imperio, como está bien indicado en los datos del tráfico. Su efectivo en 1883 era de 2.139 naves de vela, que medían 467.740 toneladas, más 204 de vapor de 157.676 de arqueo.

En el Báltico entraron	6.984	(2.956 en lastre.)
En el mar Negro	4.502	(2.747 en lastre.)
En el mar Blanco	712	(396 en lastre.)
En el Caspio	962	(221 en lastre.)

Da idea modernamente en toda nación de los medios con ıe cuenta, el adelanto de la industria, y muy singularmente metalúrgica, de suma importancia en los establecimientos ılitares oficiales y particulares, para la guerra, que es un gno de gran poder; ya en el comercio de importación se pue-

de estimar por ciertos artículos esa tendencia; véase cómo los indica la de 1883 en los siguientes valores:

	Rublos.
Combustible	17.342.000
Minerales	1.003.000
Metales en bruto	30.725.000
Metales fabricados, máquinas, etc	52.613.000
	101.683.000

No acusan mucha importancia.

En la estadística rusa de 1882, la riqueza mineral del Imperio ofrece los siguientes guarismos:

	PONDS. (16,381 kilogramos.)	
Oro	2.207	
Plata	489	
Platino	249	
Plomo	60.218	1881
Zinc	277.641	1881
Cobre	211.465	1881
Hierro en lingotes	18.152	
Acero	15.120	
Carbón de piedra	230.194.000	
Nafta	50.508.000	
Sal	84.598	

Reducidos los *ponds* de carbón de piedra á toneladas de 1.000 kilogramos, resultan 3.770.398 toneladas.

Las minas del Don, que ocupan 9.608 operarios y disponen de 120 máquinas de vapor, producen millón y medio á dos millones de toneladas de carbón de piedra. Habia en 1882 como unos 304.500 obreros en las minas y establecimientos metalúrgicos, y, aparte Polonia y Finlandia, contábanse en el mismo año 954.970 brazos en las manufacturas de algodón, lana, lino, seda, azúcar, alambiques, hierro en lingote y estirado; las de Polonia mantenían un número de 103.100 operarios. Toda esta industria, escasamente importante, corresponde á la que lla-

maremos de *estufa* ó de protección oficial, debida á esfuerzos del Gobierno, pagada del presupuesto y fuertes derechos arancelarios que soporta el pueblo, pues del cuero salen las correas para no depender del extranjero. Quien relacione con esmero y cuidado los datos imparcialmente presentados en todo nuestro trabajo, puede ya, sin mucha confusión, formarse una idea aproximada de las fuerzas y medios de la Rusia, el Coloso del Norte: nosotros las apreciamos como va á ver el lector.

VI

El Imperio ruso es inmenso, asombroso por el tamaño, la posición y su naturaleza impenetrable; pero no tiene dinero. Empezó á hacer sus empréstitos, en Holanda, de 1798 á 1815, al interés de 5 por 100, por el valor nominal de 35.625.000 pesetas; y el 1.° de Enero de 1885, aparte los rublos de papel que ha puesto en circulación interior, debía una masa de TRECE MIL MILLONES DE PESETAS.

Hasta Catalina II eran considerables los déficits, penurias y escaseces del Tesoro público, y acudió la Emperatriz á hacer emisiones de deuda interior en Vales, dejando á su muerte, en 1796, una circulación de 200.000.000 de rublos, inmensa para los tiempos y para Rusia; y continuando el sistema hasta 1815, á causa de las guerras con Napoleón y Turquía, llegaron á cambiarse los Vales á razón de uno plata por 4 y 18 *kopecks* papel. (*kopeck*, céntesimo de rublo); circulaban diez años después, en 1825, en cantidad nominal de 600.000.000 de rublos, á razón de 3 por 1; se convirtieron, en 1843, en billetes de Banco de curso forzoso; por este medio y otros parecidos, hasta la creación del Banco nacional de Rusia, intervenido por el Ministro de Hacienda, se han regularizado con mayor crédito, esperando llegar, en cierto número de años, á los pagos en especies.

En cada uno de los empréstitos, realizados casi todos en el extranjero, con Inglaterra ó dinero inglés mayormente, se pueden seguir paso á paso sus grandes guerras. De 1877 á 1879, contrae en dos operaciones al 5 por 100 un empeño nominal de 2.384.192.750 pesetas.

Despréndese, por lo tanto, del estudio especialísimo de la deuda, bien á las claras la dificultad en que tropieza Rusia, por lo costosas que son las guerras en estos nuestros tiempos modernos. Si la invasión de su Imperio la juzgamos temeridad, puede igualmente asegurarse que al Coloso no le es permitido salir mucho de sus fronteras y presentarse en Europa á batallar con ninguna absolutamente de las grandes potencias.

Rusia se ha fortificado mucho en sus fronteras de mar y tierra.

Las costas del Báltico las amparan Dunamunde, Reval, Narva, Cronstad, Viborg, Fredericksbamm, isla de Rochtensalm, islas de Sweborg, Hangvend, Abo é islas de Aland. Protegen las baterías de Odesa las costas del mar Negro y fuertes poderosos en Nickolaieff; en Crimea, Sebastopol (levantado de nuevo), y el istmo de Perekop, cuenta en varias líneas de defensa con fortificaciones secundarias en Kertch, Yenikalé, Kaffa, Azof, Zaganrog. No hablemos de las del Cáucaso, Daghestan, Asia Central, fronteras de la Persia, China, en la costa del Pacífico, Turkestan, etc. Las del Báltico y mar Negro necesitan ser formidables contra Inglaterra, y lo son; bien se ha probado en la guerra de 1855. Pero del lado de Polonia hay que considerarlas, no perder de vista los 1.183,1 kilómetros de frontera junto á Prusia, y los de 1.225,7 kilómetros aledaños á Austria-Hungría. Que esto ineresa á las tres por igual se dirá; y quien lo diga olvida que, en guerra con las dos, quedaría bloqueada por tierra, y luchando contra una de ellas, ocuparía mucha gente en guardar la otra frontera: enemistada con una potencia marítima, unida á la continental, tendría por necesidad la mayor parte de su fuerza retenida en las costas. Es Polonia en Occidente defendida por el cuadrilátero de Novogeorgievik en la ribera derecha del Vístula, fortificaciones de V:

sovia é Ivangorod en ambas orillas de aquél rio, y Brest-Litorski sobre el Bug; y como por el lado oriental de Prusia parecia poco protegida esta importante línea del Vístula, han sido construídas en la retaguardia nuevas fortificaciones, á espaldas de la otra: en la Polonia occidental, en el Occidente del Vístula, que también estaba descuidado, se han levantado nuevas obras hacia Kielce, al pie delas montañas de Lysa-Gora, al Sur de Polonia. Entre Polonia y la Dvina hállase la ciudadela de Vilna, y á lo largo del Niemen se ejecutan trabajos. La Dvina la han defendido en la embocadura en Riga, Dunaburgo y en Vitebsk. En la frontera Sur occidental de Polonia restauran antiguas fortalezas. El curso bajo del Dniester hase protegido en Bendery y Akkermán, y detrás están Robruisk y Kieff: la entrada del Dniepper y del Bug la amparan Kinburn y Ochakof.

Es verdaderamente hacerse muchas ilusiones el suponer que Rusia puede ser irresistible en Europa, ó en sus propias fronteras terrestres invadidas, contra Alemania y contra Austria-Hungría, las cuales tienen todos sus recursos en territorios de 540.514 kilómetros cuadrados, con 45.234.061 habitantes (censo de 1880) la primera (densidad de población, 84 almas en kilómetro cuadrado); como la segunda en 622.560 kilómetros cuadrados y 37.741.413 habitantes (censo de 1880), con una densidad por kilómetro de 61: poseía Alemania en 1885 una red férrea de 37.134 kilómetros, y Austria-Hungría, en el mismo año, 21.786 kilómetros: *la de Rusia era de* 26.565 *kilómetros*. Es verdad, y vale mucho. que los ríos, en los espacios de la Rusia, facilitan, donde se hace todo para los fines de la guerra y aumentar las fuerzas militares, los medios de comunicación; y así han construído, en 1882, nada menos de 7.415 embarcaciones, estimadas en 6.757.695 rublos, para la navegación interior. En Rusia, las distancias son inmensas. El material de los ejércitos y las guerras, como nunca costosísimas.

Ya se ha visto que en ninguna campaña en la Europa continental, cuando no han peleado contra suecos, polacos ó turcos, entraron solos los rusos. Pero ¿por qué se les contemplanto y aparecen ser muy temidos?

Esa importancia, real y efectiva, la tiene Rusia desde las particiones de Polonia de 1772, 1794 y 1793, y aumenta por el tratado de Viena de 1815, que estrecha los lazos entre Prusia, Rusia y Austria, y por alianzas de familia. Prusia, Rusia y Austria, representan un principio de autoridad y fuerza, la mitad del equilibrio europeo, una defensa común. Temerosas las con no mucha propiedad llamadas potencias del Norte de las invasiones políticas del Occidente, que se manifestaron armadas en las guerras de la República francesa y de Napoleón I, se han unido para ampararse y defenderse; y las guerras de 1813, 1814 y 1815 sellaron esa unión: las tres jornadas de Junio, en 1830, las alarmó. Inglaterra es, y será siempre para las tres potencias, el Parlamento, la revolución de 1689, la mercantil, la que se ha declarado por los pueblos y vive en su isla bien abrigada.

Alarmados constantemente los tres Emperadores del lado de Occidente; pasados los sustos de la revolución de 1830, que hizo explosión en Francia y Bélgica y Polonia; vueltos á las zozobras en 1848, por las consecuencias de aquel ciclón en Berlin y Viena y Hungría; en jaque constantemente durante el reinado de Napoleón III: la República francesa es la forma de gobierno que más los une y estrecha.

Mucho ha variado el equilibrio europeo desde Sadova, Sedan, Metz, y la paz de 1871.

Alemania ha procurado, después de 1871, restablecer la inteligencia de 1813.

Es verdad que Rusia amenaza en Oriente con su preponderancia y pretensiones. Bien lo conoce el Príncipe de Bismark; pero en política hay también compases de espera, hay treguas, paciencias, necesidades, combinaciones y esperanzas.

A la noble y augusta casa de Austria, en primer término, que representa la tradición, acaso excesivamente prudente y moderada, la inmensa gloria, no bastante admirada y agradecida, corresponde por haber reducido á impotencia y decrepitud el Imperio, en otro tiempo tan temido, de los turcos; pero á Rusia la satisfacción, por su perseverancia, en los re-

sultados del botín, en la debilidad y postración del vencido.

El tratado de Berlín remediaba, en circunstancias difíciles y algo tarde, bastantes inconvenientes.

Si la cuestión se presentase con sencillez, sería fácil de resolver.

Bien complicada se ofreció cuando la rivalidad de Carlos V y Francisco I, en el siglo XVI, y por eso avanzó tanto el turco, con peligro de la Cristiandad.

No negamos á Rusia su verdadero valor y derecho, aunque la coloquemos en su asiento real actualmente.

Realiza en las despobladas zonas de sus estepas y Asia Central, en lo que con ella confina y hasta donde se extiende, una misión civilizadora que aplaudimos.

Quiere, por ser demasiado grande y fría, bajar á las regiones meridionales del antiguo Imperio bizantino, desde donde daría la ley al mundo. De Europa, de su civilización, ha tomado los medios para llevar á cabo sus fines.

Si Alemania y Austria-Hungría la encerraran en sus fronteras terrestres de este lado de Europa, é Inglaterra bloqueara sus mares y la empujara desde la India, Rusia sería impotente y pereceria ahogada.

Francia tiende hacia el Czar sus brazos republicanos para recobrar ¡la inocente! el Rhin, siguiendo las huellas del poeta Chateaubriand, genio fantástico que patrocina en sus memorias de ultratumbra ese pensamiento, y allí descansa; y ahora, la ambiciosa, con tal de recobrar la Alsacia y Lorena, no piensa bastante en el Mediterráneo.

Austria-Hungría mal puede consentir que Rusia se coloque á sus espaldas y la oprima. Alemania conoce todos los peligros, y los pesa y calcula. El mismo Czar se ve empujado á caminar con desasosiego é imprudencia, á causa de sus dificultades interiores, revolucionarias y moscovitas, que le oprimen y hostigan en ese camino de Pedro *el Grande* y Catalina II.

Un choque general sería el campo de Agramante, y aterra al mundo, por ser dificilísimo que las grandes potencias, divididas en dos bandos, se puedan poner de acuerdo entre sí para

fines universales, tal cual están dominadas en primer término cada una de ellas por los particulares intereses de su ambición y egoismo. Esos son, desgraciadamente, los caminos de la política. La casa de Borbón luchó contra la casa de Austria con poco escrúpulo, y la humilló en Westfalia y en la paz de los Pirineos; y luégo Luis XIV se hizo temer de la Europa entera, como antes Carlos V y Felipe II. De la República francesa salió Napoleón armado, y no dió sosiego á ningún vecino.

Por razones que no vemos en toda su luz, podrá suceder, á la postre, el triunfo del Coloso, á pesar de los medios y riquezas de los Estados de Europa....., pero será porque así esté escrito, tal vez por ser sobrado ricos y muy civilizados los de Occidente.

Que lo medite Francia.

Servando Ruiz Gómez.

(Concluirá.)

POETAS FRANCESES ACTUALES

JUAN RICHEPIN

El mes de Junio de 1876, la librería Decau puso á la venta un elegante tomo en dozavo, de 252 páginas, con el título valiente y eufónico de la *Chanson des Gueux*, que compré el mismo día de su publicación y hospedé en un anaquel de mi biblioteca para leerlo cuando tuviese espacio. Con el desordenado y postrer empuje de despeada jauría se arrojó la prensa encima del libro, dándole tantas y tan formidables dentelladas, que lo habría destrozado á no tener los pliegues bien cosidos. Uno de aquellos furibundos canes anunció, aullando lastimosamente en su moralidad ofendida, que semejante libro no era sólo un mal libro, sino una mala acción. Y la justicia, ensordecida con los ladridos, sabedora de la discreta denuncia, no pudo menos de incoarse del asunto, embargar la edición, examinar la obra, y en 16 de Julio condenar á su autor á un mes de cárcel y 500 francos de multa por ultraje á la decencia pública; sentencia confirmada el 8 de Noviembre, en vista del informe del Consejero Guillemain y de las conclusiones de un Fiscal, de cuyo nombre no conservo recuerdo. Pagó el autor

los 2.000 reales en que el Tribunal tasara el desperfecto acarreado á la moralidad, cumplió su condena de treinta días de encierro en un calabozo de Sainte-Pélagie, y el libro, apadrinado por el escándalo, vuelto á imprimir con los cortes y supresiones indicados, se vendió como si fuese un específico para regenerar el cabello ó una receta para hacerse rico en veinticuatro horas. No era, sin embargo, más que un libro de versos. El público, ese mónstruo de miles de cabezas, que en ciertas ocasiones no aventaja á un mosquito en tener seso y en otras se conduce con el buen sentido de una raza entera de sabios, devolvió con creces al autor el dinero que se había embolsado la justicia, y aplaudió sin restricción alguna el animoso aliento juvenil, la frescura, la originalidad, la osadía, la impecable corrección de forma que descubrió en las poesías del vate condenado, pagándole su prisión con la celebridad.

El poeta que así entraba en la vida literaria á son de trompetas y atabales, con la solemnidad de los triunfadores y el nombre bien sonante de Juan Richepín, era un hombre joven y hermoso; la majestuosa fiereza de su rostro atezado, la mirada lánguida, como perdida, de sus luminosos ojos color de cobre, el pliegue de amargura de la comisura de sus labios gruesos y bien dibujados, hacían pensar en la grandeza un tanto salvaje y enigmática de un dios indio; y la nariz enérgica y voluptuosa, la robusta barbilla, la frente ancha, dura, coronada de negro y ensortijado cabello, rebelde al peine, recordaba la vencedora cabeza de un guerrero griego, dándole el aspecto de un busto de bronce. En esta cara, que no tiene un solo rasgo vulgar, se podrían leer muchas notas explicativas al carácter é ingenio del poeta, pues es de las caras que no mienten y como que traspiran lo más íntimo de su esencia. Produce la impresión de un hombre sano y prepotente, más atrevido y batallador que afable y dulce, generoso, pero arrogante, de intratable altivez; mas hay efluvios de ternura en sus pupilas, q bien claramente demuestran cuánto sabe amar y acariciar, que si en momentos de ciega violencia causa heridas profu das, las cicatriza con amantes besos, que borran hasta la ci

triz. El trazo de la arcada orbitaria, el ligero espesor de las mandíbulas, la robustez del leonino cuello, acusan un instinto de brutalidad invencible; se complace el escritor en ella, la encuentra sin buscarla, sus piés arraigan en la tierra; y al mismo tiempo, la sombra que cubre toda su fisonomía, ese como velo de prematura tristeza, humareda del foco pesimista que comenzaba á arder en su alma, no es más que la innata aspiración de ideal que le trabaja, viene del esfuerzo del espíritu que aletea para alzarse, en su afán insaciable de lo infinito.

No se dió nunca ejemplar más cumplido de la eterna dualidad humana; penetrará el hombre sin reparo y aun gozoso en el seno de la materia, la adorará y la cantará; amará con la pasión carnal más desenfrenada; llegará á la aberración de los sentidos, que encuentra bello lo feo, moralmente hablando, pues la belleza artística puede encerrarse en la fealdad; se revolcará por acaso en el fango, y tal vez disuene la grosería en sus labios; pero, en el mismísimo momento, el poeta subsistirá y vencerá con su omnipotente fantasía; todo lo iluminará y purificará con su fuego, dorando el lodo, convirtiendo en floridas colinas los peñascos, vertiendo el puro néctar de la reina por la misma boca que blasfema. Hoy comerá contento el bodrio intolerable de las clases desheredadas, y mañana clavará delicadamente los dientes en manido faisán; dormirá hoy en la paja sucia de un establo y recreará la vista en zafia campesina; mañana exigirá sábanas de raso negro, y en ellas el cuerpo esbelto y virgen de educada doncella. Nos sorprenderá con el habla tosca, la vulgaridad franca de un hombre del pueblo, y luégo con la más refinada delicadeza y la no *aprendida* elegancia de un gran señor. El germen de tiranía que, según Dostoievsky, yace en todo ser, se habría desarrollado fácilmente en esta naturaleza; y, sin embargo, hay característicos rasgos de bondad, y estamos en presencia de un niño, un niño gran-, como todos los poetas. Pero un niño voluntarióso, de ener-a nada común, que marcha en línea recta al fin que se ha opuesto, sin que le paren los obstáculos ni le arredren los ches del camino. Trabaja este escritor vestido con holgada

hopalanda de encarnado purpúreo, y mucho hay de ese color en su carácter y en su ingenio. En el trono, en los campos de batalla, en el púlpito, este hombre, que es un hombre de acción, habría podido ser grande; pero siempre, y por encima de todo, hubiera sido lo que es, lo que anuncia el conjunto de su fisonomía, lo que ha nacido, un poeta genial y admirable.

Si aceptamos la idea de Teodoro de Banville, de que el poeta es un ser único y solo que al través de las edades persiste, se trasforma, renace de sus propias cenizas, continúa la misma obra, prosigue idéntico inmortal designio, Richepín, en tal sentido, es el *poeta*. Pero si lo consideramos solamente como una parte de esa gran entidad que se llama el poeta, como una voz personalísima de la divina poesía, y examinamos su abolengo, fuerza será remontarnos al siglo XV para encontrarle un precursor. Es indudable que pesan sobre él influencias latinas y griegas, que tiene aire de familia con Edgardo Poë, Enrique Heine y Baudelaire; pero su ascendiente directo es Francisco Villón, el patriarca de la poesía francesa. Richepín es un Villón moderno, y en su *modernismo* está el secreto de su originalidad. Aunque él mismo haya dicho que las ideas son rameras sobadas y asquerosas que han pertenecido á todo el mundo, sus ideas no se hallarían en otros, por mucho que ahondásemos, pues son esencialmente modernas. Siente con tan intenso fuego, que su comunicativo calor nos abrasa las entrañas; tiene acentos de reconcentrada pasión, y su voz es llena, majestuosa y terrible; habla con lenguaje conciso, de precisión matemática y sostenida, y la forma es correcta, gramatical, sencilla, sin hojarasca ni espinas, tan fluída y corriente, que no es dable hacer más. Es su poesía como criadero de innumerables gemas ya labradas, que lucen con deslumbradores cambiantes; como jardín panteístico de vistosas y perfumadas flores; como concierto en que cantan las palabras, los adjetivos, el verbo, con rara, nueva y deleitosa melodía; todo lo expresa, todo lo pinta, hasta los movimientos más fugaces y difíciles de traducir; y cuando anhela que sus pensamientos sean alternativamente mecidos por las ondas y el aire—*Soient dans l'onde et dans l'air*

tour á tour balancés—el verso tiene el vaivén lento y cadencioso de la ola y forma imagen.

Puede parecer supérfluo á lo que saben los que es poesía que me detenga en alabar la forma; pues si Richepin merece con justicia ser llamado *poeta*, claro está que la forma ha de ser pura y bella; no ignoran los inteligentes que, según dijo Banville, el poeta piensa en verso, mientras que el versificador que no es poeta piensa en prosa y sólo puede traducir en verso lo que en prosa pensó. Pero el vulgo cree todo lo contrario, y se figura, por ejemplo, que el poeta padece los más crueles dolores del parto para dar con la rima, siendo así que la rima nace siempre doble, y lo que tiene que buscar á veces el poeta, no es el fin del verso, sino su principio. La riqueza de la rima no ofrece, pues, ningún mérito intrínseco, ya que es un efecto espotáneo y natural, como no ofrece mérito alguno que vengamos al mundo con dos ojos y dos labios: no encomiaré, por lo tanto, esa riqueza, pero sí me parece conveniente apuntar en qué consiste, para los que no lo sepan. El verso francés comenzó por la asonancia; repitióse luégo la vocal y la consonante que la sigue; esta consonancia se completó por la paranomasia de la consonante que precedía á la vocal final, se reprodujo la sílaba entera y la homofonía fué perfecta. Esto es decir que, para que la rima sea cabal en francés, es necesario que una palabra rime con otra, no sólo desde la vocal acentuada, como en castellano, sino desde la consonante que precede á la vocal y se denomina *consonante de arrimo—consonne d'appui*. *Cielo* y *vuelo* no constituirán más que una rima pobre; *suelo* y *consuelo* sería una rima rica, y en esta cuarteta de Lope:

Y ¿qué es ver tanta gitana
decir la buena aventura,
y hacer Pontífice á un cura
que apenas tiene sotana?

la rima es rica en el primero y cuarto verso. La lengua francesa se presta con docilidad á esta riqueza, que influye sobre-

manera en los oídos delicados, y rara vez infringe la regla un poeta; sólo cuando no hay palabra adecuada, ó emplea un monosílabo. En Richepín y en cualquier poeta moderno basta con abrir un libro y citar para hallar ejemplos:

J'ai cru que des autres *humains*
L'amour etait une *veilleuse*
Et que moi, dans mes fortes *mains*
J'avais la lampe *merveilleuse*.

A veces, la consonante de arrimo resulta de la ligazón, caso peculiar del idioma francés, como en esta cuarteta:

C'est vrai, j'étais un insensé!
J'appelais notre amour le nôtre,
Le nôtre à nous; j'avais pensé
Qu'il n'était pas fait comme un *autre*,

pues la *u* de *un* se liga al adjetivo *autre*. Lo repito: no señalo esto para que en los versos de Richepín se observe la habilidad con que busca la rima, pues no hay tal habilidad; no busca tal rima, sino que es la rima la que espontáneamente nace; y si dice *Ainsi la fillette ravie*, el consonante forzoso, inevitable, será *vie*, y producirá este otro verso: *Pense qu'elle en a pour la vie*. Lo señalo para que sus lectores españoles puedan explicarse la armonía de la rima. También señalaré, para los indoctos que no conozcan á los poetas franceses del siglo XVI y tampoco á Víctor Hugo, que el alejandrino no es el único verso francés, como creen muchos, y existen en esta lengua model acabados de versos de todas dimensiones, desde los versos una sílaba hasta los de trece sílabas.

Era, además, indispensable esta breve digresión para an

tar una de las diferencias que entre Richepín y su abuelo Villón existen: éste versificaba con un lenguaje rudo, apenas formado, y con un instrumento defectuoso, mientras que el instrumento de Richepín es perfecto é inmejorable. Otra diferencia es que Villón, que fué un rematado truhan, creía, y Richepin no cree; y de aquí que éste no posea la tranquilidad, la sencillez de inspiración de su predecesor literario. Era Villón como trasparente lago de aguas serenas y claras; Richepin no se muestra nunca sereno, y es como rio turbio y tumultuoso que arrastra oro fundido entre arenas y guijarros; aquél tenía la fe, éste la duda. Pero en lo que sí son iguales, moral y literariamente, es en la inmensa caridad, en el inmenso amor por todo lo que sufre, los pequeños, los humildes, los desheredados de la tierra. Richepin podría exclamar con Dido: *Non ignara mali miseris succurrere disco*, pues él también ha sacado de la desgracia el amor á los desgraciados. Esa conmiseración por los seres ó las cosas tristes, feos, lastimosos, es la nota dominante de la *Chanson des Gueux*, que condenó un tribunal del Sena.

En la balada que inicia la obra, Richepín llama á sí á los mendigos, andrajosos y haraganes, á los granujas, rufianes y rameras, á todas las miserias físicas y morales, y esos son los personajes que nos presenta, con sus groserías, sus atrevimientos, sus palabras obscenas, más por la intención que por su genuino significado; hay horrores, pero no los inventa, salen de la vida; hay canciones que, si no fuera por la forma, darían náuseas, como la titulada *Dab* (padre), y la perversión moral, que es lo repugnante, lo que hiere todas las delicadezas del alma; no se le puede atribuir al autor, no es él quien la padece, sino el rufián que en el soneto lleva la palabra. Aquí preguntará el curioso lector por qué el poeta ha escogido semejante asunto y tan asquerosos personajes, pues es general el error de juzgar un libro preguntando, ante todo, si debía haberse escrito. Y esto importa punto menos que nada. El autor, usando de su derecho de ciudadano libre, lo ha escrito porque le ha gustado escribirlo, y ni al público ni á la crítica le corresponde

indagar si la obra es lo que se nos antoja que debiera ser, sino si realmente es lo que su autor ha querido que fuese. Pero, ¿hasta qué punto usa un escritor de su libre albedrío en la elección de un asunto? ¿Lo ha rebuscado ex profeso Richepín para ser original? No tal, pues otros antes que él habían cantado esa raza de ardorosos independientes, como él los llama, y esa raza cruza los siglos invariable y eterna; cambia el medio, cambian los trajes, la lengua se modifica, pero el tipo persiste esencialmente el mismo. Tampoco podía ser original por la pintura de vicios y fealdades del espíritu, pues muchos antes que él habían dicho otro tanto: recuérdese aquello de Villón, que *habla aquí de sí mismo*; cito, pero no traduzco:

Veute, gresle, gelle, j'ay mon pain cuit;
Je suis paillard, la paillarde me duit.
L'ung vault l'autre; c'est á man chat, mau rat
Ordure amous, ordure nous affuyt.
Nous desfuyons honneur, il nous deffuyt,
En ce bordel òu tenons notre estât.

Nó, Richepín no ha rebuscado á sus personajes, los ha visto por acaso, en su vida (errante y algo aventurera, según fama), los ha compadecido forzosamente, se ha fijado en ellos atraido por atracciones ineludibles, los ha observado con agudeza, los ha penetrado con seguro análisis, los ha estudiado con paciente curiosidad de artista; ha conocido su existencia, sus costumbres, sus ideas y sensaciones; se ha posesionado hasta de su lengua, del *argot*, de ese *caló* pintoresco, de una brutalidad seductora, rica de imágenes, y cuando la asimilación fué completa, el poeta ha escrito lo que tenía que escribir, pues todo lo anterior, conmiseración, observación, curiosidad y análisis, habían de conducir al impensado é inevitable fin: el libro. Sin que el escritor se dé cuenta de ello, sin que ni remotamente se lo proponga, independientemente de su voluntad, el artista

apunta lo novelable ó verificable, toma notas para un libro futuro. Y cuando lo recuerda, movido por el ansia de escribir, también fatal y dominadora, que es el estro, tiene que decir lo que ha visto y sentido, y cómo lo ha sentido. En la nota que precede al *glosario de germanía*, Richepin lo explica con igual claridad y más sabor de lo que yo sabría hacerlo.

«Puedo asegurar—dice—que el sentido de todos los voca»blos contenidos en este glosario es de una exactitud rigurosa, »pues mana del único manantial aceptable, de la misma boca »de las gentes que hablan el *caló* con igual facilidad que nos»otros hablamos el francés. El mérito es más raro de lo que se »cree, y por modesto que parezca, me enorgullece en cierto »modo. Este mérito tiene, además, una razón excelente, y per»mítaseme insistir en ella: consiste en que los poemas en ha»bla germanesca no han sido escritos hojeando Diccionarios, »salvo los dos sonetos en que me he propuesto dar idea del caló »clásico que floreció desde Cartouche hasta Vidocq, y cuyo vo»cabulario dejó éste. Aparte esos veintiocho versos fabricados »como los versos latinos que en el aula se componen, todas mis »canciones del país Germano han sentado en mi cabeza como »cosas vívidas, sea durante mis visitas á esa tierra singular, ó »al regreso de ellas; han venido al mundo como las véis, vesti»das á la usanza de su patria, con sus andrajos originales, sin »que tuviese obligación de volverlas á vestir en la ropavejería »de los léxicos. No hay en esto capricho de erudición sino ver»dadera necesidad, que se imponía á la inspiración del artista. »Si he rimado algunas composiciones en esa lengua, ha sido »porque las pensaba en esa lengua, que hablo con soltura. Sea »esto dicho en prueba de mi sinceridad y para edificación de »los lexicógrafos.»

Richepin no ha escogido, pues, el asunto á propósito para hacer poner el grito en las nubes á los tímidos, á los timoratos. Pero, ¿es verdad, como dijeron sus detractores y sus jueces, que la *Chanson des Gueux* es la apología de la crápula, que erige en teoría la pereza, la embriaguez, el robo, la tercería y otras lindezas? El autor ha contestado con sobrada razón que sus versos

no contienen ni teoría ni apología, sino estudios, pintura, y, sobre todo, *versos*. Aceptado el asunto, los personajes no pueden pensar, hablar y obrar sino como en realidad lo hacen: «La »probidad del escritor—añade Richepín—exige de imperiosa »manera, cuando tenemos la pretensión de reproducir un rincón »de la vida, que no hagamos lo negro blanco, ni de color de »rosa tierno ni de ningún tono rosa lo que es rojo encendido.» Y á seguida, el poeta expone el complemento de su defensa de este modo:

«¿Tan grande ha sido mi crimen por haber vertido la poesía »brutal de esos aventureros, de esas criaturas sediciosas que la »sociedad trató como madrastra, y que, no hallando leche en la »mama de la mala nodriza, muerden el pezón para calmar el »hambre? No he expresado siquiera esa sedición, y no he dicho »el amor que les tengo. Sentía que podría horrorizar, y me he »callado. Me he contentado con hacer vivir á mis miserables, »exponiendo sus vicios, sus vergüenzas, sin ocultar nada, sin »defenderlos, y ésto era ya demasiado, sin duda, puesto que me »han castigado. De todo, de sus canciones de borrachos, de sus »reflexiones de pícaros, de su vagancia de haraganes, de su »porte indecente, de sus inmundas alegrías, hasta de sus in»tenciones, de todo me han hecho responsable. Y, francamente, »¿con qué derecho? ¿Por qué monstruosa aberración se ha lle»gado á castigar en un autor las culpas de sus personajes? No »paro de preguntármelo con incesante estupefacción. ¿Por qué »no se decreta la acusación de todos los novelistas y dramatur»gos, cuando representan á bribones, traidores, envenenadores »y asesinos? ¿Por qué no les hacen cargar, como á mí, con el »peso de los horrores que sus héroes dicen ó perpetran? Si la »justicia ha de ser consecuente consigo misma, debe mandar, »no á un calabozo por treinta días, sino á presidio y al cadalso, »á quien quiera que escriba un libro en que palpite y chorree »sangre, un pedazo del criminal corazón humano. ¡Vamos, hei »manos míos, presentemos las muñecas á las esposas de los po »lizontes, y que se alzen guillotinas para literatos!»

No olvida Richepín la mejor razón, y es que la moral y

arte no tienen nada que ver, pues la primera se propone la bondad y el segundo la belleza. La justicia tiene «la misión de defender la libertad, la propiedad, el honor y la vida de los ciudadanos, pero no es depositaria de una filosofía oficial.» Y cuando la magistratura habla de ultraje á la decencia pública con motivo de los versos de un poeta, le parece á Richepin tan grotesca como si quisiera sumar estrellas y gorros de dormir ó poner unos calzones al Apolo del Belvedere. No se crea tampoco que no hay en este libro más que grosería y desvergüenza; hay páginas—y son las más—de una pureza virginal, de una delicadeza casi femenina, como la Berceuse: *Dors, mon fieux, dors*—Duérmete, niño, duerme—canciones tan musicales que ni en italiano las encontraríamos, como la del *Loco*, que comienza:

Ah! qui donc m'achètera
Mon joli piège
Mon joli piège?
Ah! qui donc m'achetera
Mon joli piège à rat?

La composición titulada el *Gemido de la leña*, es una de las poesías más ideales y elevadas que conozco en francés; y aunque deba concretarme á citar poco, para no salir de los límetes de un estudio, he aquí un ejemplo: le *Boue aux enfants*, que es un hermosísimo bajo relieve griego. Pongo la traducción castellana al pie, para los que no lean el francés, pero advirtiéndoles que lo mejor de esa poesía se ha perdido al pasar por mi conducto á nuestra lengua.

Sous bois, dans le pré vert dont il a brouté l'herbe,
Un grand boue est couché, pacifique et superbe.
De ses cornes en pointe, aux nœuds superposés,
La base est forte et large et les bouts sont usés;

Car le combat jadis était son habitude.
Le poil, soyeux à l'œil, mais au toucher plus rude,
Noir tout le long du dos, blanc au ventre, à flots gris
Couvre sans les cacher les deux flancs amaigris.
Et les genoux calleux et la jambe tortue,
La croupe en pente abrupte et l'echine pointue,
La barbe raide et blanche et les grands cils des yeux
Et le nez long, font voir que ce boue est très-vieux.
Aussi, connaissant bien que la vieillesse est douce,
Deux petits mendiants s'approchent, sur la mousse,
Du dormeur qui, l'œil clos semble ne pas les voir.
Des cornes doucement ils touchent le bout noir,
Puis, bientôt enhardis et certains qu'il sommeille,
Ils lui tirent la barbe en riaut. Lui, s'eveille,
Se dresse lentement sur ses jarrets noueux,
Et les regarde rire, et rit presque avec eux.
De feuilles et de fleurs ornant sa tête blanche,
Ils lui mettent un mors taillé dans une branche,
Et chassent devant eux, à grands coups de rameau
Le vénérable chef des chèvres du hameau.
Avec les sarments verts d'une vigne sauvage
Ils ajustent au mors des rênes de feuillage.
Puis, non contents, malgré les pointes de ses os,
Ils montent tous les deux à cheval sur son dos,
Et se tiennent aux poils, et de leurs jambes nues
Font sonner les talons sur ses côtes velues.
On entend dans le bois, de plus en plus lointains,
Les voix, les cris peureux, les rires argentins;
Et l'on voit, quand ils vont passer sous une branche,
Vers la tête du boue leur tête qui se penche,
Tandis que sous leurs coups et sans presser son pas,
Lui va tout doucement pour qu'ils ne tombent pas.

En la hierba de un prado está tendido
un soberbio cabrón, adormecido.
Sus cuernos, puntiagudos y esquimados,

de base ancha y fornida,
se miran en las puntas desgastados,
pues la lucha en un tiempo fué su vida.
El rudo, al parecer sedoso pelo,
cuelga en grises mechones
por los magros ijares hasta el suelo;
y la dura rodilla encollecida,
los tuertos corvejones,
la grupa deprimida,
y las barbas canosas y triunfales,
de su provecta edad son las señales.
Confiando en la vejez, que es bondadosa,
dos pequeñines, pobres y joviales,
por el musgo, con planta silenciosa
se acercan al durmiente,
que su presencia sufre indiferente.
Tocan sus cuernos con ligera mano,
y atrevidos, seguros de su sueño,
con semblante risueño
tíranle de la barba. El macho, ufano,
con tardo movimiento se levanta,
escucha la infantil algarabía,
y al parecer, le encanta
de los niños la cándida alegría.
Coronan su blanquísima cabeza
de flores y retama;
le ponen en la boca con destreza
un freno recortado de una rama;
son los sarmientos de una vid salvaje
las riendas de follaje
que trenzan con amaño;
y echa á andar la pareja petulante,
llevando por delante
al venerable abuelo del rebaño.
Aunque el lomo del macho es puntiagudo,
los juguetones niños, sin asomo

de temor á caballo tan huesudo,
se suben á horcajadas sobre el lomo
agarrándose al pelo,
y espoleando con celo
el flaco ijar con el talón desnudo.
Resuenan bajo el toldo de verdura
gritos de miedo, risas de ventura;
cuando las ramas el sendero estorban,
los dos infantes la cabeza encorvan
y del noble cabrón se asen al cuello;
mientras él, previniendo algún fracaso,
deteniendo el resuello,
camina cuidadoso paso á paso.

Si no fuera suficiente este ejemplo, léanse las *Mariposas viejas*, la *Gloria de los insectos*, la *Tristeza de las bestias*, pues el autor reparte su corazón á toda la naturaleza.

(Je suis de ces reveurs qui dans leur amitié
Dounent aussi sa part á l'inerte matière
Es partagent leur cœur à la nature entière.)
VIEILLE STATUE.

Léanse las *Aves de paso*, que es de las composiciones magistrales del libro, y el lector se convencerá de la ternura, de la facilidad de expresión, de la fuerza pictórica de este poeta, el único que desde Alfredo de Musset ha sabido hablarnos una lengua valiente, bella y sublime. Se convencerá, además, el lector de que está leyendo el elogio de un gran poeta, de un poeta de raza, y que el acendrado cariño que yo le tengo, el entusiasmo que me inspira, no son irrazonados arranques c un cerebro aún jóven, sino consecuencias de minucioso estu dio, y mis sinceras alabanzas, palabra de justicia y verdad.

No carece Richepín de gracia ni de gracejo; pero su vis có-

mica es *sui géneris* y entraña siempre un fondo de tristeza: por esto las poesías en que retrata los vicios de la clase baja son horribles y conmueven dolorosamente el alma. Hay, además, otra razón. En los picarescos españoles, todo lo salva la sal del cuentista y el buen humor de los personajes que, aun en medio de su abyección, conservan una como caballeresca grandeza. En los pícaros de Richepin, los del París moderno, que codeamos en las calles más céntricas y no pasan desapercibidos para la vista perspicaz del observador ni para su ejercitado olfato, sólo subsiste un elemento grande, y es el selvático instinto de independencia; todo lo demás es grosero, repugnante y espantable, por la degeneración física y moral que representa. «La conciencia de estos seres es tan andrajosa como su traje.» El que se eleve á las regiones filosóficas y se desprenda de su egoísmo, los compadecerá, pero los encontrará siempre feos y deformes. Lo cual no quiere decir que no exista belleza artística en el libro; el poeta ha adornado con la melodía del lirismo todas esas miserias y corrupciones, y su hermosura estriba en la exactitud de la reproducción. Porque, dejémonos de historias, idealistas hermanos míos, y confesemos la verdad de una vez, que bien sabida la tenéis y guardada allá en el fondo de vuestro cerebro: *la belleza artística reside en la intensidad de vida que palpita en la obra*, y en nada más. Para desarrollar y explicar este aforismo no es propicio momento el presente, y me contento por hoy con apuntarlo y ofrecérselo al lector como pasto á sus cavilaciones. La tristeza del poeta proviene de una juventud inquieta y curiosa: ha vivido muy de prisa,—*Très peu vieux, j'ai beaucoup vecu*—y de la prematura experiencia ha brotado el hastío; aunque en su *Soneto orgulloso* nos advierta que para vivir en sociedad es preciso cubrirse el pecho una coraza ó con un cilicio, como hacen los santos, y exclame:

Ma cuirasse est de pur orgueil, et sans un trou.
Les crins de mon cilice ont pris en moi racine.
Vous qui voulez percer mon cœur, cherchez par où!

ha sido herido como los otros. Un veneno sutil ha traspasado las mallas de la cota, las asperezas del cilicio y ha penetrado hasta el corazón, para difundirse con la sangre por todo el organismo. Esta elevada inteligencia no podía eximirse de la enfermedad del siglo: la duda, el ansia de saber, la lucha entre las aspiraciones del ánimo hacia los mitos de arriba y la tendencia del cuerpo hacia las realidades de abajo. La irreligiosidad de Richepín, que á pesar de su falta de fe está compenetrada, más de lo que él mismo cree, de la esencia de los filósofos cristianos, aparece ya aquí, si no se muestra con la violencia que alcanza en las *Blasfemias*; y su pesimismo, que no es el de Schopenhaüer, ni el de Hartmann, ni el de Leopardi (luégo le dedicaremos dos palabras), asoma de vez en cuando las narices en sentencias breves, en exclamaciones desconsoladas como la siguiente:

Sur notre ridicule sphère,
Tous les instants sont dèpensés
A des regrets ou des pensers.
Somme toute, mauvaise affaire!
Et voilà pourquoi nous allons
Comme l'on fait un mauvais rêve,
Pourquoi la vie etant si brève.
Les jours semblent souvent trop longs.

En esta esfera risible,
Todas las horas van llenas
De cálculos y de penas,
Que son fruto aborrecible.
Y así marchamos, amargos,
Y un mal ensueño nos mueve,
Y aunque es la vida tan breve,
Parecen los días largos.

Es evidente que el poeta está contaminado; pero una mujer aparece en el horizonte de su vida y va á darnos un poeta nuevo, un poeta amoroso de los más sentidos. Las *Caricias*, publicadas en Febrero de 1877—en 18 *Junio*, de 303 páginas—se dividen en cuatro partes: *Floreal*, *Termidor*, *Brumario*, *Nevoso*, y son la historia de un amor que nace, crece con el delirio de la posesión, se anubla con los celos y muere ahito por su exceso de materialidad. Richepín lo declara en la primera página; su amor «no es el amor casto y platónico, especie de sorbete con bizcocho, sino el amor de carne, un plato tónico.» Es el amor que abrasa, el amor humano, sin barcarolas, ni la-

gos, ni rayos lunares. Y he aquí de nuevo la eterna dualidad; apenas ha anunciado su programa, halla que en la voz de su amada gimen cautivos ruiseñores, que en su boca nacen perlas, y le canta madrigales tan frescos y tan lindos como este:

A quoi bons des serments?
Ma preuve est en moi même.
Pour savoir si je mens
Quand je dis que je t'aime,
Fais donc ce que tu dois
Et ce que je mérite!
Ma vie est dans tes doigts
Comme une marguérite;
Pétales, cœur et tout,
Effeuille-la toi-même;
Quand tu seras au bout,
Tu verras si je t'aime.

¿A qué viene mi juramento?
Mi prueba en mí la atesoro.
Para saber si te miento
Cuando digo que te adoro,
Haz lo que exige tu cuita,
Sin demoras y sin miedos!
Mi vida es cual margarita
Que tienes entre los dedos;
Deshójala, serafín,
Que amante te lo reclamo,
Y cuando llegues al fin,
Tú verás cómo te amo.

Ama, efectivamente, con toda la robustez de su alma apasionada, como toda mujer ha anhelado ser amada en sus ensueños de doncella; se compara, en manos de su querida, á la hoja seca con la que juega el viento; confiesa que ella le hará decir y hacer cuanto le plazca con sólo una sonrisa de sus labios, pues su fuerza se derrite en la miel de sus besos. ¡Y qué explosión de júbilo, qué juvenil entusiasmo, qué tiernos acentos cuando el codiciado cuerpo cae en sus brazos, y se enloquece al mirarlo tan hermoso, y se extasía en su contemplación y no se cansa de admirarlo y besarlo! Si le hubiesen dicho que la posesión era su muerte, habría dado la vida á trueque de ser querido. La poesía, en esta hora de arrebato que le exalta, *no es más que amar y vivir*. El oro, las piedras preciosas, todas las riquezas del mundo, todos los tesoros de la humanidad, no equivalen á una de las bellezas de su ángel. Insaciables son sus deseos de carne palpitante, de todo el ser de la adorada; bebe en sus labios azúcar y pimienta, pues tienen el calor

del alcohol y la frescura de la fresa; perdería la razón si perdiese tanta hermosura. Habla de sus blancos y apretados pechos *cual de dos blancos pichones—que anidan en su garganta*; su voz posee cristalinas notas que le conturban hasta el espasmo; la escucha sin saber lo que dice, como si le hablase desconocida lengua, y cree que una mano invisible le acaricia todo el cuerpo—*car tes paroles même ont des doigts caressants*. En fin, la idolatrada sirena es para él como el cielo de Mahoma.

Pero, ¿qué sucede al cabo? Lo inevitable. Si la muerte, esa inevitable triunfadora que tanta tinta ha hecho gastar, se hubiese apiadado de los dos amantes cuando se conocieron, y les hubiera abierto sus serenos brazos, tendríamos un grupo más en el museo de las pasiones puras y eternas. Felizmente no reparó en la pareja, y debemos congratularnos de ello, pues nos vale tres partes más de deliciosos trasportes y sentidas quejas. Era natural: este amor furioso, que besa y abraza con locura, es cierto, pero que también araña y muerde, debía acabar por fenecer. «Como el año, tiene el amor su otoño;» y la mujer es más amiga de lo que suponen muchos de esa estación de los amores. ¿Quién duda, quién sostendrá que no hay en ella violentos apetitos carnales? Los hay, sólo que van mezclados con no menos violentos apetitos de ideal, de reposo; es una golosa que se recrea en la hora de la digestión tanto como en la del festín; no ama menos, como cree el poeta cuando dice brutal y doctoralmente: «*Los deseos de la mujer obedecen á la luna—La femme et ses désirs sont reglés par la lune*,»—sino que tiene instantes en que sólo puede amar con su alma. Y el enamorado no se contenta, ve que el fuego se entibia, y se figura que está apagado; ó bien los celos se despiertan en él y piensa que, cuando no le aman como antes, es que aman á otro. Entonces tórnase sombrío, cabizbajo, brusco; «los hermosos y azules ojos de su reina lloran por su culpa;» la habla de la muerte, la dice que la dejará su esqueleto, envía á sus amigos una esquela anunciando «el entierro de su amor.» Y la mujer se cansa, llora y sufre; trata de luchar, de amar como se lo piden; el poeta tiene unos días más de placer, parece que todo va á renacer; pero es

el sol de otoño; ve claramente que la *querida* parece una *esposa*, es decir, que ha perdido la voluptuosidad que le enardecía; un filósofo, un burgués se contentaría con este plato; pero Richepín, que no es filósofo por más que lo crea, y menos aún burgués; Richepín, que es un poeta, no se contenta, y la mujer tan amada huye con hastío, dejando para siempre el sabor de sus labios en la boca que tanto la besara.

Sí, se fué; y la nieve que cae sobre la tierra cae también sobre el corazón del vate; las últimas hojas revolotean por los caminos, como su ventura; no sabe do vivir, pues más negra que la noche es su tristeza; do morir, pues su pena es más profunda que los mares; cómo ahogar su remordimiento, ya que su dolor es más grande que la muerte. No cree ahora que «un nido de canciones es la tierra;» no le es dable olvidar, pues no acepta consuelo alguno; su cerebro está ya trabajando el libro siguiente, pues declara que Dios no existe, *que lo sabe*, que la ciencia le ha vertido la amarga y saludable leche de su seno. No olvidará, nó; nunca olvidará á esta mujer que ha amado y perfumará toda su existencia con su recuerdo.

(T'ayant profondement aimée,
Je garderai ton souvenir,
Et toute ma vie á venir
En demeurera parfumée);

pero su agitado espíritu, foco de ignición que no puede pasar sin alimento, se pone á meditar, á ahondar en los misterios de la Creación, de la vida, de la muerte; y de estas meditaciones, de esos íntimos soliloquios con la conciencia, que duran siete años, sale el pesimista, el ateo que encontramos en las *Blasfemias*. El germen ha fructificado; lo que fué tierno arbusto, es ya ramoso árbol.

Richepín anunciaba en el prólogo de las *Blasfemias* que publicaría sucesivamente otros tres libros, titulados: el *Paraiso*

del Ateo, el *Evangelio del Antecristo* y las *Canciones eternas,* en los que, á su modo, trataría de establecer una moral, una metafísica, una política y una cosmogonía materialista. Aunque este *á mi modo* nos haga suponer que será como poeta, sería injusto apreciarlo desde ahora, cuando su sistema está apenas enunciado. Pero puede decirse ya que este pesimismo que, lo repetimos, no es el de Schopenhaüer, ni el de Hartmann, ni el de Büchner, ni el de Leopardi, no es tampoco el de Mainlaender, que se ahorcó el mismo día de recibir el primer ejemplar de su *Filosofía de la Redención.* Bien nos dice Richepín que quien le siga llegará con él al espantoso y sereno nihilismo; pero no comprendo á dónde va, cuál es la conclusión. Lo que conviene recordar al autor, es que dudar de Dios ha sido siempre una forma del sentimiento de lo divino, y que en su libro hay menos irreligiosidad que en el patán bretón que comulga y no pierde misa. ¿Se ha equivocado, pues, Richepín, ó no es sincero?

Lo *absoluto* es vocablo imaginario, y Richepín es sincero á medias. Al pensar su libro (que está pensado), al escribirlo, ha sentido profundamente; su alma, ansiosa de conocer el misterio que nos envuelve, minada por la duda, se ha conmovido, con pasionales arrebatos, hasta crujir y saltar en pedazos dentro de su pecho de atleta; pero pasado el momentáneo y provocado minuto de amargura, el Richepín ateo ha sucumbido ante el Richepín poeta; la forma ha dominado el fondo, el ideal ha vencido á la materia. Si fuese en todo sincero, no podría considerarlo sino como enfermo dañado mortalmente, y en vez de entretenerse en hacer versos, se habría ahorcado como Mainlaender. «Creo haber dicho—exclama en el prólogo—la expresión supina del verdadero ateo, y esto basta á mi orgullo.» Satisfacción infantil que nos tranquiliza acerca de la salud moral de Richepín, como su bronceada cara y su cuello de búfalo tranquilizan acerca de su salud física. Sin embargo, no puede menos de asombrar el ver á un hombre que hoy día se agita, sufre con la idea de Dios, hasta el punto de inspirarse tan soberanamente para convencernos de que no existe. Por inmensa

que sea mi despreocupación, á veces me atosiga la dulce ilusión de la divinidad. Entonces no tengo más que alzar los ojos, y en la pared de mi gabinete me aparece una máscara japonesa, una cara de mujer con arremangada naricilla, redonda de carrillos y éstos agujererdos por picarescos hoyuelos, la boca y los ojos sonrientes y maliciosos, tan expresiva, tan humana, que al momento caigo de bruces en la tierra, de la que hemos salido, en la que hemos de vivir, á la que hemos de volver. Y la vida, en sus múltiples manifestaciones, me interesa de tal modo, me subyuga y recrea, que en muchísimo tiempo no me pasa por las mientes el loco anhelo de saber lo que existe tras el luminoso cendal de la noche, que sabemos perfectamente no oculta nada. Para admirarlo, no tengo necesidad alguna de explicármelo; el cielo está muy lejos; estudiar á los hombres, estudiarse á sí mismo, indagar, descubrir, explicar qué influencias obran en nosotros para que pensemos y sintamos como lo hacemos, me ha parecido siempre más atractivo y útil que ocuparse de los dioses; atractivo, porque nuestro propio ser está interesado en ello y el *yo* será siempre dominador del hombre; útil, porque nos introduce en el cráneo extracto concentrado de indulgencia y nos procura la plácida serenidad del que todo lo ve, lo entiende y lo perdona, la sola, la única felicidad que tanto se rebusca en lo que no puede darla sin esa primera condición.

Richepin se alarma, á pesar de todo; busca con inaudito esfuerzo al Padre Eterno, á Cristo, á Jehová, á todos los dioses; y grande ha de ser el esfuerzo para hallarlos, ya que no existen; y una vez reunidos, los abofetea con sus victoriosas rimas, les escupe al rostro la armonía de sus metros. Combatir sombras, es peor locura que la del Manchego luchando con los molinos; el atrevimiento es puramente literario, y Richepin se forjaba ilusiones al creer que sería perseguido por su obra. No hay dioses, lo afirma Richepin, y yo no quiero entrar en semejante examen, pues me basta con examinarlo á él. Pero tiene empeño en ser filósofo, y es fuerza hablar de su filosofía. No encontrando á los dioses (y lo siente, pues es un idealista con-

sumado), se encara con la vida y nos niega sus leyes porque no se las explica; luégo concluye que la *casualidad* toca el violín de una sola cuerda, á cuyos chirridos bailamos. Es una vulgaridad tan vieja como el mundo histórico, y con un poco de buena voluntad constituiría en breve otra diosa como la Razón, de la que justamente se burla á su tiempo. Si viésemos que al apuntar la materialidad de todo el sér, al notar que la muerte es un mito, que nada muere, sino que todo se trasforma—otra antiquísima trivialidad,—Richepín es feliz, su filosofía sería digna de divulgarse para solaz y holgura del prójimo. Pero no hay tal felicidad, y la vida le es insoportable, aborrecible, tonta, cansada, una misma cosa eternamente repetida desde los más remotos siglos.

En una serie de sonetos, *Sonetos amargos*, Richepín considera la existencia; nos pinta con asqueroso colorido el acto de la concepción; nos explica que «somos hijos de la *casualidad* que lanza en el ovario de la hembra un espermatozoide ciego.» Las lágrimas son «agua, sal de sosa, moco y fosfato de cal;» la risa, consoladora de los hombres, nos pone á morir; el tiempo que echa de menos es aquel en que era feto en el vientre de su madre, y no sé por qué, pues regularmente estaba destinado á nacer, y era preferible no haber pasado de huevecillo; los amores puros, los impuros, no valen nada, pues siempre son mezquinos y deleznables; las ideas que uno sueña virginales y frescas, «son desorejadas prostitutas cuyos senos les cuelgan sobre los enjutos muslos.» Y en todo esto, Richepín no ha sido sincero sino al escribirlo, pero literaria, no humanamente. Es casado y quiere á su mujer; tiene hijos á quienes mima y besa como el más ferviente católico ó el más irreconciliable hebreo; por mucha definición química que nos dé de las lágrimas, él, nervioso evidente, no soportará sin conmoción el llanto de sus hijos, así como la carne de su mujer no le dejará insensible, por más que también sepa que encubre risible y ridículo montón de huesos hábilmente ajustados en los múcuslos. Y tanta es la verdad de lo que digo, que, en arranque extraordinario, exclama: «¡Oh deseo de lo infinito, que á pesar de todo persiste! Nos

sostiene en grado igual que nos agobia; nos hace morir, y la vida no se compone de otra cosa;» Y más adelante: «sin saber de qué, tiene deseo de *otra cosa*;» nos dice que «seca el corazón la necesidad de ver la invisible Sustancia, mientras lo que se debería hacer es gozar de la vida, saborear su miel sin analizarla.» Y esta es la verdad, pues el que no experimenta el goce de *vivir*, de *sentirse vivir* aunque sea penando, pues el sufrimiento es otra prueba de la vitalidad, está enfermo; ofrece, hasta cierto punto, un caso patológico.

El deseo de ideal es tan enérgico y violento en Richepín, que, después de un *Carnaval* riquísimo en colores, de una brutalidad y grosería de expresiones que echan la pata á cuanto ha escrito Zola, presenta su *Petición á las estrellas*, y, con infinita dulzura é imágenes de sublime lirismo, les dice: «Sóis la luz de cáliz multicolor; sois los pistilos de diamante y oro de las margaritas, que, sin cansarse de abrirse, brotan todas las noches en el cielo. Y yo vengo á cogeros, místicas margaritas; con la sencillez de una virgen y la locura de un amante, vengo á confiaros mis secretas angustias; espero de vosotras la palabra que ansía mi corazón confuso, y, llorando, deshojo vuestros pálidos collares.» Y este divino apóstrofe á la divinidad en la *Oración del ateo*: «¡Oh misterio, orgulloso de tus funéreos velos! Cuando uno dice que es padre, hay que serlo. ¿Cómo me puedes ver sangrar en medio de las tinieblas, si tú eres quien me hizo? ¿Cómo me puedes ver arrodillado sobre la piedra, con los brazos hacia Tí extendidos, ahogándome en sollozos, sin que salte una lágrima de tus ojos, si soy tu hijo?» Y en el canto siguiente, la *Apología de Satanás*, Richepín decide que, «si creyese en Dios, sería partidario del diablo.» En fin, pasando por la *Muerte de los Dioses*, llega á la *Canción de la sangre*, de admirable originalidad poética, y se declara descendiente de los antiquísimos nómadas de Turán. Salvo la introducción del turaniano en la literatura, este amor á la vida errante, á la calma campestre, á la matanza, no es en el fondo más que una influencia del condenado Juan Jacobo, modificada por el temperamento del autor, que es extremoso. El mérito de las *Blas-*

femias no estriba, pues, en la filosofía del libro. Richepin conoce perfectamente la filosofía antigua y moderna; la repite sin ninguna idea nueva, sin ninguno de esos luminosos rasgos que sorprenden y hacen pensar; nada hay original, todo lo leemos con la molestia que produce la lectura de lo sabido y resabido; y si hay por el mundo boca que pregunte si toda esta filosofía no es más que pretexto para escribir versos sobre un asunto que materialmente no había inspirado á los poetas; si toda la amargura y blasfematoria arrogancia es más hecha á drede, más rebuscada que natural, Richepin no deberá extrañarlo, pues la generalidad de los lectores no pensará otra cosa. Sin embargo, nadie habrá, por vulgar y poco cultivado que sea su espíritu, que no lea esas poesías con turbación, como no se leen ya los versos en estos tiempos fríos, que no quede pasmado de la osadía del autor, que no se irrite á veces y á veces exclame, con violenta necesidad de desahogo: ¡Hermoso! ¡Brillante! ¡Soberbio!

Casi toda la *Muerte de los Dioses*, que comienza: «*Comme je cheminais au pas de mon cheval,*» recuerda al hercúleo Dante. En ésta, como en sus otras obras, Richepin es esencialmente moderno, y bastaría, para convencerse, con la sublime y bestial alegoría que nos da de la noche. Para él es la querida—que llama crudamente *puta*, palabra que debemos aceptar en él admitiéndola en nuestros clásicos—la querida de un soldadote viejo que mata, roba, incendia, para «desabrochar su manto de terciopelo, y en sus pesados pliegues arrojar á manos llenas el oro, los diamantes y las perlas.» De este modo nacieron los cielos. «Yo no te respeto—dice—porque conozco tu vergüenza, ¡oh noche prostituta! Porque tu amante te manchó con la sangre de sus manos la camisa el día que la levantó; y todas las tardes, al sepultarse el sol, me río de ver flotar, en las nieblas del horizonte, la punta de esa camisa con su rojiza mancha.» Esta imagen nadie la había pensado, nadie la había dicho. Llama al tiempo «vetusto comicastro sin talento;» desea no pensar, no sentir, renunciar á la idea, estar «como hongo crasso que brota al pie de un haya, con el corazón lleno de estiércol;

llama á los glóbulos sanguíneos «incansables peregrinos errantes por los tenebrosos subterráneos de las arterias.»

He aquí cómo describe en la *Canción de la sangre*, que es toda ella admirable, al *espadachín*, que se compara con un sastre:

Je suis tailleur á ma manière;
Car je taille et je ne couds point,
Et ma méthode routinière
Ne sait travailler qu'au pourpoint
Pour y fendre la boutonnière.

Et voyez si je suis galant!
Dés que la boutonnière est faite,
Sur la poitrine du chaland
J'y mets tout éclos pour sa fête
Un œillet rouge en m'en allant.

D'aucuns frappent comme on divague,
A tort, à travers. Moi tout droit,
Et, trou de rapière ou de dague,
C'est si petit, mignon, étroit,
Qu'on en pourrait faire une bague.

Bref, dans París, pour le moment,
Je le dis sans fausse vergogne,
Il n'est pas un seul escrimant,
Fut-il de Naple ou de Gascogne,
Pour faire un mort plus proprement.

Venez donc chez moi. Je vous jure
Qu'après vous me direr merei.
Ma boutique est cette masure
Dont l'enseigne dit: C'est ici
Que l'on est tué sur mésure.

Yo soy un sastre especial;
Corto y no coso botones,
Y mi método usual
Es trabajar en jubones
Para abrirles un ojal.

Y es tal mi galantería
Que, cuando está el ojal hecho,
En prenda de bizarría,
Le pongo á *Su Señoría*
Un clavel rojo en el pecho.

Mi mano en balde no amaga,
Mi estocada es recta y fija,
Y, sea de estoque ó de daga,
Es tan angosta la llaga
Que parece una sortija.

En suma, en París es vano
Buscar un esgrimidor,
Gascón ó napolitano,
Que talle en el cuerpo humano
Con más limpieza y primor.

Venid, pues, todos á mí,
Que nadie me sobrepuja;
Mi tienda la véis allí,
Con este letrero: Aquí
Se muere por buena aguja.

Además de moderno, Richepín es humano y encuentra acentos de conmovedora dulzura, de sencillez primitiva. Desoída,

abandonada y olvidada la idea de Dios: «disfrutaréis del bien, dice á los hombres, aunque vaya confundido con el mal, lo mismo que el chiquitín de un pobre, aunque la piel sea sucia y rugoso el pezón, entorna los ojos de gusto al chupar la mama.» No queda al traducir más que la idea, sin la música deliciosa del ritmo; pero es bastante; aunque traducida, place leer esta imprecación que encabeza el canto titulado *Naturaleza.*

«¡Naturaleza, te odio por haberte amado mucho! Oh lánguidos suspiros diseminados bajo la enramada, confusos cuchicheos en que se oyen voces, como si los espinos y las hojas del bosque se contasen, por lo bajo, historias de hadas; oh amorosas palabras que la sofocada brisa susurra por las noches al pensativo transeunte; oh peligrosa y sugestiva frescura de la mañana; oh encarnado de la aurora, que asemeja la nube á la mejilla en flor de una virgen que se despierta con un beso; oh púrpura extraña de la puesta solar; oh perfumes violentos que vagáis por los campos; oh efluvios vagabundos que, desfalleciendo de amor, mojáis vuestras alas en las rosas recién abiertas; oh adormecedores consuelos de las olas, semejantes á amigos que repiten nuestros sollozos, mientras que, para calmar nuestra efímera pena, la mar nos mece cual cariñosa abuela; oh profundas y lejanas miradas del firmamento, en las que son las estrellas lágrimas de diamente que se dirían derramadas por hermanas inmortales cuando alzamos hacia ellas nuestros ojos, nuestros tristes ojos; oh canciones, miradas, perfumes y colores; oh ruidos misterios, hechiceros llamamientos! ¡Como niño he creído en vuestras vagas promesas, y los bosques, las mañanas, las tardes, los vientos, las olas, las estrellas, todo lo que me dijo un día que el hombre puede amar con eterno amor, todo lo que me juró acabar con mi tortura, todas esas voces, que son las voces de la Naturaleza, todos esos fugitivos espectros que me miraron con miradas tiernas, todo me ha traicionado, todo me ha mentido... ¡Guay de vosotros!» El poeta que escribe de este modo procede en línea recta de Victor Hugo, y aunque con la influencia de Baudelaire, el inimitable, nos hable de alcantarillas y ventosidades del cíclope Polipemo que rasgan

los aires con las vibraciones de una trompeta, y aun de excrementos y otras lindezas que, lo volvemos á repetir, no indican más que preconcebido sistema, deliberada intención de hacer poner el grito en el cielo á los tímidos, á los delicados; por mucho que amontone vocablos groseros, siempre será un gran poeta, incontestablemente el primero de los que literariamente *viven* todavía, y la forma, la hermosa y elegante forma de ese inmenso *domador de palabras*, como á sí mismo se denomina, permanecerá pura, á despecho de esas impurezas.

Como filósofo, instruído, profundo, pero vulgar en suma; como poeta, inspirado, luminoso y original; tal es Juan Richepín en sus *Blasfemias*, y nadie lo apreciará de otro modo, ni ahora ni nunca, ni sus contemporáneos ni sus nietos; y será su castigo, pues aunque blasfeme de todos cuantos dioses han existido, existen y puedan existir, será admirado por los deslumbradores rayos de ideal que brotan de su alma, de su cerebro, de todo su ser, porque es un griego y no un turaniano como pretende, y la Grecia fué el pueblo más idealista de la tierra; porque si con reconcentrado furor y enconada saña ensangrienta sus manos en la matanza divina y mata á todos los dioses, es capaz de crear centenares de ellos, porque no disipará el ideal en la gigantesca cabeza de la humanidad.

La prueba está en su último libro, el *Mar*, que es un canto de gloria á la vida. Después de haber blasfemado de todos los dioses, el ateo parece haber encontrado uno aún vivo, que escapó al degüello, y se ha detenido ante él sin atreverse á levantar el homicida brazo, por respeto á su grandiosa hermosura. Es el mar, el mar, á quien juzga el gran elemento de vida; el mar, á quien á veces apostrofa con dureza, como que entrañablemente lo ama; el mar, á quien venera; el mar, á quien deifica. El ansia de infinito del poeta ha encontrado alimento con que satisfacerla momentáneamente. Hay en este libro joyas como la *Sal*, la *Cólera de la nave*, las endechas de *Los tres marineros de Groix* y las *Matelotes* ó *Marineras*, que pueden colocarse junto á las composiciones más hermosas y acabadas de cualquier literatura. Recapacite Richepin, paséese por sus

adentros y díganos, con la franqueza que gasta, si ese entusiasmo, esa visión clara de las bellezas y horrores marinos, esa incesante emoción que mantiene ígnea su inspiración, no son propias del creyente, del idealista. Sobrada razón teníamos en no considerar su pesimismo sino como un pesimismo puramente literario, y en no alarmarnos por el estado de su salud. Al recordar las horas que pasó en los mares, pues él mismo nos cuenta como ha sido marinero, se borran de su espíritu los dolores y angustias de las *Blasfemias*; canta al mar unas sentidas *Letanias* (algo monótonas por estar escritas en tercetos), y le vemos, enamorado de la vida, vivir con placer y dormir sosegado al susurro potente del Océano. En una de las composiciones de la *Chanson des Gueux*, el poeta aconseja á su amigo el poeta Mauricio Bouchor, un niño entonces, que se ponga una careta, que no se deje ver tal cual es, que haga títeres y muecas á la sociedad, y cuando esté cansado se suba á los cielos, se lave con la aurora de las porquerías mundanales y se seque en el sol. Recordando estos versos, podrían preguntarse algunos si no hace la misma cosa Richepín, si en la *Chanson* y en las *Blasfemias* lleva una máscara y en las *Caricias* y el *Mar* vemos al desnudo su alma. Sería una equivocación; Richepin es sincero literariamente en todas sus obras; pero es un poeta, es decir, un ser esencialmente sensible y movedizo, y ora está desesperado, ora consolado; sonrie poco después de llorar. Es innegable que el fondo de su carácter, la esencia de su ser, es la tristeza, y no sería poeta si así no fuese; pero esa tristeza es más grata que amarga, y no impide la expansión y la alegría, la alegría reposada y poco bulliciosa de las grandes inteligencias. Para expresar de una vez toda mi convicción, diré que veo más cerca de la divinidad que de la materia á este poeta; y que si llegase dia en que este nihilista, que vive como lo que es, como un aristócrata del ingenio, cantase con igual ardor y belleza los misterios de lo divino, no me sorprendería. No creo posible una conversión de San Agustín, pero sí algo parecido.

En verdad, Richepín, ateo ó cristiano, nos importa poc

Richepin poeta es el que nos atrae, nos conmueve y vence con la facilidad de gladiador confector, acostumbrado á las dentelladas de los leones y á los zarpazos de los tigres. Cuando la fama clasifique su nombre en el panteón literario de Francia, no pensará, ni por asomo, en su religión ni en su filosofía, y lo colocará en el sublime, el divino, el gigantesco coro de la poesía lírica; no será inmortal por ser ateo, sino por ser poeta.

Leopoldo García-Ramón.

París 15 de Octubre de 1886.

CONCEPTO GENERAL DEL ARTE

El pensamiento, emanación de Dios en la conciencia humana, se manifiesta al exterior por medio de la palabra, sin cuya expresión fuera imposible penetrar en el mundo de la interioridad para sorprender al alma en sus misteriosos fenómenos, sacar de allí las ideas elaboradas á través de su incesante actividad, apoderarse de sus secretos, revestir de una forma material las manifestaciones espirituales, revelándose sus conceptos, distintivo carácter de su racionalidad. La palabra, pues, expresa el pensamiento; la idea toma una forma puramente sensible, que permite hablar á los sentidos; extraemos del fondo de la conciencia humana el fenómeno psicológico para depositarlo en la de nuestros semejantes, sirviéndonos de ese sonido fonético tan admirable concedido por Dios á la criatura; de esta manera, las inteligencias todas mantienen las más vivas relaciones, se establece entre ellas un comercio el más directo é inmediato, viviendo una misma vida, comunicándose sus sentimientos, sus dolores, sus alegrías, y lo que es más, los productos debidos á la razón pura.

Si la palabra tiene una conexión tan íntima con el pensamiento que traduce, el Arte á su vez lo tiene, no sólo con la belleza que expresa, anima y fecundiza, sino con todas las manifestaciones del espíritu humano; en este sentido es el acto por el cual, sirviéndose de la materia ó de lo visible, imita ó

exterioriza lo material ó lo invisible; es la revelación más completa y general de la actividad humana; es, en fin, el sentimiento, la idea ó la simple necesidad del hombre, reproducida por un acto cualquiera. Así es, en efecto; sea que, ayudado por los instrumentos del trabajo, penetre en las entrañas de la tierra para apoderarse de sus tesoros y obtenga por este medio la satisfacción de sus necesidades; sea que cubra su desnudez con los vestidos fabricados por él para contrarrestar los elementos de la naturaleza física; sea que construya sus casas para libertarse más y más de la intemperie, proporcionándole además vivir con lujo y ostentación; sea que levante templos á la gloria, personificando una idea ó dedicados á un ser cualquiera; sea que, nuevo Prometeo, él mismo forme la materia haciéndola sufrir un cambio completo; sea que por medio de signos fije la palabra; sea que por sus movimientos, tan variados como expresivos, revele la vida sensitiva, en todos estos casos y bajo un aspecto general, es artista, en cuanto obra ayudado de un elemento material, en cuanto se sirve de un intermedio físico destinado á realizar por él la satisfacción de una necesidad. Mecánico, ideal ó mixto, desarrolla todos los actos generales; así, bajo este punto de vista, bien puede decirse lo que Buffón decía del estilo, afirmando ser el Arte todo el hombre.

De este modo se nos presenta cuando le consideramos en sus efectos y en sus producciones sin penetrar la causa, dando lugar á que, cuando tiene por objeto satisfacer necesidades materiales ó visibles, constituye las artes puramente mecánicas; y, por el contrario, cuando su objeto es lo inmaterial, entonces son bellas artes, en las cuales no se puede explicar su naturaleza sin un detenido estudio del sujeto que los produce. Y entonces, al lado de esta primera cuestión, suscitada al preguntar ¿qué es el Arte?, se presenta esta otra complementaria, de no menos difícil solución, enunciada en estos términos: ¿que es el hombre? Las dos tienen entre sí relaciones tan directas, que no cabe tocar á la una sin que aparezca y se toque á la otra, explicándose mútuamente las dos por convenir sus términos esenciales y reconocer un mismo fundamento.

Así, pues, determinaremos su concepto general, para después estudiar brevemente al hombre bajo su aspecto filosófico.

Ante todo, se observa que el Arte es un modo natural de la actividad humana siendo esta actividad libre, sin cuyo requisito sus manifestaciones serían fatales y necesarias con necesidad absoluta: así, pues, bajo este punto de vista considerado, nada puede afirmarse de él en absoluto y en su relación con las tendencias generales y obligatorias del ser humano; ahora, y en relación con el destino relativo, bien puede decirse es un medio para realizar su fin; porque una vez determinado, mueve su voluntad para quererlo y ejecutarlo. La misteriosa naturaleza del hombre y las leyes á las cuales obedece en su desarrollo, exige conocer el acto, conocer el agente, averiguar si es primario ó secundario aquél y el lugar que ocupa en la escala ontológica; por consiguiente, no podemos comprender el concepto indicado si préviamente no se estudia al ser racional, si no sabemos su destino y el principio que informa á cada una de estas cuestiones relacionadas directamente con el epígrafe propuesto.

Espíritus superficiales, sin embargo, dan á este concepto una muy diversa explicación. Para ellos el Arte significa la pura imitación, la reproducción servil que satisface necesidades físicas, necesidades de los sentidos, sin elevarse á una región superior del alma, á la inteligencia, facultad la más noble con que Dios ha enriquecido á la criatura; significa el poder desplegado en el mundo de la materia ó de la fantasía; sin traspasar los límites de la mera exterioridad de los objetos sensibles, se le tiene como una distracción, un pasatiempo, un simple placer, y se le considera como la mera expresión pasiva de los gustos de una civilización elegante y distinguida, ó á lo sumo, el capricho, la moda, la coquetería de un lujo que hace del ideal gracioso y entretenido esclavo. Estos espíritus frívolos no estudian su objeto, sus tendencias y su carácter; no le examinan en su interior contenido ni en sus más altos principios: (hacerlo así, encontrarían el sentimiento que lo vivifica, la id que lo anima; encontrarían esas relaciones universales cons

tutivas de la unidad; verían á la filosofía informar y prestarle su más elevado fundamento; observarían le precedía, bajo el punto de vista científico, la Antropología, la Teodicea y la Moral, y se fijarían en que sólo mediante indagación científica es como se puede obtener su verdadero concepto.

Penetremos, pues, en ese piélago insondable llamado el hombre, objeto de la filosofía de todos los siglos, de todas las edades, causa inmediata de sus laboriosas meditáciones, de sus difíciles trabajos y de sus constantes vigilias; penetremos en él y apreciemos su naturaleza espiritual, y entonces, con el pensamiento fijo en las profundidades de su ser, entenderemos bien la idea contenida en el asunto objeto de nuestro estudio.

Al indagar el principio de nuestros conocimientos formulando el fundamento de la ciencia, se levantan los clamoreos de todas las escuelas, agitándose como las encrespadas olas que se mueven convulsivamente en las borrascosas tempestades. La oscuridad muchas veces se disipa por el rayo de luz que permite ver con alguna claridad ese vasto océano de la idea cuyo origen se trata de descubrir. Por todas partes rodean impenetrables tinieblas; de vez en cuando, la claridad se abre paso; muéstrase el pensamiento vacilante, y la sombra de la duda se extiende por do quiera, como si temiera entrar en tan grave como trascendental problema: y es que el origen de los conocimientos humanos envuelve todas las cuestiones filosóficas; es que de la solución dada á ella dependen las más absurdas teorías y las mas fatales consecuencias; es que de ella se origina el nacimiento de esos sistemas filosóficos que pugnan con la verdad, que llevan la duda y el escepticismo á todos los espíritus, que niegan las más trascendentales verdades, arrebatando á la sociedad las creencias más sublimes y consoladoras, sepultándola en el cáos más espantoso y en el más insondable abismo; es que se pretende anular el mundo moral, al ual llegamos con la conciencia, y el mundo de lo infinito, al ual nos elevamos por medio de la razón; es que el sensualismo e Condillac y el materialismo de Broussais ha sido resucitado n nuestros dias con el pseudónimo del positivismo moderno,

como una preciosa conquista de la ciencia; es que, á juicio de estos pensadores, el sentimiento, la idea, la percepción, todos los fenómenos psicológicos son producto de la materia, resultado de ella; y es que se quiere desterrar á Dios de la sociedad y al espíritu del hombre, no imperando más que la materia, causa inmediata de cuanto vemos, de cuanto sentimos, de cuanto pensamos y de cuanto queremos.

No hay para qué detenerse á enumerar las fatales consecuencias que se siguen de aceptar semejantes teorías; baste decir que el positivismo moderno, representado hoy por Büchner y Moleschot, por Litré, Stuar Mill y tantos otros, nos lleva á los más grandes errores en las diferentes esferas de la vida, lo mismo en la esfera religiosa, que en la moral, que en la científica y artística: prueba de esta verdad la tenemos, en lo que al Arte se refiere, en el naturalismo de Zola, objeto al presente de muy fundadas censuras por aquellos que consideran al ser racional como unidad sintética, como el compuesto de cuerpo y alma, viendo en él algo más que los sentidos, algo superior á la materia, algo que le eleva y le engrandece, algo que en virtud de su naturaleza racional le hace habitante de un mundo espiritual y celeste. Proscriben á la psicología y le estudian simplemente bajo su aspecto fisiológico; así lo define Pablo Alexis en su libro *Emilio Zola:* «El hombre es fatalmente el producto de un temperamento particular, hereditario, que se desarrolla en cierto medio físico, intelectual y moral, el cual se modifica por diversas circunstancias históricas.» Y después de este concepto tan erróneo, dígase con noble franqueza si no es una derivación lógica del positivismo moderno el naturalismo de Zola y de todos aquellos que le siguen por creer es la última moda de París, y á quien graciosamente llama el Sr. Valera la cola de *la cola de Zola;* y consecuencia de tan funesto error es que, debido á un exagerado sentimentalismo, se pretende negar, bajo una ú otra forma, el dogma filosófico, político, moral y religioso de la libertad humana (1), haciendo depender el deter-

(1) Véase nuestro trabajo, *El Fatalismo de Hartley*, publicado en esta REVISTA el 10 de Noviembre de 1885.

minismo de las acciones del hombre de la conformación especial de los cerebros, de la variedad de funciones, de los hábitos y de la educación de ciertos individuos, considerando al crimen como un fenómeno patológico, como un síntoma, como una condición puramente orgánica, fisiológica, y no como el producto de un principio interno, activo, consciente y libre que reside esencialmente en nosotros, pretendiendo arrebatar á la sociedad el derecho de castigar á los delincuentes y cubriendo á los criminales con el manto de la necesidad.

Sin que reflexionemos sobre las diversas opiniones de los más ilustres pensadores respecto á tan grave cuestión, por no ser al presente el objeto propuesto, indicaremos, no obstante, las principales fases del movimiento filosófico.

En la antigüedad, Pirrón formula el escepticismo más trascendental, atacando á los sentidos, siendo para él fuentes de error; y al ver las decepciones, el engaño, la ilusión de que somos víctimas, exclama: «Yo dudo de todo, hasta de mí mismo.» *En los diez motivos de duda* se esfuerza en probar que no podemos tener conocimiento de la verdad; que las sensaciones de los animales son diferentes de las nuestras, siendo así que son los mismos objetos que nos impresionan; que en el hombre mismo, cada uno tiene diferentes sensaciones; que las circunstancias del individuo y el estado de los órganos modifican nuestros juicios; que todo es relativo y nada absoluto; que todo cambia, varía y no es posible juzgar de los objetos como son; y, por último, que los juicios sobre las mismas costumbres varían según las leyes, los hábitos y las preocupaciones. Como se ve, el blanco principal á donde se dirigen los tiros del pirronismo son los sentidos, combatiendo además los conocimientos racionales, sumiendo á la inteligencia en la negación más absoluta, absurda y repugnante á la naturaleza humana.

Con un espíritu ricamente cultivado por el estudio de la clásica antigüedad y robustecido por una larga experiencia, Montaigne consigna en su *Ensayo* sus ideas en conformidad completa con el escepticismo. Según él, la debilidad é impotencia de la razón, unida á la incertidumbre de la conciencia humana,

son, en último resultado, los medios de toda observación y de todo pensamiento. No es posible concebir un sistema de negación más absoluto que el presentado por este escritor, consignado en la obra ya citada, y que por cierto ejerció gran influencia en su tiempo, habiendo sido la lectura favorita de su época.

Los dos filósofos han erigido en sistema la duda universal, la incertidumbre; ellos, ni afirman, ni niegan nada absolutamente. Con semejantes principios y siendo consecuentes con la doctrina sustentada por ellos, no pueden hablar, ni obrar; la vida es un fantasma, una ilusión, una quimera, un sueño. Este sistema audaz, en el cual todo lucha á la vez en el sentido riguroso de la palabra, no es un verdadero sistema, no es nada, no es más que la negación del ser, la muerte en la vida.

En efecto, faltando el ideal, todo queda reducido forzosamente á los instintos y á las exigencias de la vida física. El pensamiento más elevado sucumbe y cae á los pies del cuerpo. Los preceptos más puros de la moral, las concepciones más sublimes de la razón, los actos más nobles de la voluntad, cuanto tiene de digno y excelente, debido á su naturaleza moral, todo parece anularse ante un epicureismo que mata nuestras aspiraciones, que nos sume en el mundo de la materia, sin permitirnos levantar nuestra mirada á una región llena de encantos y en donde podemos satisfacer cumplidamente nuestra sensibilidad con la belleza, nuestra inteligencia con la posesión de la verdad y nuestra voluntad con la realización del bien.

Si el escepticismo nada funda, nada afirma, y sólo la duda universal es la base de su sistema (si sistema puede llamarse el suyo): en Descartes se encuentra una afirmación categórica, explícita, terminante; un principio fundamental que sirve de cimiento á todo su sistema filosófico y que, verdadero ó falso, es el punto de partida de sus ulteriores investigaciones. Con su inteligencia individual llama, por decirlo así, á lo que él cr inmentable, permanente en el alma, asentando sobre ella, el f moso entimema: «Yo pienso; luego voy;» y entonces, al fun sobre este principio la ciencia, parece responder á la vida

tima del ser, repercutiendo en el *yo* esta palabra, manifestación la más solemne y augusta de la existencia de nuestra propia y determinada personalidad. Al lado del escepticismo absoluto, al lado de una negación la más absurda, se ve levantarse majestuosamente el dogmatismo absoluto proclamando la realidad del ser y la realidad del pensamiento.

Si el hombre se reconcentra sobre sí mismo y dirige reflexiva mirada á su interioridad, observa que forma un todo armónico, que se compone de dos naturalezas distintas, pero tan íntimamente asociadas, tan directamente unidas por una fuerza llamada vida, objeto de los más encontrados pareceres en el vasto campo de la ciencia. Los dos elementos constitutivos del ser racional, los dos factores que le integran, el cuerpo y el alma, tienen diferente esfera de acción, como distinto es también su objeto y fin: así los sentidos, viva expresión de la naturaleza física, nos informan de lo particular, de lo determinado, de lo concreto; representan el elemento finito, lo mudable, lo relativo y contingente; su extensión se limita al mundo material y sensible; incapaces de penetrar en el santuario de la conciencia y de elevarse á lo infinito y á lo puro incondicional, tienen que sujetarse á la pura exterioridad de los objetos, sin alcanzar el conocimiento de su interior contenido: por el contrario, el alma, mediante el ejercicio de la inteligencia, adquiere los conocimientos *à priori* de carácter necesario y absoluto; su esfera de acción es lo invisible, el pensamiento es el producto de su actividad, y su fin el ideal vislumbrado por ella. Por eso las abstracciones de la más elevada Metafísica, los puros conceptos, las ideas morales, las nociones más sublimes, todo es debido á nuestra actividad intelectual, todo es derivado de esa fuerza inteligente, del *yo* pensador, del principio anímico que en nosotros existe, del alma, origen de la grandeza y dignidad del hombre, causa de su ulterior destino y representación la más augusta y solemne de Dios en la tierra. Dotada actividad, fórmula expresiva de la vida, de la voluntad, facultad nobilísima, y de la libertad, condición esencial de quélla, siente obrar sobre ella diversas fuerzas solicitantes,

dirigiendo unas veces el ejercicio de esa misma actividad conforme con la ley, determinándose entonces el *bien*, y otras contrariándola y dando lugar al *mal*.

Y ahora ocurre preguntar: esta causa de su existencia, ¿está dentro, ó fuera del hombre? O en otros términos: ¿de dónde viene? ¿á dónde vá? ¿cuál es su origen? ¿cuál su destino? El alto sentimiento que él tiene, con razón, de sí mismo, le hace conocer sobradamente que ha comenzado á existir, que una serie de nacimientos relativos han precedido á su vida fugitiva y á la de los demás semejantes, los cuales la han recibido de otros seres, hasta llegar á un ser que tiene en sí el principio de su existencia. Si extiende su mirada en torno suyo, ve existen también otros seres muy inferiores á él, cuya existencia tampoco se la deben á sí mismos. El hombre, con poder y autoridad para dominar á la naturaleza, le impone su ley; á impulsos de su poderosa inteligencia, la trasforma completamente, cambiándola en su modo de ser: para él no hay dificultades que puedan oponerse á la realización de las más atrevidas empresas; con facilidad pasmosa orilla los obstáculos más insuperables, y lo que antes se consideraba como un sueño, por parecer superior á la debilidad y alcance de su poder personal, conviértese pronto en una realidad que produce la admiración y el entusiasmo; y, sin embargo, él, tan grande, realizando una vida tan rica, tan esplendida y variada; él, dueño absoluto de la naturaleza entera, postrada á sus pies como una esclava á los pies de su señora, siente que una mano invisible le detiene en su triunfal, carrera internándole, en la eternidad.

¿Dónde se encontrará esa causa?; ¿acaso en el mundo visible organizado y animado?; ¿será una causa invisible, distinta de todo ser, independiente de todo lo creado?

Así es, en efecto; el Universo, en su relación con el hombre, es el que provee á todas sus necesidades. Formado para él y subordinado esencialmente á él, ¿podrá ser su principio y su fin? Inerte ó fatal, ¿podrá crear lo activo y lo libre? Desprovisto de inteligencia, ¿podrá crear la facultad de conocer? Mudo y sin lenguaje, ¿podrá crear la palabra expresión del pensa-

miento, manifestación de la idea? La razón dice ser absurdo pensar en que estos términos sean correlativos. Para el que discurre, la materia es la inercia, y el límite mismo no es un ser propiamente dicho; es pasividad, es un instrumento del ser. Luego la causa no es el Universo; necesariamente es otra muy distinta, nacida en el espíritu humano con ocasión de los hechos observados, inexplicables todos ellos para darnos la causa primera y eterna, la razón fundamental del ser. El Ser Supremo es el centro de todo, personalidad distinta dotada de cualidades las más excelentes; mediante su razón, se eleva al conocimiento de lo infinito á través de lo finito, á lo absoluto á través de lo relativo, á lo necesario á través de lo contingente, á lo perfecto á través de lo imperfecto, á lo inmutable y eterno á través de lo variable y temporal; dotado de una imaginación insaciable, siempre inquieta, y no pudiendo encontrar acá en la tierra la belleza absoluta que calme su sed, se lanza fuera de sí para buscar y adorar el tipo de belleza perfecto: dotado de una voluntad con una capacidad infinita que nunca se ve llena; con poder para quererlo todo sin tranquilizarse con nada; tendiendo á fijarse nada menos en un bien infinito como centro y unidad final de sus versátiles determinaciones; de una sensibilidad, en fin, que en cuanto saborea los placeres de este orden sensible y mundano se cansa y se fastidia y luégo se arroja sedienta en pos de goces que vislumbra fuera del espacio y del tiempo. Todas estas aspiraciones del hombre reconocen un centro, un principio, un ser primero, necesario, absoluto, con existencia propia, y este ser es Dios.

Así el hombre, marchando con buena voluntad, mediante razón, puede saber de su origen, de su naturaleza y destino. Hijo de Dios, sabe de donde viene y á dónde va. Su ideal es imperecedero, inmortal, eterno, por ser uno; mientras que él es mortal y perecedero, per ser compuesto. El bien por sí, es Dios, el mal es la negación, la separación de Dios. De esta manera se resuelve la cuestión sobre sí la causa de sí mismo está dentro ó fuera de sí.

El dogmatismo absoluto, á quien combatimos, y cuyos dig-

nos representantes son Descartes y Montaigne, buscan dentro de sí la causa de su ser. Montaigne conoce que toda demostración del ser no puede partir de él bajo el punto de vista de la lógica pura, porque no puede abstraerse el ser, porque es la idea más general, la más universal de cuantas conoce la inteligencia humana; él, por otra parte, ve que la naturaleza de las cosas preexiste y se impone al entendimiento, siendo la duda metódica un desvarío.

Descartes, al contrario, no comprende, en su ardiente deseo de verdad, que buscándola y afirmándola dentro de sí mismo, en su célebre entimema habla porque entre la palabra y el pensamiento hay una relación necesaria y misteriosa. Este ilustre filósofo, al formular su sistema, preparó, si bien contra su voluntad, la deificación del *Yo absoluto;* porque si el hombre encuentra en sí la razón completa de su ser; si todo lo saca de sí, el idealismo subjetivo de Fichte será su consecuencia lógica. No hay para qué detenerse á demostrar que todos estos sistemas son más ó menos panteistas, y el panteismo implica y supone una serie de errores á cual más trascendentales y funestos. En su consecuencia, este principio de certeza tendrá valor en tanto en cuanto represente una categórica afirmación de la aptitud general del hombre á la verdad alcanzada por él, vivo reflejo de la eterna verdad y prueba la más concluyente de no poder vivir por sí y para sí. Tan cierto es, que así como en el orden físico existe un foco luminoso sensible á nuestros ojos, centro de atracción que vivifica y esparce por do quiera la luz, el calor y la vida, así también en el orden supra-sensible hay un Ser infinito, absoluto, necesario, creador de cuanto existe, omnipotente, causa de las causas, idea de las ideas, bien de los bienes, Ser divino, foco inagotable de pureza y santidad é ideal el más perfecto. De esta manera se reconoce á Dios como principio de toda verdad y de toda existencia, huyendo del dogmatismo de algunos filósofos, cuya lógica derivación es el panteismo profesado principalmente por Kant, Fichte, Schelling, Hegel y Krausse.

Del ligero examen hecho acerca de la naturaleza del hom-

bre, mediante indagación filosófica, ha resultado el verdadero concepto general del Arte; así, pues, encuéntrase determinado por un acto que expresa lo material ó invisible; él es la manifestación más completa de la actividad humana, y él es sentimiento, idea, simple necesidad material revelada por un acto cualquiera. De esta manera, el concepto sustancial del Arte va precedido de una definición analítica y simplemente descriptiva, que da al espíritu un punto de partida provisional, sí, pero cierto y evidente, para llegar á la indagación primera.

Mariano Amador.

EL MUNDO SOLAR

EL SOL

I

El astro brillante que nos da la noche y el día, el que llena de esplendores á la Naturaleza, es el Sol, antorcha inextinguible que nos alumbra y hace que nuestra vida y la de todo lo que nos rodea, dependa de su calor y de su luz. Y, en efecto: mantenedor constante del movimiento de los mundos, fuente inagotable de calor y de luz, la vida sin el Sol sería imposible en la Naturaleza.

Él sostiene la Tierra y la conduce con cariñosa solicitud por los helados y oscuros abismos del espacio, inclinándola sobre su eje para proporcionar el turno de las beneficiosas estaciones; mueve el mecanismo de la vida terrestre, y la desarrolla; desencadena las tempestades sobre los pueblos y produce la dulce brisa de los campos. Por él se evaporan las aguas del Océano y ascienden en la atmósfera para formar las nubes que derraman sobre la Tierra las lluvias bienhechoras. Por él ger-

minan las semillas, crecen las plantas, esparcen las flores su perfume, maduran los frutos. Su calor derrite lrs nieves, hace brotar los árboles, dora las mieses en verano y los racimos en otoño; mantiene las propiedades químicas del aire que respiramos; forma las corrientes marinas para que modifiquen el rigor de los climas, y hace pasar, en una metamorfosis constante, los átomos del animal á la planta, de la planta á la atmósfera, de la atmósfera al hombre, estableciendo de este modo sobre nuestro globo la gran solidaridad que existe entre todas las cosas. La vida terrestre depende, pues, de la luz y del calor del luminar del dia, y por esta razón bien podemos decir con Tyndall que somos, no en un sentido poético, sino en un sentido puramente mecánico, hijos del Sol.

Todos los movimientos de nuestra atmósfera, todas las fuerzas que se desarrollan en su agitado seno, reconocen por causa la propiedad inherente á todos los gases de dilatarse por el calor.

La influencia calorífica del Sol eleva en torno nuestro capas de distintas densidades que se sustituyen según las leyes del calórico, el cual no se pierde nunca: se conserva íntegro en el vapor de agua, en el estado que los físicos llaman *latente*, y á este vapor de agua se debe que nuestro globo no tenga una temperatura abrasadora. Así, el aire está en una circulación continua. Calentado por los rayos solares en el Ecuador, se eleva en las regiones superiores, desciende luégo y llega á los polos: en estas mansiones heladas se enfría, vuelve al Ecuador, después á los polos, y así sigue sin interrupción su marcha eterna.

Con arreglo á este principio, y en virtud de los descubrimientos meteorológicos recientes, se sabe la cantidad de calórico que se cambia anualmente entre las regiones ecuatoriales, polares y templadas. La superficie en que se verifica la trasformación del agua en vapor se estima en 70 millones de millas geográficas cuadradas, y la masa de agua evaporada en 721 billones de metros cúbicos!...

Así, pues, el soplo agradable de la brisa, las nubes que flo-

tan sobre nuestras cabezas afectando figuras caprichosas, y las que embellecen el horizonte con las dulces tintas de la aurora y con los hermosos arreboles del sol poniente; las gotas de rocío que esmaltan las hojas de las flores; el origen de los ríos y su marcha sobre el planeta; la caída majestuosa é imponente de las cataratas del Niágara; los manantiales de salud, conocidos bajo el nombre de *fuentes medicinales*, que existen en todos los países, y que la Naturaleza con tanta prodigalidad ha hecho brotar en nuestra patria; el desarrollo de los vegetales; la nieve que corona la frente de los Alpes; las nieblas; la fuerza destructora del rayo y de los huracanes; todo este conjunto monstruoso, todo este vasto mecanismo, reconoce por causa la potencia calorífica de los rayos solares acumulados en el inmenso laboratorio de nuestra atmósfera.

Esta es una verdad incuestionable; pero nosotros no pensamos en ello, porque desgraciadamente nos olvidamos de la Naturaleza.

La imaginación impresionable del hombre elevó al Sol, en las antiguas edades, á la categoría de los dioses, y le tributó adoración y culto; y todas las religiones, así como los grandes poetas y filósofos, han reconocido siempre, en la luz y en el calor que ese astro nos envía, el beneficio del Cielo más universalmente extendido y el misterio más grande de la Naturaleza.

Y en efecto: la luz, este fluído sutilísimo, vibratorio, que es la paleta, por decirlo así, de donde la Naturaleza toma sus colores, es el dón más precioso con que la Naturaleza se ostenta; el único medio de comunicación que tenemos con el mundo exterior, y el genio benéfico que crea sobre los mundos la belleza, el poder, la poesía, y el que establece el lazo de amor que une á todos los seres entre sí. Su poder se extiende omnipotente, desde las pálidas nebulosas sepultadas en la inmensidad de los cielos, hasta las tiernas florecillas que embalsaman el ambiente con sus perfumadas corolas. Todos los seres la buscan por instinto, desde el infusorio hasta el hombre; ella hace crecer los vegetales y fija el carbono en sus tejidos; por su acción, el

oxígeno se une á varios compuestos metálicos y á un gran número de sustancias orgánicas, produciendo reacciones extraordinarias; y si no existiera, lo mismo la Tierra que los demás astros de nuestro sistema solar, girarían solitarios y muertos en torno del Sol apagado.

Estos fenómenos, que mantienen la vida de los reinos orgánicos y la estabilidad del mundo, son admirables y dignos de estudio; pero, ¿qué es el Sol? ¿Qué es ese manantial perenne de incandescencia, ese laboratorio inmenso donde se forma la luz y el calor?

La inteligencia humana, que todo lo observa y analiza, ha sabido sorprender algunos de los secretos que encierra esa lumbrera inextinguible, colocada en el vacío infinito, en el centro de nuestro sistema planetario.

De la naturaleza y dimensiones de este astro prodigioso no tuvieron una idea exacta los antiguos, tanto por carecer de los conocimientos necesarios, cuanto por la falta absoluta de instrumentos de observación. Pero, ¿qué tiene de extraño que los astrónomos antiguos formaran una opinión contraria y desfavorable del astro del dia, cuando observado por nosotros á la simple vista aparece como un cuerpo pequeño, semejante en tamaño al de la Luna llena? Y, sin embargo, ¡qué distancia tan enorme existe entre el Sol ficticio creado por la ignorancia, y el Sol creado por la Naturaleza y revelado por la ciencia nueva!

Las medidas practicadas para determinar las dimensiones del cuerpo solar han destruído, por su gran exactitud, muchos errores.

Nada más susceptible de equivocaciones lamentables que las distancias de los objetos lejanos, cuando la observación sólo se apoya en el falso testimonio de los sentidos. El libro que tenemos en la mano nos parecería tan grande como una tarjeta colocado á cien pasos de nosotros: á doble distancia, ya no le veríamos. Nos parece una hormiga un hombre que marcha á lo lejos por una campiña, y á la distancia de un cuarto de legua aparecen como agujas las veletas de las torres. Aun las mismas montañas en el horizonte se presentan á nuestra vista

como montones pequeños de tierra que podríamos abarcar con los brazos, y sólo colocados en su base es como podemos apreciar su magnitud y su altura. Lo mismo sucede con los astros: cuanto más apartados, más pequeñas son sus dimensiones aparentes.

Ahora bien: según las investigaciones modernas, el Sol es un cuerpo colosal, cuya superficie es 12.000 veces mayor que la de la Tierra, y su diámetro mide 360.000 leguas y su circunferencia más de un millón. ¡Un millón de leguas! ¡Ciento ocho veces tanto como la superficie de la Tierra, que tiene 3.000 leguas de diámetro y 10.000 de circunferencia! Si estuviese habitado como la Tierra y hubiese allí una Europa y una América, los navegantes que se trasladaran allí de un punto á otro invertirían en hacer esa travesía cerca de cien años, cuando en la tierra nos trasladamos del antiguo al nuevo mundo tan sólo en pocas semanas (1).

El volumen del Sol es 1.400.000 veces mayor que el de la Tierra, es decir, que sería necesario reunir 1.400.000 globos terrestres para formar uno como el Sol de grande.

Una comparación todavía.

Un profesor de Angers, según refiere Arago, imaginó una manera sencilla é ingeniosa para dar una idea cabal y exacta á sus discípulos de la magnitud del Sol.

Contó los granos de trigo que contiene un litro, y halló pró-

(1) Los astrónomos antiguos, aunque faltos de instrumentos y de buenos métodos de observación, hicieron los mayores esfuerzos para determinar la distancia del Sol; pero todos sus trabajos fueron inútiles.

Pitágoras le colocaba á 18 millones de leguas de la Tierra, y Aristarco de Samos é Hiparco á una distancia diez y nueve veces mayor que la de la Luna. El error cometido por Aristarco en sus cálculos, y adoptado por la ciencia hasta Copérnico y Galileo se explica fácilmente por el estado de los conocimientos en aquella época, por la falta de instrumentos de precisión y por la dificultad que ofrece siempre este género complicado de observaciones. Hoy se sabe, merced á los estudios directos sobre la velocidad de la luz, á las oposiciones del planeta Marte, y muy especialmente á los tránsitos de Venus por delante del disco del Sol, que este luminar se halla cerca de cuatrocientas veces más alejado de la Tierra que nuestro satélite la Luna, que dista de nosotros 96.000 leguas.

ximamente 10.000. De aquí dedujo que un decálitro contendría 100.000, un hectólitro 1.000.000, y 14 decálitros 1.400.000 granos. Puso los 14 decálitros (fanega y media próximamente) en un montón en el suelo, colocó enfrente de él un solo grano, y dijo á sus discípulos:

—He aquí el volumen de la Tierra, y he aquí el del Sol.

Este ejemplo, originalísimo y exacto hizo más impresión en el ánimo de sus discípulos, que la relación de los números abstractos 1 y 1.400.000.

Nuestro globo, pues, es un grano de arena, un átomo imperceptible, comparado con el gigantesco mundo solar. Si quitáramos del Sol ó le agregásemos un globo como el nuestro, produciríamos el mismo efecto que si quitáramos ó pusiéramos un grano de trigo en el montón de los 14 decálitros: los dos quedarían intactos como si no se les hubiese tocado.

Para poderse formar una idea exacta de lo que es esta masa de fuego, baste decir que si estuviera colocado donde está la Tierra, llegaría su disco á 80.000 leguas más allá de la órbita de la Luna. La distancia que lo separa de la Tierra es de leguas 37.000.000; abismo inmenso, profundo, del que no podemos formarnos una idea exacta y precisa si no recurrimos á demostraciones claras y tangibles.

Al efecto, supongamos que un tren expreso saliese de Madrid en dirección al Sol en el momento en que trazamos estas líneas, el 10 de Octubre de 1886: caminando sin cesar á razón de 12 leguas por hora, invertiría 338 años en llegar al Sol, es decir, que no llegaría á aquel astro sino hasta el año 2224; y una bala de cañón, que recorre 400 metros por segundo, tardaría en llegar á la ardiente esfera, conservando siempre la misma velocidad, ¡doce años próximamente!... A pesar de esta gran distancia, bastan ocho minutos y trece segundos para que su bienhechora y refulgente luz llegue á la Tierra; ocho minutos y trece segundos para que la Tierra salga de las tinieblas y goce de la claridad del día, para que se despoje del manto tenebroso de la noche y entre en el seno de los eternos esplendores. ¡Velocidad inconcebible! ¡Fuerza incomparable de este

agente poderoso, que nos pone en comunicación con la Naturaleza, guía nuestros pasos, establece nuestro modo de existir en la Tierra y nos revela todas las maravillas del Universo!

La levedad aparente de la luz, de esta sustancia increada, de este misterio del mundo cósmico, es tan admirable como las fuerzas poderosas y múltiples que desarrolla al ponerse en contacto con los planetas.

Según opinan algunos físicos y astrónomos, fundados en los fenómenos que se observan en el Sol, la luz de este astro parece análoga por su naturaleza á la luz eléctrica; pero es tal la diferencia que existe entre los elementos de que puede disponer la ciencia y de los que dispone la Naturaleza, que una luz eléctrica, la más deslumbradora, la más blanca y vivísima que pueda producir el hombre, proyectada sobre el disco del Sol, aparece negra, como una mancha de tinta en un pliego de papel blanco. En vista de esto, nos podemos formar una idea algo aproximada de la luz que el Sol nos envía comparándola con la que producirían 68.000 bujías colocadas á un metro de distancia de nosotros; y, según los experimentos de Zöllner, para producir la luz del día sería necesario reunir 620.000 Lunas llenas.

La temperatura del Sol es también extraordinaria.

Becquerel creía que esta temperatura no era superior á 3.000 grados; otros astrónomos, entre ellos Pouillet, Zöllner, Soret y Waterson, le han asignado cada uno valores diferentes; y el Padre Secchi, uno de los hombres más eminentes de la ciencia contemporánea, creyó poderla fijar, en atención á los profundos y escrupulosos experimentos que hizo, en 10.000.000 de grados. Este cálculo del malogrado Director del Observatorio del Colegio Romano, nos permite deducir un hecho importante, que destruye la creencia de los que afirman que el Sol se extinguirá en un período de tiempo relativamente próximo.

Esta hipótesis la consideramos destituída de fundamento, pues no reconoce causa alguna física que la sostenga ni explique, estando á la altura, por su objeto y por su índole, de las hipótesis que presagian el fin del mundo. Y en efecto; esta terrible

catástrofe, de que nos hablan el *Apocalipsis* de San Juan y los *Actos* de los Apóstoles; este cataclismo universal, que ha preocupado á los pueblos antiguos en distintas épocas, y en la Edad Media especialmente, no ha tenido jamás razón de ser, encargándose el tiempo de desmentir tan necias patrañas, y probando por ende hasta qué punto tan lamentable es capaz de llegar en sus extravíos la razón humana.

En el mismo caso se encuentran las que se refieren á la extinción del Sol, y sólo como una cuestión física curiosa vamos á consignar un dato interesante sobre este asunto.

Si admitimos con Poisson que la Tierra no ha invertido menos de 100.000.000 de años para perder los 3.000 grados de calor que poseía en su estado de ignición primitiva, á razón de un grado por cada 33.000 años, se puede calcular de la misma manera, aunque esto sea puramente gratuito, que para perder el Sol los 10.000.000 de grados de calor que aún posee, según los cálculos del P. Secchi, tardará todavía en extinguirse más de 330.000.000.000 de años!...

Si esta teoría fuese cierta y el mundo no tuviese más de 6.000 años de existencia, como pretenden todavía, contra los progresos de las ciencias modernas, los sostenedores de la cronología bíblica, aún le faltaría al Sol, para perder el primer grado de calor, 27.000 años; y para perder los restantes hasta el completo de 10.000.000 de grados y extinguirse por completo, necesitaría un número de siglos espantoso, como hemos visto, durante el cual, antes de desaparecer la humanidad sobre la Tierra, pasaría ésta por mil trasformaciones, los imperios sucederían á los imperios, los pueblos á los pueblos, y de la brillante civilización de Occidente surgirían otras mil llenas de vida y de esplendores, en virtud del progreso monstruoso de las edades futuras.

En el vasto campo de la filosofía especulativa, abierto siempre á la actividad del espíritu humano, se han inventado muchas hipótesis para explicar el gran misterio de la Naturaleza: la luz y el calor.

Newton y todos los partidarios de la teoría de la emisión,

creían que la luz era una sustancia material. Las teorías modernas de la física le consideran como un simple movimiento, lo mismo que el calor y todas las demás fuerzas.

Se sabe hoy la cantidad de movimiento que corresponde á cierta cantidad de calor. El calor necesario para elevar á un grado centígrado la temperatura de un kilogramo de agua equivale á la fuerza capaz de elevar 424 kilogramos á un metro de altura, lo cual se expresa diciendo que el equivalente mecánico del calor es de 424 *kilográmetros*; pero todavía no se ha podido hallar el equivalente mecánico de la luz, toda vez que es imposible separarla del calor, que siempre y en todas partes le acompaña.

«A pesar de las maravillosas analogías entre el calor y la luz—dice M. Laugel—no nos sentimos inclinados á creer en su identidad absoluta; sin embargo, hay que resignarse á encontrarlos reunidos siempre, y esta solidaridad hace poco menos que imposible toda tentativa para hallar el equivalente mecánico de la luz.

»Colóquense, por ejemplo, dos pedazos del mismo paño, de igual dimensión, pero de color diferente, encima de hielo ó de nieve expuesta al Sol, y se verá que la nieve que está debajo de uno de dichos pedazos de paño se derretirá más pronto que la que está debajo del otro. Si dos pedacitos iguales de hielo, cubiertos, como se ha indicado, se colocan en los platillos de una balanza, suponiendo que el hielo derretido pudiera salirse libremente, ambos platillos se pondrían en movimiento, subiría el uno y bajaría el otro; levantaríase cierto peso, y se habría producido algún trabajo. Pero, ¿á qué podría atribuirse este trabajo? No podría decirse que fuese la luz, pues la misma cantidad de calor llega hasta los dos pedazos de hielo; la potencia absorbente del paño encarnado, por ejemplo, no es la misma que la del paño verde; la materia colorante deja pasar más rayos caloríficos en un caso que en otro. Luego el calor es quien, en realidad, ha producido el trabajo. Es imposible suponer experimento alguno en que el calor no venga de una

manera especial á sustituir á la luz, ó á lo menos á añadir su acción á la acción de ésta.»

La luz desarrolla las plantas, las colorea y les da su adorno y su belleza, y obra directamente en un gran número de operaciones químicas.

Algunos físicos admiten la completa identidad entre el calor y la luz; pero otros experimentos que se han hecho parecen demostrar que son dos agentes distintos que ejercen su acción con entera independencia.

El gas hidrógeno y cloro reunidos en una vasija cerrada, permanecen unidos tranquilamente; mas si un rayo de luz hiere la mezcla, la combinación se verifica inmediatamente, produciendo una fuerte explosión que convierte la vasija en mil pedazos. Expuesta también á la acción de la luz una hoja de papel nitrado bajo un vidrio rojo, y otra hoja del mismo papel bajo un vidrio azul, el papel colocado bajo el primero se ennegrece en hora y media, y el segundo tarda solamente cinco minutos.

En ambos casos la luz obra por sí sola, sin la concurrencia del calor. Otros muchos fenómenos podrían explicarse por medio de este agente poderoso; pero todavía ignora la ciencia de qué manera interviene la luz en las continuas y eternas trasformaciones de la naturaleza.

Entre las hipótesis ingeniosas imaginadas para explicar este enigma de la Naturaleza y demostrar, por lo tanto, la permanencia del calor solar, se encuentra la de Helmholtz, que lo atribuye á la contracción ó reducción gradual del volumen del Sol.

Otros, como Mayer y Waterson, han deducido del estudio que han hecho de las estrellas fugaces, de esos corpúsculos planetarios que se inflaman por causa del rozamiento cuando penetran en nuestra atmósfera, convirtiéndose su rápido movimiento en luz y en calor, que el calor del Sol es producido por una lluvia de esos meteoros que cae sin cesar sobre el luminar del día; y no han faltado astrónomos que atribuyan á una decadencia de la energía solar ciertos fenómenos observados en

los rayos del espectro de la corona y en las protuberancias de los eclipses totales de Sol de 1878 y de 1882.

Se ha recurrido también, para explicar el fenómeno de la energía solar, á las acciones químicas que se verifican entre los cuerpos que producen el Sol; pero se opone á esta teoría la dificultad de que los productos de estas combinaciones se opondrían á que el calor llegase á la superficie del Sol, puesto que ellos forman una barrera que se opone á toda acción ulterior.

Todas estas hipótesis tienen sostenedores ilustres; pero ¿en qué se apoyan? ¿Existe acaso sobre la Tierra alguna combustión, algún fenómeno químico de los que conocemos capaz de producir una temperatura igual ó parecida á la que reina en el Sol? ¿Se conoce algún cuerpo cuya conductibilidad sea suficientemente eficaz y poderosa para trasmitir una cantidad de calor comparable á la que difunde en el espacio la radiación solar? ¿Se han descifrado bien los misterios que encierra el astro del día, para formar una conjetura racional sobre su verdadera constitución física ó para aceptar definitivamente una teoría fundamental y exacta?

¡Ah! El hombre, en su ardiente deseo de hallar la verdad y comprender la Naturaleza en la misteriosa unidad de sus fenómenos, se dirige siempre por el camino más corto y exento de obstáculos, es decir, por el camino de las hipótesis, sin tener en cuenta que las grandes verdades no se obtienen así como se quiera, ni son el resultado de estériles analogías deducidas *á priori*, sino el fruto del asíduo trabajo de muchas generaciones; porque, según la expresión de un escritor contemporáneo, *el tiempo es la reflexión de la humanidad.* Así, pues, acaso llegue un día en que, mediante un profundo conocimiento de la constitución física del Sol y de la naturaleza de los espacios celestes, se pueda determinar la causa primera que produce la luz y el calor, y entonces se sabrá si provienen del Sol ó si son un resultado mecánico de influencias magnéticas ó eléctricas, desarrolladas por fuerzas misteriosas hasta el presente desconocidas por la ciencia.

Por lo demás, si el Sol fuera posible que se extinguiese, ¡qué

trastorno tan grande ocurriría en la Naturaleza! Sumergidos en noche horrible y eterna, sucumbiríamos por el frío; animales y plantas perecerían también, porque nada vive y se desarrolla sin calor y sin luz.

A la animación y á la vida sucederían la inmovilidad y el silencio de la muerte.

Ningún ruído, ningún sonido se percibiría; ni el suspiro del viento entre los árboles, ni el plañido de las olas al romperse suavemente en la playa, ni el dulce canto de las aves despertarían los ecos de este mundo, sepultado en eterno sueño. Los mares, los lagos y los ríos se secarían por completo, dejando sus cuencas vacías, semejantes á inmensos sepulcros. Y la Tierra entonces, sin atmósfera, sin calor y sin luz, convertida en un desierto desolado y triste, circularía como siempre sobre su eje alrededor del Sol apagado, pero silenciosa y estéril como la Luna, envuelta en el sudario de la muerte!...

Pero este cataclismo espantoso no es posible que se verifique. Podemos forjar cuantas quimeras nos sugiera la fantasía, mas no existe motivo razonable para creer que apague su luz la antorcha de los mundos, tan llena de vida hoy como en los tiempos más remotos de la historia de la humanidad.

¡Qué calor tan inconcebible debe reinar en este mar de fuego! Según los cálculos más exactos, se cree que el calor solar es igual al que se produciría por la combustión de una capa de carbón de piedra de siete leguas de altura que envolviese completamente el cuerpo entero del Sol; y, según Proctor, el calor emitido por este astro en cada segundo es igual al que resultaría de la combustión de 11.600 millares de billones de toneladas de carbón de piedra, de cuya enorme cantidad de calor sólo absorben la Tierra y los demás planetas la insignificante fracción de 50.000.000 de toneladas.

El Padre Secchi ha probado que el máximun de calor está en el centro del Sol, y que á partir de este punto, el calor va disminuyendo hacia los bordes ú orillas. Para hacer este curioso experimento se sirvió el hábil astrónomo de un termómetro, sobre el cual hizo caer oblícuamente los rayos emitidos por di-

versos puntos de la superficie del astro, cuyo fenómeno puede atribuirse á la atmósfera que los rayos luminosos y caloríficos atraviesan, tanto más oblícuamente para llegar á nosotros, cuanto más próxima está á los bordes el punto de donde emanan.

Algunos físicos han intentado, por diferentes procedimientos, todos á cual más ingeniosos, darse cuenta experimentalmente de los fenómenos que se verifican en el cuerpo solar y en la brillante atmósfera de ese astro portentoso, llamado por los antiguos *alma del mundo.*

El calor emanado de esta espantable masa de fuego sería suficiente, según Pouillet, para fundir en veinticuatro horas una capa de hielo de cuatro leguas de altura que cubriera por todos partes la superficie del Sol. La irradiación calorífica que el Sol envía á la Tierra representa un trabajo igual al de 217 billones 316.000 millones de caballos de vapor (1); y para producir nosotros la fuerza mecánica que el calor solar desarrolla en toda la superficie del Globo, sería necesario el trabajo constante de 543 millares de millones de máquinas de vapor de una fuerza efectiva de 400 caballos cada una, funcionando sin cesar.

Estas propiedades físicas que distinguen al astro rey, son prodigiosas en extremo.

Es la fuente, como hemos dicho, de la luz, de la fuerza y del calor; y aunque la Tierra sólo puede detener, en su rápida carrera por los espacios, una parte insignificante del inmenso calor solar, esta pequeña cantidad que absorbe es tan potente y eficaz, que ella sola basta para sotener la vida sobre su superficie (2).

(1) Bajo el nombre de *caballo de vapor* se designa en mecánica una fuerza capaz de levantar en un segundo un peso de 75 kilogramos á la altura de un metro. Representa por esta razón el caballo de vapor la fuerza de trabajo de tres caballos de tiro; y siendo equivalente la fuerza de cada uno de éstos á la fuerza media de siete hombres, resulta que cada caballo de vapor produce el trabajo de veintiun hombres.

(2) La energía solar que se escapa en el espacio es más de 2.000 millones de veces

Todos los descubrimientos recientes, todos los estudios que se practican para conocer la constitución física y química del Sol, hacen que nos representemos este astro como un globo majestuoso, aislado en el espacio, luminoso y ardiente como el hierro fundido que corre en las fraguas, envuelto en una atmósfera incandescente, agitado eternamente por tempestades de fuego de una fuerza tan incontrastable, tan violenta y tan aterradora, que á su lado se anulan, nada significan nuestros huracanes y nuestras temidas trombas.

superior á la que, para su sostenimiento y provecho de la vida orgánica, detiene la Tierra en su camino; y todos los planetas reunidos, al ser fecundados por el Sol, no reciben de este luminar sino unas 230 millonésimas de su calor y de su luz, perdiéndose el resto en el espacio (que es de 230 millones de veces mayor que la porción utilizada) sin producir nada, sin alumbrar á nadie ni ser útil á los mundos. ¿Por qué esa cantidad exigua de calor y de luz que reciben los planetas basta para sostener la vida sobre su superficie? ¿A qué causa debe atribuirse este fenómeno prodigioso? ¿En virtud de qué procedimientos físicos extraordinarios las sustancias constitutivas del Sol desarrollan, por medio de su eterna irradiación, el misterio de la vida en torno suyo al ponerse en contacto con las atmósferas planetarias?

William Thomson dice que el secreto de la fuerza calorífera del Sol y del estado de conflagración constante de este astro, se explica admitiendo que la energía radiante que se supone disipada en los espacios es detenida en su totalidad ó en parte y vuelta á enviar al Sol en otra forma, de manera que pueda continuar la acción eterna de la irradiación solar en virtud del vapor de agua y de los hidrocarburos gaseosos de que están llenas las regiones interplanetarias, los cuales son aptos para ser disociados y radiados por el Sol.

Esta teoría de Thomson está de acuerdo con la teoría moderna de los gases sostenida por Clausius, Clerk Maxwell y otros físicos; y aunque no ha podido vencer algunos obstáculos y explicar satisfactoriamente ciertos fenómenos de la física solar, se halla, no obstante, más que otras hipótesis en el camino de la verdad.

Thomson supone, pues, que los cuerpos celestes flotan, no en el vacío absoluto, como creía Newton, sino en el seno de vapores extremadamente ténues y enrarecidos, que contribuyen al sostenimiento de la vida activa y enérgica del Sol; y como en el estado actual de los conocimientos humanos sería difícil asignar límites á una atmósfera gaseosa, acaso no esté destituída de fundamento la hipótesis de Thomson, mucho más si se tiene en cuenta que un gran número de hombres eminentes, desde Descartes hasta Humboldt, Grove, Zöllner y Sterry Hunt, en nuestros días, han sostenido la existencia de aquella materia ó sustancia cósmica difundida por los espacios.

Estas convulsiones gigantescas, estos trastornos incesantes, presentan la superficie del astro del día semejante al Océano fuertemente agitado por la tempestad.

Se ven rodar enormes olas de fuego que elevan sus crestas amenazadoras al cielo, correr presurosas muchas veces en forma de torbellinos, crecer, dilatarse, hasta que chocan al fin unas con otras con rabiosa furia, descomponiendo el suelo ardiente y líquido y abriendo en él profundos abismos, simas espantosas donde se sepultaría la Tierra para siempre, con sus imperios y con sus supuestas grandezas y poderío, como un mísero grano de arena en el mar.

Estos brillantes resultados se han obtenido merced á los importantes y preciosos descubrimientos practicados de veintidos años á esta parte sobre la constitución física del Sol.

La ciencia, que todo lo observa y estudia, ha dado un paso gigantesco en el camino de la perfectibilidad con estos adelantos, y el análisis espectral de los astros ha venido en auxilio de las teorías de la mecánica celeste. Hoy se sabe positivamente que en el Sol existen, en estado incandescente y líquido, hierro, cobre, níquel, cromo, cobalto, sódio, magnesio, bario, manganeso, titano, calcio, potasio, y también hidrógeno, que es el que produce las magníficas erupciones de fuego que se elevan por cima de la fotósfera (1) solar á 10.000, á 20.000 y hasta 50.000 leguas de altura, cuyos fenómenos dejan sentir su influencia, no obstante la gran distancia que media, en el estado eléctrico de nuestro globo. Y en efecto: las auroras boreales son más ó menos numerosas y brillantes según la intensidad de esos fenómenos; la brújula se extremece y pierde

(1) Considerado el Sol como un cuerpo líquido incandescente, luminoso por sí mismo, se ha dado el nombre de *fotósfera*, palabra griega que significa «esfera de luz,» á la atmósfera fluída que le rodea, y sobre la cual flotan vapores metálicos de las sustancias químicas que arden en el Sol, dotados de la propiedad de emitir luz y calor. Esta atmósfera se calcula en más de un millón de leguas de profundidad.

el norte, y la luz y el calor que del astro central recibimos sufren también su influjo poderoso (1).

Tal es el astro, á grandes rasgos descrito, que los antiguos se figuraban como una rueda pequeña de fuego girando en los aires, un poco más alta que las nubes, ó como una carroza brillante tirada por cuatro briosos caballos. ¡Por cuatro caballos un astro un millón cuatrocientas mil veces más grande que la Tierra, y cuyo peso es de un quintillón 879.000 cuatrillones de kilogramos, es decir, trescientas veinticuatro mil cuatrocientas setenta y nueve veces más que el de nuestro globo, que pesa 5 cuatrillones 875.000 trillones de kilogramos (2)! Estos resultados son tan exactos como los principios matemáticos en

(1) El P. Ferrari, á propósito de esta relación entre los fenómenos solares y las perturbaciones del magnetismo terrestre, ha publicado hace poco una nota interesante, del P. Duchsvreus, sobre este asunto.

El sabio director del Observatorio de Zi-ka-Wei, en China, ha observado la coincidencia que tuvo lugar del 11 al 14 de Agosto de 1880, de una perturbación magnética extraordinaria con el paso de un grupo numeroso de manchas en el disco del Sol. El astrónomo establece la relación de ambos fenómenos, como lo acredita la observación constante de muchos observadores; pero no sería prudente, sin embargo, aventurar una teoría para explicar la causa de esos fenómenos de la física solar y los de nuestro globo, debiéndonos limitar, como decía el P. Secchi, á estudiar bien los hechos y sus relaciones, sin negarlos, por la razón de que no los comprendemos bien todavía.

(2) A pesar de que estas ideas de los antiguos acerca de la constitución física y dimensiones del Sol estaban entonces conformes con el estado de los conocimientos científicos, nada, sin embargo, es más absurdo que esto ni está más en contradicción con la sencillez de los fenómenos de la Naturaleza. Francœur, para dar una idea de la masa de la Tierra, dice en su *Uranografía* que, si se pudiera poner á nuestro globo en un plano á propósito para trasladarlo de un lugar á otro, que se necesitarían 10 millares de millones de tiros de 10 millares de millones de caballos cada uno.

Pues bien; aplicando este cálculo al Sol y teniendo en cuenta que el peso de este astro es trescientas veinticuatro mil cuatrocientas setenta y nueve veces mayor que el de la Tierra, se necesitarían para trasportarlo, no cuatro caballos, como cándidamente suponían los filósofos antiguos, sino nada menos que la fuerza colosal representada por 3.550 billones de tiros como los anteriores!... La imaginación se detiene confundida ante la magnificencia de las obras de la Naturaleza, y comprendemos, en vista de los adelantos modernos, hasta qué punto eran sencillas las elucubraciones de nuestros padres para darse cuenta de los fenómenos del mundo exterior.

que se fundan, y constituyen hoy uno de los triunfos más gloriosos de la ciencia astronómica.

Este astro portentoso, esta masa inconmensurable de fuego, no está fija en el espacio.

Dotada de movimiento, como todas las cosas de la Naturaleza, gira sobre su eje en veinticinco días, y en virtud de un segundo movimiento de traslación trasporta á la Tierra y á los demás planetas hacia la constelación de Hércules con una velocidad de 200.000 leguas por día (1).

El movimiento de rotación que ejecuta sobre su eje, ó mejor dicho, alrededor del centro de gravedad de todo el sistema planetario, se ha descubierto por las manchas que ofrece su brillante disco: esta rotación es de veinticinco días, poco más ó menos, la cual verifica en la dirección de Occidente á Oriente, como los planetas.

En efecto: si se observa algunos días la dirección de una mancha ó de un grupo de ellas, no se tarda en descubrir que están animadas de un movimiento que las impulsa de un extremo á otro del disco solar. Aparecen en el borde oriental, avanzan hacia el centro, le alcanzan en siete días, continúan marchando como antes y recorren del mismo modo su camino. Si son varias las manchas, á todas se las ve caminar juntas, á la manera que un grupo de islas, dibujadas sobre un globo te-

(1) Herschel, en virtud del profundo y detenido estudio que hizo del movimiento de que están dotadas las estrellas mal llamadas *fijas*, reconoció que el Sol marcha hacia un lugar situado en la constelación de Hércules.

Después, Argelander, analizando el movimiento propio de 390 estrellas, confirmó plenamente el resultado obtenido por Herschel, y halló que el lugar hacia el cual se dirige el Sol con todos sus planetas en su movimiento de traslación tenía en 1800 una ascensión recta de 260° 50′8″ y una declinación boreal de 31° 17′3″; este lugar está situado un poco al Norte de la estrella λ de la constelación de Hércules.

La órbita descrita por el Sol en torno del misterioso centro que lo atrae es tan enorme, que una pequeña parte de dicha órbita, trazada por el Sol en un siglo, no es otra cosa que una línea recta perfecta: júzguense, pues, por esto las vastas dimensiones que tiene la órbita que recorre nuestro sistema solar en la inmensidad infinita. Después de hecho este importante descubrimiento, se ha averiguado que la velocidad del Sol en el espacio es menor que la que tiene la tierra alrededor de aquel astro.

rrestre, marchan también cuando le hacemos girar sobre su eje. Hecha esta observación con el esmero y delicadeza que requiere y es necesario, se ha demostrado de una manera evidente que el Sol gira sobre su eje, como la Tierra, aunque más lentamente que ésta.

Como la mayor parte de las manchas cambian de formas, se borran y desaparecen con celeridad prodigiosa, sabemos que no están constituídas por grandes masas sólidas, permanentes en medio de la superficie solar, como las montañas de nuestros continentes ó los archipiélagos en medio de los mares, sino de snstancias ígneas y de gases en combustión que mantienen la masa entera del Sol en una agitación continua.

Las formas de estas manchas, pues, varían á lo infinito, y su estudio es muy interesante, toda vez que permiten conocer la naturaleza del Sol.

Durante semanas y hasta meses, no se observa ninguna mancha en el disco solar, y en otras ocasiones su número es considerable. En este caso, tan pronto se presentan como desaparecen, ofreciendo, ya una extensión de 30.000 leguas, ya un espacio pequeño y reducido. Unas veces aparecen asociadas en un número considerable, afectando formas caprichosas y rarísimas, y otras se fraccionan bruscamente en muchas manchas pequeñas, que á su vez se desvanecen con una rapidez extraordinaria.

Las manchas no son del todo oscuras. Generalmente se observan en ellas dos partes distintas y bien marcadas.

En el centro hay una región negra, y alrededor de ella se ve un espacio menos oscuro, de un resplandor agrisado. La parte central ha recibido el nombre de *sombra*; algunas veces en el centro de esta parte se observa un punto negro, llamado *núcleo*, y la región exterior de la mancha ha recibido el nombre de *penumbra*. Cuando se dice que el centro de la mancha es negro, debe entenderse esta expresión relativamente al resto de la superficie solar; y tanto es así, que cuando se dispone el telescopio para estudiar exclusivamente una mancha y no el resto del disco, se ve que ésta tiene una claridad igual á dos mil veces la claridad de la luna llena.

La aparición de los grupos de manchas está sujeta á una periodicidad regular. Durante cinco ó seis años su número se acrecienta, llega á su máximum, y decrecen en seguida durante el mismo espacio de tiempo: este período es de once años.

En virtud de la periodicidad de este singular fenómeno, el Sol estuvo en 1882 en uno de esos estados de actividad asombrosa.

Este período en que aparecen en tan gran número las manchas del Sol, corresponde también al de la actividad eruptiva de esa deslumbrante hoguera.

El último máximum de esa actividad se observó en 1871, y desde entonces esas espléndidas manifestaciones de la energía solar fueron disminuyendo progresivamente, hasta que en el expresado año de 1882 volvieron á presentarse de nuevo en su desarrollo máximo y en toda su imponente magnificencia.

No pasa día sin que los astrónomos observen las manchas solares, ora aisladas, ora asociadas en considerable número; y frecuentemente ven elevarse por el borde del disco solar misteriosas llamas, erupciones de hidrógeno incandescente á una altura tan inmensa y en cantidad tan considerable, que la oleada más insignificante de esas cataratas de fuego podría anegar á la Tierra entera, haciendo cesar la vida instantáneamente sobre su superficie.

Estos períodos, debidos sin duda á la influencia que ejercen los planetas sobre el Sol, se han podido determinar merced á las asíduas observaciones del astrónomo alemán Schwabe.

Las manchas del Sol, según la teoría más plausible, son enormes cavidades que se forman en la fotósfera de ese astro, en virtud de poderosas reacciones químicas que se verifican en las materias ígneas que lo constituyen, y han existido eternamente, no obstante haberse descubierto el fenómeno por Juan Fabricio en el siglo XVII, precisamente en la misma época en que Galileo aplicó el telescopio á las observaciones astronómic:

José Genaro Monti.

(Continuará.)

ESTUDIOS FILOLÓGICOS DE LA LENGUA ESPAÑOLA[1]

Lexicografía de la lengua española.

Sería necesario proceder á la determinación de su propios fundamentales elementos, separar cuantos rasgos haya asimilado, y en una síntesis filológica, exhibir cuanto pudiera referirse á su unidad más pura; lo cual no evitaría que luégo ostentase el lenguaje de Castilla una inmensa riqueza que tanto le enaltece entre los idiomas contemporáneos. Ahora bien; tal operación no puede verificarse sin el concurso de muchas inteligencias, sin la intervención de infinidad de medios aptos á realizarla, y cada uno por su diverso concepto. ¿Qué clasificación hay aquí posible y aceptable en tan vastísimo campo? Entra el concepto de los conocimientos y la razón de método; determínase ésta por una prudente clasificación de sistemas, y luce aquélla por un cúmulo de facultades intelectivas, llamadas en primer orden á regular las facultades de la filología.

¿Qué facultades habrán de concurrir á la formación del Diccíona-

[1]) Véanse las REVISTAS de 25 de Noviembre, 10 y 25 de Diciembre, 10 y 25 de ero, 25 de Marzo, 10 de Junio 10 y 25 de Setiembre y 10 de Octubre.

rio de la lengua? El mero título de la obra responde: las de la palabra, oral y escrita. Objeto es de la Gramática todo desarrollo, desde el más sencillo elemento de la palabra hasta su razonado enlace; de la Retórica, la expresión con toda la energía de su eufonismo y significación en variadísimos giros; de la estética filológica, cuanto pueda referirse á las leyes geniales de la lengua; pues todas esas circunstancias suponen esas facultades que, unidas, concurren á la formación del Diccionario; lo deben ser, pues, todas aquellas aptitudes que en modo sencillo y sublime nos descubran en toda su amplitud lingüística el rico tesoro de nuestra habla. ¿Es que reducimos todo á cuestión de mera forma? ¿Acaso no vemos en el Diccionario más que un conjunto de palabras? ¿No es esta la fotografía de la idea, la corporización esplendorosa del pensamiento, el rasgo purpurino que nos diseña el vuelo del espíritu por las regiones supremas de la inteligencia, fijando á nuesta vista el estro poético de la imaginación, el buril de las ciencias, el detalle de las artes? Pues si la palabra es tal, ¿cómo no entran las aptitudes de esos géneros? Esas facultades especiales, ¿deben ser juego exclusivo del Diccionario de la lengua? La misma Real Academia da la contestación presentando su obra.

Es el lenguaje precioso dón que abrillanta nuestra vida, esclarece nuestros senderos, el vívido eco de nuestra existencia y reflejo clarísimo de nuestras pasiones; vulgar como los vítores del pueblo, común según el sentido que lo prohija, acoge y apadrina; culto, erudito, sabio por su tradicional aspecto, por sus principios, por la universalidad de todos sus conceptos, por la naturaleza de principios que expresa; pero el habla de los pueblos, el lenguaje de uso común, la palabra de todos los momentos, de todos los labios, de todas las intelecciones usuales en la vida y que corre desde el centro á los confines de la sociedad que lo habla, que alienta los corazones y ondea como la llama siempre viva y siempre joven, que se presenta ordinariamente grandiosa y de una entonación magnífica en las grandes tri-

bulaciones, que hace su ruído en las solemnidades de los pueblos, como los proyectiles en las batallas, y que hiere hasta en el fondo de las almas cuando se mezcla con los sentimientos más elevados del hombre: ese lenguaje, pues, que derriba y establece, que así se enardece y agita en la lucha, que triunfa y decae, tiene su cuerpo, su estro, su vida, y es arma poderosa como ninguna otra fuerza en la vida de las naciones; es instrumento valiosísimo de relación, es lazo de amistad, rasgo efectivo del progreso de las gentes y eco esplendoroso de sus triunfos: deben, pues, considerarse como facultades para formar el Diccionario de la lengua, los que por su profesión son autoridades de la palabra.

Surge en el momento actual el orden de preferencia, y concurren en ávido tropel las actividades con todos sus elementos, deseos y pasiones, el vario ejercicio de la palabra con su vehemencia, con su ilustración, con su fecundidad, y los tiempos, las épocas de las palabras y su permanencia, para eterna lección de los hombres. Desde luégo parece que las primeras autoridades deben ser los que realmente la ejercitan en su expresión; pero los oradores políticos, forenses y sagrados tienen altísimos deberes, mayores fines, que les hace saltar por la perfección de la palabra según el pensamiento que conmueve toda su oración; en vano sería pedir exactitudes filológicas al que vive del libérrimo vuelo de la idea; la palabra en ellos es el mero engarce de un brillante; sólo reunen, en tal concepto, el conocimiento preliminar que poseen de la lengua, voluble á veces como el ambiente en el que sobrenadan tantos discursos lanzados al aura popular, y como ella arrolladora ó lánguida y cadente; apagada la pasión, ocúltase como el fuego en las necenizas. En cambio, los lentos oradores de la imaginación, de la historia y de las artes y de la vida de la humanidad, que razonan la exacta y bella expresión de los ideales del mundo, que purifican los sentimientos, acrisolan la virtud, liman las palabras y contínuamente corrigen su estilo en la reproducción de sus

obras, esos son los verdaderos artistas del lenguaje, para quienes la fermata es una base general en un orden filológico completo; la acción de aquéllos es cantar el lenguaje, la de éstos es ejercitarlo con arreglo á los principios de las ciencias lingüísticas; éstos ocupan de lleno el primer lugar, puesto que son los que regulan la fórmula que usan aquéllos bajo diversas formas; los oradores hablan, y los autores la hablan y les escriben la gramática y forman los vocabularios; son aquéllos los que empiezan, pero éstos los que pulen y perfeccionan el lenguaje. ¿Qué otra consideración puede suscitarnos la idea y palabra de los *clásicos* en toda lengua?

Ahora bien; ese elemento fundamental, ¿admite todo género de actividades y facultades que ejercitan la lengua? Es compleja pregunta, que trae á la vez la idea de las diversas facultades; y como á éstas la palabra es lo menos, lo esencial es la idea del género de conocimientos que se proponen desarrollar; éstas, en su concepto general, suponen ya creado el lenguaje; el que usan, apenas pasa de una esfera limitada en orden al lenguaje racional; de aquí la idea de los diversos diccionarios especiales, facultativos y técnicos, siempre muy superiores al concepto de una palabra científica en un Diccionario universal, por la vaguedad en él, á lo menos de este mismo aspecto de la lengua; ahora, cuando el habla usual de las gentes fuera tan sabia que nada ignorase en orden á esas especialidades, entonces desaparecería lo excepcional de ese limitado lenguaje, por el uso general de las gentes, que siempre exige mucha repetición y mucho tiempo; entre tanto, preciso y forzoso nos es tomar como auxilio, á lo más, el concurso de esas facultades científicas, si hemos de contenernos en el verdadero concepto filológico del Diccionario, es decir, si hemos de tener un Diccionario de la lengua y no un Diccionario enciclopédico, que harto trabajo hay para no errar, trabajando sólo en los límites de la lengua, aún no desarrollada cual lo debe estar un idioma que hace siglos ha tenido su edad de oro; conveniente, por lo tanto,

la ayuda de las facultades científicas para la exacta definición de las palabras que forman el conjunto de la lengua sabia, ¿quién duda de que fuera de ese auxilio es puramente filológico el arte del famoso *Diccionario de autoridades*, cuya gloria nunca cesará de ostentar con brillo indeleble la Real Academia Española? ¡Lástima es que no haya seguido progresando en el mismo orden! limpiándolo á la vez que lo enriquecían con acierto.

Hizo otras ediciones del Diccionario de la lengua Castellana, y entre sus (1) diversos ejemplares no hallamos un *Diccionario filosófico* de la lengua, que bien podía haberse formado, como también el Diccionario *Histórico* del mismo idioma; el *Etimológico*, el del *Neologismo*, comprendiendo en él la diversa influencia de los idiomas contemporáneos; el *Arqueológico* ó vocabulario de palabras antiguas caídas en desuso y propias á ser restituídas al uso de la lengua moderna: gracias que, á merced de esfuerzos particulares, haya algo del Diccionario de *Sinónimos* (2), y también de la *Rima* por cierto bien incompletos, y que se tenga ya comenzado, en extraños países, el de *Construcción y régimen de la lengua castellana* (3) y el de Kalandrelí, ambos dignos de aplauso por los muchos esfuerzos intelectuales que han tenido que vencer sus respectivos autores, y en los que hay que admirar una copia inmensa de datos y una exactitud de orígenes que asombra en un solo trabajo individual.

¿Qué diremos, pues, del Diccionario de *Correspondencias* con los antiguos y nuevos idiomas? Desarrolló este sistema la Real Academia en su penúltima edición, y también abandonó el camino emprendido;

(1) Primera edición, 1726, 29, 32, 34, 37 y 39, en seis volúmenes, fol. marg.—Segunda edición, 1770.—Tercera, 1780 y 1791.—Cuarta, 1803.—Quinta, 1817.—Sexta, 1822.—Sétima, 1832.—Octava, 1837.—Novena, 1843.—Décima, 1852.—Undécima, 1869, y la última.

(2) Jerónimo de Huerta.

(3) Por R. J. Cuervo.—Primer cuaderno, París 1884.

hizo bien, porque más valiera no haberlo comenzado en aquella forma; en otra mejor estudiada habría dado buenísimos resultados. Algo también podría hacerse respecto á las *personas* y *palabras que figuraron en puesto eminente* en determinados géneros literarios, no poco acerca del Diccionario *Nacional y anecdótico* para entender de las palabras que han enriquecido nuestra lengua en determinados puntos de la política y de la poesía, como se ha hecho antiguamente en muchos de nuestros cancioneros y otras obras: ¿qué habremos de decir respecto de otros Diccionarios no menos importantes, como los que resultarían en el vocabulario de los *nuevos privativos castellanos imitados de las lenguas clásicas?* Esto cabe en la acción de la Real Academia, como igualmente aún le falta que hacer un Diccionario especial del *sanscrito* castellanizado, del *celta*, un Diccionario de *raíces*, cual lo verificaron los Padres de Paul Royal; y no especializamos más, porque la tarea de la lengua es grandísima; pero si no discurrimos por ese orden, ¿quién puede ignorar que hay modismos, y en ese terreno una libertad de hablar que impone de suyo la necesidad de reglas y de pauta legítimamente concertada? El *Diccionario de la lengua argot de la corte*, el de las *Excentricidades de la lengua madrileña*; y como el vocabulario de las voces de *Germanía*, de Juan Hidalgo, el *vocabulario dialectal*, ¿cuánto no impone aún que estudiar? ¿No podrían hacerse otros *de lenguajes extraños y privativos* de ciertos grupos de la sociedad? Ciertamente; y aquí sería de un gran desarrollo exponer los extremos variadísimos que nos ofrece la lengua, como en el de las *Casas de conversación*, donde desde bien antiguo decíase *leonera*, *tablaje*, *tablajería*, *mandracho*, *encierro*, en sentidos adoptados por ciertas personas (tahures), según las circunstancias; era dicho lenguaje notado ya á principios de siglo, y Pellicer hubo de hacerse eco del mismo uso de la lengua empleado en las casas de juego, á cuyo establecimiento llamaban *abrir tienda*, *asentar conversación de tablaje*. Ya también el mismo Cervantes hubo de conmemorarlas anterior-

mente en toda clase de gentes, desde los grandes personajes hasta la más ínfima clase; los jefes ó dueños de ella se decían *coymeros*, *mandraheros*; eran otros *gariteros*, con alusión á unos aposentillos de las galeras llamados la *garita*, y otros los del *chivitil*, refiriéndose á las chocillas en que los pastores defendían del frío á los chivatillos ó cabritillos, que constituían la esfera inferior de esta profesión.

Así aparecería también esa especie de dialecto, no corrupto, porque eran palabras perfectas usadas en cierto sentido, si no extraviado, y aun así tenía su acepción precisa *barato*, cantidad que se daba al *tablajero* por el uso de la casa, luces y barajas, cantidad mayor ó menor según se jugaba más ó menos recio, á lo cual llamábase *sacar el barato*, *sacar sus derechos* ó *aranceles*; *gotera en payla*, cuando se jugaba día y noche, indican esa misma cantidad. *Baraja*, antes *baraia* y *barata*, decían al uso de aquellas gentes riña, contienda, disputa, confusión, desorden; y como en el día se dice el libro de las cuarenta hojas, decíase en el siglo pasado *aetatem Mahometicam*, latín fácil—dice Pellicer—y tan admitido, que todos lo entendían, expresión significativa de los años que vivió Mahoma, que con los cuatro ochos y nueves da los 48 naipes. *Tahures* ó *tafures*, como se dice en el *Ordenamiento de las tafurerías*, que *fizo é ordenó maestre Rollán* en 1276, eran lo que otros decían *fulleros*, *sajes* á los jugadores, cuyas cautelas y sagacidad en el juego decían *tretas*, *flores*, *pandillas*, sinónimos de trampas, engaños, hurtos, las cuales tretas tenían diversos modos y nombres: *Espejo de Claramente*, en el que se veían las cartas del contrario; *fullería de lamedor*, en dejarse ganar al principio para cebar al tahur y pelarle después; *dar con la ley*, en contraminar al fullero, burlándole su flor con otra más segura y sutil, á lo que llamábase *descornar la flor*; *dar astillazo*, *la berruguilla*, *hacer la teja*, *la ballestilla*, *boca de lobo* y otras tretas por el estilo, tenían sus nombres especiales. Entre la multitud de gentes perdidas que, llenas de vicios, acudían á la tablajería, los había con diversos empleos y nombres: los *diputados* reguladores del

barato, que ajustaban con el tablajero el alquiler, trabajo de despabilar, etc.; los *apuntadores*, que, de acuerdo con el fullero, con dedos, boca, ojos y cejas descubríanle el juego del contrario; otros nombres recibían los dedicados á hacer gente para la casa; los *muñidores*, refiriéndose á los de las cofradías que avisaban á los hermanos; *encerradores*, los que encerraban á las reses en los mataderos; *perros ventores* los que, así como éstos, levantaban la caza para que muriera á mano de los cazadores, así conducían á los tahures al tablaje para que pereciese su caudal á manos de los fulleros; *abrazadores*, con alusión á los hombres que los comerciantes tienen para atraer gente á sus tiendas, llevándolos muchas veces casi en peso ó en brazos; *mirones*, tahures perdidos en el juego, y éstos en *pedagogos* ó *gansos*, maestros de los inexpertos, y en *doncayos* que, al lado del tahur, le dirigían las cartas sacando de todo ganancia, á lo cual, decian: *tocaban* ó *mordían dinero*; *modorros*, los trasnochados que, ciegos por el vicio y la ambición, no reparaban en las tretas ni flores, en cuyo momento los *sollastrones* hacían su cosecha, que, en su lenguaje ó jeringonza, llamaban *quedarse á la espiga*; y por este orden otra multitud de voces bien particulares y, después de todo, no tan dañinas como las circunstancias que las acompañaban, sucediéndose á la pérdida y al descaro jugar juntos hombres y mujeres, á la manera que lamenta púdico autor (1) *de que se siguen las palabras, dichas con alma y gravísimas culpas, siendo de las menores darse las manos y tocarse los pies*, harto más sensible que la pérdida de los intereses materiales.

Pudiérase por este orden entresacar del referido *Ordenamiento de las tafurerías* gran copia de vocablos, como en ese gran conjunto de leyes y pragmáticas relativas al juego, en cuya legislación no escasearon ningún miramiento nuestros Reyes; algo, y no poco, también de obras particulares, aparte de otras, en la de D. Antonio L

(1) Fr. Antonio Ezcaray, *Voces del Dolor*, pág. 253.

ñan Verdugo (1), en la del Licenciado D. Francisco de Luque Fajardo (2) y en tantas otras obras de amena literatura de nuestros clásicos autores. ¿Cuántos otros Diccionarios parciales podrían formarse así de nuestro abundante idioma? No es del caso precisar más datos, porque á tan gran desenvolvimiento de la lengua ahora no nos es posible llegar; no obstante, es ya la ocasión y el día de comenzar esos trabajos especiales de la lengua, puesto que á todo ofrécese rica, espléndida de voces, llena de sonoridad y significación.

Algo hicieron los filólogos antiguamente y no es difícil recontar las voces castellanas ó españolas, cuyo origen parece desconocido en la obra de San Isidoro (3) y cuyas palabras eran de todo uso en la España antigua; en corto número también pueden referirse algunos *glosarios* antiguos en obras políticas de amena lectura y también de historia; en multitud de refranes, como los ordenados por Iñigo Lopez de Mendoza; de *vocablos godos que tenemos en el romance*, recogidos por Bernardo Aldrete; de *vocablos arábigos que hay en el romance*, recogidos por el mismo Doctor Bernardo Aldrete; en el *Compendio de algunos vocablos arábigos* también introducidos en la lengua castellana, recopilados por Francisco Lopez Tamarid; *vocablos* que el doctor B. Aldrete sacó del *Fuero Juzgo*, de las *Partidas*, *Historia de Don Alonso y del Infante Don Manuel*, más ó menos en forma regular y ordenada, si bien defectuosos de voces, pues eran, á lo sumo, copias unos de otros, sin procurar aumentarlos, hasta que aparecen los Diccionarios de Alfonso de Palencia (4), algo copioso, y cuyo primer ejemplar, no obstante, aparece, como el vocabulario eclesiástico de Rodrigo Fernando de Santaella (5), sin todo el número de voces, á lo menos, correspondien-

(1) *Guia y avisos de forasteros*, fol. 38.

(2) *Fiel desengaño contra la ociosidad y los juegos*, fol. 176 y otros.

(3) *Etymologiarum libri.*

(4) En Sevilla, 1490.

(5) *Vocabularium Eclesiasticum partim latina, partim hispana lingua scriptum, Elisabethee Reginæ nuncupatum*, en Sevilla, 1499.

tes á su época; el Diccionario de D. Antonio de Lebrija, dirigido á D. Juan de Zúñiga (1), renovado nuevamente, veinte años después, con enmiendas, aumento de vocablos y nuevas glosas: aun así, parecía escaso de palabras, según lamentábase el mismo Lebrija y nos recuerda un gramático eminente (2); no obstante, hechos en un mismo tiempo, resultaron la mejor obra de su época; escased que confesaba el mismo José Escalígero (3), aun habiendo aumentado el *Lexicón* de Lebrija, y aún más, si se observa detenidamente, el *Tesoro* del Licenciado D. Sebastian de Covarrubias Orozco (4), obra curiosa y llena de erudición, con alguna excelente etimología, pero en general absurda en su fondo, poco filosófica y acertada en sus definiciones, por cuyo motivo, sin duda, mereció de un sabio maestro el dictado de *Thesauri Carbones*; hubieran favorecido al mejor conocimiento de la lengua, obras como el *Diccionario de voces españolas antiguas*, de D. Blas Antonio Nassarre, y también el *Diccionario de las artes y ciencias* que intentó D. Antonio Bordazar, impresor el más docto, dice Mayans, que ha habido en España; pero si no salió á luz, otros van surgiendo en el día, y hora es en la que, especialidades notabilísimas. vayan formulando esos vocabularios en forma lingüística, y asimismo den la noción acertada de las ciencias físico-naturales exactas, denominadas en gran parte por una lengua antiquísima y á quien tanto debe el idioma español.

En vano se trataría de buscar la unidad pura de nuestro lenguaje atendiendo á su origen, porque ha sido muy difícil determinar este principio, y cada siglo aumenta los obstáculos: si el hombre no es

(1) Salamanca, 1492.

(2) Sánchez Brozeuse en la dedicatoria de su *Minerva*.

(3) Véase su carta á Isaac Casaulón *Lugduni, Batavorum VII*, Eid. J. J., 1604.

(4) *Tesoro de Covarrubias*, impreso en 1611.

verdaderamente dueño de una idea, de un acto, de una cosa sino cuando asienta en la misma el sello de su derecho, de su posesión, de su dominio; si no cuenta con ese signo especial que le designa como tal, el monumento, ¿cómo habremos, sin él, de hallar lo que no se ve, oye ni entiende?

El pensamiento late entre los hombres con ese fuego que le hace visible á multitud de instituciones; y cuando reviste una forma definitiva, ocupa un terreno propicio á su cultura y progresivo desenvolvimiento, entonces hallamos ese rasgo supremo que lo consagra en las tradiciones sucesivas, y vive y subsiste para nuestra deleitable percepción; es cuando se posee y podemos determinarlo en alguna de sus grandiosas manifestaciones. Entonces, convencido el hombre del valor de sus ideas, sugiérele el talento mil medios de conservarlo y surge la toma de posesión de la idea de un dominio en el mundo de las ideas; ésta florece en el campo de los actos humanos, y, cómo las estaciones señalan en surcos admirables las edades de las plantas y de los árboles, las capas de las tierras y los sedimentos sucesivos, así marcan igualmente las edades los cambios y las sucesiones de los hombres, su afección, sus creeencias, sus palabras, sus intelecciones en ese mundo supremo que todo lo guarda y perpetúa para eterna ilustración de edades posteriores.

Esos rasgos aparecen en diversos extremos, y las paredes de los monumentos arquitectónicos y de las tumbas, los objetos de arte, ya que no haya también documentos, nos presentan en signos descifrables la primitiva locuela de un pueblo, donde se pueda apreciar á todo extremo el eco originario de un lenguaje.

Mas cuando estos detalles faltan y ni las inscripciones ni los documentos las sostienen, entra la duda y el desconcierto; apenas sobresale algo más de cálculos de probabilidad; así es como, al través de algunos signos grabados en forma indeleble, subsisten antiquísimas lenguas, y en el pórfido, en plata y oro, en madera y en el papi-

rus y arcilla, los sabios buscan y encuentran dentro de una línea ese pensamiento tan deseado, que á veces nos da también, no ya los muros llenos de inscripciones significativas y curiosísimas, sino que, detenidos aún más sobre los restos de sagrados sepulcros, de los misteriosos huacas llenando de simbolismos los lados de las momias, si plegando los fragmentos del tisú que las recubre, tapices enmohecidos por el trascurso de los tiempos, enrojecidos por las sales nitrosas, se hubieran respetado en las guerras é invasiones de los pueblos, cual valiosísima herencia de sus tradiciones, aunque en silencioso lenguaje, servirían en las diversas edades para enseñar las vías del pensamiento humano, que en vano se busca por diferentes épocas, y con él también su signo caracterísco, aunque fuesen sus ecos tan tímidos como los vestigios misteriosos de las ruinas de la existencia.

Tal se nos presenta á maravilla el pensamiento burilando los acentos de la escritura hierática de la antigüedad; y es cual representaron y se puede juzgar el movimiento intelectual en las inscripciones en piedra y metales que tanto hicieron discurrir á C. R. Lepsius y muchos otros sabios, con famosísimo adelanto de las ciencias filológicas; en el papirus que tanto ilustra el Museo de Boulaq, y el British Museum, designando el himno á *Ammon-Rá* de los egipcios, y por el estilo de multitud de otros modelos, conservados milagrosamente desde que fueron hallados en América, y constituyen invalorada riqueza de bibliotecas públicas y particulares; el tisú peruano descrito por C. Wiener, la arcilla de la Biblioteca de Ambarnipal, y así mil ejemplos diversos, descubren cada día más fecunda la brillante expresión de la palabra, según el hálito que ha llegado á suscitar la en boca de la humanidad.

Interesante así la expresión del pensamiento en todo tiempo, lo es más cuando, al desentrañar los elementos de un idioma determinado, se descubre en su organismo ese prodigio que saboreamos en la

estratificación del lenguaje (1), en la vida que lentamente ha sido descifrada por los sabios, en la derivación de las lenguas indo-germánicas (2) y en los antiguos glosarios, cada día estudiados con nuevo encanto, lleno del misterio de las inscripciones reverdecidas por el tamo de los pueblos y de los tiempos (3).

Así es como nos elevamos á esos principios supremos por el lenguaje, mediante los que el alma se inspira en los nobles ideales suscitados por ellos, en la existencia. Idea consoladora, que resulta de los estudios lingüísticos en la importancia del lenguaje, no ya para la intelección, sino para descubrir las más ocultas relaciones de la vida misma de las criaturas (4), y que nos descubren los viajeros (5) en la historia universal de la Naturaleza y de todos los idiomas, por los que el helenista desentraña el Oriente, Díez nos explica los antiguos glosarios (6), Macperó expone las formas de la conjugación en egipcio antiguo, demótico y en copto (7), otros muchos proceden así en la declinación latina, en los varios detalles que les ofrecen las lenguas, por ese desarrollo que les ha permitido hacer la investigación directa de unos sobre los mismos territorios y localidades, como Mr. Bonwick el Doctor Milligán acerca de los trasmanios, el Capitán Wilson describiendo el empleo de los gestos de los chinos para modificar el sentido de la jerga chinouk; como nos enseñan la descripción de Spix y Martius respecto de las tribus salvajes del Brasil; el R. F-L.

(1) Véase á Max Müller, su estudio en esta materia.

(2) G. Curtius, *Cronología de las lenguas indo-germánicas.*

(3) *Antiguos glosarios*, explicados y corregidos por Schleischer.

(4) Teoría de Darwin: *De la importancia del lenguaje para la historia natural del hombre*, por A. Schleischer.

(5) Bonwik: *Daily Life of Tasmanians*, pág. 140 —*Early Hist. of Maukind*, pág. 77.

(6) C. W en *London and Westminster Review*. Octubre, 1837.

(7) H. Weil: *De l'ordre des mots dans les langues anciennes comparées aux langues modernes.*

Wilson en su esbozo sobre la lengua de los grebos, hablada en el África occidental; sir C. Wheatstone, y como puede observarse la armonía del os idiomas, y de todos los que podemos servirnos como de una clave para la inteligencia de los monumentos literarios que nos ha legado la antigüedad, en relación con nuestro pueblo y como una fórmula mágica para evocar las cenizas de las tumbas, los pensamientos de los grandes hombres que han honrado los territorios y las épocas de la humanidad. No de otro modo, sino ante la concepción filológica del mundo, podemos llegar al examen del presente Diccionario; ni tampoco de otra manera podríamos descubrir ese tupido velo que á determinadas inteligencias ocultaría la verdadera interpretación de tantos elementos como á su formación concurren; ni en él tampoco se llegaría á explicar la existencia de palabras tan apartadas de nuestro clarísimo idioma, si á la vez no tuviésemos comprendida la noción de sus funciones, enseñándonos por su conocimiento el de la marcha social, moral, intelectual y religiosa de la sociedad en que vivimos, de la que todo se halla compendiado en su fórmula más trascendental y á la vez más sencilla eufonización de la palabra española.

Así, del conocimiento de nuestra lengua actual llegamos á percibir mil rasgos diferentes en sí y unidos por misteriosos enlaces, vamos á la conexión de ideas que nos impone el estudio de un lenguaje en su relación con los demás idiomas, lo que es y cómo pueden servirnos hoy remotísimos recuerdos de órgano al pensamiento; conocer el origen, la naturaleza y las leyes, y al llegar á este punto de los elementos que se han reunido, á clasificarlos, y por medio de su mágico ambiente, iniciarnos en los secretos de la mejor sociedad y la mejor literatura de las naciones cultas.

Así también, por el mismo impulso, ese cúmulo de ideas nos ofrece medio apropiado á distinguir la palabra en sus diversos matices; y es como por el presente estudio llegamos á un resultado tan inte-

resante y útil como apreciar y distinguir la jerga de los salvajes, el rechineo de las lenguas de los hotentotes, á conocer la interjección bestial inarticulada, que nos dice Horne Tooke, por la analogía del lenguaje con los gritos de los animales, y en los que, adelantando la razón filológica, con sólo *¡ah!* llega á expresarse más de veinte emociones ó intenciones diferentes, como pena, amenaza, oración, deseo, desdén, según el tono con que se la pronuncia; (1) á las onomatopeyas de las lenguas índicas, las modulaciones vocales de los chinos; al dulce sonriso de la Grecia; y cuando embriagados en ese perfume delicioso que extasía nuestros oídos en los suavísimos efluvios del latín, degenerando en el dialecto castellano más perfecto, idéase una relación suprema; y llegamos, por el conocimiento de *El Bahmini-Vilasa* (2), de *Hauravatat* y *Ameretat* (3), á las versiones hebráicas del libro de *Kalilah* y *Dimnsah* (4), á la religión de los vedas por los himnos del *Rig-Veda* (5), al *Pentateuco*, á la eludicidación de Homero (6), en cuyo sublime estilo brillaba el acento de todo dialecto y tantas lenguas en su patria conmovidas; desde la ténue dicción que nos expresa la formación de las palabras compuestas, cuyo método y procedimientos tanto estudia el sabio Darmesteter y otros filólogos, á los rasgos de la declinación latina (7), á los nombres de familia (8), á las epístolas familiares de Cicerón, comentadas por Charles Turof, á las más bellas expresiones de toda lengua, y en tal gradación á las

(1) Horne Tooke: *Diversions of Purley*; segunda edición: Londres, 1789, tomo I, página 603.

(2) Texto sanscrito, publicado con una traducción y notas por Abel Bergaigne.

(3) Estudio de Mitología del *Avesta*, por James Darmesteter.

(4) Por Deremburg.

(5) Por A. Bergaigne.

(6) *Cuestiones homéricas*, por Fray Robion.

(7) *Precis de la declination latine*, par M. F. Bücheler.

(8) Par E. Ritter.

disquisiciones más elevadas de la Filosofía de la lengua española (1), á la Ortología más perfecta (2), al vigor más depurado (3), á los conocimientos de las excelencias del idioma castellano (4); al tono musical del mismo lenguaje (5), y en tales proporciones, que permite saborear con toda expansión *Los diálogos de apacible entretenimiento* (6), *La silva de varia lección* de Pedro Mejía, y toda esa inmensa serie que, desde el *Arte de trovar*, de Enrique de Villena, hasta la *Filosofía de la elocuencia*, de Capmani, y multitud de otras obras, presentan al lenguaje español en riquísimo, abundante, creciente manantial y tesoro de lengua entre las habladas en el día.

A tal grado de comparación se llega con sólo pensar algunos momentos acerca de tan valiosas teorías como suponen y exhiben la unidad y riqueza de la lengua castellana en el armonioso conjunto de todas sus cualidades radicales y etimológicas, con todo el estro que posee para revivir el arcaismo nobiliario de sus frases y la fuerza generadora en el neologismo más abundoso, por los procedimientos legítimos de su gramática y lexicografía, más ajustada á los principios de la filología castellana y á las leyes geniales de la hermosa lengua española.

Centro de la Creación el hombre, su más espléndida cualidad es el razonamiento, para cuyo ejercicio fué creado, para el desarrollo del arte y el uso del lenguaje, en virtud del cual se extiende por toda la

(1) *Sinónimos castellanos*, por D. Roque Bárcia.

(2) Bello: *Principios de la Ortología y métrica de la Lengua castellana:* Caracas, 1844.

(3) Gregorio Garcés: *Fundamento del vigor y elegancia de la lengua castellana*, expuesto en el propio y vario uso de sus partículas: 1791.

(4) B. de Peñalosa y Mondragón: *Libro de las excelencias del español.*

(5) M. de S. S.: *Sistema musical de la lengua castellana:* Valencia, 1807.

(6) De Gaspar Lucas Hidalgo.

superficie de la tierra, erígese con tal auxilio por su palabra sobre llanuras y altísimas cumbres y aparece con la delicia de los valles; y todas las fuerzas regula, explica y formula, para bien de la humanidad, para esplendor de la religión, para llegar á la inmortalidad.

Órgano la palabra transitorio cual medio aptísimo á dicho fin supremo, reune el cúmulo de sus facultades, y cuando sepáranse en forma de aptitudes, son medios aislados que, puestos luégo en acción conjuntos, muestran la vida en un estado de preparación en este mundo, y al hombre con todas sus potencias el lazo de unión de ambos mundos, la humanidad presente y el brote de una flor futura y eterna. A desarrollarse tan preferente objeto, creciendo nuestra nación, desarrolló en sus instituciones el grupo de sus tribus, familias y de sus pueblos; después la inteligencia práctica extendióse por todas partes bajo la influencia de las necesidades de la vida, y surge el lenguaje español como el florecimiento del genio de nuestra nación, producto legítimo, expresión sencillísima de sus tradiciones y costumbres, y en su tendencia político-social y literaria, extiende á toda región y bajo todos los climas el bienestar de nuestros ideales.

El estudio de la lengua española entraña en sí, por tal concepto, fines supremos que ha realizado, y en los ecos más puros de su expresión literaria oimos aún resonar latiendo el eco de simpatía universal extendida por la lengua castellana, no ya á territorios peninsulares, á Italia, Francia, Alemania, algo en Inglaterra, sino llevar también á las Américas, África y Asia esa universalidad de pensamiento, sentido, y esa gran condición de simpatía que, si extendió en tiempos su inmensa nacionalidad, supo asimilar de todos los países cuantas inspiraciones fueron necesarias para dejar sembrados en tantos contornos renuevos de una civilización tan aceptable al indígena como el aroma de sus plantas y de sus flores saboreadas por nuestros soldados, sacerdotes y hombres de ciencias y letras con un

halago duradero y perenne como el habla que los perpetúa en la universal contemplacion de la humanidad.

A conocer ese detalle formamos estos estudios, sin otra aspiración más que oir en ellos el eco mismo de nuestra deliciosa habla española.

Vicente Tinajero Martinez.

LOS TERREMOTOS DE ANDALUCÍA

MEDITACIÓN

¿Cuál es el bien de los bienes?—El bien del amor.
¿Y el amor de los amores?—El amor al bien.

(G. DE AZCÁRATE.)

La causa..... no la sé, dice la ciencia
Si el terremoto la ciudad arruina;
No sé, dice la fe del pïadoso
Si el vicio triunfa y la virtud suspira;
Pero el fuerte varón, aquél que Horacio
Describió en inspirada poesía,
Sabe que su deber es luchar siempre,
Impávido si el orbe se desquicia,
Impávido si nubla el pensamiento
Sombra de sombras, negación impía.
¡Luchar! Siempre luchar! Tal es del hombre

La obligación en su conciencia escrita;
Lucha por la verdad, esto es la ciencia;
Lucha para existir, esto es la vida,
Y el trueno que retumba en el espacio,
Y el terremoto en que la tierra oscila,
Signos son de esa lucha temerosa,
De esa lucha, sin tregua repetida,
Entre el mal, hondo arcano de la muerte,
Y Dios, luz y camino, paz y guía.
Si absurdos optimismos desconocen
Del puro mal la realidad activa,
Mostradles, en los pueblos devastados
De la hoy desventurada Andalucía,
A los padres que lloran á sus hijos
De su hogar sepultados en las ruinas;
Y á la honrada doncella pudorosa,
A la huérfana pobre y desvalida,
Que el vicio ó la miseria es el dilema
Que presenta el destino ante su vista.
Mas nunca tanta pena y dolor tanto
Sombríos pesimismos justifican,
Que si es grande del mal el poderío,
La humana caridad es infinita;
Y ella, entre los pesares de la tierra,
Revelando del bien la esencia viva,
Es el amor que rige el Universo,
Desde el tranquilo hogar de la familia
Hasta el astro que gira en los espacios
Por la ley de atracción, ley de armonía.

¡Amor al bien! ¡Amor de los amores!
Por tí con fe la humanidad aspira
A alcanzar en edades venideras
Del ideal la tierra prometida;
Mundo mejor que el mundo en que vivimos,
Donde la ciencia, siempre progresiva,
Así como á la nube arrancó el rayo,
Sabrá del terremoto la medida;
Y tal vez esa fuerza destructora
En fuerza se trasforme productiva,
Como la chispa eléctrica que mata,
Por sutiles alambres conducida,
Es la voz del telégrafo, que muestra
Del espíritu humano las conquistas.
¡Amor al bien! ¡Amor de los amores!
Tú sostienes al sabio en sus vigilias,
Tú inspiras al poeta sus acentos,
Tú al orador en la verdad le inspiras,
Tú eres luz de ideal qne nunca muere,
Tú eres la caridad en las desdichas,
Tú eres de Dios revelación eterna,
Sin tí el mundo moral se trocaría
En noche pavorosa, en cáos horrible,
En el mal absoluto, sin medida,
En el mónstruo simbólico que en Patmos
Vislumbró de San Juan la fantasía.
¡Amor al bien! ¡Amor de los amores!
Tú alzarás la vivienda derruída,
Tú llevarás consuelo al afligido;

Y en la risueña vega granadina,
Y en los feraces campos malagueños,
Mostrarás de tu fuerza la energía;
Fuerza que acaso en tiempo no lejano,
En fecundo organismo convertida,
Dará al mundo moral su firme base,
Siendo la caridad ley de justicia.

Luis Vidart.

Madrid 8 de Febrero de 1885.

EL CHALECO [1]

(CUENTO)

I

Aquella tarde había sido yo el anfitrión de la comida con que obsequié á algunos de mis más íntimos amigos, en celebración de la fecha en que, abjurando de mis derechos de soltero, iba á entrar de lleno en la vida ejemplar de los casados.

Una mujer hermosa y buena se había encargado de ejecutar aquel milagro.

Yo, el soltero por excelencia, el que se había reído á mandíbula batiente de todos los amigos cuando me espetaban la alegre nueva de que iban á contraer matrimonio; y, en fin, el que sólo empleaba la sátira contra todos los casados, se hallaba en estos momentos al borde del abismo, abismo que tantas veces había contemplado con horror, y que hoy, ciego por la pasión, se decidía á buscar ese fondo tenebroso que existe en los abismos insondables del alma de una mujer.

(1) Del libro inédito *Cuentos inverosímiles.*

Unas cuantas miradas, unidas á otras tantas sonrisas, habían bastado para decidirme.

Yo estaba regenerado, yo mismo no me conocía.

Huérfano y solo en la tierra desde la edad de diez y ocho años, poseedor de una fortuna considerable heredada de mis padres y rodeado siempre de una corte numerosa de amigos que me ensalzaban mucho más de lo que me merecía, así transitaba por el camino de la vida, sin que la llama del amor hubiera llamado nunca á las puertas de mi alma.

Mi corazón había ido pasando sucesivamente por las gradaciones del pasatiempo, del amor frívolo, del amor sensual, cebo de los sentidos y carnaza para el instinto; pero nunca mi alma había sentido ese fluído magnético que, naciendo de otra alma, venía á buscar un abrigado nido en ese espíritu que nos anima, nos fortifica y alienta dentro de esta cárcel miserable que llamamos cuerpo.

Un ángel solamente podía ser el encargado de conducirme por buen camino, y ese ángel llegó bajo forma de mujer, y desde entonces sufrí una metamorfosis, como dirían los filósofos.

Mis amigos se cansaban inútilmente de darme consejos, consejos que en más de una ocasión yo había dado también á otros infelices; pero ni éstos me escucharon, ni yo ahora escuchaba á nadie, sino á la voz de mi corazón, que me gritaba: ¡Cásate! ¡Cásate! Y en efecto, á partir de la noche en que me hallaba reunido con mis amigos en el Inglés, me faltaban sólo cuarenta y ocho horas para cambiar de estado.

Inútil es decir lo animado que estuvo el último banquete, al cual yo asistía en calidad de soltero.

Todos mis amigos brindaron por mi eterna felicidad, y yo correspondí á sus palabras de cariño con otras que demostraban la verdad de los sentimientos que nacían en mi alma.

A las nueve de la noche todo había terminado, y á la puerta del *restaurant* nos despedimos, dándonos cita casi todos en el baile que la Marquesa de Campo Verde daba aquella misma noche á las once e su magnífico hôtel de la Castellana.

Yo me dirigí á la berlina que me esperaba, y dando las señas mi casa al cochero, abrí la portezuela, me arrellené lo mejor q

pude en los asientos del coche y los caballos partieron á escape.

II

El baile estaba en todo su esplendor.

Yo, que no había tenido más que tiempo material para vestirme de etiqueta, pues sabido es de todos que tanto al hombre como á la mujer, en ciertas situaciones de la vida, siempre les parece corto el tiempo para hacerse la *toillete*, penetré en los salones de la Marquesa cuando el aristocrático rigodón, con sus ridículas vueltas y afectados saludos, reinaba en aquella morada, donde su actual poseedora había desplegado todo el exquisito gusto de que puede ser susceptible una dama de la clase y categoría de la que nos ocupa.

El salón estaba hecho una verdadera ascua de oro.

Los espejos, que cubrían por completo casi todas las paredes del salón destinado para el baile, reflejaban de un modo admirable la lujosa pedrería que ostentaban las delicadas frentes y los empolvados senos de tanta Eva descotada y con manga corta.

Pronto mi vista abarcó de un solo golpe toda la sala, y pronto mis ojos se fijaron, guiados quizá por el corazón, que con sus desiguales latidos indicaba el sitio á donde sus miradas habían de converger.

Mi amada, á la cual llevaba de la mano uno de mis más íntimos amigos, se hallaba entregada á los dulces placeres del baile, diversión insulsa y fastidiosa que toda mi vida había aborrecido.

El rigodón terminó; pude recobrar entonces la pareja de mi amigo, el cual me saludó con una de esas sonrisas que nada quieren decir y que, sin embargo, yo traduje de la siguiente manera:

—¡Buena chica te llevas, bribón!

Al poco tiempo me hallaba yo en uno de esos coloquios tiernos que no son para contados, puesto que aquel que los ha disfrutado le hastía que se lo repitan, y al que no los conoce no los puede apreciar jamás en su verdadero sentido; y, por lo tanto, mi espíritu volaba por esas regiones de lo desconocido y entre esa tenue gasa que separa lo ideal de lo real, parecida á esa bruma que sucede al día en que los rayos del sol han calentado demasiado la superficie de la tierra.

A las cuatro de la mañana pocas personas quedaban en los salones de la Marquesa, y nosotros decidimos marcharnos.

Acompañé á mi prometida y á su venerable mamá hasta su casa, y me encaminé á la mía, lleno mi cerebro de ideas encontradas, de sonrisas y saludos, de enhorabuenas interminables, de dichos agudos y afilados como la hoja de un puñal, y en este verdadero cáos me encontré en mi habitación, cansado, rendido y pesando sobre mis párpados el cansancio, que poco á poco iba tomando la forma del sueño.

Me desnudé é iba arrojando las prendas de mi ropa aquí y allá, que á poco se encontraban diseminadas como en un campo de batalla, y la única prenda que se libró de tan inmerecido trato fué mi chaleco, al cual coloqué cuidadosamente en uno de los boliches que rematan los cuatro extremos de mi lecho.

III

¡Qué horrible pesadilla me atormentaba! Sonrisas mil me acosaban por todos lados; burlonas carcajadas llegaban hasta mis oídos repercutiendo su estridente són con esa monotonía glacial que hiela hasta los huesos; infinitas sombras cruzaban ante mí revoloteando en torno del limitado espacio de mi cuarto; ruído de copas que se chocan entre sí, apagado por la algarabía infernal de una báquica orgía..... en fin, todo un pasado cruzaba ante mi vista como procesión interminable; y en medio de esta confusión, de este desorden, veía al ángel de paz que me tendía su manto protector, veía á mi amada que, como nueva luz salvadora, alumbraba mi camino, lleno antes de erizadas espinas y cubierto ahora con rica alfombra de flores.

Una nueva visión apareció ante mi vista, interponiéndose otra vez en el camino de mi ventura.

La visión crecía, el fantasma tomaba formas extrañas, dimensiones colosales; sí, allá, al extremo de mi lecho, divisaba su enorme silueta.

Él me mostraba una sima abierta, honda, negra, muy negra,

como la conciencia de los culpables, y allá, en su fondo, en danza bien extraña, se confundían viles monedas que, con su metálico sonido, producían ese retintín al cual todo corazon humano no resiste, pues atrae de tal modo, que todos, todos vienen á caer en esa sima, abierta siempre para la desgraciada humanidad.

Yo quise dar un paso, el fantasma me detuvo y oí su voz; sí, su voz clara, que en el silencio de la noche hacía vibrar en mis oídos, llegando todas sus palabras á herir las fibras más delicadas de mi alma.

«Sí, repetía la voz; ahí tienes la síntesis de la vida, todas las ambiciones del corazón humano; la amistad, vana palabra; el amor, todo mentira; y ese foco de corrupción lo encuentras en las grandes ciudades; todo se vende, con todo se comercia, no hay más Dios que el dinero; ¡aprende! ¡aprende!»

Abrí los ojos, miré; el fantasma había desaparecido; pasé la mano por cima de mis párpados; volví á mirar, y sólo á los pies de mi lecho ví el chaleco que colgado había antes de entregarme al sueño.

Me incorporé; un ruído metálico hirió nuevamente mis oídos; era el de las monedas que contenía el bolsillo de mi chaleco, y mis ojos pretendían ver aquella sima negra, muy negra; pero la realidad me devolvía tan sólo la tela oscura del forro de aquel bolsillo.

Mi cabeza cayó pesadamente sobre la almohada.

Después... llegó el día, anduve ocupado con mis preparativos de boda; después vino la noche, y después volvió otra vez el sol á iluminar los espacios, y aquel día fué el de mi felicidad.

Mi amada era mía, la iglesia había santificado los lazos del amor; mi mejor amigo fué testigo de mi dicha; la existencia de mi amada era mi propia existencia, su cuerpo, su cuerpo tan hermoso, era mío también; su alma, ¡ah! su alma... ¿Sería mía? Esta duda abrasó mi corazón, y un escalofrío como el que debe ser el que antecede á la muerte heló por completo hasta las más escondidas fibras de mi cerebro.

El tiempo pasó; un día ¡oh, no! aquello no fué día; porque si éste es la luz, la vida, la existencia toda, no puede amparar con sus rayos todas las sombras negras, más negras que la misma noche, que en aquel día se amontonaron sobre mí.

Estaba deshonrado; el amor de mi amada no fué más que especulación; el cariño de mi verdadero amigo, todo mentira.

.....

.....

.....

Los rayos de un sol purísimo y claro penetraban á torrentes á través de las vidrieras de mis ventanas.

Abrí los ojos, me encontré en el lecho; todo había sido un sueño.

Miré á mi alrededor; aún me parecía que mi chaleco se movía, y aún veían mis ojos aquella sima negra, muy negra, y en su fondo aquella dama infernal.

Me arrojé del lecho, me vestí, no articulé ni una sola palabra; arreglé una maleta de mano, salí, busqué un coche, fuí á la estación y, pocos momentos después, el mónstruo de hierro, extremeciéndose, sacudiendo sus perezosos anillos y vomitando llamas, me hizo dejar atrás ilusiones, esperanzas, todo herido, todo muerto, y aún en mis oídos repetía el eco: ¡aprende! ¡aprende!

IV

Han pasado algunos años.

Mi vida se desliza tranquila en una pequeña aldea situada á orillas del mar.

Me hallo en vísperas de casarme con una hermosa niña de diez y seis abriles, blanca como el ampo de la nieve, rubia como las espigas de los campos, pura como el nimbo que rodea á la Virgen de los cielos.

Me presenté á ella sin ostentación, acusando más que pobreza, y ella, sin embargo, me acogió; me entregó su corazón, tan bello y puro y digno de ser correspondido con ese mismo amor que ella atesoraba para mí.

Yo siempre me presentaba á ella encerrado en un miserable capotón, que servía de abrigo á mi cuerpo, sin que jamás, delante de ella, osara nunca desabrocharlo.

Yo noté que se hallaba hace tiempo picada por la curiosidad, in-

nata en todas las mujeres; pero jamás salieron de mis labios palabras que pudieran satisfacerla.

El día de la boda llegó, acudimos á la iglesia, las bendiciones del cielo cayeron sobre nuestras cabezas.

Cuando llegamos á la casa, recibí la noticia de que mi antigua amada, habiéndose escapado há tiempo con aquél que tantas veces había estrechado mi mano, había tenido un fin trágico.

Aún por mis mejillas corrió una lágrima; para consolarme miré al rostro de mi esposa, donde todos los matices de la inocencia de su alma se retrataban en sus ojos azules como el cielo, en sus mejillas frescas como las rosas, en sus labios rojos, donde la mentira no había anidado jamás.

Entonces la cogí de la mano, la senté á mi lado y la relaté toda mi historia; y cuando sus dulces ojos, velados por las lágrimas, me miraron, confundiéndose sus miradas con las mías, la dí un santo beso, que en aquel momento había unido dos almas.

Y después, desabrochando mi capotón, la dije:

—¿Ves, amada mía?

Desde aquella funesta noche no ha vuelto á aprisionar mi cuerpo esa prenda de lujo que llaman chaleco.

Miguel de Palacios.

CRÓNICA POLÍTICA

25 de Octubre

Nadie ignora que en el sistema representativo las crisis ministeriales, sea cual fuere su extensión, obedecen á razones políticas marcadas en el seno del Gobierno, en las Cámaras ó en la opinión pública, y de ninguna manera al capricho de los altos poderes, ni á manejos particulares y mezquinos de los prohombres de partido. Porque si bien ocurre con frecuencia que la Corona hace uso de su iniciativa, en determinados momentos que se produce cierta confusión ó conflictos que dificultan el turno reposado y el curso ordinario de los negocios públicos, siempre se inspira en los deseos del país ó en las necesidades del Estado. Así es que estos movimientos de la política y de la Administración tienen su historia y sus razones, y los hombres públicos que las representan llevan al poder su significación.

Si de tal manera no acontece, si la salida de unos y el acceso de otros reconoce por causa los afectos é intereses personales ó el empeño de perpetuar el Gobierno en manos de un hombre, un grupo de ellos y aun de una parcialidad política dada, entonces, llámese como se quiera al sistema que rija, sus efectos son de riguroso absolutismo. Teniendo, pues, esto en cuenta, procede examinar, siquiera sea

someramente, aquellos puntos, pasando por alto las cábalas, afanes y desencantos que produce entre nosotros todo suceso de esta naturaleza, porque la comezón de nuestros políticos de todas esferas y edades por llegar á la cumbre, es inconcebible. No se considera necesario para el caso, añeja historia en un partido y trabajos de Parlamento ó de alta administración, ni mucho menos representar soluciones de árduos problemas; todo se excusa y de todo se prescinde cuando se trata de aspirar á un puesto en el Gobierno; estrechando de tal suerte al jefe, Sr. Sagasta, que sin duda ninguna las horas de la crisis serían de agudos tormentos para él, con el triste cortejo de agravios, quejas y rencores en el fondo, aunque revestida la superficie con forzadas sonrisas.

Y nada digamos cuando se trata de la provisión del alto personal que rodea á los Ministros responsables, porque ello sería no acabar, en vista de las ambiciones que se despiertan, las soberbias que se descubren y los disgustos y conflictos que las envuelven.

Defecto es este común á todos los partidos españoles; pero en el liberal es vicio congénito que, llegando á ser enfermedad seria, pone á veces en peligro su existencia.

¡Cuánto se aquilataría su valor si se operase una regeneración en el sentido de la conveniente prudencia y desinterés!

La causa más ostensible de la crisis fué, sin duda ninguna, el disentimiento de tres Ministros al discutirse en Consejo el proyecto de proponer á S. M. la Reina Regente la gracia de indulto para los condenados á muerte por la sublevación militar última. Mas no hay que desconocer venía ya trabajado el Gabinete y amenazado de una descomposición desde la salida del Sr. Camacho, con motivo de sentirse cierto malestar en la mayoría parlamentaria con dicho señor, y á más con el Ministro de la Gobernación, por consecuencia de los rozamientos habidos en las elecciones generales; y si bien este estado podía dominarse, y lo había, en efecto, dominado el Sr. Sagasta, los nunca bastante lamentados sucesos de San Gil quebrantaron de tal manera al Ministerio, y principalmente á los Sres. González y Jovellar, que parecía de todo punto imposible continuar en aquella forma.

Aunque el buen sentido del país dejó correr aquel acontecimiento,

determinando hacia él una especie de persecución con su indiferencia, esto, que ciertamente lo anuló y le quitó todo prestigio para el porvenir, no fué obstáculo para que esa misma opinión pública murmurase con acritud, aunque en voz baja, y comentase la desdicha de aprovechar los revolucionarios con inusitada ingratitud los temperamentos de libertad que se establecían al ocupar el poder el Sr. Sagasta; se agregaba á ello una extrañeza casi unánime al considerar cómo había podido llevarse á cabo un trabajo burdo y entre gente menuda sin que la numerosa policía de Madrid se hubiese apercibido, ya que las prevenciones militares no fueron suficientes.

Por otra parte, notóse también cierta lentitud en los movimientos primeros de represión, que se tradujeron como apatía en las autoridades, utilizando las oposiciones todas las coincidencias para tachar á la situación de gastada, de poco fuerte, de falta de celo en pro de las instituciones.

Y si bien era la pasión la que más color daba á estas razones, como ahora probaremos, preciso es confesar que la desgracia de los hechos por un lado, la confusión, dueña de todo en los primeros momentos, y la diligencia para explotar las circunstancias que desplegaron las oposiciones, en unión de ese contingente perpetuo de enemigos que tiene todo Gobierno, hicieron de consuno tal trabajo, que casi inconscientemente salía de todos los labios la palabra crisis, y siguió sonando antes de plantearse la cuestión de indulto, y por lo que éste hizo ya inevitable la caída del Ministerio.

La atmósfera producida es evidente; las consecuencias, naturales; y la actitud del Sr. Sagasta elevada, imperturbable, correcta. Mas no puede admitirse la argumentación de las oposiciones, al pretender demostrar que tales percances se deben á la laxitud con que se maneja el jefe del partido liberal; de ninguna manera. Son las sublevaciones militares una deshonrosa desdicha encarnada en nuestras costumbres políticas, y que si en un principio ayudaron poderosamente al planteamiento del sistema liberal, el abuso las hizo perniciosas, hasta venir á constituirse en la mayor de las calamidades que nos afligen, y eso que de ellas contamos bastantes.

Dejando aparte las ocurridas en el reinado de Don Fernando VII y ciñéndonos á los tiempos del régimen representativo, la más audaz

quizás de todas ellas estalló bajo el gobierno de D. Baldomero Espartero, ídolo del partido avanzado, obligándole á fusilar al general León; y lo mismo las hubo durante el mando férreo del general Narváez, ambos militares de gran prestigio y merecido renombre. Y por si esto no se estimara bastante, víctima fué también de la dicha plaga D. Leopoldo O'Donnell, que á los triunfos conquistados en la guerra civil, añadía lauros recientes cogidos en una guerra extranjera, y dispensador al mismo tiempo de amplia libertad de hecho. Experimentaron tales fracasos hombres del orden civil, como los señores D. Luis Sartorius y D. Luis González Brabo, no obstante su política de fuerza; y con todo su crédito de liberal y sus solemnes promesas de serlo más, afligen de igual manera á D. Práxedes Mateo Sagasta; de donde resulta que no es el primer factor de este fenómeno el sistema que rige, ni la calidad ó doctrinas del hombre que está al frente, sino que el cáncer está en el ejército; ya por su manera de ser, ya por sus necesidades, sea por defectos de organización, ó tal vez porque el mal se haya hecho tradicional y consuetudinario, es el caso que en todas épocas, por todos lós partidos y con todos los sistemas, del ejército surgieron las más formidables ó las más vergonzosas perturbaciones, siendo de todo punto indiscutible la irresponsabilidad de esta situación, como la de las que quedan aludidas, y, por lo tanto, destituídas de fundamento las inculpaciones dirigidas al señor Sagasta.

Todas las cosas tienen su término, y á juzgar por la marejada que se ha levantado en todo el país, incluso en el mismo ejército, la regeneración de éste se avecina, por espontáneo convencimiento de ser la primera de nuestras necesidades. Otras reformas de carácter civil, reclamadas por la opinión y que se relacionan con el decidido propósito de llegar á un estado de perfecta tranquilidad, serán objeto de preferente estudio y compondrán el núcleo de los compromisos contraídos por el nuevo Ministerio. Es cierto que éste, procediendo del partido liberal, representando los mismos matices y presidido también por el jefe del partido, trae doble ejecutoria y segura garantía de que seguirá la misma política, con el aditamento de dar principio á una nueva era en que, ya por leyes bien meditadas y oportunas, ora por

los procedimientos nuevos y vigorosos que se adopten, por virtud de las duras lecciones de la experiencia, hará que el Gobierno, en manos del partido liberal, sea, por consiguiente, amplio, pero que al mismo tiempo consagre sus más vitales y mejores elementos á la defensa de las instituciones, su trabajo y más constante celo á asegurar la paz pública, de cuyo modo responderá cumplidamente á la aspiración expresada por el país de mil maneras.

Prenda segura de que tal ha de acontecer, son la significación y calidad de los nuevamente llegados al poder, sobre las condiciones de gobernantes expertos que poseen los que en él quedaron.

Los decretos y leyes que más apremian, dado el actual estado de las cosas, son los que se refieren al departamento de Guerra, y por lo tanto, el general Sr. Castillo es el personaje que produce mayor espectación.

Este veterano lleva consigo, á más de la autoridad que le da su propio mérito de militar esclarecido, la no menos valiosa de estar exento de historia política, sin que nunca se haya visto forzado por las exigencias de nuestras contiendas á claudicar de su rigorismo en materias de disciplina. No cabe duda que, después de su reconocida ilustración, la escuela del mando ejercido por muchos años y en elevada jerarquía, le colocan en actitud de poner mano con acierto en las reformas esperadas para el ejército, que según los deseos manifestados por cuantos se interesan en las cosas públicas y conocen la vida interior de esta institución, consisten principalmente en la manera de dignificar al oficial, aproximarlo más al soldado y establecer el servicio universal obligatorio, con otras medidas de menor importancia, que completarán el cuadro de las que habrán de ponernos á cubierto de nuevos escándalos y sonrojos.

El Ministro de la Gobernación, D. Fernando León y Castillo, viene precedido de buen nombre y fama merecida, que supo adquirirla durante su mando en el departamento de Ultramar: ilustrado y laborioso, reune la circunstancia de ser un orador de fuerza con el prestigio necesario en el Parlamento para reñir las batallas propias de su difícil cargo.

Mucho tiene que hacer, y mucho se espera de este nuevo Consejero de la Corona, especialmente en lo que se refiere al orden público,

que exige no pocos remedios y no pocas precauciones nacidas del Ministerio de la Gobernación.

El Sr. D. Víctor Balaguer es tan buena como conocidísima persona, ya porque ha ocupado el poder en diversas ocasiones, cuanto por su calidad de erudito y delicado literato.

El despacho de los negocios de Ultramar que corre á su cargo, sentirá los beneficios de su paso, porque los hombres instruídos y honrados como él, dejan siempre buena huella de su tránsito por cualquiera parte.

Ya necesitan nuestras provincias ultramarinas de una inteligencia ayudada de voluntad firme, que las guie y proteja, así en el orden económico como en el social.

Entendemos no ser gran cosa lo que pueda acometerse con color político en aquellos dominios; pero sí mucho, muchísimo por lo que respecta á la Administración y la Hacienda, empezando por los funcionarios que allá mande el Gobierno, cuestión considerada como secundaria, cuando, mirado el lado práctico de estos asuntos, lo que se refiere á personal es de trascendental importancia.

Mucho campo tiene, y mucho puede hacer D. Víctor Balaguer.

El General de la Armada Sr. Rodríguez Arias ocupó el Ministerio de Marina visiblemente contrariado, porque, según se asegura, gusta más prestar sus servicios en los barcos, ó próximo á ellos, que en las esferas elevadas del Gobierno. Sin embargo, cedió á las instancias del Presidente y de los hoy sus compañeros, y se propone continuar los esfuerzos de su digno antecesor para procurar la regeneración de la Marina.

En esta brevísima reseña hemos dejado para el último lugar al nuevo Ministro de Fomento, Sr. D. Carlos Navarro y Rodrigo, porque dicho hombre público reune un número tal de condiciones, que exige, á nuestro juicio, alguna más extensión al enumerarlas.

Afiliado al partido liberal desde hace muchos años, ha seguido su suerte sin vacilaciones ni desmayos, desempeñando esta misma cartera en el dificilísimo y memorable año de 1874, á cuyo puesto llegó después de prestar valiosísimos servicios en la Administración y en el Parlamento. Desde entonces, en que fueron del todo conocidas sus aptitudes, ocupa un lugar preeminente en el partido, el cual, justo es

reconocerlo, le ha concedido todo género de distinciones, apreciando en lo mucho que valen sus dotes de escritor correctísimo y erudito, como de orador que prodiga profundos pensamientos con vigorosa palabra. No es de esas figuras políticas que se exhiben con frecuencia; no hace alarde y menos abusa del poderoso influjo que entre los pueblos meridionales ejerce la oratoria; pero en las discusiones de alto vuelo, en los momentos solemnes que suelen presentarse en las asambleas políticas, nunca falta su palabra, nutrida de conceptos graves y sesudos razonamientos, revelando de muy marcada manera la firmeza de sus convicciones, como igualmente una seriedad poco común y un buen temple de alma, que desde sus primeros ensayos hicieron comprender á sus amigos había de ser Navarro un verdadero hombre de Estado. Y, en efecto, esta calificación merece ya universalmente de los políticos, respecto de los cuales, hay que tener en cuenta no conceden este título sino con mucha posterioridad á los merecimientos, y aun así, como suele decirse, á regañadientes.

D. Carlos Navarro y Rodrigo, según hemos podido observar, sabe también callar, una de las cosas más difíciles que pueden hacer los hombres en determinados casos y regiones, aunque esto parezca paradógico.

Para terminar diremos, haciéndonos eco de las opiniones recogidas en los círculos políticos, que en Navarro y Rodrigo hay una inteligencia y un carácter, y que después del Sr. Sagasta es la figura que más se destaca entre las muchas con que cuenta el nutrido y fuerte partido liberal.

Ramón García Galván.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

La filosofía en los poetas clásicos latinos, por D. Pedro Gómez Chaix.

Hay ciertos títulos que basta con su simple anuncio para formar una idea aventajada de las condiciones de su autor. A esta clase pertenece el que ha escogido por tesis en su discurso para el grado de Doctor el Sr. Gómez Chaix.

Las clásicos latinos son desde muy antiguo conocidos en España, aunque no en toda su extensión, como modelos de estilo y maestros del buen gusto; pero á nadie ó á muy pocos se había ocurrido que debajo de aquel brillante tejido de imágenes y primorosos cuadros se escondía un pensamiento filosófico de alto vuelo, y que aquellos escritores, en apariencia frívolos, que sólo pretendían deleitar, se habían formado en el estudio de los grandes filósofos y habían tomado escuela entre los grandes pensadores de su tiempo. Preciosa enseñanza, que debieran tener presente los poetas modernos, que creen á veces poder aspirar á las alturas del Pindo con un pequeño bagaje de erudición superficial, recogida á inmensa distancia de las meditaciones filosóficas.

El Sr. Gómez desarrolla su tesis con perfecto conocimiento del asunto. Empezando por Ennio y acabando por Persio y Juvenal, recorre una por una las grandes figuras de la antigüedad romana, y á cada una la clasifica dentro de una escuela filosófica, con pruebas y justificantes que llevan al

ánimo del lector una convicción absoluta. El estudio que hace de Lucrecio se destaca especialmente por una riqueza de observaciones y finura tal en los rasgos, que constituyen un boceto acabado, como no se conocía tal vez en la lengua castellana.

Prosiga el distinguido joven cultivando estos estudios, y sin apartarse del campo que ha cultivado con tanto éxito, y cuyos primeros frutos acaba de exhibir al público, podrá alcanzar laureles que le den merecida celebridad dentro y fuera de nuestra patria.

ZYTA LA SALTIMBANQUIS, por Hector Malot, versión de D. Antonio Luque.

Tiene la literatura sus gustos, como la moda en los vestidos, y el que ahora la ha invadido consiste en buscar sus héroes y heroinas en las últimas capas sociales, como en los buenos tiempos del romanticismo no se trataba más que con príncipes, princesas y tipos de la más pura é irreproprochable sangre azul.

No debemos quejarnos de este capricho, ni siquiera extrañarlo, puesto que los españoles hemos tenido una época, y bien gloriosa por cierto, de nuestra literatura, en que las novelas se escribían también sobre el patrón de figuras de la más baja ralea, truhanes y gente aventurera, que servían de maniquí para las grandes ereaciones que nos ha legado nuestra clásica antigüedad. Comenzando por la *Celestina* y acabando por *El Lazarillo del Tormes* ó *Gil Blas de Santillana*, bien podemos afirmar que todas las novelas nacionales fueron cortadas sobre el mismo patrón, que no dejó de proporcionar legítimas glorias á nuestra patria y á sus autores laureles inmarcesibles. A este género pertenece esta última novela que ha dado á luz el *Cosmos editorial*, que, si hubiéramos de buscar la filiación y antecedentes en nuestra patria, la compararíamos con *La Gitanilla* de nuestro inmortal Cervántes.

Zyta, hija de un saltimbanquis, y saltimbanquis como su padre, llega á

ser una artista aplaudida y á realizar las conquistas que son comunes á todas las mujeres de teatro dotadas de ciertas condiciones. En medio de los galanteos y travesuras de tan accidentada vida, sabe conservar la dignidad de un carácter íntegro y llega á verificar un ventajoso matrimonio, que si pasa por las amarguras de las sospechas y de los celos, acaba por poner en evidencia la virtud de la heroina, premiada por el arrepentimiento del esposo y la paz doméstica, que es la corona de las almas honradas.

No es la novela en que nos ocupamos de las que llaman más poderosamente la atención y de las que cautivan al lector desde la primera hasta la última página; pero tiene cierta claridad ó diafaneidad en los caracteres y en las descripciones, que se hace contemplar con gusto, destacándose en toda la obra cierto sentido moral que la hace digna de andar en manos de todo género de lectores.

LA BIBLIA CONSIDERADA COMO POEMA, por D. José Jaronjí.

Chateaubriand fué tal vez el primero que consideró la Biblia como arsenal de inapreciables bellezas, como tesoro estético qué puede rivalizar con las obras más perfectas que nos ha legado la clásica antigüedad. *El Genio del Cristianismo* causó en Europa una verdadera revolución y abrió á los espíritus nuevos horizontes, que habían estado doblemente cerrados por la incuria de los tiempos y por las animosidades injustas de la Enciclopedia.

Entre las personas estudiosas que guardan todavía la impresión producida por el inmortal autor de *Los Mártires*, se cuenta el Sr. Jaronjí, quien ha querido explotar este tema inagotable, pulsar esta lira misteriosa, que da sin cesar nuevos y sorprendentes sonidos. En los libros de los Profetas, en la figura incomprensible de los Patriarcas, en el Génesis de la Creación, en las sublimes inspiraciones de los Apóstoles ha encontrado el autor motivo para severos análisis y merecidos encomios, que le sugieren con motivo y

fundamento esas misteriosas páginas, de donde emanan con frecuencia alientos que no pueden venir sino de la eternidad.

Los que no conocen la Biblia sino por uno que otro fragmento, por una que otra perdida frase, pueden leer con provecho el opúsculo del Sr. Jaronjí, que les servirá de guía en aquel rico Museo de preciosidades artísticas que, si ha sido escrito para enseñar á los hombres el camino de su salvación temporal y eterna, ha logrado también tocar la meta de lo sublime en el orden artístico y literario, como estas grandes montañas que en el centro de Europa ó del Asia parecen escalar el cielo y humillan la soberbia humana con su inmensa elevación y pesadumbre.

El cólera en Valencia, *Memoria presentada al Excmo. Ayuntamiento por la Junta municipal de Sanidad.*

Valencia no ha querido ser menos que Madrid y, como la capital de la Monarquía, tiene también su Memoria, su estudio, primorosa y concienzudamente hecho, de la última epidemia, de sus accidentes, sus causas, con la estadística minuciosa de las defunciones, perfectamente clasificadas, como no podría pedir más el sociólogo más exigente.

Conocidas son de todo el mundo las ventajas de este linaje de trabajos, que, como sucede en la historia, son, al par que una revelación del pasado, una enseñanza para el porvenir. Por ellos se aprecian los progresos obtenidos de una á otra época, las deficiencias en la higiene y en el régimen administrativo, los sacrificios que se han llevado á cabo por las distintas clases sociales; todo, en fin, lo que sirve para poner de manifiesto el estado moral y terapéutico del cuerpo social en esas grandes afecciones morbosas, que dejan un recuerdo imperecedero de su paso.

Las condiciones tipográficas con que se ha realizado este trabajo igualan, por lo menos, á las intelectuales y morales que han presidido á su confección. Bajo este punto de vista podemos decir que aventaja á la Memoria que,

con igual motivo y método análogo, mandó publicar el Excmo. Ayuntamiento de esta Corte, demostrando el hecho que la cultura se va generalizando rápidamente en España, reinando en sus grandes poblaciones una noble emulación por el bien público y por el decoro de sus corporaciones administrativas.

El tomo consta de 180 páginas, casi en folio, y el número de sus estados y estadísticas no bajará de doce, expuestas con un verdadero lujo editorial.

EL ECO DE CUBA.—*Revista quincenal de ciencias.*

La perla de las Antillas despierta á la vida de las ciencias, y aquella colonia, que más de una vez había dejado oir acentos vibrantes y sonoros que atravesaron el Océano, causando verdadero estupor y admiración en el Viejo Mundo, empieza á alternar en el gran concierto de las ciencias, tomando desde el principio un vuelo que permite augurarle brillantes triunfos en las lides del pensamiento, como los ha adquirido en las de la imaginación.

La Revista en cuestión contiene, entre otros, dos trabajos notables, que honrarían cualquiera publicación europea: uno sobre el darwinismo, y otro con carácter de filosofía moral. El primero acusa un completo dominio del movimiento científico realizado en Europa en los últimos años, y el segundo una grande erudición y un talento de observación extraordinario.

Como españoles, como hermanos de esos pueblos que desde la otra parte del Atlántico se preparan á tomar parte en la gloriosa labor del progreso y á poner sus excepcionales facultades, todavía vírgenes, al servicio de la ciencia, y desde nuestra modesta publicación, les enviamos los más sentidos plácemes, excitándoles á continuar por la gloriosa senda que les guarda triunfos y coronas que no se han de secar, antes bien reverdecerán sobre las frentes de sus hijos en el decurso de los siglos.

DELL'OPERA DI ALESSANDRO MANZONI.—*Discorso storico critico di Policarpo Petrochi.*

Es un fenómeno histórico que donde acaban los autores originales empiezan los críticos, como al terminar los filósofos empiezan los sofistas. No decimos esto en son de desestima ú ofensa para el distinguido autor del estudio que motiva estas líneas, sino tan sólo para consignar que la Italia del presente, huérfana de aquellos genios que le dieron gloria inmarcesible en el pasado, vuelve hácia ellos la vista, y con la nostalgia del bien perdido se complace en avalorar las riquezas de su muerta literatura y hacer presente á todas las naciones aquellos nombres que forman una corona inmortal para su madre patria, á cuyo número pertenece indudablemente Manzoni.

No es difícil á primera vista hacer el elogio del poeta, cuyo solo nombre hace vibrar las fibras más íntimas de todos los amantes de la buena literatura. El autor de *I promessi spoussi* y de la *Oda á Napoleón*, no necesita otros títulos para lograr un puesto en la galería de los grandes hombres que han ilustrado la humanidad y en el corazón de esta misma humanidad, siempre accesible á los destellos divinos de la belleza que le revela el genio. Manzoni, Alfieri y Silvio Pellico forman en Italia una trinidad sagrada en este siglo, que si ha sido para aquella nación de grandes desventuras, lo ha sido también de sin iguales glorias en la política, en las letras y en las bellas artes.

Pero si no es difícil presentar á la vista y deslumbrarla con los fulgores de esos astros de primera magnitud, no es tan fácil penetrar hasta sus intimidades y, mediante un concienzudo análisis, descifrar el secreto de su éxito y de su gloria. Para ello se necesita un poder de reflexión y examen que pocos se hallan en estado de ejercitar, y que constituye, por tanto, un mérito real y positivo para aquel que se siente con fuerzas para llevar á cabo tan eximios trabajos.

El Sr. Petrochi lo ha hecho cumplida y brillantemente, estudiando á

Manzoni bajo todos sus aspectos, en sus cualidades personales y en las públicas, como poeta y como hombre político, en sus composiciones incipientes, donde asomaban los primeros fulgores del gran astro que iba á nacer, y en las grandes obras de la edad madura, que arrojaron sobre todo el Universo esplendentes destellos. Todo lo ha recorrido el crítico, todo lo ha examinado á la luz de fino y levantado criterio, pudiendo caberle la seguridad, no sólo de haber emitido un juicio severo y digno de su ilustre compatriota, sino de haberla dado á estimar y conocer de aquellos que sólo tuvieron un concepto vago de uno de los hombres más ilustres que haya producido este siglo y contado en su seno la humanidad.

La Revista de Bélgica, una de las más importantes que se publican en Europa, inserta un interesante estudio sobre *El trabajo y las huelgas en los Estados Unidos,* del cual tomamos algunos preciosos datos, que sin duda nos agradecerán nuestros lectores.

«La instrucción, sin ser obligatoria, se halla tan extendida en los Estados Unidos, que toda persona nacida en ellos sabe, cuando menos, leer y escribir; casi todos los niños reciben la instrucción primaria, y, por consiguiente, allí el sufragio universal se ejerce con perfecta conciencia de sus actos.

»Á pesar de estas y otras ventajas, no creen los obreros norte-americanos, cuyo número asciende á más de 16.000.000, que su número y su fuerza electoral haya de bastarles para lograr el mejoramiento de sus condiciones de existencia, sino que buscan la solución de sus dificultades en sus propios recursos, y cuentan más con su iniciativa privada que con la ayuda del Gobierno, á cuyo fin viven todos asociados para la defensa de sus propios intereses.

»Las Sociedades y Asociaciones pueden allí organizarse fácilmente sin permiso ó autorización previa, siendo las restricciones legales al derecho de asociación muy poco numerosas. Los obreros se aprovechan de estas circunstancias para organizarse fuertemente, procurando, por una acción co-

mún, la inteligencia con los patronos, y nombrando delegados á quienes tienen encomendada la misión de negociar con los capitalistas.

»Estas Asociaciones son numerosas, pero una de las más célebres es la titulada *Los Caballeros del Trabajo;* pero se distinguen también por su importancia las creadas por los empleados de los ferrocarriles, que son muy numerosas. He aquí la organización general de estas asociaciones.

»Todas están compuestas de sociedades locales, llamadas Logias, Divisiones ó Asambleas, y de Comités generales, llamados Grandes divisiones y Asambleas generales. «Los Caballeros del Trabajo» tienen además una subdivisión intermediaria, llamada Asamblea de distrito, que debe comprender, á lo menos, cinco Asambleas locales.

»Las sociedades locales eligen sus oficiales y á los Comités generales; éstos, á su vez, nombran á los oficiales generales del orden. El jefe de las divisiones locales de conductores se llama jefe conductor; el jefe superior de todos los «Caballeros del Trabajo» se llama maestro-obrero-general. La divisa de estas sociedades: protección, caridad, sobriedad y actividad.

»Lo que domina en todos los estatutos de las asociaciones obreras, es el afan de sustraerse á toda influencia extraña y de no dejarse dirigir sino por personas que, teniendo los mismos intereses que los miembros, comprendan su oficio, sus necesidades, y no por políticos que se sirvan de los obreros como de escala para llegar á los más altos puestos.

»Las asociaciones de los obreros tienen todas, independientemente de su organización como sociedades de resistencia y de conciliación, cajas de seguros y socorros para los inválidos y las familias de los muertos.»

Estos son los rasgos generales de las asociaciones obreras en los Estados Unidos, que están montadas sobre un pie de moralidad y justicia, al propio tiempo que de utilidad para los asociados, que pueden servir de modelo á las que existen en Europa, y mayormente en nuestra patria.

PROPIETARIOS:

JOSÉ LUIS ALBAREDA. L. A. RUIZ MARTINEZ.

DIRECTOR:

FRANCISCO CALVO MUÑOZ

ÍNDICE DEL TOMO CXII

NÚMERO 444

Páginas.

Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas, por **D. Juan Valera**, de la Academia Española y Ministro plenipotenciario de España en Bruselas..... 5

Población de Cuba, por **D. J. Jimeno Agius**..... 23

El renacimiento en el arte, sus manifestaciones más importantes en Valladolid y causas de su decadencia, por **D. Teodosio Alonso Pesquera**, Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos... 38

La instrucción superior de la mujer, por **D. Pedro de Alcántara García**..... 70

El problema de la clasificación científca, por **D. A. Ordax**.... 93

Estudios filológicos de la lengua española, por **D. Vicente Tinajero Martínez**..... 110

Crónica política, por **D. Ramón García Galván**..... 146

Notas bibliográficas..... 155

NÚMERO 445

Páginas.

APUNTES SOBRE EL NUEVO ARTE DE ESCRIBIR NOVELAS, por **D. Juan Valera**, de la Academia Española y Ministro plenipotenciario de España en Bruselas..... 161

DE LAS ALIANZAS INTERNACIONALES CON RELACIÓN Á LAS CONDICIONES É INTERESES PECULIARES Á LAS POTENCIAS EUROPEAS, por **D. Andrés Borrego**..... 179

LA TEOLOGÍA EN ESPAÑA, por **D. Pedro Sala y Villaret**..... 193

CRÍTICA DEL VOLAPUK, por **D. Luis Coll**..... 209

EL PROBLEMA DE LA CLASIFICACIÓN CIENTÍFICA, por **D. A. Ordax**.. 235

ESTÚDIOS FILOLÓGICOS DE LA LENGUA ESPAÑOLA, por **D. Vicente Tinajero Martinez**..... 273

CRÓNICA POLÍTICA, por **D. Ramón García Galván**..... 294

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS..... 311

NÚMERO 446

APUNTES SOBRE EL NUEVO ARTE DE ESCRIBIR NOVELAS, por **D. Juan Valera**, de la Academia Española y Ministro plenipotenciario de España en Bruselas..... 321

Páginas.

De las alianzas internacionales con relación á las condiciones é intereses peculiares á las potencias europeas, por **D. Andrés Borrego** 339
El método hisórico del Sr. Silvela, por **D. Joaquín Sánchez de Toca** 374
Una Reina modelo, por **D. Jesús Pando y Valle** 387
Una lección provechosa, por **D. C. Ruiz Martínez** 396
Pietro Siciliani, *Profesor y filósofo*, por **D. P. Dorado Montero.** 406
Estudios filológicos de la lengua española, por **D. Vicente Tinajero Martínez** 421
Crónica política interior, por **D. Ramón García Galván** 449
Exterior, por **El mismo** 457
Notas bibliográficas 471

NÚMERO 447

Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas, por **D. Juan Valera**, de la Academia Española y Ministro plenipotenciario de España en Bruselas 481
Las seis grandes potencias de Europa.—*Rusia*, por **D. Servando Ruiz Gómez**, de la Academia de Legislación y Jurisprudencia.. 499
Poetas franceses actuales.—*Juan Richepín*, por **D. Leopoldo García-Ramón** 529
Concepto general del arte, por **D. Mariano Amador**, C. de la Academia de la Historia 558

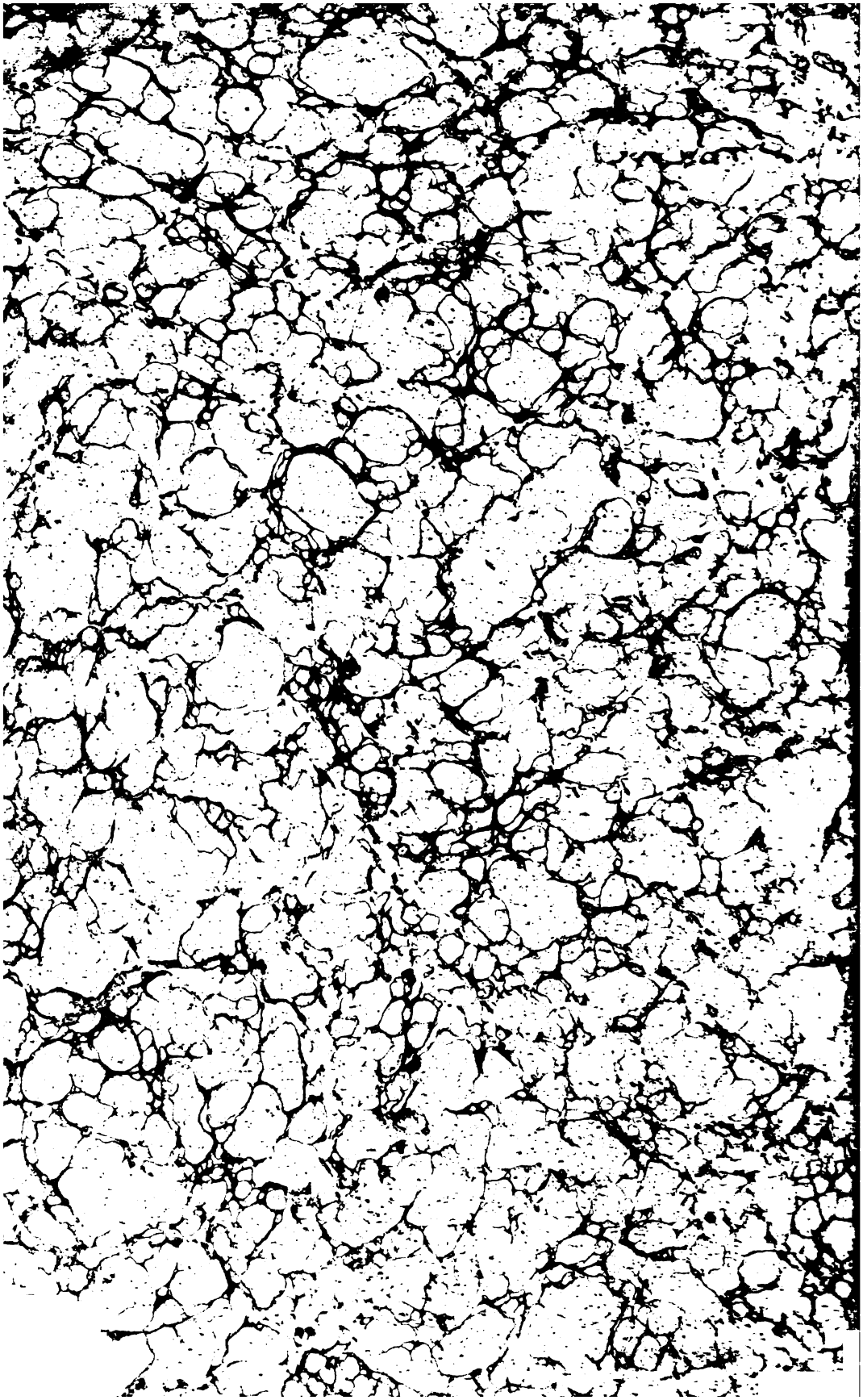
Páginas.

El mundo solar.—*El Sol*, por **D. José Genaro Monti**..... 570

Estúdios filológicos de la lengua española, por **D. Vicente Tinajero Martínez**..... 589

Los terremotos de Andalucía.—*Meditación*, por **D. Luis Vidart**..... 607

El chaleco.—*Cuento*, por **D. Miguel de Palacios**..... 611

Crónica política, por **D. Ramón García Galván**..... 618

Notas bibliográficas..... 625